

REVISTA DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA

ARQUEOLOGÍA

SEGUNDA ÉPOCA ♦ AGOSTO DE 2017

53

♦ *Puntas de proyectil procedentes de la Sierra Gorda, Querétaro*

♦ *El raspador espiga en el valle del Guadiana, Durango*

♦ *Presencia Aztlatán en el valle del Guadiana*

♦ *Visión periférica del El Chanal, Colima*

♦ *De Pátzcuaro a Uruapan, un acercamiento a sus sitios arqueológicos*

♦ *Salvamento arqueológico del sitio Tarango*

♦ *Estudios antropológicos de la sal*

♦ *Ritualidad del temazcal en el sur de Quintana Roo*

♦ *Ignacio Urbiola y los inicios de la arqueología en la Sierra Gorda*

♦ *El señor 10 Venado y la señora 8 Lagarto de Monte Albán*



REVISTA DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA

ARQUEOLOGÍA

S E G U N D A É P O C A

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

Director General: Diego Prieto Hernández

Secretaria Técnica: Aída Castilleja González

Secretaria Administrativa: Maribel Núñez-Mora Fernández

Coordinador Nacional de Arqueología: Pedro Francisco Sánchez Nava

Coordinadora Nacional de Difusión: Adriana Konzevik Cabib

Encargada de la Dirección

de Publicaciones: Alejandra García Hernández

Subdirector de Publicaciones Periódicas: Benigno Casas

ARQUEOLOGÍA



í n d i c e

EDITOR(ES):

Ángel García Cook†
Laura Castañeda Cerecero

COMITÉ EDITORIAL:

Margarita Carballal
Robert H. Cobean
Annick Daneels
Dan M. Healan
L. Alberto López Wario

Rubén Maldonado
Dominique Michelet

Carlos Navarrete
Jeffrey R. Parsons
Otto Schöndube

Barbara L. Stark
Elisa Villalpando

PRODUCCIÓN EDITORIAL:

Benigno Casas

CUIDADO DE LA EDICIÓN:

Héctor Siever y Arcelia Rayón

Revista de la Coordinación Nacional de Arqueología. Arqueología, segunda época núm. 53, agosto de 2017, es una publicación cuatrimestral editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, Secretaría de Cultura. Editor responsable: Benigno Casas de la Torre. Reservas de Derechos al uso exclusivo: 04-2012-081510552300-102. ISSN: 0187-6074. Licitud de título y contenido: 16119. Domicilio de la publicación: Córdoba 45, col. Roma, C.P. 06700, Deleg. Cuauhtémoc, Ciudad de México. Imprenta: Taller de impresión del INAH, Av. Tláhuac 3428, col. Culhuacán, C.P. 09840, Deleg. Iztapalapa, Ciudad de México. Distribuidor: Coordinación Nacional de Difusión del INAH, Córdoba 45, col. Roma, C.P. 06700, Deleg. Cuauhtémoc, Ciudad de México. Este número se terminó de imprimir el 29 de diciembre de 2017, con un tiraje de 1000 ejemplares.

ISSN 0187-6074

Diseño de cubierta: Efraín Herrera

Ilustración: tomada de Ernesto González Licón, "El señor 8 Temblor". Fotografía de Ismael Vicente Cruz.

3 Presentación

7 María Teresa Muñoz Espinosa, José Carlos Castañeda Reyes
Análisis y descripción de puntas de proyectil procedentes de asentamientos de la Sierra Gorda de Querétaro, México

36 Israel Andrade González, Héctor Víctor Cabadas Báez, José Luis Punzo Díaz
El raspador espiga, una aproximación a la lítica chalchihuites en el valle del Guadiana, Durango

54 José Luis Punzo Díaz, Julio Vicente L., Ana Iris Murguía Hernández
Presencia Aztatlán en sitios chalchihuites del valle del Guadiana, Durango

70 Ma. Ángeles Olay Barrientos, Maritza Cuevas Sagardi, Rafael Platas Ruiz
El Chanal, Colima: una visión de su periferia a través de las exploraciones en la hacienda El Carmen

101 Concepción Cruz Robles, José Rodolfo Cid Beziez
De Pátzcuaro a Uruapan: un acercamiento a los sitios arqueológicos registrados a propósito de la construcción del segundo cuerpo de la autopista

125 David Arturo Muñiz García, Kimberly Sumano Ortega
Cambios y continuidades en el poniente de la cuenca de México durante el periodo del contacto. El caso del salvamento arqueológico del sitio Tarango

141 Blas Román Castellón Huerta
Los estudios antropológicos de la sal en México en los últimos 20 años: resumen y perspectivas

160 Sandra Balanzario, Rafael Fierro
Implicaciones rituales del temazcal en el sur de Quintana Roo

179 María Teresa Muñoz Espinosa, José Carlos Castañeda Reyes
"Que deseando cumplir en parte con los deberes que como mexicano tengo para con la Patria y legar a la posteridad un algo que signifique mi paso por la vida..." Ignacio Urbiola Reyna y los inicios de la arqueología en la Sierra Gorda queretana

207 Ernesto González Licón,† José Leonardo López Zárate, Ismael G. Vicente Cruz
El señor 10 Venado y la señora 8 Lagarto: efigies de dos miembros de la élite de Monte Albán

Noticias

- Omar García Zepeda
Fotogrametría y arte rupestre: el caso de la Cueva de los Músicos al sur del estado de Puebla
- Eladio Terreros Espinosa
Los caminos de Lorenzo Ochoa. Semblanza
- Gabriela Mejía Appel
Raúl Ávila López (1954-2016). Semblanza

Informes del Archivo Técnico

- Janis Rojas Gaytan
Comentarios al informe del ingeniero Daniel Castañeda sobre los trabajos de exploración arqueológica en el rancho de Anzaldo

Reseña

- Antonio Benavides Castillo
Orientaciones astronómicas en la arquitectura maya de las tierras bajas
- Antonio Benavides Castillo
Mayas. El lenguaje de la belleza

Invitación a los colaboradores

ARQUEOLOGÍA recibirá artículos originales, noticias y reseñas bibliográficas referidas a temas teóricos, metodológicos y técnicos sobre el patrimonio arqueológico.

Procedimiento: Las colaboraciones se dirigirán a los editores, la revista acusará recibo al autor y enviará el trabajo al Comité Dictaminador. Ya recibidos los dictámenes, se proporcionará copia a su autor para que realice los cambios pertinentes. Aceptada la contribución, se informará al autor y se enviará un formato de cesión de derechos, que deberá regresar debidamente firmado a la Dirección de Publicaciones en un plazo no mayor de 30 días, anexando copia de identificación oficial vigente con fotografía. Una vez publicado el artículo, el autor recibirá diez ejemplares del número de la revista que incluye su trabajo, cinco cuando se trate de dos autores, y dos cuando sean más de tres autores. Los dictámenes son inapelables, y los trabajos no aceptados podrán ser devueltos a solicitud expresa del autor o autores.

Requisitos para la presentación de originales:

1. La presentación de los textos propuestos deberá ser impecable. Se proporcionará una copia impresa en papel, acompañada de su archivo electrónico en disco compacto (sólo un CD) en programa Word; las gráficas e ilustraciones serán entregadas en archivos separados al del texto, según se indique en los siguientes puntos.
2. Los artículos tendrán una extensión mínima de 15 cuartillas y máxima de 40, incluyendo notas, bibliografía e ilustraciones; las noticias no excederán 15 cuartillas y su contenido reflejará, sobre todo, hallazgos recientes y resultados técnicos; las reseñas no excederán 10 cuartillas. Los textos deberán entregarse en cuartillas de 1800 caracteres aproximadamente, a doble espacio, en tipo Arial de 11 puntos y escritas por una sola cara. Artículos y noticias deberán acompañarse de un resumen de media cuartilla (900 caracteres) en inglés y en español; así como las palabras clave del texto, todo dentro del mismo artículo.
3. Los originales se presentarán en altas y bajas (mayúsculas y minúsculas), sin usar abreviaturas en vocablos tales como etcétera, verbigracia, licenciado, doctor.
4. En caso de incluir citas de más de cinco líneas, éstas se separarán del cuerpo del texto con sangría izquierda en todo el párrafo. No deberán llevar comillas ni al principio ni al final (con excepción de comillas internas).

5. Los guiones largos para diálogos o abstracciones se harán con doble guión.

6. Los números del cero al quince deberán escribirse con letra.

7. Las referencias bibliográficas deberán ir intercaladas en el texto y citadas entre paréntesis. Contendrán sólo el primer apellido del autor, seguido de *et al.*, en caso de que hubiera más autores; año de publicación; dos puntos y página inicial y final de la fuente, separadas por un guión corto: (Raab *et al.*, 1995: 293-294). La referencia deberá aparecer completa en la bibliografía. El uso de abreviaturas deberá ser homogéneo a lo largo del texto.

8. Los símbolos de asterisco (*) se usarán únicamente para indicar la dependencia o institución de adscripción de los autores, así como agradecimientos, aclaraciones u observaciones generales sobre el artículo. Notas de otro carácter deberán ir a pie de página con numeración corrida.

9. Para elaborar la bibliografía deberá seguirse el siguiente modelo:

MacNeish, R. S., Nelken-Terner, A. y Johnson, I. W.
1967. *The Prehistory of Tehuacan Valley*. Vol. II. *The Non-ceramic Artifacts*. Austin, The University of Texas Press.

Ball, Joseph W. y Taschek, Jennifer T.
2003. Los policromos palaciegos del Clásico tardío en Cahal Pech, Belice: documentación y análisis. Recuperado de <http://www.famsi.org/reports/95083es/95083esBall01.pdf>

Lorenzo, J. L. y Mirambell, L. (coords.)
1986. *Tlapacoya: 35 000 años de historia del Lago de Chalco*. México, INAH (Científica, 155).

Limbrey, Susana
1986. Análisis de suelos y sedimentos. En J. L. Lorenzo y L. Mirambell (coords.), *Tlapacoya: 35 000 años de historia del Lago de Chalco* (pp. 67-76). México, INAH (Científica, 155).

Oliveros, J. Arturo, y de los Ríos, Magdalena
1993. La cronología de El Opeño, Michoacán: nuevos fechamientos por radio-carbono. *Arqueología*, 9: 45-48, México, INAH.

Pérez, L. M., Aguirre, J.P., Flores, A., Benítez, J.
1994. Los tipos cerámicos en el Occidente de México. *Boletín Americano de Antropología*, 27 (4): 23-49.

Lechuga Solís, Martha Graciela
1977. *Análisis de un elemento de la estructura económica azteca: la Chinampa*. Tesis de licenciatura. Escuela Nacional de Antropología e Historia-INAH, México.

González, Carlos Javier
1988. "Proyecto Arqueológico 'El Japón'". Archivo de la Subdirección de Estudios Arqueológicos, INAH, México.

10. La foliación deberá ser continua y completa, incluyendo índices, bibliografía y apéndices.

11. Las gráficas e ilustraciones deberán ser originales. No se incluirán fotocopias, copias en acetatos ni archivos digitales en baja resolución. Deberán ser numeradas consecutivamente y con referencia o llamada en el texto, descritas todas como figuras. Todas deberán ir acompañadas de su pie de ilustración.

Los mapas y dibujos se entregarán en papel *bond*, con líneas en negro. En el caso de fotografías, diapositivas u otro material gráfico, se sugiere entregar los originales o bien archivos digitalizados en escáner, con las imágenes amplificadas en tamaño carta, digitalizadas de manera individual, con resolución de 300 dpi. Sólo se aceptarán archivos con formato JPG, TIF o BMP. Abstenerse de insertar las imágenes digitales en el archivo del texto en Word.

12. Los autores proporcionarán lugar de adscripción, número telefónico y dirección de correo electrónico de al menos uno de ellos.

13. Editados los textos en pruebas de imprenta, los autores serán convocados para dar su visto bueno, mediante la lectura de aquellos, en un plazo no mayor de cinco días hábiles (sin cambiar ni aumentar el texto original entregado, salvo cambios mínimos).

De no cumplir cada uno de estos puntos, el dictamen de su colaboración será detenido hasta nuevo aviso.

Correspondencia:

REVISTA ARQUEOLOGÍA

Moneda 16, col. Centro, Delegación: Cuauhtémoc, Ciudad de México, C.P. 06060.
Teléfono: 40 40 56 30 Ext 413104

Correo electrónico:

revistarqueologia@gmail.com

p r e s e n t a c i ó n

Estimados colegas, en este número presentamos diez trabajos de una temática variada; éstos no sólo caracterizan los diferentes enfoques sobre la investigación arqueológica que se realiza en nuestro país, sino también muestran problemas relacionados con tópicos como los patrones de asentamiento, el uso de nuevas tecnologías y, sobre todo, el análisis documental.

Este número, el 53, de *Arqueología* abre con el “Análisis y descripción de puntas de proyectil procedentes de asentamientos de la Sierra Gorda de Querétaro, México”, texto en el que sus autores, María Teresa Muñoz y José Carlos Castañeda, postulan la posible interrelación cultural entre el sur de Estados Unidos de América y la región serrana del estado de Querétaro.

A continuación, Israel Andrade, Héctor Cabadas y José Luis Punzo nos ofrecen un análisis sobre “El raspador espiga, una aproximación a la lítica chalchihuites en el valle del Guadiana, Durango”, y en función de sus resultados afirman que se trata de una herramienta característica de ese grupo cultural asentado en el sur de ese estado.

A partir de un análisis exhaustivo de materiales repatriados y el estudio de las propuestas cronológicas de la cultura Chalchihuites, José Luis Punzo, Julio Vicente y Ana Iris Munguía —autores de “Presencia Aztatlán en sitios chalchihuites del valle del Guadiana, Durango”— hacen una nueva propuesta para el valle de Durango y sus relaciones e intercambios con las culturas de la costa de Sinaloa.

Luego tenemos el artículo de Ángeles Olay, Maritza Cuevas y Rafael Platas, “El Chanal, Colima: una visión de su periferia a través de las exploraciones en la hacienda El Carmen”, un trabajo sobre el occidente de México en el que sus autores consideran que la zona arqueológica de El Chanal es el asentamiento más grande del Valle de Colima durante el Posclásico. En dicha región, la fisiografía del espacio fue la base para el desarrollo de una intensa producción agrícola, y soporte material para el asentamiento de la población.

El proyecto de construcción de la carretera que lleva de Pátzcuaro a Uruapan permitió tener un acercamiento a los sitios arqueológicos asentados en la zona montañosa de Zurumucapio y la Cuenca de Pátzcuaro. Concepción Cruz Robles

y Rodolfo Cid, autores del artículo “De Pátzcuaro a Uruapan: un acercamiento a los sitios arqueológicos registrados a propósito de la construcción del segundo cuerpo de la autopista”, destacan que hubo una reutilización de sitios ya ocupados en el periodo Clásico, y que en el Posclásico tardío coadyuvaron al control de poblaciones periféricas y el surgimiento de nuevos sitios en los valles de Ziracuaretiro y Uruapan.

Después se presenta el texto de David Muñoz y Kimberly Sumano, “Cambios y continuidades en el poniente de la cuenca de México durante el periodo del contacto. El caso del salvamento arqueológico del sitio Tarango”. Los autores toman como punto de partida el uso de distintas fuentes de información y técnicas de prospección para plantear la hipótesis de que Parque Tarango, el sitio arqueológico ubicado en la zona poniente de la cuenca de México, pudo haber pertenecido a un *calpulli* de leñadores en el periodo comprendido entre el Posclásico tardío y los primeros años del contacto.

Luego viene el texto de Blas Castellón, quien elabora el artículo “Los estudios antropológicos de la sal en México en los últimos 20 años: resumen y perspectivas”. Hace una revisión de los principales proyectos y estudios sobre el tema, y destaca las diferentes técnicas para producir sal que a lo largo del tiempo se han desarrollado en distintos periodos y ambientes geográficos.

Sandra Balanzario y Rafael Fierro colaboran con el escrito: “Implicaciones rituales del temazcal en el sur de Quintana Roo”. Ahí se refieren a las recientes investigaciones en Dzibanché —asentamiento de la dinastía Kanu’l durante el periodo Clásico— sobre la relación de las estructuras tipo temazcal con templos dinásticos y su asociación directa con plazas cívicas ceremoniales en el asentamiento señalado.

En el siguiente artículo, María Teresa Muñoz y José Carlos Castañeda sopesan la importancia de los escritos de Ignacio Urbiola Reyna para el entendimiento de la arqueología de la Sierra Gorda, ya que a partir de su obra se tuvo conocimiento de diversos sitios arqueológicos de esa región. El trabajo pionero de Urbiola es parte del proceso de desarrollo e institucionalización de la arqueología mexicana impulsado por Manuel Gamio, y uno de los primeros acercamientos al estudio de la historia antigua del noreste de Querétaro.

“El señor 10 Venado y la señora 8 Lagarto: efigies de dos miembros de la élite de Monte Albán” es el título del trabajo presentado por Ernesto González^(†), Leonardo López e Ismael Vicente; en él se explica el papel que cumplieron las élites intermedias y cómo estaban distribuidas en la ciudad de Monte Albán. Toman como punto de partida de su investigación el hallazgo de dos urnas antropomorfas que representan a la pareja fundacional —para la que incluso lograron determinar sus nombres calendáricos.

En la sección de Noticias les presentamos un texto sobre la visita a la Cueva de los Músicos efectuada por Omar García, donde narra cómo el uso de las técnicas fotogramétricas constituye un apoyo en tanto herramientas para la obtención de modelos tridimensionales. Se ofrece también la semblanza: “Los caminos de Lorenzo Ochoa”, presentada por Eladio Terreros Espinosa, en la que se mencionan sus principales contribuciones al estudio de la Huasteca. Así mismo se incluye una segunda semblanza de Raúl Ávila López, escrita por Gabriela Mejía Appel.

El contenido del número 53 de *Arqueología* se complementa con la sección Informes del Archivo Técnico, en la que ofrecemos “Los comentarios al informe del ingeniero Daniel Castañeda sobre los trabajos de exploración arqueológica en el rancho de Anzaldo”, escritos por Janis Rojas Gaytán. Como en ocasiones anteriores, se trata de apostillas a un documento resguardado en el Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología.

Por otra parte, la sección *Reseñas* presenta dos colaboraciones de Antonio Benavides Castillo: en la primera nos ofrece sus comentarios al libro *Orientaciones astronómicas en la arquitectura maya de las tierras bajas*, de Pedro Francisco Sánchez Nava e Iván Šprajc; ahí resalta la importancia del uso práctico y el significado simbólico de las orientaciones astronómicas para el estudio de la arquitectura prehispánica. En la segunda reseña se comenta el libro *Mayas. El lenguaje de la belleza*, catálogo de una exposición homónima que aporta contribuciones de tres especialistas en el tema.

Nos complace informar a nuestros lectores de la inclusión de la revista *Arqueología* en la plataforma digital del INAH en la sección de publicaciones periódicas, donde podrán consultar las ediciones anteriores. Por el momento sólo se encuentran disponibles los números a partir del 25, y pueden consultarse en la siguiente dirección: <https://www.revistas.inah.gob.mx/index.php/index>; también incluimos el vínculo para consultar la revista en formato *flipping book*: <http://difusion.inah.gob.mx/index.php/revistas>; por ahora esta plataforma incluye los números a partir del 43.

Reiteramos la invitación a colaborar en nuestra revista *Arqueología*, para lo cual deberán remitir los textos a la sede de ésta; pueden enviarlos por vía electrónica, y los lineamientos para publicación pueden consultarse en la sección “Invitación a los colaboradores”.

Los editores

Análisis y descripción de puntas de proyectil procedentes de algunos asentamientos de la Sierra Gorda de Querétaro, México

Resumen: En los materiales arqueológicos de la Sierra Gorda de Querétaro es común lo que parece ser una interrelación entre sus poblaciones de agricultores y otros grupos —aparentemente cazadores-recolectores— que recorrieron la región serrana para aprovechar los abundantes recursos naturales disponibles. En este trabajo se analizan objetos de utillaje lítico, en concreto puntas de proyectil, que pudieron pertenecer a esos grupos que ocuparon o reocuparon diversas zonas de la sierra a lo largo de su historia. Ese utillaje serranogordense muestra también coincidencias con materiales similares procedentes de otras áreas culturales de Norteamérica, y con ello puede constatararse —una vez más— tanto la riqueza cultural de esa región mesoamericana como su interrelación con las áreas culturales del sureste de Estados Unidos.

Palabras clave: Sierra Gorda-puntas de proyectil- nómadas y sedentarios- Texas- sílex.

Abstract: In archaeological materials in the Sierra Gorda, Querétaro, Northern Mexico, it is common to observe what appears to be a relationship between local sedentary farming populations and other groups, apparently hunter-gatherers who traveled through the region exploiting the abundant natural resources in certain areas. In this paper we study and discuss stone tools, specifically projectile points, which might have belonged to these groups who occupied or reoccupied several areas of the Sierra throughout its history. Those tools also show matches in the Sierra Gorda evidence with similar materials from other cultural areas of North America. With this it is possible to observe the rich culture of this Mesoamerican region and its relationship with cultural areas in southern North America.

Keywords: Sierra Gorda, projectile points, nomads and sedentary cultures, Texas, flint.

El propósito de este artículo es presentar algunos de los materiales líticos que hemos detectado durante el avance de las investigaciones del “Proyecto Arqueológico del Norte del Estado de Querétaro, México”, que desde 1990 hemos desarrollado en la zona de la Sierra Gorda. Nuestro proyecto se ha orientado al reconocimiento de área, la recolección de materiales arqueológicos y la excavación con el fin de conocer y comprender la historia y la cultura de los grupos indígenas ahí establecidos.

Con base en el material cultural estudiado hasta la fecha, se puede inferir que el área fue ocupada por uno o varios grupos sedentarios desde el Preclásico medio hasta el Posclásico.¹ En la serranía se presentó una ocupación huasteca, o

* Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH.

** Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

¹ La periodización más reciente de la historia mesoamericana presenta las siguientes etapas histórico-culturales: Preclásico temprano, 2500-1200 a.C.; Preclásico medio, 1200-400 a.C.; Preclásico tardío 400 a.C.-200 d.C.; Clásico temprano 200-650 d.C.; Clásico tardío o Epiclásico,

bien, se dio una fuerte influencia de esta cultura. De hecho, la región de la sierra pertenecía al señorío de Tantocob u Oxitipa (Ciudad Valles), el cual a su vez era tributario de los mexicas en el Posclásico tardío (Meade, 1951: 38). Al parecer, en esta etapa tardía el elemento huasteco se mezcló con —o fue desplazado por— los grupos chichimecas pames y jonaces, con lo que la comarca adquirió sus características culturales en la fase final de la época antigua (Pérez y Arroyo, 2003: 41-46).

También se han observado posibles relaciones entre el Querétaro septentrional y las áreas culturales de Mesoamérica y Norteamérica, lo cual se refleja justamente en los materiales arqueológicos de la Sierra Gorda, tanto cerámicos (Muñoz Espinosa, 2009) como líticos (Muñoz Espinosa, 2014), como veremos en el caso concreto de las puntas aquí estudiadas.

Materias primas utilizadas para las puntas

De las investigaciones realizadas en asentamientos serranos se obtuvieron varias muestras de obsidiana y pedernal. De los diversos yacimientos de obsidiana que corren de este a oeste del actual territorio mexicano —del norte y centro de Veracruz, el centro de México, el norte de Michoacán y la costa del Pacífico en Jalisco y Nayarit—, los depósitos de Zacualtipán, Metzquitlán y la Sierra de las Navajas, en el estado de Hidalgo (Cobean *et al.*, 1991: 69-70), pudieron ser la fuente de la obsidiana utilizada para elaborar algunas de las puntas que se describirán a continuación.

En efecto, puede pensarse que la obsidiana penetró a la Sierra Gorda siguiendo las estribaciones de la Sierra de Zacualtipán, o bien, pasando de este a oeste a partir de la Huasteca, cruzando la Sierra Madre Oriental para adentrarse en territorio queretano. De hecho, se sabe que la obsidiana de Zacualtipán era muy utilizada en toda la zona de la Huasteca hidalguense, San Luis Potosí y Veracruz

(Cobean, 1991: 21). Si los hallazgos de materiales obtenidos en el territorio serrano fueron elaborados con esta obsidiana, ello ampliaría de manera considerable la superficie de dispersión de la materia prima procedente de esos yacimientos, lo cual mostraría la integración cultural —e incluso económica— de las diversas regiones mesoamericanas; es decir, no constituyeron espacios aislados, sino que mantuvieron relaciones de diversa índole a lo largo del desarrollo histórico-civilizatorio de esta área cultural.

Otra posibilidad es que la obsidiana empleada en Tamaulipas y en la región serrana pudiese haber llegado de San Luis Potosí y se utilizara de manera extensiva hasta el final del periodo Pánuco (correspondiente al periodo VI de Ekholm o Posclásico, 900-1500 d.C.) de la Huasteca baja (Sanders, 1978: 14, 119 y fig. 81). Sin embargo, el fino material utilizado en los ejemplares serranos hace pensar a Ángel García Cook (comunicación personal, 2012) que esa obsidiana podría proceder de Pico de Orizaba, Veracruz, o del muy conocido e importante yacimiento de Sierra de las Navajas, Hidalgo. Consideramos más factible esta posibilidad, que deberá ser confirmada con los análisis de identificación macroscópica —y con otros que puedan realizarse a futuro—. En cambio, los yacimientos locales que discute Pastrana (1991: 12), a saber: Rancho Navajas, El Paraíso, Fuentezuela, Urecho, Cerro de la Bola, Cerro El Raptor, Cadereyta de Montes y San Joaquín, se ubican en la comarca opuesta a la de la Sierra Gorda, por lo que su empleo en dicha región se torna más compleja.

Otros ejemplares del utillaje lítico fueron elaborados con materias primas como el pedernal y sus variedades. El pedernal es una roca sedimentaria silícea muy común. Es muy denso, duro y criptocristalino, está compuesto de ópalo, calcedonia y cuarzo o de una mezcla de ellos. Su fractura es astillosa, de fuerte a concoidea, y resulta muy adecuada para el utillaje lítico, ya que tiene una dureza apenas por abajo de 7 en la escala de Mohs, y “en general produce buenos filos” (Mirambell, 2005: 35). Puede mostrar colores muy variados —gris, azul, verde, rosa, amarillo, café y rojo— y el tipo *flint* es una variedad del pedernal de color negro. El jaspe aparece teñido de café

650-900 d.C.; Posclásico temprano, 900-1200 d.C., y Posclásico tardío, 1200-1500 d.C. (López Austin y López Luján, 1996: Cuadro 1.2).

y rojo porque contiene óxidos de hierro. El trípoli es de color claro, sílice de grano fino; la novaculita es un pedernal blanco muy abundante en el oeste de Arkansas y de Texas, en tanto la porcelanita es un pedernal opalino, con impurezas arcillosas y carbonatadas (Huang, 1981: 330-333).

El pedernal ha sido denominado con diversos nombres en la literatura arqueológica. Si bien todos son pedernales, presentan diferencias en textura y color. Así, *chert* y *flint* son términos muy utilizados entre especialistas de habla inglesa. El *chert* es de colores claros, por lo general blanco grisáceo y gris azulado pálido. En cambio, el *flint* es un pedernal oscuro, casi siempre gris y negro. Al *chert* se le conoce como *silex* en Francia, Alemania y Holanda. Por tanto, “pedernal es un nombre genérico que incluye al *chert* y al *flint*, y en consecuencia a los equivalentes de estos últimos”. El jaspe, la porcelanita y la novaculita son variedades del pedernal (Torres, 1996: 29-30).²

En el México antiguo el pedernal fue una de las rocas más utilizadas en la elaboración del utilaje lítico (Torres, 1996: 36-37), y por ello también habría resultado esencial como materia prima en la Sierra Gorda, a juzgar por la gran cantidad y variedad de puntas, formas y dimensiones que hemos localizado en el curso del proyecto. Esta materia prima es abundante y se la encuentra tanto en areniscas de llanuras y cerros como en calizas fisuradas de la Sierra Madre Oriental. Las características geológicas de la serranía favorecieron la abundancia de este mineral y lo diferencian de la obsidiana, cuyos yacimientos —en apariencia— no existen en ella. En cambio, el pedernal se localiza en áreas serranas como Las Trancas, El Doctor, Agua Nueva, Xilitla y El Soyatal; esto es, en las diversas regiones y municipios de la región (Torres, 2005: 345).

Análisis de utilaje lítico

Ahora presentamos nuestro análisis, orientado en primer lugar a definir la tipología de cada uno de

los ejemplares, dado que los estudios clásicos de Suhm *et al.* (1954) y Turner y Hester (1993) consideran ese elemento como base para el trabajo de investigación en la sierra, que hasta el momento carece de un análisis similar. En consecuencia, renunciamos a presentar otras características de ese utilaje. De hecho, en este trabajo tenemos en cuenta la recomendación de Suhm *et al.* en relación con el estudio tipológico de las puntas de proyectil estadounidenses: “Uno de los propósitos de este manual es motivar a los arqueólogos [...] a analizar sus propias colecciones, y así contribuir a incrementar el conocimiento de los miles de años de historia nativa de este Estado” (Suhm *et al.*, 1954: 8). En nuestro caso, el conocimiento de la antigua cultura serranogordense.

Puntas de proyectil de obsidiana

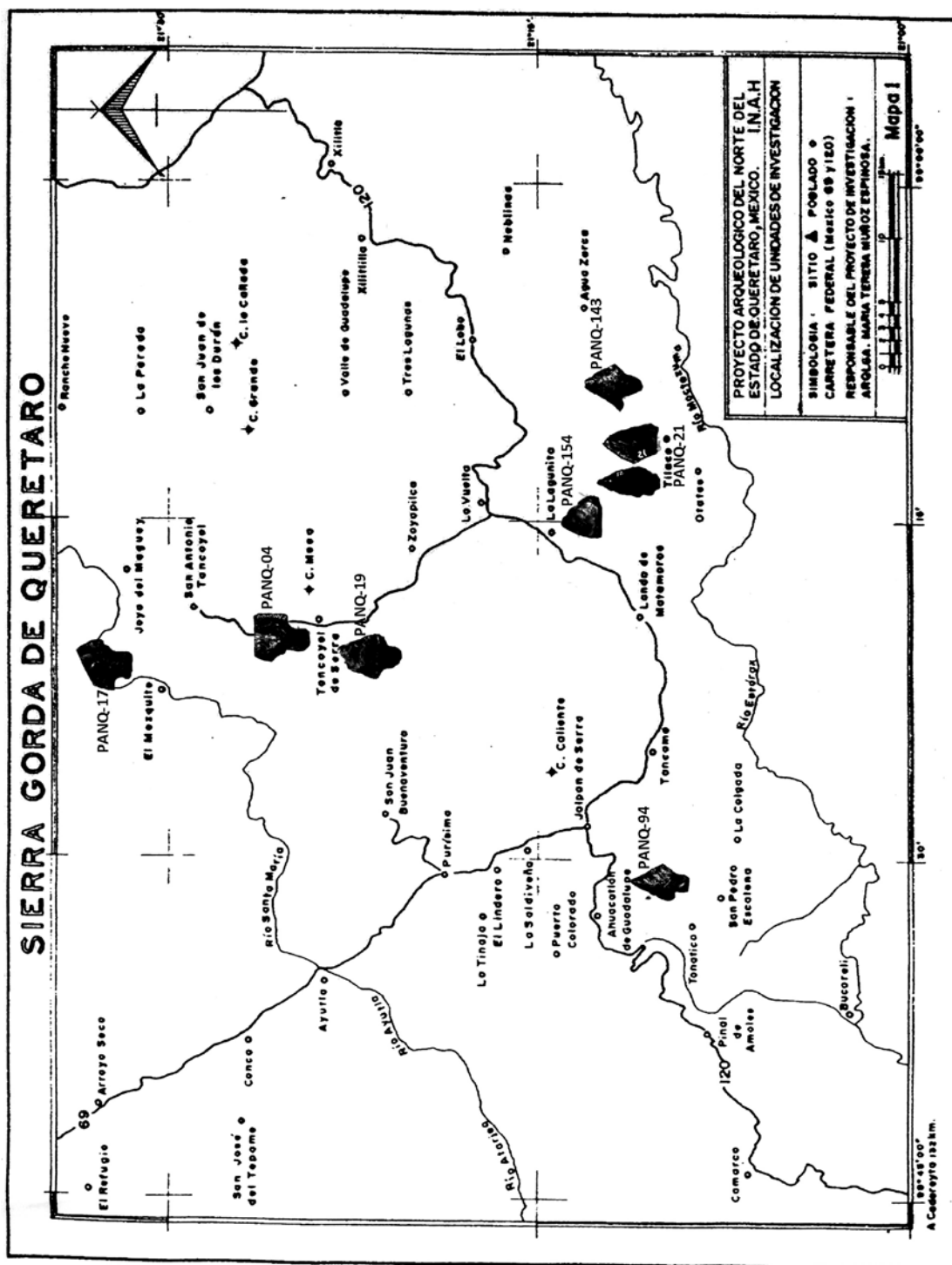
Su clasificación es interesante, pues muestra probables relaciones con áreas culturales de Norteamérica, sobre todo con los grupos cazadores-recolectores que habitaron el actual territorio de Texas. La tradición de elaborar puntas de proyectil con las características que describiremos pudo llegar a la Sierra Gorda a través de la Sierra Madre Oriental y la llanura costera del Golfo.

Los contactos entre Mesoamérica y otras áreas culturales de América del Norte, a través de la llanura costera, ha sido señalado, entre otros autores, por Ekholm (1944: 506) o MacNeish (1947:11). Este último dice:

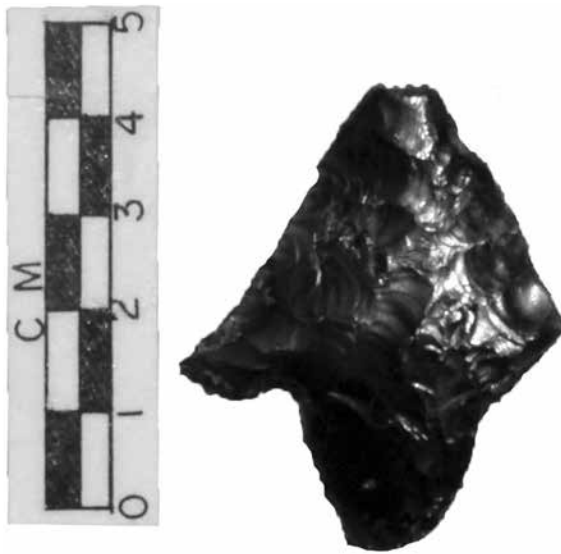
De este modo, creo que podemos establecer una cadena de contactos que existieron desde la Huasteca en México a los constructores de montículos tardíos que tenían el ‘culto’ al este del Mississippi [...] En conclusión, uno podría decir que individuos que tenían conceptos del ceremonial huasteco pudieron haberse desplazado a lo largo de esta serie de contactos: la Huasteca, la costa de Tamaulipas, el centro y el este de Texas.

En el sitio PANQ 143 Los Bailes (Muñoz y Castañeda, 2009), en el pozo III capa 1, se localizó esta punta de obsidiana de color gris translucido (fig. 2), que nos parece una probable punta *Gary*,

² Agradecemos el valioso análisis que de nuestros ejemplares realizó el geólogo Jaime Torres Trejo, de la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía “Manuel del Castillo Negrete” del INAH (comunicación personal, 2013).



● Fig. 1 Localización de puntas de proyectil en obsidiana. (Elaboración de María Teresa Muñoz Espinosa. Digitalización de Javier Guzmán, UAM-I.)



● Fig. 2 Punta de obsidiana tipo Gary PANQ-143 Los Bailes.

según la presenta García Cook (1982: 60-62, lámina IX, 15) dentro de la “Familia IV: Muestras que eliminan esquinas”. En cambio, en su clasificación del material de Cueva del Texcal en Valsequillo, Puebla, García Moll (1977: 33-34, 73) las clasifica en la “Familia V. Muestras angulares”, con fechamiento de 2000 a.C.-1000 d.C. Para el centro de México, Tolstoy (1971: 278, fig. 2, r, s, t) las clasifica en *Gary Typical, Small, Large* y *Long*. Nuestro ejemplar entraría en la categoría *Small*.

Este tipo de punta “se distingue porque su espiga fue lograda al quitar la esquina y no por tener muescas angulares”. Las puntas *Gary* son analizadas por Turner y Hester (1993: 123), quienes las describen como una punta burda y gruesa, con muy variable tipología. Tiene cuerpo triangular, “hombros” cuadrados y pedúnculo contraído. Quizá disminuye de tamaño al paso del tiempo y, por su cronología, podría corresponder a los periodos Arcaico medio a Transicional, o sea, del 2500 a.C. al 700-800 d.C. Suhm *et al.* (1954: 430-431, “e”) las describen de manera similar. Es otra punta que aparece asociada con cerámica—como en la Sierra Gorda—, en su caso, tiestos tipo *Caddo*. Es muy común en el este de Texas y Luisiana, al igual que en estados de la cuenca del Misisipi como Arkansas y Missouri. Esta punta

ha sido considerada parte de la familia de puntas con pedúnculo contraído (*Contracting Stem point family*), a la cual pertenecen las puntas *Morrow Mountain 1 y 2, Wells y Adena* (Lithics-net, 2015, consultado el 10 de marzo).

Las puntas *Gary* se relacionan con las puntas *Almagre* de Suhm *et al.* (1954: 396-398) por su característico pedúnculo. Para los autores citados se trata de un tipo inacabado de punta *Gary* y *Langtry* y las describen como ejemplares de forma triangular, entre ancha y foliácea, con bordes perfectamente rectos en algunos casos, pero por lo general convexos. Los “hombros” varían de bien marcados a muy ligeros, sin aletas. Los característicos pedúnculos son contraídos, algunas veces apuntados, y en ocasiones con lados casi paralelos. Las bases varían desde lo convexo, cóncavo, apuntado hasta recto, conforme a la elaboración del cazador. Suelen dar la apariencia de grosor y pesadez. Su largo va de 6 a 10 cm, y su ancho de 3 a 5 cm. Las más pequeñas son puntas de dardo, arma fundamental de los cazadores-recolectores. Se les ubica desde Texas (*Focus* del río Pecos, *Focus* Falcón) hasta el sur de Tamaulipas. En estas áreas aparecieron varios miles de años antes de Cristo.

La última aseveración es interesante, porque este tipo de punta se ha observado en plena etapa lítica para México (Lorenzo, 1976: 37-48, nuestra punta en p. 46), concretamente en el periodo Cenolítico superior, que va de 9000 a 7000 a.C. (Lorenzo, 1986: XV, 1792-1797; García-Bárcena, 2001: 52-55). Mirambell (1974: I, 66) incluso señala que el ejemplar de esa etapa procede de Coxcatlán, Puebla, fechado con C-14 para ese periodo y el siguiente, Protoneolítico o Arcaico. García Moll (1977: 33, 36, 72-73) dice que este tipo de puntas *Coxcatlán* es el mejor representado en la Cueva del Texcal, con 21 ejemplares, y se le encuentra desde el Protoneolítico al Preclásico (7000- 500 a.C.) (fig. 3).

Estas puntas son descritas por MacNeish *et al.* (1967: 65-66) como finas y pequeñas, hechas con precisión y cuidado. Tienen cuerpos triangulares, extremos distales piramidales y lados rectos o apenas cóncavos, muy bien aserrados. El pedúnculo es contraído con lados convexos, lo cual hace las bases muy convexas o puntiagudas. Sus aletas son



● Fig. 3 Material lítico de Valle de Tehuacán, Puebla. Punta *Coxcatlán*, arriba a la extrema derecha (fuente: Mirambell, 1974: I, 66).

distintivas, por pronunciadas y extendidas en ángulo recto al eje longitudinal, lo cual hace a la punta más ancha que larga. Son puntas características del centro de México y se les ha encontrado en Oaxaca, Tehuacán, Valle de México, Hidalgo y Querétaro, en nuestro caso en la Sierra Gorda.

Materiales con pedúnculos similares, pero de mayores dimensiones, son mencionados por Bosch-Gimpera (1975: 51-52) para el sitio de Lind Coulee, en el estado de Washington, con una temporalidad de 6700 ± 500 , lo cual coincidiría con las fechas de los materiales mexicanos. Podemos identificarla también con el tipo *F2c* de Rodríguez (1983: 124). Son piezas de tamaño medio, con bordes rectilíneos terminados con dos muescas en ángulo abierto, muy bien diferenciadas al nivel del pedúnculo, largas y en V, en los lados convexos convergentes y de base puntiforme.³

³ Este autor la relaciona con los siguientes ejemplares: procedente de Texas, Suhm *et al.* (1954: 431) las llaman *Gary* (2000 a.C.-¿1000 d.C.?); Niederberger (1976: 96, fig. 42) la encuentra en el Estado de México y la denomina *Hidalgo*; Taylor (1966: 65) las ubica en Coahuila y las fecha en el periodo "Coahuila temprano/medio", del 8000 al 4000 a.C.; en Hidalgo; García Cook (1982: 61, número 15) la identifica como punta *Gary*; de Tamaulipas proceden las puntas *Gary* o *Wells*, identificadas así por Stresser-Péan (1977: 330). Finalmente, en Puebla, MacNeish *et al.* (1967:



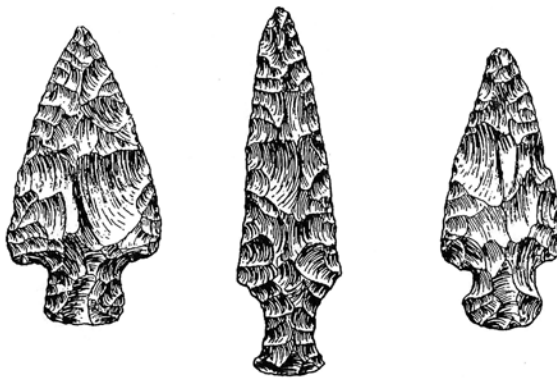
● Fig. 4 Punta tipo *Palmillas*. PANQ-94, La Mesa de San Juan-El Quirambal.

Otra posible identificación de este ejemplar se deriva del estudio de las puntas de la tradición de los bosques del sureste. En efecto, alguna de las puntas del Morrow Mountain Cluster, con su típico pedúnculo contraído, es muy similar a la nuestra. Se fecha en época temprana, al menos desde 5000 a.C. Si bien este tipo de puntas se restringen al sureste de Estados Unidos (Alabama, Georgia, Florida, Carolina del Sur y del Norte, Tennessee, Virginia, Ohio) (Justice, 1995: 104-107), pudo haber llegado a la Sierra Gorda a través de la llanura costera del Golfo, medio de comunicación fundamental entre ambas regiones.

La existencia de este tipo de puntas en la región de estudio no es otro testimonio de la etapa lítica en México, sino de la pervivencia de las tradiciones culturales de los cazadores-recolectores de épocas tempranas, a quienes luego se les llamó "chichimecas".

Otra punta corresponde al sitio PANQ-94, La Mesa de San Juan-El Quirambal, pozo IV, capa 1. Mide 5.5 cm de largo y 4 de ancho (fig. 4). Es de obsidiana color gris translucido, de forma pedunculada, con aletas ligeras y rotas. La consideramos una punta tipo *Palmillas*.

61, fig. 42) la identifican con el tipo *Hidalgo*, fechado entre 6500 y 2000 a.C.



● Fig. 5 Puntas tipo *Palmillas* (Turner y Hester, 1993: 167).

García Cook (1982: 62-64, lám. X, núms. 21 y 22) presenta estas mismas puntas y las ubica en su “Familia V: Muescas angulares”. Turner y Hester (1993: 167) dicen que éstas son puntas pequeñas y de forma lanceolada, de “hombros” con aletas bien marcadas y logradas por muesqueo. El pedúnculo expandido y la base convexa dan a la pieza una apariencia bulbar —a decir de estos autores—, lo cual resulta evidente en nuestro ejemplo. No está bien definida en cuanto a su distribución, se le encuentra desde el oriente de Texas hasta la planicie costera central, por donde pudo haber pasado a la Sierra Gorda. Está presente desde el Arcaico medio al tardío, 3000 a.C.-100 d.C. (fig. 5).

Tolstoy (1971: 278, fig. 2 “k”) dice que este tipo de puntas, junto con las *Ensor*, muestran claro paralelismo entre el valle de México y Tamaulipas, donde aparecen en el primer milenio a.C., cuando comienza a utilizarse la cerámica y se inician las relaciones con las culturas mesoamericanas del Altiplano. Entre las puntas de San Luis Potosí reportadas por F. Rodríguez (1983: 130), correspondería al tipo *Glc*, “Formas con pedúnculo recto”⁴

⁴ Otras identificaciones del mismo ejemplar mencionadas por Rodríguez: puntas *Shumla* de Texas, citadas por Suhm et al. (1954: 480); de Coahuila, Taylor (1966: 66); de Teotihuacan, puntas *Kent* (Tolstoy, 1971: 280); de Nuevo México, Jelinek (1967: lám. XVI, “j”); de Tecolote I, Hidalgo, según García Cook (1982: 67, núms. 7-8), y de Coahuila, según Taylor (1966: 66). Estas puntas *Shumla* también las localizó García Moll (1977: 33, 35, 73) en la Cueva del



● Fig. 6 Otra punta tipo *Palmillas* del sitio PANQ 19 El Divisadero.



● Fig. 7 Procedente del sitio PANQ-17 San Marcos, otra punta tipo *Palmillas*.

En el sitio PANQ 19 El Divisadero, en el valle de Tancoyol de Serra, en color gris-negro, apareció en superficie otra punta fragmentada que nos parece muy semejante a la anterior, punta *Palmillas* de García Cook (1982: 62-64, lám. X, núms. 21 y 22) y Turner y Hester (1993: 167). Sería el tipo *Glc* de F. Rodríguez (1985a: 130) (fig. 6).

La siguiente punta fue localizada en el asentamiento PANQ-17 San Marcos, pozo II, capa 2, en color gris-negro. Le falta su extremo distal, pero se le puede identificar con la punta tipo *Palmillas* o *Glc*, “Formas con pedúnculo recto”, según la clasificación de F. Rodríguez (1985b) ya señalada (fig. 7), a cuya descripción remitimos.

Texcal en Puebla, asignándoles una temporalidad de 4500-500 a.C.



© Fig. 8 Punta tipo *Palmillas* procedente del sitio PANQ-04 Las Pilas.

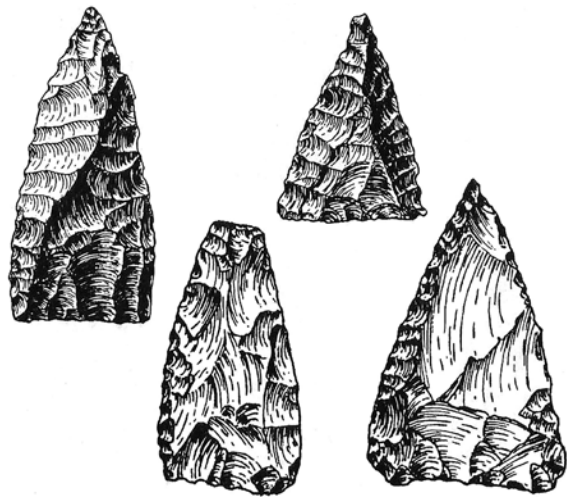


© Fig. 9 Punta tipo *Tortugas* PANQ-154 La Cruz.

Otra punta fragmentada se localizó en superficie en el sitio PANQ-04 Las Pilas. Mide 4.5 cm de largo por 4 cm de ancho en color gris-negro. Le falta la porción distal, pero por sus otras características parece corresponder a las puntas tipo *Palmillas* (fig. 8).

En el área del sitio PANQ-154 La Cruz, en superficie, localizamos un fragmento de lo que podría ser una punta *Tortugas* en color gris-negro. Parece ser una punta quebrada durante el proceso de adelgazamiento (García Cook, comunicación personal, 2012) (fig. 9).

Las puntas *Tortugas* son triangulares, grandes y sin pedúnculo, con base de cóncava a recta y lados biselados en forma alternada. Por lo general



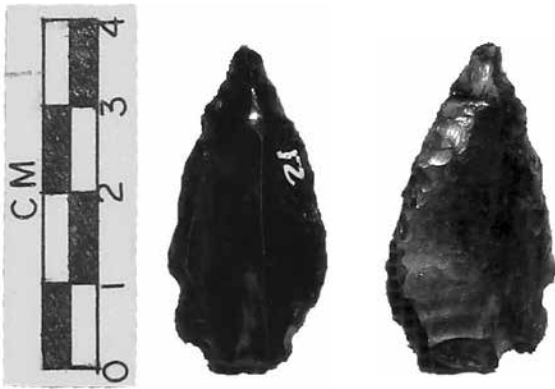
© Fig. 10 Esta punta tipo *Tortugas* la describen Turner y Hester (1993: 188).

son gruesas, burdamente lasqueadas en su parte media, pero bien adelgazadas en la base. Son características del sur de Texas y del bajo río Grande, pero puede aparecer en el centro de Texas y en el curso bajo del río Pecos. Corresponde al Arcaico medio-tardío de Texas (2500-300 a.C.) (Turner y Hester, 1993: 62-63, 188). Suhm *et al.* (1954: 482-483) dicen que surgen desde 4000 a.C. y las describen de forma similar (fig. 10).

Por otra parte, Espinoza Vázquez (2009: 146, fig. 13) ilustra un fragmento distal de punta con retoque bifacial muy parecido al ejemplar que localizamos.

Otra punta, incompleta, fue localizada en el sitio PANQ-21 Barrio de la Luz, en superficie. Es de color gris y le falta la parte proximal, más por su forma distal puede identificarse con las puntas tipo *Godley* (fig. 11) Estas últimas son puntas pequeñas y triangulares con muescas prominentes, sin aletas. Se caracterizan por su pedúnculo, ligeramente expandido y con base convexa (Turner y Hester, 1993: 125). Sin embargo, ese extremo se ha perdido en nuestro ejemplar. Proceden de la parte central y oriental de Texas. La temporalidad para estas puntas se ubicaría entre el Arcaico tardío y el Prehistórico tardío, 4000 a.C.-1000 d.C. (fig. 12).

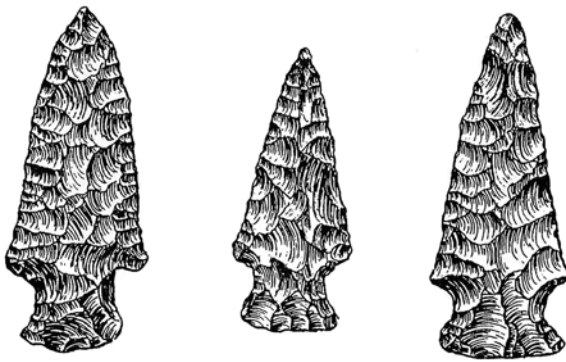
También podría ser una punta sobre navaja —extraída de esta última, ancha y grande— a la



● Fig. 11 Punta tipo *Godley*. PANQ-21 Barrio de la Luz.



● Fig. 14 Probable punta tipo *Matamoros* del sitio PANQ-21 Barrio de la Luz.



● Fig. 12 Tipo de puntas *Godley* descritas por Turner y Hester (1993: 125).



● Fig. 13 La punta *Godley* del sitio PANQ-21 Barrio de la Luz (dibujo: Salvador Camacho).

que se le retocaron los bordes, ya que se ve parte de la cresta. La obsidiana utilizada en su elaboración es de Zacualtipán, Hidalgo, y podría proceder del yacimiento Zaragoza (A. Pastrana, 2012: comunicación personal) (fig. 13).

Otro de los fragmentos de puntas de obsidiana fue encontrado en superficie, en el sitio PANQ-21 Barrio de la Luz; es gris translúcida y tal vez sea un fragmento de punta sobre lasca plana y recta (A. Pastrana, comunicación personal 2012) identificada como tipo *Matamoros* (figs. 14 y 19). Es una punta pequeña, por lo general gruesa, triangular o subtriangular, con ambos lados biselados o en uno solo, sin pedúnculo; esto la aproxima al tipo de puntas *Tortugas*, pero mucho más pequeña, de 3 a 4 cm. Por lo tanto, ambas puntas pueden ser continuación una de otra, como ocurre con las tipo *Catán* y *Abasolo*.

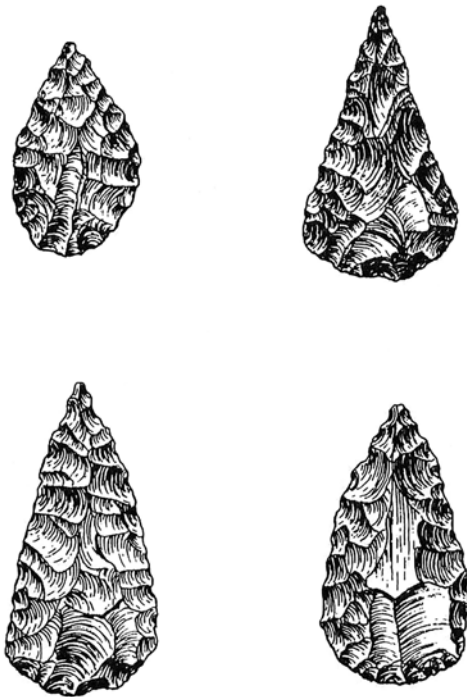
Se le encuentra en el sur de Texas, Oklahoma y el noreste de México, y va del Arcaico tardío al Prehistórico tardío (1000 a.C.-1600 d.C.), si bien algunos autores dicen que apareció alrededor de 1200 a.C., y que su empleo sobrevivió hasta tiempos históricos. En Texas este tipo se encuentra en los Focos Mier, Brownsville y Rockport. Por su tamaño podría ser clasificada como una punta de flecha, pero su grosor y lados biselados sugieren su uso como punta de proyectil o cuchillo (Lithics-net, 2015, consultado el 10 de marzo).

Puntas de proyectil de pedernal y de andesita

El sitio PANQ-19 El Divisadero se ubica en el valle de Tancoyol de Serra, y al excavar el pozo I, en su capa 1, se localizó una punta de sílex en caliza con



● Fig. 16 Punta de proyectil tipo *Catán*. Procede del asentamiento PANQ-19 El Divisadero.



● Fig. 17 Puntas *Catán*, según Turner y Hester (1993: 89).

concreciones, de color gris rosado, pedernal *chert*. El extremo proximal es convexo, fue obtenido de una lasca, presenta el bulbo a un costado y se elaboró mediante la técnica de presión (fig. 16). John Clark (comunicación personal, 2014) mencionó la posibilidad de que este ejemplar datase de época temprana. Puede identificársele con el

tipo *Catán*, citado por Suhm *et al.* (1954: 410-411) y fechado entre 500 al s. XVIII d.C. Turner y Hester (1993: 62-63, 89) le asignan una temporalidad de 1000 a.C.-1200 d.C.

En Tamaulipas se conoce el tipo *Catán*, fechado c. 4800 a.C.-1500 d.C. (MacNeish *et al.*, 1967: 68, núm. 53, 70). Rodríguez (1989: 10 “b”) lo ilustra, al igual que Tolstoy (1971: 277 y fig. 2 “f”) de la Cuenca de México fechada para el Preclásico medio (1200-400 a.C.), muy similar a nuestro ejemplar (fig. 17). También la muestra García Moll (1977: 31, 34, 71) para la Cueva del Texcal en Valsequillo, Puebla, y la fecha en la etapa lítica (Protonolítico), al Preclásico.

Esas puntas *Catán* proceden del sur de Texas y del noreste de México; son “triangulares, sin pedúnculo, con laterales rectos o ligeramente convexos, a veces biselados, y una base convexa bien redondeada” al conseguir retirar anchas lascas (Turner y Hester, 1993: 89). Suhm *et al.* (1954: 410-411) aportan un dato muy interesante, aplicable al caso de la Sierra Gorda: las puntas *Catán* y las *Matamoros* (Suhm *et al.*, 1954: 448-449) aparecen en Tamaulipas y en la costa texana en asociación con cerámica, igual que en el caso queretano. MacNeish *et al.* (1967: 70) dan un dato similar. Es una punta muy extendida desde Alaska hasta Oaxaca.

Las puntas *Abasolo* son similares a las *Catán*, pero más grandes (Turner y Hester, 1993: 68, 89). García Cook (1982: 56-58; lám. VII, núm. 5) las ubica en su familia I “Sin muescas” y las considera una simple variante de *Abasolo*. Rodríguez (1989: 10, “b y c”) ilustra con gran claridad esta posibilidad. Tolstoy (1971: 277, fig. 2 “g”) las estudia para la Cuenca de México, y García Moll (1977: 31, 34, 70-71) para la Cueva del Texcal en Valsequillo, Puebla. Este autor sigue la clasificación de García Cook ya citada, y fecha las puntas *Abasolo* desde el 7000 a.C. hasta inicios de nuestra era. Las puntas *Abasolo* son grandes, triangulares y sin soporte, con una base redondeada distintiva. Los laterales pueden ser biselados o astillados, y la base adelgazada. Se las encuentra en el sur de Texas, sobre todo en la cuenca del río Bravo, y continúa hasta el noreste de México, en la Sierra de Tamaulipas. Procede del Arcaico temprano y medio (6000-1000 a.C.) (Turner y Hester,

1993: 62-63, 68). Es de tipo lanceolado, y pudo haber servido como un cuchillo más que como punta de proyectil (Lithics-net, 2015, consultado el 10 de marzo). Se asemeja al tipo *Tortugas*, con la diferencia de que *Abasolo* tiene la base redondeada.

Suhm *et al.* (1954: 400-401) las describen de manera similar y las relacionan con los tipos *Tortugas* y *Catán*. Miden de 4.5 a 5 cm, con un ancho de 2 a 3 cm. Además del sur de Tamaulipas, son propias del norte y el este de Nuevo León, y su uso abarca de 5000/3000 a.C. hasta 500 d.C., aunque a lo largo del río Grande se utilizaron hasta el siglo XVIII. Por su parte, MacNeish *et al.* (1967: 57 y 1958: 62-64) describen las puntas *Abasolo* como de forma lagrimal, con bases redondeadas, lados apenas convexos, con bordes distales piramidales y por lo general adelgazadas en la base. Este tipo de punta es muy común en la región de Tehuacan y en otros sitios mesoamericanos, y se encuentra en las diversas secuencias de excavación.

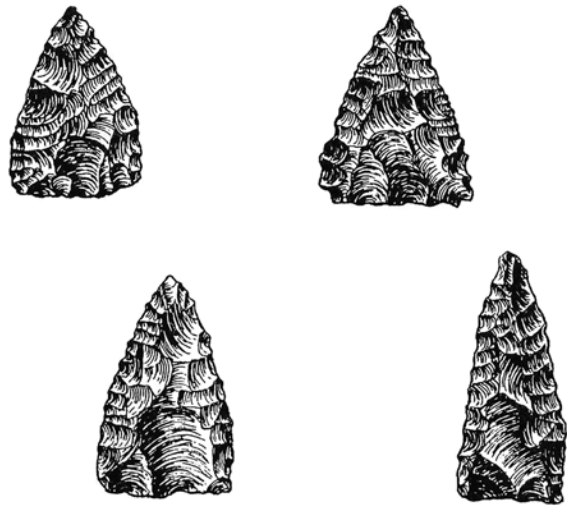
Las puntas *Abasolo* se parecen a las tipo *Young*, comunes en Texas, Oklahoma y en la costa central del golfo de México. Es de forma subtriangular, hecha de una lasca delgada, la cual se corta burdamente alrededor de los lados; las caras no muestran, o lo hacen muy poco, rastros de trabajo. Las bases y lados laterales son convexos. Es “prehistórica tardía”, según Turner y Hester (1993: 237).

Puede decirse que es similar a las puntas tipo *Ae* de F. Rodríguez (1983: 62). En su mayoría son piezas grandes, de forma amigdaloides, redondeada, con los lados y la base convexos. El conjunto parece un poco asimétrico. Suelen mostrar rebajes bifaciales irregulares, obtenidos por percusión. Se observan retoques marginales bifaciales, irregulares, cortos y desconchados.

En el sitio PANQ-140 Jagüey del Jabalí, pozo 2, capa 1, se localizó una punta de pedernal de color rojo muy oscuro. Suhm *et al.* (1954: 448-449), Turner y Hester (1993: 153) y MacNeish (2009: 115, 132 lámina XXII. Núms. 7-9) describen el tipo *Matamoros* de manera muy similar a la nuestra (figs. 18 y 19). También se asemeja a uno de los ejemplares que describe García Cook (1982: 56-58; Lám. VII, núm. 13) en su Familia I “Sin muescas”. La descripción de esta punta la realizamos al mostrar la figura 14.



● Fig. 18 Punta en pedernal tipo *Matamoros*. PANQ-140 Jagüey del Jabalí.



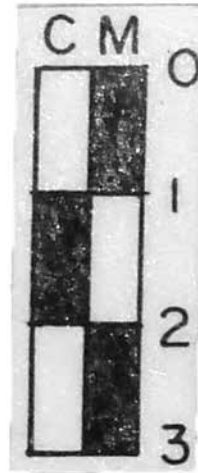
● Fig. 19 Las puntas *Matamoros* según Turner y Hester (1993: 153).

Lo que parece ser una punta tipo *Tortugas* fue localizada en el sitio PANQ-140 Jagüey del Jabalí, en el pozo III, capa 1. Esta punta de caliza en color blanco rosado, muy erosionada, muestra poco paralelismo entre sus lados, y la parte distal presenta un fino retoque (fig. 20). Corresponde a la descripción (ver fig. 9) de Ángel García Cook (comunicación personal, 2012), Turner y Hester (1993: 62-63, 188) y Suhm *et al.* (1954: 482-483).

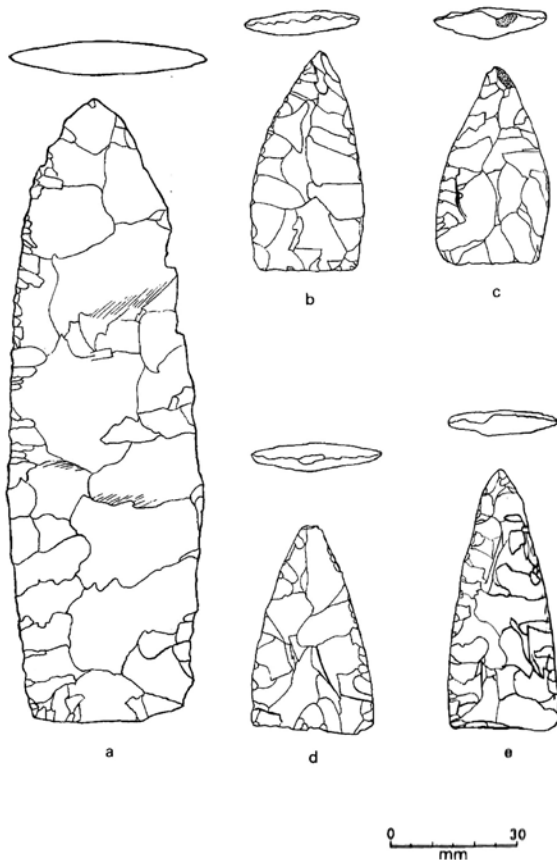
Dos tradiciones de puntas, más lejanas, se relacionan con nuestro tipo: la punta *Wadlow* procede del valle del río Misisipi y data de 1300-500 a.C. (Justice, 1995: 143-146), algunas de ellas



© Fig. 20 Punta tipo *Tortugas* del sitio PANQ 140 El Jagüey del Jabalí.



© Fig. 22 Punta tipo *Caracara* o *Ensor*. Procede del sitio PANQ-19 El Divisadero. Pozo 1, Capa 1.

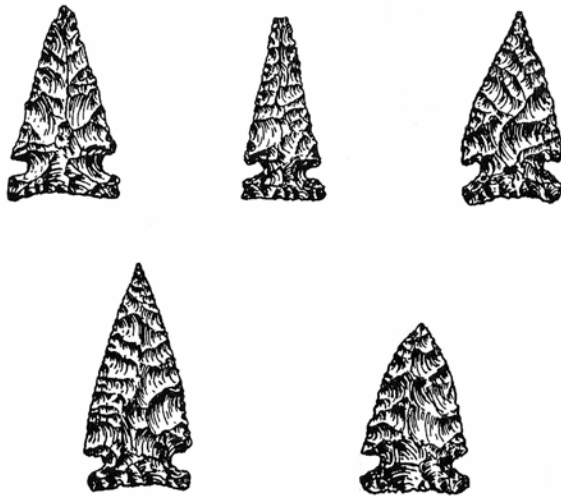


© Fig. 21 Puntas tipo *Wadlow* (Justice, 1995: 143-146).

resultan muy similares a la nuestra (fig. 21). La otra corresponde al tipo *Copena* de los Bosques del Sureste, datada entre 150-500 d.C. (Justice, 1995: 204-208). El tránsito hacia la Sierra Gorda de tales tradiciones a través de la Llanura Costera del Golfo es una posibilidad, ya explicada.

Del asentamiento PANQ-19 El Divisadero proviene otra punta de roca ígnea extrusiva de color rojo. Presenta muescas por ambos lados y no en las esquinas, la punta está casi completa. Parece ser un tipo *Caracara*. Son especímenes muy delgados, pequeños y muesqueados, con los lados muy bien aserrados; el lasqueado en desorden, pero bien ejecutado. Por lo general las bases son rectas, mas algunas tienden a ser cóncavas o convexas. Las “orejas” basales en el pedúnculo, de forma redondeada o cuadrada, suele extenderse un poco más allá del ancho de los “hombros” (Turner y Hester, 1993: 205). En nuestro ejemplar parecen estar rotas (figs. 22 y 23). Este tipo de puntas proceden de Texas y el noreste de México, centradas en la zona de la presa Falcón. En México se han encontrado en Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila. Los autores citados la fechan como Prehistórica tardía (700-1600 d.C.).

Suhm *et al.* (1954: 423) identifican estos ejemplares como la punta texana *Ensor* y le dan una temporalidad de 2000 a.C. a 1000 d.C. Turner y Hester (1993: 114) describen este tipo de puntas como muy variables en sus dimensiones, pero las



© Fig. 23 Puntas tipo *Caracara* (Turner y Hester, 1993: 114).



© Fig. 24 Punta *Caracara* localizada en el sitio PANQ-100 Cuisillo del Barrio.

caracterizan sus anchos pedúnculos, los muescos laterales y una base recta. Se les encuentra en el centro y sur de Texas y son fechadas para el Arcaico transicional (200 a.C.-600 d.C.) o son más tardías. También aparecen en Oklahoma oriental y Arkansas suroeste (Lithics-net, 2015, consultado el 10 de marzo).

García Cook (2013, comunicación personal) considera nuestra punta *Caracara* como del tipo *Harrell*, misma que presenta muescas laterales profundas y amplias, lo cual da a la base una apa-

riencia cuadrangular (Tolstoy, 1971: 279, fig. 3 “o”). Las puntas *Harrell* son descritas por García Moll (1977: 34, 36, 73) en Cueva del Texcal, Puebla; las ubica en la “Familia VII. Tres muescas” y les asigna una fecha de 7000-500 a.C. Sin embargo, señala que “es característico del Posclásico de la Cuenca de México y en Tehuacán se presenta desde la fase Venta Salada” (1000-1500 d.C.).

En otra posible identificación, Rodríguez (1983: 86) la presenta como su tipo *D1a*. Las piezas son de dimensión media y pequeña, con bordes convexos y la base rectilínea. En relación con la base, las aletas forman un ángulo de casi 45° y parten del punto de unión exacto de los bordes con la base. El trabajo de elaboración —mediante la técnica de presión— está muy bien ejecutado, con largos retoques bifaciales paralelos muy rasantes y otros más finos en el extremo distal.⁵ Rodríguez (1989: 10 “d”) presenta este tipo de puntas como de “Tradición Holoceno temprano”, lo cual es de gran interés por relacionarlas con la última fase del periodo lítico en México.

En el PANQ-100 Cuisillo del Barrio, Pozol, Capa 1, se localizó una punta de calcedonia color óxido ferroso diseminado, de 4 cm de largo por 3 cm de ancho. La fabricación fue por retoque, con presión en los lados, y se observa una lasca de impacto porque perdió la punta; es evidente que fue usada en repetidas ocasiones (Clark, comunicación personal, 2014).

La tradición de las planicies, específicamente de Texas, se manifiesta de nuevo en este ejemplar, que puede relacionarse con las puntas *Caracara* del sur de Texas y norte de México (Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila) (fig. 24). Se le asigna una temporalidad de 700-1600 d.C., por lo que corresponde al periodo Prehistórico tardío del área (Turner y Hester, 1993: 62-63, 205).

⁵ Rodríguez cita otros autores en relación con las puntas *Caracara*: procedente de Tamaulipas, MacNeish (1954, fig. 55) la identifica como “Tipo 2”. Para Aveleyra et al. (1956: lám. IX) procede de Coahuila. También de esta área, Taylor (1966: 84) dice que es del Complejo Jora y la fecha entre 0-1500 d.C. En cambio, Jelinek (1967: lám. XVI) la ubica en Nuevo México y, en correspondencia con el Arcaico, le da una temporalidad de 4000 a.C.-600 d.C. Tolstoy (1971: 276, fig. 2) también la identifica como tipo *Ensor*, procedente de Ticomán (650-200 a.C.)

También se le podría comparar con una punta del tipo *Matanzas Side Notched*. Procede de Decatur County, Indiana, y está elaborada con *chert* de Jeffersonville. Es una punta pequeña, “achaparrada”, con muescas laterales debajo de la preforma. Suele presentar bases rectas, si bien pueden encontrarse cóncavas o convexas. Casi todas presentan pulimento en la base y dentro de las muescas. Las puntas *Matanzas* son diagnósticas del periodo Arcaico tardío (3700-3000 a.C.) de los Bosques Orientales y proceden del centro y sur de Indiana e Illinois, aun cuando también se les encuentra mucho en el valle central del río Misisipi, y en los valles de los ríos Missouri, Illinois y Ohio (Justice, 1995: 119, 121, fig. 24 “c”).

Se les puede comparar con las puntas *Ensor* descritas por MacNeish, datadas para el periodo 2500-1000 a.C. (1958: 67-68) y que ya habíamos comentado (fig. 25). Este tipo de puntas las encuentra García Moll (1977: 32, 34, 71-72) en Cueva del Texcal, Valsequillo, Puebla, y de acuerdo con García Cook, en su clasificación, las considera como parte de la “Familia II, con muesca basal”. Corresponde al Protoneolítico (desde 7000 a.C.) y Preclásico mesoamericano. García Cook (comunicación personal, 2013) considera nuestra punta *Caracara* como una muestra tipo *Ensor*.

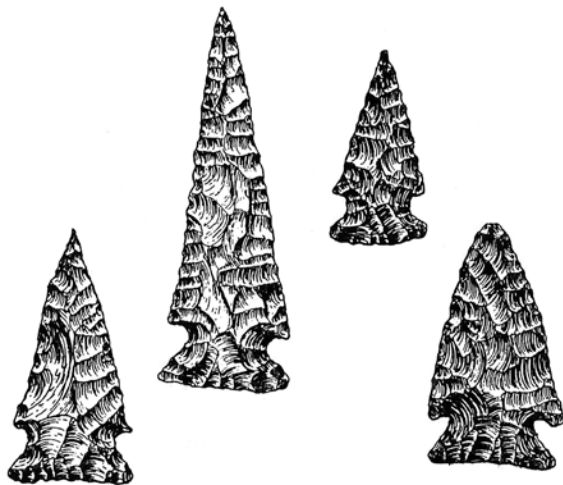
Puede identificarse con la punta *D2a* mencionada por F. Rodríguez (1983: 90), quien le asigna una temporalidad de 1510 ± 80 d.C. (1985a: 204,

209). Empero, parece provenir de una tradición del Holoceno temprano, por lo que su origen habría sido muy antiguo (Rodríguez, 1989: 10, lám. 3 “f”). Son puntas triangulares de dimensiones “medias” y “pequeñas”, como en nuestro caso. Su aspecto es frágil, los bordes y las bases son rectilíneos, con dos pequeñas muescas laterales en contacto con la base, pero sin mellarla del todo. Las muescas figuran un ángulo de casi 45° y la forma es muy equilibrada.

Se relaciona con un tipo de puntas de contorno general triangular, con bordes laterales rectilíneos, o apenas convexas, y base recta con muescas. Un trabajo limitado sobre el reverso, pero muy cuidadoso en el dorso, particularmente hacia los extremos distales. D. Michelet (1996: 360, 397, fig. 130, “h-j”) las ubica al oeste y norte de San Luis Potosí, y en regiones más septentrionales. Puede tratarse de una copia local de ese tipo de puntas. Tales aspectos evidencian las relaciones entre la Sierra Gorda y estas regiones al norte de México —y el contacto es muy probable con grupos de cazadores-recolectores, por las características que presenta el material descrito.

Otro ejemplar fue localizado en el sitio PANQ-154 La Cruz. La manufactura fue por percusión, no está adelgazada y parece un instrumento viejo, por la pátina que muestra. Es una punta de pedernal en color rojo oscuro, la cual puede ser identificada con el tipo *La Mina* que describen MacNeish *et al.* (1967: 62) y García Moll (1977: 32, 35, 72) para Cueva del Texcal, en Puebla. La fecha en su fase Tepeyolo (4500-500 a.C.). Ese tipo de puntas presentan pedúnculos cortos de lados rectos y bases rectas o apenas convexas. El pedúnculo está separado del cuerpo de la base por un “hombro” bien marcado, en ángulo recto al eje principal. El cuerpo forma un triángulo isósceles con lados poco convexas (fig. 26). Esas puntas aparecen en Puebla, el valle de México, Hidalgo y Querétaro, donde se fechan entre 5000 y 3000 a.C., mientras en Tamaulipas son datadas entre 2000 y 1000 a.C. (MacNeish *et al.*, 1967: 62)

Otra posible identificación es con el tipo *Palmillas*, ya descrito (fig. 5). Tolstoy (1971: 278, fig. 2 “k”) señala que esas puntas, junto con las *Ensor*, muestran claros paralelismo entre el valle de México y Tamaulipas, donde aparecen en el



© Fig. 25 Puntas *Ensor*, según Turner y Hester (1993: 114).



● Fig. 26 Punta de pedernal tipo *La Mina* del PANQ-154 La Cruz.

primer milenio a.C., cuando comienza a utilizarse la cerámica e inician las relaciones con las culturas mesoamericanas del Altiplano.

Otra punta completa fue localizada en el sitio PANQ-43 Piedras Negras. Hecha de calcedonia, color café olivo claro con dureza de 7 en la escala de Ohms; mide 5.5 cm de largo por 2.5 cm de ancho. Muestra técnica de percusión y retoque a presión para su manufactura. Tiene la punta rota y se observa una lasca de impacto. Una posible identificación es con las puntas *Perdiz*, descritas por Suhm *et al.* (1954: 504-505, lám. 131 “c”). Es muy variable en cuanto a tamaño y proporciones (fig. 27). Se trata de una punta triangular con lados rectos, aunque pueden ser apenas cóncavos —o convexos, como parece ser en nuestro caso—. Los “hombros” aparecen en ángulo recto con el pedúnculo, o bien, con las aletas bien marcadas. El pedúnculo puede ser contraído o redondeado. El trabajo de elaboración es bastante bueno. Se fecha entre 1000 y 1500 d.C. Estas puntas son comunes en diversos complejos texanos, pero también se les encuentra en Oklahoma, y en la parte oriental y central de la costa del Golfo.⁶ W.W. Taylor (citado en Lithics-net, 2015, consultado el



● Fig. 27 Punta tipo *Perdiz* elaborada en calcedonia del sitio PANQ-43 Piedras Negras.

10 de marzo) la denominó como punta *Nopal*, y la ubicó en el noreste de México. Sin embargo, actualmente se le conoce simplemente como *Perdiz*. Puede relacionarse con las puntas del tipo *F2e* de F. Rodríguez (1983: 126). Son puntas de “medianas” a “grandes”, con bordes rectilíneos y pedúnculo en forma de V; tiene lados un poco convexos y base puntiforme, separada por unas aletas salientes con extremidades puntiformes, en la misma dirección que los bordes. Tolstoy las describe para el centro de México (1971: 277, fig. 2 “b”).

En el Conjunto 1, Extensión 1, Plataforma 12, de la zona arqueológica PANQ-147 Lan-Ha’ (Muñoz y Castañeda, 2014) se encontró una punta de proyectil en pedernal de color rojo y con el pedúnculo ligeramente roto, lo cual no impidió identificarla como una probable punta *Delhi* (figs. 28 y 29). Es un fino trabajo, con evidente retoque por presión. Según Turner y Hester (1993: 103-104), estas puntas se caracterizan por su forma muy simétrica y bien hecha, con pedúnculos rectangulares y apenas cóncavos. Su porción distal es larga, con los laterales de rectos a ligeramente cóncavos. Pueden ser biconvexos en sección cru-

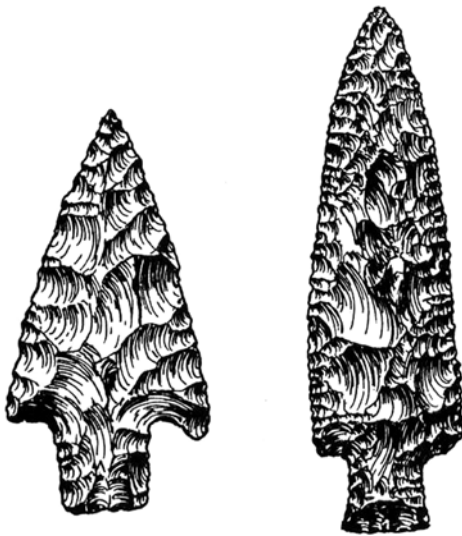
⁶ Las puntas *Perdiz* que describen Turner y Hester (1993: 227) son muy diferentes a las que presentan otros autores.



● Fig. 28 Punta *Delhi* localizada en prospección de superficie. PANQ-147 Lan-Ha'.



● Fig. 30 Punta *Pandale* de andesita microcristalina de cuarzo, localizada en el sitio PANQ-143 Los Bailes.



● Fig. 29 Puntas *Delhi*, según Turner y Hester (1993: 104).

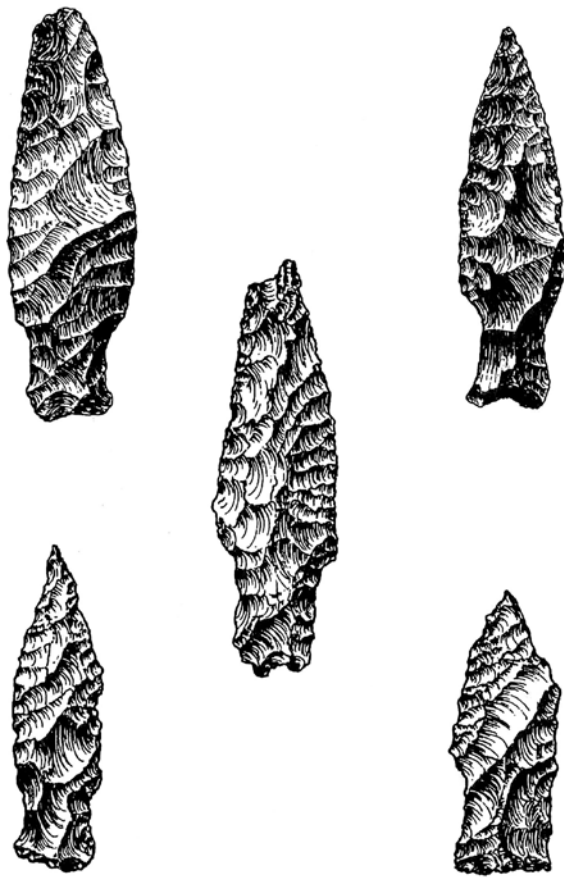
zada, con las aletas se proyectan hacia abajo, como en nuestro ejemplar.

Parece ser originaria de Luisiana; aun cuando es rara en el este y sureste de Texas, pudo desplazarse hacia la Sierra Gorda entrando por la Llanura Costera del Golfo y penetrar luego a la región serrana. Se le fecha entre 1300 y 200 a.C. Empero, más que considerarla como un material de la etapa lítica (Lorenzo, 1965, 1976 y 1986), creemos

que es muestra de la continuidad de las tradiciones culturales más antiguas entre los cazadores-recolectores tardíos, pues el sitio donde se localizó nuestro ejemplar corresponde a un periodo entre el Formativo medio tardío y el Posclásico. Cabe mencionar que la punta es similar a la que presenta García Cook (1982: 64-65, lám. XI núm. 9-10) como del tipo *Bulverde-Nopalera* para su familia V “Muecas angulares”. Las describe como puntas de cuerpo más alargado en relación con el tamaño de la espiga, que es de lados rectos y del mismo tamaño, pero con una muesca un poco más profunda que la otra. La base es curva o recurvada, con retoque bifacial y de gran fineza. García Moll (1977: 33, 35) las ubica en la misma familia.

En el centro ceremonial PANQ-143 Los Bailes, al excavar el pozo II en la capa 2 apareció esta punta de andesita⁷ microcristalina de cuarzo, similar a un basalto en color rojo oscuro (fig. 30). Parece ser una elaboración muy burda del tipo

⁷ Después del basalto, la andesita es el tipo más abundante de roca volcánica o ígnea; se compone sobre todo de plagioclasa sódica y subcálcica, con pequeñas cantidades de feldespatos alcalinos y cuarzo, no siempre visible, en la parte vítrea de la pasta. Puede contener minerales ferromagnesianos, como la biotita, la hornblenda, la augita o la hiperstena, lo que da origen a variaciones de la andesita (Huang, 1981: 151-152).



● Fig. 31 Las muy peculiares puntas *Pandale*, según Turner y Hester (1993: 169).

Pandale identificada por Turner y Hester (1993: 168), y que se caracteriza por su forma lanceolada y el característico “retorcimiento” del cuerpo de la pieza, debido a la oposición entre el pedúnculo y el cuerpo, como se ve en nuestro caso (fig. 31). Es muy común en los ríos Grande y Pecos Bajo, y rara en el este y el norte de Texas central (Lithics-net, 2015, consultado el 10 de marzo). Corresponde al Arcaico temprano, de 4000-2500 a.C.

Suhm *et al.* (1954: 464-465) dicen que, además de su característica “torsión”, los pedúnculos son variados, desde aquellos con lados paralelos hasta los que tienen lados que se expanden o contraen, con bases rectas, cóncavas o convexas. Su tamaño va de 3.5 a 9 cm, la mayoría entre 5 y 7 cm, y de 1.5 a 3 cm de ancho como máximo. Los pedúnculos miden de 1 a 1.5 cm. Estas características parecen observarse en nuestro



● Fig. 32 Punta *Pandale* procedente del PANQ-147 Lan-Ha', conjunto 6, pozo 1, capa 1.

ejemplar, bastante burdo, como decíamos. ¿Será una producción local del tipo clásico texano? Podría ser un posible tipo clásico “Aberrante”, según la denominación de MacNeish *et al.* (1967: 78-79).

Otra posibilidad es que este ejemplar pudo haber sido una “punta emergente” (Alejandro Pastana, comunicación personal, 2011); pero como no está derecha, al lanzarse se habría movido en zigzag. Por otro lado, es de uso ligero y quizá pudo haber servido para cortar. En su extremo proximal presenta una fractura causada por presión. Este artefacto es muy grueso y no se puede enmangar, además de que no es simétrico. Se le notan las estrías del golpe que sufrió en el probable pedúnculo.

En la parte de la Sierra Gorda estudiada es frecuente encontrar este tipo de material de andesitas, usado y reutilizado mucho por los pobladores del área en la elaboración del utillaje lítico

La identificación del ejemplar como una punta *Pandale* fue confirmada por el hallazgo de una segunda punta de ese tipo, en color gris, en el asentamiento PANQ-147 Lan-Ha', conjunto 6, pozo 1, capa 1 (fig. 32). El ejemplar está mejor logrado y es muy claro el “retorcimiento” del cuerpo.

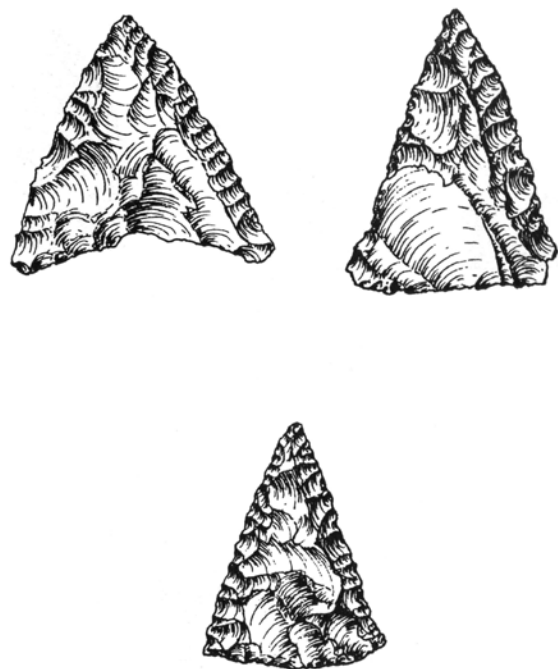
Por último presentamos otra punta localizada en el PANQ-147 Lan-Ha', conjunto 6, pozo 1, capa 1.



● Fig. 33 Punta *Flacco* procedente del sitio PANQ-147 Lan-Ha', contexto de excavación.

Es de color blanco rosado (fig. 33) y parece corresponder a una punta *Flacco* según la identificación de MacNeish *et al.* (1967: 59), quienes la ubicaron en la fase El Riego (6500-5000 a.C.) del valle de Tehuacán, aun cuando tal vez se mantuvo en la zona hasta 2000 a.C. También aparece en los niveles inferiores de la Cueva del Tecolote, Hidalgo, y en Cueva del Texcal en Puebla (García Moll, 1977: 31, 34). Ello quiere decir que corresponde a la etapa lítica, cuando se habría originado en el centro de México. Su filiación con nuestra región deriva del hallazgo de ese mismo tipo en la cueva de San Nicolás, en Querétaro, y en el sur de Tamaulipas. También se le ha ubicado en superficie en el valle de México, pero no hay rastro de ella en el sur y oeste de México, tampoco en Texas ni en el suroeste de Estados Unidos.

Las puntas *Flacco* son de forma triangular con bases cóncavas profundas. Algunas presentan cuerpos apenas cónicos, o bien, burdas puntas oblicuas. Las bases suelen mostrar una profunda concavidad, y en algunos casos puede tener una muesca en forma de V (MacNeish *et al.*, 1967: 58-59). Esta muesca relaciona la punta con el tipo definido por Lorenzo (1965: 28, fig. 22) como punta “sin espiga, aletas. Base cóncava. Bifaciales, amigdaloides, retoque diverso [...] las longitudes respectivas son 5.9 y 4.8”, o sea, similar a nuestro ejemplar en su base, que no en el cuerpo, que es



● Fig. 34 Puntas *Early Triangular*, según Turner y Hester (1993: 108-109). Obsérvese el muesqueo en la base del ejemplar superior izquierdo, similar al de la punta que localizamos.

“achaparrado”. Definidas para el sitio de Tlatilco, Rodríguez (1985b) las ubica en su grupo de “Formas triangulares simples” y las clasifica como *B1d*. Su forma las conectaría con las puntas *Early Triangular* de Turner y Hester (1993: 108-109), quienes presentan un ejemplar con un ligero muesqueo similar al de la punta de la Sierra Gorda (fig. 34). Los autores dicen que ese tipo de puntas se caracterizan por su cuidadoso lasqueado paralelo-oblicuo, por sus bases rectas a ligeramente cóncavas y sus lados laterales biselados, que también pueden ser un poco dentellados. Por tales características se ha dicho que ese tipo de materiales podrían ser navajas, más que puntas de proyectil. Corresponden al Arcaico temprano (7000-4000 a.C.) Se les encuentra en el norte, centro, sur y suroeste de Texas.

En el territorio de la Sierra Gorda, esas puntas no correspondería a la etapa lítica, sino que se explicarían por la sobrevivencia de tradiciones culturales conservadas por los cazadores-recolectores que reocuparon el área serrana en tiempos tardíos, como en los otros ejemplos ya citados.

Conclusiones

La Sierra Gorda queretana formó parte de la frontera norte mesoamericana, y por ello se dieron claros contactos entre los pueblos agricultores de Mesoamérica y los cazadores-recolectores del norte. Esta frontera estuvo determinada por pautas culturales e históricas (Braniff, 1994: 15-21; 2001; 2010: 106-110), pero además deben tenerse en cuenta —sin exagerar su importancia— condicionantes ecológicos, como las variaciones en el régimen de lluvias a lo largo de la historia mesoamericana (Armillas, 1964: 62-82). En todo caso, podría ser un ejemplo de la interrelación entre nómadas y sedentarios, un factor de gran importancia en la dinámica histórico-cultural de Mesoamérica.

Si bien el material lítico encontrado hasta ahora en la región serrana es mínimo, puede considerarse factible observar un uso mayor del pedernal y otros materiales que de la obsidiana. Además, debido a sus características, esos materiales quizá podrían estar relacionados con grupos cazadores-recolectores o poblaciones agrícolas “igualitarias” (Pastrana, 1990: 391, 393), quienes habrían mantenido en principio una verdadera simbiosis cultural con los grupos sedentarios del norte de Querétaro, para luego reocupar las regiones abandonadas por los agricultores como resultado de los procesos histórico-culturales y ambientales ya señalados. Por ello, esos utensilios aparecieron en las capas superiores de las excavaciones, lo cual podría ligarse a la llegada de estas poblaciones nómadas que se impusieron a los grupos ya asentados en la zona —más avanzados—, en un territorio que tal vez haya enfrentado problemas derivados de modificaciones climatológicas y migraciones de pueblos enteros. También es posible que esos grupos sedentarios ocupasen a los grupos cazadores-recolectores, los chichimecas serranos, como guardianes de sus milpas, para que otras tribus nómadas no irrumpieran y robaran las cosechas de los agricultores.

Tampoco debe perderse de vista la probable presencia de tradiciones líticas procedentes del área cultural de las planicies estadounidenses, concretamente de Texas —y tal vez de los bosques del sureste estadounidense—, lo cual es un indicio

interesante que amplía los contactos de la Sierra Gorda. Desde luego, cabe la posibilidad de que los grupos sedentarios hayan elaborado este tipo de materiales líticos para su vida cotidiana. Las influencias y contactos con las áreas culturales de Estados Unidos pudieron haberse dado tanto con los grupos sedentarios como con los cazadores-recolectores.

Por lo demás, en la Sierra Gorda pudo darse un proceso histórico cultural similar al observado en otros espacios de Mesoamérica, el cual habría tenido lugar entre los horizontes del Clásico medio y el Posclásico: un proceso de sedentarización, voluntaria o forzada, de poblaciones de tradición nómada, algo que hasta cierto grado se pudiera comparar con lo que ocurrió durante la Colonia (Rodríguez, 1991: 79, 80).

Como ejemplo comparativo, F. Rodríguez (1985a: 23) menciona que en el valle de San Luis Potosí, Fase Huerta IV (1000-1250 d.C.), se desarrolló el máximo de intercambios entre los complejos “Cazador-Recolector” y “Valle de San Luis”. Al noroeste y sureste de la “región V” predominan los sitios con material lítico y cerámico. Ahí se produce un fenómeno local muy particular, que podría definirse como una especie de simbiosis entre el complejo cazador-recolector y el complejo Río Verde de la fase anterior. Es muy probable que en esa zona, la V —en el valle del río Bagres o en su cercanía—, haya existido una ruta que uniría a la cuenca de Río Verde con la Mesoamérica nuclear vía la Sierra Gorda de Querétaro, por donde transitaba la obsidiana. Los grupos de cazadores-recolectores del río Bagres pudieron haber contado con esta ruta, por lo que de manera paulatina adoptaron algunos rasgos mesoamericanos que influyeron en su economía y en sus ritos religiosos. Esa coexistencia entre los agricultores y los cazadores-recolectores en la región parece ser un rasgo peculiar de esta cultura, pues incluso en la cuenca de Río Verde esta simbiosis entre cazadores-recolectores y agricultores puede observarse en los restos de grupos nómadas con aquéllos pertenecientes a cultivadores.

Luego de 1200 d.C., los cazadores-recolectores habrían ocupado la región de manera definitiva. Más tarde, la gran guerra chichimeca —cruento episodio bélico desarrollado entre 1548 y 1589—,

provocó una ruptura definitiva en el modo de vida de los cazadores-recolectores (Powell, 1989), ya que se dio un verdadero genocidio de las poblaciones chichimecas (Rodríguez, 1985a: 21-23, 139-149).

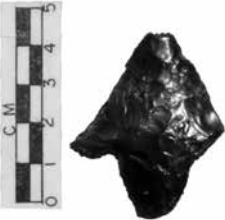

En efecto, en esa región los españoles se internaron en busca de mano de obra, situación que tuvo su apogeo entre 1581 y 1586 y en años posteriores. Lo anterior provocó un descenso importante de la población indígena, la cual debía competir por lograr su subsistencia con el ganado introducido por los españoles. El descenso de la población se debió también a la introducción de enfermedades que afectaron a los naturales.

Un proceso similar se observa en los sitios excavados en la Sierra Gorda, pues en los mismos niveles estratigráficos encontramos cerámica fina y otra muy burda, doméstica, asociada con restos de una industria lítica que tal vez podría corresponder a grupos de cazadores-recolectores.



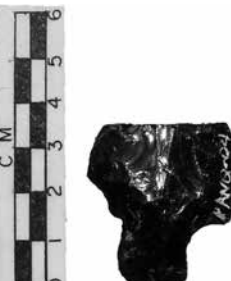
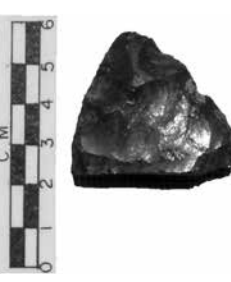
Por último, algunas de las puntas aquí descritas se asocian a fases de la etapa lítica del México antiguo. Ello no quiere decir, sin embargo, que para el caso de la Sierra Gorda puedan establecerse nuevas estaciones correspondientes a ese periodo. En cambio, tales ejemplares reflejarían la pervivencia de tradiciones culturales muy antiguas en poblaciones de cazadores-recolectores más recientes llegadas a la serranía, grupos que habrían convivido con agricultores serranos, huastecos y otros.

Como se ve, esta posible simbiosis entre nómadas y sedentarios forma parte de un proceso histórico de gran interés y con diversas repercusiones de relieve, del que mostramos tan sólo algunas de sus implicaciones en las presentes páginas, dedicadas a estudiar aspectos de la cultura de la Sierra Gorda del norte de Querétaro, México.





CUADRO-RESUMEN DE PUNTAS DE PROYECTIL QUE SE ANALIZAN EN EL TRABAJO

Muñoz y Castañeda, 2015	Suhm <i>et al.</i> , 1954	MacNeish <i>et al.</i> , 1967	García Cook, 1982	Turner y Hester, 1993
 <p>Tipo Gary PANQ-143, Pozo III, Capa 1</p>	<p>Relacionan el tipo Gary con puntas <i>Almagre</i>. Los encuentran asociados con material cerámico tipo <i>Caddo</i>. Se ubica desde Texas hasta el sur de Tamaulipas. Pudieron haber sobrevivido hasta épocas históricas en ciertas áreas (p. 430).</p>	<p>Tipo <i>Coxcatlán</i> Características de Oaxaca, Hidalgo, Tehuacán, Puebla, Valle de México y Querétaro</p>	<p>Tipo Gary. Las muestras asociadas con materiales del Clásico y Posclásico</p>	<p>Tipo Gary del este de Texas. Estas puntas son relativamente toscas y gruesas, muy variadas. Su cuerpo es triangular, muescas cuadradas y pedúnculo contraído. Corresponden al Arcaico medio a transicional de Texas (ca. 2500 a.C.-700/800 d.C.) Es muy común en el este de Texas y en Louisiana</p>
 <p>Tipo <i>Palmillas</i> PANQ-94, Pozo IV, Capa 1</p>			<p>Tipo <i>Palmillas</i></p>	<p>Tipo <i>Palmillas</i>: son puntas pequeñas y de forma lanceolada con "hombros" y aletas bien marcadas logradas por muesqueo. El pedúnculo expandido y la base convexa dan a la pieza una apariencia bulbar, lo cual es evidente en nuestro ejemplo. Se ubica desde Texas oriental hasta la planicie costera central. Va desde el Arcaico medio al tardío (3000 a.C. al 100 d.C.)</p>




Cuadro resumen (continuación)

 <p>Tipo <i>Palmillas</i> PANQ-19, superficie</p>			Tipo <i>Palmillas</i>	Tipo <i>Palmillas</i>
 <p>Tipo <i>Palmillas</i> PANQ-17, Pozo II, Capa 2</p>			Tipo <i>Palmillas</i>	Tipo <i>Palmillas</i>
 <p>Tipo <i>Palmillas</i> PANQ-04, superficie</p>			Tipo <i>Palmillas</i>	Tipo <i>Palmillas</i>
 <p>Podría ser una punta <i>Tortugas</i>. Punta en proceso de adelgazamiento. PANQ-154, superficie</p>	<p>Punta <i>Tortugas</i>. Dicen que surgen desde el 4000 a.C. y las describen de forma similar a Turner y Hester.</p>			<p>Las puntas <i>Tortugas</i> son triangulares, grandes y sin pedúnculo, con base de cóncava a recta y lados biselados alternadamente. Por lo general son gruesas, burdamente lasqueadas en su parte medial, y bien adelgazadas en su base. Es característica del sur de Texas y del Bajo río Grande, pero puede aparecer en el centro de Texas y en el Bajo Pecos. Corresponde al Arcaico medio-tardío de Texas (2500-300 a.C.)</p>




Cuadro resumen (continuación)

 <p>Tipo <i>Godley</i> PANQ-21, superficie</p>				<p>Tipo <i>Godley</i>. Son puntas pequeñas y triangulares con muescas prominentes, sin aletas. Se caracterizan por su pedúnculo, ligeramente expandido y con base convexa. Proceden de la parte central y oriental de Texas. La temporalidad de este tipo de puntas se ubicaría entre el Arcaico tardío y el Prehistórico tardío (4000 a.C.-1000 d.C.)</p>
 <p>Tipo <i>Matamoros</i> PANQ-21, superficie</p>				<p>Punta <i>Matamoros</i>. Es una punta pequeña, por lo general gruesa, triangular o subtriangular sin pedúnculo, lo cual la aproxima a las puntas tipo <i>Tortugas</i>, pero mucho más pequeña, de 3 a 4 cm. Por lo tanto, ambas puntas pueden ser continuación una de otra, como ocurre con las <i>Catán</i> y las <i>Abasolo</i>. Se le encuentra desde el sur de Texas al noreste de México y va del Arcaico tardío al Prehistórico tardío (1000 a.C.-1600 d.C.)</p>
 <p>Tipo <i>Catán</i> PANQ-19, Pozo I, Capa 1</p>	<p>Punta <i>Catán</i> (C-14 500-1700 a.C.). Estas puntas, <i>Matamoros</i> y <i>Catán</i>, aparecen en Tamaulipas y en la costa texana. Se extiende hasta el siglo XVIII</p>	<p>Punta <i>Catán</i> (C-14 4800 a.C.- 1500 d.C.). Es una punta muy extendida desde Alaska hasta Oaxaca</p>	<p>Considera las puntas <i>Catán</i> como una simple variante de <i>Abasolo</i>. Ubica a estas últimas en su familia I "Sin muescas"</p>	<p>Tipo <i>Catán</i> procede del sur de Texas y del noreste de México y va de 1000 a.C. al 1200 d.C.</p>
 <p>Tipo <i>Matamoros</i> PANQ-140, Pozo II, Capa 1</p>	<p>Punta <i>Matamoros</i></p>	<p>Punta <i>Matamoros</i></p>	<p>Punta <i>Matamoros</i></p>	<p>Punta <i>Matamoros</i></p>




Cuadro resumen (continuación)

 <p>Punta tipo <i>Tortugas</i>. PANQ-140 Jagüey del Jabalí, Pozo III, Capa 1. Muy erosionada</p>	Punta <i>Tortugas</i>		Punta <i>Tortugas</i>	Punta <i>Tortugas</i>
 <p>Tipo <i>Caracara</i> PANQ-19, Pozo I, Capa 1</p>	<p>Punta <i>Ensor</i>, con una temporalidad de 2000 a.C.-1000 d.C. Describen este tipo de puntas como muy variables en todas sus dimensiones, pero las caracterizan sus anchos pedúnculos, los muesqueos laterales y generalmente bases rectas. Se les encuentra en el centro y sur de Texas y pertenecen al Arcaico transicional (200 a.C.-600 d.C.) o son más tardías.</p>		García Cook (2013, comunicación personal) considera nuestra punta como tipo <i>Harrell</i> . Este tipo de puntas presentan muescas laterales profundas y amplias, lo que le da a la base una apariencia cuadrangular.	<p>Punta tipo <i>Caracara</i>. Son especímenes muy delgados, pequeños y muesqueados; los lados están finamente aserrados. El lasqueado muestra desorden pero en general está bien ejecutado. Las bases son normalmente rectas, pero pueden ser ligeramente cóncavas o convexas. Las "orejas" basales en el pedúnculo, de forma redondeada o cuadrada, por lo general se extienden ligeramente un poco más allá del ancho de los "hombros". En nuestro ejemplar parecen estar rotas. Este tipo de puntas proceden de Texas y el noreste de México, centradas en la zona de la presa Falcón. En México, se les ha encontrado en Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila. Es Prehistórica tardía (700 a.C.-1600 d.C.)</p>
 <p>Tipo <i>Caracara</i> PANQ-100, Pozo I, Capa 1</p>		Punta <i>Ensor</i> que se ubica entre 2500 y 1000 a.C.	García Cook (2013, comunicación personal) considera nuestro ejemplar como una punta <i>Ensor</i>	La punta <i>Ensor</i> corresponde al periodo Prehistórico tardío (700 a.C.-1600 d.C.)

Cuadro resumen (continuación)

 <p>Tipo <i>La Mina</i> PANQ-154, superficie</p>		<p>Las puntas tipo <i>La Mina</i> aparecen en Puebla, Hidalgo, el Valle de México, Querétaro y el suroeste de Tamaulipas. En Querétaro se fechan entre 5000 y 3000 a.C.; en Tamaulipas datan de 2000-1000 a.C.</p>	<p>Tipo <i>Palmillas</i>, la ubica en su "Familia V: Muestras angulares"</p>	<p>Tipo <i>Palmillas</i>. Se encuentra en el este de Texas hasta la planicie costera central; se extiende desde el Arcaico medio al tardío (3000 a.C.- 100 d.C.)</p>
 <p>Tipo <i>Perdiz</i> PANQ-43, superficie</p>	<p>Punta <i>Perdiz</i>. Son comunes en diversos complejos texanos, se ubican en Oklahoma y en la parte oriental y central de la costa del Golfo. Se fecha entre 1000 y 1500 d.C.</p>			
 <p>Tipo <i>Delhi</i> PANQ-147, Lan-Ha'</p>			<p>Punta <i>Bulverde-Nopalera</i>, dentro de su "Familia V: Muestras angulares". Las describe como puntas de cuerpo más alargado en relación con el tamaño de la espiga, que es de lados rectos y del mismo tamaño, pero con una muesca un poco más profunda que la otra. La base es curva o recurvada. El retoque es bifacial y de gran fineza.</p>	<p>Punta <i>Delhi</i>. Se caracteriza por su forma muy simétrica y bien hecha, con pedúnculos rectangulares apenas cóncavos. Su porción distal es larga, con laterales de rectos a ligeramente cóncavos. También pueden ser biconvexos en sección cruzada. Sus aletas se proyectan hacia abajo. Parece ser originaria de Louisiana, y es rara en el este y sureste de Texas.</p>

Cuadro resumen (continuación)

 <p>Punta <i>Pandale</i> Aberrante. PANQ-143, Pozo II, Capa 2. Puede ser una lasca o punta emergente (A. Pastrana, comunicación personal, 2011).</p>	<p>Tipo <i>Pandale</i>. Además de su característica "torsión", los pedúnculos son variados: pueden mostrar lados paralelos, o bien, expansión o contracción, además de bases rectas, cóncavas o convexas. Su tamaño va de 3.5 a 9 cm, la mayoría entre 5 y 7 cm. Su ancho máximo es de 1.5 a 3 cm. Los pedúnculos miden de 1 a 1.5 cm. Estas características parecen observarse en nuestro ejemplar.</p>			<p>Tipo <i>Pandale</i>. Es muy común en el Pecos Bajo y suele hallarse poco en el centro de Texas; se ubica en el Arcaico temprano, del 4000 al 2500 a.C.</p>
 <p>Punta <i>Pandale</i>. PANQ-147 Lan-Ha', Conjunto 6, Pozo 1, Capa 1</p>	<p>Tipo <i>Pandale</i>.</p>			<p>Tipo <i>Pandale</i>.</p>
 <p>Punta <i>Flacco</i> PANQ-147 Lan-Ha', Conjunto 6, Pozo 1, Capa 1</p>		<p>Las puntas <i>Flacco</i> son de forma triangular con bases cóncavas profundas. Algunas presentan cuerpos ligeramente cónicos, o bien burdas puntas oblicuas. Las bases por lo general muestran una profunda concavidad que puede llegar a ser, en algunos casos, una muesca en forma de V (pp. 58-59).</p>		<p>La forma las relacionaría con las puntas <i>Early Triangular</i> de Turner y Hester, que presentan un ejemplar con un ligero muesqueo, similar al de la punta serranogordense. Este tipo de punta se caracteriza por un cuidadoso lasqueado, paralelo-oblicuo, sus bases de rectas a un poco cóncavas y por sus lados laterales biselados, que también pueden ser poco dentellados.</p>

Bibliografía

- Armillas, Pedro
1964. Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de Mesoamérica. En *Homenaje a Fernando Márquez-Miranda, arqueólogo, historiador de América* (pp. 62-82). Madrid, Castilla.
- Aveleyra Arroyo de Anda, Luis, Maldonado-Koerdell, Manuel, Río, Pablo Martínez del, Bernal, Ignacio, y Elizondo Federico
1956. *Cueva de la Candelaria*, Vol. I. México, INAH (Memorias).
- Bosch-Gimpera, Pedro
1975. *La América pre-hispánica*. Barcelona, Ariel (Ariel Historia).
- Braniff, Beatriz
1994. El norte de México: la Gran Chichimeca. *Arqueología Mexicana*, I(6): 14-21.

2001. La "Gran Chichimeca". *Arqueología Mexicana*, IX(51): 40-57.

2010. *La arquitectura de Mesoamérica y de la Gran Chichimeca*. México, INAH.
- Cobean, Robert H.
1991. Principales yacimientos de obsidiana en el Altiplano Central. *Arqueología*, 2ª ép., 5: 9-31. México, INAH.
- Cobean, Robert H., Vogt, J.R., Glascock, M.D., y Stocker, T.L.
1991. High-precision trace-element Characterization of major Mesoamerican obsidian sources and further analyses of artifacts from San Lorenzo Tenochtitlan, Mexico. *Latin American Antiquity*, 2(1): 69-91.
- Ekholm, Gordon F.
1944. *Excavations at Tampico and Panuco in the Huasteca, Mexico*. Nueva York, The American Museum of Natural History (Anthropological Papers of Natural History, XXXVIII, parte V).
- Espinoza Vázquez, María Alejandra
2009. Industria lítica tallada en el Formativo temprano en el Valle de Oaxaca. *Arqueología*, 2ª ép., 42: 135-150. México, INAH.
- García-Bárcena, Joaquín
2001. Cenolítico superior y Protoneolítico (7000-2500 a.C.). *Arqueología Mexicana*, IX(52): 52-57.
- García Cook, Ángel
1982. *Análisis tipológico de artefactos*. México, INAH (Científica, 116).
- García Moll, Roberto
1977. *Análisis de los materiales arqueológicos, Cueva del Texcal, Puebla*. México, INAH (Científica, 56).
- Huang, Walter T.
1981. *Petrología*. México, UTEHA.
- Jelinek, Arthur
1967. *A Prehistoric Sequence of the Middle Pecos Valley, New Mexico*. Ann Arbor, Museum of Anthropology-University of Michigan (Anthropological Papers, 31).
- Justice, Noel D.
1995. *Stone Age Spear and Arrow Points of the Midcontinental and Eastern United States. A Modern Survey and Reference*. Bloomington, Indiana University Press.
- López Austin, Alfredo, y López Luján, Leonardo
1996. *El pasado indígena*. México, FCE.
- Lorenzo, José Luis
1965. *Tlatilco. Los artefactos III*. México, INAH (Investigaciones, 7).

1976. Los primeros pobladores. En Román Piña Chan (coord.), *Del nomadismo a los centros ceremoniales* (pp. 15-59). México, INAH.

1986. La tierra y su doblamiento. En Ángel Palerm, (coord.), *Historia Universal Salvat. Volumen XV. América precolonial* (pp. 1784-1807). Barcelona, Salvat.
- MacNeish, Richard S.
1947. A preliminary report on coastal Tamaulipas. *American Antiquity*, XIII (1): 1-14.

1954. *Early Archaeological Site near Panuco, Veracruz*. Philadelphia, American Philosophical Society (Transactions of American Philosophical Society, XLI, part V).

1958. *Preliminary Archaeological Investigations in the Sierra de Tamaulipas, México*, Philadelphia, American Philosophical Society (Transactions of American Philosophical Society, XLVIII, part VI).

2009. *Relaciones prehistóricas entre las culturas del sureste de Estados Unidos y México*. México, edición del autor.

- MacNeish, Richard S., Peterson, F.A., y Flannery, K.V. 1967. *The Prehistory of the Tehuacan Valley*. Vol. II. *Non Ceramic Artifacts*. Austin, The University of Texas Press.

- Meade, Joaquín
1951. La Huasteca queretana. *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, VI: 379-506.

- Michelet, Dominique
1996. *Río Verde, San Luis Potosí*. México, Instituto de Cultura de San Luis Potosí/CEMCA.

- Mirambell, Lorena
1974. La etapa lítica. En Miguel León-Portilla (coord. gral.), *Historia de México, I* (pp. 55-76). México, Salvat.

2005. Materiales líticos. En Lorena Mirambell *et al.*, *Materiales arqueológicos: tecnología y materia prima* (pp. 17-37). México, INAH (Científica, 465).

- Muñoz Espinosa, María Teresa
2009. Evidencias de contactos entre las culturas del noreste de México y el área de Texas a través de sus materiales cerámicos. Ponencia en el *4th International Colloquium of North East México and Texas*. Brownsville, Texas.

2014. Algunas puntas de proyectil de la Sierra Gorda de Querétaro, México, y sus posibles relaciones con las tradiciones del utillaje lítico del área de Texas, EE.UU. Ponencia en el *6º Coloquio Internacional del Noreste mexicano y Texas. Una región y una frontera*. San Marcos, Texas.

- Muñoz Espinosa, María Teresa, y Castañeda Reyes, José Carlos
2009. Los Bailes, un santuario para el culto a la fertilidad en la Sierra Gorda de Querétaro, *Arqueología*, 2ª ép., 40: 153-177, México, INAH.

2014. El sitio de Lan-Ha' en la Sierra Gorda queretana y sus rasgos arqueológicos principales. *Arqueología*, 2ª ép., 48: 77-95. México, INAH.

- Niederberger, Christina
1976. *Zohapilco. Cinco milenios de ocupación humana en un sitio lacustre de la Cuenca de México*. México, INAH (Científica, 30).

- Pastrana, Alejandro
1990. Los yacimientos de obsidiana y la frontera norte mesoamericana. En Federica Sodi Miranda, (coord.), *Mesoamérica y Norte de México. Siglo IX-XII. Seminario de Arqueología "Wigberto Jiménez Moreno"*, vol. II (pp. 391-399). México, INAH.

1991. Los yacimientos de obsidiana del oriente de Querétaro. En Ana María Crespo y Rosa Brambila (coords.), *Querétaro prehispánico* (pp. 11-30). México, INAH.

- Pérez Zevallos, Juan Manuel, y Arroyo Mosqueda, Artemio
2003. La Huasteca bajo el dominio de la corona española. En *La Huasteca. Una aproximación histórica* (pp. 41-46). Pachuca de Soto, Programa de Desarrollo Cultural de la Huasteca.

- Powell, Phillip
1989. *La guerra chichimeca (1550-1600)*. México, FCE.

- Rodríguez-Loubet, François
1983. *Outillage lithique de chasseurs-collecteurs du nord du Mexique. Le sud-ouest de l'Etat de San Luis Potosí*. México, Centre d'Etudes Mexicaines et Centroamericaines.

1985a. *Les Chichimeques. Archeologie et ethnohistoire des chasseurs collecteurs du San Luis Potosi, Mexique*. México, Centre d'Etudes Mexicaines et Centroamericaines.

1985b. *Pointes de Projectiles Bifaciales du San Luis Potosi*. México, Centre d'Etudes Mexicaines et Centroamericaines.

1989. La prehistoria en México y Centroamérica. *Arqueología*, 2ª ép., 2: 3-18. México, INAH.

- Rodríguez-Loubet, François
1991. Método de análisis descriptivo para el estudio de instrumentos lasqueados. Presentación y algunas aplicaciones a materiales líticos procedentes del Estado de Guanajuato. En Margarita Gaxiola y John E. Clark (coords.), *La obsidiana en Mesoamérica* (pp. 71-91). México, INAH.
- Sanders T., William
1978. *The Lowland Huasteca Archeological Survey and Excavation 1957. Field Season*. Columbia, Missouri, The Museum of Anthropology. University of Missouri (Monographs in Anthropology, 4).
- Stresser-Pean, Guy
1977. *San Antonio Nogalar, La Sierra de Tamaulipas et la Frontière Nord-est de la Mésoamérique*. México, Misión Arqueológica y Etnológica en México.
- Suhm Dee, Ann, Krieger, Alex D., y Jelks, Edward B.
1954. An Introductory Handbook of Texas Archeology. *Bulletin of the Texas Archaeological Society, (Formerly Texas Archaeological and Paleontological Society)*, XXV Austin, Texas Archeological Society.
- Taylor, Walter W.
1966. Archaic cultures adjacent to the Northeastern frontier of Mesoamerica. En Robert Wauchope (ed. gral.), *Handbook of Middle American Indians*, 4: 59-94. Washington, Smithsonian Institution.
- Torres Trejo, Jaime
1996. *Introducción al estudio del pedernal*. México, INAH (Científica, 330).

2005. El pedernal mexicano y la arqueología. En Leticia González Arratia y Lorena Mirambell (coords.), *Reflexiones sobre la industria lítica*. México, INAH, (Científica, 475).
- Tolstoy, Paul
1971. Utilitarian artifacts of Central Mexico. En Robert Wauchope (ed. gral.), *Handbook of Middle American Indians*, 10 (pp. 270-296). Washington, Smithsonian Institution.
- Turner, Ellen Sue y Hester, Thomas R.
1993. *A Field Guide to Stone Artifacts of Texas Indians* (2ª ed.). Houston, Gulf Publishing.
- Lithics-net
2015. Puntas Abasolo, *Ensor-Split Base, Gary, Matamoros, Pandale*. Recuperado de www.lithicsnet.com.



El raspador espiga, una aproximación a la lítica chalchihuites en el valle del Guadiana, Durango

Resumen: Se realiza un acercamiento a una de las principales herramientas líticas utilizadas por los chalchihuites en el valle del Guadiana: el raspador espiga. Proponemos que este artefacto podría identificarse como una herramienta representativa de los grupos que habitaron en esta parte del estado de Durango, y con tal propósito presentamos un análisis tipológico a fin de argumentar su procedencia y utilidad para los habitantes prehispánicos del valle.

Palabras clave: Cultura Chalchihuites, valle del Guadiana, herramienta lítica, raspador.

Abstract: This research introduces one of the most important lithic artifacts used by the Chalchihuites culture in the Guadiana Valley: the spike scraper. This tool might be one of the diagnostic lithic pieces for the cultural groups that occupied this part of the state of Durango. The work presents a typological analysis and argues its provenance and utility for the pre-Hispanic inhabitants in the Guadiana valley.

Keywords: Chalchihuites culture, Guadiana valley, lithic artifact, scraper.

Para entender la importancia del raspador espiga como artefacto lítico relacionado con la cultura Chalchihuites del valle del Guadiana es esencial revisar las diferentes investigaciones y proyectos en los cuales fue observado y recolectado dicho material.

Al repasar la arqueología de Durango, de inmediato sobresale el nombre de John Charles Kelley y su proyecto de investigación “North-central frontier of Mesoamerica”, mediante el cual realizó importantes trabajos en todo el estado, aun cuando se enfocó principalmente en el sitio La Ferrería, en principio nombrado Schroeder, en honor a Federico Schroeder, un ciudadano local entusiasta de la arqueología y el coleccionismo (Kelley, 1971). Dicho sitio es el más representativo para la cultura Chalchihuites en el valle del Guadiana. A partir de los trabajos de ese investigador se ha podido definir a la cultura Chalchihuites en dos ramas principales: la Súchil, con su principal asiento en el sitio de Altavista, y otros cercanos como Cerro Moctezuma, Cerro Chapín, Cruz de la Boquilla; y la rama Guadiana, centrada en el valle del mismo nombre y cuyos asentamientos principales son Ferrería, Navacoyán, Mesa de Las Tapias, cerro del Chiquihuitillo y El Nayar, entre otros.

Posteriormente, Arturo Guevara trabajó el mismo sitio (1993-1998), acondicionándolo para su apertura al público. Durante sus investigaciones recolectó una

*Centro INAH Durango.

**Universidad Autónoma del Estado de México.

***Centro INAH Michoacán.

importante cantidad de artefactos que generaron nuevas interpretaciones del estilo de vida prehistórico en el valle del Guadiana (Guevara, 2003).

Entre 2004 y 2012, José Luis Punzo, con su Proyecto de investigación arqueológica centro-oeste de Durango (PIACOD), realizó diversas excavaciones en el valle del Guadiana, sobre todo en Navacoyan, El Nayar y Plan de Ayala, entre otros (Punzo, 2004; 2012). Como resultado de la investigación iniciada por Charles Kelley hace más de 60 años, hoy podemos identificar a la cultura Chalchihuites como un grupo humano que habitó la región septentrional de Mesoamérica entre los años 600 y 1350 d.C.; se caracteriza por la construcción de pueblos más o menos concentrados, donde se construyeron pequeños basamentos piramidales y canchas de juego de pelota; organizaron dichas aldeas mediante el uso de patios hundidos. Igualmente, la iconografía pintada y grabada en sus cerámicas, así como sus esculturas, dan cuenta de una profunda raíz que se asocia a los desarrollos culturales del occidente de México (Punzo, 2013).

Con base en los resultados de las investigaciones anteriores, este trabajo presenta una aproximación a la industria lítica de Durango a partir del análisis de algunos raspadores tipo espiga, recolectados durante el trabajo de campo de los proyectos referidos. Como menciona Carlos Torreblanca (1999), los tipos espigados y rectangulares resultan los más importantes y característicos para la cultura Chalchihuites, aunque éstos presentan rasgos similares que hacen suponer una relación con las tradiciones del desierto, identificados como parte del complejo Santa Martha (Wilcox, 2000: 61; Torreblanca: 1999), así como la relación con la Fase San Pedro del complejo Mogollón en el suroeste de Estados Unidos (Spence, 1971: 19). La modificación tecnológica de agregar la espiga, la cual no presenta similitud con raspadores de áreas circunvecinas, resulta ser una referencia tecnológica y morfológica importante al momento de determinar su valor como artefacto típico de la región (Torreblanca, 1999: 170; Andrade, 2014: 79).

La cronología que se propone para el raspador espiga en el valle del Guadiana (cultura Chalchihuites, rama Guadiana) se basa en los sitios donde

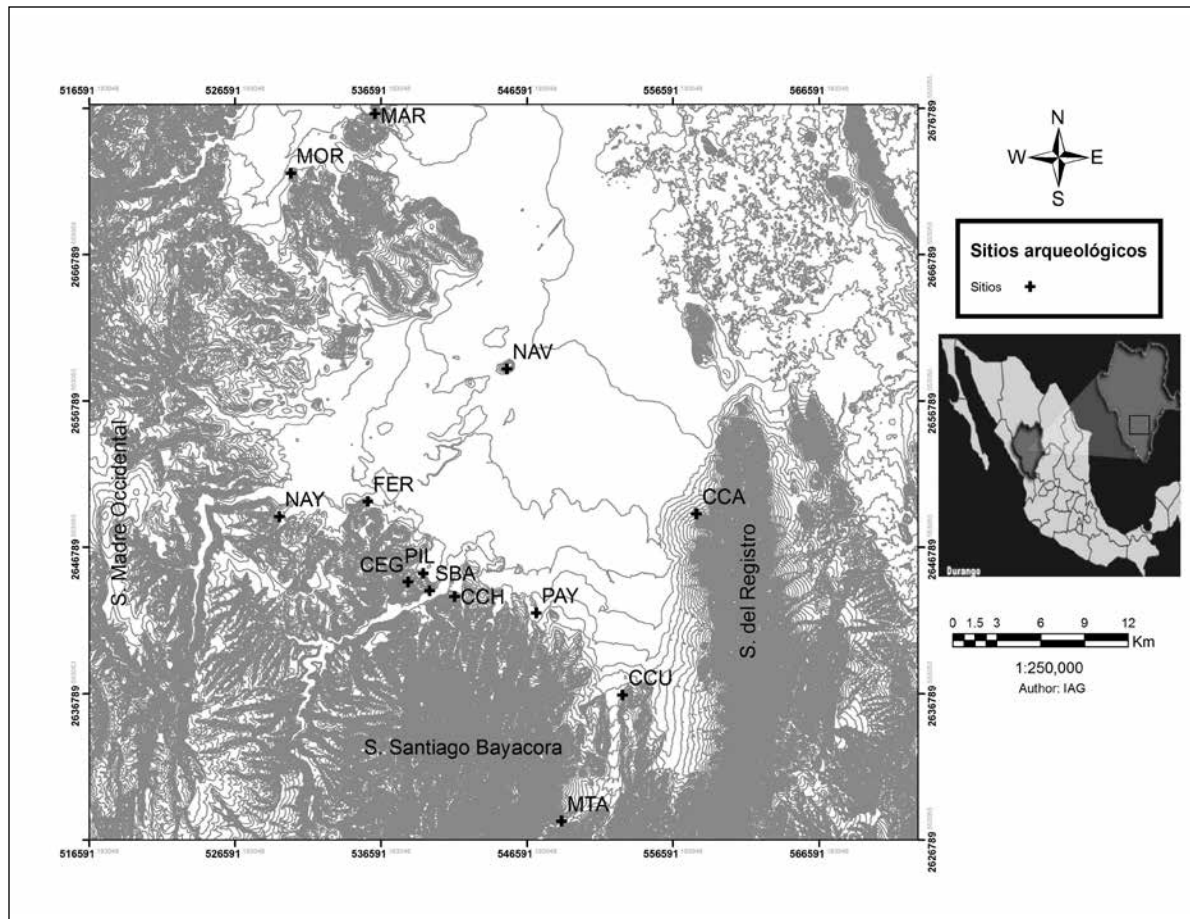
se localizó dicho artefacto, por lo cual se puede extender durante todo el periodo de ocupación de este grupo cultural en la región (cuadro 1), tomando en cuenta que la mayor cantidad de raspadores fueron ubicados en los dos sitios de mayor relevancia durante la ocupación chalchihuites en el valle del Guadiana. El primero de ellos, y más importante, es La Ferrería, definido como el principal sitio arqueológico cívico-ceremonial para la rama Guadiana de la cultura Chalchihuites. Este sitio tuvo una ocupación desde 600 hasta 1350 d.C., teniendo su etapa de mayor apogeo entre 600 y 1000 d.C., periodo caracterizado por las fases Ayala y Las Joyas. Para el caso de Navacoyan, se tiene evidencia de su principal periodo de ocupación entre 850 y 1350 d.C., característico de las fases Las Joyas, Tunal y Calera, además de algunos otros sitios que tuvieron ocupaciones en diversos periodos asociados a la cultura Chalchihuites (Andrade, 2014).

Cuadro 1. Cronología de la cultura Chalchihuites

Cronología cultura Chalchihuites	
Rama Guadiana en Durango (Punzo, 2008)	Rama Súchil en Zacatecas (Kelley, 1971)
Grupos agrícolas cerámicas lisas (200d.C.-600d.C.)	Fase Canutillo (200 d.C.-300d.C.)
Fase Ayala (600d.C.-850d.C.)	Fase Altavista (300 d.C.-500d.C.)
Fase Las Joyas (850d.C.-1000d.C.)	Fase Calichal (500 d.C.-650d.C.)
Fase El Tunal (1000d.C.-1150d.C.)	Fase Retoño (650 d.C.-750d.C.)
Fase Calera (1150d.C.-1350d.C.)	
Fase Bajikam (1350d.C.-1550d.C.)	

El valle del Guadiana

El valle del Guadiana es un territorio ubicado en el municipio de Durango, Dgo., México. Se localiza entre 22°40' y 26°50' de latitud norte y entre 102°25'55" y 107°08'50" de longitud oeste, representando un área aproximada de 700 km², con una altitud promedio de 1880 msnm (fig. 1). Se encuentra bordeado por sierras, cada una de ellas con cierta relevancia geológica en torno a la explotación de materias primas para la elaboración de artefactos líticos:



© Fig. 1 El valle del Guadiana y sus sitios arqueológicos.

- Este: la Sierra del Registro
- Oeste: la Sierra los Altos de Santa Isabel y la Sierra Madre
- Sur: la Sierra de Santiago Bayacora
- Norte: la Sierra la Silla, la Sierra del Epazote y la Sierra Gamón

Las sierras que rodean el valle están formadas por cerros de poca altura —en su gran mayoría—, siendo estas mesas bajas espacios ocupados durante épocas prehispánicas y posteriores (Punzo 2007b: 76).

El valle de Guadiana se encuentra regado por tres ríos principales: al norte el de la Saucedá, y del sur bajan de la sierra los ríos Tunal y Santiago Bayacora. Los tres confluyen a la salida del valle

al noreste, donde forman un solo cauce que se integra al sistema del río Mezquital-San Pedro, que desemboca en el océano Pacífico.

En el municipio de Durango predomina el clima del tipo semicálido con lluvias en verano; en cuanto al clima para el área del valle del Guadiana, podríamos considerarlo semiárido, con una precipitación pluvial que oscila entre 400 y 600 mm en las zonas bajas del valle y de 1 600 mm para la zona serrana. La temperatura tiene un promedio de 19°C para el valle y de 15°C en el área de la sierra, con veranos calientes e inviernos fríos, sin llegar a temperaturas muy extremas. Este clima nos lleva a tener una vegetación que se caracteriza por pastizales con vegetación secundaria, pero también se pueden

encontrar una buena cantidad de mezquiales. El área serrana está caracterizada principalmente por bosques de pino-encino (Punzo, 2007a; Andrade 2014; INEGI).

El raspador espiga

Metodología de estudio

El objetivo principal de una clasificación arqueológica es generar un ordenamiento de los restos materiales a partir de sus atributos y características composicionales y culturales. Los artefactos líticos, como los raspadores, se pueden analizar dentro de un “cuadro clasificatorio” y así considerar los principales rasgos para su estudio puntual (Mirambell, 2005: 17-18). Un análisis lítico puede realizarse a partir de tres aproximaciones: la tipológica, la tecnológica y la funcional (Bradley y Giria, 1996: 23); el presente trabajo se concentra en las primeras dos.

El análisis tipológico está enfocado a la forma final del artefacto, donde generalmente no se establece una relación entre la forma y el proceso mediante el cual la herramienta adoptó su morfología (Bradley y Giria, 1996: 23).

Así, la tipología elaborada para el raspador espiga en el valle del Guadiana se basa en el trabajo previo de Michael Spence (1971) sobre la lítica en los estados de Zacatecas y Durango, en el cual menciona algunos tipos de raspadores, y entre ellos destacan las formas espiga larga, espiga corta y espiga burda (Spence, 1971: 19). Posteriormente Carlos Torreblanca (1999) presentó un análisis para los raspadores provenientes del sitio Altavista en Zacatecas (rama Súchil) proponiendo la separación de raspadores con espiga y raspadores sin espiga. Ambos son la base fundamental de estudio para este trabajo.

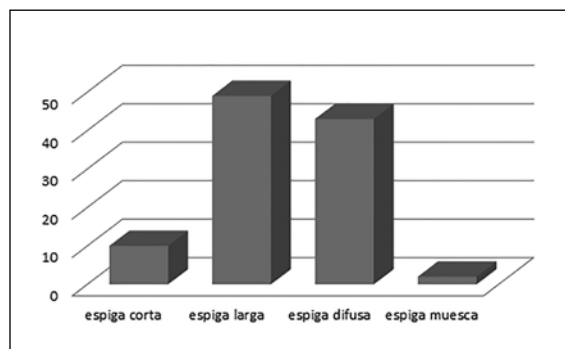
La parte funcional del raspador (que puede ubicarse en la parte distal o en la proximal de la lasca o lámina) suele presentar un retoque de forma continua y marginal que casi siempre resulta en una forma convexa, con un ángulo que tiende a ser recto (Andrade, 2014). Se puede señalar que la cara ventral puede ser plana o ligeramente cóncava, con muy poco trabajo de retoque o sin reto-

que alguno, “cuya función genérica es la de corte por desgaste” (Torreblanca; 1999: 170).

De la colección de artefactos de Kelley se seleccionaron algunos raspadores para su análisis. También fueron consideradas algunas de las muestras que obtuvo Arturo Guevara durante sus excavaciones en Ferrería y las piezas registradas por el PIACOD a cargo de José Luis Punzo. Al final se seleccionaron 104 artefactos para el análisis a partir de sus características morfológicas, así como del sitio del que fueron recolectadas.

Las variantes o tipos fueron separadas de acuerdo con la morfología de la espiga (fig. 2), que representa la principal característica física de cada una de las piezas. Es importante mencionar que el trabajo de talla realizado para dar la forma a la espiga es casi tan completo, o incluso más detallado, como el que se le da al cuerpo del raspador (Andrade, 2014: 79).

A partir de las características morfológicas del raspador, así como de sus variantes observadas, se desarrolló la clasificación de los raspadores que generó la elaboración de la tipología. Dicha clasificación consta de cuatro tipos de raspadores: espiga larga, espiga corta, espiga difusa y espiga muesca (Andrade, 2014: 80). Finalmente se realizó una descripción petrográfica somera de los atributos de los materiales, con miras a relacionarlos —en la medida de lo posible— con el contexto lítico mostrado en la cartografía registrada para el área.



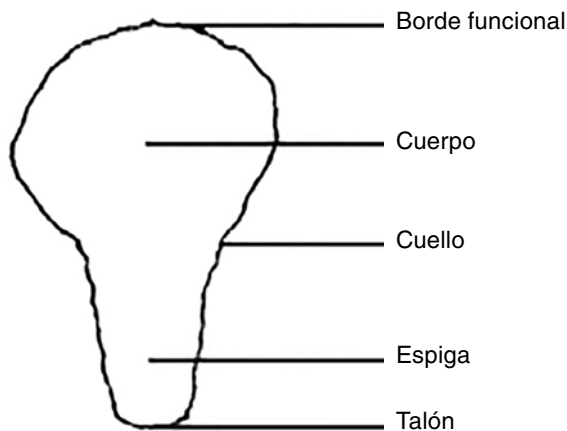
● Fig. 2 Tipos de espiga.

Aproximación a la tipología y morfología del raspador espiga

En el caso de los raspadores espiga del valle del Guadiana encontramos diferentes partes o atributos físicos (fig. 3). Se puede describir el borde funcional, el cuerpo del raspador, el cuello, la espiga —que en este caso resulta ser la principal característica del artefacto— y el talón o base.

El borde funcional, de acuerdo con la lasca o lámina utilizada, se puede ubicar en la parte distal o proximal, e incluso en ciertos artefactos se encuentra en la parte lateral. El borde presenta una forma convexa en la mayoría de las muestras, aunque puede llegar a ser recto y en pocos casos cóncavos. Por lo general presenta un retoque marginal, y en ciertos tipos el retoque puede ser bi-marginal —como evidencia del trabajo para afilar de nuevo el borde funcional—, para hacer hincapié en las funciones para las que fue destinada la herramienta.

El cuerpo del raspador es físicamente la parte más prominente de la herramienta, por lo regular presenta un tallado sólo en la cara dorsal de la lasca o lámina, aunque en contadas ocasiones la cara ventral llega a presentar retoque para aplanar y permitir un mejor uso del raspador. En cuanto a la morfología del cuerpo, se encuentran las formas circulares, semicirculares, ovaladas y rectas o rectangulares (Andrade, 2014: 84-85).



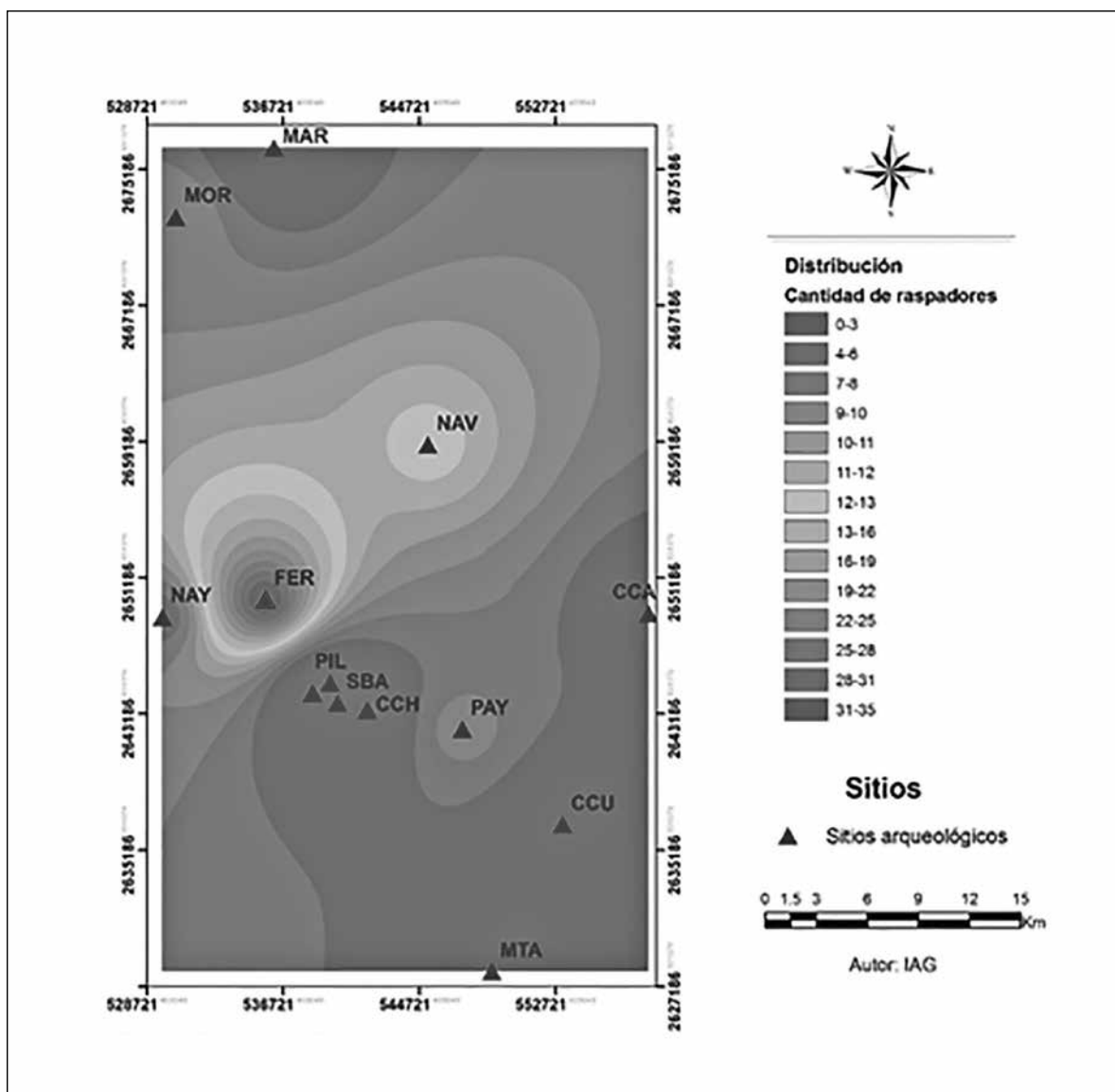
© Fig. 3 Elementos descriptivos para el raspador de Espiga.

Respecto a la espiga que presentan los raspadores, se divide en tres secciones: el cuello, la espiga y el talón (Andrade, 2014: 77-78). El cuello representa la unión entre la espiga (enmangue el mango mismo) y el cuerpo del raspador.

En el enmangue (la espiga) se distinguen dos formas principales, las cónicas o divergentes y las rectas. Además, se dividen en cuatro tipos diferentes: espiga larga, corta, difusa o con muesca (Andrade, 2014: 77). Las definidas como espiga difusa son muy probablemente un subtipo de espiga larga, con la única diferencia de que el cuello es imperceptible, es decir, no se observa una separación clara entre el cuerpo y la espiga. En el caso de la investigación en curso, se optó por clasificarlas como un tipo diferente por sus características morfológicas. La espiga suele presentar un proceso de talla bifacial, evidente sobre todo en los tipos espiga larga. Por último, está el talón o base de la espiga (y del raspador), que representaría la parte proximal de la herramienta.

La tipología se basa en la propuesta por Michel Spence (1971) para raspadores chalchihuites de Durango y Zacatecas, en la cual ya define las espigas largas, cortas (pequeña) y difusas (burda). El tipo “espiga difusa” es en realidad un subtipo o variante del tipo espiga larga, pero se separó en una categoría diferente con base en la variación morfológica, la cual no presenta un trabajo de talla para delimitar perfectamente el cuerpo del raspador de la espiga, es decir, no se observó la definición del cuello (Andrade, 2014: 77).

El raspador espiga se ha localizado en diversos sitios que se extienden por todo el valle del Guadiana y están asociados a la cultura Chalchihuites; la Ferrería (FER) y Navacoyan (NAV) destacan como los dos sitios en que se recolectó mayor cantidad de artefactos (fig. 4), además de que esos sitios se distinguen como los principales a nivel cívico-ceremonial para los habitantes del área. Estos datos resultan de gran relevancia porque ese material se encuentra durante toda la ocupación chalchihuites en Durango (valle del Guadiana) entre 600-1350 d.C., y es así que resalta su valor como artefacto arqueológico distintivo del área (Andrade, 2014: 127).



● Fig. 4 Distribución de raspadores por sitio.

Del total de raspadores analizados (104), y de acuerdo con el tipo determinado (fig. 5), se observó que el tipo espiga larga (fig. 6) era el más común, con un total de 49 piezas (47%). El segundo tipo con mayor número de ejemplares fue la espiga difusa (fig. 7), con 43 herramientas (41%). En cuanto al tipo de espiga corta (fig. 8) se contabilizaron un total de 10 raspadores, equivalente a 10% de la muestra analizada. Finalmente, el tipo

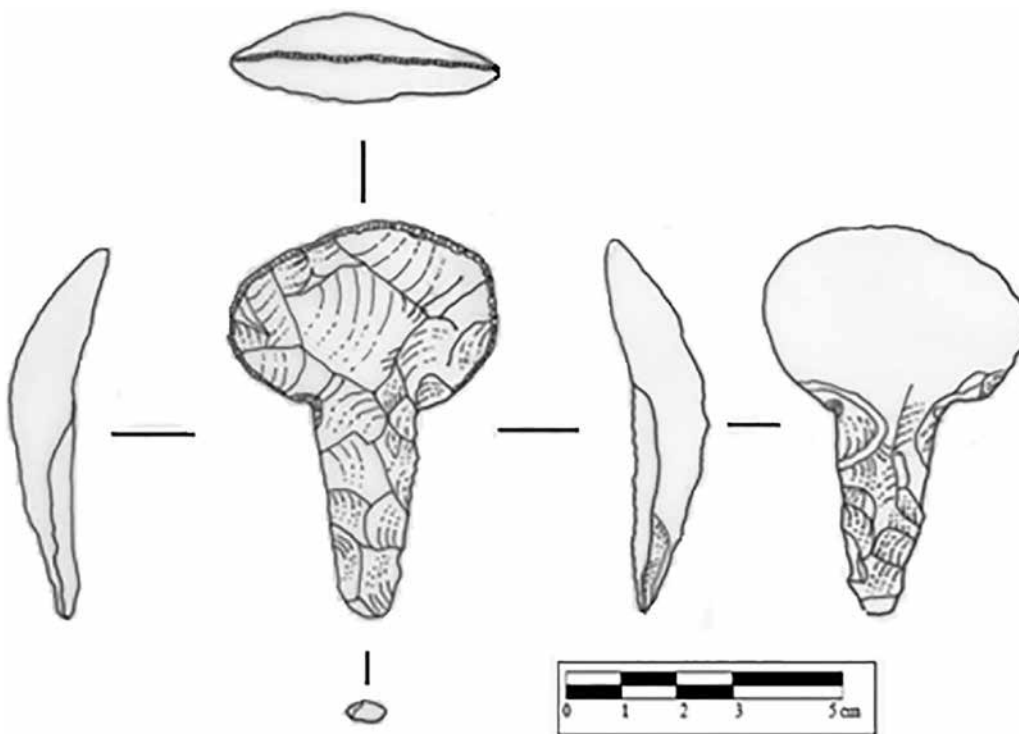
espiga muesca (fig. 9), representó 2% de la muestra, con dos piezas registradas.

Con base en la morfología del cuerpo del raspador se definieron cuatro subtipos (fig. 10) principales: ovalado (fig. 11), circular (fig. 12), recto (fig. 13) y semicircular (fig. 14).

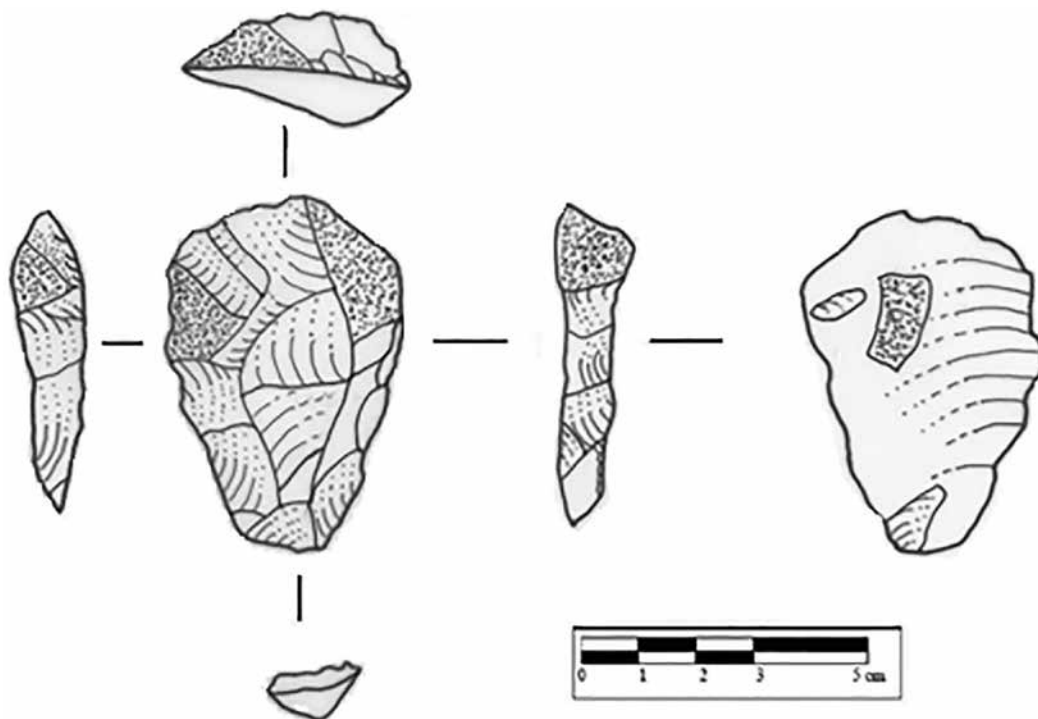
Se definieron tres categorías de acuerdo con el proceso de talla en que se encontró la pieza: primarias, secundarias y terciarias. Tomando en



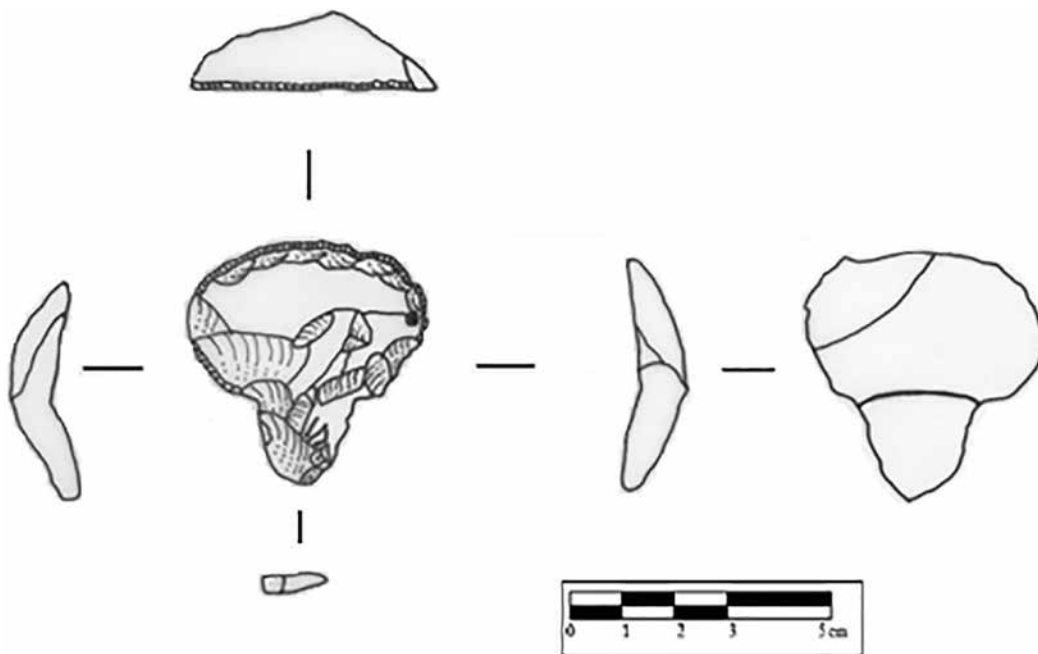
● Fig. 5 Tipos de raspadores espiga.



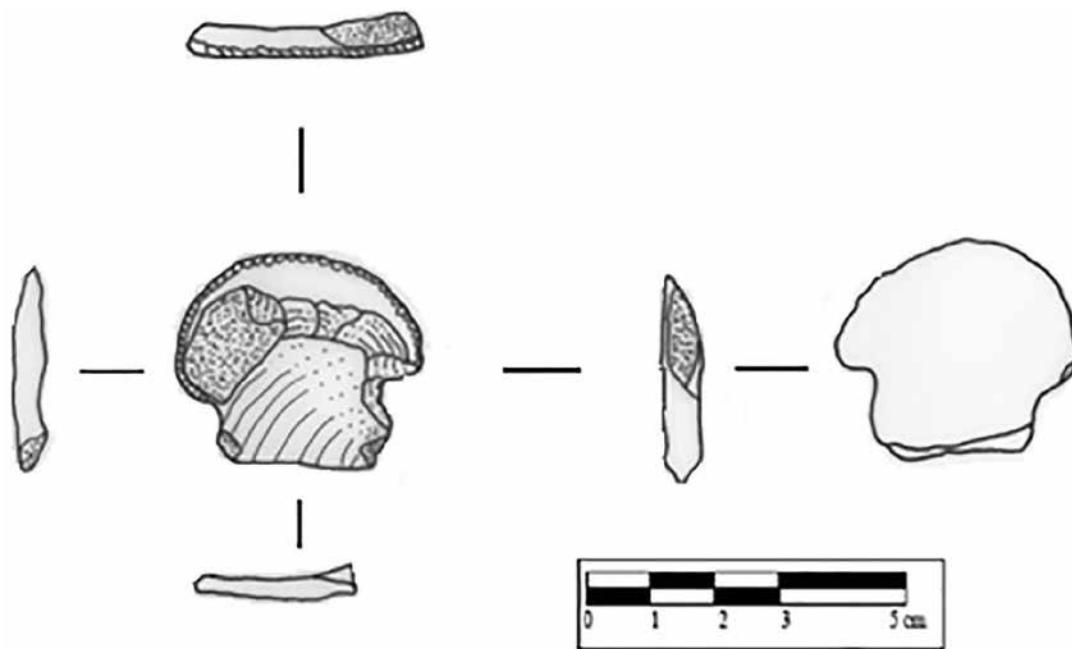
● Fig. 6 Raspador espiga larga.



● Fig. 7 Raspador espiga difusa.



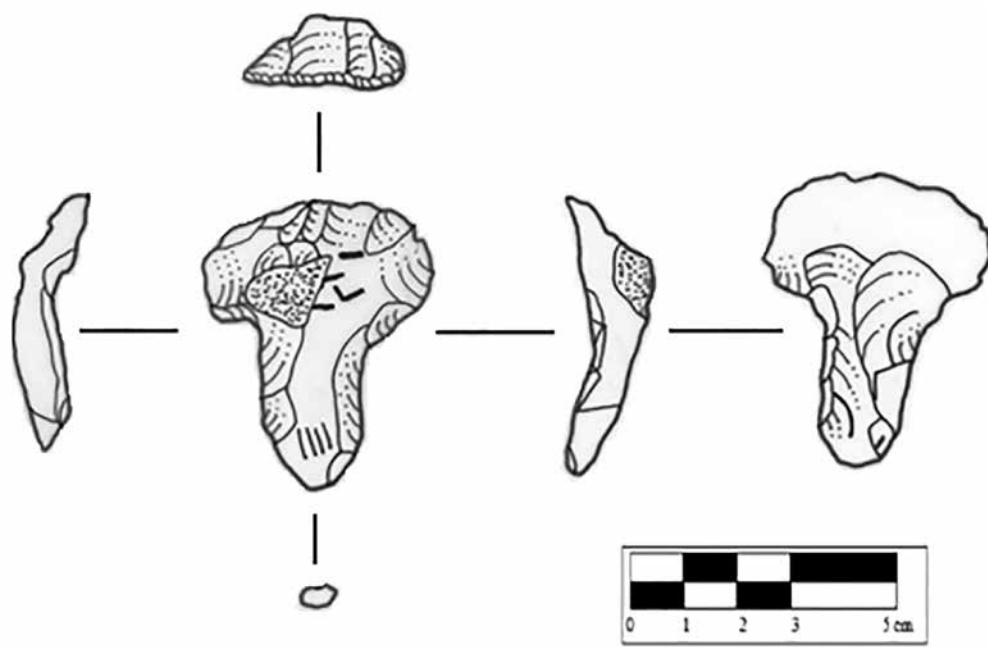
● Fig. 8 Raspador espiga corta.



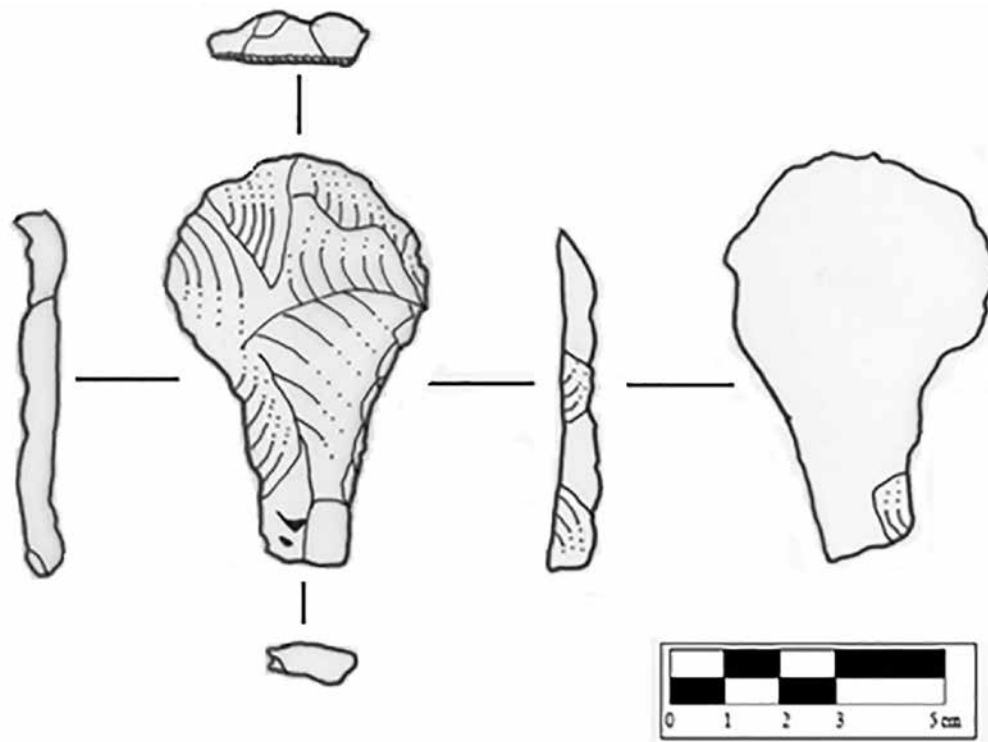
● Fig. 9 Raspador espiga muesca.



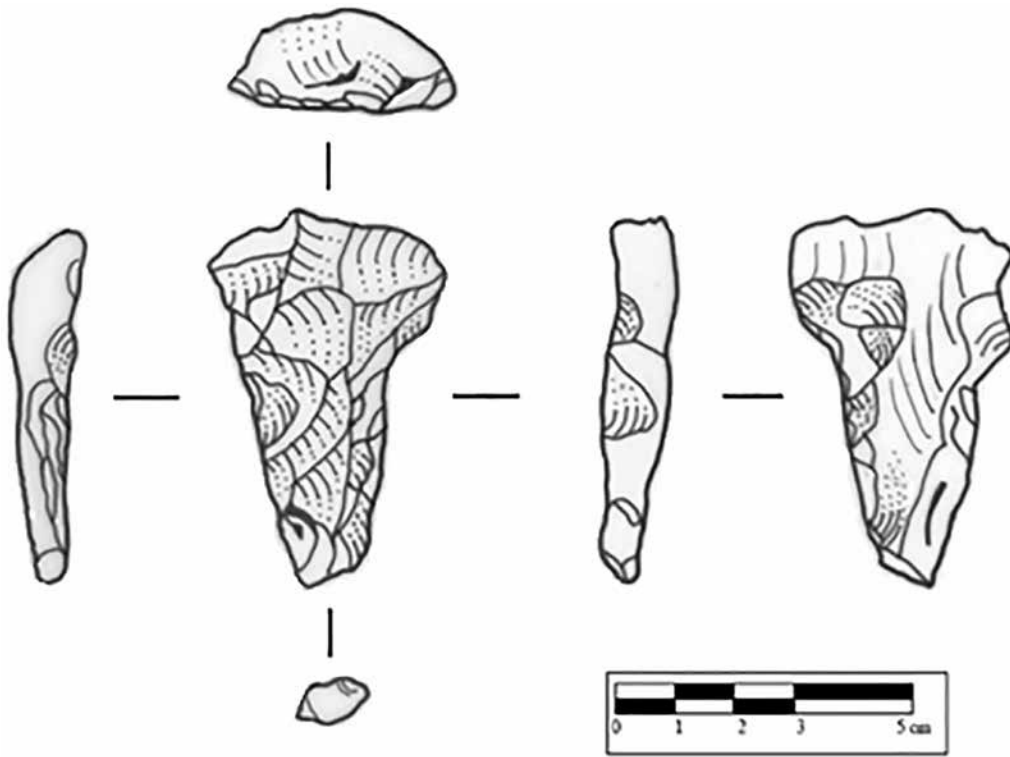
● Fig. 10 Subtipos de raspadores.



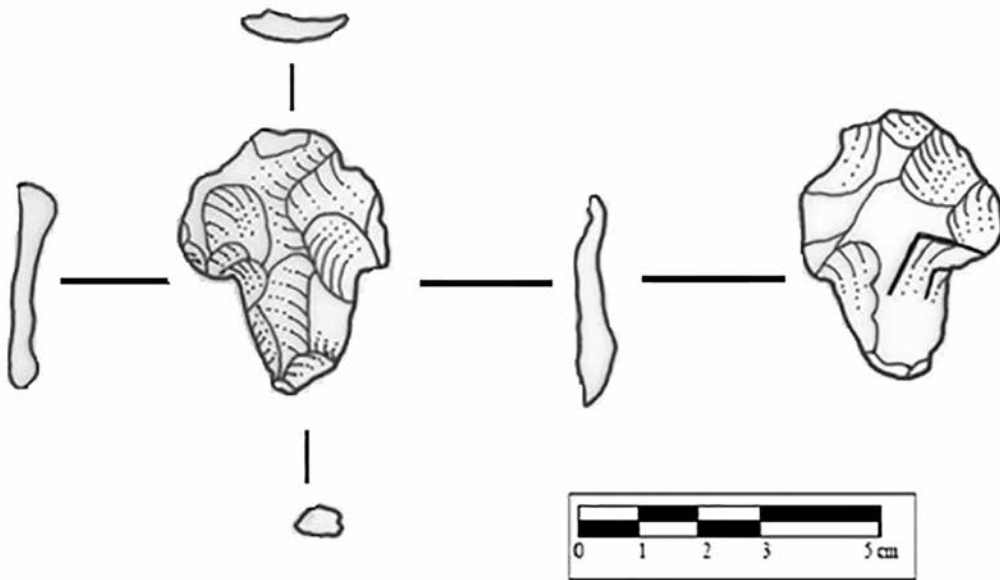
© Fig. 11 Raspador subtipo ovalado.



© Fig. 12 Raspador subtipo circular.



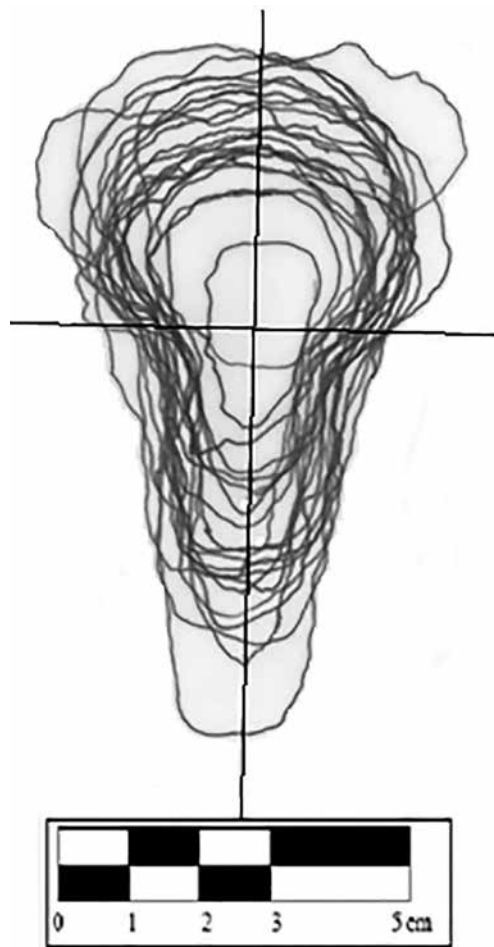
© Fig. 13 Raspador subtipo recto.



© Fig. 14 Raspador subtipo semicircular.

cuenta que la industria lítica es reductiva (destruccionista), ya que en el proceso de modificación del artefacto se desprende material, resultando en una reducción de masa y variación morfológica, Jane Sliva (1997) definió tres etapas para la reducción de núcleos, las cuales se modificaron y adecuaron al proceso de talla de los raspadores espiga chalchihuites en el valle del Guadiana. Para el caso comparativo, Ismael Sánchez (2012) se basó en las etapas dadas por Sliva para clasificar bifaciales en el estado de Sonora.

Etapa primaria. Los raspadores dentro de esta categoría presentan un retoque simple (pocos lascos), la gran mayoría de los artefactos en esta etapa son las mismas lascas con algunos ligeros retoques para hacer funcionales las herramientas.



© Fig. 15 Superposición de raspadores.

Este tallado puede ser el primer paso en el proceso de reducción de la herramienta, que al resultar funcional para los usuarios del mencionado artefacto no evolucionó en un tallado más complejo. De igual manera, la pieza pudo ser abandonada en esta etapa, por presentar algún error durante su proceso de fabricación (Andrade, 2014: 88).

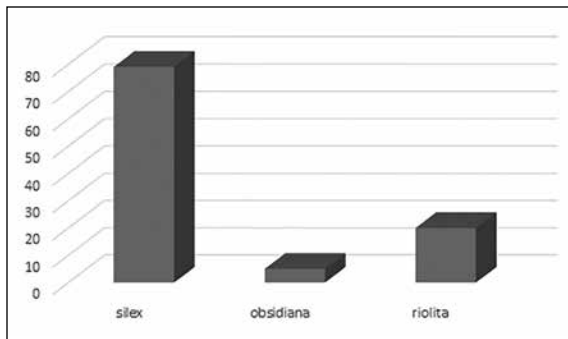
Etapa secundaria. Artefactos con un trabajo de talla más elaborado, en los que se distingue la necesidad de obtener formas específicas. Parecieran piezas que se quedaron en una etapa de tallado previa a su final, pero se tenía la total intención de llegar a la siguiente etapa. Pudiera resultar, como en el caso anterior, que esos artefactos se tallaron hasta ese punto por haber logrado la funcionalidad adecuada, o por presentar algún defecto que no permitiera continuar con el trabajo de tallado (Andrade, 2014: 90).

Etapa terciaria. Los raspadores definidos para esta etapa tecnológica están claramente terminados. En su talla presentan diferentes procesos de reducción, tanto para el cuerpo del raspador como para la espiga (en los casos de la espiga larga, casi siempre presenta un tallado bifacial). De hecho, pueden considerarse herramientas formales, ya que se ha invertido una considerable cantidad de tiempo con el objetivo de llegar a una morfología específica, como se distingue en el tallado bifacial de la espiga para los tipos espiga larga y espiga difusa. Estos artefactos presentan una buena cantidad de negativos de lasqueo por su elaborado proceso de producción (Andrade, 2014: 91).

Como dato importante dentro de la clasificación, debe resaltarse la homogeneidad de la morfología en los raspadores (fig. 15), a pesar de su variabilidad tipológica, lo que valora un trabajo de talla minucioso sobre cada una de las piezas.

Otro factor de gran importancia en la clasificación de artefactos es la materia prima con la cual se realizaron. El material influye en el tipo y forma de raspador que se obtiene, además de aportar datos de procedencia vinculables al medio natural de la región.

Entre las materias primas utilizadas, el sílex destaca como la principal y de mayor elección para la manufactura de herramientas (fig. 16): un total de 79 raspadores, que representan 76% de la



● Fig. 16 Materias primas de las que están hechos los raspadores.

muestra. La riolita destaca como la segunda materia prima de mayor utilización con 20 raspadores, equivalentes a 19% del total analizado. Por último tenemos la obsidiana, con cinco artefactos elaborados en vidrio volcánico, que representan 5% del total de raspadores analizados. Hace falta realizar análisis petrográficos para determinar el tipo de roca con el que se elaboró de manera específica cada raspador, mientras se distinguen como variedades microcristalinas de cuarzo para el sílex y la riolita.

Artefactos similares en otras regiones

El raspador como artefacto arqueológico fue una herramienta básica para cualquier grupo cultural prehispánico en México, por esta razón resulta común encontrar herramientas de gran similitud morfológica, y algunas ocasiones tecnológica, en diferentes regiones (fig. 17) (González Arratia, comunicación personal 2013). Para el caso del raspador espiga se distinguen artefactos de morfologías similares a los localizados en el valle del Guadiana, sobre todo en los estados de Zacatecas, Aguascalientes, Coahuila, Nuevo León y San Luis Potosí (Rodríguez-Loubet, 1985; Valadez, 1999; Torreblanca, 1999; Pelz, 2001); para el centro del territorio nacional también se han mencionado artefactos con características parecidas.

Los raspadores mencionados por Agustín Andrade (2004), con pedúnculo o espiga, los compara con los denominados “Coahuilos” que resaltan

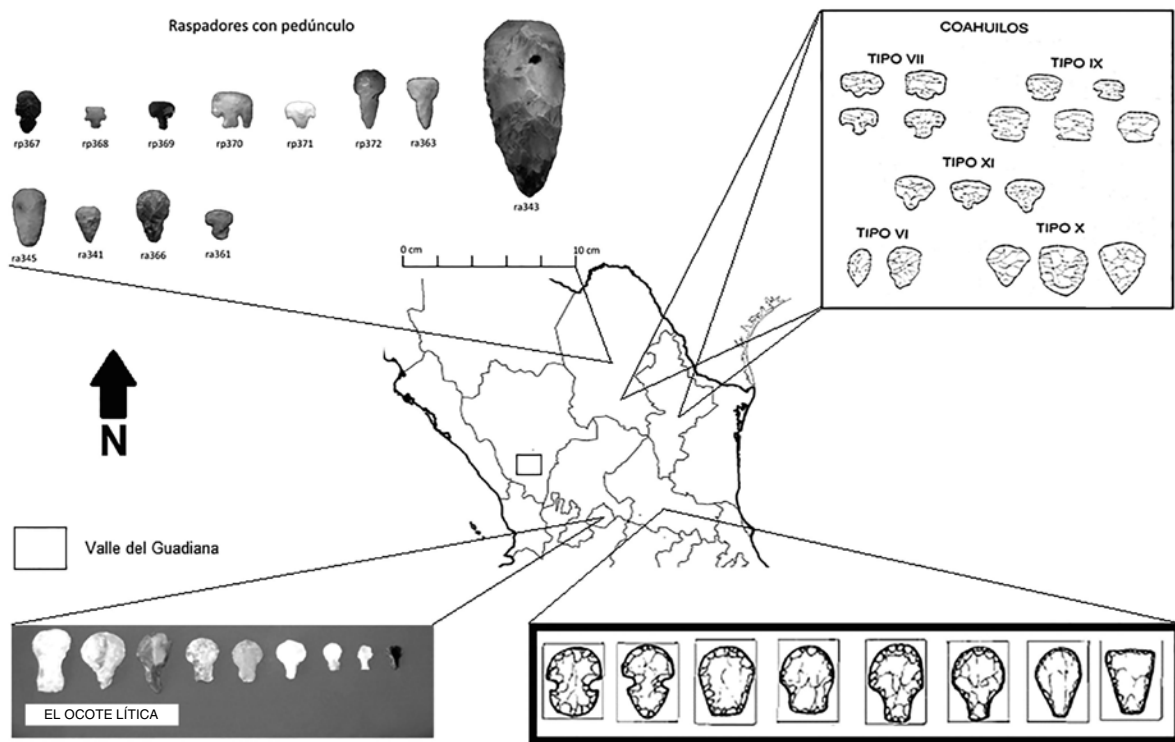
Luis Aveleyra *et al.* (1956) en sus investigaciones para la cueva de Candelaria, en Coahuila.

Las investigaciones por parte del arqueólogo Moisés Valadez (1992-2002) dan como resultado una tipología específica para Coahuila y Nuevo León (noreste de México). Para la temporalidad de estos artefactos, el primero en dar una cronología específica fue el mismo Aveleyra, quien los asigna para el periodo Prehistórico tardío (100 a.C.-1250 d.C.). Más adelante, y como resultado de otras investigaciones en la región (McClurkan, 1966, Nance, 1992 y Valadez, 1999), se concluyó que algunas de estas herramientas estaban presentes desde el Arcaico medio (*ca.* 3000 a.C.).

Rodrigo Pacheco (2008) también trabajó en el estado de Coahuila con algunas colecciones particulares (producto del saqueo) de herramientas líticas (puntas de proyectil y raspadores), de las cuales se pueden resaltar algunos raspadores con características morfológicas muy similares a los que nosotros denominamos raspadores espiga en el valle del Guadiana. El arqueólogo menciona raspadores pedunculados con varias características específicas y distingue entre tres tipos de pedúnculo (espiga): convergente, divergente y recto. Aunque para su trabajo Pacheco utiliza materiales con una procedencia dudosa (colecciones particulares), la zona en que fueron recolectadas resulta de importancia, ya que a pesar de las diferencias geográficas y culturales de Coahuila y Nuevo León —las cuales más bien resultan similares al área de Texas—, presentan una morfología muy parecida a la de los raspadores del valle del Guadiana, que culturalmente se asemeja mucho más a Mesoamérica. Desde este punto de vista, resulta interesante para la arqueología general del norte de México.

En Zacatecas, Carlos Torreblanca (1999) menciona algunos raspadores espigados en el sitio arqueológico de Altavista, el cual resalta como el principal centro ceremonial de la cultura Chalchihuites en su rama Súchil. En su trabajo de investigación hace referencia a una importante cantidad de raspadores con espiga y otros más, sin llegar a elaborar una tipología completa de dichos artefactos.

Ana María Pelz trabajó en el sitio arqueológico El Ocote, en el estado de Aguascalientes (Pelz,



○ Fig. 17 Regiones donde se han hallado herramientas similares a las estudiadas.

2001), donde encontró ciertos artefactos líticos de gran similitud respecto a los catalogados como raspadores espiga en el valle del Guadiana, pero con una significativa diferencia en sus dimensiones (Andrade, 2004). La comparación entre los artefactos del valle del Guadiana y los mencionados para Aguascalientes únicamente pueden ser tomados en cuenta desde la perspectiva morfológica, ya que el estudio de los artefactos del sitio El Ocote aún está en proceso.

Otra entidad donde se han encontrado artefactos con características morfológicas similares a los analizados en Durango es el estado de San Luis Potosí. Entre los artefactos líticos analizados en su estudio, François Rodríguez-Loubet menciona dos familias de raspadores: la primera se caracteriza por la falta de sistemas de fijación y patrones poco repetitivos; mientras el rasgo distintivo de la segunda es su gran parecido con los raspadores tipo coahuilos,¹ con un sistema de en-

mangue bien definido (espiga claramente observable) y patrones repetidos de manera constante (Rodríguez-Loubet, 1985: 90). Los segundos resultan de importancia al ser comparados con el raspador espiga del valle del Guadiana.

Fabricación, uso y función de los raspadores

El trabajo de talla que presenta la espiga puede entenderse también como un proceso de personalización de la herramienta —la cual se distingue como elemento relevante para la elaboración de la tipología—, pues se logró identificar claramente que los raspadores fueron elaborados para per-

La Cueva de la Candelaria (Aveleyra *et al.*, 1956), en el estado de Coahuila. Más tarde, durante su investigación en el estado de Nuevo León Moisés Valadez (1999) complementó la tipología de esos artefactos. Por último, Agustín Andrade Cuautle elaboró la tipología más reciente sobre esos artefactos (Andrade, 2004), como trabajo complementario al de Valadez.

¹ Los raspadores tipo coahuilos son mencionados por primera vez por Luis Aveleyra, en sus investigaciones sobre

sonas diestras o zurdas. Esta característica ergonómica se puede interpretar desde el uso y función del artefacto, como señala Leroi-Gourhan (1965: 291): en el análisis de las herramientas u objetos de uso práctico presentan características estéticas determinadas por su uso y función. En el caso de los raspadores tipo espiga larga y espiga difusa, al ser artefactos sobre los que se ejerce una fuerza manual directa —no hace falta un empuñadura para realizar el trabajo—, las características morfológicas se adecuan a la sujeción específica de quien realice el trabajo manual.

Otro aspecto de importancia son las materias primas utilizadas y su probable procedencia. En los alrededores del valle del Guadiana hay una serie de sierras y formaciones rocosas que muy probablemente son parte de la Sierra Madre Occidental; todas son formaciones geológicas extrusivas del Terciario y el Cuaternario (Albritton, 1958; McDowell y Keizer, 1977), en las que incluso pueden encontrarse algunos tipos de vidrio (fig. 18).

Con base en el análisis macroscópico de los raspadores, y para un mejor conocimiento de las materias primas y su comparación con la información disponible, podemos asumir que las rocas seleccionadas para la elaboración de los artefactos provienen de yacimientos en el mismo valle o áreas circunvecinas.

Si asumimos que esos materiales proceden de yacimientos locales, no necesariamente tuvieron que ser extraídos de grandes bloques en los cerros, pues existen diversas maneras para obtener las materias primas: recolección en superficie, extracción de canteras y minería, entre otros (Inizan *et al.*, 1999, en Téllez, 2013). Para los antiguos pobladores del valle del Guadiana habría resultado mucho más sencillo recolectar esos materiales en lechos fluviales —como los de los ríos Tunal, Santiago Bayacora y Saucedá—, o entre los sedimentos que éstos transportaban hacia las zonas bajas, mucho más accesibles y cercanas a los sitios arqueológicos. Así habrían podido aprovechar los fragmentos de gravas y bloques, lo cual facilitaría en gran medida el proceso de talla de las herramientas (Andrade, 2014: 130-131).

La procedencia local de las materias primas se apoya el trabajo de Fernando Berrojalbiz para la

región del río Ramos, en el noroeste de Durango, donde habitaron los chalchihuiteños rama Guadiana más septentrionales; éstos procuraban la materia prima para la elaboración de herramientas de su entorno inmediato, y el autor incluso menciona su excelente conocimiento sobre la variabilidad de las rocas (Berrojalbiz, 2005: 57).

Si consideramos los datos relativos a extensión geográfica (valle del Guadiana) y temporal (600-1350 d.C.) del raspador espiga, así como la probable procedencia local de las materias primas para elaborar los artefactos, se pone de relieve la importancia que el raspador espiga tuvo para los habitantes de la región, lo cual se ratifica con el hecho de que es probablemente la única herramienta lítica de manufactura específica para los habitantes del valle del Guadiana. Es decir, al elaborarse casi de manera personal, pensada para una función exclusiva, el agarre que ofrecen los tipos espiga larga y difusa —en los cuales con seguridad se ejercía la fuerza directamente sobre el artefacto y no sobre algún empuñadura elaborado de otro material, a diferencia de los tipos espiga corta y espiga muesca, que quizá debieron ser empuñados para su utilización— toma características muy complejas, que resaltan el valor económico y cultural que esas herramientas revestían para los chalchihuiteños del valle del Guadiana.

Así, pues, con base en la investigación de esos materiales en el valle de Guadiana podemos suponer que el raspador espiga fue una de las herramientas más importantes para los chalchihuites de Durango. Si bien existen otros artefactos —por ejemplo, las puntas de proyectil tipo Toyah, con buena distribución en diversos sitios asociados con esta cultura—, tales no resultan exclusivos y su distribución se hace mucho más extensa; y además se dispone de algunos bifaciales localizados en varios sitios del valle del Guadiana, e incluso en regiones cercanas no asociados con la cultura Chalchihuites. Algunos autores señalan la existencia de raspadores con espiga, como hacen Gaxiola y Nelson (2005) para Hidalgo; sin embargo, la forma y tamaño de éstos dista de los localizados en el valle del Guadiana, lo cual altera completamente la función y manejo del utensilio.

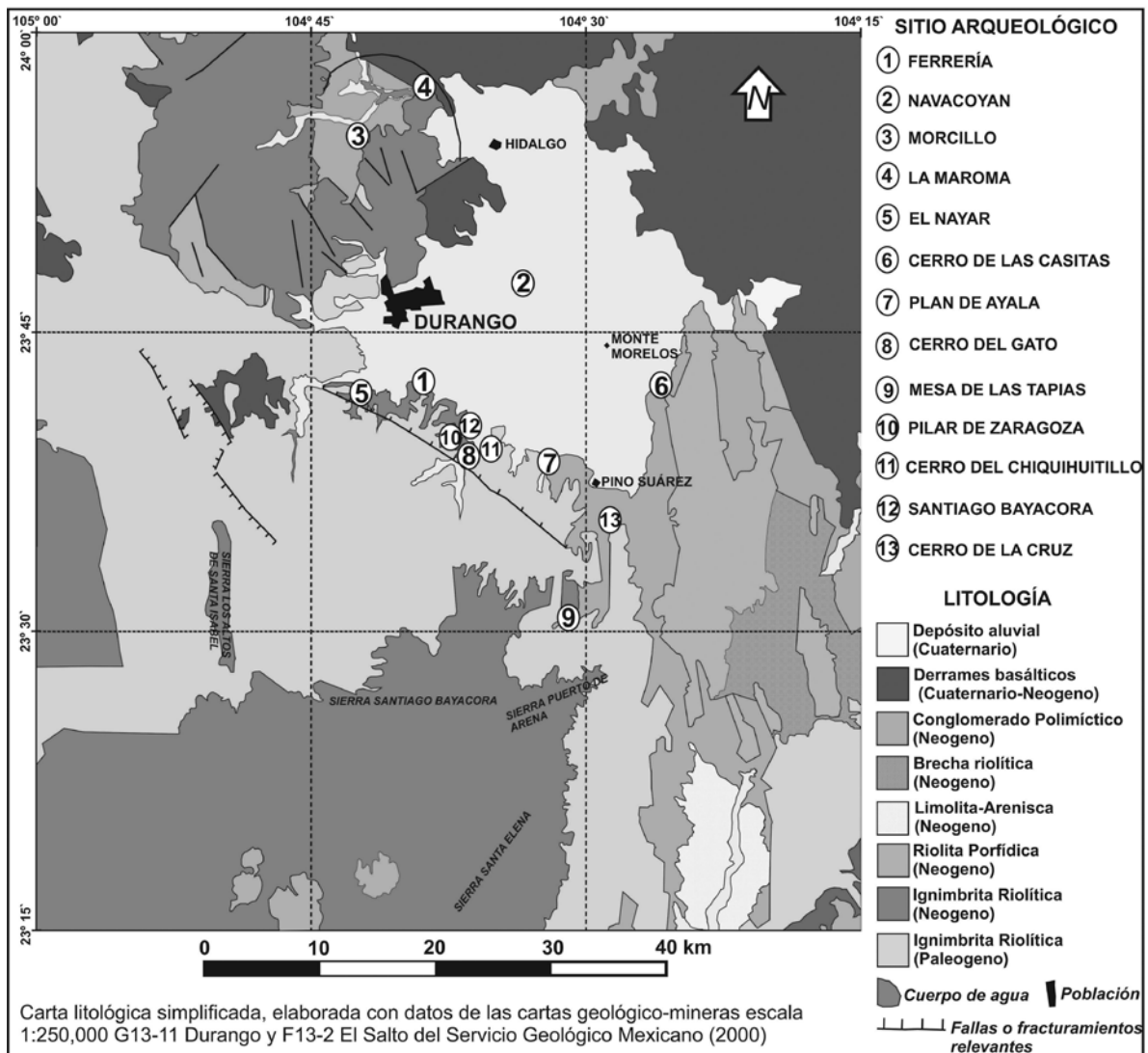


Fig. 18 Carta litológica simplificada y ubicación de sitios arqueológicos.

Es importante resaltar que la morfología específica de los raspadores del valle del Guadiana, al ser altamente estandarizada, quizá derivó en funciones específicas que aún desconocemos, pero a partir de algunos estudios preliminares asumimos que se utilizaron para el trabajo relacionado con fibras vegetales. De esta manera se logra resaltar la relevancia del raspador espiga para los grupos sociales chalchihuites asentados en el valle del Guadiana.

Bibliografía

- Albritton, Claude C. 1958. Quaternary stratigraphy of the Guadiana Valley, Durango, Mexico. *Geological Society of America Bulletin*, 69: 1197-1216.
- Andrade Cuautle, Agustín E. 2004. *Los Coahuilos del noreste mexicano artefactos líticos de los grupos cazadores-recolectores de*

Nuevo León. Tesis de licenciatura. Escuela Nacional de Antropología e Historia-INAH, México.

• Andrade González, Israel

2014. *Raspador espiga: herramienta lítica chalchihuiteña en el valle del Guadiana, Durango*. Tesis de licenciatura. Escuela Nacional de Antropología e Historia-INAH, México.

• Aveleyra Arroyo de Anda, Luis; Maldonado-Koerdell, Manuel, y Río, Pablo Martínez del

1956. *Cueva de La Candelaria*. Vol. I. México, INAH/SEP.

• Berrojalbiz C., Fernando

2005. *Los paisajes prehispánicos del alto río Ramos, Dgo.*, México. Tesis de doctorado. UNAM, México.

• Bradley, Bruce, y Giria, Yevgeny

1996. Concepts of the technological analysis of flaked Stone: A case study from the high Arctic. *Lithic Technology*, 21 (1): 23-39.

• Gaxiola García, Margarita, y Nelson, Fred W.

2005. Las estrategias de abastecimiento de obsidiana en Huapalcalco durante el Epiclásico. *Arqueología*, 2ª ép. 35: 68-98. INAH, México.

• Guevara Sánchez, Arturo

2003. *Ferrería: conservación y estudio del sitio arqueológico*. Durango, Instituto de Cultura del Estado de Durango.

• Kelley, Charles

1971. Archaeology of the Northern frontier: Zacatecas and Durango. En Robert Wauchope (ed.), *Handbook of Middle American Indians* (pp. 768-804). Austin, University of Texas Press (Archaeology of Northern Mesoamerica, 11).

• Leroi-Gourban

1965. *Préhistoire de l'Art Occidental*. París, Lucien Mazened.

• McClurkan, B.B.

1966. *The archeology of Cueva de la Zona de Derrumbes. A Rockshelter in Nuevo Leon, Mexico*. Tesis de doctorado. Universidad de Texas, Austin.

• McDowell, Fred W., y Keizer, Richard P.

1977. Timing of mid-tertiary volcanism in the Sierra Madre Occidental between Durango City and Mazatlán, México. *Geological Society of America Bulletin*, 8(10): 1479-1487.

• Mirambell, Lorena

2005. Los materiales líticos arqueológicos: tipologías y clasificaciones. En *Reflexiones sobre la industria lítica* (pp. 27-47). México, INAH (Científica-Serie Arqueología).

• Nance, C. Roger

1992. *The Archeology of La Calsada: A Rockshelter in the Sierra Madre Oriental, México*. Austin, Universidad de Texas.

• Pacheco Ruiz, Rodrigo

2008. *Arqueología y coleccionismo: una metodología de integración al proceso de investigación arqueológico*. Tesis de licenciatura. Escuela Nacional de Antropología e Historia-ENAH, México.

• Pelz Marín, Ana

2001. "La investigación en el sitio arqueológico El Ocote, municipio de Aguascalientes". Archivo de la Subdirección de Estudios Arqueológicos. INAH.

• Punzo Díaz, José Luis

2004. "Informe técnico del Proyecto de Investigación Arqueológica del Área Centro Oeste de Durango". Centro INAH Durango, Durango.

2007a. "Informe técnico del Proyecto de Investigación Arqueológica del Área Centro Oeste de Durango". Centro INAH Durango, Durango.

2007b. *Los habitantes del valle del Guadiana 1563-1630. Apropiación agrícola y ganadera. Una estrategia de poder*. Tesis de maestría en Ciencias y Humanidades. Universidad Juárez del Estado de Durango, Durango.

2013. La población chalchihuiteña del valle de Guadiana. En J. L. Punzo y M.-Hers, *Historia de Durango, Época antigua* (pp. 190-207). Durango, IIH-UJED.

• Rodriguez-Loubet, François

1985. *Les Chichimeques. Archéologie et ethnohistoire des chasseurs-collecteurs de San Luis Potosi*,

Mexique. México, CEMCA (Estudios mesoamericanos, I-12).

- Sánchez Morales, Ismael

2012. *Las industrias líticas de puntas de proyectil y bifaciales en los sitios arcaicos de Sonora*. Tesis de licenciatura. Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

- Sliva, Jane

1997. *Introduction to the Analysis of Flaked Stone Artifacts and Lithic Technology*. Tucson, Center for Desert Archaeology.

- Spence, Michael

1971. *Some Lithic Assemblages of Western Zacatecas and Durango*. Carbondale, University of Illinois (University Museum Southern Illinois. Mesoamerican Studies, 8).

- Tellez Nieto, Alba Lucero

2013. *Identificación de procedencia para obsidianas de Cantona, Puebla, por el método de análisis por activación neutrónica*. Tesis de licenciatura. Escuela Nacional de Antropología e Historia-INAH, México.

- Torreblanca Padilla, Carlos Alberto

1999. *Materiales líticos y arqueológicos de Altavista, Zacatecas*. Tesis de licenciatura. Escuela Nacional de Antropología e Historia-INAH, México.

- Valadez Moreno, Moisés

1999. *La arqueología de Nuevo León y el noreste*. Monterrey, Universidad Autónoma de Nuevo León.

- Wilcox, David R.

2000. El nexa Tepiman: un modelo de interacción entre Mesoamérica y el suroeste norteamericano. *Relaciones*, 21 (82): 59-84.



Presencia Aztatlán en sitios chalchihuites del valle del Guadiana, Durango

Resumen: El presente trabajo aborda de manera particular el análisis a las propuestas cronológicas formuladas por los investigadores que han trabajado el área del estado de Durango a través del estudio de los tipos cerámicos encontrados en los sitios de la cultura Chalchihuites de la rama Guadiana. Gracias a los análisis de la cerámica recuperada de las excavaciones de La Ferrería, hechos por el doctor Charles Kelley y repatriados por el centro INAH-Durango, se ha obtenido nueva información en cuanto a la ocupación chalchihuiteña y a sus relaciones e intercambios con las culturas de la costa de Sinaloa, dando finalmente una pauta para poder establecer una nueva y refinada cronología para el valle de Durango basada en la relación de ambos grupos culturales. *Palabras clave:* cultura Chalchihuites, tradición Aztatlán, cronología, fechamientos, interacción.

Abstract: The present paper analyzes the chronological proposals established by several researchers who have worked in the state of Durango through the study of decorated sherds from the Guadiana branch found at Chalchihuites culture sites. Analysis of the pottery collected by Charles Kelley in his excavations at La Ferrería, which was repatriated by the Centro INAH-Durango in recent years, has yielded new data on the Chalchihuites period, its relations and exchange developed with cultures on the coast of Sinaloa, which has provided guidelines to establish a new, refined chronological sequence for the Guadiana Valley, based on the connections displayed by both cultural groups.

Keywords: Chalchihuites Culture, Aztatlán tradition, chronology, dating, interaction.

Cronologías de Durango y Sinaloa: encuentros y desencuentros

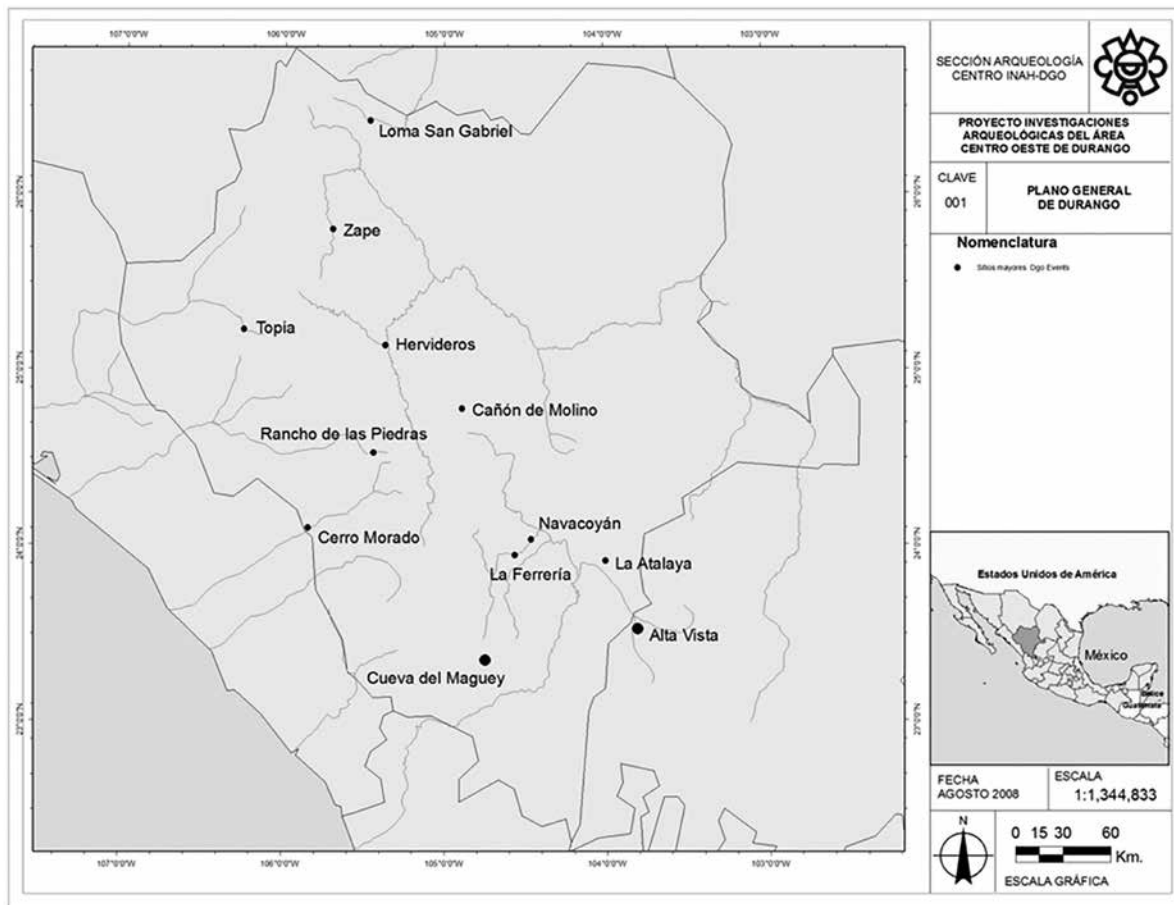
Desde los trabajos pioneros de Charles Kelley en la década de 1950, la gran cantidad de vestigios encontrados en Durango fincó una relación incuestionable e indisoluble entre la costa de Sinaloa-Nayarit y el altiplano duranguense. Así, Kelley y Winters (1960) publicaron un importante trabajo sobre la correlación entre las secuencias cronológicas propuestas entonces para la costa a partir de los trabajos realizados por Isabel Kelly en Chametla (1938) y Culiacán (1945), así como por Gordon Eckholm en Guasave (1942). Compararemos esos resultados con los propios, sobre todo en el otrora mal llamado sitio Schroeder, apellido de su principal saqueador, hoy rebautizado como La Ferrería.

Por ello en este artículo nos hemos dado a la tarea de hacer una revisión crítica de los trabajos publicados sobre el tema, además de realizar un detallado

*Centro INAH Durango.

**Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH.

***Centro INAH Durango.



● Fig. 1 Plano general de zonas con investigaciones arqueológicas en Durango.

estudio de la cerámica hallada en Durango y compararla con la de Nayarit-Sinaloa a la luz de nuevos descubrimientos —y especialmente de una gran cantidad de fechamientos que ahora están disponibles para ambas zonas (fig. 1).

Durante años, las cronologías para la costa y para el altiplano duranguense han dado pie a grandes controversias. Para el caso duranguense, Charles Kelley, apoyado por los trabajos realizados en el sitio de La Ferrería, presentó en la década de 1960 una primera cronología (Kelley y Abbott, 1964) (tabla 1). Esa seriación se basó en once fechas de radiocarbón, diez del sitio de La Ferrería y una más del sitio de la Atalaya, localizado en el vecino valle de Poanas. Se trató de pequeños carbonos —encontrados en los rellenos de excavación— asociados a diferentes tipos ce-

rámicos y algunas veces mezclados, mediante los cuales realizó agrupaciones cerámicas y logró así establecer las distintas fases (Kelley y Abbott 1971). El equipo de Kelley también llevó a cabo fechamientos con el método de hidratación de obsidiana; sin embargo, se carecía de parámetros de hidratación para el clima y elevación de Durango y por ello debió establecerlos con base en las fechas de radio carbono, por lo que su precisión está en función de las fechas de radiocarbón. Fue a partir de tales fechas que Kelley y Winters (1960) llevaron a cabo su revisión de la secuencia cronológica de Sinaloa.

Más tarde, a través de sus trabajos en Alta Vista y otros sitios de la rama Súchil, en la década de 1980 Kelley obtuvo 50 fechas de

Tabla 1 Cronología propuesta por Charles Kelley (1971) para la cultura Chalchihuites

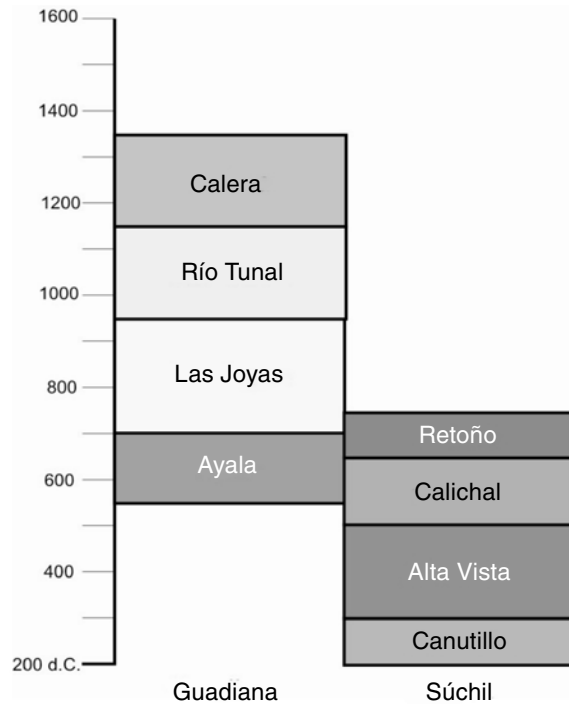
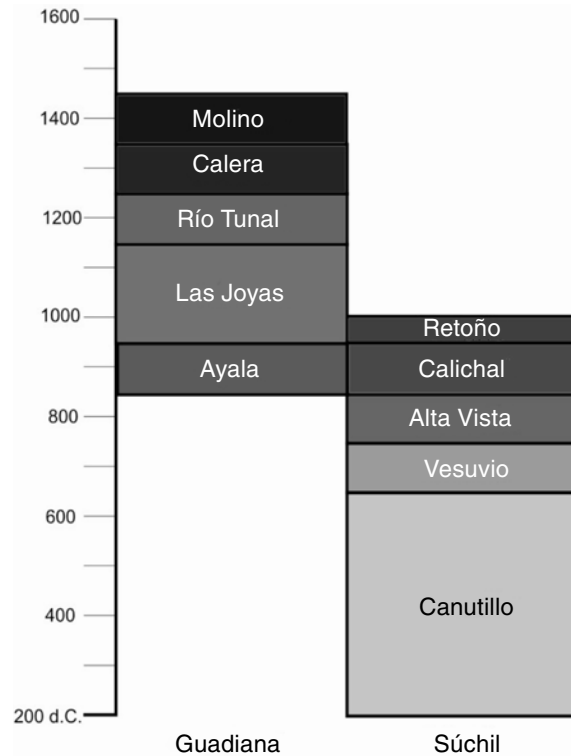


Tabla 2 Cronología propuesta por Charles Kelley (1985) para la cultura Chalchihuites



radiocarbón, de las cuales 26 corresponden al sitio Alta Vista; la mayoría procedentes de materiales constructivos como vigas y otros restos de madera y carbón (Kelley, 1985) (tabla 2). Así mismo, el equipo de Kelley utilizó el método de hidratación de obsidiana, pero —al igual que en el caso de la rama Guadiana— su precisión está en función de las de radiocarbón. Sobre este juego de fechas, no parece que exista duda acerca de lo confiable de la cronología, debido a los excelentes contextos del que pudieron obtenerse. En consecuencia, en la rama Súchil no parece haber una controversia importante.

A partir de la presentación de esa hipótesis en noviembre de 1983 (Kelley, 1983), la cual da cuerpo a su artículo “The Chalchihuites Chronology” (Kelley, 1985), se ha iniciado un intenso debate entre todos los investigadores que han trabajado el tema desde entonces. Tal vez uno de los aportes

más importantes ha sido la publicación del artículo “The Chalchihuites Chronological Sequences: A view from the West Coast México” (Foster, 1995: 67-92). En esa publicación Foster analiza de nuevo los datos de Kelley y corrige los fechamientos realizados por radiocarbón; también revisa los contextos cerámicos en que se encontraron y agrega nuevos datos sobre las correlaciones que existen en los tipos cerámicos de la costa del Pacífico —que aparecen en los sitios Chalchihuites de la rama Guadiana— mediante los fechamientos absolutos realizados en la costa de Nayarit y Sinaloa, llegando a presentar una nueva cronología muy cercana a la propuesta por Kelley y Abbott (1964), planteando una horizonte contemporáneo entre las ramas Súchil y Guadiana (tabla 3).

Myriam Hers (1996) también revisó las cronologías y, de acuerdo con sus fechas obtenidas en el noroeste de Durango, conjunta las fases Ayala

Tabla 3 Cronología propuesta por Michel Foster (1995) para la cultura Chalchihuites rama Guadiana

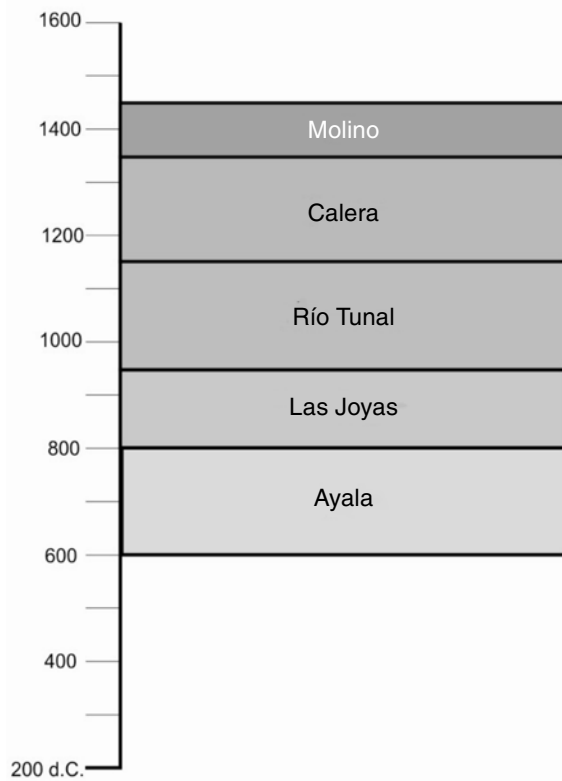
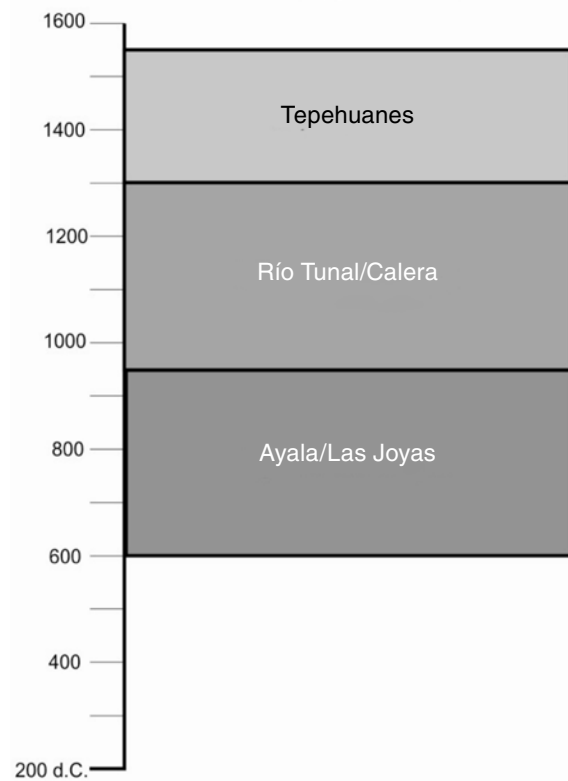


Tabla 4 Cronología propuesta por Marie-Areti Hers (1996) para Durango-Valles Orientales



y Las Joyas en una sola, y la Tunal y Calera en otra, para lo cual retoma las fechas originales de Kelley (1971) (tabla 4).

Los trabajos realizados en los últimos diez años en el valle del Guadiana, en el marco del Proyecto Investigaciones Arqueológicas del Área Centro Oeste de Durango (PIACOD), donde se ha localizado una centena de sitios en el valle del Guadiana mediante excavaciones extensivas, se ha podido refinar la propuesta cronológica de Foster (Punzo y Ramírez, 2008; Punzo, 2013 y 2016). De hecho, se ha llegado a conclusiones muy similares en las fechas generales, moviendo apenas los límites de las fases y eliminando la fase Molino tardía (Kelley, 1985; Foster, 1995 y 2000), puesto que no existe evidencia arqueológica para sustentarla. Por tanto, se concluye que debe abandonarse la propuesta de Kelly (1983 y 1985) para la rama

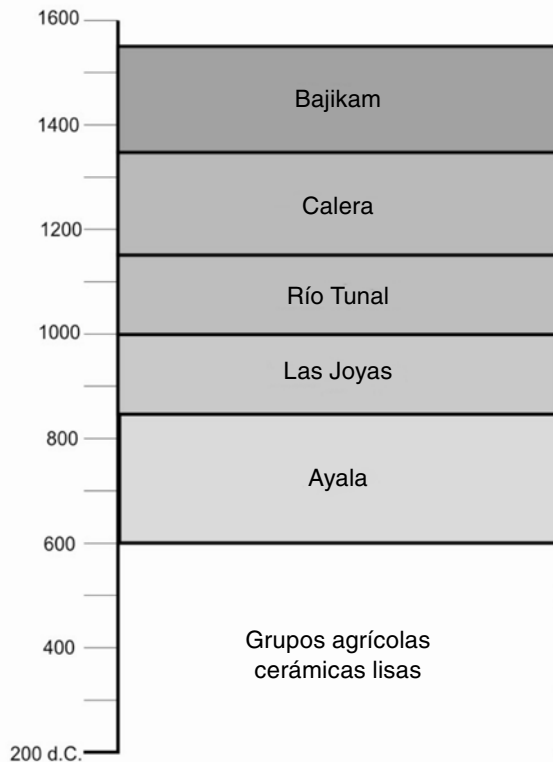
Guadiana de la cultura Chalchihuites (Punzo, 2013 y 2016) (tabla 5).

Propuesta de una secuencia cronológica de la cultura Chalchihuites en el valle del Guadiana y su relación con el sistema Aztatlán

Fase Ayala (600-850 d.C.). Se inician las relaciones entre los chalchihuiteños del valle del Guadiana y Chametla

Para el inicio de la fase Ayala hemos podido establecer la existencia de 35% de sitios cuya cerámica decorada chalchihuites incluyen materiales de esta fase. Gracias al trabajo de superficie y al

Tabla 5 Cronología propuesta por José Luis Punzo (2009) para la ocupación prehispánica del valle del Guadiana



análisis de los materiales de esta centena de sitios podemos apoyar la hipótesis de la existencia de un sustrato arqueológico de una tradición cerámica lisa, llamada Loma San Gabriel por diversos autores (Foster, 1978), la cual —como en el caso de la cronología— ha suscitado los más acalorados debates que, las más de las veces, conducen a callejones sin salida. Todo ello se suma a las fechas que hemos obtenido en contextos prechalcihuites, sobre todo los localizados en el sitio El Nayar. La muestra arrojó, con 95% de probabilidad, un rango de 50 a.C.-60 d.C. en el estrato más profundo de una de sus estructuras, lo cual sugiere que los sitios Chalcihuites se asentaron sobre aldeas que tienen una historia mucho más profunda (Punzo, 2016).

Mediante los nuevos trabajos de investigación en el valle de Guadiana, así como del trabajo de gabinete con la colección de La Ferrería de Charles Kelley, recientemente repatriada, hemos po-

didado descubrir que durante el inicio de la fase Ayala existió abundante presencia de materiales procedentes de la costa del sur de Sinaloa, representado por 39% del total de tuestos foráneos.

Así hemos podido correlacionar, a nivel estratigráfico, dentro de La Ferrería, tipos de la costa como el Chametla medio policromo y el Chametla medio policromo inciso, ambos con una temporalidad de 500-700 d.C. (Foster, 1995: 70; Kelley y Winters, 1960; Kelly, 1945); también los tipos Banda roja utilitaria y Banda negra esgrafiado tardío, ambos al parecer presentes a lo largo de todas las fases en Chametla (Kelly, 1938: 34), con tipos como el Michililla inciso relleno en rojo, Mercado y Amaro. Esos tipos cerámicos son característicos de la fase Ayala, que tienen una temporalidad de 600-850 d.C. (tabla 6) Los materiales de la fase Baluarte (500-700/750 d.C.) se encuentran concentrados sobre todo en la Estructura 7/ La Pirámide y en la Estructura 1/ Casa de los Dirigentes en La Ferrería. Cabe mencionar que para ese periodo tenemos una intensa actividad constructiva en varios sitios del valle del Guadiana, pero sobre todo en La Ferrería (fig. 2).

Por tanto, cabe pensar que entre 600 y 700 d.C. hubo un intercambio de productos de la costa y el altiplano para el inicio de la fase Ayala (fig. 3). Esto fue considerado por Kelley como parte de los antecedentes del sistema mercantil Aztatlán, y señaló que personas dedicadas al intercambio, durante la fase Baluarte de Chametla cruzaron la Sierra Madre y encontraron una reducida ocupación mesoamericana en el valle de Guadiana. Lo anterior es cierto, en parte, y queda a la espera de los nuevos datos, pues los materiales nos indican esa interacción y se convierten en un argumento más para decantarnos por la cronología aquí presentada. Sin embargo, lo más importante es que hoy sabemos que para la fase Ayala existió un buen número de aldeas que ocuparon todo el valle.

Es importante recalcar que, al parecer, este intercambio estuvo restringido durante esa etapa solamente a los habitantes de sitios como La Ferrería. Ellos poseían materiales cerámicos de la costa, sin embargo, el resto de los sitios de ese periodo, como El Nayar, el Cerro de Chiquihuitillo, el Cerro del Gato o la Mesa del Encinal,

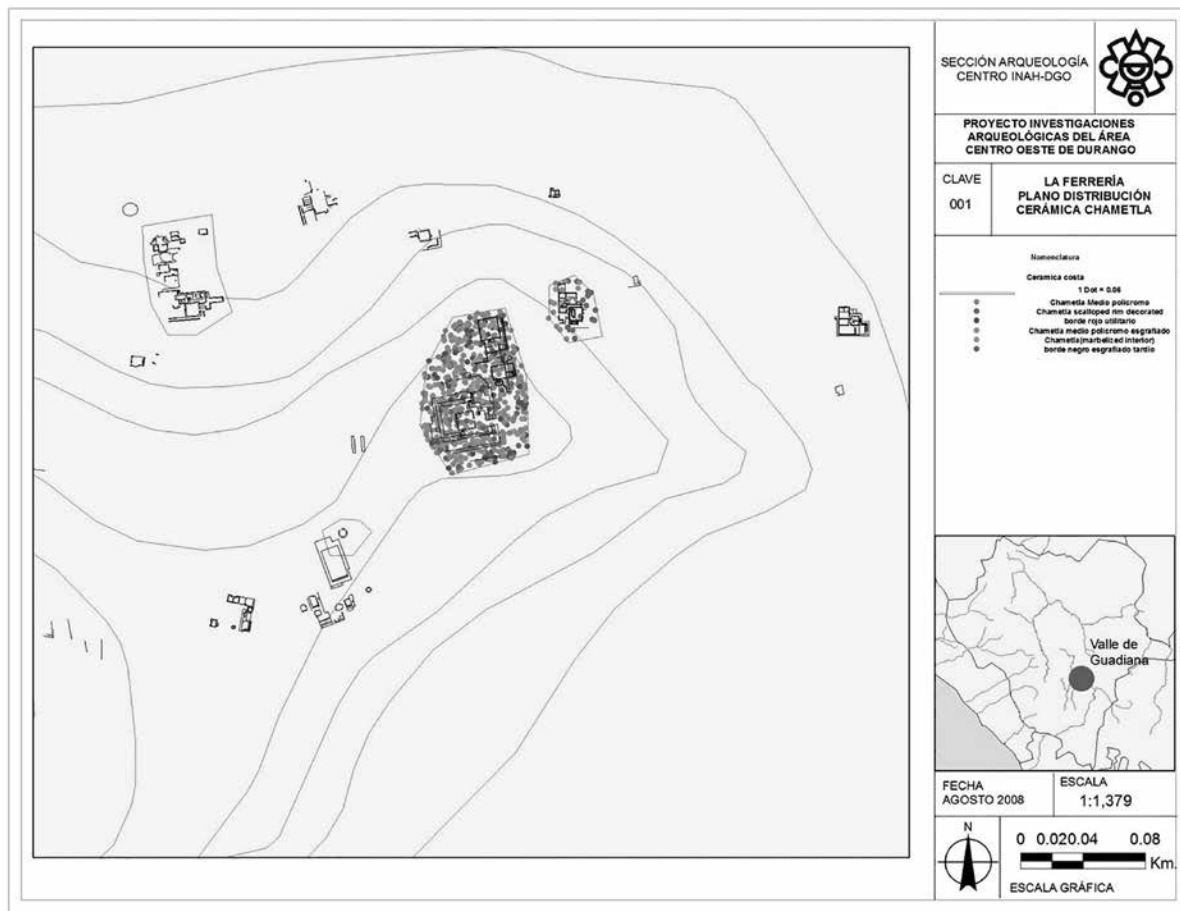
Tabla 6 Fase Ayala (600-850 d.C.), inicio de las relaciones entre el valle del Guadiana y la costa

Fecha	Durango	Sinaloa		
	Valle de Guadiana	Chametla (Kelley y Winters, 1960)	Culiacán (Kelley y Winters, 1960)	Guasave (Álvarez, 1990; Carpenter, 1996)
Fase				
1600	Bajikam		La Quinta	Guasave
1500			Yebalito	
1450				
1400				
1350				
1300	Calera	El taste	La Divisa	
1250				
1200				
1150				
1100	Tunal	Acaponeta	Acaponeta	
1000	Las Joyas			
900				
850	Ayala		Lolandis	Huatabampo
800				
750				
700			Baluarte	
600				
500		Tierra del padre		
400				
300				
200				
100				
0				
100				
200				

no presentan cerámica foránea, no obstante, en todos los sitios se han encontrado elementos de concha que son otro eco de dicho intercambio, en este sentido, resulta factible que La Ferrería fungiera como punto concentrador y redistribuidor de bienes foráneos, hacia el resto de los sitios. Por otra parte, hemos encontrado nuevos datos que nos indican que la aseveración de Kelley sobre la baja presencia de materiales claramente asociados a la fase Alta Vista es falsa. En el sitio

de El Nayar, se han identificado cajetes tipo Michililla, así como un par de platos del tipo Súchil, en contextos funerarios. Esos platos solamente se habían descrito claramente para la rama Súchil de la cultura Chalchihuites y se pensaba que tenía una temporalidad previa a la rama Guadiana.

En estudios recientes de petrografía en los tiosos de cerámica (Sandoval, 2011), recuperada en La Ferrería en el valle del Guadiana, se pudo hacer una caracterización indicándonos que la mayoría



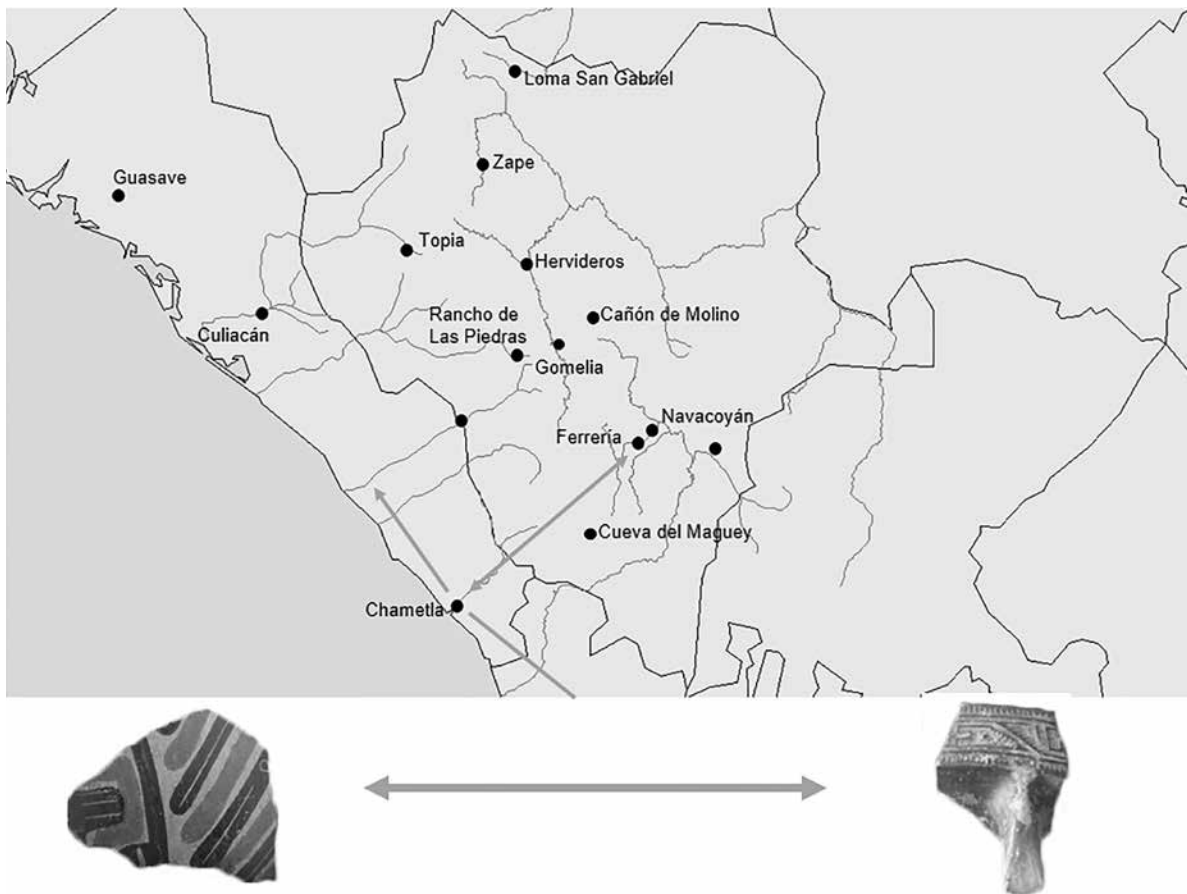
● Fig. 2 Distribución de la cerámica Chametla en La Ferrería.

de los tipos cerámicos, que definen esta etapa, son de manufactura local, lo que nos habla de que los grupos que se asentaron más al norte crearon sus propios estilos decorativos, aunque los motivos se mantienen de forma importante (Ambriz, 2013). Sin embargo, el tipo cerámico más complejo en cuanto a su técnica decorativa así como a su acabado e iconografía es el Súchil, rojo sobre café, el cual caracteriza el momento de auge de Alta Vista. Sobre éste pudimos constatar que, cuando menos, los tiestos hallados en el valle del Guadiana fueron producidos en la zona de Alta Vista y traídos en cantidades muy bajas al norte. Un par de esos platos Súchil fueron usados como parte de una ofrenda funeraria, estaban depositados en un entierro hallado en el sitio del cerro del Nayar cubriendo su cabeza.

Vale la pena señalar que, para la fase Tlahuilotles, correspondiente a las fases Ayala y Las Joyas, de la Sierra Madre, no tenemos ningún tipo de vestigio cerámico de la costa, solamente hemos localizado en excavación, en el sitio de Rancho de las Piedras, un par de pendientes de concha, producto de dichas redes de intercambio (Punzo, 1999).

Fase Las Joyas 850-1000 d.C., el auge chalchihuites del valle del Guadiana y una intensa relación con la costa

La fase Las Joyas fue el tiempo de esplendor de la rama Guadiana y del sitio de La Ferrería, siendo éste —sin lugar a dudas— el asentamiento



© Fig. 3 Fase Ayala, inicio del intercambio entre la costa y el altiplano.

hegemónico del valle del Guadiana. Así mismo, durante esa fase comenzaron a aparecer grandes sitios en todo el valle, destacando la Mesa de las Tapias y cerro de las Casitas. Esta fase marcó el final de la estrecha relación con los sitios Chalchihuites de la rama Súchil, ubicados al sur de Durango y Zacatecas. Encontramos que muchos sitios se abandonaron en ese momento o disminuyeron sensiblemente su actividad constructiva, dando paso al desarrollo de nuevos sitios.

La fase Las Joyas representó la explosión de la ocupación chalchihuites del valle. Tenemos que en todos los sitios con presencia de materiales asociados a la tradición Chalchihuites están representados tipos cerámicos que se han fechado para esta fase. El tipo cerámico más importante es el Nevería.

Asociado a la fase Las Joyas, y al inicio de la fase Tunal, tenemos una gran profusión de tipos de la costa como Aguaruto inciso de la región central de Sinaloa, así como Cocoyolitos policromo, Aztatlán policromo, Chametla borde rojo decorado (750-1050 d.C.) (Foster, 1995: 70; Kelly, 1945) y Lolandis (750-900 d.C.) (Kelley y Winters, 1960) del sur de Sinaloa.

Los tiestos de la costa, excepto los del tipo Lolandis, constituyen solamente 8% del total, y lo que llama la atención es la variabilidad de los tipos. Sin embargo, el Lolandis es —por mucho— el tipo más abundante de la costa encontrado en el valle del Guadiana, con 605 tiestos; de igual forma, en Navacoyán hemos encontrado casi dos decenas más en superficie y diez ejemplares en el sitio de El Nayar.

En La Ferrería se encontraron sobre todo tios Lolandis, en la Estructura 5/Casa Grande (44%) y en la Estructura 1/Casa de los Dirigentes (22%); restan siete estructuras con una densidad menor a 10% pero mayor a 1%, y cinco estructuras con densidad menor a 1% (fig. 4). Esta proporción y distribución de cerámica Lolandis llevó a Charles Kelley a proponer la existencia de una colonia de habitantes de la costa en La Ferrería durante la fase Las Joyas, y destacó que había más Lolandis en La Ferrería que en las excavaciones de Isabel Kelly en Chametla y Culiacán (Kelley y Winters, 1960: 552). Sin embargo, investigaciones recientes apuntan a que la manufactura de vasijas de este tipo se realizaron tanto en la costa como en el valle del Guadiana, además de que se han encontrado tios producidos en el altiplano en la costa y viceversa (Vidal, 2011); por tanto, el estilo Rojo sobre bayo fue un tipo cerámico compartido que pudo haber formado parte del intercambio de otros bienes, entre ellos sal, concha, camarón, pescados y moluscos, obsidiana y otras materias primas para la elaboración de herramientas y adornos.

Por otro lado, durante la transición entre las fases Las Joyas y Tunal se realizó el hallazgo más importante que da cuenta de la relación entre los grupos de la cultura Chalchihuites y la tradición Aztatlán de la costa, pues en la Estructura 1/Casa de los Dirigentes fue descubierta una ofrenda compuesta por dos elementos: una vasija del tipo Sinaloa policromo, cuya decoración en los medallones mostraba a Xochipilli y Nanahuatzin, deidades mesoamericanas (Kelley, 1986: 87); la vasija se halló asociada a otra vasija trípode, de silueta compuesta y asa de canasta, de un tipo transicional entre Nevería y Otinapa. Esta vasija es parte de la colección del Museo Nacional de Antropología en la Ciudad de México.

A diferencia de la fase anterior, casi todos los tios de la costa aparecen tan sólo en los sitios La Ferrería, El Nayar y Navacoyán, y para esta fase únicamente se localizó un tiesto Aztatlán policromo en el sitio Mesa de las Tapias 7.

A esa fase del intercambio entre los valles y la costa Kelley la identifica como parte del sistema de intercambio Aztatlán temprano. Al parecer, fue entonces cuando se abrió uno de los ramales im-

portantes de ese intercambio, ya no sólo entre el valle del Guadiana y la costa sur de Sinaloa, sino quizá también —a través del río San Lorenzo— con la región Tahue del centro de Sinaloa, un eje que incluía los sitios Cerro de los Indios de Gomeña —sobre el río Santiago— y el importante asentamiento Cañón de Molino en el valle de Guatimapé (fig. 5).

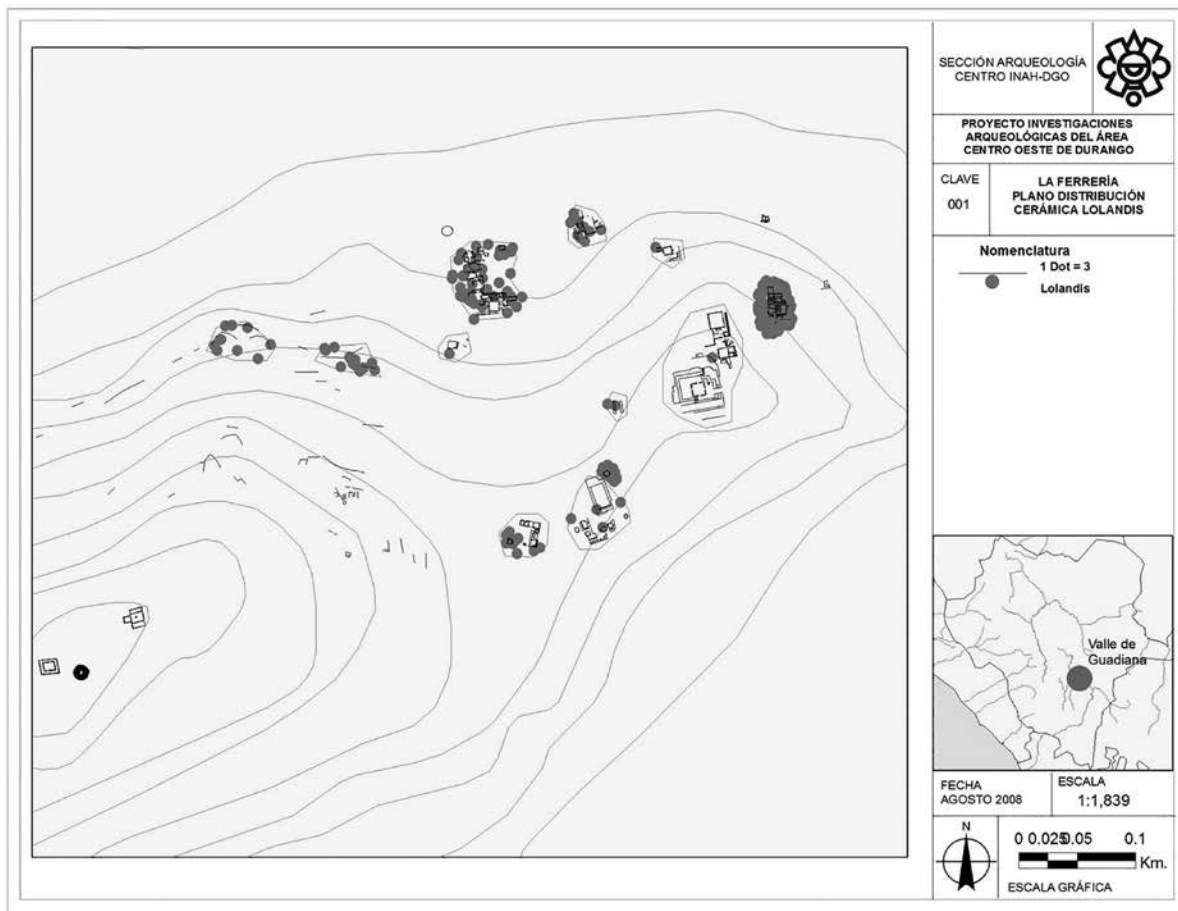
Fase Tunal (1000-1150 d.C.): nuevo vínculo entre el valle del Guadiana y la costa

Fue durante la fase Tunal que se dio un reacomodo en el valle de Guadiana, pues la ocupación chalchihuites parece disminuir. La presencia de materiales decorados sólo se presenta en 47% de los sitios. Esto debe destacarse, ya que durante la fase Las Joyas el total de sitios con tipos cerámicos decorados participaba del consumo de dichos materiales.

Durante la fase Tunal el asentamiento de Navacoyán se transformó en sitio hegemónico en el contexto del valle del Guadiana —desplazando a La Ferrería—; y si bien sitios como Cerro de las Casitas y Mesa de las Tapias cobran mayor importancia, será en el relocalizado sitio de Plan de Ayala donde se encuentren una enorme cantidad de materiales correspondientes a tal fase.

El inicio de la fase Tunal marcó un importante cambio en la iconografía de estos grupos, pues abandonaron los diseños antropomorfos y zoomorfos de las vasijas para optar por decoraciones realizadas con grecas y símbolos abstractos. Dichos motivos dejan de pintarse sobre los fondos bayos y cafés, para dar una clara preferencia a los fondos blancos y la pintura en rojo —con lo cual se genera el tipo cerámico Otinapa.

En las postrimerías de la fase Tunal comienza a aparecer un tipo cerámico que va a ser muy abundante, y característico de esa segunda etapa de la presencia Aztatlán en Durango. Se trata del tipo conocido como Guasave rojo-sobre-bayo, al cual se le ha asignado una temporalidad de 1100-1450 d.C. (Carpenter, 1996). Ésta, quizá, podría ser un poco más temprana, pues la transición entre Huatabampo y Guasave ocurrió

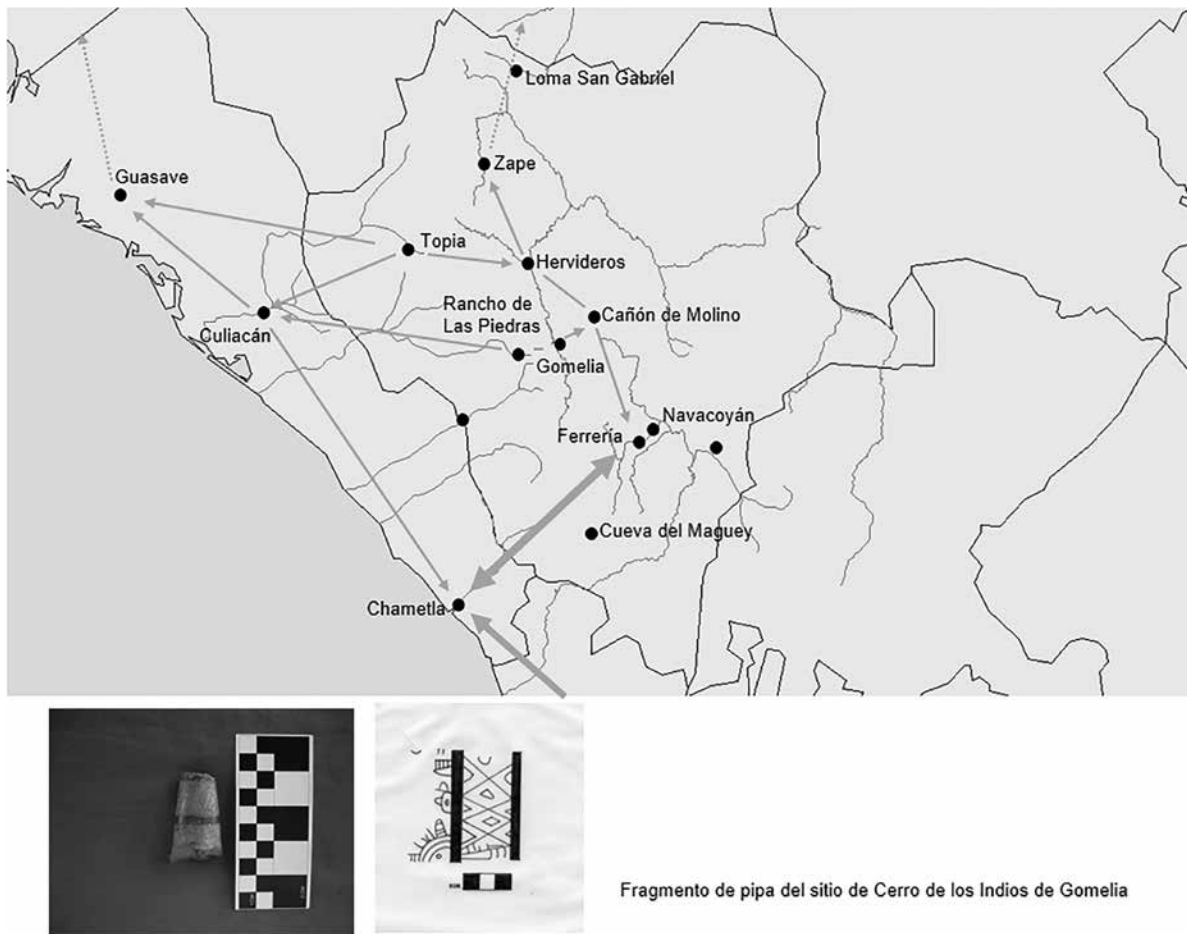


● Fig. 4 Distribución de la cerámica Lolandis en La Ferrería.

entre 950-1000 d.C., cuando la planicie costera del sur de Sonora se inunda y debe ser abandonada (Álvarez, 1990: 73), lo cual provoca movimientos poblacionales (Álvarez, 1990; Carpenter, 1996; Carpenter y Vicente, 2008, 2009). Éste es el momento de transición entre la fase Huatabampo y Guasave, y los cuencos Guasave rojo sobre bayo y Aguaruto inciso podrían ser designados como indicadores de la transición entre ambas fases del norte de Sinaloa y sur de Sonora (Ekholm, 2008: 166; Carpenter, 1996; Carpenter y Vicente, 2009). En consecuencia, ello daría pie para sugerir que la cerámica Guasave rojo sobre bayo tal vez fuera utilizada poco antes de 1100 d.C.

El tipo Guasave rojo sobre bayo lo encontramos sobre todo en La Ferrería, donde representa 9% de todos los tiestos de la costa. Esto es muy

significativo si pensamos que sólo hasta la fase Tunal es cuando deja de haber algún evento constructivo importante en ese sitio y, al parecer, se abandonan varios edificios. Entonces Navacoyán se tornó en el sitio hegemónico del valle, y en ese periodo encontramos una abundante presencia de materiales Guasave rojo sobre bayo. Este tipo cerámico es el más representado en el sitio, y por ello también resulta ser el más abundante, y en ese sentido vale la pena mencionar el hallazgo de un pendiente de metal y un cascabel IC1a. Según la clasificación de Amapa (Pendergast, 1962: 370-379), que podría datar del periodo 900-1450 d.C., y cabe aclarar que el cascabel fue recuperado de un nivel estratigráfico más relacionado con la transición entre las fases Ayala y Las Joyas —a partir de la cerámica asociada— que



Fragmento de pipa del sitio de Cerro de los Indios de Gomelia

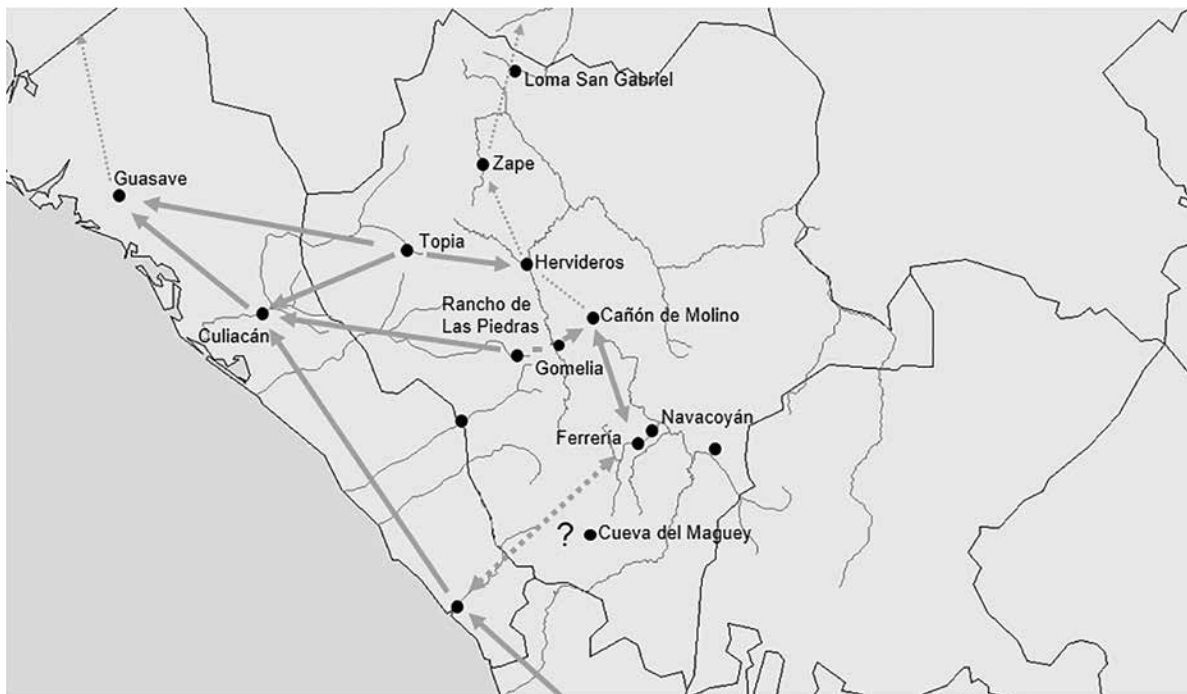
Fig. 5 Fase Las Joyas. Se da una relación entre el valle de Guadiana y Chametla a través del río San Lorenzo.

Las Joyas y Tunal, como indica la clasificación de Amapa. Fechas asociadas a este tipo de cascabel en sitios del suroeste de Estados Unidos —Pueblo Alto, en Nuevo México, data de 1040-1100 d.C., mientras Gila Pueblo, en Arizona, es de 1345-1385 d.C. (Vargas, 1995: 29-38). También se conoce la existencia de un gran número de objetos de cobre de Durango, como cascabeles Tlaloc y efigies en forma de tortugas y murciélagos, pero desafortunadamente todos son procedentes de saqueo.

Otro elemento de importancia que empieza a aparecer en ese periodo son los malacates globulares, asociados a las fases Lolandis y Acajoneta, de Chametla (Kelly, 1938:53), así como a Guasave (Ekholm 2008; Carpenter y Sánchez 2005; Carpenter *et al.* 2006; Carpenter y Vicente 2008), en contraposición a los esgrafiados de botón ca-

racterísticos de los chalchihuites. Así, tenemos presencia de esos malacates globulares en La Ferrería, Navacoyán y Cerro de las Casitas.

Ya para concluir la fase Tunal —sobre todo durante toda la fase Calera— tenemos fuerte presencia del denominado sistema Aztatlán tardío (Kelley, 1986) (fig. 5); otro hallazgo relevante para este periodo, fase Cocedores de la Sierra Madre, consistió en haber localizado el sitio Cueva de los Olotes en la Mesa de Tlahuitoles, con una fecha por radiocarbono *ca.* 1030 d.C. Y si bien no se descubrió ninguna cerámica decorada que pudiera asociar la habitación de este abrigo con la cultura Chalchihuites (Punzo, 1999 y 2013b), la aparición de casas en acantilado, así como de urnas funerarias de tierra, constituye el eco de esta relación.



● Fig. 6 Sistema Azatlán tardío.

Fase Calera (1150-1350). Abandono de los sitios y ocaso de la cultura Chalchihuites

Al igual que en la fase anterior, la contracción de sitios continúa y solamente Navacoyán mantiene su importancia. En Cerro de las Casitas y Mesa de las Tapias se carece de materiales para este periodo, y lo mismo para La Ferrería. Solamente se encuentran materiales diagnósticos de la fase Calera en 23% de los sitios, con lo que esta fase marca el ocaso de la ocupación Chalchihuites del valle del Guadiana.

Durante la fase Calera tuvo lugar otro cambio importante en la decoración de la cerámica: se abandonó el fondo blanco y la pintura roja para invertir la decoración y dar paso a las vasijas rojas pulidas elaboradas durante las cuatro fases, ahora decoradas con grecas y símbolos abstractos de color blanco; ello dio como resultado una cerámica totalmente distinta, muy bella, y que recibió una fuerte influencia de los tipos de la costa, en especial el uso del ajedrezado propio del tipo Guasave rojo sobre bayo. Se trata de una de las cons-

tantes más representativas del tipo Nayar. Por otro lado, Foster (1995: 83) indica que la cerámica Nayar blanco sobre rojo y Santiago blanco sobre rojo de Amapa son similares. La similitud se refiere, de cierta manera, a las técnicas de decoración aplicadas en ambas tipos de manufactura; sin embargo, existen diferencias en cuanto a la iconografía y los diseños expresados en cada uno de ellos.

En La Ferrería, sitio que en esta fase se halla muy disminuido, solamente se encuentran algunos tiestos del tipo Dun, cerámica acanalada característica de la fase Yebalito (1250-1400 d.C.) de la región Tahue en Culiacán (Kelly, 1945; Foster, 1995: 70; Vicente, 2007), y que corresponden a 2% del total de la cerámica de la costa.

Al parecer, es en ese periodo cuando aparecen —creemos que relacionados con el sistema de intercambio Azatlán— de manera más destacada conjuntos de casas en acantilado, sobre todo Cueva del Maguey (Lazalde, 1987; Punzo, 2013b). Ese importante sitio se encuentra en el arroyo de San Pablo, en la cuenca del río Mezquital-San Pedro, a medio camino entre el valle del Guadiana y el

sur de Sinaloa. En esa cueva se localizaron cerámicas decoradas de los tipos Madero estriado, Morcillo y Nayar, así como un gran número de materiales líticos y botánicos. Es importante recalcar que es el único sitio de la Sierra Madre en Durango con abundantes tiestos cerámicos claramente identificables con la cultura Chalchihuites; esto nos hace pensar en un esfuerzo de interacción más formal, lo que posiblemente dio lugar a la conformación de los grupos que encontraron los españoles en la sierra.

Sobre la propuesta de incluir una última fase —Molino— para la cultura Chalchihuites por parte de Foster (1995) y Kelley (1985), a la luz de los datos disponibles hasta ahora no hay sustento arqueológico para mantenerla, como Punzo (2016) ha podido comprobar mediante el análisis de todos los fechamientos absolutos existentes para Durango, ya que presentó los datos calibrados correspondientes a investigaciones realizadas en la década de 1960, así como los más recientes. Consideramos que los materiales arqueológicos que dieron pie a la supuesta fase Molino (Ganot y Peschard, 1997), inspirados en tipos costeros de manufactura local, deben añadirse a las fases Tunal y Calera. Desafortunadamente, se trata de piezas únicas provenientes del saqueo sistemático y despiadado que experimentó el sitio Cañón del Molino, por ello se carece de relaciones estratigráficas o contextos que permitan ubicarla como posterior a lo Nayar (Punzo y Ramírez, 2008).

Fase Bajikam1 (1350-1563 d.C.):
fin del sistema de intercambio
entre la costa y los valles

La ocupación chalchihuiteña en Durango parece perdurar hasta el siglo XIII (Hers, 2001) cuando un nuevo actor entró en escena: los tepehuanes.²

¹ En anteriores ponencias y publicaciones se habla llamado a esta fase como Kuhuli, pero el maestro Antonio Reyes sugirió cambiar el nombre por Bajikam, por ser más correcto en la lengua tepehuana para referirse a los antepasados.

² En este sentido, cabe advertir que la asociación directa entre la cultura material —es decir, los restos arquitectónicos y los materiales arqueológicos— y una cultura determinada es sumamente difícil. Lo que tenemos en el

Al parecer este grupo llega al estado de Durango *ca.* 1300 d.C., procedente de una región más al noroeste, según se desprende de estudios relacionados con la lingüística, y se destaca por haber sido portador de una cultura totalmente distinta (Valiñas, 2000). Cabe mencionar la existencia de importantes trabajos de investigación arqueológica que han podido corroborar esta hipótesis para el área del alto río Nazas (río Ramos) (Berrojalbiz, 2005).

En el valle del Guadiana encontramos que para 23.5% de los sitios arqueológicos registrados en el PIACOD se han localizado tanto materiales cerámicos lisos —decorados con engobe rojo, además de vidriados en colores verde y ámbar— como lítica tallada y pulida (Punzo, 2009). Entre ellos destaca un tipo cerámico que combina la decoración exterior de engobe rojo pulido de raigambre indígena con el vidriado verde interior de tradición española. En esos sitios no hemos localizado ningún elemento en cerámica, concha o metal indicativo de un intercambio entre estos grupos y la costa. Además, en la revisión de las fuentes históricas sobre los tepehuanes de los siglos XVI y XVII (Punzo, 2009) no se encontraron rastros de tal intercambio.

Sin embargo, para la fase Protoxixime (1300-1563) en la Sierra Madre hemos encontrado ligeros rastros de dicho intercambio en cuentas de concha y objetos de cobre (Punzo, 2013b). De cualquier manera, será hasta las fuentes jesuitas —donde se describe a los xiximes y acaxees— que podremos ver una supervivencia importante del intercambio con la costa, así como de una tradición mesoamericana mantenida hasta la llegada de los españoles. El adorno principal de estos grupos lo constituía un gran sartal de cuentas de cochas de mar, mientras de las orejas colgaba arillos de cobre. Cabe mencionar que en el poblado acaxee de Valle de Topia, uno de los caminos más importantes usados en el momento del contacto entre el altiplano y el valle de Culiacán, se

registro arqueológico es un nuevo tipo de patrón de asentamiento y materiales que aparecen, lo cual nos dice que la cultura Chalchihuites fue suplantada por un nuevo grupo, y la concordancia de esos materiales —hasta fechas muy cercanas al momento del contacto— permiten aventurar esta hipótesis.

localizó una orejera de cobre —procedente de saqueo— que podría ser muy anterior al periodo de contacto, de cuando el sistema mercantil Aztatlán todavía enlazaba la costa con los grupos chalchihuites de Durango.

Comentarios finales

La propuesta presentada por Kelley —desde sus primeros trabajos en la década de 1960— sobre la relación entre la costa y el altiplano duranguense fue un avance fundamental para comprender la historia cultural de ambas zonas, que estuvieron siempre íntimamente ligadas.

La identificación realizada por Kelley y Winters en ese mismo periodo fue acertada, al encontrar una interrelación entre la fase Ayala y la fase Baluarte de Chametla. Los nuevos datos de fechamiento y la correlación cerámica con otros sitios han permitido sustentar esa hipótesis, y consolidar aún más la idea de retomar el uso de la cronología propuesta por Kelley y Abbott en 1964, en lugar de la publicada en 1985. Cuestión en la que estamos en completo acuerdo con Michel Foster.

Por otra parte, la relación existente en el periodo Aztatlán, concuerda con la fase Las Joyas y la mitad de la fase Tunal, cuando encontramos importantes cambios en el poblamiento chalchihuites de los valles, ya que pierden su relación con el sur zacatecano y fortalecen de forma importante su vínculo con los grupos de la costa, como queda asentado en los materiales arqueológicos, pero sobre todo en la ofrenda de la Estructura 1/Casa de los Dirigentes de La Ferrería, donde se colocaron dos vasijas representativas de ambas tradiciones. Ahora sabemos, y es importante recalcarlo, que cerámica Lolandis o borde rojo es un tipo cerámico compartido por los habitantes de la costa y del altiplano en esa región.

Al parecer, fue durante el fin de la fase Tunal y el inicio de la Calera —y en especial a través de los materiales de la fase Guasave— que hemos podido ver un fuerte intento de establecer grandes sitios en la sierra representados por las casas en acantilado, mismas que podrían ser huellas de esos caminos que unían la costa con el altiplano y marca las relaciones entre la costa, y la costa y

los valles en sentido este-oeste. De manera muy similar, en trabajos recientes sobre casas en acantilado en la sierra de Sonora parece que fueron también habitantes de la cultura Casas Grandes quienes iniciaron un proceso sincrónico de construcción de esas casas con arquitectura de tierra, las cuales podrían estar respondiendo al mismo fenómeno, entre los años 1100-1450 d.C. (Bagwell, 2006). Así, podemos decir que el fenómeno de casas en acantilado de la Sierra Madre Occidental debe verse como un reflejo e interacción entre los valles y la sierra, más que un eje norte sur que lo ligue con fenómenos distantes, como los propios del suroeste de Estados Unidos (Punzo, 2013b).

Por último, se debe abandonar el uso de la fase Molino hasta tener datos arqueológicos fiables que permitan confirmar su existencia; en cambio, sí podemos afirmar que después de la fase Calera no tenemos vestigios para sostener la presencia de intercambios entre los valles y la costa. Este intercambio quedó restringido, para los grupos de tradición mesoamericana de la Sierra Madre, hasta el periodo de contacto con los españoles.

Bibliografía

- Álvarez, Ana María
1990. Huatabampo: consideraciones sobre una comunidad agrícola prehispánica en el sur de Sonora. *Noroeste de México*, 9: 9-93.
- Ambriz, Emmanuel
2013. *La iconografía cerámica chalchihuiteña: análisis de las imágenes centrales en espiral*. Tesis de licenciatura. Escuela Nacional de Antropología e Historia-INAH, México.
- Bagwell, Elizabeth
2006. *Domestic Architectural Production in Northwest Mexico*. Tesis de doctorado. University of New Mexico, Albuquerque.
- Berrojalbiz, Fernando
2005. *Los paisajes prehispánicos del alto río Ramos, Dgo., México*. Tesis de doctorado. UNAM, México.

- Carpenter, John
1996. *El ombligo en la labor: Differentiation, Interaction and Integration in Prehispanic Sinaloa*. Tesis de doctorado. Tucson, Universidad de Arizona.
- Carpenter, John, y Sánchez, Guadalupe
2005. "Proyecto Noreste de Sinaloa (municipio de Choix y El Fuerte). Informe técnico de la primera temporada, análisis de los materiales arqueológicos y propuesta para la temporada 2005". Archivo Técnico de la Sección de Arqueología-INAH, México.
- Carpenter, John, y Vicente L., Julio
2008. Modeling Mesoamerican southwest interaction in northwest Mexico: the cahitan connection redux. Ponencia en el *74th Annual Conference of the Society for American Archaeology*. Vancouver.
- 2009. Fronteras compartidas: la conformación social en el norte de Sinaloa y sur de Sonora durante el periodo cerámico (200 d.C.-1532 d.C.). *Espaciotiempo*, 3: 82-96.
- Ekholm, Gordon
2008[1942]. *Excavations at Guasave, Sinaloa, México*. Nueva York, American Museum of Natural History (Anthropological Papers, vol. 38).
- Foster, Michel Stewart
1978. *Loma San Gabriel: A Prehistoric Culture of Northwest Mexico*. Tesis de doctorado. Boulder, University of Colorado.
- 1995. The Chalchihuites Chronological Sequences: A view from the West Coast México. En B. Dahlgren y Ma. D. Soto (eds.), *Arqueología del norte y occidente de México: Homenaje al Dr. J. Charles Kelley* (pp 67-92). México, IIA-UNAM.
- 2000. The Archeology of Durango. En Michel Foster y Shirley Goresntein (eds.), *Greater Mesoamerica*. Salt Lake City, University of Utah Press.
- Ganot, R.J., y Peschard, A.
1997. *Azatlán: apuntes para la historia y arqueología de Durango*. Durango, Secretaría de Educación Cultura y Deporte, Gobierno del Estado de Durango.
- Hers, Marie-Areti
1996. Durango y Sinaloa: estado actual de la cronología de la ocupación mesoamericana. Ponencia en el *Simposio Cronología Historiográfica del Occidente*, Colima.
- 2001. Zacatecas y Durango. Los confines tolteca-chichimecas. En Beatriz Braniff C. (coord.), *La Gran Chichimeca. El lugar de las rocas secas*. Milán, Jaca Book/Conaculta.
- Kelley, Charles J.
1983. The Chronology of the Chalchihuites Culture. (mecanoescrito).
- 1985. The Chronology of the Chalchihuites Culture. En M. S. Foster y P. C. Weigand (eds.), *The Archeology of West and Northwest Mesoamerica* (pp. 269-287). Boulder, West Press.
- 1986. The Mobile Merchants of Molino. En Frances Joan Mathien y Randall H, McGuire (eds.), *Ripples in the Chichimec Sea: New Considerations of Southwestern—Mesoamerican Interactions*. Carbondale, The Southern Illinois University Press.
- Kelley, J. Charles, y Winters, Howard D.
1960. A revision of the archaeological sequence in Sinaloa, México. *American Antiquity*, 25: 546-561.
- Kelley J. Charles, y Abbott, Ellen
1964. The cultural sequence on the North Central frontier of Mesoamerica. En *Actas del XXXVI Congreso Internacional de Americanistas*. Sevilla, ICA.
- 1971. *An Introduction to the Ceramics of the Chalchihuites Culture of Zacatecas and Durango, Part I. The Decorated Wares*. Carbondale, Southern Illinois University Press (University Museum, Mesoamerican Studies, 5).
- Kelly, Isabel
1938. *Excavations at Chameta, Sinaloa*. Berkeley, University of California Press (Iberoamericana, 14).
- 1945. *Excavations at Culiacan, Sinaloa*. Berkeley, University of California Press (Iberoamericana, 25).
- Lazalde, Jesús
1987. *Durango indígena*. Durango, Museo de Historia/UJED.

- Pendergast, David M.
1962. Metal artifacts from Amapa, Nayarit, México. *American Antiquity*, 27(3): 370-379.
- Punzo, José Luis
1999. *Arqueología de la Mesa de Tlahitoles. Apuntes para la historia xixime*. Tesis de licenciatura. Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH, México.

2009. *Los habitantes del valle de Guadiana 1563-1630. Apropiación agrícola y ganadera*. Durango, IIH-UJED.

2013a. La población chalchihuiteña del Valle de Guadiana. En J.L. Punzo y M.A. Hers (eds.), *Historia de Durango. Época antigua*. Vol. I. p. 190-207). Durango, IIH-UJED.

2013b. *Los moradores de las casas en acantilado de Durango. Rememorando el mundo de la vida de los grupos serranos en el siglo XVII*. Tesis de doctorado. Escuela Nacional de Antropología e Historia-INAH, México.

2016. Revisando la cronología de la frontera norte de Mesoamérica, estado de Durango, México. *Arqueología Iberoamericana*, 29: 38-43.
- Punzo, José Luis, y Ramírez, Ángel
2008. The Chalchihuites Chronology Revisited. The Guadiana Branch. Ponencia en el *73 Annual Meeting of Society for American Archaeology*. Vancouver.
- Sandoval, Cindy
2011. *La aplicación de la petrografía en la caracterización y proveniencia de las cerámicas chalchihuiteñas de las ramas Guadiana y Súchil del sitio arqueológico La Ferrería en Durango, Dgo*. Tesis de licenciatura. Universidad Autónoma de Zacatecas, Zacatecas.
- Vidal, Cinthya Isabel
2011. *El intercambio en el noroccidente prehispánico. El intercambio entre la rama Guadiana de la tradición arqueológica Chalchihuites y la tradición Aztatlán, entre 600-1300 d.C*. Tesis de licenciatura. Escuela Nacional de Antropología e Historia-INAH, México.
- Vicente L., Julio
2007. Salvando la arqueología de Sinaloa. En *Memorias del Primer Seminario de Arqueología del Norte de México*. México, Coordinación Nacional de Arqueología/Centro INAH Sinaloa.
- Valiñas, Leopoldo C.
2000. Lo que la lingüística yutoazteca podría aportar en la reconstrucción histórica del Norte de México. En Marie-Areti Hers, José Luis Mirafuentes, Ma. de los Dolores Soto y Miguel Vallebuena (eds.), *Nómadas y sedentarios en el norte de México; homenaje a la Dra. Beatriz Braniff* (pp.175-206). México, IIA / IIE / IIH-UNAM.
- Vargas, Victoria D.
1995. *Copper Bell Trade Patterns in the Prehispanic U.S. South west and Northwest Mexico*. Tucson, Universidad de Arizona (ASM Archeological Series, 187).



El Chanal, Colima: una visión de su periferia a través de las exploraciones en la hacienda El Carmen

Resumen: La zona arqueológica El Chanal es el asentamiento más grande del Posclásico en el valle de Colima. Isabel Kelly lo señaló como el único sitio en Colima que podría considerarse como un centro ceremonial a causa de su extensión y características arquitectónicas y culturales. Sus dimensiones dan cuenta de un notable crecimiento demográfico, el cual debió sustentarse en estrategias de intensificación agrícola para alimentar a una vasta población. La evidencia en lugares periféricos al área nuclear del sitio se ha podido documentar a través de varios salvamentos y rescates arqueológicos, que han recuperado la existencia de un patrón de asentamiento semidisperso, compuesto por grupos residenciales, que no sólo aprovecharon las características fisiográficas del espacio sino que también dan cuenta de estrategias de cultivo destinadas al autoconsumo. *Palabras clave:* valle de Colima, asentamientos humanos, rescate y salvamento arqueológico.

Abstract: The archaeological site of El Chanal is the Postclassic period's largest settlement in the Valley of Colima. Isabel Kelly believed that the site was the only one in Colima that could be considered a ceremonial center because of its size and architectural and cultural characteristics. The dimensions of the settlement attest to remarkable demographic growth that must have been based on strategies for agricultural intensification that would feed a large population. Sites peripheral to the nuclear area have provided evidence from salvage archaeology projects that have documented the existence of a semi-dispersed settlement pattern composed of residential groups, which not only took advantage of physiographic characteristics of the area, but also tell us about cultivation strategies aimed at local consumption.

Keywords: Colima Valley, human settlements, rescue or salvage archeology.

La zona arqueológica El Chanal, el mayor asentamiento del periodo Posclásico en el valle de Colima, se encuentra tan sólo 2 km al norte de la ciudad de Colima, capital del estado. En su periodo de mayor desarrollo (1100-1450 d.C.) pudo haber alcanzado 200 ha de asentamiento nucleado. El lugar elegido, una terraza aluvial ubicada entre dos arroyos permanentes, el río Verde o Colima y el arroyo Campos, es también el lugar donde la pendiente sureña del volcán de Fuego se suaviza y desvanece las barrancas entre las que corren las aguas y permiten su derivación hacia parcelas que pueden ser irrigadas por gravedad (Olay, 2004) (fig. 1).

El área nucleada de El Chanal —donde se concentran el mayor número de plataformas organizadas en conjuntos alrededor de plazas con planta en U y patios ortogonales— fue dividido por Isabel Kelly (1980: 11) en dos sectores. Se sabe que el área nucleada de El Chanal oeste, la sección ubicada al poniente del río Colima, conservó hasta hace unos pocos años una superficie de 80 ha, en la cual se mantenían —en relativamente buen estado— sus elementos arquitectó-

* Centro INAH Colima.



● Fig. 1 Vista del valle de Colima, en la falda sur del volcán de Fuego. La flecha señala el fraccionamiento Colinas del Real, desarrollado en terrenos de la antigua hacienda El Carmen.

nicos. En cuanto a El Chanal este, sus evidencias han sufrido graves deterioros debido a la colonización moderna de una comunidad conocida también con ese nombre (Olay, 1997: 156-167).

A causa del crecimiento de la zona conurbada de las ciudades de Colima y Villa de Álvarez —las cuales forman una sola mancha urbana—, del cambio de uso de suelo y de la construcción de infraestructura de todo tipo, se han efectuado numerosos trabajos de rescate y salvamento arqueológico que han procurado la recuperación de una gran cantidad de información relativa a los asentamientos prehispánicos desarrollados a lo largo del tiempo en el valle de Colima. Debido a su carácter tardío, las evidencias correspondientes al periodo Posclásico, la fase Chanal, han sido las reportadas con mayor recurrencia, sobre todo en el sector ubicado al norte de la ciudad. Esto se explica porque tal espacio formaba el área cercana de influencia, y probablemente el lugar donde

se concentraban un cúmulo de barrios o aldeas adscritas al gran asentamiento nuclear.

El presente trabajo deriva de exploraciones realizadas en un sector ubicado al suroeste de El Chanal oeste a partir de un salvamento arqueológico, las cuales dieron cuenta del tipo de poblamiento existente en un espacio en el que conviven lomas de tepetate llenas de escorias volcánicas —características de la ladera sureña del volcán de Fuego— y superficies planas, mismas que pudieron ser aprovechadas como áreas de cultivo en relación estrecha con los grupos que habitaron conjuntos habitacionales que permitieron mantener la traza de su sitio rector. Esta área formó parte de la antigua hacienda El Carmen, donde hoy en día se asienta el fraccionamiento Colinas del Real. Es importante mencionar que ese espacio cuenta con un amplio espectro de remanentes arqueológicos, pues se trata de un paisaje acondicionado sin cesar por la mano del hombre a lo

largo del tiempo. Así, resulta explicable que los mismos hayan sido solicitados por los conquistadores más relevantes de la región, y que a lo largo de los siglos XIX y XX linajes renombrados, ligados al poder económico y político, hayan sido también sus propietarios (fig. 2).

La hacienda El Carmen

El área de estudio forma parte de una gran terraza aluvial ubicada en la ladera sur del volcán de Fuego, delimitada por el curso del río Colima al oriente y el cauce del arroyo La Barragana al oeste. La terraza es una ladera inclinada que va de noreste a suroeste en la cual el área conocida como El Carmen-Colinas del Real se ubica en la cota de 620 msnm y linda al oeste con la carretera que va de Colima a la localidad de El Chivato. El área formó parte de la hacienda Los Pastores, que integró las extensas propiedades de don Pedro Romero de Terreros, conde de Regla. En ese entonces Los Pastores mantenía unos linderos con Quesería al norte; al sur, San Francisco; al oriente el actual Tuxpan (Jalisco) y al poniente el río Grande o Armería. Fue una de las más grandes haciendas ubicadas en el valle de Colima. Con el paso del tiempo los linderos fueron cambiando de acuerdo con herencias de hijos, matrimonios y traspaso de propiedades. Hacia 1874 el área de Los Pastores se encontraba en manos de don Ignacio Vázquez (De la Madrid, 1999: 30-31).

Por medio de un enlace matrimonial la propiedad quedó en manos de Enrique de la Madrid Brizuela, y en ella construyó la casa principal, la tienda de raya, corrales, caballerizas y ruedas de charrería, siendo conocida ya como hacienda del Carmen. Sus actividades giraron en torno a la ganadería y agricultura; cauces de arroyos que la cruzaban mantenía magníficos pastos y suelos ricos en aluvión para la producción de maíz y de frutas locales que crecían en grandes huertas cuidadas por peones, quienes vivían dentro de la propiedad, en el rancho El Majahual. Hoy en día el casco de la hacienda es considerado monumento histórico, en virtud de que la construcción data del siglo XIX (visita.villadealvarez.gob.mx). A partir del crecimiento de la mancha urbana hacia el

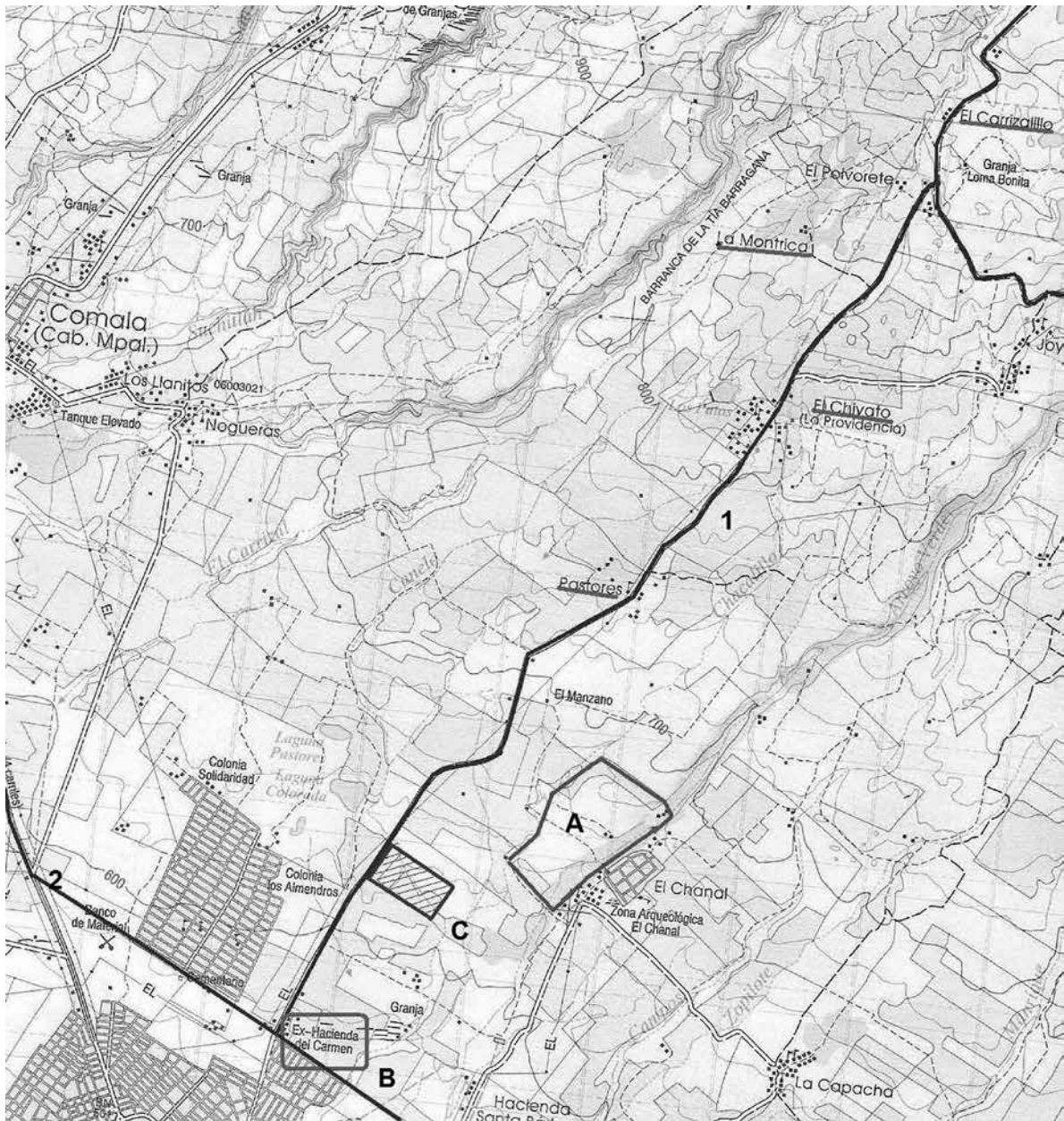
norte se construyó un periférico, conocido como Tercer Anillo, que cruzó sus tierras y provocó la construcción de fraccionamientos de baja y media densidad en las antiguas parcelas agrícolas.

Estos trabajos afectaron al sitio El Carmen (sitio 16, carta 34, Proyecto Atlas Arqueológico Nacional, 1986), el cual se integró a las superficies trabajadas mediante el Salvamento Arqueológico del Tercer Anillo Periférico, toda vez que su eje de trazo cruzó el extremo sur de lo que se conocía como rancho San Francisco. De esas intervenciones sólo existe un reporte escueto. Entre sus datos se enuncia la exploración de la denominada cala 79, que devino en una cuadrícula de 320 m² con la cual se pretendía explorar elementos varias unidades habitacionales organizadas alrededor de un patio (Berdeja, 2000).

El fraccionamiento Colinas del Real se desarrolló en una superficie de 10 ha (fig. 3). El rectángulo que formaba su superficie se localizó entre las coordenadas UTM 21, 331 03N y 13, 633, 989E. El terreno mostró una topografía accidentada donde sobresalían lomas de tepetate de entre 5 y 19 m de alto, cuyo contorno delineó formas rectangulares y semicirculares adecuadas al desnivel de la ladera inclinada que conforma el valle. En el extremo sur se observó una alargada plataforma rectangular con una meseta en su parte superior, distribuida de este a oeste y abarcando buena parte del área intervenida; también encontramos, hacia su extremo suroeste y noroeste, otros lomeríos que resaltan en el paisaje. El hecho de que el área haya sido utilizada en sus últimas etapas sólo como área de agostadero —dada su cercanía con el rancho El Majahual— propició la buena conservación del entorno, apreciándose apenas un acondicionamiento manual a partir de construcción de cercos y linderos utilizando la abundante escoria volcánica existente en el área (Olay, 2009).

La exploración en Colinas del Real

Los trabajos de exploración iniciaron con la limpieza del monte alto y para ello se procedió a su quema —no sin antes desmontar sus orillas para evitar que el fuego se expandiera a predios



● Fig. 2 Mapa donde se observa el sector central del valle de Colima, hoy en día articulado a partir de la carretera Villa de Álvarez-El Chivato (1). La letra A denota El Chanal oeste, las localidades subrayadas fueron los ranchos y haciendas dedicados a la cría de ganado. La letra B señala el casco de la ex hacienda El Carmen; la letra C indica el terreno explorado mediante un salvamento arqueológico. El número 2 señala el Tercer Anillo periférico.

vecinos—, a fin de abatir la maleza de un espacio no utilizado por varios lustros y que impedía ver cualquier indicio en superficie. Una vez limpio el terreno quedaron expuestas las huellas de sus

afectaciones: grandes amontonamientos de escoria volcánica sobre los desplantes de algunos promontorios fue lo que quedó después de los despiedres efectuados en la década de 1970, cuyo

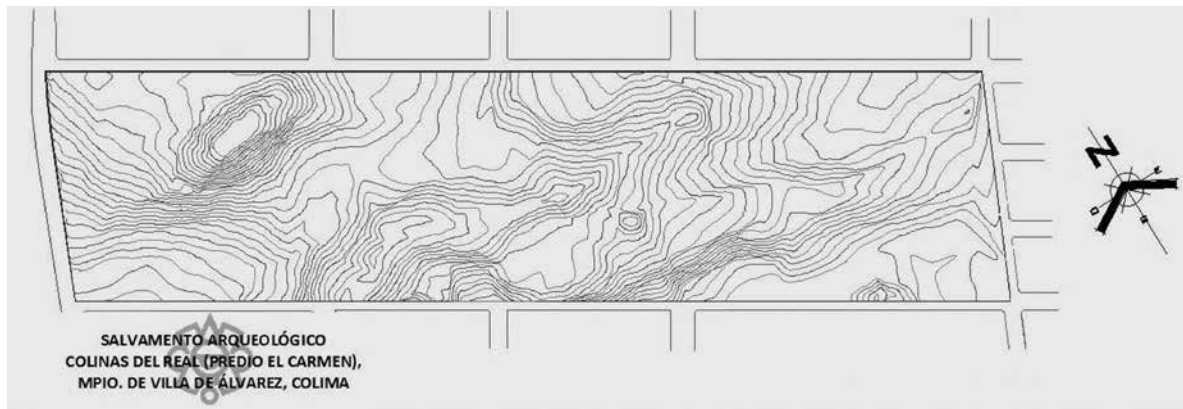


Fig. 3 Levantamiento topográfico de Colinas del Real.

propósito fue facilitar el uso de tractores en las labores agrícolas. La topografía accidentada del terreno impidió que esa labor fuera más drástica, pues debido a la pendiente y quiebres existentes la maquinaria no pudo raspar la gran mayoría de lomas y las afectaciones se concentraron en las partes planas.

Durante el proceso de desmonte y quema, con el apoyo del levantamiento topográfico, procedimos a realizar varios reconocimientos del terreno. Esto resultó fundamental para planear la metodología de exploración a partir de las características de los elementos observables en superficie, así como la presencia/ausencia de fragmentos cerámicos y líticos. Una vez reconocido el espacio fue posible definir seis áreas con un alto potencial arqueológico, las cuales concentraban alineamientos de piedras y lomas bajas que mostraron un cierto arreglo espacial, así como presencia de material arqueológico. Estos conjuntos fueron designados como unidades de excavación y trabajados de manera extensiva (fig. 4).

La exploración tuvo como objetivo definir las características de espacios habitacionales existentes en un área de lomeríos ubicada en la ladera suroeste del volcán de Fuego. El lugar se encontró saturado de escoria volcánica, lo cual permitió disponer de materia prima para contener las plataformas acondicionadas en la pendiente del terreno sobre las que se edificaron las viviendas de planta rectangular. A continuación se describen los elementos constructivos documentados en

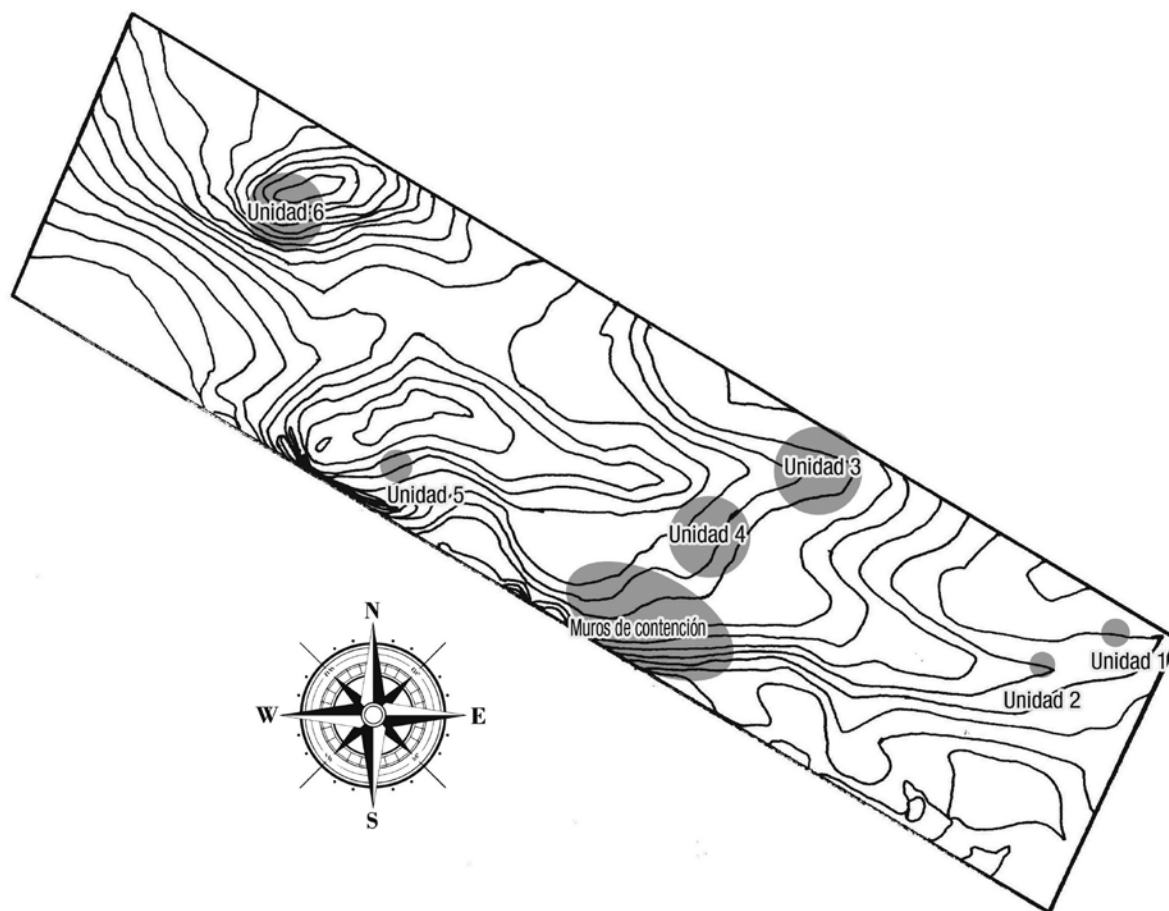
cada una de las seis unidades de exploración, para luego ofrecer una exposición de los materiales arqueológicos asociados, así como la discusión de los datos recuperados en El Chanal, el mayor asentamiento prehispánico del Posclásico en el valle de Colima.

Unidad 1

Se ubica en el extremo noreste del terreno sujeto al salvamento y consistió en una somera elevación de apenas 50 cm de altura (UTM 21, 332 43N y 13, 634, 571E). Su limpieza dejó ver gran cantidad de escoria volcánica, entre la cual destacaron algunas piedras que guardaban cierto orden. Al término de su liberación se definió un cimiento de planta rectangular, de 7.50 m de largo por 4.10 m de ancho, con muros de un ancho promedio de 30 cm, y 30-35 cm de altura; sobre el muro este se encontró el acceso mediante un escalón de un solo peldaño, de 1.48 m de largo, una huella de 45 cm y un peralte 12 cm. La unidad habitacional contó con un área habitable de 30 m² y una orientación de 5° noreste (fig. 5).

Unidad 2

Esta unidad quedó situada a unos cuantos metros del lindero este del terreno (UTM 21, 332 26N y 13, 634, 533E). Después del retiro de maleza, y a



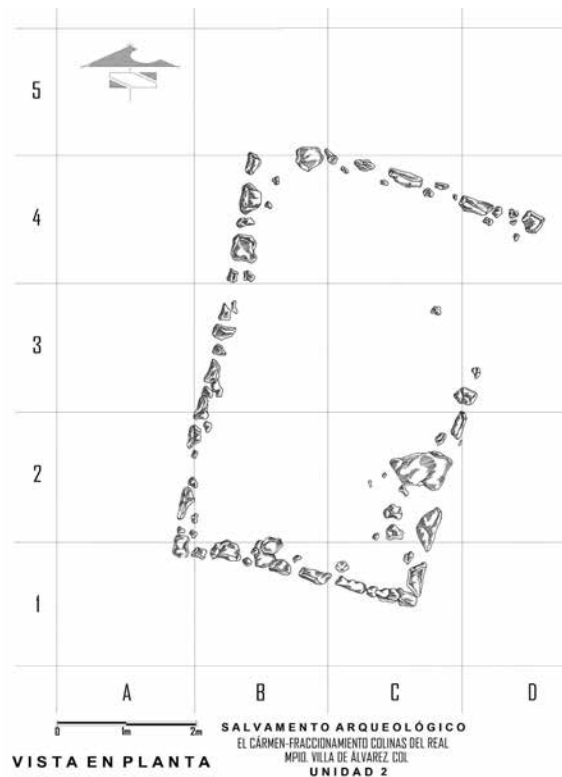
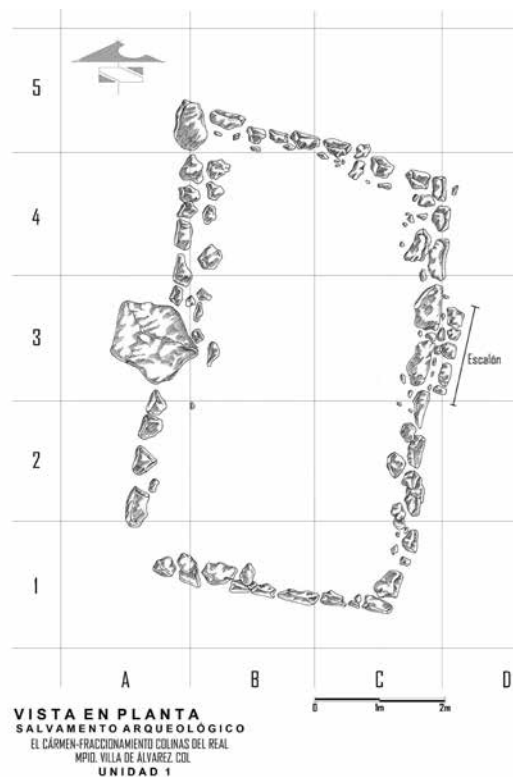
© Fig. 4 Ubicación de las unidades de excavación.

través de pozos de sondeo, se percibió un pequeño promontorio de 60 cm de alto que sobresalía por su silueta semicircular. Una vez concluido el proceso de liberación, se definió una plataforma de planta rectangular de 6×4.60 m, definida por muros de una sola hilada constituida por piedras de mediana dimensión asentadas sobre un suelo compacto y previamente nivelado. Abarca una superficie de 27 m^2 y está orientada a 18° noreste (fig. 6).

Unidad 3

Se trata de una superficie de $1\,494.38 \text{ m}^2$ (UTM 21, 333 34N y 13, 634, 414E), en la que puede apreciarse una amplia plataforma rectangular y en cuya parte superior sobresalen dos pequeños

promontorios, producto de un evidente acondicionamiento del terreno. En virtud de que el proyecto de la obra constructiva presentaba la posibilidad de que el espacio fuera integrado a un área verde, los trabajos de exploración se limitaron a ciertas acciones para determinar las características generales de la plataforma y sus elementos arquitectónicos, y permitir que el área quedara como una reserva de investigación a futuro. El registro se realizó a partir de una profunda limpieza del espacio, lo cual permitió definir un conjunto constituido por dos plataformas bajas dispuestas en las cabeceras de una plaza rectangular, delimitada al este y oeste mediante muros de contención. A efecto de conocer el sistema constructivo y las características de sus elementos más relevantes, posibles dimensiones y la recuperación de materiales arqueológicos asociados, se realizaron cua-



● Figs. 5 y 6 Plantas de las estructuras exploradas en las unidad 1 y 2. La primera contó con muros más gruesos, uno de ellos de doble hilada. La unidad 2 consistió en una plataforma baja, conformada por alineamientos de una sola hilada.

tro calas de aproximación ubicadas de manera estratégica.

La primera cala se situó sobre el desplante este de la plataforma, con miras a determinar si la elevación era natural o respondía a una modificación humana. Esta cala de 5×1 m permitió ubicar los restos de un muro bajo de 60 cm de alto y 40 cm de espesor que corría de sur a norte; al parecer fue construido para contener los rellenos de tierra y materiales rocosos confinados para dar volumen a ese sector de la plataforma. Mediante la segunda cala se pretendía verificar si el extremo sur de la plataforma también contaba con un muro

de contención similar, tal labor implicó retirar un montón de piedras colocadas al pie de la loma. En este caso se excavó una cala de 9×1 m y pudo comprobarse la existencia del muro (fig. 7).

La elevación baja situada en el extremo oriente de la plataforma, y que delimitaba hacia este rumbo un patio abierto, fue objeto de una tercera cala de 4×1 m, orientada en sentido norte-sur, y permitió ubicar el cimiento norte del primer cuerpo constructivo. La cuarta y quinta calas fueron las últimas excavaciones realizadas, ambas permitieron definir la perspectiva de los elementos situados al poniente de la terraza, mismos que delimitaban



● Fig. 7 Vista de los restos del muro este de la unidad 3.

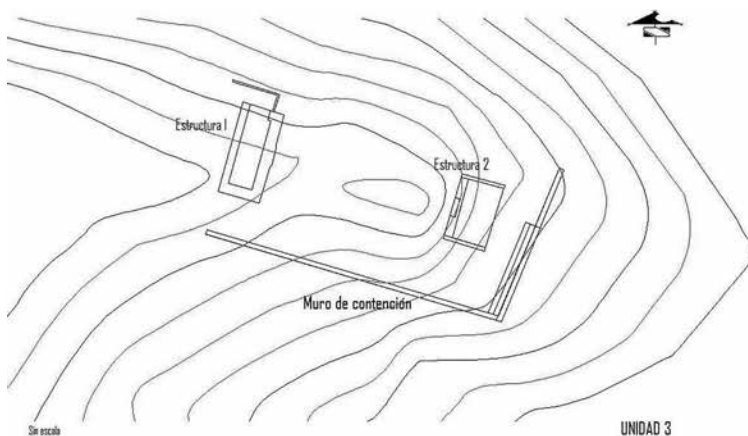
su patio. Se marcaron dos calas debido a que el promontorio parecía estar constituido por dos cuerpos, lo cual pudo comprobarse. La unidad 3 aprovechó una loma natural, acondicionándola y ampliándola a través del confinamiento de rellenos sostenidos por muros perimetrales, para dar volumen y ganar altura en el terreno, con lo cual se formó una terraza utilizada para desplantar dos estructuras de planta rectangular que delimitaron un patio abierto al norte (figs. 8 y 9).

Unidad 4

Unidad ubicada sobre la margen centro-sur del terreno, sobre una elevación de entre 10 y 12 m,



● Fig. 8 Panorama general del área restringida una vez despejada de la escoria que la cubría.



● Fig. 9 Distribución hipotética de los elementos constructivos en la unidad 3, elaborada a partir de los referentes arquitectónicos recuperados a través de las calas de aproximación.



○ Fig. 10 Vista de la unidad 4 desde su esquina sureste.



○ Fig. 11 Vista de la parte superior de la unidad 4.

cuya silueta —extendida e irregular— mostraba en su parte superior una meseta en la que destacaba una serie de lomas bajas. En este caso los trabajos buscaban liberar lo que parecían ser dos plataformas de planta rectangular, una de mayores dimensiones que la otra. El área colindaba al sur con un espacio ya urbanizado (figs. 10 y 11).

La exploración inició en el montículo menor y develó la existencia de una plataforma baja de planta rectangular, definida por alineamientos de dos y tres hiladas para compensar el nivel del terreno. El muro oeste mide 6.70 m y su altura de 80 cm se alcanzó mediante cuatro hiladas de piedras volcánicas (andesitas y basaltos), algunas de las cuales presentaron un burdo careo. Dado que el muro norte —con un largo de 11.10 m y 1 m de altura— fue el eje que soportó el mayor peso del núcleo, se elaboró con rocas grandes empotradas en el suelo. El muro este, de 6.70 m de largo y una

altura de 60 cm, mostraba un pobre estado de conservación, pues sólo mantuvo una hilada a pesar de contar con doble cimentación. El muro sur que delimitaba el basamento no estaba expuesto, pues al funcionar como frente de acceso se le adosó una plataforma baja y la escalinata de acceso.

El sistema constructivo de la banqueta se elaboró a partir de un cajón de planta rectangular y un largo mayor al de la plataforma, nivelada sólo con tierra. Medía 11.40 m de largo y 1.50 m de ancho; sus muros mostraron una cimentación doble con una sola hilada. El acceso estaba en la parte central: una escalinata de 3 m de largo compuesta por tres gradas, delimitada en ambos lados por una serie de piedras acomodadas a manera de alfardas, un sistema constructivo ampliamente descrito para la zona nuclear de El Chanal (Olay, 2004 y 2005a; Olay y Mata, 2005). A ese elemento constructivo de la unidad 4 se le denominó Estructura 1 y tenía 74 m² de espacio habitable (figs. 14-17).

A partir de una limpieza profunda del espacio, hecha para colocar la cuadrícula de exploración, hacia el este de la Estructura 1 se detectó una loma baja cubierta por escombros, donde el corte de exploración dejó libre el alineamiento de un segundo elemento constructivo. Con miras a definirlo se extendió la cuadrícula y se procedió a delinear sus elementos constructivos, lo cual permitió descubrir una segunda plataforma baja de planta cuadrangular, que mostraba el mismo sistema constructivo: un basamento con materiales de relleno como núcleo y una banqueta adosada a uno de los muros, con un escalón en el centro como acceso. La superficie interior era de apenas 30 m²;



© Figs. 12 y 13 Vistas del proceso de liberación de la Estructura 1 de la unidad 4.



© Figs. 14-17 Vista de la fachada de la Estructura 1, donde se aprecia el acceso y las plataformas adosadas.



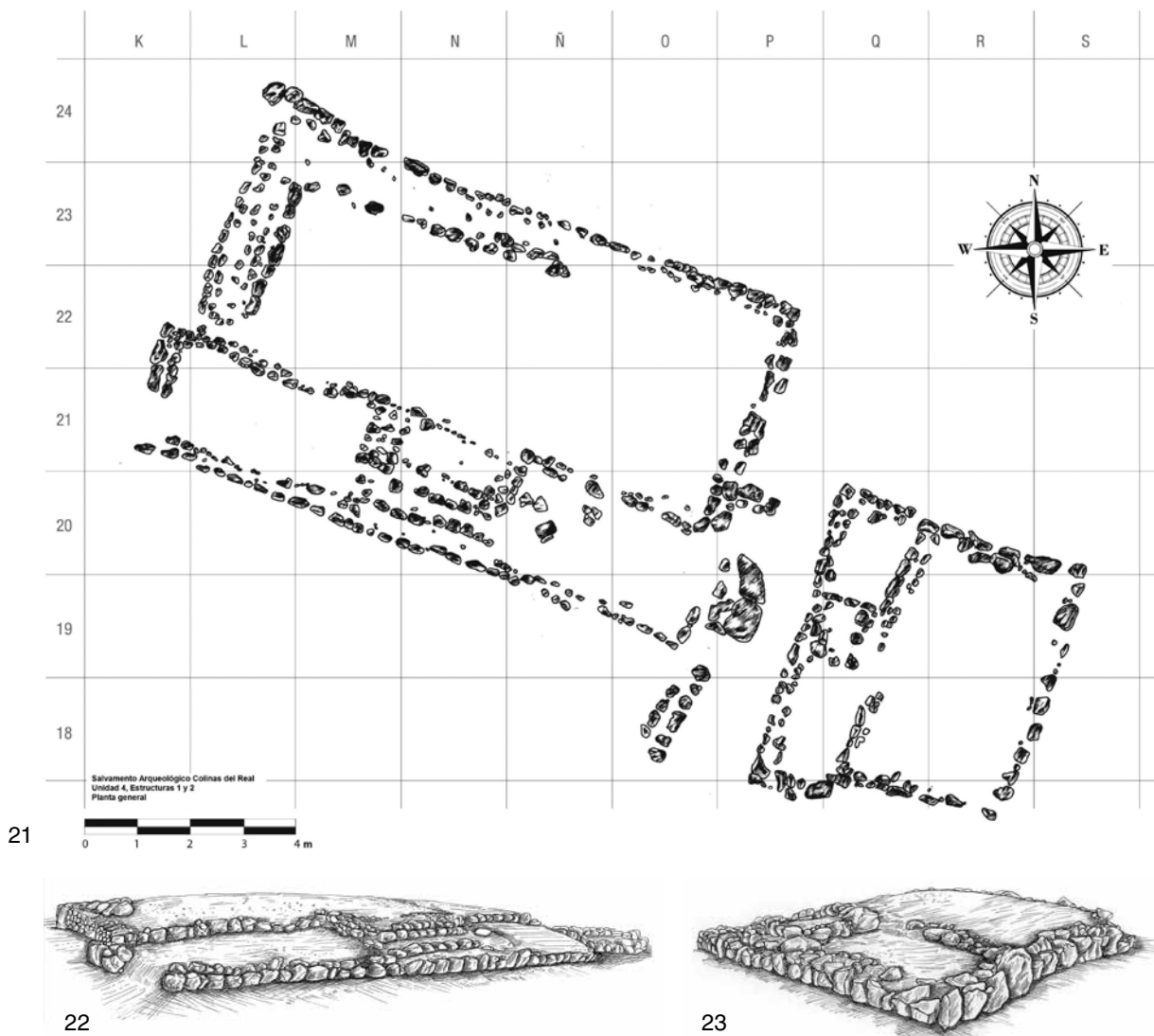


© Figs. 18-20 Vista de la Estructura 2 de la unidad 4, la cual presentó basamento, banqueta frontal y acceso central.

los muros norte y sur medían 5 m de largo y fueron elaborados mediante una sola cimentación de dos hiladas, con piedras de medianas; el muro este medía 5.23 m y tenía una sola hilada. Al muro oeste se le adosó la banqueta de 5.75 m de largo por 1.50 m de ancho; mostraba una doble cimentación de dos hiladas de piedras careadas en su exterior; en el centro se colocó el escalón con una sola grada, de 20 cm de alto y una huella de 65 cm. Ambos elementos guardaron una estrecha relación: la disposición de las fachadas de ambas construcciones refiere que al sur de la primera y al oeste de la segunda se extendía un patio abierto al poniente y al sur, espacio que conducía a una tercera estructura (figs. 18-23).

En la parte más alta de la unidad 4 se pudo observar un tercer promontorio, alrededor del cual se encontró material cerámico disperso. Las calas de aproximación dieron cuenta de una tercera plataforma de planta rectangular, en la cual se observaron dos cuerpos bajos: el primero —de apenas 60 cm de altura— mostró un relleno compactado que soportó una segunda cimentación, también de forma rectangular, pero con dimensiones menores; además permitió definir la banqueta sobre su fachada, orientada hacia al sur. El primer cuerpo medía 6.30 m en su eje norte-sur y 13.50 m en el este-oeste. El segundo tuvo 3.60 m de norte-sur y 11.90 m de largo en dirección este-oeste, para formar un espacio habitable de 83 m². La banqueta estaba dispuesta sobre el muro sur y mostraba un ancho de 1.50 m; la escalinata de acceso medía 3 m de largo y tenía tres peldaños (figs. 25-27).

La fachada de la Estructura 3 estaba orientada al sur y delimitaba un patio abierto que se extendía hacia ese rumbo, donde se ubicó el acceso principal a la parte alta de la loma. Durante el proceso de limpieza se pudo descubrir un cuarto cuerpo del inmueble, cuyo emplazamiento parece haber funcionado como una suerte de antesala que controlaba el flujo o tránsito hacia la plaza, y al resto de las construcciones, que venía desde la parte baja de la loma. Se encontraba a 15 m de la Estructura 3, en línea recta desde su esquina sureste. Es una construcción desplantada sobre muros de cimentaciones dobles, de una y dos hiladas, con planta rectangular de 4.50 × 4.30 m; el acceso estaba situado en su perfil sur, medía 2 m



● Figs. 21-23 Plantas de las estructuras 1 y 2 de la unidad 4, así como una perspectiva de sus basamentos.



● Fig. 24 Vista general de la unidad 4 con las estructuras 1 y 2.



● Fig. 25 Vista del promontorio antes de la exploración.



● Fig. 26 Vista de una de las calas de aproximación.



● Fig. 27 Estructura 3 de la unidad 4 una vez concluida su liberación.

de ancho y estaba delimitado por dos alfardas (figs. 28-30).

Uno de los objetivos planteados al iniciar las exploraciones fue documentar el hecho de que en la medida en que los espacios residenciales ligados al poblado mayor se alejaban de su núcleo, presentaban un patrón de asentamiento disperso. No obstante, el comportamiento observado en otros trabajos es que los pobladores mantuvieron agrupamientos formados por numerosas unidades habitacionales, entre los cuales había espacios no ocupados, cuyas condiciones permiten identificarlos como lugares de cultivo. Al respecto, y en función de los registros arqueológicos, debe tenerse en cuenta que fue durante la fase Chanal cuando el valle de Colima presentó la mayor ocupación humana.¹

La densidad poblacional debió provocar la necesidad de producir más alimento en espacios más reducidos, y seguramente por ello a lo largo del Posclásico se observaron procesos de intensificación agrícola (Olay, 2005b: 458-510), así como el mejoramiento de sistemas agrícolas que quizá se habían implantado desde periodos anteriores en la región; sin embargo, fueron los grupos de la fase Chanal quienes dejaron huellas de algunas de las técnicas utilizadas a partir del acondicionamiento de los *hummuks* (lomas de tepetate causadas por derrames lávicos), típicos de la topografía de la ladera sureña del volcán de Fuego, así como de las corrientes de agua que bajaban de la montaña.

El aprovechamiento de la abundante escoria volcánica resulta evidente en el terreno trabajado, no sólo en el acondicionamiento de los espacios habitacionales, sino también en el área de las laderas de los lomeríos. Así, prolongadas líneas de piedras fueron colocadas y empotradas sobre las faldas y laderas de las colinas distribuidas de manera horizontal y ascendente, formando terrazas que permitieron retener los sedimentos ante la

¹ Carl Sauer (1990: 112-114) señala, con base en un concienzudo estudio de las fuentes del siglo xvi, que la región comprendida entre el triángulo formado por el volcán de Colima, el valle de Cihuatlán y el valle de Alima llegó a contar con alrededor de 200 000 habitantes. Una buena parte de esa población debió de corresponder al valle de Colima.



- Figs. 28-30 Estructura 4 de la unidad 4, vista desde diferentes ángulos; a la izquierda se observa el acceso; en la segunda toma se aprecia su ubicación respecto de la Estructura 3. La última imagen ofrece una vista en planta en la cual se alcanza a percibir la ladera sur de la loma, donde se encontraron emplazadas las construcciones.

erosión causada por las lluvias y, a su vez, preservando la humedad de los suelos donde se sembraba, a fin de ganar espacio y áreas de producción. Tales evidencias fueron documentadas para la ladera de la unidad 4, donde se conservaron una serie de alineamientos que formaron terrazas, y de las que incluso fue posible —a pesar de las afectaciones provocadas por los despiedres del terreno— registrar sus características y distribución. La puntual limpieza del área facultó la definición de sus trazos y características; las excavaciones fueron mínimas y sólo se removió unos cuantos centímetros de tierra a fin de ubicar el desplante de las piedras.

Al concluir la liberación quedaron expuestos más de cinco alineamientos construidos mediante piedras de medianas a grandes dimensiones, cuya distribución fue dispuesta conforme la silueta de la ladera de la loma; por ello sus trazos se mostraron irregulares, y en algunos puntos se perdieron debido a las alteraciones del terreno. Las dimensiones, así como la separación entre uno y otro alineamiento son variables; la más conservada y definida medía 40 m de largo de este a oeste, con una separación que iba de 2 a 7 m.

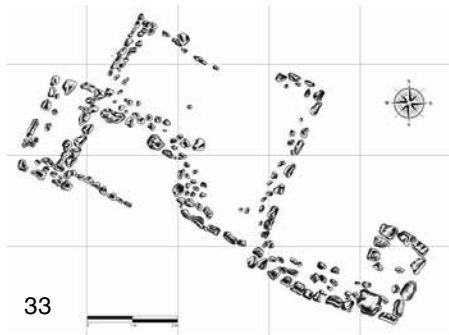
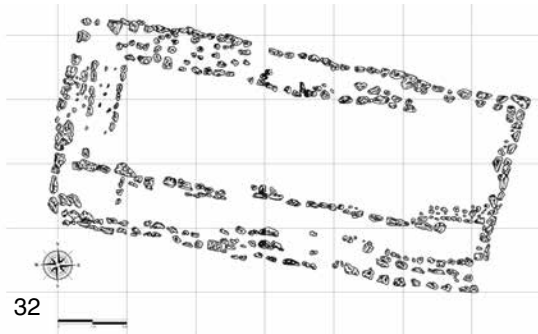
El sistema constructivo empleado para estas terrazas consistió en excavar un poco y acomodar y fijar las piedras, procurando que su parte más plana quedara vuelta hacia el exterior. Tras formar alargados alineamientos, se pudo ver que al momento de concluir uno la topografía no permitía seguir proyectándolo, por lo que debieron colocarse cimientos verticales de manera ascendente para afianzarlas y fijar la trayectoria de las terrazas, tal y como se procedió en el extremo oriente de la loma.

Unidad 5

La unidad 5 se ubicó sobre la margen centro-sur del terreno (UTM 21, 333 24N y 13, 634, 193E). El espacio se encontró muy alterado, con afectaciones provocadas por el despiedre y los trabajos realizados para abrir la calle Colina de los Sauces, pues cortó la parte sur de la loma cuyo extremo superior contenía evidencias arqueológicas. Los restos conservados se limitaron a un cimiento



● Fig. 31 Vista de la unidad 4 con los cuatro elementos constructivos explorados. Todos los accesos se encontraron orientados hacia el sur.



● Figs. 32 y 33 Plantas de las estructuras 3 y 4 de la unidad 4.

corto de doble hilada, de 7 m de largo y 40 cm de ancho. Algunas piedras del muro mostraron un acomodo que figuraba un acceso, por lo cual presumimos que pudo tratarse de la entrada al recinto.



● Figs. 34 y 35 Perspectivas de ambas construcciones.

to: ello indicaría que su fachada habría estado dirigida al oriente, conforme al patrón que presentaron las viviendas identificadas en las unidades 1 y 2.

Unidad 6

La unidad 6 se ubica al noroeste del predio (UTM 21, 334 73N y 13, 634, 132E) y abarca un área de 550 m², sobre una loma con altura promedio de entre 17 y 20 m. Ahí se definieron dos terrazas, una localizada en la parte suroeste y otra en su sector oriental, que se extendían hacia el terreno



© Figs. 36-38 Proceso de limpieza y liberación de los alineamientos de piedras.

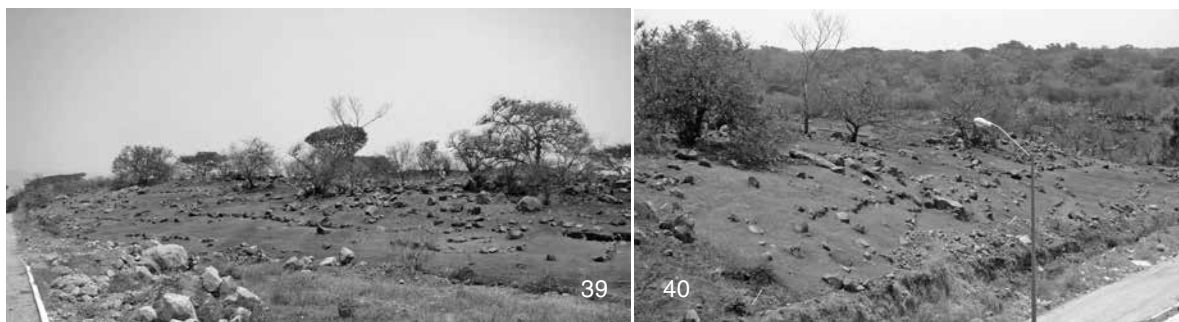
colindante y cuya parte superior remataba en una meseta natural. Hacia el suroeste de la unidad, la topografía delineaba una silueta semicircular en

sus perfiles sur y oeste, en forma de media luna. Esta terraza revelaba a simple vista desnivel que se elevaba gradualmente hasta alcanzar una altura de 8 m. La limpieza permitió definir una serie de alineamientos que pertenecían a un elemento constructivo.

A continuación se colocó una cuadrícula que abarcó 576 m², para luego comenzar a trabajar mediante calas de aproximación. A partir de ellas se pudo percibir que el espacio se acondicionó de manera gradual: inicialmente con un cimiento de piedras grandes a modo de muro perimetral, que contuvo el núcleo de tierra utilizado para nivelar el interior; más adelante la superficie fue compactada y sirvió como base para formar un espacio abierto que funcionó como patio o plaza, que cerraba al norte por un basamento de planta rectangular y seguramente sostuvo el recinto principal. El muro conservó dos hiladas y siguió la silueta de la loma a lo largo de 32 m. La liberación permitió identificar otros elementos que definieron tres accesos dirigidos hacia el sur, las cuales ordenaron el tránsito hacia la parte superior de la loma. Siguiendo un orden oeste/este, encontramos que el primer acceso tuvo 1.50 m, dos niveles y una huella de 20 cm con peralte de 15 cm. Por su posición y relación con la estructura, parece que fue la entrada principal al patio del recinto. Por su parte, el segundo acceso fue menos elaborado que el primero: medía 1.50 m de largo por 80 cm de ancho (figs. 46-48).

El tercer acceso parecía corresponder a un empedrado, más que a un acceso: era un conjunto de piedras colocadas de manera uniforme, con una parte de la estructura totalmente plana figurando una plancha rectangular compuesta por cuatro hiladas y un solo peralte. Medía 3.50 m de largo por 1.40 m. Al parecer funcionó como descanso durante el acceso o descenso de la loma.

Una vez liberado el contorno de la terraza se procedió a trabajar la parte superior, para lo cual se debió retirar una buena cantidad de sedimento que cubría el piso cultural. Luego se procedió a liberar la plataforma ubicada en ella, un basamento de planta rectangular con un área habitable de 51 m² y una orientación de 25° noreste. El muro sur tenía 11.64 m de largo, con un ancho irregular de entre 40 y 50 m; contaba de tres a cuatro hila-



© Figs. 39-40 Panorámicas de los alineamientos que contuvieron los deslaves y forman terrazas.

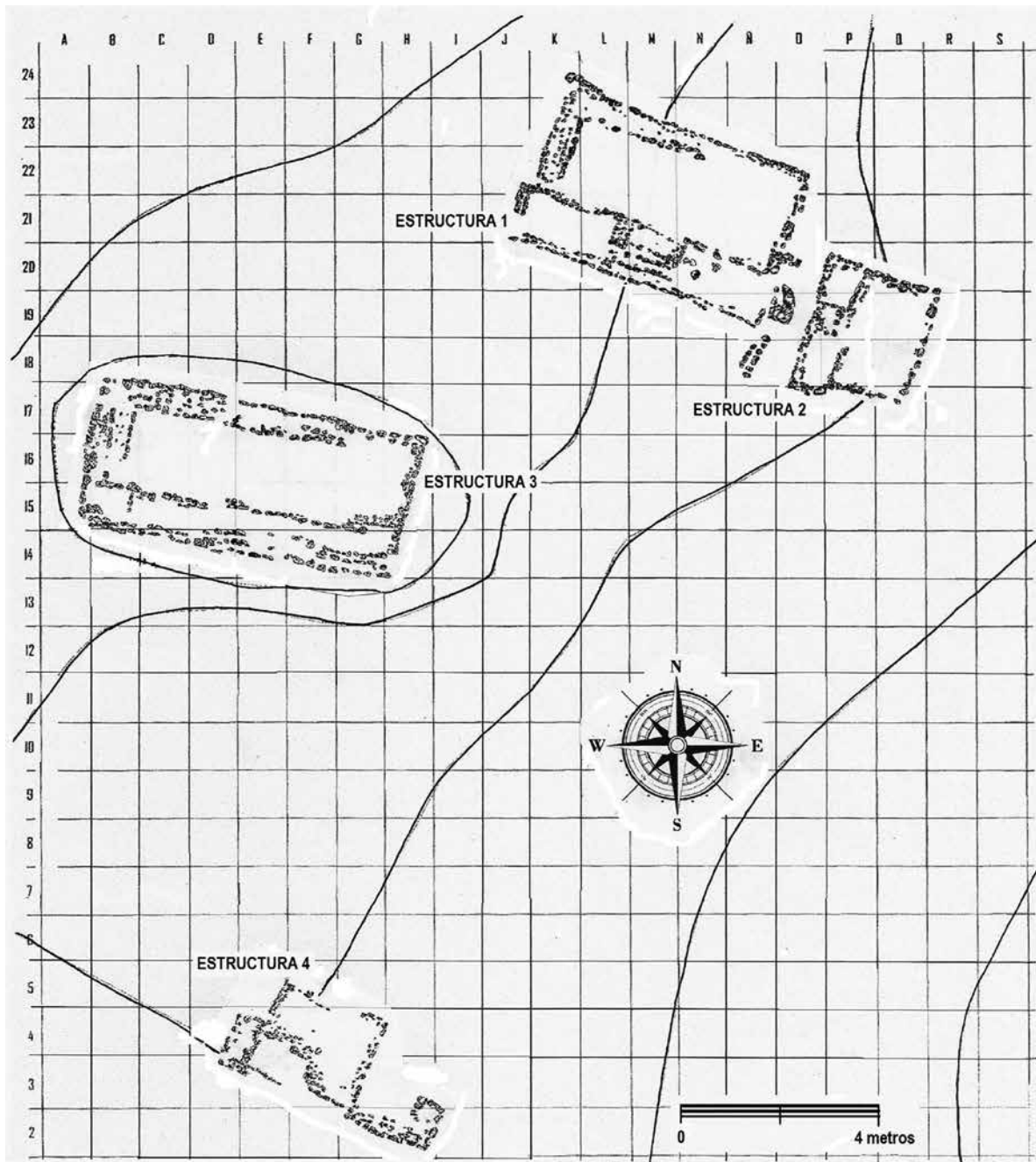


© Figs. 41-43 Amarres de los alineamientos en los extremos del terraceado de la falda hacia el este de la unidad 4.

das de piedras de grandes dimensiones, con un careo un tanto rústico hacia el exterior. La fachada, orientada al sur, tuvo al centro una escalinata de siete escalones, delimitada con toscas alfardas. El acceso medía 2.60 m de ancho, las alfardas 1.50 m de largo y 50 cm de ancho (figs. 50 y 51).

De todas las estructuras liberadas en el sitio, la Estructura 1 de la unidad 6 presentó una mayor elaboración de sus muros. Como se aprecia en la figura 52, la pared sur mostró grandes rocas empujadas en el tepetate, reforzadas con piedras medianas. Sin duda, el reforzamiento respondía a que este perfil soportaba el núcleo, pues hacia ese rumbo se extendía el desnivel de la ladera. Es probable, a la vez, que la fábrica elaborada con materiales perecederos que soportaba pudo haber sido más elaborada, respecto a las que coronaban los basamentos de las plataformas descritas hasta ahora.

El muro oeste fue ampliamente reforzado, primero mediante un cimientado de 3 m de largo con grandes piedras, y luego se le adosó una banqueta de 2 m de ancho. El muro norte (11.60 de largo y 1 m de ancho) implicó, por otro lado, realizar



© Fig. 44 Planta general de la unidad 4.

un corte uniforme en el sedimento de tepetate de la loma para nivelar su superficie; más adelante ese corte se rellenó de rocas y tierra confinada, el cual —a su vez— estaba contenido por un alineamiento de piedras de una hilada y empotradas de

manera vertical (fig. 53). Del muro este no sobrevivió mucho, pues la exploración apenas permitió recuperar unas cuantas piedras alineadas de forma irregular. Por último, los trabajos permitieron definir un segundo cuerpo arquitectónico: un pe-



● Fig. 45 Vista de los alineamientos visibles a flor de tierra.



● Figs. 46-48 Vista de los accesos de oeste a este. El ubicado hacia el extremo oriente del muro de contención se caracterizó por estar conformado por un conjunto de piedras acomodadas de tal forma que parecían una.



● Fig. 49 Vista de oeste a este del empedrado.



● Figs. 50-51 Proceso de liberación y vista de la escalinata y sus alfardas.

queño basamento de planta rectangular (3.35 m de largo por 2.26 m de ancho), con un área interior de 9 m² y el acceso orientado al este.

Debe señalarse que en esos trabajos no fue posible detectar objetos cerámicos y líticos; ello es relevante porque la arquitectura doméstica de la fase Chanal se caracteriza por estar acompañada de abundantes materiales, muchos de los cuales fueron depositados y utilizados para confinar rellenos —desde luego, sin obviar su utilización como parte de las actividades desempeñadas al interior o al exterior de las construcciones—. La



● Fig. 52 Vista del sistema de refuerzo del muro sur de la Estructura 1 de la unidad 6.



● Fig. 53 Detalle de la palizada de piedras que conformó el muro norte de la Estructura 1 de la unidad 6.

unidad 6 ofreció una panorámica y un dominio visual de todo el sector sur del terreno y de la ladera tendida del valle, haciendo del lugar un punto estratégico de observación. En sentido inverso, la vista ofrecida de sur a norte permitía que la elevación natural del terreno y el acondicionamiento del espacio ganaran cierta monumentalidad en el paisaje (fig. 54).

Es importante mencionar que en cinco de las seis unidades de exploración (excepto la 5) se realizaron varios pozos de sondeo para ubicar elementos que complementarían la información relativa al proceso de acondicionamiento de los espacios trabajados; recuperar materiales arqueo-

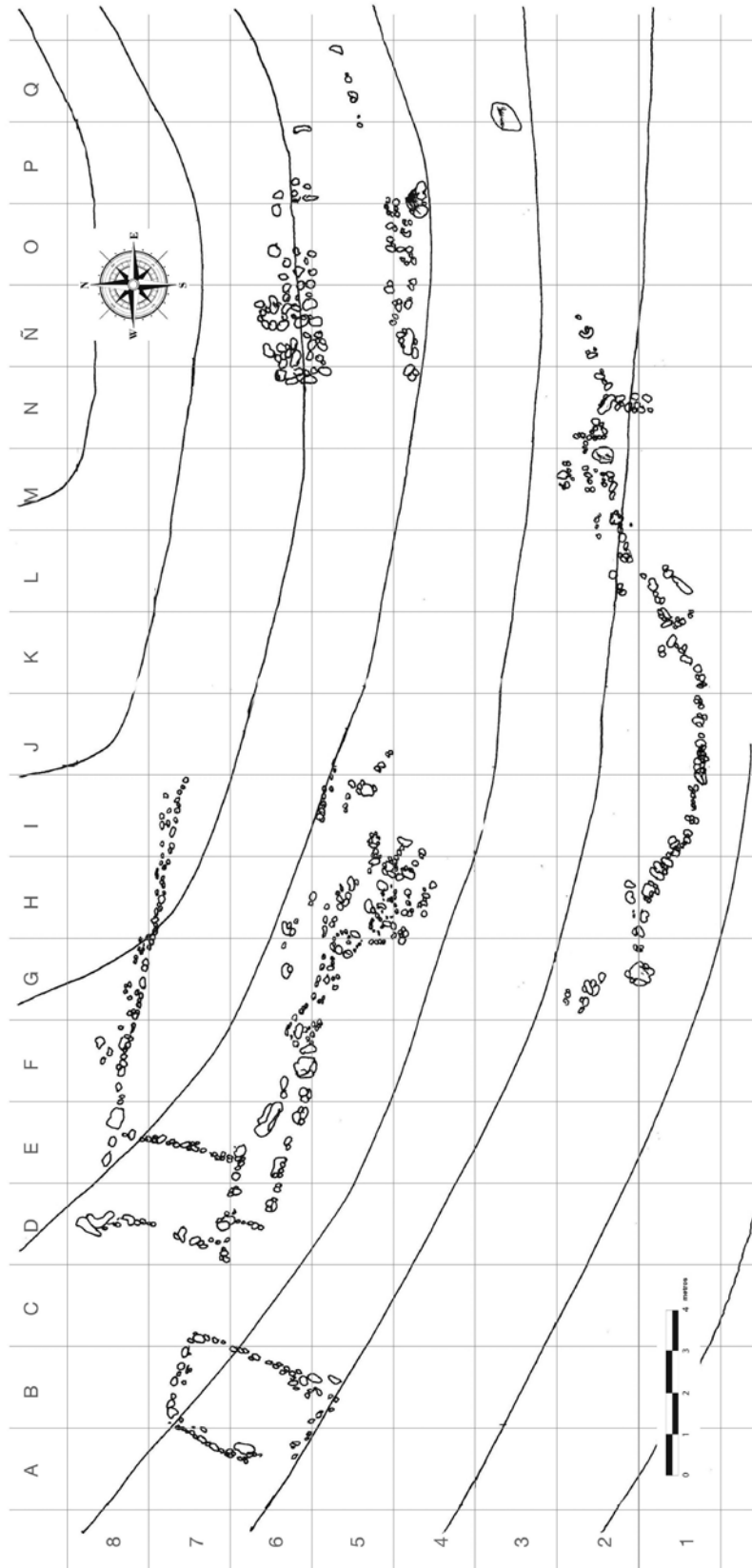
lógicos asociados que ofrecieran información sobre las áreas de actividad del asentamiento, y establecer la presencia de ocupaciones más tempranas. Los resultados fueron magros, en buena medida por tratarse de áreas en lomeríos y donde la deposición de suelos resultó somera.

Los materiales arqueológicos

El universo cerámico recuperado en las seis unidades de excavación fue de 12 384 tiestos, distribuidos en 18 tipos cerámicos.² Como se puede observar en la figura 55, la abrumadora mayoría correspondió a la fase Chanal (96.23%), el resto de las fases (del Preclásico tardío al Clásico tardío) no representaron ni siquiera 1%. Aquí es necesario remarcar que la muestra de las ocupaciones anteriores se obtuvo mediante los pozos de sondeo, en su mayoría realizados en inmediaciones de los basamentos que conformaron las estructuras registradas. Es decir, los trabajos de salvamento se enfocaron a ubicar los elementos arquitectónicos relevantes que había en el terreno, así como realizar exploraciones que documentaran su relevancia y la factibilidad de su conservación —a partir de las restricciones constructivas para el fraccionador—, no se intentó ubicar los sitios en que se hubiera conservado una deposición importante de sedimentos con una mayor cantidad de materiales arqueológicos asociados a ocupaciones tempranas.

En ese sentido, el que las excavaciones a partir de pozos de sondeo hayan ofrecido apenas un indicio de la existencia de materiales más tempranos, da cuenta de que una exploración enfocada a buscar esos indicadores tendría un escenario propicio para demostrar la continuidad ocupacional del espacio, tal y como se ha observado en otros trabajos de salvamento realizados en las inmediaciones del fraccionamiento Colinas del Real. Al describir los elementos registrados se pudo mostrar que los pobladores de la fase Chanal buscaron utilizar como espacio habitacional la parte

² El análisis se realizó a partir de las tipologías propuestas por Olay (2001, 2004), quien retomó para ello los señalamientos de Kelly (1980).



© Fig. 54 Planta general de la Unidad 6. Como se aprecia, la Estructura 1 parece haber sido mayor de lo que permitió recuperar la exploración. El muro de contención parece haber sido mayor también.

Fase	Presencia	Porcentaje
Ortices (400 a.C.-100 d.C.)	63	0.75%
Comala (100-550 d.C.)	49	0.39%
Colima (550-750 d.C.)	85	0.68%
Armería (750-1,100 d.C.)	21	0.16%
Chanal (1,100-1,460 d.C.)	11 918	96.23%
No identificados	248	2.00%
TOTAL	12 136	100.02%

● Fig. 56 Cuadro de concentración cerámica por fase cultural.

gación derivó de la ecología cultural, la cual percibió la necesidad de documentar con mejores datos las notas distintivas de cada poblamiento, así como la densidad demográfica alcanzada en función de la mejoría en las técnicas de cultivo y recuperación de suelos inherentes a las diversas sociedades agrícolas que poblaron Mesoamérica. Según Sanders (1989: 19), los procesos totales de la evolución sociocultural —dimensión, estructura, distribución demográfica, capacidad de produ-

Categoría	Procedencia	Pozos de sondeo			Unidad 3			Unidad 4			Subtotal	Total
		I	II	III	I	II	III	I	II	III		
Lítica tallada	Raspadores sobre lasca				1			1			2	48
	Navajillas parte proximal		1		2	4	2	4	1	1	15	
	Navajillas parte medial		1	1	1	2	5	12	2	7	31	
Lítica pulida	Piedra de honda	1			1						2	33
	Tejolotes								3		3	
	Manos de metate rectangulares				1	2		4	4		11	
	Manos de metate triangulares							2			2	
	Manos de metate ovaladas					1	1	3	4	1	10	
	Manos de metate cuadradas		2								2	
	Morteros					1		1	1		3	

● Fig. 57 Cuadro de concentración de los materiales líticos.

superior de los lomeríos, los cuales se encontraron cubiertos de abundante escoria volcánica y suelos someros. En cuanto a la presencia y características de otros materiales, la exploración del predio Colinas del Real permitió recuperar 81 objetos líticos, tanto de clase tallada como pulida. La primera se analizó bajo la propuesta de García Cook (1974) y la pulida a partir de la propuesta de Samuel Mata para los materiales de El Chanal (Olay, 2004).

Discusión y conclusiones

A partir del trabajo coordinado por Linda Manzanilla (1986) se empezó a enfatizar el estudio de las unidades habitacionales como un eficaz indicador cultural. Sin duda esa vertiente de investi-

cir un excedente por encima de las necesidades de consumo— no podrían entenderse si no es a través del esclarecimiento de los mecanismos que llevaron a las distintas sociedades en el tiempo y en el espacio mesoamericano, a construir economías sustentadas en una sólida producción de alimentos.

El desarrollo del asentamiento Posclásico de El Chanal, un poblado de grandes dimensiones con una acusada concentración de población, ha llevado a plantear la necesidad de entender las variables económicas que permitieron sostener su alta concentración demográfica y, a la vez, los mecanismos de orden político que facultaron la organización social necesaria para mantener un sistema económico basado en una clara dependencia de altos rendimientos agrícolas. El conocido trabajo de Ester Boserup (1967: 75) sostiene que

el aumento en la productividad agrícola supone una intensificación de la agricultura, lo cual implica cambios graduales de modelos de aprovechamiento que permitan cultivar una superficie determinada de tierra con mayor frecuencia que antes. En la medida en que una misma superficie de terreno se cultiva con mayor frecuencia, es necesario dedicar una mayor cantidad de trabajo agrícola y, en cierto modo, cambios en la tecnología de producción (Boserup, 1967: 75).

Ciertamente, el tipo de estudios necesarios para documentar de manera satisfactoria el proceso productivo del Posclásico en el valle de Colima ha carecido de una metodología acorde a los parámetros de la ecología cultural, la cual se caracteriza por emplear arqueología de área y el soporte científico de datos, es decir, la utilización de técnicas físico-químicas que permiten sustentar hipótesis de calibre diverso. A esta ausencia de proyectos de investigación —enfocados directamente a explicar las relaciones del hombre con su medio ambiente a lo largo del tiempo— debe añadirse la ausencia de estudios de orden etnohistórico y etnográfico en la región que permitan abordar el tema desde el punto de vista de la analogía. En el Occidente de México, y en particular en Colima, aún están por plantearse las hipótesis para explicar las condiciones de su desarrollo cultural y, más específicamente, aquellas que permitan esclarecer los procesos distintivos de cuándo la presión demográfica actuó en contra de las estrategias económicas y de la tecnología agrícola existente en diversas etapas de su historia.

La evidencia de las pautas que marcaron el desarrollo evolutivo de la civilización en Colima es un proceso que apenas inicia. Los trabajos pioneros sentaron las bases de una secuencia cultural basada en la clasificación cerámica y una serie de rasgos un tanto generales (Kelly, 1980; 3-21), y que hasta ahora han desempeñado la función de marcar pautas de investigación destinadas a clarificar eventos sociales y definir —con cierto grado de certeza— los rasgos materiales significativos de cada etapa. Al poco propicio ámbito de investigación se debe agregar, sin duda, la variable que incide en la destrucción generalizada de los contextos arqueológicos en nuestros días: la presión

demográfica y el crecimiento constante de la mancha urbana. La arqueología de rescate y salvamento se ha convertido, en este sentido, en el camino mediante el cual el registro arqueológico ha podido ir construyendo su base de datos referida al comportamiento de las poblaciones prehispánicas en la región a lo largo del tiempo.

Puede discutirse, sin duda con numerosos elementos críticos, la carencia de una metodología homogénea en cuanto a las formas de recuperación de datos y materiales. Se puede argumentar, a la vez, la ausencia de fines concretos en relación con la información obtenida —esto es, la carencia de hipótesis previas de trabajo—. No obstante, la recopilación de información permitirá, a mediano plazo, la configuración de planteamientos teóricos de largo aliento destinados a sustentar hipótesis y análisis explicativos del comportamiento social de las comunidades prehispánicas previas a la llegada del conquistador español.

Es en este tenor que trabajos de este perfil pueden llegar a constituirse en los datos para sustentar las hipótesis que explican las razones de la constante presencia de conjuntos de unidades habitacionales a lo largo de la pendiente sureña del volcán de Fuego, particularmente en el espacio que va de las cotas 550 a la 750 msnm. La constante presencia de restos de actividad humana da cuenta de una abundante población que debió de establecer pautas económicas que le permitiera hacer frente a sus necesidades básicas de autoconsumo, e incluso de la producción de excedentes que facilitara un intercambio de bienes de prestigio que legitimaran a la élite en el poder, la cual organizaba y orientaba el esfuerzo social.

Como se desprende de la exploración de los conjuntos habitacionales reseñados en este trabajo, tal se realizó a partir de la hipótesis de que el emplazamiento y distribución de las unidades constructivas respondió a la idea de que el área conjuntaba las condiciones no sólo de unidades habitacionales, sino además de unidades productivas. Al respecto, Teresa Rojas señala que las formas de cultivo pueden ser agrupadas en *sistemas agrícolas* que integran los siguientes criterios:

Intensidad agrícola (frecuencia con la que un mismo pedazo de tierra es utilizado en la producción

a lo largo del tiempo); *fuentes de humedad* (lluvia, humedad, riego); *instrumentos*; *cantidad de trabajo o inversión laboral*; *características tecnológicas de la agricultura* (básicamente la forma de manejo agrícola durante el ciclo de producción mismo); *obras de modificación de la topografía natural del terreno* (terrazas, bancales, drenes) y *obras de riego* (Rojas Rabiela, 2001: 13-68).

A partir de estos criterios la autora establece la ocurrencia de *cuatro grandes familias de sistemas agrícolas* utilizados en tiempos prehispánicos, los cuales incluyeron no sólo las parcelas de producción de plantas anuales, sino también los *huertos de especies perennes*:

[...] la cuarta forma de practicar el cultivo de plantas [se realizó] en huertos cercanos a la casa (solar, milpa de la casa o calmil), en huertas de cacao, de nopales de grana, de aguacates, de frutales y de ornamentales, así como probablemente en sembradíos de magueyes. Estas parcelas eran estables, de uso continuo, de altos rendimientos, generalmente situadas en los poblados y cerca de las viviendas, vigiladas muy cuidadosamente por los campesinos, fertilizadas con los desperdicios domésticos o cualquier otro recurso fertilizante a la mano, y que producían en forma continua [...] Eran la despensa del hogar (Rojas Rabiela, 2001).

Consideramos al respecto que los datos presentados parecen responder al tipo de emplazamiento que utilizaba esos espacios como formas efectivas de producción sí no por completo de autoconsumo, sí altamente complementarias de las necesidades de los grupos familiares que los habitaban. Se puede incluso pensar en ellos como espacios donde se producían bienes limitados de intercambio.

No debe perderse de vista que el área explorada es tan sólo un pequeño sector de un microcosmos de barrios y aldeas desplegados en buena parte de la ladera tendida que conforma el valle de Colima, la cual ha sido atisbada mediante las conocidas intervenciones de rescate y salvamento en los actuales municipios de Colima y Villa de Álvarez. La información que estas intervenciones han ofrecido da cuenta de la constante pre-

sencia de emplazamientos de orden habitacional, pero con un cierto patrón constructivo que parece responder a funciones específicas. La explicación aún no es clara, pero puede plantearse, como hipótesis, que la demanda de alimento y satisfactores llegó a ser tan grande, que los grupos familiares se vieron en la necesidad no sólo de cumplir sus tareas agrícolas, sino también de llevar a cabo labores artesanales que permitieran hacerse de otro tipo de bienes de consumo y, por esta vía, enlazarse a la dinámica económica estimulada por el propio centro nuclear de El Chantal, cuyo mercado debió conjuntar los esfuerzos productivos de estas comunidades rurales y semi-rurales.

La presencia de conjuntos arquitectónicos más elaborados, como el documentado por Julio Berdeja en el trazo del Tercer Anillo (1999), parece indicar, incluso, que las actividades productivas de las comunidades rurales señaladas se encontraron supervisadas por grupos de élite que, de algún modo, les pudieron haber impuesto una serie de requerimientos; esto es, quizá la propia organización espacial de las comunidades hayan respondido a una economía que utilizaba el tributo como forma de control político y económico. Cabe añadir que el conjunto explorado se ubicó a una distancia relativamente corta del área explorada por nosotros (fig. 58).

En este análisis se deben mencionar los trabajos de salvamento arqueológico realizados en el terreno ubicado al sur de Colinas del Real, en el cual se construyó el fraccionamiento Colinas del Sol, espacio que también perteneció a la hacienda El Carmen. En ese lugar, Tania Junquera, Rafael Platas y Maritza Cuevas realizaron la liberación de un conjunto de lomeríos que sobrevivieron al agresivo despiedre de los potreros cercanos al rancho El Majahual (Platas, 2009). Es probable que los tres conjuntos de casas de planta rectangular organizadas alrededor de patios se hayan podido conservar, debido a que sus plataformas con huizaches sirvieron como área de resguardo del ganado. El acondicionamiento del área a partir de grandes basamentos era apreciable en época de secas y fue reportado en diversas inspecciones realizadas al lugar (Olay, 2009) (figs. 59 y 60).

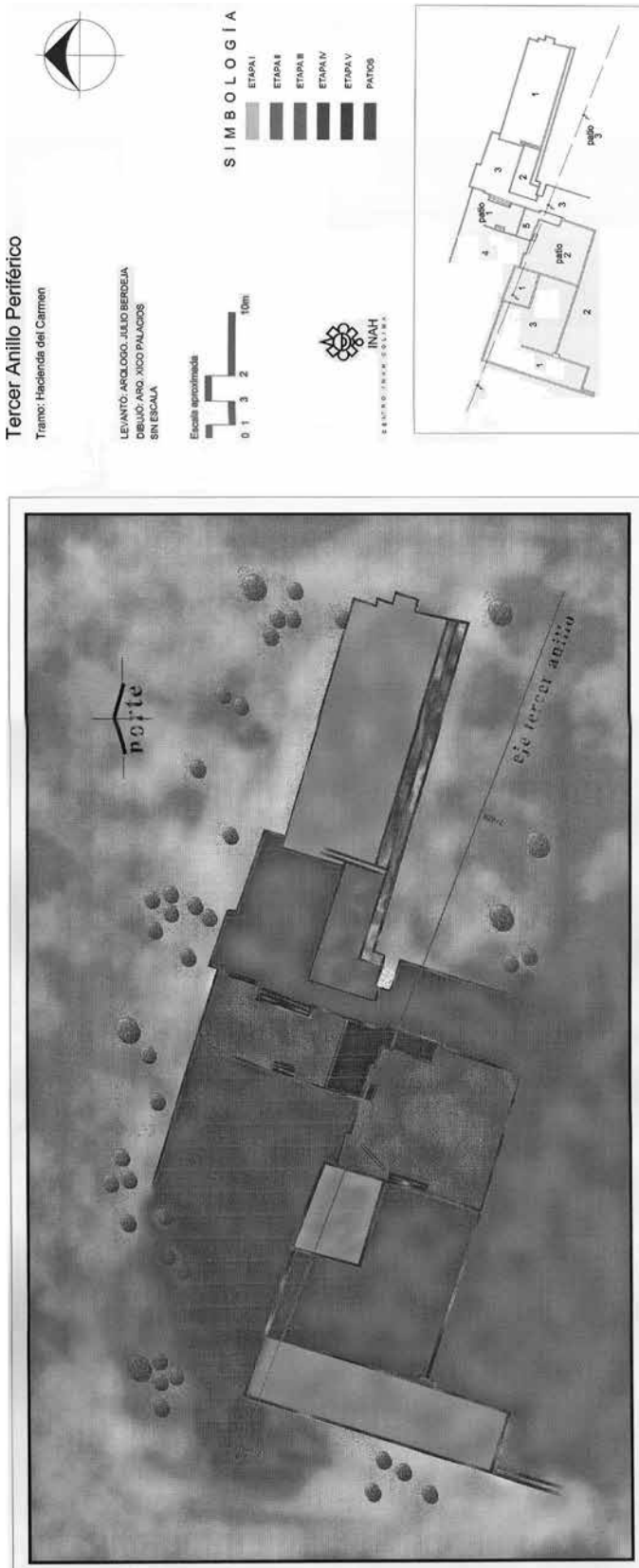


Fig. 58 Vista del conjunto de plataformas organizadas alrededor de patios cerrados, el espacio fue explorado durante el salvamento arqueológico del Tercer Anillo Periférico y se ubicó en las cercanías del casco de la hacienda El Carmen.



● Figs. 59 y 60 Vista de los alineamientos y platataformas ubicadas en las inmediaciones del rancho El Majahual, durante la inspección realizada en marzo de 2009.



● Fig. 61 Vista general del Conjunto 2 de El Carmen (Colinas del Sol).

Las labores permitieron definir y explorar un área de 2560 m², en la que se registraron tres conjuntos que integraron ocho estructuras. El primero de ellos presentó los restos de dos construcciones de planta rectangular, la mayor de las cuales (9.50 × 5 m) presentó la característica plataforma baja frontal con escalinata central. El segundo conjunto delimitó una casa de 8.50 × 3.50 m y una plataforma perimetral en forma de L, su frente se ubicó ante un patio nivelado a partir de sucesivos alineamientos de piedra. El tercer conjunto se definió a partir de cuatro estructuras de planta rectangular organizadas alrededor de un patio, su

recinto mayor tuvo dimensiones de 13 × 4 m con una plataforma frontal corta, el recinto menor (la estructura 7) midió apenas 4.70 × 3.70 m.

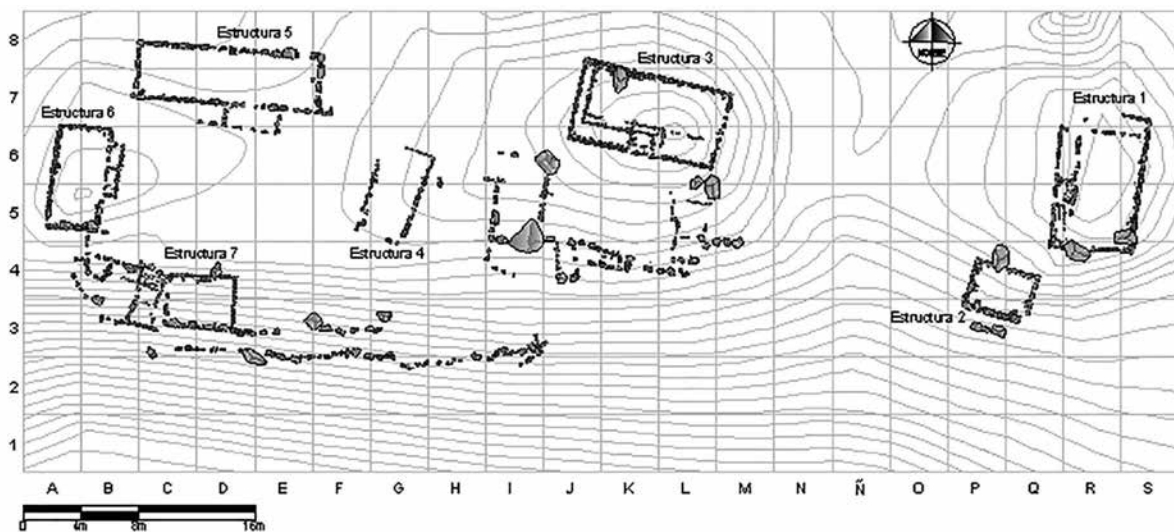
Como se puede apreciar en la planta general de esos conjuntos, su disposición remite de manera clara a la arquitectura presente en el área nuclear de El Chanal: son conjuntos residenciales organizados alrededor de un patio cerrado o abierto; presencia de recintos que pueden alcanzar 50 m² y que se encuentran asociados a cuartos de superficies reducidas (entre 12 y 14 m²), los cuales se han interpretado como espacios dedicados al resguardo de bienes, percederos o no. Esos recintos



© Fig. 62 Estructura 3 del Conjunto 2 de El Carmen.

afectadas por el incesante crecimiento de la mancha urbana. La suma de la información así construida será un referente que permitirá esclarecer no sólo las pautas económicas del Posclásico, sino también los procesos de largo aliento que procuraron el acondicionamiento de un espacio cuya trayectoria histórica ha favorecido el establecimiento de asentamientos humanos.

Un último elemento a considerar es que Colinas del Real se ubica 300 m al sur de donde se ha venido reportando la presencia de una presa pre-

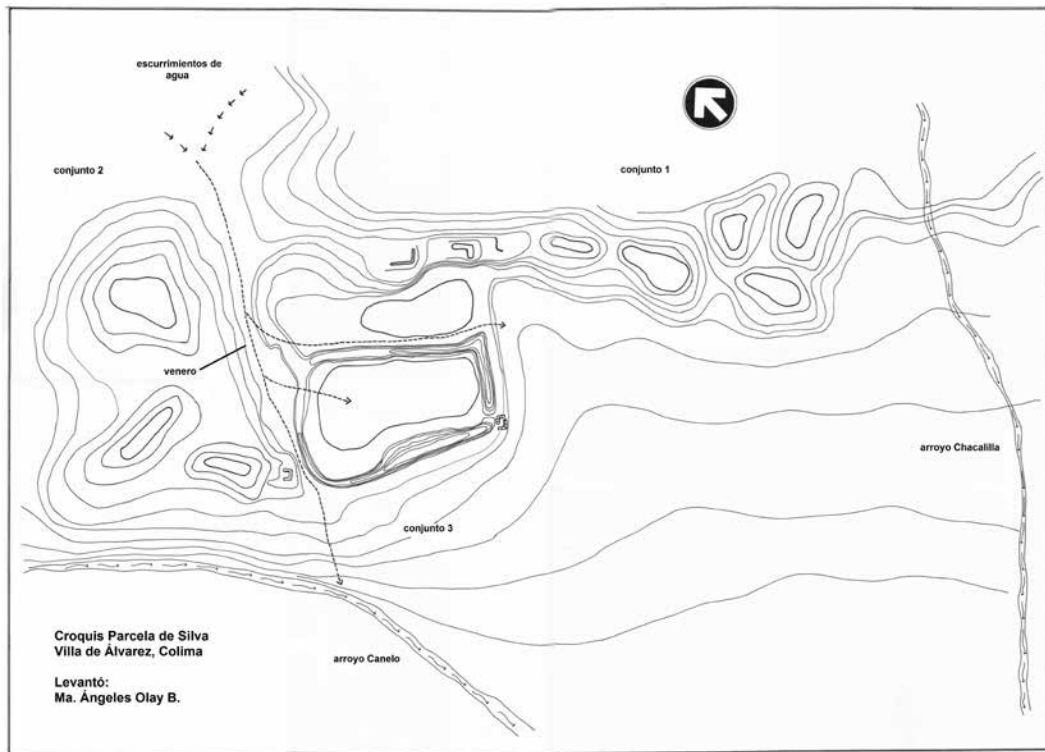


© Fig. 63 Planta general de los conjuntos explorados en el predio El Carmen (dibujo elaborado por Platas y Cuevas, 2010).

suelen estar contruidos con muros de una sola hilada, lo que supone la existencia de muros de bajareque, a diferencia de los muros anchos compuestos con doble cimentación, los cuales pudieron haber sostenido paredes elaboradas con adobe (Olay, 2005a).

Aquí se debe considerar que esos conjuntos habitacionales se han mantenido hasta nuestros días sólo en los manchones que no han sido afectados por actividades antrópicas modernas. La presencia de *hummuks* en buena parte de la ladera tendida del valle de Colima, entre la localidad de El Chivato y la moderna vialidad del Tercer Anillo, ha procurado su eventual conservación y el paulatino registro de las unidades residenciales

hispánica (Parcela de Silva), cuyo funcionamiento debió de haber requerido una organización social específica que posibilitara su desempeño, el cual incluía, muy probablemente, mano de obra constante que colaborara en las tareas relativas a la conservación de un sistema que propiciaría una mayor productividad agrícola. Este sitio se ubica sobre la margen derecha del arroyo Chacalilla, a la altura de lo que actualmente se conoce como las huertas de El Chanal y muy cerca del camino que en la actualidad comunica Villa de Álvarez con El Chivato. Como puede verse en la figura 64, el lugar se enmarca entre una serie de *hummuks*, los cuales fueron aprovechados mediante un eficaz acondicionamiento de gradientes. A partir de



© Fig. 64 Croquis del sitio Parcela de Silva, ubicado en la colindancia de El Chanal oeste.



© Fig. 65 Vista del área de El Carmen antes de presentarse el cambio de uso de suelo en la zona. El óvalo al sur indica el área donde se encontraron los conjuntos arquitectónicos del Salvamento Arqueológico El Carmen. El rectángulo corresponde a Parcela de Silva y el rectángulo al norte ubica el predio de Colinas del Real.

un adecuado manejo de las avenidas de agua se logró formar un depósito, que fungió como una presa de almacenamiento.

Es relevante mencionar que Parcela de Silva, de acuerdo con los elementos enunciados por William E. Doolittle y que puntualizan las características de un sistema de riego —cabecera, obras de canalización con objeto de distribuir el agua, manejo de humedad en los campos de cultivo—, reúne los rasgos que lo definen como tal (Doolittle, 2004; 32-38). La cabecera estaría definida por una serie de escurrimientos que fueron encauzados hacia una depresión que fue siendo paulatinamente acondicionada como un canal. Lamentablemente y a pesar de que el proyecto de investigación destinado a estudiar sus componentes y comportamiento fue aprobado por el Consejo de Arqueología (Olay y Mata, 2009), no contó con el apoyo de la Dirección del Centro INAH, que nunca autorizó ejercer ningún tipo de recursos.

No queda sino señalar que los datos presentados se deben enlazar con la información recuperada en las inmediaciones del área trabajada. Sólo a partir de una visión global se podrá proceder a construir un mapa de ocupación que permita realizar inferencias concretas sobre la cantidad de población que habitó el valle de Colima hacia el periodo Posclásico. Se debe enfatizar, de igual manera, que gracias a la disposición de la Constructora Ardica los espacios que comprendieron las unidades 3 y 4 quedaron establecidas como áreas de reserva arqueológica. Los espacios explorados fueron cubiertos con tierra y serán dedicados a áreas verdes.

Bibliografía

- Berdeja, Julio
1999. “Rescate arqueológico Tramo ‘A’ 3r Anillo Periférico. Informe parcial”. Centro INAH Colima, Colima.
- 2000. “Informe del Rescate Arqueológico Rancho San Francisco”. Centro INAH Colima, Colima.
- Boserup, Ester
1967. *Las condiciones del desarrollo en la agricultura. La economía del cambio agrario bajo la presión demográfica*. Madrid, Tecnos.
- Cuevas, Maritza, y Platas, Rafael
2010. “Reporte final del estudio arqueológico de factibilidad, predio El Carmen, Fraccionamiento Santa Fe, Municipio de Villa de Álvarez”. Centro INAH Colima, Colima.
- Doolittle, William E.
2004. *Canales de riego en el México prehistórico. La secuencia del cambio tecnológico*. Texcoco de Mora, Universidad Autónoma de Chapingo/Museo Nacional de Agricultura/Departamento de Irrigación.
- García Cook, Ángel
1974. *Análisis tipológico de artefactos*. México, INAH (Serie de Investigaciones, 12).
- Kelly, Isabel
1980. *Ceramic Sequence in Colima: Capacha an Early Phase*. Tucson, University of Arizona Press (Anthropological Papers).
- Madrid Castro, Alfonso de la
1999. *Haciendas y hacendados de Colima*. Colima, Archivo Histórico de Colima (Serie Pretextos, textos y contextos, 18).
- Manzanilla, Linda (ed.)
1986. *Unidades habitacionales mesoamericanas y sus áreas de actividad*. México, IIA-UNAM (Serie antropológica, 76).
- Olay Barrientos, Ma. Ángeles
1997. Memoria del tiempo. La arqueología de Colima. *Historia general de Colima*. Colima, Universidad de Colima/Gobierno del Estado de Colima/Conaculta.
- 2001. *El valle de Colima y sus aldeas, una visión arqueológica de su historia antigua a través de diversos rescates y salvamentos*. 2 t. Centro INAH Colima, Colima.
- 2004. *El Chanal: lugar que habitan los custodios del agua*. México, INAH/Universidad de Colima.

2005a. Las unidades habitacionales de El Chanal, Colima. En Eduardo Williams, Phil Weigand, Lorenza López y David Grove (eds.), *Arqueología del Occidente de México: nuevos datos, futuras direcciones* (pp. 25-43). Zamora, El Colegio de Michoacán/FAMSI.

2005b. *Volcán de fuego, cuna del agua, morada del viento. Desarrollo social y procesos de cambio en el valle de Colima. Una propuesta de interpretación*. Tesis de doctorado. Centro de Estudios Superiores en Antropología Social, México.

2009. Oficio CINAHC-INVEST-118/2009. 24 de octubre de 2009. Archivo Sección de Arqueología, Centro INAH Colima, Colima.

• Olay Barrientos, Ma. Ángeles, y Mata Diosdado, Samuel
2005. El espacio doméstico. Notas sobre las unidades habitacionales del Posclásico en el valle de Colima. Ponencia en *Ier. Foro de Arqueología, Antropología e Historia de Colima*. Secretaría de Cultura-Gobierno del Estado de Colima, Colima

2009. "Proyecto de Investigación Arqueológica Parcela de Silva". Centro INAH Colima, Colima.

• Platas Ruiz, Rafael
2009. "Informe Técnico Final de la ampliación del Proyecto de Salvamento Arqueológico del predio El Carmen, Municipio de Villa de Álvarez, Colima". Centro INAH Colima, Colima.

• Rojas Rabiela, Teresa
2001. La tecnología agrícola. En Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (eds.), *Historia Antigua de México. Aspectos fundamentales de la tradición cultural mesoamericana* (t. IV, pp. 13-68). México, INAH/UNAM/Miguel Ángel Porrúa.

• Sanders, William
1989. Tecnología agrícola, economía y política: una introducción. En Teresa Rojas Rabiela y William Sanders (eds.), *Historia de la agricultura. Época prehispánica-siglo XVI* (t. 1, pp. 9-52). México, INAH (Biblioteca INAH).

• Sauer, Carl
1990. *Colima de la Nueva España en el siglo XVI*. Colima, Gobierno del Estado de Colima.



De Pátzcuaro a Uruapan: un acercamiento a los sitios arqueológicos registrados a propósito de la construcción del segundo cuerpo de la autopista

Resumen: El incremento poblacional en la porción sursuroeste de la Meseta Tarasca durante el Posclásico tardío se manifiesta, entre otros aspectos, en el establecimiento de nuevos lugares de habitación —por lo general de tamaño pequeño y con patrón de asentamiento disperso sobre laderas—, así como centros cívico-ceremoniales emplazados, la mayoría, sobre terrenos poco agrestes que coadyuvaron al control de las poblaciones periféricas y dependientes del imperio de los uacúsecha. El proyecto de construcción del segundo cuerpo de la carretera Pátzcuaro-Uruapan y del Libramiento Nororiente de Uruapan cruza por cinco diferentes subregiones fisiográficas en las que se puede observar el surgimiento de nuevos sitios, los establecidos tanto en el valle de Ziracuaretiro en el de Uruapan y el repoblamiento de sitios edificados durante el Clásico en la zona de montaña de Zurumucapio, en el valle de Ziracuaretiro y en la Cuenca de Pátzcuaro, donde también se reaprovecharon áreas de cultivo que datan de ese horizonte.

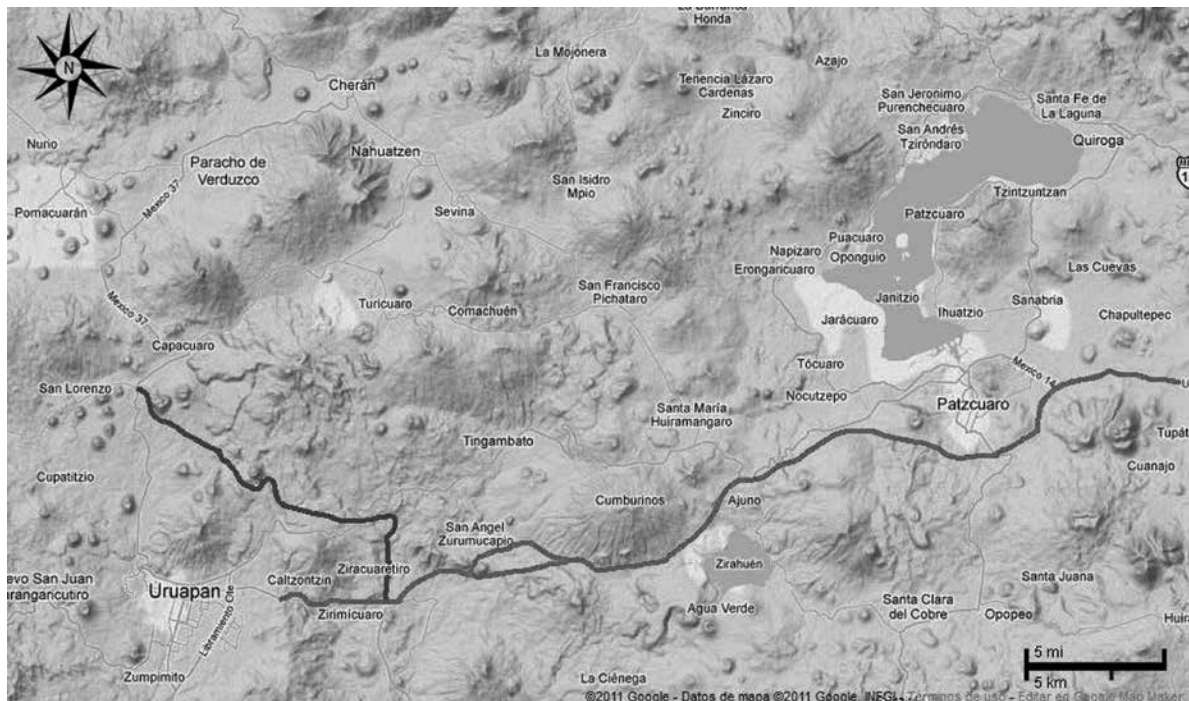
Palabras clave: Meseta Tarasca, subregiones fisiográficas, uacúsecha, *Relación de Michoacán*, patrón de asentamiento, arquitectura, Posclásico tardío.

Abstract: The population increase in the south and southwestern portion of the Tarascan Plateau during the Late Postclassic is manifested in the establishment of new habitational areas—generally small in size and with a scattered settlement pattern—as well as ceremonial and civic centers largely built on less rugged lands that were intended to help keep control over the peripheral peoples subject to the Uacúsecha empire. A new lane of the Pátzcuaro-Uruapan highway and the Libramiento Nororiente de Uruapan construction projects cross five physiographic subregions where the emergence of new sites can be observed, such as the ones at the Ziracuaretiro and Uruapan valleys, and also the resettlement of sites built during the Classic in the Zurumucapio mountain area, the Ziracuaretiro Valley, and the basin of Lake Pátzcuaro, where Classic horizon farming plots were also reoccupied for cultivation.

Keywords: Tarascan Plateau, physiographic subregions, Uacúsecha, *Relacion de Michoacan*, architecture, Late Postclassic.

En las últimas décadas el gobierno mexicano ha impulsado el desarrollo de nuevos proyectos carreteros que han permitido la comunicación e inserción de ciudades y regiones en un esquema de comercio nacional e internacional, que requiere de transportación eficiente si lo que se busca es ser competitivo en las economías globalizadoras actuales. Bajo esa política, en la administración 2006-2012 se propuso la ampliación de la Autopista Pátzcuaro-Uruapan-Zamora en su tramo Pátzcuaro-Uruapan, así como la construcción del Libramiento Nororiente de Uruapan (fig. 1), por lo que, en colaboración con la Secretaría de Comunica-

* Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH.



© Fig. 1 Ubicación geográfica de la Carretera Pátzcuaro-Uruapan-Zamora y del Libramiento Nororiente de Uruapan, Michoacán.

ciones y Transportes (SCT), el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), a través de la Dirección de Salvamento Arqueológico, llevó a cabo en 2011 el proyecto de salvamento arqueológico en ambas carreteras.

Poner en marcha esos programas de desarrollo implica el inevitable impacto en los usos de suelo, que ya de por sí son indicadores de la dinámica social a lo largo del tiempo; así, recorrer los trazos carreteros nos permitió cruzar varias áreas fisiográficas que cobran relevancia para la investigación arqueológica del Occidente de México, ya que sus diferentes y particulares características físicoambientales han permitido el establecimiento de grupos humanos que aprovecharon y explotaron los recursos naturales que cada una de ellas ofrece.

Las áreas de estudio quedan comprendidas en las actuales regiones geoestadísticas¹ de Pátzcuaro-

Zirahuén y la Meseta Purépecha, en lo que se conoce como Sierra del Centro, caracterizada por su intrincada orografía, con abundantes conos volcánicos que forman parte de la Subprovincia Neovolcánica Tarasca y del Escarpe Limítrofe del Sur, ambas pertenecientes a la Provincia del Eje Neovolcánico. Para efectos de este estudio hemos dividido la Subprovincia Neovolcánica Tarasca en tres subregiones, y al Escarpe Limítrofe del Sur en dos.

Con el trazo de las carreteras obtuvimos un corte o perfil de esas cinco subregiones que van desde la Cuenca de Pátzcuaro, pasando por la de Zirahuén, la zona de montaña de San Ángel Zuruacapio y el valle intermontano de Ziracuaretiro, hasta alcanzar el valle localizado al norte de Uruapan. En cada una de ellas se descubrieron evidencias de grupos humanos que establecieron sus áreas de vivienda, así como sus centros cívico-

¹ Las regiones geoestadísticas son utilizadas por el INEGI desde 1978 para referenciar correctamente la información estadística de los censos y encuestas con los lugares geográficos correspondientes, en las que se vierte la ubicación de las localidades y municipios a partir de

coordenadas geográficas. La información del marco geoestadístico constituye un auxiliar en la delimitación entre entidades y municipios, sobre todo, en los lugares en que los límites político-administrativos se encuentran indefinidos (INEGI, 2015).

religiosos y administrativos, con cronologías que van desde el periodo Clásico hasta el Posclásico tardío (Cid y Cruz, 2015), y que se suman al extenso catálogo de sitios hasta ahora identificados por diversos proyectos a lo largo del área de estudio, aunque la mayoría concentrados en la cuenca de Pátzcuaro.

Nuestro principal interés en este documento es presentar la información relativa a los sitios reconocidos así como de los excavados durante los nuevos trabajos de salvamento derivados de la construcción de las carreteras aludidas, por lo que sólo brindaremos un panorama general de aquellos que fueron registrados con antelación en las subregiones a tratar.

Son 44 los sitios estudiados en este proyecto, con cuatro que corresponden a registros previos. De los 44, sólo dos se localizan sobre el eje de trazo del Libramiento Nororiente de Uruapan: Lagunillas y La Alberca, el primero en el municipio de Ziracuaretiro, y el segundo en Uruapan. Para la salvaguarda del conjunto principal se propuso un segundo cambio de trazo en el sitio de Lagunillas, ya que Pulido *et al.* (1997) habían propuesto un desvío para evitar la destrucción de una *yácata* de planta mixta. Asimismo, se realizaron excavaciones encaminadas al registro de los contextos que quedarán, de cualquier manera, protegidos por terraplenes que soportarán la nueva gaza de distribución. En La Alberca, por otra parte, se realizaron excavaciones intensivas a lo largo del eje de trazo para recuperar y registrar los contextos conservados de época prehispánica.

El resto de sitios se encuentra fuera del área de afectación; no obstante, se propusieron acciones de supervisión y vigilancia en los más cercanos a trazos y áreas de obras colaterales durante la ejecución de los trabajos constructivos, si bien hasta el momento aún no se llevan a cabo.

Descripción

Primera subregión fisiográfica: vertiente sur del lago de Pátzcuaro

Ubicada en la vertiente sur del lago, esta subregión de clima templado subhúmedo con lluvias en

verano está surcada por macizos montañosos con escurrimientos superficiales de temporal, donde aún prevalecen áreas boscosas de coníferas (pináceas) y encinos (*Quercus*) como vegetación predominante y pastizales como secundaria. En las proximidades del lago se pueden observar lirios, palmeras y juncos, además de la chuspata (*Typha latifolia*) —tule, que a la fecha se emplea para la elaboración de canastos y artesanías típicas de Pátzcuaro.

La fauna que habita la zona boscosa está representada principalmente por zorrillos (*Mephitis macroura* y *Spilogale putorius*), tlacuaches (*Didelphis virginiana*), tejones (*Nasua nasua*), ardillas (*Sciurus aureogaster*, *Spermophilus variegatus* y *Glaucmys volans*), conejos (*Sylvilagus floridanus* y *cunicularius*) y zorras grises (*Urocyon cinereoargenteus*), entre otros, mientras el lago lo habita el famoso pez blanco (*Chirostoma estor*, en peligro de extinción), así como charales (*Chirostoma* spp.) y otras especies, incluidas algunas introducidas recientemente, como lobina negra (*Micropterus salmoides*), acumara (*Algansea lacustris*) y carpa (*Ctenopharyngodon idella*, *Carassius auratus* y *Cyprinus carpio*). Hoy en día la economía de los habitantes de la cuenca depende sobre todo de las especies acuáticas, pues en su mayoría están dedicados a la pesca, actividad que se remonta a la época prehispánica y que durante el imperio tarasco-uacúsecha fue controlada directamente por el cazonci.²

La geología data de la era del Cenozoico³ y está compuesta por rocas ígneas extrusivas, principalmente por basaltos y brechas volcánicas básicas del periodo Cuaternario; en tanto la edafología está conformada por suelos de textura fina, el primario clasificado como luvisol y el secundario como andosol.

Citaremos como antecedentes arqueológicos de esta subregión los sitios identificados con motivo de la construcción de la carretera Pátzcuaro-Uruapan (Pulido *et al.*, 1997), que corresponden

² De acuerdo con la *Relación de Michoacán* (1977: 175), el *aururi* era el encargado de regular la pesca obtenida con red y presentarla ante el cazonci y demás señores que ejercían el gobierno entre los tarascos.

³ Cenozoico, era geológica también conocida como Terciaria, que comenzó hace 65.5 millones de años y se prolonga hasta la actualidad. Comprende los periodos Paleógeno, Neógeno y Cuaternario.

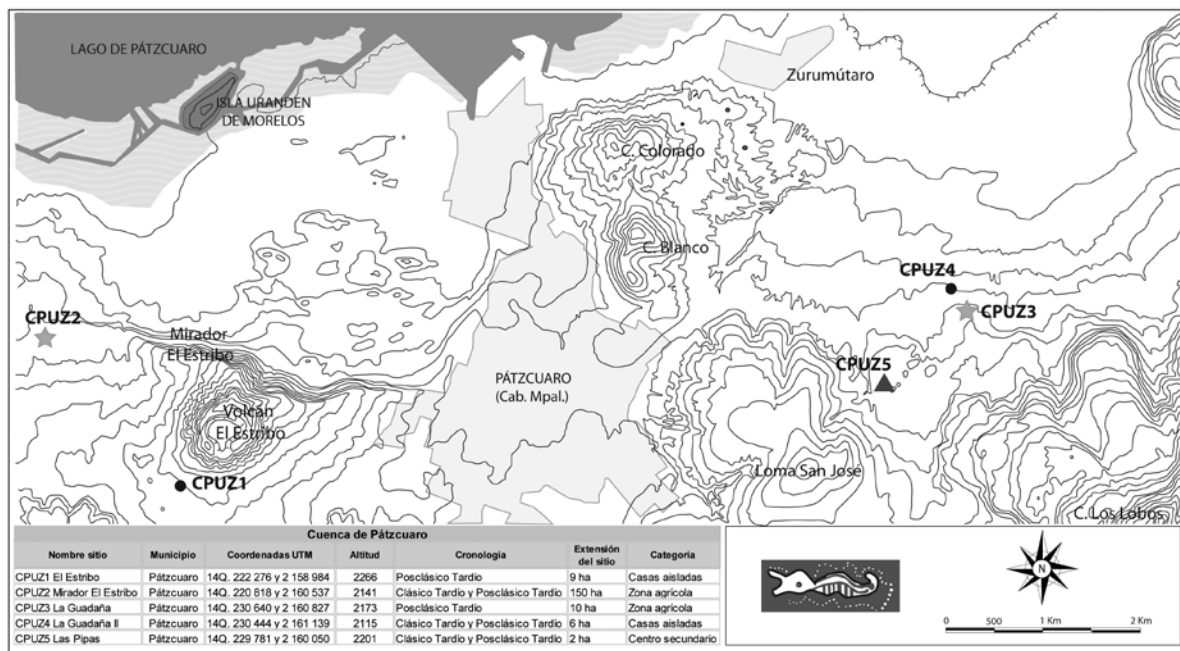


Fig. 2. Subregión Vertiente Sur de Lago de Pátzcuaro y los nuevos sitios arqueológicos identificados. Carta topográfica INEGI 1:50 000, E14A22 Pátzcuaro.

a dos sitios con estructuras y tres concentraciones de material fechados para el Posclásico. De los sitios que presentan arquitectura sobresale el de Las Trojes, donde —además de tres montículos— se conserva la evidencia de una cancha para el juego de pelota. Así mismo se identificaron cinco concentraciones de material del Posclásico tardío, una de ellas con evidencia también del Preclásico, durante los trabajos de salvamento Gasoducto Yuriria-Uruapan (Silva, 1982; Moguel y Silva, 1986).

Al oriente de la actual ciudad de Pátzcuaro, y sureste de la población El Manzanillal, se localiza el sitio La Guadaña II (fig. 2), identificado en superficie como un campo de cerámica, lítica tallada y fragmentos de utensilios de molienda sobre el piedemonte al noroeste del cerro Los Lobos, con una extensión aproximada de 6 ha.

Su ocupación data del Clásico tardío, representado principalmente por el tipo diagnóstico Tres Palos rojo sobre crema, aunque su ocupación principal corresponde al Posclásico tardío. El estudio de la cerámica de este último periodo revela el carácter doméstico del asentamiento, formado

probablemente por un conjunto de casas de habitación permanente, cuyos grupos domésticos —que debieron pertenecer al estrato de los comunes durante el gobierno del linaje tarasco-uacú-secha—⁴ estaban dedicados esencialmente a la actividad agrícola desarrollada en las terrazas construidas en las estribaciones del propio cerro Los Lobos, donde aún se conservan muros de contención de hasta un metro de altura y cubren una extensión aproximada de 10 ha, lugar al que hemos designado como La Guadaña.

Al poniente de la ciudad de Pátzcuaro, y suroeste de Santa Ana Chapitiro, se encuentra el sitio El Estribo, con material arqueológico fechado en el Posclásico tardío emplazado sobre una superficie de 9 ha en el piedemonte suroeste del cerro homónimo.

Su distribución nos permite inferir la probable existencia de un conjunto de casas con grupos

⁴ Grupo doméstico: conjunto de personas que comparten vínculos de consanguinidad o parentesco, establecen relaciones complejas basadas en el interés económico, afectivo o de otro tipo, y cohabitan en una residencia común (Hernández, 2012; Mier y Terán y Rabell, 1983).



● Fig. 3 Muros de terrazas agrícolas que aún se conservan desde la zona de aluvión hasta la cresta del cerro Mirador El Estribo.



● Fig. 4. Cerámica diagnóstica Tres Palos Rojo sobre crema de la fase Jarácuaro.

domésticos que estaban dedicados, como en el caso anterior, a la siembra en terrenos localizados unos metros cuesta arriba, en el Mirador El Estribo, donde aún se conservan terrazas que cubren una superficie de 150 ha, las cuales se extienden desde la zona de aluvión hasta la cresta del cerro y guardan simetría con la configuración de esa eminencia topográfica. Los muros que allí se levantan varían entre 0.60 y 1 m de altura, con terraplenes de entre 8 y 12 m de ancho (fig. 3), sobre los que se conservan vestigios de su ocupación durante las fases Jarácuaro (550-600/700 d.C.) y Taríacuri (1350-1525 d.C.)

Las Pipas, enclavado en un pequeño valle intermontano, es otro de los sitios registrados en esta subregión y cuya ocupación data del periodo Clásico tardío, caracterizado principalmente por el tipo diagnóstico Tres Palos rojo sobre crema (fig. 4). Los terrenos llanos sobre los que se extienden sus vestigios fueron aprovechados de nuevo para el asentamiento humano durante el Posclásico tardío, con arquitectura que sugiere que se trata probablemente de un centro secundario conformado por tres edificios de dimensiones pequeñas, con una altura máxima de 1.5 m y alineados de oriente a poniente, con dos de ellos erigidos sobre pequeñas eminencias topográficas (fig. 5).

Los materiales arqueológicos fechados para el Posclásico tardío están emplazados sobre una superficie aproximada de 2 ha, con tipos cerámicos como Querenda blanco sobre crema, Querenda rojo sobre crema o Sipiho gris, entre otros. Destaca la presencia de navajillas prismáticas procedentes de las minas de Zinapécuaro-Ucareo, así como una alta densidad de fragmentos de pipas, de donde deriva el nombre del sitio.

Su ubicación a nivel regional es interesante, ya que se localiza en el puerto del macizo montañoso formado por los cerros Los Lobos y La Cantera, corredor natural que permite la circulación entre las principales ciudades de la cuenca—incluyendo las capitales del imperio—, con el poniente de la Meseta Tarasca y la Tierra Caliente vía Ario de Rosales.

Segunda subregión fisiográfica: norte de la cuenca de Zirahuén

Se localiza al norte del lago y está bordeada por montañas de origen volcánico con numerosos escurrimientos superficiales de temporal que alimentan esta cuenca endorreica. Se conservan todavía extensiones con bosques de coníferas (pináceas) y encinos (*Quercus*), así como especies mesófilas de montaña como vegetación primaria y pastizal como secundaria, mientras en la ribera del lago se desarrollan los juncos y tules (*Scirpus* spp.).

La fauna de la zona boscosa comprende principalmente zorrillos (*Spilogale putorius* y *Mephitis*



Fig. 5 Disposición arquitectónica del sitio CPUZ5 Las Pipas.

macroura), tlacuaches (*Didelphis virginiana*), tejones (*Nasua nasua*), ardillas (*Sciurus aureogaster*, *Glaucomys volans* y *Spermophilus variegatus*), conejos (*Sylvilagus cunicularius*) y zorras grises (*Urocyon cinereoargenteus*), entre otros; a su vez, la fauna que habita el lago está compuesta por pez blanco (*Chirostoma attenuatum zirahuén* y *Chirostoma estor zirahuén*), así como carpas (*Ctenopharyngodon idella*, *Carassius auratus* y *Cyprinus carpio*) y charales (*Chirostoma* spp.). Las especies acuáticas, principalmente el pez blanco, hoy en día también representan una de las principales fuentes de ingresos para la población local.

La geología data del Cenozoico y está representada por rocas ígneas extrusivas, sobre todo de tipo basáltico del Cuaternario. La edafología está

identificada como andosol para los suelos primario y secundario, ambos de textura media. El clima es, al igual que en el resto de la Meseta Tarasca, templado subhúmedo.

Los antecedentes arqueológicos del norte de Zirahuén corresponden a sitios registrados sobre todo por proyectos de salvamento arqueológico, como el Gasoducto, tramo Yuriria-Uruapan (Silva, 1982; Moguel y Silva, 1986) y la carretera Pátzcuaro-Uruapan (Pulido *et al.*, 1997), que corresponden a cinco concentraciones de materiales arqueológicos del Posclásico. El sitio con estructuras más cercano al área lo reportan Pulido *et al.* (1997: 41-42), en el extremo noroeste de la laguna, próximo a la actual población de Copándaro, donde encuentran dos plataformas asociadas a materiales del Posclásico tardío.

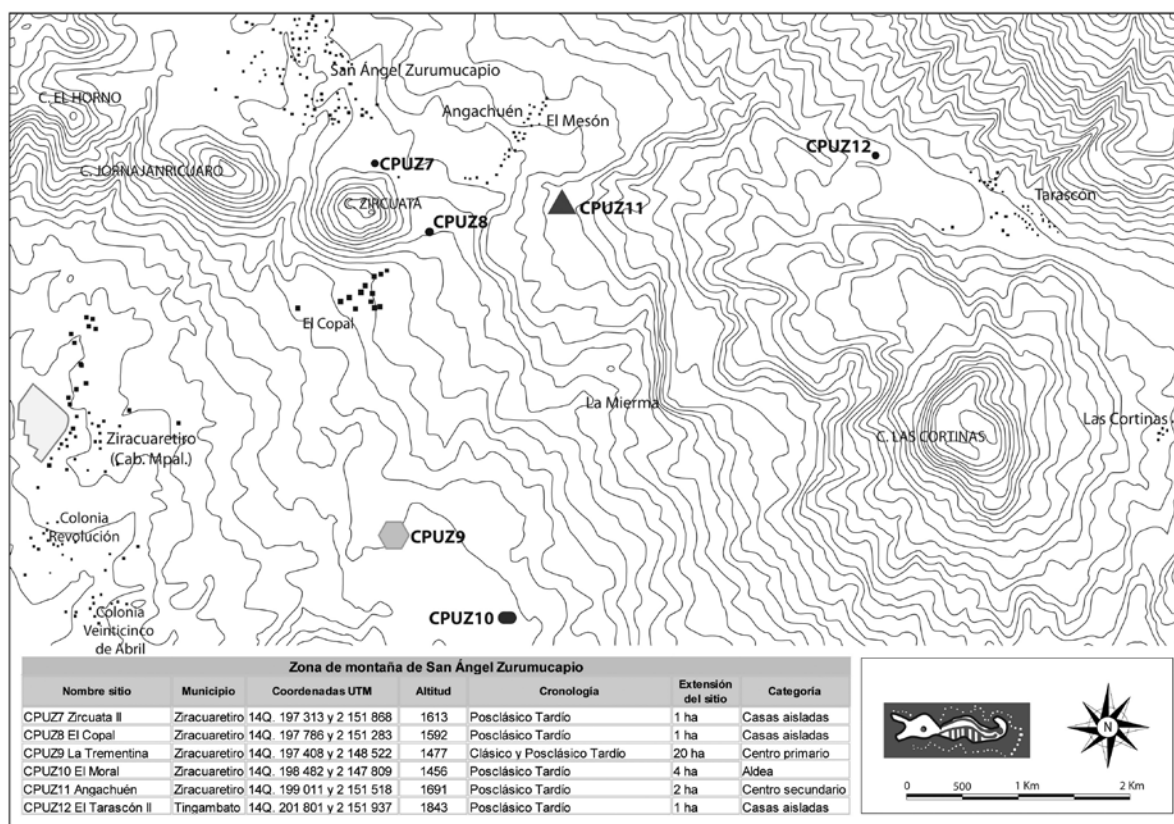


Fig. 6 Subregión Zona de Montaña de San Ángel Zurumucapio con la ubicación de los sitios registrados. Carta topográfica INEGI 1:50 000, E14A31 Taretan.

Más hacia el poniente de la Laguna, al pie sur del Cumburinos, además de los referidos proyectos, también el del Atlas Arqueológico,⁵ registraron cuatro sitios con estructuras del Posclásico tardío; entre ellos destaca Los Encantos de Jujucato, con arquitectura monumental que integra dos *yácatas*, una de planta mixta y otra en forma de T (Pulido *et al.*, 1997: 35-37; Pulido, 2006: 133-135; Cruz *et al.*: 2014: 72-73).

Con el presente proyecto se localizó únicamente el sitio de Ajuno, al pie norte de una pequeña loma ubicada al este del cerro Jujucato o Cumburinos, identificado a partir de una concentración de cerámica, además de restos de apisonados que posiblemente corresponden a los niveles de piso de chozas o casas de época prehispánica que ob-

servamos sobre el corte de un camino de terracería. Las evidencias también están asociadas a un área de terrazas situadas en la ladera norte de la loma.

Los materiales arqueológicos recolectados corresponden al periodo Clásico tardío, principalmente representado por el tipo Tres Palos negro sobre crema, así como al Posclásico tardío, que estadísticamente tienen mayor representatividad en el área, con tipos que señalan su índole doméstico, tales como Tecolote naranjada, Taríacuri café y Taríacuri burdo, con materia prima para su manufactura similar a la observada en la cerámica procedente de los sitios del sur de la cuenca de Pátzcuaro.

Es probable que para este último periodo Ajuno haya sido sólo un caserío dependiente de los tarascos, quizá sujeto de Los Encantos de Jujucato, sitio de mayor jerarquía en la zona a juzgar por

⁵ Información consultada en la Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas e Históricas.

sus características arquitectónicas, principalmente por la presencia de su *yácata* de planta mixta.

Tercera subregión fisiográfica: zona de montaña de San Ángel Zurumucapio

En la zona de montaña al poniente del lago Zirahuén se encuentra una serranía denominada localmente como sierra de Zurumucapio, en la subprovincia del Escarpe Limítrofe del Sur, la cual une dos macizos montañosos: El Jujucato o Cumburinos y El Cobrero, en los que la vegetación predominante está compuesta por bosques de coníferas y mixto, entre la que destacan los encinos (*Quercus* spp.), cedros (*Cedrela* spp.), aile, oyamel y junípero, los cuales hoy en día han sido sustituidos por huertas de aguacate (*Persea americana*), cuyo cultivo provoca la tala inmoderada de los bosques y, en consecuencia, la alteración del ecosistema.

Gatos monteses (*Lynx rufus*), zorrillos (*Spilogale putorius* y *Mephitis macroura*), coyotes (*Canis latrans*), ardillas (*Sciurus aureogaster* y *Spermophilus variegatus*), palomas (*Columba livia*) y patos (*Anas* spp.) son algunas de las especies faunísticas que todavía se preservan en esta área de clima cálido subhúmedo, cuya geología está conformada por rocas ígneas extrusivas de tipo basáltico y brechas volcánicas básicas del periodo Cuaternario; en tanto, su edafología la constituyen andosoles de textura media para los suelos primario y secundario.

Como antecedentes arqueológicos se cuenta con el registro de cinco concentraciones de material arqueológico del Posclásico registrados por Pulido *et al.*, (1997: fig. 2) entre las actuales poblaciones de San Ángel Zurumucapio y El Mesón.

Esta zona es un paso de montaña irrigado por varios afluentes de temporal, tales como Las Cruces y Agua Escondida, donde se registraron otros cuatro asentamientos pequeños —quizá grupos de casas—, construidos sobre las laderas de los cerros en el Posclásico tardío, además de dos centros cívico-ceremoniales: la Trementina, con ocupación que data desde el Clásico tardío, y Angachuén, del Posclásico tardío.

En primer lugar abordaremos lo relativo a La Trementina, sitio que en términos arquitectónicos es el de mayor complejidad de los registrados no sólo en esta subregión, sino del proyecto en general. Con la finalidad de comprender algunas de las características observadas a nivel de superficie y poder contextualizarlo en nuestra área de estudio, haremos una breve alusión al escenario social del que era partícipe su población durante el Clásico.

Las investigaciones arqueológicas realizadas en el occidente de Mesoamérica han aportado evidencias sobre un importante incremento poblacional precisamente durante el horizonte Clásico —y por ende, del establecimiento de nuevas áreas de habitación—, así como del surgimiento de algunos centros cívico-ceremoniales con trazos ortogonales que difieren al mismo tiempo de los del Preclásico, tales como Teuchitlán o Chupícuaro, ambos en la cuenca del río Lerma. En Michoacán, estos nuevos centros presentan claras influencias de Teotihuacán, tales como Tinganio-Tingambato, en la sierra del centro, o Tres Cerritos, en la cuenca de Cuitzeo.

Retomaremos aquí, por su cercanía con nuestra área de estudio, y en particular con La Trementina, el sitio de Tinganio, donde destacan el empleo del talud-tablero entre sus características arquitectónicas, así como dos edificios principales de planta cuadrangular y la cancha para el juego de pelota. La extensión aproximada para el núcleo del sitio es de 300 × 300 m (Oi, 1978: 4), que incluye plataformas con áreas administrativas y de habitación para la élite gobernante; además, hasta ahora se han descubierto dos tumbas (Piña y Oi, 1982; Landa, 2013: 12-15) en las que fue posible recuperar no sólo restos óseos y cráneos trofeo, sino gran cantidad de bienes que fueron depositados a manera de ofrenda, entre ellos, objetos manufacturados con obsidiana, concha marina, pirita, cerámica, piedra verde y turquesa, lo cual da cuenta de las extensas redes comerciales de la época.

Asimismo, se han descubierto en Tinganio tres etapas constructivas, si bien para las dos más recientes se cuenta con mayor información y evidencias. La etapa intermedia corresponde a elementos arquitectónicos con el empleo del talud-tablero, que en algunas de las estructuras quedó cubierto con la tercera etapa, cuando se construyeron muros

verticales, pero en la que predomina —sobre todo— la introducción del patio hundido (Oi, 1978: 111). Para estos autores, la implementación del patio hundido podría estar relacionada con la cultura de El Bajío durante el periodo 300-650 d.C., al igual que ya lo había hecho Braniff (2010: 86), quien encuentra una gran similitud entre la distribución arquitectónica de los elementos en relación con el patio hundido de Tinganio y la tradición de El Bajío, sin dejar de subrayar su asociación con el centro de México, especialmente con Teotihuacán.

Si nuestra lectura es correcta, es probable que la tercera etapa constructiva no esté presente en toda el área nuclear, por lo que ambos estilos arquitectónicos se combinan. Esta confluencia de las posibles dos tradiciones en Tinganio: talud-tablero teotihuacano y patio hundido de El Bajío es muy sugerente, ya que Cárdenas (2015) señala que precisamente hacia 400-700 d.C. no se han encontrado en El Bajío evidencias que sugieran interacción con Teotihuacán.

Ya en la década de 1980 Piña Chan había propuesto dos ocupaciones en el sitio: la primera hacia 450-600 d.C. y la segunda hacia 600-900 d.C., lo cual también concuerda con lo ahora planteado por Braniff (2010: 86) respecto de la forma en planta de la cancha para el juego de pelota, ya que propone su construcción hasta 800-900 d.C., en la que destacaremos, sin embargo, el empleo del talud-tablero en los cabezales.

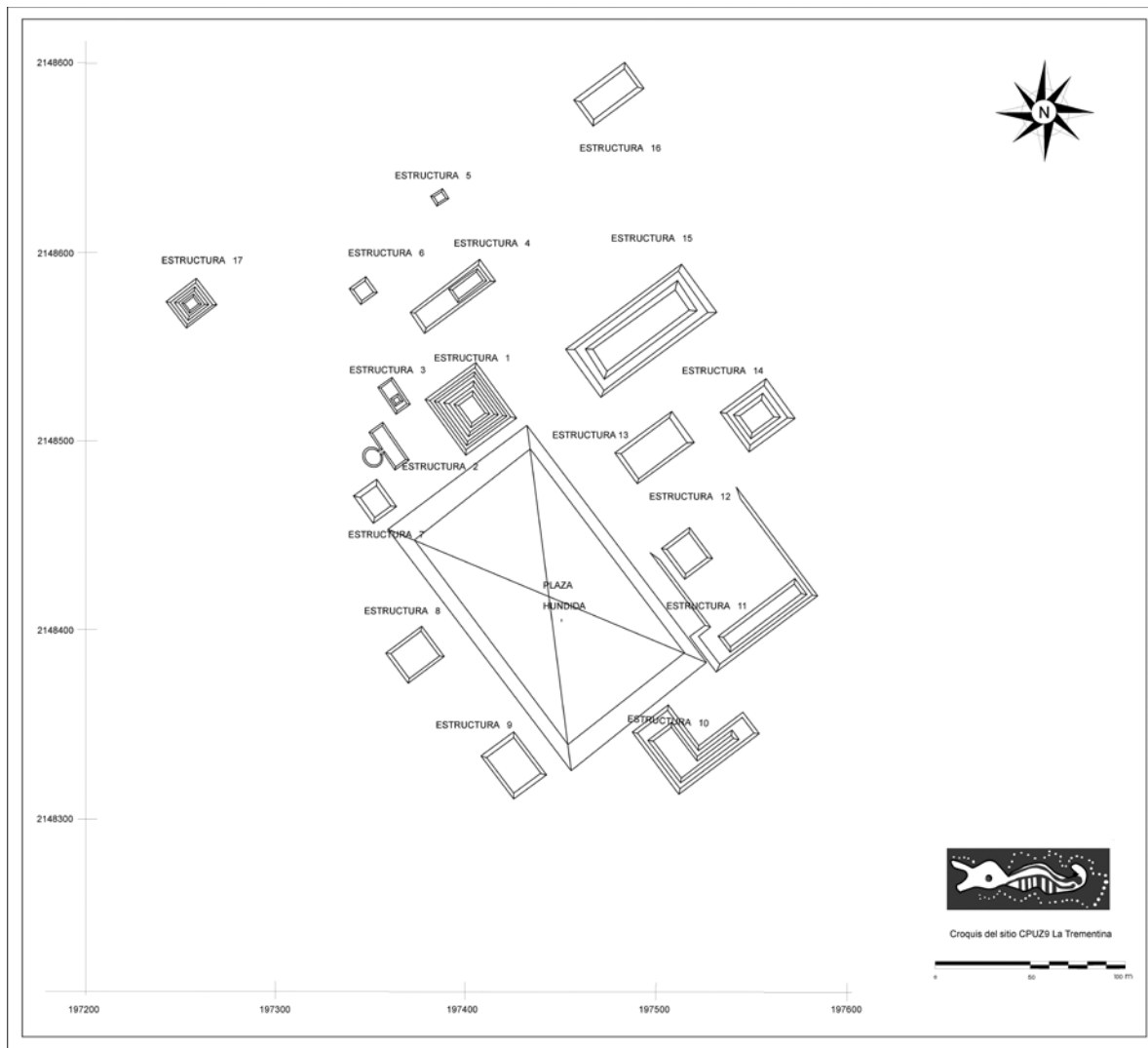
El sitio de Loma Alta en la ciénega de Zacapu, construido sobre una antigua isla de baja altura con una extensión de 200 × 200 m, también lo retomaremos como antecedente para la descripción del sitio La Trementina, localizado en la subregión a la que ahora hacemos referencia. Aunque la complejidad arquitectónica de Loma Alta plasmada en planos magnéticos (Carot, 2013: 154-158) supera por mucho la de Tinganio, revela que para los primeros siglos de nuestra era —sobre todo en el apogeo del sitio, esto es, hacia 350-550 d.C.— se construye en la porción central un conjunto arquitectónico con patio hundido y altar central. Carot señala, así mismo, la alternancia de patrones cuadrangulares y circulares en el asentamiento, lo cual también equipara con la tradición de El Bajío.

Bajo este panorama general, las investigaciones futuras en el sitio de La Trementina se podrán encaminar a la comprensión de la dinámica social durante el horizonte Clásico en Michoacán, y en particular en la Meseta Tarasca, pues justo ahí —de acuerdo con los elementos y distribución arquitectónica observable en superficie— es donde inferimos su edificación y apogeo en ese periodo.

Situado 3 km al sureste del actual pueblo de Ziracuaretiro, sobre un valle intermontano delimitado al oriente y al norte por el cerro Las Cortinas y al sur por el macizo montañoso del cerro El Cobrero, en La Trementina destacan un edificio de planta cuadrangular con altura mayor a 10 m y una plaza hundida de 160 × 70 m, elementos que rigen la distribución arquitectónica del asentamiento, conformada por varios conjuntos y algunas estructuras aparentemente dispersas dentro de un área de 300 m en su eje este-oeste y 350 m en el norte-sur (fig. 7).

El sistema constructivo de la estructura principal consiste en un núcleo de piedras con tierra que fue recubierto con hiladas de lajas colocadas horizontalmente de forma sobrepuesta y cuatrapeada hasta alcanzar la altura deseada. Más tarde, en el Posclásico tardío, las lajas son utilizadas para formar los cuerpos escalonados de muchos de los monumentos construidos por los tarascos, que después eran recubiertos por losas cuadrangulares de roca volcánica con o sin grabados, denominados comúnmente “janamos”, como en el caso emblemático de Tzintzuntzan (Cabrera, 1987: 535-538). Asimismo, sobresale la construcción de plataformas en L, sobre las que se erigen edificios probablemente de carácter administrativo o habitacional.

La distribución arquitectónica, la organización en torno a la gran plaza hundida, además de la presencia del tipo cerámico Cobrero guinda sobre crema que guarda una estrecha similitud estilística con el tipo diagnóstico Tres Palos rojo sobre crema de la fase Jarácuaro del Clásico —con decoración consistente en bandas en el borde o hacia la parte media de los cuerpos de las vasijas sobre una capa de engobe de color crema—, así como la presencia de algunas navajas de obsidiana de color verde —que sugieren la inserción del sitio



© Fig. 7 Sitio arqueológico CPUZ9 La Trementina, localizado al sureste del actual Ziracuaretiro.

en las redes comerciales a larga distancia—, son elementos que nos permiten correlacionar la ocupación de La Trementina con el horizonte Clásico e inferir las transformaciones experimentadas en esta región suroeste de la Meseta Tarasca que develan una mayor jerarquización social, con la implementación de arquitectura más elaborada, con edificios dedicados a actos ceremoniales, actividades administrativas y con trazos ortogonales, así como la adopción de los nuevos estilos cerámicos, y que Pollard (1995: 35) ya ha referido para Michoacán en lo general.

Durante el Posclásico temprano la ocupación de La Trementina quizá está vinculada a grupos tarascos del linaje aparicha, al cual pertenecen Zurunban y Naca, personajes citados en la *Relación de Michoacán* —y a los que a continuación haremos referencia.

Ziracuaretiro, topónimo de origen purépecha que significa “lugar donde termina la tierra fría”, es mencionado en la *Relación de Michoacán* durante el relato de las hazañas de Tariácuri en un periodo que podríamos establecer entre la segunda mitad del siglo XIV y primer cuarto del XV.

Ziriquaretiro, como lo llaman en la *Relación*, debió de haber sido un lugar de importancia como para conservarlo en la memoria del grupo y perpetuarlo a través de la tradición oral. La monumentalidad de La Trementina y su cercanía con la población actual de Ziracuaretiro nos han llevado a suponer que puede ser el Ziriquaretiro comprendido en la travesía del sacerdote Naca —emisario de Zurumban, entonces señor de Taríaran— para hacer frente a la empresa conquistadora de Taríacuri.

De acuerdo con el análisis histórico realizado por Espejel (2008: 125), el camino que siguió Naca comienza en Taríaran y culmina en Ziriquaretiro, y está relacionado con el momento en que Taríacuri tiene sitiada la isla de Xarácuaro en el Lago de Pátzcuaro, por lo que Caricaten, señor de la isla, solicita el auxilio de Zurumban, oriundo de Xáraquaro y entonces señor de Taríaran. Por ello Zurumban envía a Naca a hacer gente de guerra.

Con ese propósito comienza su recorrido y pasa por un poblado llamado Sirauén, donde se entrevista con Quarácuri, señor del poblado, a quien le informa sobre su misión. Una vez que Naca ha partido, Quarácuri, aliado de Taríacuri, envía a un sacerdote para alertarlo, con lo que Taríacuri planea una emboscada para Naca por medio del mensajero de Quarácuri, quien le comenta sobre los caminos que Naca puede tomar para proseguir con su recorrido: “Dice, señor, tu hermano [Quarácuri], que por qué camino has de volver, porque hay dos caminos, que es un poco lejos por el que veniste por *Ziriquaretiro* y que no es lejos el camino por *Xanoato-hucatzio* que va por *Curimizúndiro*”. A lo que Naca responde: “Así es la verdad, que es lejos por donde vine, que nosotros ¿a quién tenemos miedo? Como no estamos de continuo en guerra y es arroteo por allí, dile que yo tomaré puerto en *Xanoato-hucatzio* [...], y que me salga allí al camino, y yo iré a comer allí. Esto le dirás” (Alcalá, 1977: 52).

Investigaciones ulteriores en La Trementina serán claves para abonar en el estudio de su establecimiento en el horizonte Clásico, por cuya monumentalidad y extensión debió haber fungido como un sitio rector de los asentamientos localizados al pie del Cerro El Cobrero y en la serranía de Zurumucapio, quizá inclusive con la misma

jerarquía que Tinganio-Tingambato, y rivalizando con su poderío al menos en el paso de montaña formado al oriente del Cumburinos y El Cobrero. Cabe resaltar que ambas ciudades comparten una característica en cuanto a su ubicación en el paisaje, pues fueron erigidas en terrenos llanos o con pendientes muy suaves, formados entre la serranía e irrigados por afluentes de temporal.

Más tarde, en el Posclásico tardío, La Trementina fue conquistada por los uacúsecha, quienes edificaron una *yácata* de planta mixta frente a la fachada de acceso del edificio principal como símbolo de poder y dominio del nuevo linaje gobernante, aunque de dimensiones más modestas que las construcciones del Clásico.

Para este periodo, La Trementina es abastecida de obsidiana procedente de las fuentes de Ucareo-Zinapécuaro, con ejemplares que corresponden principalmente a navajillas prismáticas, concordante con lo que sucede para la Cuenca de Pátzcuaro, pues las actividades relativas a su explotación y a la importación de los bienes estaban controladas de manera directa por los uacúsecha, sobre todo las relacionadas con la manufactura de navajillas prismáticas.

Su intervención también ayudará a develar el probable asentamiento de grupos tarascos de diferente linaje en el Posclásico y la transición o toma del poder por la élite descendiente de Taríacuri, con la consiguiente erección de uno de sus máximos símbolos de poder: la *yácata* de planta mixta.

Angachuén es otro de los sitios con arquitectura monumental del Posclásico Tardío situado en la subregión de Zurumucapio. Construido sobre una pequeña mesa en el escarpe de la ladera noroeste del cerro Las Cortinas, tiene una distribución que denota una fuerte adhesión a la tradición mesoamericana con edificios erigidos sobre dos amplias plataformas y organizados en torno a una plaza, con una orientación general norte-sur.

Con forma de L, la plataforma norte alberga al edificio principal en su extremo sureste. Se trata de un edificio piramidal de planta rectangular con acceso hacia el poniente que conserva una altura aproximada de 3.50 m. En la plataforma sur se localizan dos edificios de menores dimensiones dispuestos al oriente (fig. 8) y poniente de la plaza



© Fig. 8 Edificio oriente o Estructura 3 del sitio CPUZ11 Angachuén.

que domina al conjunto. Justo en el centro de dicha plaza, y asociado a estos últimos edificios, se erige un primer altar, en tanto un segundo se levanta hacia el noreste, asociado más bien al edificio principal.

Su filiación cultural la hemos identificado plenamente como tarasca, con presencia de cerámica del linaje uacúsecha, además de algunos fragmentos de vasijas provenientes de la Cuenca de Pátzcuaro. El abastecimiento de navajillas prismáticas de obsidiana procedente de las minas de Ucareo también señala su inclusión en las redes de comercio controladas por el mencionado linaje.

Su ubicación en pisos altitudinales sugiere la elección del escarpe para construir Angachuén como una medida estratégica durante su empresa conquistadora y como control del paso de montaña formado entre los cerros Cumburinos y El Cobrero con dirección hacia el actual Tomendán y al Plan de la Tierra Caliente, pueblos que más tarde fueron sojuzgados para apropiarse —sobre todo— de recursos naturales que los uacúsecha tenían en mucha estima y que eran particularmente apreciados por el cazonci: cobre, frutos y plumas, entre otros.

Cuarta subregión fisiográfica: valle de Ziracuaretiro

El valle de Ziracuaretiro es una región intermontana, de morfología alargada, dispuesto de norte

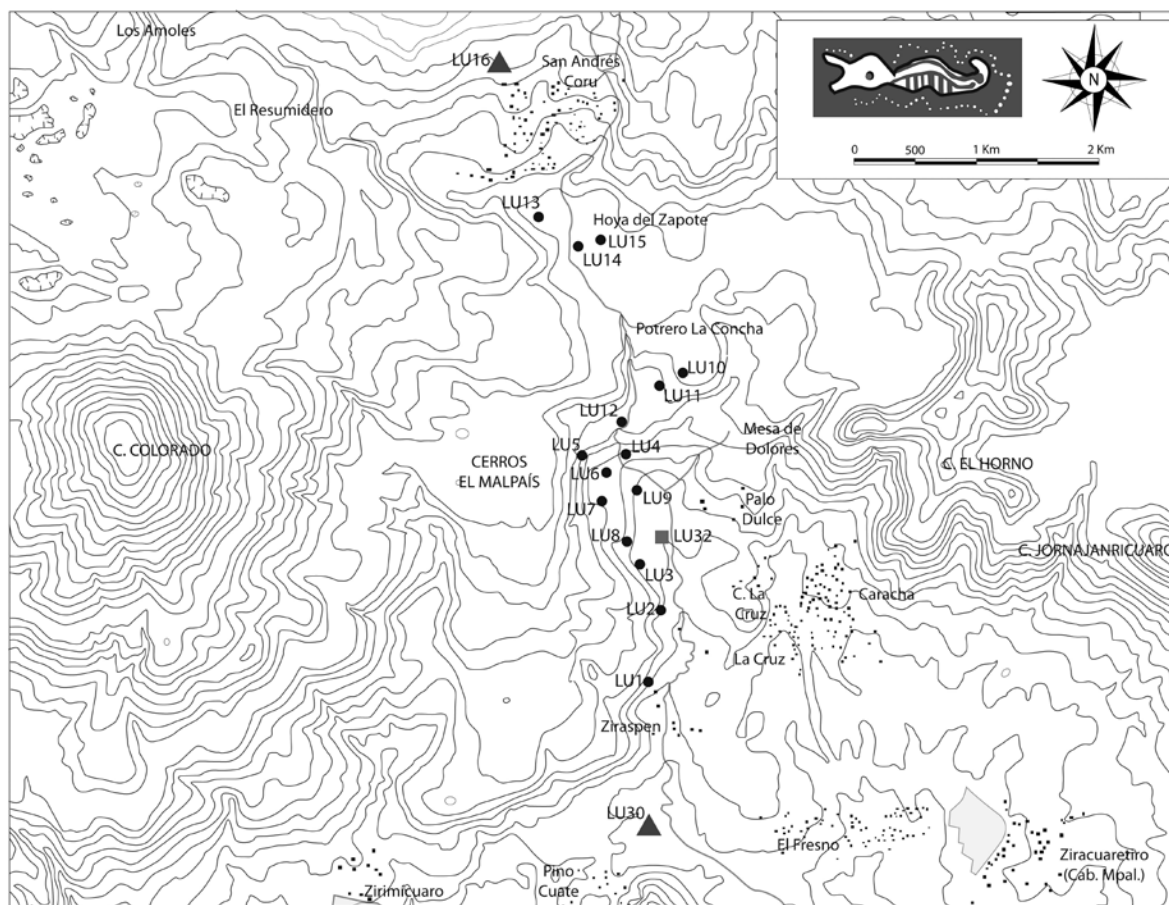
a sur y alimentado principalmente por el río El Ortigal-Acúmbaro. En sus orígenes, en el macizo montañoso del cerro El Agua, el valle es estrecho y la cañada profunda; aguas más abajo, donde surgen los manantiales de los cerros El Malpaís, el terreno tiende a presentar una pendiente más tenue y se hace más ancho conforme alcanza el área de transición climática entre la Meseta Tarasca y el Plan de la Tierra Caliente. Es en el límite sur de este pequeño valle donde el clima se torna más cálido, característica que le vale el nombre de Ziracuaretiro, es decir, “lugar donde termina la tierra fría”.

La flora manifiesta esta transición, pues si bien se pueden encontrar especies que pertenecen a los bosques de pinos (*Pinus* spp.) y encinos (*Quercus* spp.), en las laderas de las montañas que rodean al valle también hay especies de climas más cálidos, como sauces (*Salix* spp.), ceibas (*Ceiba* spp.), cedros (*Cedrela* spp.), parotas (*Enterolobium cyclocarpum*) y tepeguajes (*Lysiloma Acapulcensis*). La fauna se conforma por venados (*Odocoileus virginianus*), conejos (*Sylvilagus cunicularius*), coyotes (*Canis latrans*), tejones (*Nasua nasua*), zorros (*Urocyon cinereoargenteus*), tlacuaches (*Didelphis virginiana*) y ardillas (*Sciurus aureogaster*), entre otros.

Rocas ígneas extrusivas del tipo basáltico conforman la geología de la subregión y están fechadas en el Cuaternario de la era Cenozoico. La edafología está representada, en forma respectiva, por suelos de tipo leptosol y andosol como primario y secundario, ambos de textura media.

Dos sitios con estructuras del Posclásico tardío fueron registrados por Pulido *et al.* (1997) y Grave (1998), así como cinco concentraciones de material del Posclásico, todos localizados en la porción sur de esta subregión. Con el proyecto Atlas se registró una concentración de material en la porción media, y hacia el norte, en la población de San Andrés Corú y sus proximidades, se identificaron tres sitios con estructuras y una concentración de material; todos carentes de cronología asignada.

Siguiendo la vega del río El Ortigal-Acúmbaro, con transiciones climáticas que van de cálido subhúmedo a semicálido subhúmedo y a semicálido húmedo, con este proyecto se registraron



○ Fig. 9 Subregión Valle de Ziracuaretiro con la ubicación de los sitios identificados. Carta topográfica INEGI 1:50 000, E14A31 Taretan.

18 sitios (figs. 9 y 10); de éstos, los más relevantes —por sus evidencias arquitectónicas— son Lagunillas, Palo Dulce y La Rosita, mientras el resto son casas aisladas del Posclásico Tardío con distribución dispersa construidas principalmente sobre la ladera media de los Cerros El Malpaís, aunque también se conservan restos de casas sobre terrenos dispuestos en el valle, con dos de ellas asociadas a manifestaciones gráfico-rupestres.

El sitio de Lagunillas fue reportado y excavado primero por Pulido *et al.* (1997) y más tarde por Grave (1998), quienes practicaron unidades intensivas y extensivas de excavación en áreas potenciales para la interpretación del sitio; eso incluye el edificio principal, una *yácata* de planta mixta. En esta tercera intervención se realizó un reconocimiento general del extremo sur del valle, la zona

más cálida y donde se encuentran, asociados a pequeñas lagunas que le dan nombre al sitio, los vestigios de época prehispánica, con la finalidad de establecer los límites del asentamiento. Aun cuando el reconocimiento no pudo completarse, se identificaron nuevas unidades domésticas dispuestas sobre el malpaís que rodea las lagunas, así como algunas asociadas a actividades rituales con presencia de *yácatas*.

De acuerdo con la distribución de los diferentes elementos arquitectónicos de carácter monumental, podemos proponer —de modo tentativo— que el sitio está conformado por al menos dos grupos, diferenciados entre sí de manera muy clara:

- Conjunto A, donde se encuentra la *yácata* principal del sitio con planta mixta, aso-

Nombre sitio	Municipio	Coordenadas UTM	Altitud	Cronología	Extensión del sitio	Categoría
LU1 Zirapen II	Ziracuaretiro	14Q. 1911672 y 2 150 766				
LU2 La Cruz	Ziracuaretiro	14Q. 191 763 y 2 151 355	1429	Posclásico tardío	1 ha	Casas aisladas
LU3 El Ortigal	Ziracuaretiro	14Q. 191 595 y 2 151 737	1445	Sin definir	1 ha	Casas aisladas
LU4 El Quelite II	Ziracuaretiro	14Q. 191 481 y 2 152 619	1487	Posclásico tardío	0.25 ha	Casas aisladas
LU5 El Malpais	Ziracuaretiro	14Q. 191 121 y 2 152 621	1531	Posclásico tardío	0.15 ha	Casa aislada
LU6 El Malpais II	Ziracuaretiro	14Q. 191 315 y 2 152 475	1480	Clásico V Posclásico tardío	0.04 ha	Casa aislada
LU7 El Malpais III	Ziracuaretiro	14Q. 191 277 y 2 152 247	1485	Posclásico tardío	0.05 ha	Casa aislada
LU8 El Malpais IV	Ziracuaretiro	14Q. 191 492 y 2 151 918	1462	Clásico V Posclásico tardío	0.15 ha	Casas aisladas
LU9 El Malpais V	Ziracuaretiro	14Q. 191 566 y 2 152 333	1455	Posclásico tardío	0.05 ha	Casa aislada
LU10 La Trascuila	Ziracuaretiro	14Q. 191 937 y 2 153 309	1564	Posclásico tardío	7 ha	Casas aisladas
LU11 El Llano	Ziracuaretiro	14Q. 191 753 y 2 153 185	1541	Clásico V Posclásico tardío	5 ha	Casas aisladas
LU12 La Concha	Ziracuaretiro	14Q. 191 435 y 2 152 891	1527	Posclásico tardío	2 ha	Casas aisladas
LU13 Cantón	Ziracuaretiro	14Q. 190 763 y 2 154 550	1624	Posclásico tardío	0.64 ha	Casas aisladas
LU14 Cantón II	Ziracuaretiro	14Q. 191 083 y 2 154 326	1619	Posclásico tardío	1.5 ha	Casas aisladas
LU15 El Retiro	Ziracuaretiro	14Q. 191 272 y 2 154 377	1631	Posclásico tardío	1 ha	Casas aisladas
LU16 La Rosita (Atlas)	Ziracuaretiro	14Q. 190 451 y 2 155 802	1765	Posclásico tardío	4 ha	Centro secundario
LU30 Lagunillas	Ziracuaretiro	14Q. 191 675 y 2 149 594	1368	Clásico-Posclásico tardío	72 ha	Centro secundario
LU32 Palo Dulce	Ziracuaretiro	14Q. 191 769 y 2 151 929	1443	Posclásico tardío	5 ha	Centro secundario

● Fig. 10 Lista de sitios arqueológicos localizados en la subregión del valle de Ziracuaretiro.

ciada a una gran plaza y una plataforma habitacional que fueron intervenidos por Pulido y su equipo (Pulido *et al.* 1997: 50-65).

- Conjunto B, formado por una *yácata* de planta rectangular con un altar al frente y una plataforma habitacional de delimitan una plaza, y que fueron intervenidas por quienes suscriben (fig. 11).

Los materiales (fig. 12) y los sistemas de la última etapa constructiva corresponden al Posclásico tardío, aunque existe evidencia de una ocupación continua desde el Clásico tardío. El tipo diagnóstico Tres Palos rojo sobre crema —así como varios tipos de manufactura local con decoración en rojo sobre café, y obsidiana que denota redes de comercio a larga distancia, incluyendo navajillas prismáticas de color verde botella— están asociados a este primer periodo. El Posclásico temprano está representado en menor medida; sin embargo, destaca la presencia del tipo Copujo rojo y blanco sobre crema, cuya procedencia se sitúa en la Cuenca de Pátzcuaro.

La ocupación de Lagunillas en el Posclásico tardío está identificada con el linaje uacúsecha, donde la creación y articulación de los elementos arquitectónicos y espacios abiertos es común a la de los centros urbanos con presencia del Estado tarasco. En Lagunillas, al menos los Conjuntos A y B presentan un patrón de distribución en el que destacan tres elementos: un templo, un palacio y una plaza, aun cuando debe subrayarse que, en el Conjunto B, frente al templo principal se erige un altar que estuvo decorado con bloques labrados con motivos antropomorfos, zoomorfos y geométricos.

De acuerdo con la interpretación de algunos de los principales elementos arquitectónicos mencionados en la *Relación de Michoacán*, podemos reconocer en estos conjuntos la presencia de “la casa del águila”; es decir, el templo dedicado en primer lugar a Curicaveri, la deidad tutelar de los uacúsecha, y el palacio o la casa de los señores gobernantes, la denominada “casa de los papas” en la *Relación* (Cruz *et al.*, 2014: 81).

Entre los hallazgos realizados durante la última temporada de exploraciones arqueológicas se descubrieron enterramientos humanos al pie del tem-

plo y del altar del Conjunto B, con ajuar funerario y características de deposición que nos sugieren que sus rituales de enterramiento fueron muy similares a los también descritos en la *Relación de Michoacán* para efectuar las exequias de los gobernantes. Lo anterior nos ha llevado a proponer que los señores de Lagunillas pudieron haber sido descendientes directos del linaje uacúsecha y que el sitio fue un centro rector del valle de Ziracuaretiro, con una categoría tan sólo menor a la de las capitales del Estado tarasco (Cruz *et al.*, 2014: 87).

El siguiente sitio en importancia por su arquitectura es Palo Dulce, el cual se encuentra sobre una planicie en el margen izquierdo del río El Ortigal-Acúmbaro, donde se erige una *yácata* de casi tres metros de altura con un altar ubicado al noreste. Su ocupación data del Posclásico tardío, con cerámica de filiación tarasca y que tal vez era dependiente de Lagunillas. La presencia de fragmentos de obsidiana procedente de las minas de Zinapécuaro y Ucareo también sugiere su inserción en las redes de comercio y abastecimiento que prevalecían durante ese periodo, las cuales eran controladas de manera directa por el cazonci desde la Cuenca de Pátzcuaro.

Siguiendo la vega del río llegamos al extremo más septentrional del valle, donde se encuentra el actual poblado de San Andrés Corú, al pie del cerro El Agua. Asentado sobre antiguas rutas o caminos reales, como lo atestigua la crónica de *madame* Calderón de la Barca en su tránsito de Pátzcuaro a Uruapan (1977: 520-521), es probable que San Andrés Corú tenga una larga secuencia de ocupación: al haber sido a ruta de tránsito obligado para arrieros y viajeros, ha permanecido comunicado por distintos medios, incluyendo vías férreas y la primera carretera de la zona en épocas más recientes.

También se encuentra sobre asentamientos de época prehispánica, entre ellos el ya mencionado Proyecto Atlas Arqueológico, con el nombre de La Rosita. Sus evidencias más completas se encuentran en la parte plana de una loma al norte del poblado, con dos áreas de arquitectura bien diferenciadas. El conjunto sur, incluido en el Atlas, consiste en dos edificios con orientación general norte-sur y que tal vez corresponden al complejo templo-altar, mientras el conjunto norte,

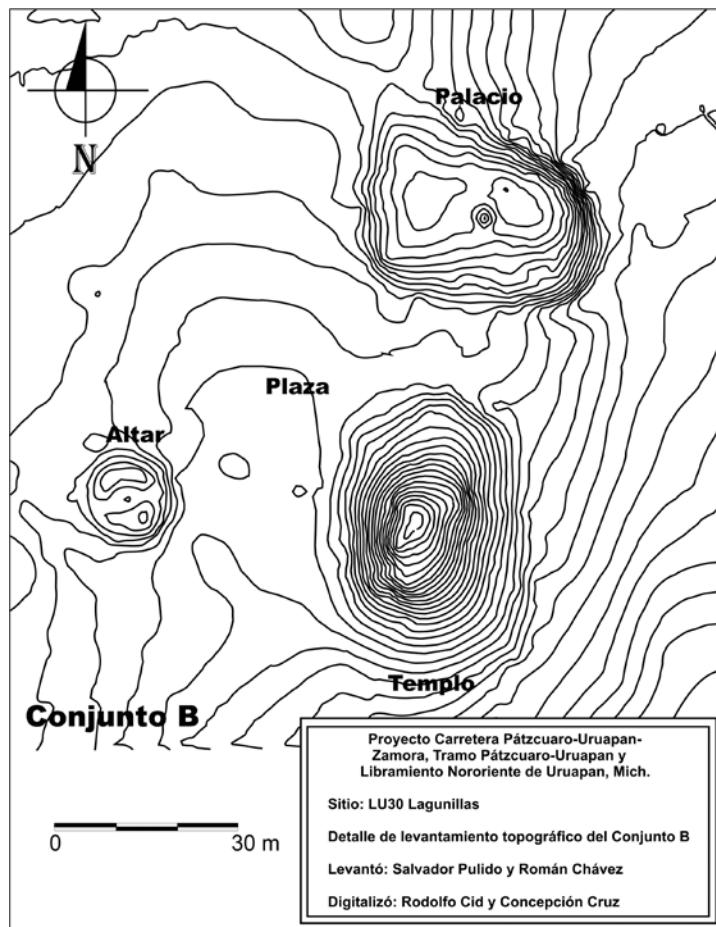


Fig. 11 Conjunto B de LU30 Lagunillas. Levantamiento topográfico en el que se muestran sus principales elementos arquitectónicos.

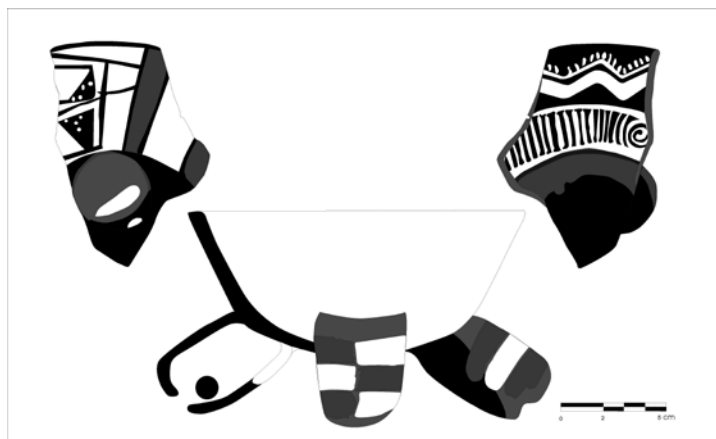


Fig. 12 Ejemplo de la cerámica del Posclásico tardío recuperada de las excavaciones en el sitio LU30 Lagunillas.

localizado por este proyecto, está conformado por una cancha de juego de pelota en parte destruida, pero en la que todavía se pueden observar las plataformas laterales y los cabezales dispuestos en I, que delimitan el área de juego con 50 m de largo por 10 m de ancho (fig. 13).

Este componente arquitectónico marca la diferencia con otros sitios identificados en nuestro recorrido, pues en ningún otro observamos vestigios que indicaran su existencia. El único sitio que se conoce en el área circundante con juego de pelota es Tinganio-Tingambato, asentamiento del periodo Clásico que ya hemos mencionado; en consecuencia, es probable que La Rosita haya sido edificado en el mismo periodo bajo la tradición de la cancha del juego de pelota, pues si bien en Mesoamérica data del horizonte Preclásico, en el occidente —salvo en Huitzilapa y Teuchitlán, donde han propuesto que la construcción de algunas canchas, sobre todo de los tipos II y III, data quizá del Preclásico medio o tardío (Taladoire, 1998)—, su presencia se puede situar más bien a partir del Clásico y hasta el Posclásico tardío.

En nuestra área de estudio, su construcción se puede fechar hacia el Clásico/Clásico tardío, lo cual también concuerda con la información recuperada por el CEMCA en los sitios registrados en la región de Zacapu con canchas para el juego de pelota, los cuales ubican sobre todo en las fases Lupe y La Joya del Clásico tardío y Epiclásico (Faugère-Kalfon, 1996: 31-64), tales como Yácata La Carbonera, Yácata El Metate y Las Iglesias de Ojo de Agua, por mencionar algunos.

No obstante que a nivel de superficie los materiales de La Rosita corresponden al periodo Posclásico

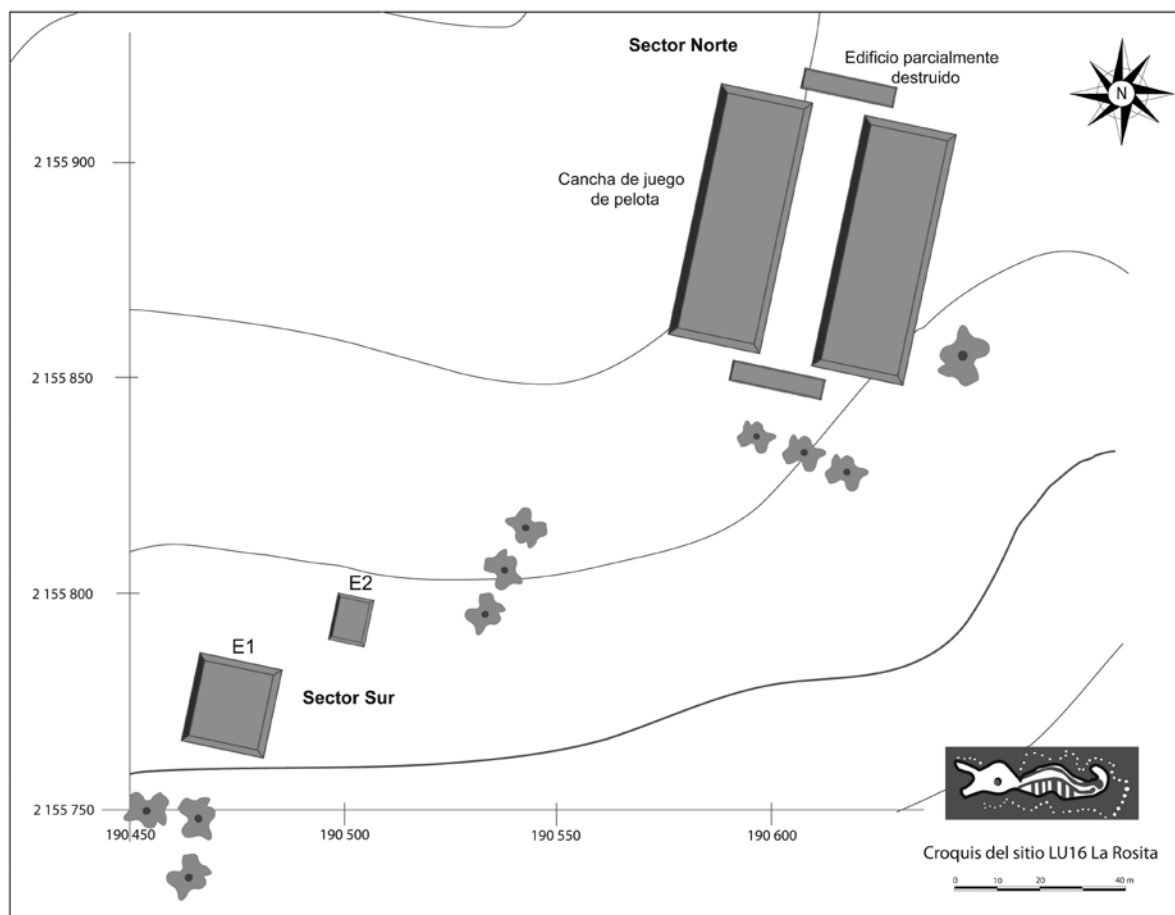


Fig. 13 Distribución de los elementos arquitectónicos que se observan en superficie del sitio CPUZ16 La Rosita.

tardío —lo cual incluye tiestos policromos relacionados con el poderío uacúsecha, así como obsidiana procedente de las minas de Ucareo y Zinapécuaro—, la construcción de la cancha durante el Posclásico es poco factible, ya que en la Meseta Tarasca no se conocen asentamientos con presencia de canchas con filiación de la cultura homónima, lo cual podría más bien sugerir que fue reocupado en este último periodo o, en todo caso, conquistado y anexado al territorio del Estado, evento que también registran los franceses en varios de los sitios con juego de pelota, como La Lomita, La Caramicua y quizá El Palacio de San Antonio Corupo, donde encuentran evidencias de la fase Milpillas del Posclásico tardío (Faugère-Kalfon, 1996: 39-44, 56.)

Por otra parte, se encontraron evidencias gráfico-rupestres en dos sitios: La Concha, situado

en la parte baja de la ladera de los Cerros El Malpaís, un sitio constituido por el establecimiento de algunos grupos domésticos en un área pequeña asociada a una barranca alimentada por un manantial, del que parte de su flujo es almacenado en la actualidad para criar charales, en tanto el excedente forma un arroyo somero que baja hacia zonas más planas, donde se siembran maíz y árboles frutales. En ese espacio, aunque extraídos de su contexto original, se localizan un bloque de basalto con dos pozuelos o tinajas poco profundas (fig. 14), acompañadas de varias secuencias de puntos, y otro en cuya cara superior se labraron círculos con líneas, así como una espiral en una de las caras laterales.

En El Retiro, sitio dispuesto sobre terrenos llanos hacia el sureste de San Andrés Corú, se localizó otro grupo de manifestaciones gráfico-



© Fig. 14 Bloque pétreo con dos pozuelos o tinajas labradas en su cara superior localizado en el sitio LU12 La Concha.

rupestres labradas sobre un conjunto de cuatro bloques con complejos de círculos, así como un *k'uilichi* o juego de palillos relacionados con grupos domésticos, quienes quizá aprovecharon esta área plana para el cultivo de sus mantenimientos y para realizar actividades lúdicas y rituales. Es probable —así como sucede en La Concha— que los habitantes de El Retiro hayan permanecido bajo el dominio del sitio La Alberca, al que más adelante haremos referencia, con el que comparten tipos cerámicos del Posclásico tardío y el abastecimiento de obsidiana de color gris y negra de las minas de Ucareo y Zinapécuaro.

Quinta subregión fisiográfica: valle al norte de Uruapan

Al norte de Uruapan, dentro de la subprovincia Neovolcánica Tarasca, se localiza un valle intermontano (figs. 15 y 16) salpicado de cráteres volcánicos, en el que la población vegetal está conformada por bosque mixto, con pino (*Pinus* spp.) y encino (*Quercus* spp.), y bosque tropical decíduo; con parota (*Enterolobium cyclocarpum*), guaje (*Leucaena leucocephala*), cascalote (*Caesalpinia coriaria*) y cirián (*Crescentia alata kunth*), cuya presencia guarda asociación con la transición climática de la zona entre cálido subhúmedo-húmedo a templado húmedo, según se asciende a la zona de montaña norte. La fauna

consiste sobre todo en coyotes (*Canis latrans*), zorrillos (*Spilogale putorius*, *Mephitis macroura* y *Conepatus mesoleucus*), venados (*Odocoileus virginianus*), zorros grises (*Urocyon cinereoargenteus*), cacomixtles (*Bassariscus astutus*), liebres (*Lepus callotis*), tlacuaches (*Didelphis virginiana*), conejos (*Sylvilagus cunicularius*), cuineques (*Spermophilus adocetus*), patos (*Anas* spp.), torcazas (*Zenaida macroura*) y chachalacas (*Ortalis poliocephala*).

Rocas ígneas extrusivas de la era Cenozoico del tipo basáltico son las que conforman la geología, mientras la edafología está representada por andosol como suelo primario y secundario y leptosol como terciario, todos de textura media.

Uno de los elementos geológicos que sobresalen en esta subregión es un extenso malpaís conocido como pedregal de San Francisco y donde no registramos evidencia de ocupación prehispánica, pues resulta muy agreste y carente de espacios llanos o poco pedregosos donde se pueda construir. Al pasar a la vertiente poniente de las montañas llegamos a la comunidad de Toreo El Alto, desde donde recorrimos las laderas del cerro El Agua hasta el rancho La Alberca.

Toda el área ha sido aprovechada para la introducción de huertas de alta productividad, donde la vegetación boscosa ha sido sustituida en su mayoría por árboles de aguacate (*Persea americana*) y nuez de macadamia (*Macadamia integrifolia*).

Los antecedentes arqueológicos del área se restringen a dos sitios con estructuras, pero sin cronología —que reporta el Proyecto Atlas—, uno próximo a la colonia La Cofradía y el segundo en la población de San José; con PROCEDE se registraron cuatro sitios con estructuras del Posclásico situados en las estribaciones del macizo localizado al oriente de Capacuaro.⁶

A través del presente proyecto se identificaron restos de varias unidades domésticas dispersas, construidas sobre terrenos relativamente planos y cuya ocupación data del periodo Posclásico tardío.

Las primeras evidencias arqueológicas que rebasan el ámbito disperso las encontramos en Toreo El Alto, donde el asentamiento prehispánico

⁶ Información consultada en la Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas e Históricas.

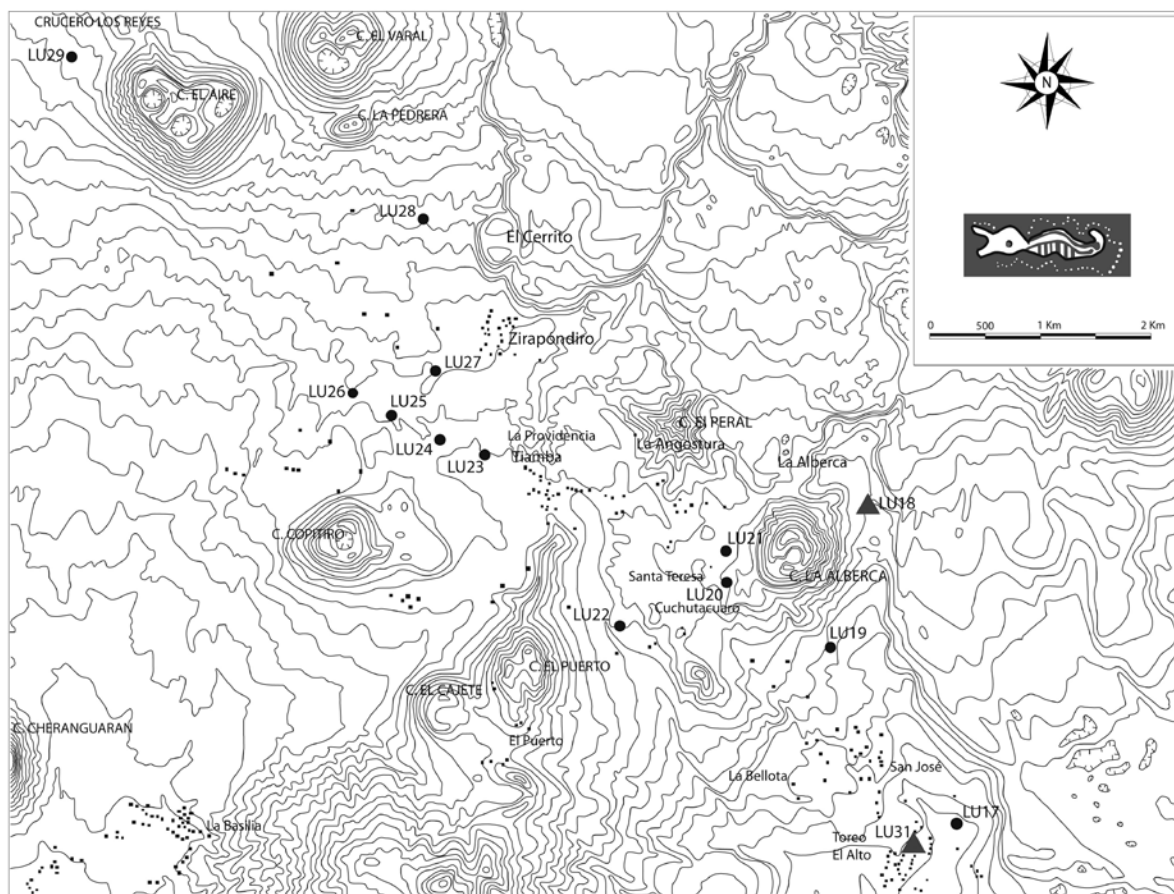


Fig. 15 Subregión Valle, al norte de Uruapan, con la localización de los sitios arqueológicos registrados. Cartas topográficas INEGI 1:50 000, E14A31 Taretan, E13B39 Uruapan y E13B29 Paracho.

se encuentra bajo el poblado actual, por lo que en los patios y las huertas de las casas es común encontrar fragmentos de cerámica y concentraciones discretas de lítica tallada, sobre todo lascas, lascas de descortezamiento, de retoque y esquirlas, sin dejar de mencionar una densidad significativa de navajillas prismáticas, cuchillos y puntas. Las evidencias de talleres para la talla de obsidiana, comprendidas entre los sitios arqueológicos de Toreo El Alto y Toreo El Alto II, estaban asociadas a arquitectura monumental que, infortunadamente, ya ha sido arrasada con la urbanización y el crecimiento del poblado; sin embargo, aún se conservan algunos bloques labrados, entre ellos uno con representación antropomorfa (fig. 17) que los propietarios de los terrenos nos mostraron y permitieron fotografiar.

Por la extensión y densidad que cubren los vestigios líticos en superficie, consideramos que la probable función de Toreo El Alto fue la de proveer materia prima en forma de núcleos semipreparados —a juzgar por la alta presencia de lascas de descortezamiento, y quizá de algunos artefactos punzo-cortantes— para esta región suroeste de la Meseta Tarasca durante el Posclásico tardío, con obsidiana procedente en su mayoría de las minas de Zinapécuaro-Ucareo. Su participación en el sistema de mercado era probablemente controlada de manera directa por el Estado tarasco, cuya presencia se hace manifiesta con vasijas propias del linaje uacúsecha que provienen o que fueron manufacturadas en la propia cuenca de Pátzcuaro.

Nombre sitio	Municipio	Coordenadas UTM	Altitud	Cronología	Extensión del sitio	Categoría
LU17 Toreo El Alto	Uruapan	14Q. 185322 y 2 154712	1781	Clásico y Posclásico tardío	2 ha	Casas aisladas
LU31 Toreo El Alto II	Uruapan	13Q. 814832 y 2 154535	1837	Clásico y Posclásico tardío	8 ha	Centro secundario
LU18 La Alberca	Uruapan	13Q. 814453 y 2 157670	2008	Posclásico tardío	20 ha	Centro secundario
LU19 La Alberca II	Uruapan	13Q. 814086 y 2 156372	1937	Posclásico tardío	6 ha	Caserío
LU20 Cerro La Alberca	Uruapan	13Q. 813120 y 2 156986	2067	Posclásico tardío	7 ha	Caserío
LU21 Cerro La Alberca II	Uruapan	13Q. 813127 y 2 157251	2061	Posclásico tardío	2 ha	Casas aisladas
LU22 Cuchutacuaro	Uruapan	13Q. 812145 y 2 156595	2018	Posclásico tardío	2 ha	Casas aisladas
LU23 La Providencia	Uruapan	13Q. 810914 y 2 158191	2028	Posclásico tardío	3 ha	Casas aisladas
LU24 La Providencia II	Uruapan	13Q. 810477 y 2 158326	2041	Posclásico tardío	0.25 ha	Casas aisladas
LU25 La Providencia III	Uruapan	13Q. 810051 y 2 158546	2052	Posclásico tardío	1 ha	Casas aisladas
LU26 Las Paías	Uruapan	13Q. 809686 y 2 158763	2063	Clásico y Posclásico tardío	2 ha	Casas aisladas
LU27 Zirapondiro	Uruapan	13Q. 810451 y 2 158842	2066	Posclásico tardío	1.5 ha	Casas aisladas
LU28 La Pedrera	Uruapan	13Q. 810334 y 2 160232	2151	Posclásico tardío	0.5 ha	Casas aisladas
LU29 Los Reves	Uruapan	13Q. 807096 y 2 161719	2215	Posclásico tardío	1 ha	Casas aisladas

● Fig. 16 Relación de los sitios arqueológicos ubicados en la subregión Valle al Norte de Uruapan.



● Fig. 17 Bloque arquitectónico labrado con motivo antropomorfo procedente del sitio LU31 Toreo El Alto II.



● Fig. 18 Basamentos norte y sur vistos desde la explanada oriente. Sector norte del sitio LU18 La Alberca.

Más al norte, dos pequeñas mesas formadas en las estribaciones poniente del cerro El Agua fueron acondicionadas con muros de contención para erigir arquitectura de carácter monumental a la que hemos denominado La Alberca y cuya ocupación corresponde al Posclásico tardío. Está dividido en dos conjuntos, uno de ellos con basamentos que muestran una distribución arquitectónica similar a la llamada Plaza de Armas de Ihuatzio. El conjunto norte es el mejor conservado y se pueden apreciar una plataforma de 69 m en su eje norte-sur y 41 m en el perpendicular, sobre la cual se desplantaron dos basamentos rectangulares orientados de norte a sur que miden

18 m de largo por 16 m de ancho y 4 m de altura conservada, separados por un pasillo de 5 m de ancho (fig. 18). El poniente de la plataforma está delimitado por muros bajos que circundan, a su vez, una plaza también de planta rectangular que daba acceso a los edificios, en tanto al oriente se encuentra una explanada aparentemente abierta.

A excepción del gran espacio abierto y los *uatziris* que caracterizan la Plaza de Armas, La Alberca sería el segundo sitio del que se tiene conocimiento —a nivel arqueológico— que existe de una plataforma sobre la que desplantan edificios gemelos (Cárdenas, 2004: 205), con la posible salvedad de Jacona en el sur de Zamora, donde el presbítero Francisco Plancarte y Navarrete —a finales del siglo XIX— excava y levanta un plano en el que presenta una plataforma con dos elementos rectangulares situados frente a dos *yácatas* de planta mixta; sin embargo, en la planimetría no puede diferenciarse si son solamente muros que delimitan espacios cerrados o si, en efecto, son basamentos que yacen sobre la referida plataforma (Williams, 1993: 199).

El conjunto sur se encuentra sobre una elevación natural que forma parte de las estribaciones del cerro El Agua, donde pueden observarse pequeñas elevaciones, además de un muro de contención hacia la parte alta de la loma, tal vez construido con la finalidad de evitar la erosión y modificarla para lograr una zona plana sobre la cual construir.

En ambos conjuntos se recuperaron fragmentos de vasijas policromas propias del linaje uacú-secha, incluyendo ejemplares que proceden directamente de la Cuenca de Pátzcuaro, como el tipo Yaguarato Crema, variedad San Pablo. Las lascas y los artefactos de obsidiana también desvelan la injerencia del Estado tarasco en el sitio, pues la materia prima que se encuentra en mayor densidad viene de las minas de Zinapécuaro y Ucareo.

La ubicación estratégica del sitio, resguardado por altas montañas, le confiere un carácter plenamente privado, con construcciones que nos llevan a inferir que se trató de un centro secundario que dominó las pequeñas poblaciones situadas en el valle —como los caseríos y las casas aisladas de las que ya hemos hablado—, y cuya cerámica

comparte las mismas características de manufactura y materia prima que las halladas en este centro.

Consideraciones finales

El crecimiento poblacional durante el Posclásico tardío es un evento que tuvo un impacto en el paisaje con la construcción de casas dispersas sobre las laderas de los cerros, mientras la mayoría de los centros ceremoniales se erigen sobre terrenos llanos o poco agrestes, con excepción de los destinados a la vigilancia, como Angachuén, o al desarrollo de actividades rituales y ceremoniales exclusivas de la élite, como La Alberca, donde el axioma indiscutible es el dominio del Estado tarasco, cuyo poderío se manifiesta de igual manera en la edificación de nuevos templos destinados al culto de su deidad tutelar —Curicaveri— en sitios que ya habían sido habitados durante el horizonte Clásico.

Destaca el sitio de Las Pipas, en la vertiente sur del lago de Pátzcuaro, como centro secundario con estructuras alineadas de oriente a poniente y situado en un paso de montaña que comunica la cuenca con la Tierra Caliente, además de dos extensas áreas con terrazas dedicadas al abastecimiento de recursos primarios durante el Clásico y el Posclásico tardío; así como Angachuén en la zona de montaña de San Ángel Zurumucapio, con arquitectura monumental bajo un patrón de distribución mesoamericano que fue ocupado también en este último periodo; y La Trementina, sitio con templos, plazas y plataformas que lo diferencian del resto de los asentamientos de la zona y le confieren relevancia para su momento histórico de mayor auge en el Clásico —aunque más tarde fue ocupado por los tarascos—, con la implantación de uno de sus máximos símbolos de poder: la *yácata* de planta mixta.

La autoridad estatal derivada desde la Cuenca de Pátzcuaro requería valerse de centros secundarios para garantizar el control de las poblaciones tarascas —generalmente de tamaño pequeño y con patrones de asentamiento dispersos—, así como de aquéllas que se anexan al territorio como resultado de la política expansionista de los uacú-

secha. Y de igual manera, para administrar los bienes que circulan a través de las redes de comercio e intercambio; de allí que surjan nuevos sitios en el extremo suroeste de la Meseta Tarasca, en particular en los valles de Ziracuaretiro y de Uruapan, donde se distinguen el sitio de La Rosita, por la presencia de una cancha para el juego de pelota —que tal vez se pueda fechar para el horizonte Clásico y que es ocupado por los tarascos en el Posclásico—; La Alberca, por su complejo arquitectónico similar al de la Plaza de Armas de Ihuatzio; Toreo El Alto, como sitio que suministra a la región con obsidiana de las minas controladas ahora por el Estado, y Lagunillas, por sus dos conjuntos principales con templo-palacio-plaza, incluyendo uno con *yácata* de planta mixta, y que funge además como parte del cinturón de seguridad de la meseta y como “punta de lanza” para la conquista de la Tierra Caliente (Cruz *et al.*, 2014: 72-75, 86-87).

Bibliografía

- Alcalá, fray Jerónimo de
1977. *Relación de las ceremonias y ritos y población y gobernación de los indios de la provincia de Michoacán*. Morelia, Balsal.
- Braniff C., Beatriz
2010. *La arquitectura de Mesoamérica y de la Gran Chichimeca*, México, INAH.
- Cabrera Castro, Rubén
1987. Tzintzuntzan. Décima temporada de excavaciones. En Barbro Dahlgren, Carlos Navarrete, Lorenzo Ochoa, Mari Carmen Serra y Yoko Sugiura (orgs.), *Homenaje a Román Piña Chán* (pp. 531-565). México, IIA-UNAM.
- Calderón de la Barca, Madame
1977. *La vida en México. Durante una residencia de dos años en ese país* (t. II, pp. 511-530). México, Porrúa (Biblioteca Porrúa de Historia, 14 y 15).
- Cárdenas García, Efraín
abril 2015. Arquitectura prehispánica en la vertiente del Lerma Medio. Cronología e implicaciones culturales. Comunicación en el *Seminario-Taller de Arqueología del Occidente*. Salvador Pulido, Luis

Alberto López Wario y Concepción Cruz (orgs.). DSA-INAH, México.

2004. Jiuatsio, la casa del coyote. En Efraín Cárdenas García (coord.), *Tradiciones arqueológicas* (pp. 195-216). Zamora, El Colegio de Michoacán/ Gobierno del Estado de Michoacán.

• Carot, Patricia

2013. La larga historia purépecha. En Marie-Areti Hers (coord.), *Miradas renovadas al Occidente indígena de México* (pp. 133-214). México, IIE-UNAM/INAH-Conaculta/CEMCA.

• Cid Beziez, José Rodolfo, y Cruz Robles, Concepción
2015. “Informe técnico final del Proyecto de Salvamento Arqueológico en las Carreteras Pátzcuaro-Uruapan-Zamora, Tramo Pátzcuaro-Uruapan y Libramiento Nororiente de Uruapan, Michoacán”. Archivo Técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico-INAH, México.

• Cruz Robles, Concepción, Cid Beziez, José Rodolfo, y Pulido Méndez, Salvador
2014. Lagunillas, un sitio uacúsecha en la periferia de la meseta tarasca. *Arqueología*, 47: 67-89. México, INAH.

• Espejel Carbajal, Claudia
2008. *La justicia y el fuego, dos claves para leer la Relación de Michoacán*. Zamora, El Colegio de Michoacán.

• Faugère-Kalfon, Brigitte
1996. *Entre Zacapu y Río Lerma: culturas en una zona fronteriza*. México, CEMCA (Cuaderno de Estudios Michoacanos, 7).

• Grave Tirado, Alfonso
1998. “Proyecto carretera Uruapan-Nueva Italia. Informe final”. Archivo Técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico-INAH, México.

• Hernández Corrochano, Elena
2012. Grupos residenciales y domésticos. Modos de habitar en dos ciudades del norte de Marruecos. *Nueva Antropología*, XXV(76): 121-135.

• Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (INEGI)
2015. Dirección General de Geografía y Medio Ambiente. Catálogo Único de Claves de Áreas

Geoestadísticas Estatales, Municipales y Localidades. Recuperado de <http://www.inegi.org.mx/geo/contenidos/geoestadistica/catalogoclaves.aspx>

• Landa Alarcón, Olga Lidia

2013. “Proyecto Especial Michoacán. Mantenimiento y puesta en valor de las zonas arqueológicas de Tzintzuntzan, Ihuatzio, Tingambato, Huandacareo y Tres Cerritos. Informe técnico. Temporada 2012 (Tomo III)”. Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología-INAH, México.

• Mier y Terán, Martha, y Rabell, Cecilia

1983. Características demográficas de los grupos domésticos en México. *Revista Mexicana de Sociología*, 45(1): 263-292.

• Moguel Cos, María Antonieta, y Silva, Nelly

1986. “Informe Gasoducto Tramo Yuriria-Uruapan”. Archivo Técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico-INAH, México.

• Oi, Kuniaqui

1978. “Proyecto Tingambato, Michoacán. Informe del mes de febrero”. Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología-INAH, México.

• Piña Chan, Román, y Oi, Kuniaqui

1982. *Exploraciones arqueológicas en Tingambato, Michoacán*. México, INAH.

• Pollard, Hellen P.

1995. Estudios del surgimiento del Estado tarasco: investigaciones recientes. En Eduardo Williams y Phil C. Weigand (eds.), *Arqueología del Occidente y norte de México* (pp. 29-63). Zamora, El Colegio de Michoacán.

• Pulido Méndez, Salvador

2006. *Los tarascos y los tarascos uacúsecha. Diferencias sociales y arqueológicas en un grupo*. México, INAH (Divulgación).

• Pulido Méndez, Salvador, Cabrera Torres, José Jorge, y Grave Tirado, Luis Alfonso

1997. “Proyecto carretera Pátzcuaro-Uruapan. Informe Final”. Archivo Técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico-INAH, México.

• Silva Rhoads, Carlos

1982. “Proyecto Gasoducto, tramo Yuriria-Uruapan. Informe de recorrido de superficie, primera tempora-

da". Archivo Técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico-INAH, México.

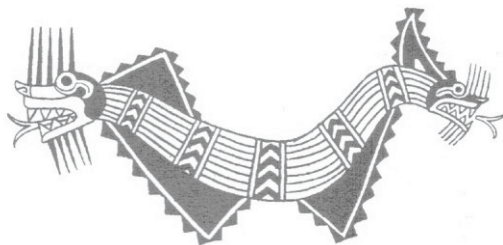
• Taladoire, Eric

1998. Los juegos de pelota en el occidente de México. En *El occidente de México: arqueología, historia y medio ambiente. Perspectivas regionales. Actas del IV Coloquio de Occidentalistas*

(pp. 175-187). México, Universidad de Guadalajara/ORSTOM.

• Williams, Eduardo

1993. Historia de la arqueología en Michoacán. En María Teresa Cabrero (comp.), *II Coloquio Pedro Bosch Gimpera* (pp. 195-236). México, IIA-UNAM.



David Arturo Muñiz García,* Kimberly Sumano Ortega**

Cambios y continuidades en el poniente de la cuenca de México durante el periodo del contacto. El caso del salvamento arqueológico del sitio Tarango

Resumen: El presente trabajo busca analizar las rupturas y continuidades en el uso de sistemas agrícolas y unidades habitacionales de los grupos prehispánicos en el poniente de la cuenca de México durante el periodo Posclásico tardío y en los primeros años del contacto, lo anterior mediante la evaluación del uso y las funciones que pudo tener el sitio arqueológico de Tarango, así como su inserción en el sistema de producción e intercambio mexica. La investigación está basada en los trabajos arqueológicos realizados en el Proyecto de Prospección Arqueológica Súper Vía Poniente (PPASVP), así como su contrastación con fuentes históricas. A través del uso de distintas fuentes de información como, análisis de suelos, recorrido de superficie, excavación y trabajo documental, se plantea la hipótesis de que el sitio arqueológico en la zona conocida como Parque Tarango pudo pertenecer a un *calpulli* de leñadores y que mantuvo una ocupación entre el último periodo prehispánico y parte de la época virreinal.

Palabras clave: sistemas agrícolas, unidades habitacionales, arqueología del contacto, salvamento arqueológico.

Abstract: This paper analyzes the ruptures and continuities in the use of agricultural systems and housing units among pre-Hispanic groups west of the Basin of Mexico, during the Late Postclassic period and early years of contact, evaluating the use and functions that the archaeological site of Tarango might have had, as well as their integration into the Mexica production and exchange system. The research is based on the archaeological survey in the Proyecto de Prospección Arqueológica Super Vía Poniente (PPASVP) as well as a comparison with historical sources. Through the use of different types of information such as soil analysis, surface survey, excavation and documentary work, we suggest that the site locally known as Parque Tarango could have been a *calpulli* of woodcutters that continued as such for at least the early years of the colonial period.

Keywords: agricultural systems, housing units, contact archaeology, rescue or salvage archaeology.

La ciudad y el registro arqueológico

El crecimiento de las grandes ciudades del mundo ha tenido consecuencias devastadoras en muchos aspectos, tanto sociales como ambientales; en el ámbito de la arqueología este proceso ha acelerado sobremedida el proceso de destrucción

* Centro INAH Michoacán. Agradecemos a los doctores Blanca Maldonado, Rodrigo Esparza y Magdalena García, del CEO-COLMICH, por sus comentarios en el marco de sus respectivos cursos; a la arqueóloga Gabriela Mejía Appel, de la DSA-INAH, por sus valiosos comentarios y correcciones a este texto; a la arqueóloga Susana Lam, por la oportunidad de llevar a cabo el PPASVP y por sus atinados comentarios en campo; al maestro Serafín Sánchez, por su apoyo para la identificación de muestras de sedimentos; al maestro Alberto Villakamel, por su apoyo en la identificación de fitolitos; a los arqueólogos Mijaely Castañón, César Hernández y Fernando Orduña, integrantes del PPASVP, quienes generaron la mayor parte de la información usada para este trabajo. A los dictaminadores del texto, cuyos comentarios enriquecieron el trabajo.

** Programa de Maestría en Arqueología, El Colegio de Michoacán.

de sitios arqueológicos. La Ciudad de México es una de las urbes más grandes del mundo y su crecimiento en los últimos 50 años ha puesto en riesgo la mayoría de los sitios arqueológicos en la cuenca de México.

Tal es el caso del poniente de la cuenca, zona en la cual se desarrolló un crecimiento paulatino durante muchos años, pero tuvo un momento de cambio acelerado con las construcciones de la zona ejecutiva conocida como Santa Fe. En 2010 el congestionamiento vial y todos los problemas que conlleva eran ya un problema insostenible, pues el flujo diario de personas se calculaba en cerca de 200 000 individuos. En la búsqueda de disminuir un poco la presión de accesibilidad a Santa Fe, el gobierno de la Ciudad de México licitó la construcción de una autopista urbana de pago que conectara el poniente de la ciudad con el Anillo Periférico y algunas arterias secundarias (Muñiz, 2012: 7).

El proyecto se denominó “Vía Rápida Poetas” o “Súper Vía Poniente” y consistía en 5.24 km de construcciones lineales y varios más de obras alternas (GDF, 2011: 8-9). Cerca del área de afectación se tenían registrados cuando menos dos sitios arqueológicos, razón por la cual la Dirección de Salvamento Arqueológico (DSA-INAH) determinó realizar una serie de prospecciones con el fin de salvaguardar el patrimonio arqueológico y llevar a cabo un registro pormenorizado de los vestigios en riesgo. Los trabajos iniciaron en 2011 y concluyeron al año siguiente; consistieron en trabajos de fotointerpretación, recorridos de superficie, excavación y análisis de materiales.

Rupturas y continuidades culturales en la cuenca de México

El cambio y la continuidad cultural a través de restos materiales, y de manera particular en los periodos de contacto entre europeos y americanos, ha sido un tema trabajado por distintos autores (Lightfoot, 1994; Charlton y Fournier, 1993). En el caso de Mesoamérica los trabajos de Patricia Fournier han sido importantes para entender estos

procesos (Fournier, 1997; Charlton y Fournier, 1993; 1996). Existe además un matiz que han tenido este tipo de investigaciones, acerca de la desaparición y continuidad de elementos materiales en grupos indígenas, aunque la mayoría de los trabajos son estadounidenses (Sillman, 2009; Greenfield, 1999). A partir de Greenfield (1999: 39-40), nosotros asumimos que todas las culturas cambian a lo largo del tiempo, algunos procesos históricos tienden a ser más estables y generar continuidades, mientras otros son más dinámicos y dan como resultado rupturas en las prácticas culturales.

En México, el tema del cambio y la continuidad cultural ha sido abordado casi siempre por los historiadores; sin embargo, algunos trabajos han mostrado cómo la arqueología y la historia pueden articularse en una sola investigación (Fernández y Gómez, 1998; Charlton y Fournier, 1993). Si bien Fournier se concentra en los materiales arqueológicos como la cerámica, Teresa Rojas aborda —desde la etnohistoria— el mismo tópico, aunque ella lo hace desde los sistemas agrícolas (Rojas, 1985; 1988; Rojas *et al.*, 1991). Desde la historia, Charles Gibson (1986) y Peter Gerhard (1986) analizan las condiciones socioeconómicas, y en particular los movimientos demográficos de ese periodo.

A principios del siglo XVI la población en la cuenca de México se calcula entre uno y tres millones de habitantes, este crecimiento demográfico significaba hasta ese momento el mayor auge poblacional en la historia de Mesoamérica (Gibson, 1986: 7-8). La presencia y el control hegemónico del gobierno azteca fue clave en este proceso (Paredes, 1986: 241-242). Para satisfacer el cada vez más alto consumo de productos, los aztecas desarrollaron un sistema económico muy sofisticado (Carrasco, 1971), en el cual se articulaban regiones de agricultura intensiva, como Xochimilco y Tláhuac (Rojas, 1985) con productos especializados como la lapidaria, la metalurgia y la concha, entre muchos más (Velázquez, 2007), al mismo tiempo que se generaban necesidades de distintos productos básicos, como la madera. La organización político-administrativa en el periodo de la Triple Alianza era a través de una división en *altepetl* (unidad político-adminis-

trativa), a sus vez dividido en *calpulli* (*calpuleque* en plural) o barrios (Gibson, 1986).

Una de las regiones conquistadas por la Triple Alianza encabezada por los mexicas fue Coyoacán (ca. 1430), que hasta la conquista española fue parte del sistema tributario de los aztecas, siendo sujeto de las presiones económicas, políticas y sociales del floreciente imperio. Coyoacán era regido por los tecpanecas, quienes también tenían bajo su mando a Tacubaya y Azcapotzalco, entre otros, por lo que controlaban el sur poniente de la cuenca de México (Horn, 1992). Tacubaya parece haber sido un *altepetl* independiente de Coyoacán pocos años antes de la conquista; sin embargo, en el periodo colonial fue reclamado como parte del marquesado de Valle de Oaxaca, propiedad de Hernán Cortes, quedando en una especie de condición político administrativa dual con Coyoacán (Horn, 1992).

Tarango

Sobre una de las cañadas que bajan desde el poniente hacia la cuenca de México se localiza el sitio arqueológico de Tarango, muy cerca de los márgenes exteriores del viejo *altepetl* de Tacubaya, en la actual zona conurbada de Santa Fe. Esta cañada desciende hacia la cuenca por una alargada planicie delimitada por dos grandes barrancas; Mixcoac y Tarango, hasta llegar a su salida natural a la altura de Mixcoac. Este lugar parece haber sido parte de un asentamiento mayor localizado un poco más hacia el poniente y habría sido conocido como Acaxóchitl o Acasúchil, fue desagregado de Tacubaya para fundar ahí el hospital de Santa Fe en 1532 (Gibson, 1986: 102). De acuerdo con nuestra hipótesis, podría haber estado contribuyendo en el sistema económico azteca como proveedor de madera, organizado a manera de *calpulli*.

La llegada del mundo occidental y la dominación española sobre el México central dejó prácticamente intacta la organización sociopolítica; en las regiones, las distintas formas administrativas tan sólo se superpusieron al antiguo *altepetl*. Esto permitió que el funcionamiento interno de la sociedad indígena provincial conservara en gran me-

didada sus rasgos anteriores a la conquista (Gibson, 1986). Los estragos poblacionales tan característicos de este periodo, así como la ambición de los conquistadores, habrían obligado a modificar paulatinamente este modelo, aunque nunca llegaría a perderse del todo (Gibson, 1986). Ese periodo de transición entre la sociedad prehispánica con su *altepetl* y la sociedad plenamente virreinal ha sido poco estudiado a nivel arqueológico y es el tipo de contexto al que nos enfrentamos en el PPASVP.

Un estudio de caso. El PPASVP

El PPASVP surge con la necesidad de investigar y salvaguardar el patrimonio arqueológico contenido en el trazo de la Supervía Poniente por parte de la DSA-INAH. Cercano al área de estudio teníamos dos sitios arqueológicos registrado de manera previa: el primero gracias a los recorridos realizados en la década de 1970 por el equipo de Sanders *et al.* (1979) y registrado ante la Dirección Federal de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas mediante información bibliográfica, con la clave E14A39-09-126; el segundo es un pequeño montículo azteca cercano a la presa Anzaldo, excavado y restaurado en 1934 por Castañeda, pero destruido tiempo después (Cervantes, 1997).

Por tales razones, la DSA-INAH decidió intervenir y llevar a cabo un salvamento urbano, una labor que resulta esencial para el trabajo arqueológico de hoy en día en todo el país (López Wario, 1994: 15):

Este tipo de trabajos permiten poner a prueba en un tiempo corto la habilidad de técnicas y metodologías arqueológicas, las cuales deberán ajustar sus tiempos para adecuarse a las necesidades de las distintas obras a realizar, pero jamás deberán perder de vista que la información que de ahí se genera es irremplazable, sin dejar el rigor metodológico que exige la práctica científica de la arqueología” (Pérez y Esparca, 1997: 15).

El salvamento urbano es, por esencia de su práctica, una labor fragmentada: en un espacio ya

ocupado por construcciones no es posible desarrollar exploraciones extensivas; por tanto, el ya de por sí parcelado registro arqueológico se vuelve aún más discontinuo y difícil de interpretar. Por ello resulta esencial la combinación de estrategias de investigación de campo, la elección de espacios de trabajo y el uso eficiente de recursos. Habría que agregar la dificultad de generar, en algunos casos, una pregunta de investigación sólida, previa a la intervención en campo. Esto porque, si bien existen proyectos arqueológicos en los cuales se inserta el salvamento arqueológico, no siempre es así. Sin embargo, un registro riguroso de la información contextual es la llave que abre la puerta para poder interpretar y, por tanto, explicar fenómenos sociales del pasado.

Los trabajos en campo se realizaron a partir del derecho de vía de la obra, que va desde la terminación de la calle Prolongación de los Poetas y su entronque con Av. Centenario (a la altura del Parque Tarango), en la delegación Cuajimalpa, hasta el entronque de la Av. Luis Cabrera y Anillo Periférico, en la delegación Tlalpan de la Ciudad de México (fig. 1). Para una mejor comprensión se definieron tres espacios para el trabajo arqueológico: sección 1, Prolongación de los Poetas-Av. de las Águilas (Tarango); sección 2, Av. de las Águilas-Las Torres (La Loma-Malinche); sección 3, Las Torres- Luis Cabrera (hasta Periférico Sur). A su vez, el trabajo de campo también se dividió en dos fases: en un primer momento se realizaron trabajos de recorrido de superficie, tanto en el área de afectación como en sus inmediaciones; y al mismo tiempo se iniciaron los trabajos de excavación y de vigilancia

Trabajos de campo

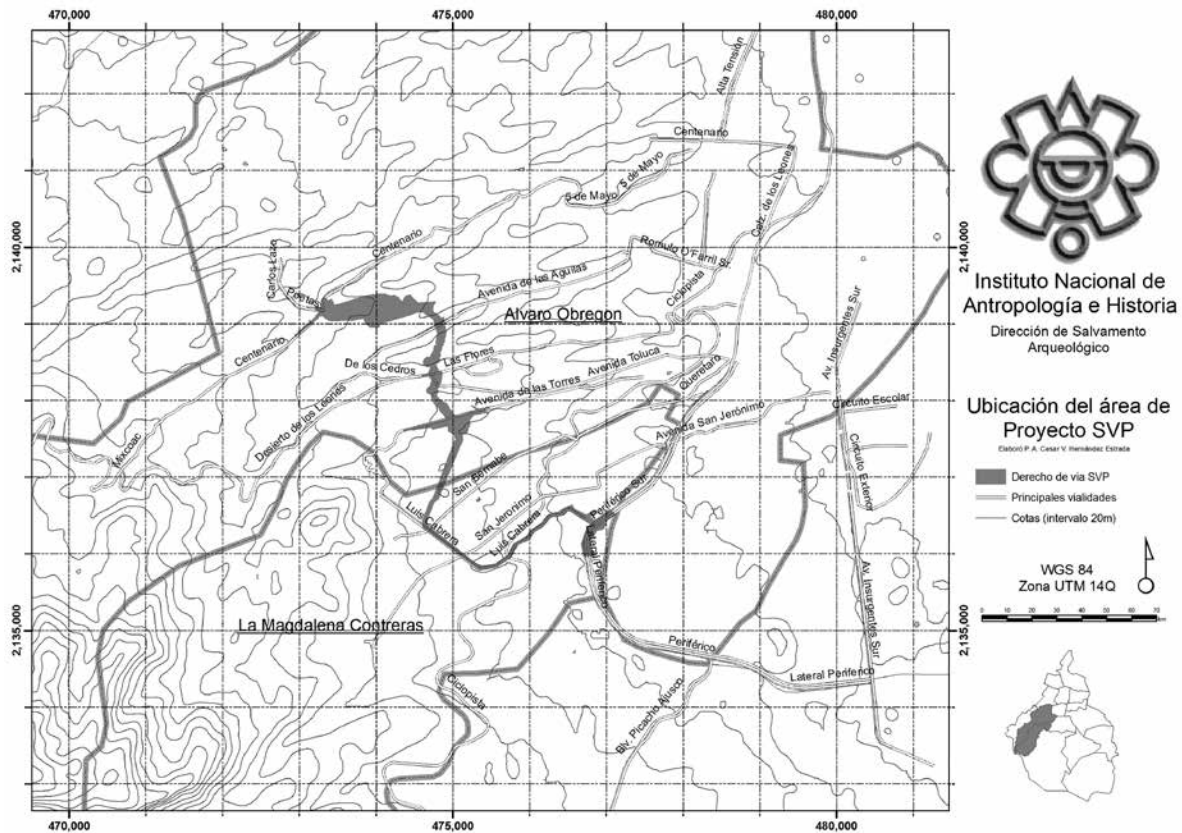
La sección 1, Prolongación de los Poetas-Av. de las Águilas (Tarango), fue el área principal de obra y la más cercana al sitio arqueológico de Tarango; ahí se localizaron al menos cuatro grandes terrazas, una docena de pequeñas y dos estructuras habitacionales. En las secciones 2 y 3 no se localizaron vestigios relevantes —únicamente terrazas medianas, artefactos cerámicos y líticos dispersos—; sin embargo, es importante

señalar que se recorrió un sitio de alto potencial conocido como cerro de la Loma o Malinche, donde hay evidencia de terrazas habitacionales y gran cantidad de tepalcates en las partes altas —lo cual se entiende por su cercanía al cerro del Judío). De cualquier forma, el área de afectación por las obras de la Supervía Poniente era pequeña, debido a que ahí se llevaría a cabo un túnel que atraviesa prácticamente la totalidad del cerro, dejando la mayor afectación —en cuanto a construcción— en una zona baja de arrastre pluvial, en la que resulta improbable la presencia de construcciones prehispánicas.

Debido a la evidencia recopilada en la prospección, se procedió a la apertura de tres sectores de sondeo por excavación arqueológica, con un total de 15 pozos y dos unidades extensivas de excavación. Allí lo más sobresaliente fue haber localizado dos estructuras habitacionales denominadas UEIEE y UEICAL, además de tres terrazas agrícolas, incluyendo una donde se descubrió un pequeño canal de riego. Estos espacios los hemos considerado parte del sitio arqueológico Tarango/E14A39-09-126

El sitio Tarango/ E14A39-09-126

La sección 1 corresponde a un sitio transicional mexica-colonial localizado en el parque Tarango; tiene una zona muy extensa de terrazas agrícolas, poco definidas, hechas por acumulaciones de tierra, con gran cantidad de materiales cerámicos y, en menor medida, fragmentos de navajillas de obsidiana. También se localizaron trece estructuras consistentes en alineamientos de piedras que se extendían en formas geométricas, dos de ellas eran arranque de muros de mampostería, y el resto, alineamiento de conglomerados de tierra y piedras pequeñas, quizá arranque de muros para bajareque. Cabe señalar que casi todo lo que se puede observar en superficie se encontraba en el llamado Parque Tarango, fuera del área de trabajo de la Súper Vía Poniente, y los vestigios localizados en el interior se debieron a excavaciones, en cierta forma debido al paso de un antiguo camino y a la construcción de la vialidad mencionada.



© Fig. 1 Ubicación de la zona de trabajo.

Terrazas

Una de las características del sitio Tarango es la presencia de terrazas agrícolas, de las que se identificaron dos tipos: 1) conglomerados de tierra localizados en bajadas de las crestas del terreno, aunque eran distintas en dimensión, todas se componían sólo de sedimentos locales y algunos restos de materiales como cerámica y lítica. Este tipo parece corresponder a las que Teresa Rojas (1985: 91) denomina como soporte de aluvión; en esencia, permiten generar una superficie artificial de sedimentos acumulados para poder colocar la siembra; 2) pequeños alineamientos de tierra conglomerada y pequeñas piedras ubicadas en las zonas más planas de las topografías.

En las terrazas tipo 2) se localizó un sistema de irrigación artificial, consistente en canales, de unos 20 cm de diámetro, excavados directamente sobre el tepetate; se trata de un tipo de irrigación

descrito y documentado de manera muy amplia para el siglo XVI. Rojas (1985: 99) menciona que “en estos sistemas los ríos se sangraban directamente mediante *tomas* o canales excavados en el cauce principal”.

Por otra parte, en la excavación extensiva 1 (EE1) se localizó una estructura rectangular de casi 20 m de largo, compuesta de arranques de muro de mampostería con dos fogones en el interior y que hemos considerado una unidad doméstica (Manzanilla, 1986); sin embargo, debido a su forma y la posición en el terreno pudo haber sido sostenida por una terraza que ya no fue posible apreciar (fig. 2).

Análisis del suelo

El suelo de estas terrazas fue analizado en el laboratorio de suelos y sedimentos de la Escuela



© Fig. 2 Ubicación de terraza en perfil.

Nacional de Antropología e Historia (ENAH) por el arqueólogo Fernando Orduña. Se procesaron 44 muestras y los resultados fueron obtenidos con base en la metodología propuesta por Sánchez Pérez (2005); es decir, se analizó el color, textura y densidad aparente de las muestras; el estudio permitió determinar que las terrazas contenían suelos pobres en su composición, pero aptos para agricultura, en oposición a las muestras trabajadas de suelos sin asociación de terrazas, donde la composición era magra y no apta para la agricultura (Muñiz *et al.*, 2012: 132-145).

También se realizaron pruebas de flotación de polen en el Laboratorio de Ecología de la ENAH, dirigidas por el arqueólogo César Hernández, y en las que se determinó una presencia predominante de fitolitos de maíz, en comparación con la presencia de otras especies vegetales, por lo cual puede hablarse de un monocultivo de maíz.

Agricultura de riego en la cuenca de México

Los sistemas agrícolas en la cuenca de México fueron esenciales para el desarrollo de las sociedades prehispánicas —en particular para la mexicana—, pues sin el manejo de los recursos hidráulicos hubiese sido difícil pensar en sostener una organización sociopolítica tan extensa como la de los aztecas (Gibson, 1986; Rojas, 1985; 1988; Rojas *et al.*, 1991).

Diversos autores han señalado la importancia y tipo de estrategias agrícolas en la cuenca de México, algunas de las cuales tenemos presente en nuestra área de estudio. Con respecto a las terrazas agrícolas, Teresa Rojas (1985: 191) menciona que en determinadas ocasiones se requirió excavar el perfil original para nivelar la superficie de cultivo, además de abrir zanjas para dar curso



● Fig. 3 Sistema de canales localizado en el PPASVP (unidad TARU3P1). Fotografía de Fernando Orduña.



● Fig. 4 Terrazas agrícolas en Tarango (TARU2P5). Fotografía de César Hernández.

y salida al agua de lluvia, para evitar los deslaves y controlar la erosión, así como abrir canales para irrigar, tal y como lo encontramos en la UE2P3 de Tarango (fig. 3). “Se logró asegurar la cosecha de temporal mediante la irrigación de los terrenos al principio del ciclo, con el agua de ríos

permanentes, con presas efímeras y canales, y de barrancas y arroyos temporales, por inundación, con presas derivadoras, con o sin canales” (Rojas, 1985: 196).

Una de las estrategias de cultivo más extendidas en la cuenca de México fue el uso de terrazas, como una forma de aprovechamiento del suelo: “en las terrazas de ladera (cercas, tenamitl, bezana-repado) la superficie de cultivo puede ser más o menos amplia, plana y horizontal, según sea la pendiente y las obras realizadas, desde simples terrazas de contorno y de temporal” (Rojas, 1989: 190). Éste es el caso de la mayoría de las terrazas halladas en Tarango, y en cuanto a la fisonomía “lo más frecuente es que el retén o muro de la terraza sea de piedra, pero también las hay de bloques de tepetate o únicamente de tierra que se amarra con una cubierta vegetal de pasto” (Rojas, 1988: 191), lo cual parecería estar describiendo la terraza de la UE3P1 de Tarango (fig. 4).

Los habitantes del poniente de la cuenca hacia el contacto

Los estudios acerca de unidades habitacionales en Mesoamérica han mostrado la importancia de la “casa” para el entendimiento de la sociedad, pues no sólo es “la unidad mínima de los análisis de asentamiento”; el entender su distribución, funcionamiento y concepción es también, tener acceso a un microcosmos que se

articula con los distintos niveles de organización social, política y económica (Manzanilla, 1986).

Blanca Paredes señala que el crecimiento poblacional durante el Posclásico tardío en la Cuenca de México va en paralelo con el crecimiento de los asentamientos y variabilidad de las unida-

des domésticas. También menciona que hay distintos tipos de unidades habitacionales: las comunes o populares frente a las residenciales y palacios. En las primeras se concentraría la mayor parte de la población, que incluye agricultores, artesanos y labradores, entre otros (Paredes, 1986: 245). Están agrupadas en torno a conjuntos habitacionales que formarían barrios o *calpullis* y, a su vez, un grupo de éstos (*calpuleque*) daría cuerpo a un subcentro de poder (Paredes, 1986). En el caso que nos atañe, nuestra hipótesis plantearía que tendríamos una unidad habitacional no de élite, que correspondería a la EEI, el *calpulli* lo conformarían tanto esa estructura como el resto de las localizadas en el sitio de Tarango, al menos 16 estructuras más, adicionales a las trece encontradas en la poligonal de trabajo en el PPASVP (fig. 5), el subcentro de poder sería Tacubaya.

Los elementos constitutivos generales en las habitaciones de la no élite o populares en la cuenca de México son, el tener planta rectangular, muros de adobe soportados en sólidas bases de mampostería hechas con piedras volcánicas y cementante de lodo en torno a un patio central. La calidad de las construcciones sería diferente en función de los recursos disponibles (Paredes, 1986).

Las dos estructuras localizadas durante los trabajos de excavación del PPASVP guardan una fuerte semejanza con la descripción que hace Paredes (Muñiz *et al.*, 2013). El tamaño, forma y materiales permiten caracterizarlas como ejemplos típicos de unidades habitacionales del Posclásico tardío en la cuenca de México; además, tenemos los materiales cerámicos asociados que corroborarían esta inferencia (fig. 6).

Búsqueda de satisfactores para la naciente metrópolis

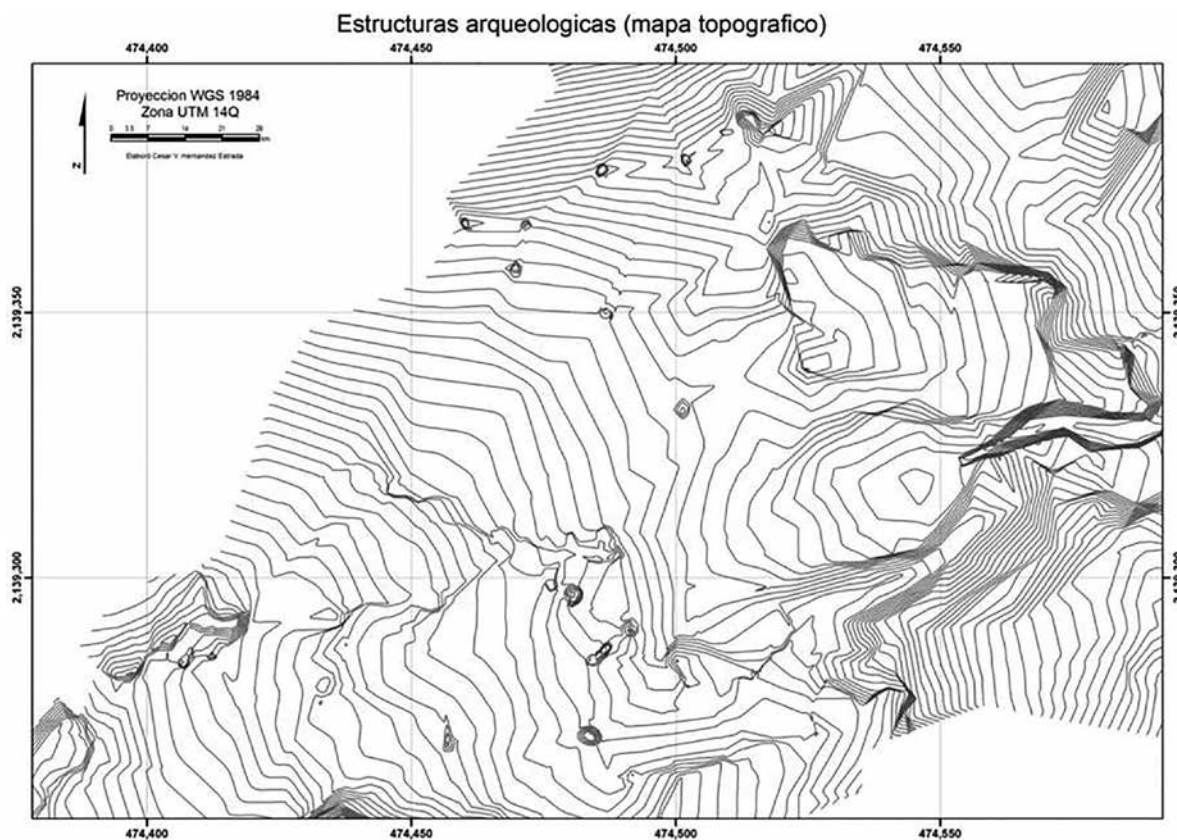
Peter Gerhard (1986) menciona que el arribo hegemónico del imperio mexica y su constante crecimiento generó una presión demográfica y necesidad por recursos sin precedentes en la cuenca de México; esos dos factores obligaron a que los límites de las poblaciones se extendieran en todos los sentidos, ya sea hacia las ricas aguas

dulces del sur, las islas y faldas de las montañas al oriente, los valles al norte, o bien, hacia las escarpadas barrancas del poniente. En esta última dinámica se insertaría el sitio Tarango, pues estaría respondiendo a la necesidad de materias primas (madera en específico) para la construcción y mantenimiento de la ciudad y sus habitantes (andamios, material constructivo, combustible, etcétera).

La organización política y social del *calpuleque* (López Austin, 1985) permite suponer que, ante la necesidad de trasladarse hacia otro lugar, las personas se movilizarían a partir de esta unidad social. A saber, en la EEI de Tarango la presencia de materiales cerámicos más tempranos están relacionados con el horizonte Azteca I (ca. 1200-1300) y la mayor densidad de materiales prehispánicos corresponden a los Azteca III/IV (ca. 1490-1521) (Muñiz, 2012) (tabla 1 = fig. 7). De esta manera asumimos una presencia abrupta de personas en la región hacia la mitad del siglo XV y una creciente presencia hasta por lo menos los primeros 50 años después del contacto, por la cantidad y variedad de tipos cerámicos típicos de ese periodo. Tal presencia sería una respuesta a la necesidad de productos desde la capital mexicana, así como a la marginación de ciertos grupos en el interior de la sociedad tepaneca.

Por otro lado, los productos que requería México-Tenochtitlán fueron variados: los hubo para satisfacer a las élites y los hubo para cubrir las necesidades básicas de la población. En este último rubro los productos agrícolas fueron esenciales para el desarrollo del imperio, y, por supuesto, el maíz tiene un rol central en esta situación. Ahora bien, sabemos que provincias como Chalco, Xochimilco y Tláhuac fueron conquistas sobre todo por su abundante producción agrícola.

De ser así, la zona de Tarango debió de presentar un panorama desalentador, sobre todo frente a esas potencias agrícolas y su tecnología hidráulica (Rojas, 1985); esto podemos afirmarlo con base en el estudio de suelos realizado por Fernando Orduña y un reporte preliminar de César Hernández en el marco del PPASVP, en los cuales se muestra que los suelos eran aptos para desarrollar agricultura, pero su composición resultaba desdeñable, ya que su alta porosidad y su posición en el



© Fig. 5 Ubicación de las estructuras arqueológicas del sitio Tarango. César Hernández, 2012.

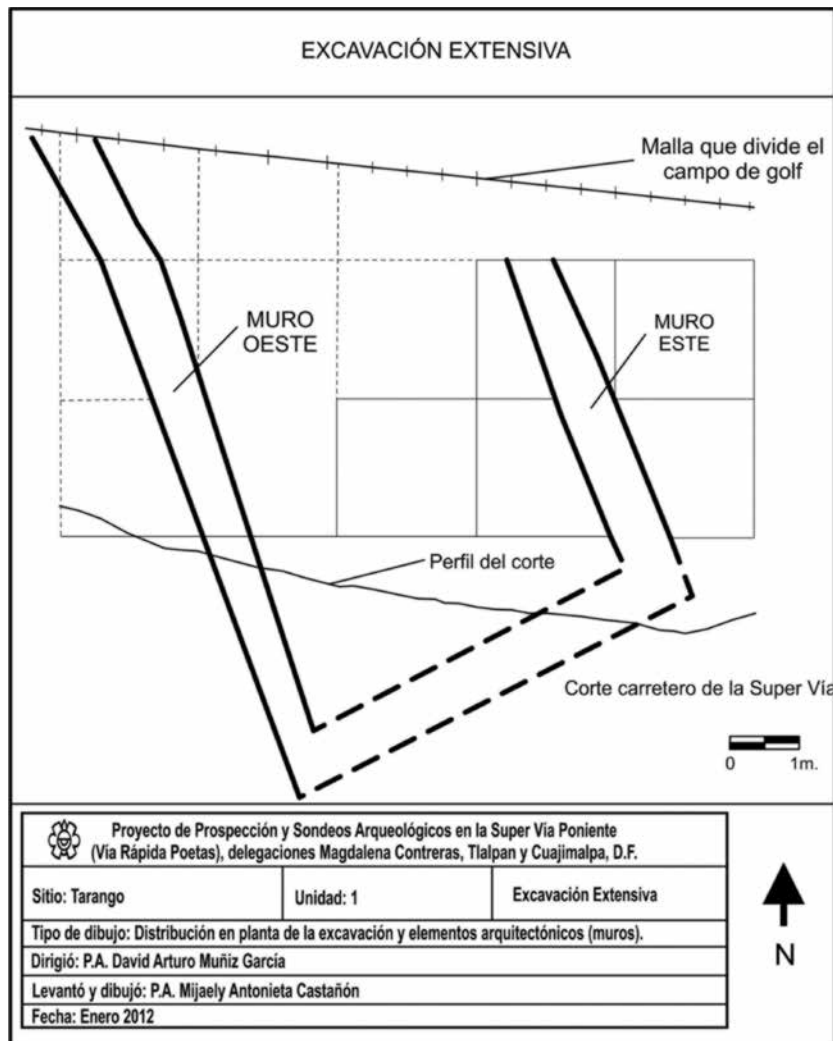
paisaje no hacían esta región apta para alcanzar una alta producción agrícola. Además, los trabajos de flotación de polen realizado en la ENAH muestran un porcentaje abrumador de presencia de restos de maíz y sus productos simbióticos, como el chile y la calabaza, en las terrazas agrícolas. Debido a la cantidad y propiedades de las terrazas agrícolas, inferimos que su producción fue baja y quizá apenas suficiente para satisfacer las necesidades de quienes las usaban.

Los leñadores tecpanecas

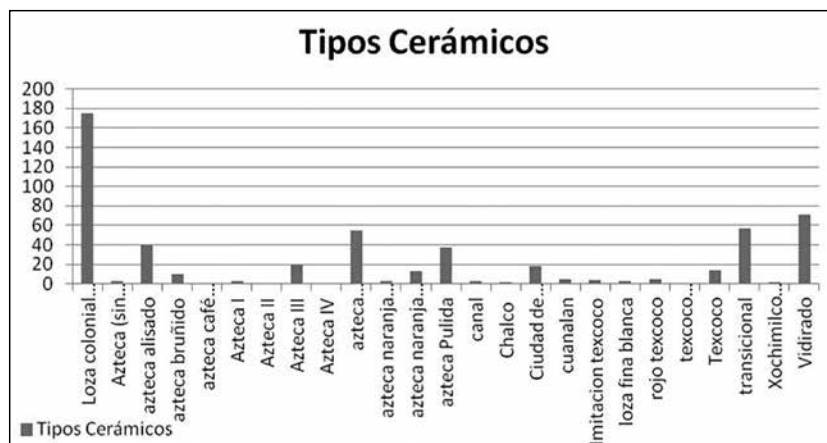
Si no eran productos agrícolas ¿que explotaban en Tarango? Un producto que parece plausible de explotar es la madera. En primer término, las cañadas y zonas altas tenían este recurso en abundancia, y que debió de ser muy demandado para combustión, falsa arquitectura e instrumentos,

entre muchas otras necesidades. En segundo lugar, el oficio de leñador —hay que recordar que los oficios eran una cuestión determinada por la filiación al *calpulli* (López Austin, 1985)—, era una actividad considerada lasciva, es decir marginal. “¿Qué será de vosotros en este mundo? mirad que descendes de parientes generosos y de señores y no de hortelianos o leñadores” (Sahagún, 1979: Lib. X, cap. XXII). Al seguir nuestra línea de argumentación, Tarango era una población marginal y, por tanto, no parecería imposible que pudiesen ser un *calpulli* de leñadores, o bien, una población segregada de Tacubaya, como lo refiere Horn (1992), y se convirtiesen en *calpulli* de leñadores para tener una forma de subsistir. Recordemos que el mismo Sahagún reconoce en los tecpanecas cualidades artesanales, en particular con la lapidaria (Sahagún, 1979: Lib. II, 601-602).

Coyoacán fue conquistado ca. 1430 por la Triple Alianza encabezada por los mexicas. Desde



© Fig. 6 Dibujo de planta de la Estructura 1 (TAREE1), Mijaely Castañón.



© Fig. 7 Materiales cerámicos presentes en la excavación.

entonces, y hasta la conquista española, fue parte del sistema tributario mexicana, por lo cual vivieron las presiones económicas, políticas y sociales del floreciente imperio. Coyoacán era regido por los tecpanecas —quienes también tenían el control de Tacubaya y Azcapotzalco, entre otros pueblos— y tenían el control del sur-poniente de la cuenca de México. Tacubaya parece haber sido un *altepetl* independiente de Coyoacán pocos años antes de la conquista; sin embargo, en el periodo colonial fue reclamado como parte del marquesado de Valle de Oaxaca, propiedad de Hernán Cortes, quedando en una especie de condición político administrativa dual con Coyoacán (Horn, 1992).

Tarango se localiza muy cerca de los márgenes exteriores del viejo *altepetl* de Tacubaya, la cañada sobre la cual se localiza descendiende hacia la cuenca por una alargada planicie delimitada por dos grandes barrancas, Mixcoac y Tarango, hasta llegar a una salida natural a la altura de Mixcoac. Parece haber sido parte de un asentamiento mayor localizado un poco más hacia el poniente y que habría sido conocido como Acaxóchitl o Acasúchil, que fue desagregado de Tacubaya para fundar ahí el hospital de Santa Fe en 1532 (Gibson, 1986: 102); de acuerdo con nuestra hipótesis, podría haber estado contribuyendo en el sistema económico azteca como proveedor de madera, organizado a manera de *calpulli*.

Es necesario corroborar esta inferencia con un trabajo más profundo de fuentes; sin embargo, la investigación realizada no arroja pruebas contundentes a favor o en contra de este argumento, aun cuando el trabajo de Rebeca Horn parece ayudar a esclarecer el asunto. Ella menciona que Coyoacán y Tacubaya eran bien conocidos en el valle de México, por sus materiales y por ser hábiles artesanos relacionados con la construcción, lo que derivaba, en parte, de la disponibilidad de materiales idóneos. Una gran extensión del territorio de Coyoacán era boscosa, y su mercado era célebre por la oferta de productos de madera, y sus carpinteros o *tlaxilacalli* comprendidos en los montes arbolados se especializaron básicamente en la producción de carbón y de otros productos elaborados con madera. Así mismo, Tacubaya fue conocida por la destreza y disponibilidad de sus



● Fig. 8 Estructura 1 (TARUEE1), que puede corresponder a la habitación de leñadores tecpanecas en Tarango. Fotografía de David Muñiz.

trabajadores relacionados con la construcción. (Horn, 1992: 37-38).

Las dos unidades habitacionales localizadas en Tarango son de gran tamaño (fig. 8), y los fogones localizados en su interior también son mayores que lo usual; por ello es muy probable que esas casas no estuviesen habitadas por una familia, sino por un grupo de personas para desarrollar su actividad productiva, muy probablemente en ciertas temporadas del año. Los materiales cerámicos y líticos muestran un uso utilitario, no suntuario, y no se localizaron entierros u ofrendas domésticas que pudieran llevarnos a pensar en que en ese lugar viviera una familia.

Análisis

La idea que podemos extraer a partir de la evidencia arqueológica recuperada en el PPASVP es la de una población marginal, que inició la ocupación de Tarango a mediados del siglo xv. Tenía poca producción agrícola, aunque una buena inversión en técnicas de riego, unidades habitacionales “estándar”, es decir, similares al del resto de la cuenca en el Posclásico, con un aumento demográfico ca. 1480 y sostenido hasta ca. 1550. Se observa una caída abrupta de la población y abandono parcial del asentamiento, lo cual podría asociarse con la congregación (Ugarte, 1968) de la pobla-

ción de Acaxóchitl hacia el hospital de Santa Fe en 1530 (Gibson, 1986: 102). A principios del periodo virreinal, Tarango debió de ser parte de Acaxóchitl y sujeto a Tacubaya/Coyoacán, por ello es razonable pensar que ésa era la situación previa al contacto.

En el Archivo General de la Nación no se localizaron más nombres de poblaciones asociadas al área de estudio previo a la instalación del hospital de Santa Fe a finales del siglo XVI (AGN GD58 Indios, 1583, vol. 2, exp. 629, 633 y 634); Aca-suchitl es mencionado por Gibson (1986: 101) y Pineda (2000: 51); mientras Horn (1992: 40) los relaciona con la presencia tecpaneca, Pineda lo relaciona como el antecedente directo de Santa Fe. Es muy probable que la distribución del sitio pudiera ser más amplia de la que presentamos en nuestros mapas, pero hasta ahora no ha sido posible ampliar las investigaciones. Por otro lado, para retomar lo argumentado al inicio, el patrón de asentamiento puede convertirse en una buena pregunta de investigación para futuros salvamentos arqueológicos: ¿el sitio arqueológico de Tarango continúa en las cañadas adyacentes? ¿Son asentamientos distintos? De ser así ¿a cuál corresponde Acaxóchitl? ¿Las diferencias o similitudes entre los sitios en las cañadas al poniente de la cuenca y cercanas al actual Santa Fe se refieren a sectores de un sitio, tal vez diferencias sociopolíticas?

Con base en la información disponible pensamos que Tarango debió ser parte del antiguo pueblo de Acaxóchitl; debemos señalar que tratamos un estudio de caso y que el poniente de la cuenca lo conforman no sólo las cañadas que bajan hacia la zona de Mixcoac y Coyoacán, por lo cual no es posible generalizar las afirmaciones que aquí se presentan a todo el poniente —y ni siquiera al sur-poniente de la cuenca—, pero sí nos permite adicionar elementos analíticos para entender lo que debió de ser una compleja organización sociopolítica hacia el Posclásico tardío y que todavía estaba en formación durante la caída de Mexico-Tenochtitlán.

Estos elementos nos han llevado a sugerir la presencia de un *calpulli* de leñadores en Tarango, o bien, de alguna comunidad con una actividad productiva distinta a la agricultura, que si bien

muestra rasgos de marginalidad, su presencia y actividades debieron de estar ligadas al sistema económico mexica. En ese sentido, el trabajo de Rebeca Horn muestra que a mediados del siglo XVI se presentaron grupos minoritarios mexicas y otomíes en la jurisdicción de Coyoacán y Tacubaya, y que en apariencia comprenderían “distritos étnicos distintos (o subdistritos) en los entornos escarpados de Coyoacán” (Horn, 1992: 34). La otomí fue una población subordinada durante la conquista, diferenciada cultural y lingüísticamente de los pueblos de habla náhuatl que dominaban el valle de México. Los otomíes no ocupaban un territorio definido en el valle, sino que más bien fueron relegados a espacios periféricos de las comunidades hablantes de náhuatl, tal como lo fueron en el Coyoacán colonial temprano (Horn, 1992: 35).

Continuidades y rupturas

Es común escuchar que la conquista española significó una ruptura con el sistema prehispánico; sin embargo, a partir de estudios de caso como el que aquí se presenta, podemos notar algunas continuidades de corto y mediano plazo que vale la pena evaluar en un contexto más amplio de cambios y pervivencias culturales; así, por ejemplo, “resulta notoria la persistencia de formas indígenas de organización sociopolítica en el México central durante la Colonia, en particular en una región como Coyoacán, donde se experimentó un contacto y un asentamiento español relativamente intensos desde la época temprana de la postconquista” (Horn, 1992: 46).

El contraste entre los trabajos históricos y los arqueológicos representa una rica fuente de información poco abordada y permite ahondar en ciertos temas, entre ellos la persistencia en aspectos como tecnología agrícola, forma de subsistencia y unidades habitacionales. En uno de los fogones de la EE1 del PPASVP se localizaron huesos de vaca, junto con cerámica azteca, transicional, colonial y navajillas de obsidiana; ese fogón debió de estar en uso antes, durante y después de la conquista, por ello no parece estar en armonía con las otras evidencias localizadas, que nos permiti-

rían inferir que “el altepetl continuó fundamentalmente con la misma función que tuviera con anterioridad a la conquista; sin embargo, sufrió transformaciones en la medida en que los indios del centro de México adoptaron y adaptaron formas españolas de gobierno y representaciones de una identidad municipal” (Horn, 1992: 47).

Durante el periodo de dominio mexica, Tarango fue ocupado de manera abrupta por una comunidad marginal, posiblemente otomí, que pudo haber estado dedicada a la explotación de madera, materia prima que habría servido como tributo y producto de intercambio entre el *calpulli* —Acaxóchitl— y el sistema económico mexica.

Políticamente dependían de Tacubaya y permanecieron sujetos a ese señorío, incluso cuando se fusionó con Coyoacán para conformar el marquesado de Valle de Oaxaca —ya en la época virreinal—. Sus actividades y estrategias de subsistencia debieron ser similares durante el Posclásico tardío y el primer periodo colonial: una agricultura de autoconsumo, con gran cantidad de inversión de trabajo para hacer producir tierras magras.

En Tarango accedieron a los recursos de la montaña y los aprovecharon durante un largo periodo, desde finales del siglo XVI hasta principios del XVIII —de acuerdo con las fechas de la cerámica—, lo cual debió de coincidir con una fluctuación demográfica en la cuenca de México, de acuerdo con lo planteado por Gibson.

En ese periodo la población de Tarango fue congregada hacia el colegio de Santa Fe, desde donde se reocupó el sitio y dio paso a poblaciones permanentes, lo cual vivificó —igual que en otras planicies aledañas— a los pequeños pueblos que ahí se asentaron hasta bien entrado el siglo XX, relativamente aislados del impulso “modernizador” del Distrito Federal. A pesar de la explosión demográfica en la Ciudad de México a partir de la década de 1960, esas poblaciones fueron invadidas en forma paulatina, primero por poblaciones marginales que alimentaban la demanda de mano de obra citadina, y luego por espacios habitacionales exclusivos hasta la llegada del gigantismo constructor que significó el desarrollo de la Santa Fe. De esa manera, el sitio de Tarango ha vivido a la sombra de la fluctuación demográfica de la

gran urbe desde finales del siglo XIV: primero la llegada de pobladores que precisaban materias primas para alimentar la naciente México-Tenochtitlán; siguió una breve ocupación novohispana, cuando se experimentó el desastre poblacional provocado por la imposición del nuevo sistema novohispano —en su mayor parte debido a las epidemias—, que llevó al abandono de espacios como Tarango y ocasionó un reajuste en diferentes congregaciones. Más tarde, el aumento de la densidad demográfica en el siglo XVIII exigió la ocupación de nuevos espacios entre los pueblos aledaños y la ciudad capital del reino; esto propició la nueva ocupación de Tarango por poblaciones pequeñas y estables hasta la gran explosión demográfica durante la década de 1960. En esos años el pueblo se convirtió en uno de los posibles refugios para trabajadores de la moderna megalópolis, formando cinturones de miseria. Durante los años noventa llegaría la necesidad de espacios vitales para la élite financiera de la ciudad, y Santa Fe fue uno de los destinos elegidos, y es así como se alternan construcciones de lujo y viviendas humildes.

Nuestra hipótesis para este sitio muestra el arribo de poblaciones marginales que buscaban satisfacer las necesidades de una naciente metrópoli; personas trabajadoras que ocuparon dichos espacios de manera estacional o permanente —es probable que al inicio fuera intermitente y en algún punto se volviera constante la vivienda—, de una manera muy similar a como se dio el proceso de crecimiento urbano durante la década de 1960. Es decir, trabajadores que ocuparon con sus familias —casi siempre originarias del interior de la república mexicana— lugares cercanos a una ciudad de México inmersa en un proceso muy acelerado de crecimiento, y aun cuando no buscaban explotar los recursos naturales del lugar, si cubrían la necesidad metropolitana de mano de obra.

Si bien esos son fenómenos complejos, que van más allá del alcance de este texto, consideramos que el reordenamiento de los grupos poblacionales es determinado por la autoridad central: en el siglo XVI mediante la congregación del hospital de Santa Fe, la cual se da en buena medida por el descenso demográfico y la necesidad de organización administrativa del gobierno novohis-

pano. En la época contemporánea obedece a la decisión de grupos con amplios recursos económicos para desarrollar nuevos complejos para vivienda, comercio y oficinas alternativos a la Ciudad de México, los cuales “empujan” a las poblaciones y las obligan a reubicarse.

A pesar del esfuerzo de los españoles para agrupar a las poblaciones en torno a un centro religioso que facilitara el proceso de aculturación de los grupos originarios —por ejemplo, la congregación de Santa Fe—, no deja de haber continuidad en el uso de espacios marginales por grupos segregados, a quienes reconocemos a partir de la evidencia material ya descrita. Este tipo de ocupación se mantiene hasta nuestros días, a pesar del arribo de grupos privilegiados —lo cual resulta evidente desde la propia arquitectura de la zona— y del esfuerzo de las autoridades por ofrecer una infraestructura que faculte la integración entre sectores de la ciudad, como en el caso de la Súper Vía Poniente.¹ Las poblaciones marginales y el uso del espacio en esta porción del poniente de la cuenca parece mantener una continuidad en cuanto a su interdependencia con la ciudad, proveyéndola de algunas cosas que ésta necesita —antes materia prima, ahora mano de obra—. Sin embargo, en tiempos recientes ese proceso ha sufrido una severa ruptura al cambiar de dirección la necesidad; con el surgimiento de una pequeña ciudad (Santa Fe) en el interior de la metrópoli, ahora el flujo de personas y recursos es bidireccional, trabajadores entran y salen de la zona para satisfacer la necesidad de mano de obra en Santa Fe y en el resto de la ciudad. En este texto planteamos la posibilidad de observar las fluctuaciones de población y el cuadro de marginalidad-opulencia de la Ciudad de México, en términos de una temporalidad más amplia.

Tarango llegó a los albores del siglo XXI con un mosaico interminable y continuo de pobreza y riqueza, mal comunicado y colapsado en horas de mucha afluencia vehicular. Con una topografía tan dura como su propia historia y con una sola manera de conectarse con el resto de la ciudad, al

intentar subsanar un problema estructural resurgen los vestigios de sus antiguos pobladores y emerge de nuevo una añeja historia de fluctuaciones, opulencia y marginalidad que se niega a morir; así, desde una mirada antropológica, no refleja sino la continuidad que subyace en una estructura sociopolítica de larga duración.

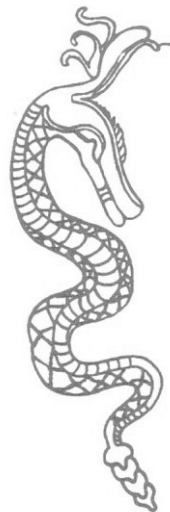
Bibliografía

- Archivo General de la Nación (AGN)
GD58. “Hospital de Santa fe. Ordena su señoría que ninguna justicia impida al Hospital de Santa Fe...” (1583). AGN Indios, vol. 2, exp. 633, 146fs.
- GD58. “Al juez repartidor de indios de Tacuba a fin de que socorra con indios al Hospital de Santa Fe...” (1583). AGN Indios, vol. 2, exp. 634, 146fs.
- GD58. “Para que Buenaventura de la Cruz, gobernador del Hospital de Santa Fe, saque a los naturales que se hubiesen ido a otra parte...” (1629), AGN Indios, vol. 10, exp. 65 ff.
- Carrasco, Pedro
1971. Social organization of Ancient Mexico. En *Handbook of Middle American Indians*. Vol. 10 (pp. 349-374). Austin, University of Texas Press.
- Cervantes Rosado, Juan Gabriel
1997. “Proyecto planteamiento de investigación en las regiones poniente y sur-poniente de la Cuenca de México, dentro del Proyecto Prevención de Afectaciones al Patrimonio Arqueológico. México”. Biblioteca de la Dirección de Salvamento Arqueológico-INAH, México.
- Charlton, Thomas, y Fournier, Patricia
1993. Urban and Rural Dimensions of the Contact Period. Central Mexico, 1521-1620. En Daniel Rogers y Samuel Wilson (eds.), *Ethnohistory and Archaeology: Approaches to Postcontact Change in the Americas* (pp. 201-220). Nueva York, Plenum Press.
- 1996. Patrones arqueológicos de diferencias socioétnicas en Nueva España, contrastes urbanos y rurales. *Revista Colombiana de Antropología*, 33: 55-83.

¹ Es motivo de discusión la intención del gobierno de la Ciudad de México de “integrar” sectores de la ciudad con vialidades que requieren de un pago por su uso, “segregando” a quien no pueda o no quiera pagarlo.

- Fernández Dávila, Enrique, y Gómez Serafín, Susana
1998. *Primer Congreso Nacional de Arqueología Histórica. Memoria*. México, INAH.
- Fournier, Patricia
1997. Símbolos de la conquista hispana: hacia una interpretación de significados de artefactos cerámicos del periodo colonial temprano de la Cuenca de México. En Marie Odile Marion (comp.), *Simbologías* (pp. 125-138). México, Plaza y Valdés /INAH/ Conacyt.
- Gerhard, Peter
1986. *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821*. México, UNAM.
- Gibson, Charles
1986. *Los aztecas bajo el dominio español (1519-1810)*. México, Siglo XXI.
- Gobierno de la Ciudad de México (GDF)
2011. *Presentación vía de comunicación urbana de peaje vía rápida poetas*. México, Gobierno de la Ciudad de México.
- Greenfield, P.M.
1999. Cultural change and human development. *New Directions for Child and Adolescent Development*, 83: 37-59.
- Horn, Rebecca
1992. Coyoacán, aspectos de la organización sociopolítica y económica indígena en el centro de México (1550 1650). *Estudios Históricos*, 29: 31-55.
- Lightfoot, Kent
1994. The Archaeological Study of Culture Change and Continuity. *Multiethnic Communities. Proceedings of the Society for California Archaeology*, 7: 7-12.
- López Austin, Alfredo
1985. Organización política en el Altiplano Central de México durante el Posclásico. En J. Monjarás Ruiz, E. Pérez Rocha y Rosa Brambila (comps.), *Mesoamérica y el Centro de México*. México, INAH (Biblioteca INAH).
- López Wario, Luis Alberto, Corona, Octavio, et al.
1994. *Fragmentos y tiempos, arqueología de salvamento en la Ciudad de México*. México, Subdirección de Salvamento Arqueológico-INAH.
- Manzanilla, Linda (ed.)
1986. *Unidades habitacionales mesoamericanas y sus áreas de actividad*. México, IIA-UNAM (Serie Antropológicas, 76).
- Muñiz García, David, Orduña Gómez, Fernando, Hernández, César y Castañón, Mijaely
2012. "Proyecto de Prospección y Sondeos Arqueológicos en la Súper Vía Poniente (Vía Rápida Poetas), delegaciones Magdalena Contreras, Tlalpan y Cuajimalpa, D.F. Informe técnico 2011-2012". Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología-INAH, México.
- Paredes Gudiño, Blanca
1986. La unidad habitacional en la Cuenca de México. Periodo Posclásico. En Linda Manzanilla (ed.), *Unidades habitacionales mesoamericanas y sus áreas de actividad* (pp. 221-256). México, IIA-UNAM (Serie Antropológicas, 76).
- Pérez Castellanos, Leticia, y Esparza López, Juan Rodrigo
1997. Historia y perspectiva de la arqueología de salvamento en México: los comienzos. *Boletín Actualidades Arqueológicas*, 1: 3-5.
- Pineda Mendoza, Raquel
2000. *Origen, vida y muerte del acueducto de Santa Fe*. México, IIE-UNAM.
- Rojas Rabiela, Teresa
1985. La tecnología agrícola mesoamericana en el siglo XVI. En T. Rojas Rabiela y W.T. Sanders (eds.), *Historia de la agricultura, época prehispánica-siglo XVI*. (pp. 129-231), México, INAH.
1988. *Las siembras de ayer. La agricultura indígena del siglo XVI*. México, Secretaría de Educación Pública.
- Rojas Rabiela, Teresa (coord.)
1991. *Agricultura en tierras mexicanas desde sus orígenes hasta nuestros días*. México, Grijalbo/ Conaculta.
- Sahagún, Bernardino
1979. *El Códice Florentino de Fray Bernardino de Sahagún*. México, Secretaría de Gobernación/SEP.

- Sánchez Pérez, Serafín
2005. *Análisis físico-químicos de suelos y sedimentos*. México, ENAH-INAH/Conaculta.
- Sanders, William T., Parson, Jeffrey, y Santley, Robert S.
1979. *The Basin of Mexico*. Nueva York, Academic Press.
- Silliman, Stephen.
2009. Change and continuity, practice and memory: Native American persistence in colonial New England. *American Antiquity*, 74(2):211-230.
- Ugarte, Juan. B.
1968. *Instituciones políticas de la Nueva España*. México, Jus.
- Velázquez, Adrián
2007. El trabajo de la concha y los estilos tecnológicos del México prehispánico. *Revista Mexicana de Biodiversidad*, 78: 77-82.



Los estudios antropológicos de la sal en México en los últimos 20 años: resumen y perspectivas

Resumen: Los estudios acerca de la producción de sal por métodos tradicionales y los aspectos culturales derivados de esto se han presentado de manera más bien esporádica a lo largo de las últimas décadas en México. A pesar de la falta de continuidad, se han acumulado suficientes publicaciones de corte arqueológico, antropológico e histórico como para pensar en el futuro de ese tipo de estudios en nuestro país. El presente artículo es una revisión de los principales proyectos y estudios efectuados en los últimos 20 años; éstos son una muestra de la amplitud y complejidad de tal campo de investigación, aún por consolidarse como una tendencia de investigación permanente.

Palabras clave: producción de sal, antropología de la sal, arqueología de la sal, México.

Abstract: In Mexico, studies on traditional methods and cultural aspects of salt production have sporadically appeared over the past decades. Despite the lack of continuity, enough publications on archaeological, anthropological, and historical studies of salt in recent years demonstrate the viability of this field of research in Mexico in the future. This article is a review of major projects and studies undertaken in the last twenty years. These studies are a sample of the breadth and complexity of this field of research, which has yet to be consolidated as a permanent research trend.

Keywords: salt production, anthropology of salt, archaeology of salt, Mexico.

Antecedentes del estudio de la sal en México

En los últimas dos décadas, los estudios de corte histórico, antropológico o arqueológico relacionados con la producción y uso de la sal en México, tanto en el pasado como en el presente, han experimentado una diversificación notable en cuanto a temas y metodologías de análisis. Las tendencias no parecen seguir un patrón único, pero sí es claro un interés mayor por acercarse al tema de la sal y las salinas en comparación con el de épocas previas. En realidad este campo de estudio ha experimentado al menos cuatro etapas de producción académica entre los siglos XX y XXI, las cuales intentaré reseñar de manera sintética.

La referencia obligada para emprender cualquier tipo de estudio sobre la sal en México es el trabajo monumental de Miguel Othón de Mendizábal, “Influencia de la sal en la distribución geográfica de los grupos indígenas de México”, publicado en 1928 y ampliado en 1946 (Mendizábal 1928, 1946a, 1946b). Esta obra es una colección de ensayos donde el autor sintetiza los datos contenidos en las antiguas *Relaciones geográficas* del siglo XVI y otras fuentes de origen colo-

* Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH.

nial. Mendizábal partía del convencimiento de que había una necesidad fisiológica del consumo de sal, y que ésta era la razón de su búsqueda en distintos géneros de vida (nomadismo y sedentarismo) y regímenes alimenticios (patrones de subsistencia). Sin duda, uno de sus grandes aportes es la organización de los datos de ubicación de las salinas en un mapa que muestra una visión panorámica de su presencia en México. Pero en las partes finales de su estudio él profundiza sobre algunos temas como el cambio tecnológico que ocurrió a partir de la conquista en el siglo XVI, y la relación cultural y gastronómica entre la sal y el Chile. No obstante, lo más interesante son sus observaciones sobre la distribución de los grupos lingüísticos a través del territorio y sus implicaciones, pues afirma que los movimientos de población antiguos fueron determinados por los llamados “puntos de apoyo salinero”, lo cual constituía una importante hipótesis de trabajo que debió ser considerada en los siguientes años por otros investigadores.

Desafortunadamente, y de manera inexplicable, la mayoría de los historiadores sobre las culturas prehispánicas, incluyendo a los arqueólogos, no retomaron ese planteamiento por más de treinta años, periodo en el cual se dio por hecho que el trabajo de Mendizábal era definitivo, cuando en realidad sólo era la introducción que mostraba las directrices generales de un tema que en México tiene un enorme potencial.

A partir de la década de 1940 (Apenes, 1943, 1944; Noguera, 1943, 1975) y 1970 (Tolstoy, 1958; Mayer-Oaks, 1959; Nunley, 1967; Charlton, 1969; 1970) aparecieron de manera ocasional nuevos datos arqueológicos en el centro de México que sugerían una intensificación de la producción de sal, en especial por el incremento de un tipo de cerámica asociada a la obtención de sal ígnea. Esto renovó el interés momentáneo de algunos estudios arqueológicos por el tema (Sejourné, 1970, 1983; Talavera, 1979; Baños, 1980; Sánchez, 1984; Quijada, 1984) que tampoco tuvieron un impacto permanente en los medios académicos de la historia antigua de México. A principios de la década de 1980 se publicó una importante obra de síntesis histórica sobre la industria de la sal en México desde 1560 hasta 1980 (Ewald, 1985)

y otra en el área maya (Andrews, 1983). Diez años más transcurrieron con poca actividad, y sólo hasta la celebración de dos congresos sobre la sal —en 1993 y 1995— tuvo lugar una segunda renovación de los temas salineros en este país (Reyes Garza, 1995 y 1998), y en esta ocasión se tuvo el acierto de convocar a historiadores, antropólogos, arqueólogos y a especialistas de las ciencias naturales interesados en profundizar sobre un tema tan pródigo en México. Posterior a estos encuentros, algunos investigadores continuaron su interés en los tópicos sobre la sal con obras enfocadas a distintas regiones, épocas y problemas (Williams, 2003; Vázquez, 2008; Castellón, 2008a, 2008b), junto con una trascendental obra para la historia de la sal en el centro de México (Parsons, 2001), una en Occidente (Liot, 2000), y otra en el área maya (McKillop, 2002).

A partir de entonces el interés académico sobre la sal ha sido gradual y constante, aún sin muchos proyectos de gran alcance pero con el reconocimiento cada vez mayor de que se trata de una tendencia académica significativa en la investigación arqueológica y antropológica. Las publicaciones académicas a partir del siglo XXI han sido pocas, pero más frecuentes, lo cual se advierte en presentaciones en congresos, artículos en revistas especializadas, y algunas tesis recientes. Aunque la presentación no es exhaustiva, se hace un recuento de las investigaciones más relevantes de los últimos quince años, aun cuando algunas han concluido y otras todavía generan nuevos estudios.

Los proyectos desde principios del siglo XXI

Para mostrar de manera más efectiva las tendencias en cada proyecto de investigación, me refiero a su tema de estudio y ubicación con una breve descripción de sus objetivos en cada caso, y algunas observaciones sobre sus logros (fig. 1).

Estudios históricos sobre la sal

A partir de 2006, David Vázquez Salguero se dio a la tarea de organizar y rescatar los archivos de

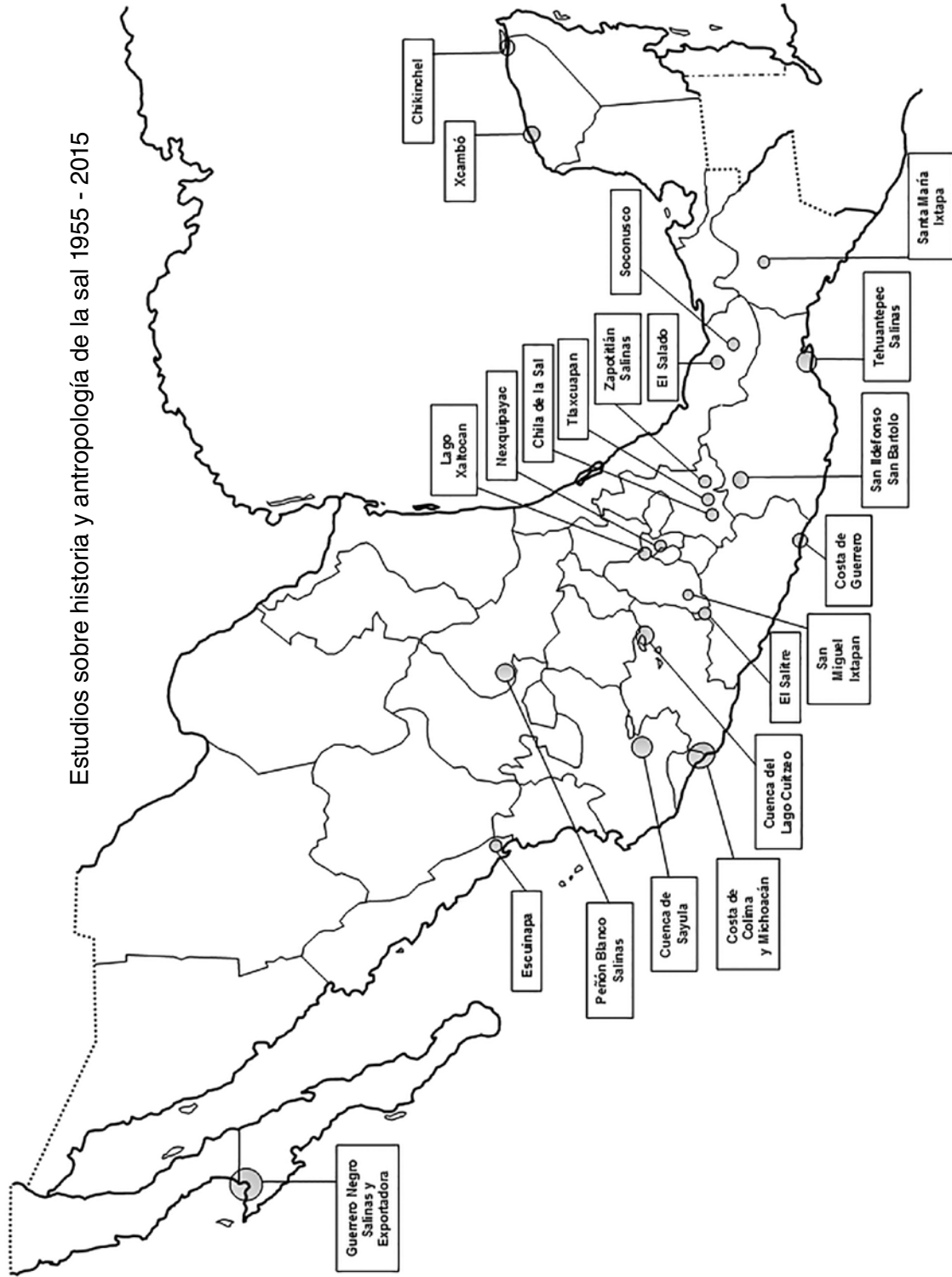


Fig. 1 Ubicación de algunos sitios de salinas mencionados en el texto.

las Salinas de Peñón Blanco en San Luis Potosí, de gran importancia durante la etapa colonial (Vázquez 2008a y 2008b, 2008c). Resultado de su estudio fue la publicación de la *Guía del Archivo Histórico de Salinas del Peñón Blanco, 1713-1945*, que contiene valiosa información para comprender el desarrollo histórico de esas salinas, todavía en uso al haber estado destinadas a producir grandes cantidades de sal para la minería de plata en el periodo virreinal. Hoy en día este archivo, uno de los más extensos y mejor documentados de la industria en México, se ubica en Salinas de Hidalgo, San Luis Potosí, en una casona del siglo XIX construida por la familia Errazu, propietaria de las salinas durante la segunda mitad del siglo.

En 2007 se publicó el estudio de Laura Machuca sobre el comercio de la sal en la región de Tehuantepec, al sur de México (Machuca, 2007). Está centrado en el control del comercio de la sal por parte de las élites de caciques indígenas y algunos funcionarios españoles hasta el siglo XVIII, cuando pasó a la administración real. La autora utiliza archivos diversos de México, Guatemala y España, además de que reconstruye las rutas de la sal con las historias de familias relacionadas con esta actividad —en especial los comerciantes y sus formas de vida—, mostrando un panorama muy amplio y complejo de las relaciones sociales generadas por esta actividad, todo ello inserto en el contexto del sistema imperial.

Estudios sobre sal, cerámica y *briquetage*¹

A finales del siglo XX, en las regiones del occidente de México se llevó a cabo un amplio estudio de la cuenca de Sayula, en cuya parte sur había zonas lacustres donde las condiciones favorecieron la producción de sal, con la ayuda de vasijas de barro de distintas formas y tamaños. En la década

de 1990 Liot realizó el estudio más completo sobre la producción antigua de sal en esta parte de México. Su investigación incluye reconstrucciones de la cerámica empleada en distintas épocas, estudios de tipo geológico, climático y químico, y también comparaciones arqueológicas y etnográficas con los casos mejor documentados. Son muy importantes sus reconstrucciones sobre el empleo de las vasijas para cocer agua salada, pues ella identifica además los mecanismos excavados en el suelo que sirvieron para decantar y filtrar el agua salada, así como los fogones donde se utilizaron los objetos de arcilla. Todos sus datos están muy bien ilustrados y sustentados en gráficas y resultados de laboratorio, por lo cual su estudio representa una de las contribuciones más sólidas y modernas entre los estudios de la sal en México. Su estudio se encuentra publicado en un amplio reporte (Liot, 2000), pero también ha presentado nuevas reflexiones y síntesis más recientes (Liot, 1995, 2002).

A principios del siglo XXI, Robert Santley (2004) estudió el sitio de El Salado —Ceja Tenorio (1998) hizo lo propio con antelación—, en las tierras bajas de la costa del golfo de México, para comprender la distribución y uso de la cerámica en la producción de sal. A partir de un cuidadoso recorrido de superficie, define distintas concentraciones de uso del espacio de acuerdo con la cerámica presente. Su preocupación era determinar los métodos de producción de la sal en dos periodos distintos de uso: uno muy antiguo del periodo Olmeca (1400-300 a.C.) y otro más reciente del Clásico tardío (650-1000 d.C.). En el primero de ellos se analiza la evaporación solar en bandejas (*trays*) poco profundas, mientras en el segundo se estudia la sal cocida para concentrar la salmuera, que luego fue transformada en panes de sal. Aquí se presenta una aproximación poco común a la función de las vasijas presentes, que muestra un escenario muy común a los estudios arqueológicos: ¿cómo estudiar la evolución de los métodos de producción de sal mediante uso de vasijas cerámicas, cuando éstas fueron descartadas en los mismos lugares con siglos de diferencia, formando grandes cantidades de desecho mezclado? La solución fue elaborar mapas de acuerdo con el muestreo realizado y recuperar las

¹ *Briquetage*, del francés *brique*: ladrillo, se emplea para designar los variados objetos de arcilla: cuñas, espaciadores, calzas, soportes, moldes, etcétera, empleados en el proceso de producción de sal por combustión artificial de las salmueras. Está muy extendido en la literatura antropológica sobre sal.

formas más comunes para hacer propuestas sobre su uso. Otro problema generado por este tipo de sitio es la reciente revisión hecha por Ceja Acosta (2016), quien considera que las bandejas (*trays*) están más adaptadas a la evaporación solar, mientras las ollas cerradas sólo pueden ser empleadas para concentrar salmuera, mas no para producir sal sólida. Sin duda las aproximaciones a este lugar, cuya fuente de sal son manantiales que han cambiado su flujo con el tiempo, podrán generar más discusiones y propuestas en los próximos años.

Este mismo tema —pero llevado a la zona montañosa de la Mixteca, en el sur del estado de Puebla— ha sido afrontado por Castellón (2016) mediante un proyecto de investigación realizado entre 2003 y 2015, sobre las salinas antiguas en la parte sur de Puebla y zonas cercanas de Oaxaca, con evidencia de uso de moldes cerámicos. El resultado es la reconstrucción del proceso completo de producción de “panes de sal”, empleados en el tributo que se enviaba a los aztecas en los siglos xv y xvi, antes de la presencia europea. El estudio está enfocado en la tecnología de panes de sal a partir del uso de *briquetage* y aspectos relacionados como la escala de producción, la organización social, los aspectos simbólicos; además de los intercambios e innovaciones tecnológicas que se produjeron en el cambio de la etapa prehispánica a la etapa colonial, y una consecuente introducción de nuevos métodos (fig. 2).

La región de Zapotitlán es un excelente lugar donde se representa la producción de sal a través del tiempo, y mi investigación me ha llevado a iniciar un inventario de sitios antiguos de producción de sal en tierra adentro y visitar otros lugares que aún producen sal —con evidencias de *briquetage* antiguos— en zonas montañosas cercanas que carecen de documentación arqueológica. Es posible que este acercamiento pueda mostrar parte del amplio sistema de producción de sal desarrollado durante el periodo previo al contacto europeo, sobre todo a partir de manantiales salinos que en distintos momentos tuvieron como resultado productos de sal con formas diferentes y moldes de arcilla distintos, los cuales indicaban la región de origen en cada caso.

En 2008 se presentó una tesis sobre los estudios arqueológicos en Nonoalco, al norte de la Ciudad



● Fig. 2 Zapotitlán Salinas, Puebla. Excavación de un fogón para cocimiento de salmuera con soportes de barro o *briquetage*, agosto de 2005. Foto de B. Castellón.

de México, donde se localizó un gran depósito de moldes de arcilla asociados a la producción de sal. El estudio se enfocó en parte a la función de estas vasijas, un viejo problema en la arqueología del México central (Ruiz, 2008). Entre 2009 y 2011 John Millhauser retomó el estudio de la forma y función de los moldes de arcilla asociados a la producción de sal, para abordar el viejo problema de los “panes de sal” (*salt cakes*), así como la organización de la producción de sal con tecnología antigua entre los siglos xiv y xvii en San Bartolo Salinas, en el centro de México. Su investigación estuvo centrada en los espacios inundables del lago de Xaltocan, donde se producía sal, hoy días amenazados por el crecimiento urbano (fig. 3). El resultado fue su disertación doctoral, un trabajo muy extenso centrado en la identidad de esta antigua comunidad salinera durante el siglo xvi, al momento del contacto europeo. En particular, el capítulo ocho es un estudio profundo sobre la tecnología de producción de la cerámica especializada en la producción de sal y panes de sal, un problema que había sido planteado desde mediados del siglo xx en México. Su estudio deja en claro que los salineros tenían estrategias diversas para producir esta cerámica en función de las fluctuaciones de los lagos y la demanda de sal, pero en general lograron integrar un estilo de cerámica distintivo a nivel regional (Millhauser, 2012). Otros aspectos de su investigación están enfocados a

determinar los efectos de la alta salinidad presente en las cerámicas arqueológicas de la región de Xaltocan, al norte de la Ciudad de México, en relación con la producción de sal (Stoner *et al.*, 2014).

Por último, se hicieron trabajos de salvamento arqueológico desde 2007 en la zona de Xaltocan, donde se localizaron más sitios de producción de sal que incluyen el registro de sitios de producción al norte de la población de Ecatepec, de los cuales se han dado noticias generales (Robertson y Gorenflo, 2008; Gamboa, 2007).

Estudios etnográficos sobre salmuera hervida

En la localidad de Soconusco, Veracruz, en la costa del golfo de México, Ceja Acosta llevó a cabo su estudio etnográfico, con implicaciones arqueológicas, desde la primera década del siglo XXI (Ceja Acosta, 2007, 2008, 2011, 2016). Su investigación incluye la organización social y los procesos de producción de sal a partir de salmuera concentrada, así como las actitudes rituales y producción de bienes de intercambio en forma de panes de sal en una comunidad tradicional contemporánea. Desde hace muchos años, durante el mes de mayo los habitantes de esta comunidad se establecen por varias semanas en una especie de campamento alrededor de un pozo donde se obtiene agua con alta concentración de sal. Es muy posible que se trate de un domo salino o diapiro subterráneo, alrededor del cual se concentra el agua en la época previa a las lluvias. Las personas que se dedican a esta actividad —desde tiempos antiguos— establecen reglas estrictas para el acceso al agua, ya que en el pozo habita, según ellos, un ser que les otorga ese don, ante el cual se debe mostrar respeto y agradecimiento. El método para obtener sal consiste simplemente en hervir el agua, que luego de cuatro horas cristaliza en una sal color de rosa que puede secarse en mantas de algodón colgadas a manera de hamaca (fig. 4). De particular importancia es el hecho de que se produce una segunda calidad de sal, llamada “samo”, para lo cual es necesario calentar lentamente la salmuera natural en recipientes de hoja de lata durante dos días, colgando los botes sobre brasas.



● Fig. 3 Sitio salinero en el lago Xaltocan, noviembre de 2010. Aspecto de área de actividad con grandes cantidades de cerámica de impresión textil. Foto de B. Castellón.



● Fig. 4 Soconusco, Acayucan, Veracruz. Campamento para hervir salmuera, mayo de 2007. Foto de B. Castellón.

Otros productos, consistentes en bloques de sal compactada, pueden crearse más tarde, como regalos especiales para ocasiones rituales. La sal es un producto de temporada para ayuda económica de la comunidad, pero la época de su producción crea un ambiente social de mucha convivencia, lo cual es importante para comprender las relaciones antiguas entre otros productores de sal.

Existe otra comunidad en la zona montañosa de Chiapas, al sur de México, donde se obtiene agua salada de pozos y la salmuera se hierve posteriormente para obtener sal sólida. Se trata de Santa María Ixtapa, una comunidad indígena que

desde tiempos antiguos comercia esta sal con otros importantes centros regionales de los Altos de Chiapas, como Zinacantán y San Cristóbal de las Casas. Algunos trabajos etnográficos del siglo pasado ya documentan las formas de vida de estas comunidades (Vogt, 1969), y en ellos se menciona en general la importancia de la producción de sal, sobre todo en relación con los aspectos rituales del uso del agua y la producción de aquélla. En tiempos más recientes se han desarrollado algunos acercamientos arqueológicos a esos recursos, y documentación etnográfica (Andrews, 1983: 56-62; McVicker, 1974), pues al parecer la producción de sal en pequeña escala había perdido importancia. No obstante, el producto principal de esta zona es un bloque de sal compactada llamada *benequen*, similar al que se produce en la zona de la costa del golfo. Se trata de sal compactada dentro de una bolsa tejida con palma que da como resultado un bloque de sal estable, aunque no completamente sólido. Por fortuna, este pan de sal aún se produce y ha sido documentado en años recientes por el fotógrafo Luca Rinaldini (s/f), interesado en salinas de muchas partes del mundo (fig. 5). Su persistencia es un valioso documento para estudios comparativos sobre tecnología de la sal que requiere la participación de más especialistas.

Estudios sobre lixiviación de suelos salinos en tierra adentro

Sin duda el uso de tierras saladas de distinta calidad representa una tecnología cada vez más difícil de encontrar. Un ejemplo muy valioso que representa la continuación de una tradición salinera de muchos siglos en el centro de México se puede observar en la pequeña localidad de Nexquipayac, al oriente de la Ciudad de México. Este lugar, hoy amenazado por la modernidad y la construcción de un nuevo aeropuerto, ha sido parcialmente documentado por varios autores (Apenes, 1943, 1944; Noguera, 1943, 1975; Anaya, 1995; Samper, 1997; Alexianu *et al.*, 2008). Sin embargo, el estudio esencial sobre ese lugar —y sobre la tradición salinera en el centro de México— fue realizado por el arqueólogo Jeffrey R. Parsons



© Fig. 5 “Benequenes” de sal en Santa María Ixtapa, Chiapas. Foto de Luca Rinaldini, publicada con permiso del autor.

(2001), después de un laborioso trabajo de varias décadas y concluido con una estancia de varios meses en 1988, cuando visitó a los últimos salineros de ese lugar y observó detenidamente sus métodos de trabajo. Esa investigación monumental se inscribe en la tendencia de “etnografías arqueológicas” que se han puesto en boga en varios países (Hamilakis y Anagnostopoulos, 2009) para recuperar tecnologías en peligro de perderse. El resultado aquí es una minuciosa síntesis de cada paso realizado para producir varios tipos de sal a partir de tierras obtenidas en las orillas del antiguo lago de Texcoco. Cada etapa de este complejo proceso está documentada al máximo, desde la obtención de las tierras, la construcción del filtro de barro, la mezcla de tierras, la colocación de éstas en el filtro, las cantidades necesarias, el proceso de hervido de la salmuera obtenida, el secado de la sal y los usos de la misma (fig. 6).

Este proceso de lavado de tierras salinas se utilizó de manera intensiva en el último periodo de ocupación prehispánica, y era de particular importancia en la economía de los aztecas y otros pueblos que vivían en las cercanías de los lagos alrededor de la actual Ciudad de México. De acuerdo con documentos de siglos anteriores, esta tradición continuó en el siglo XVI y logró mantenerse hasta el siglo XX, y después comenzó a decaer con el crecimiento urbano y el acceso a la sal industrial. Los cambios tecnológicos se reflejan sobre todo en los materiales y artefactos empleados en distintas épocas, pero el procedimiento



● Fig. 6 Nexquipayac, Estado de México. Vertiendo agua en las pilas con tierras saladas, marzo de 2006. Foto de B. Castellón.

principal —que requiere de un conocimiento muy especializado sobre el medio ambiente local— es básicamente el mismo desde tiempos antiguos. Parsons ha hecho una importante contribución a los estudios de tecnología antigua (Parsons, 1989; 1994, 1996, 2006, 2008, 2010) y otros aspectos relacionados con esta actividad en riesgo de desaparecer, que deberán ser retomados por nuevos investigadores. A su vez, los estudios de Parsons han estimulado otras investigaciones complementarias sobre el comercio antiguo de la sal en el centro de México (Danielewski, 1993; Minc, 1999; De León, 2009).

Otro estudio sobre la misma técnica de uso de suelos salinos se realizó en el occidente de México en las proximidades del lago de Cuitzeo, Michoacán, por Eduardo Williams (1999, 2003, 2008) hace más de quince años. En este caso la técnica implica la construcción de un filtro muy grande hecho de madera, en el que se coloca la tierra escogida con antelación en las cercanías de un

lago, donde también se han concentrado las sales y otros minerales que son lixiviados. Esto se realiza hoy en día en Araró, en la orilla oriental del lago de Cuitzeo, que es parte de la cuenca lacustre de Michoacán. Al parecer esta técnica tiene antecedentes prehispánicos y uno de sus rasgos locales es el uso de una “canoas” o tronco ahuecado, donde se coloca la salmuera obtenida del filtro para cristalizar la sal por evaporación solar. El resultado es una sal de colores café, blanca o amarilla usada hoy en día para usos gastronómicos y la elaboración de quesos. El autor hace una descripción de las “fincas” donde se produce sal, que incluyen la formación de montones de tierra, pozos de agua cercanos, canales, un montículo alto donde se coloca el filtro, y las canoas donde cristaliza la sal. El enfoque de su investigación es hacia los niveles de producción de sal en cada finca, y un estudio comparativo de los artefactos empleados con otras regiones de México. Además, Williams está interesado en el comercio de la sal y su importancia económica en tiempos antiguos y modernos, lo cual derivó en un estudio más amplio sobre los recursos de los lagos de esta parte de México, sus formas de aprovechamiento y subsistencia y las expresiones culturales de sus habitantes antiguos y modernos (Williams 2014).

En 2009, como parte de los reconocimientos generales para definir futuros problemas de investigación, quien esto escribe y Víctor Osorio realizamos algunas visitas en la parte suroeste del Estado de México, en la región de Tierra Caliente, para observar algunas prácticas tradicionales de producción de sal. Fue así que documentamos de manera preliminar el sitio El Salitre, en el actual estado de Guerrero, en una zona que es una depresión en medio de la zona montañosa.

Hasta ese año existía en aquel lugar una anciana que producía sal por el método de lavado de tierras, improvisando un pequeño filtro hecho a base de una tina de lámina, con orificios en la base y colocado sobre unos maderos para escurrir el agua (fig. 7). Ese dispositivo rudimentario sigue los mismos principios de otros filtros hechos con barro, o con madera, documentados en otras partes de Mesoamerica. La tierra salada, previamente seleccionada, es colocada dentro del contenedor y se lava con agua que fluye de un pequeño



● Fig. 7 El Salitre, Guerrero. Mecanismo simple para lavado de tierras saladas, a un lado la acumulación de tierras lixiviadas, y al fondo el terrero y el pozo, marzo de 2009. Foto de B. Castellón.

manantial salado, uno de los varios que hay en el lugar. La salmuera obtenida por varias horas se recoge en un recipiente de plástico, para ser cocida en un horno doble de barro. El resultado es una sal muy blanca y que sin duda se conocía desde tiempos muy antiguos, pues pudimos ver grandes montículos de tierra lavada alrededor de esta población, en los que pueden observarse muchos fragmentos de ollas de barro, —con seguridad utilizadas en época prehispánica. Igual que en otros casos, esa actividad está amenazada con desaparecer por la falta de interés de las nuevas generaciones, y urgen nuevos estudios para recuperar esta valiosa información (Osorio, 2000).

Por otro lado, es importante mencionar los datos existentes para el sitio de Lambityeco, en los valles centrales de Oaxaca, donde se aplicó una tecnología de producción de sal mediante el lavado de tierras salinas para obtener salmuera concentrada, y después cocida en recipientes de arcilla para su cristalización. Las condiciones ideales —entre ellas la presencia de manantiales, suelos pantanosos y tierras saladas— aún se hallan disponibles en esta parte de Oaxaca, y sin duda fueron objeto de uso entre 650 y 850 d.C., de ello se han encontrado claras evidencias en las excavaciones de este sitio, el cual muestra una arquitectura muy compleja que albergaba a una élite local. Parte de estos resultados fueron encontrados desde la década de 1970 (Peterson 1976), pero

se publicaron de nuevo, con información arqueológica más precisa, en años recientes, a fin de documentar los cambios en la tecnología y en la organización de las unidades habitacionales dedicadas a esa actividad (Lind y Urcid, 2010: 49-65).

Estudios sobre lixiviación de suelos salinos en litorales

Por muchos años, el gran impulsor de los estudios sobre la sal en México fue nuestro amigo Juan Carlos Reyes, quien dejó amplia constancia de sus investigaciones en la laguna de Cuyutlán, en la costa del Pacífico en Colima (Reyes, 1996, 2001, 2004a, 2004b, 2007, 2008). Su enfoque incluyó estudios de tipo histórico y antropológico en esta región, y en tiempos recientes documentó el momento de un brusco cambio tecnológico entre los mecanismos tradicionales de filtración de suelos salinos y el uso actual —y muy destructivo— del plástico, para acelerar la cristalización y producir mayores cantidades de sal en menos tiempo. Su labor de rescate de los métodos ancestrales es muy valiosa, así como su acercamiento a cada una de las áreas de la vasta laguna de Cuyutlán, cercana al mar, donde desde tiempos antiguos las condiciones son óptimas para la producción de una sal de gran calidad. Un gran mérito es haber documentado desde distintas perspectivas el mecanismo y unidad principal de producción de sal conocido como *tapextle*, hoy desaparecido y del cual existen distintas versiones a todo lo largo del litoral del Pacífico. Aquél consiste en un filtro horizontal grande hecho con madera, pero sobre todo con una serie de capas de palma tejida, piedrecillas, conchas, y barro utilizado para colocar la tierra salada y seleccionada de antemano en el piso de la laguna. El agua se obtenía de un pozo cercano, ya que el nivel del agua en el piso de la laguna es alto, y la salmuera resultante se colectaba en un depósito hecho con paredes bajas de piedra y cal. Por último, el agua salada era llevada por canales a patios de evaporación donde cristalizaba en sal (fig. 8).

El *tapextle* es una unidad de producción de sal sustentada por una organización compleja que



© Fig. 8 Laguna de Cuyutlán, Colima. *Tapextle* o mecanismo de filtración abandonado, mayo de 2006. Al lado se ve una era de evaporación solar con plásticos.

duró varios siglos; Reyes consideraba la posibilidad de que su técnica derivara de influencias asiáticas en el siglo XVI, sobre todo de Filipinas, lo cual es aún una hipótesis por explorar. Sus estudios abrieron la posibilidad de crear una moderna antropología e historia de la sal en México, y son una importante referencia por la riqueza de información y los problemas planteados a los estudios sobre historia de la tecnología.

Otro proyecto inspirado por el estudio previo de la laguna de Cuyutlán fue realizado en años posteriores por Eduardo Williams en el vecino estado de Michoacán, igualmente en la zona de la costa del Pacífico (Williams, 2002, 2008). Las comunidades donde se realizó este nuevo estudio conservan diversos elementos culturales documentados en la mejor tradición del rescate etnográfico. Aquí también se utiliza el *tapextle*, pero se conservan los métodos tradicionales de construcción de patios de evaporación, así como los muros hechos de palma para proteger el agua salada del viento y la basura, entre otras prácticas antiguas que ya no pueden observarse en Colima. Williams continúa con el acercamiento etnohistórico para hacer inferencias sobre las técnicas empleadas en otros tiempos, resaltando la evidencia arqueológica de los *terreros* (montículos de tierras destiladas), las *eras* o patios de evaporación solar, y la presencia de vasijas cerámicas usadas en el proceso de acarreo de agua. Al final su tra-

bajo plantea reflexiones acerca de las redes de comercio regional y el intercambio de sal.

Estudios sobre salinas de evaporación solar tierra adentro

Desde la década de 1990 se reiniciaron algunos proyectos antropológicos y arqueológicos en la zona suroeste del centro de México, al sur de la ciudad de Toluca, donde todavía existen salinas de evaporación solar a partir de salmueras naturales, las cuales se obtienen cerca de la corriente de los ríos que cruzan esa zona montañosa. Para ello se emplean pequeños recipientes de piedra laja, a los que se añade un borde hecho de arcilla con resina, para formar así un pequeño cuenco llamado *poche*, donde la salmuera —previamente saturada— es expuesta al sol. Ésta es una técnica antigua a punto de desaparecer, y en esas regiones data al menos del siglo XIV. Los resultados del primer proyecto se publicaron a fines del siglo pasado (Mata, 1999); en ellos se muestra en general el entorno social, cultural y religioso relacionado con esa actividad. Más tarde se hizo un acercamiento arqueológico a partir de excavaciones realizadas en el sitio de San Miguel Ixtapan (750-800 d.C.), que seguramente controló parte de esas salinas y donde hay evidencias de rituales relacionados con el agua y la sal (Osorio, 2008).

En años más recientes ahí tuvo lugar un nuevo estudio etnográfico y arqueológico —más detallado— sobre los procesos tecnológicos de la producción empleados para hacer propuestas sobre su impacto en la época prehispánica (De León Cortés, 2013, 2015). En el estudio se rescatan los detalles de la producción tradicional de sal, los nombres locales de los artefactos empleados, y se presentan interesantes reflexiones sobre las innovaciones introducidas en los últimos años, al igual que las presiones sociales sobre los trabajadores que implican un cambio fuerte en el paisaje salinero local (fig. 9).

Como extensión de los estudios arqueológicos que he realizado en el sur de Puebla, en la región de Zapotitlán, pude extender la investigación etnográfica y antropológica a esas salinas, y además documentar otras salinas de tierra adentro en la



● Fig. 9 San Miguel Ixtapan, paraje San Francisco. Reparación de *poches* donde cristaliza la salmuera, marzo de 2009. Foto de B. Castellón.



● Fig. 10 Zapotitlán Salinas, Puebla. Recogiendo la sal tierna al centro de la salina. Al fondo se ven los canastos para escurrir la sal, noviembre de 2007. Foto de B. Castellón.

región de la Mixteca entre Puebla y Oaxaca (figs. 10, 11 y 12). En este caso mi interés ha sido conocer cada pequeño detalle tecnológico de la tradición salinera, ante la intención constante de introducir cambios en la zona de las barrancas para obtener más sal en menos tiempo con la ayuda de dispositivos mecánicos, lo cual representa la pérdida de muchos procedimientos antiguos. También me he interesado en el estudio comparativo de las diferencias tecnológicas regionales, pues en distancias de entre 50 y 100 km los salineros actúan de acuerdo con lo que saben de sus vecinos, y para ello hacen adaptaciones, combinaciones y hasta productos híbridos entre las

técnicas empleadas, los artefactos usados como la cerámica, y los mecanismos de filtración y concentración de salmueras. Así, el registro de esas variantes entre salinas relativamente cercanas puede contribuir a la reconstrucción de un sistema de transformaciones tecnológicas que se ha adaptado a través de los siglos ante las cambiantes situaciones económicas de este país. Este proyecto incluye los cambios e innovaciones tecnológicas desde la época prehispánica hasta el presente, y hoy en día se encuentra en marcha (Castellón, 2008b, 2008c, 2009a, 2009b). Al mismo tiempo, en esas regiones también se ha realizado trabajo de etnohistoria y nuevas observaciones arqueoló-



● Fig. 11 Salinas Ocotlán, Puebla. Esparciendo la sal para el secado, diciembre de 2008. Se ve un depósito de salmuera o *coscomate*. Foto de B. Castellón.



● Fig. 12 Santa María Salinas, Oaxaca. Distintas fases de secado de la sal, noviembre de 2007. Se ven los *coscomates* y canales para salmuera. Foto de B. Castellón.

gicas por parte de investigadores de Oaxaca, lo cual ayudan a complementar nuestra visión de esas salinas tan remotas (Doesburg, 2008; Doesburg y Spores, 2015; León, 2015a, 2015b).

Estudios sobre salinas de evaporación solar en la costa del Pacífico

Siguiendo las tradiciones salineras en la zona del Pacífico, más al sur, en la costa de Guerrero, se han llevado a cabo estudios antropológicos —sobre todo de género e intercambio— entre los productores de sal de la región costera y los de tierra adentro en la zona montañosa desde finales del siglo pasado. En esos estudios se muestran aspectos de la organización social y el papel de los agentes en la producción de sal y actividades asociadas (Good, 1995; Quiroz, 2008). Un problema que se ha investigado más detenidamente es el impacto social de la migración hacia Estados Unidos entre los afrodescendientes de esta región de la costa de Guerrero, y el modo en que esto afecta a la organización de la producción de sal, problema que se presentó en años recientes. Los cambios climáticos también han afectado los niveles de las lagunas interiores donde se produce sal, y esto ha provocado la introducción de bombas de motor y otros elementos modernos que transforman los métodos tradicionales. Por otra parte, las mujeres tienen un rol muy importante en la economía, que ahora está apoyada sólo en actividades como la pesca, y sobre todo los empleos a larga distancia para obtener dinero, pues la sal se ha convertido en una actividad de mucho riesgo ante las cambiantes condiciones del mercado y del medio ambiente.

Otros estudios recientes se han iniciado en la costa del Pacífico, de los que por ahora sólo podemos dar una noticia general. En primer lugar, un estudio etnográfico y arqueológico de Eric Saloma en la Laguna de Potosí, cercana al sitio arqueológico de Xihuacan o Soledad de Maciel, centro político importante del periodo Clásico que floreció hacia 450 d.C. y continuó hasta tiempos tardíos (Mateos-Vega, 2013; Coordinación Nacional de Antropología, 2013). El uso de patios de evaporación todavía es práctica común en esta zona.

Otro estudio en marcha se realiza al norte, en la zona costera de Escuinapa, en la costa de Sinaloa, también zona de esteros y lagunas costeras, por parte del arqueólogo Alfonso Grave Tirado (2014). Se trata de un acercamiento a las actividades realizadas en ese lugar, que incluyen la pesca con distintas técnicas y la presencia de “corrales” salineros que, en apariencia, tienen una gran antigüedad.

Cabe mencionar algunos breves trabajos publicados sobre la importancia antigua de la sal en México, en particular las salinas de evaporación de Chikinchel, en la costa norte de la península de Yucatán (Kepecs 2003). Esta autora menciona la importancia de las construcciones cerca del mar, y la producción de sal por evaporación en amplios espacios construidos para tal efecto, aunque su evidencia arqueológica no es muy clara y no presenta datos sobre el proceso tecnológico. Una situación similar se da para las salinas antiguas de Xcambó, cerca de Mérida (Sierra 1999).

Ejemplos de producción industrial

En el noroeste del país, en la península de Baja California, se encuentran las salinas de Guerrero Negro, quizá el complejo industrial más grande del mundo a cielo abierto (más de siete millones de toneladas métricas por año). A más de 60 años de su creación (1954), esta industria ha sido revalorada como patrimonio único en cuanto a paisaje, clima y geología (Gaitán y Cano 2009). Hoy en día se realizan gestiones para incluir el sitio en la lista de patrimonio mundial por parte de la UNESCO e instituciones mexicanas.

Otras regiones del país son objeto de explotación industrial a gran escala por distintos métodos, y se cuenta con explotaciones marinas (diez), lagunas interiores (dos) y domos salinos (dos) entre los que cabe destacar Tuzandépetl, Veracruz, en la costa del golfo. Ahí se produce salmuera en grandes cantidades, por inyección subterránea de agua al domo salino ubicado a más de 2000 m de profundidad, para generar grandes cantidades de salmuera saturada. Luego el líquido es conducido por más 17 km a la planta de Coatzacoalcos, donde es

sometida a un proceso de refinación que produce 1 200 toneladas diarias de sal pura. Esta sal es comercializada en México, pero también en los mercados de Estados Unidos, el Caribe, y Centroamérica (Secretaría de Economía, 2014).

La industria de la sal en México es un capítulo muy extenso que desborda los límites del estudio antropológico y arqueológico. Desde hace muchos años existe la Asociación Mexicana de la Industria de la Sal, A. C. (AMISAC), que lleva a cabo actividades, asesorías y apoyos a eventos sobre la sal y su explotación industrial, y además ha participado y promovido encuentros y publicaciones de tipo académico (Reyes, 1998; Castellón, 2008; AMISAC, 2016).

Comentarios finales

Los estudios de la sal en México, vistos desde la antropología, tienen una larga historia, pero no

han sido continuos; hoy en día son muy variados en cuanto a temática y han ido en aumento poco a poco a lo largo de los últimos años, aun cuando es necesario consolidar una tradición de investigación específica sobre la sal, en particular en los estudios antropológicos de distintas universidades. Los estudios iniciales en este sentido ya están publicados (fig. 13) y sirven de referencia a nuevos investigadores, sólo es necesario organizar más actividades en ese sentido y crear más proyectos en el largo plazo. Los espacios académicos para llevar adelante este programa por ahora sólo existen en los encuentros nacionales e internacionales, y en algunos pocos sitios en redes sociales. También se debe señalar que buena parte de los estudios sobre la sal se deben a instituciones e investigadores extranjeras que trabajan en México, aunque esta situación se ha equilibrado en buena medida en las últimas décadas, pues fueron realizados dieciocho proyectos en centros de estudios nacionales, frente a diez proyectos



○ Fig. 13 Portadas de algunas publicaciones sobre la sal en México de los últimos veinte años.

extranjeros, sin considerar notas u observaciones históricas de poca difusión.

Los estudios de este tipo se concentran en salinas de la costa aún activas a nivel tradicional e industrial; hay menos interés en salinas de tierra adentro, aun cuando son numerosas y requieren de más atención, ya que muchas están en uso —aunque sólo en ciertos años, y en ocasiones su presencia resulta un redescubrimiento etnográfico—. Otras salinas pequeñas, pero conocidas desde siglos anteriores, están a la espera de que nuevos investigadores lleguen hasta ellas y comiencen su labor de registro. Las técnicas más documentadas son las de evaporación solar; sin embargo, hay un filón de posibilidades de estudio sobre decisiones tecnológicas que se han transformado con el tiempo y requieren de un rescate etnográfico. La actual vertiente de registro, enfocada en las prácticas actuales contrastadas con datos históricos, también es muy común en gran parte de los estudios conocidos hasta la fecha. Es preciso realizar mayores intercambios académicos, sobre todo en cuanto a metodologías de registro y las posibilidades de interpretación teórica que los estudios acerca de la sal ofrecen para dar forma a una verdadera tendencia de investigación alrededor de la sal y sus relaciones sociales, tecnológicas, ideológicas, históricas, etcétera. Sin duda es necesaria la participación de nuevas generaciones de historiadores, arqueólogos y antropólogos que participen en esta labor, pero al menos a principios del nuevo siglo esta labor aparece como una promesa de mejores tiempos para los estudios salinos en México.

Bibliografía

- Alexianu, Marius, Curcă, R., y Cotiugă, V.
2009. Salt production by lixiviaton. Nexquipayaq, Mexico. Recuperado de <https://vimeo.com/5540147>
- AMISAC
2016. Página web de la Asociación Mexicana de la Industria Salinera. Recuperado de <http://www.amisac.org.mx/>
- Anaya Rodríguez, Edgar
1995. La industria de la sal de tierra en el Valle de México: un método prehispánico a punto de desaparecer. En J.C. Reyes (coord.), *La sal en México* (pp. 223-248). Colima, Universidad de Colima/ Dirección General de Culturas Populares.
- Andrews, Anthony P.
1983. *Ancient Maya Salt Production and Trade*. Tucson, University of Arizona Press.
- Apenes, Ola
1943. The “Tlateles” of Lake Texcoco. *American Antiquity*, 9(1): 29-32.
1944. The primitive salt production of Lake Texcoco, Mexico., *Ethnos*, 1: 35-40.
- Baños Ramos, Eneida
1980. *La industria salinera en Xocotitlán, cuenca de México*. Tesis de licenciatura, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Castellón Huerta, Blas
2008a. Technologie et enjeux de la production du sel dans les salines préhispaniques de Zapotitlán, Puebla, Mexique. En O. Weller, A. Dufraisse, y P. Pétrequin (eds.), *Sel, eau et forêt. D’hier à aujourd’hui* (pp. 119-142), Besançon, Presses Universitaires de Franche-Comte (Le Cahiers de la MSHE Ledoux 12, Homme et environnement).
2008b. Arqueología, etnografía, decisiones técnicas y complejidad social: la producción de sal antigua en el centro de México. En F. López, W. Wiesheu y P. Fournier (coords.), *Perspectivas de la investigación arqueológica III* (pp. 171-200). México, ENAH/INAH.
2008c. Entre cactus y barrancas: constructores de terrazas y productores de sal en el sur de Puebla. *Diario de campo*, suplemento 51: 105-111.
- 2009a. Un grano de sal: Aportaciones etnoarqueológicas al estudio histórico de una industria ancestral. *Anuario de Historia 2007*, 1: 67-83. Recuperado de <http://hdl.handle.net/10391/504>
- 2009b. Elementos tecnológicos indígenas y europeos en la producción de sal en Puebla y Oaxaca. *El Alfolí*, 6: 4-9. Recuperado de <http://www.salinas-deinterior.org/p/el-alfoli-nuestra-revista-digital-our-e.html>
- 2016. *Cuando la sal era una joya: antropología, arqueología y tecnología de la sal durante el*

Postclásico en Zapotitlán Salinas, Puebla. México, INAH.

• Ceja Acosta, Jorge Alejandro

2007. *Estrategias de obtención de sal en la región de Soconusco, Acayucan, Veracruz. Un modelo etnoarqueológico de obtención de sal en grupos contemporáneos no industrializados.* Tesis de maestría. Escuela Nacional de Antropología e Historia-INAH, México

2008. La simbolización del espacio en la obtención de sal en Soconusco, Acayucan, Veracruz. *Diario de Campo*, suplemento 51: 117-127.

2011. El Salado-Ixtahuehue and Benito Juárez-Socónusco: An Ethno-Archaeological Study of Salt Pre-Industries of Southeast Veracruz, Mexico. En Marius Alexianu, Roxana Curcă y Vasile Cotiugă (eds.), *Archaeology and Anthropology of Salt: A Diachronic Approach. Proceedings of the International Colloquium, 1-5 October 2008 "Al. I. Cuza" University, Iași* (pp. 37-48), Oxford, Arheopress/BAR International Series.

2016. *Identidad tecnológica en una salinera arqueológica del sureste veracruzano: un análisis comparativo con algunas salineras preindustriales en el mundo.* Tesis de doctorado. UNAM, México.

• Ceja Tenorio, Jorge Fausto

1998. Iztahuehue, la salina vieja de Los Tuxtlas, Veracruz. En J. C. Reyes (coord.), *La sal en México Ilc* (pp. 43-64). Colima, Gobierno del Estado de Colima/Universidad de Colima/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

• Charlton, Thomas H.

1969. *Texcoco Fabric-Marked Pottery, Tlateles, and Salt-Making.* *American Antiquity*, 34(1): 73-76.

1970. *Texcoco Fabric-Marked Pottery and Salt-Making: A Further Note.* *American Antiquity*, 36(2): 217-18.

• Coordinación Nacional de Antropología (productor).

2013. *La producción de sal en Petatlán Guerrero.* Recuperado de https://www.youtube.com/watch?v=Eccz_NJwuqo

• Danielewski, Angelika von

1993. *Die Salzstraßen des Aztekischen Staates: Vernetzung von Handel und Tribut.* *EAZ Ethnogr. Archäol. Z.*, 34: 69-87.

• De León, Jason P.

2009. *Rethinking the organization of Aztec salt production: A domestic perspective.* En K. Hirth (ed.), *Housework: Craft Production and Domestic Economy in Ancient Mesoamerica* (pp. 45-57). Malden Washington American Anthropological Association (Archaeological Papers, 19).

• De León Cortés, Marco Antonio

2013. *Producción de sal en San Miguel Ixtapan. Época prehispánica.* Tesis de licenciatura, Universidad Autónoma del Estado de México, Tenancingo.

2015. Producción de sal en *poches* en el Paraje San Francisco de San Miguel Ixtapan, Estado de México. *El Alfolí*, 16: 3-12.

• Doesburg, Sebastián van

2008. Documentos pictográficos de la Mixteca Baja de Oaxaca: el Lienzo de San Vicente El Palmar, El Mapa Núm. 36, y el Lienzo Mixteca III. *Desacatos*, 27: 95-122.

• Doesburg, Sebastián van, y Spores, Ronald

2015. Salt production and trade in the Mixteca Baja: The case of the Tonalá-Atoyac-Ihualtepec salt works. En Danny Zvorober y Peter C. Kroefges (eds.), *Bridging the Gaps: Integrating Archaeology and History in Oaxaca, México* (pp. 231-262). Boulder, University Press of Colorado.

• Ewald, Úrsula

1985. *The Mexican Salt Industry 1560-1980: A Study in Change.* Nueva York/Stuttgart, Gustav Fischer Verlag.

• Gamboa, Luis Manuel

2007. "Proyecto de Salvamento Arqueológico Circuito Exterior Mexiquense". Recuperado de <http://www.ilustrados.com/tema/5641/Proyecto-salvamento-arqueologico-circuito-exterior-Mexiquense.html>

• García Samper, Asunción

1997. La industria de la sal y de la cerámica en la región de Coxcatlán, Tehuacán, vista por las fuentes etnohistóricas y arqueológicas. Siglos XII al XVI. En

Simposio Internacional Tehuacán y su Entorno: Balance y Perspectivas, E. de la Lama (comp.), México, INAH (Col Científica 313), pp: 69-77.

• Good, Catherine

1995. *Salt production and commerce in Guerrero, Mexico. An ethnographic contribution to historical reconstruction. Ancient Mesoamerica*, 6: 1-13.

• Grave Tirado, Alfonso

2014. Las salinas de Escuinapa: una larga historia. Nuevas evidencias arqueológicas. Ponencia en la *XXX Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, Querétaro, SMA.

• Hamilakis, Jannis, y Anagnostopoulos, Aris

2009. What is archaeological ethnography? *Public Archaeology: Archaeological Ethnographies*, 8(2-3): 65-87.

• Kepecs, Susan

2003. Chikinchel. En M.E. Smith y F.F. Berdan (eds.), *The Postclassic Mesoamerican World* (pp. 259-268). Salt Lake City, The University of Utah Press.

• León Hernández, Ricardo

2015a. *La extracción de sal en la Mixteca Alta, La Gaceta del Instituto de Patrimonio Cultural del Estado de Oaxaca*, 29: 24-32.

2015b. *La tecnología para la producción de sal en la Mixteca Alta, Gremium*, 3: 28-32.

• Lind, Michael, y Urcid, Javier

2010. *The Lords of Lambityeco. Political Evolution in the Valley of Oaxaca during the Xoo Phase*, Boulder, University Press of Colorado.

• Liot, Catherine

1995. Evidencias arqueológicas de producción de sal en la cuenca de Sayula (Jalisco): relación con el medio físico, estudio de tecnología. En J. C. Reyes (coord.), *La sal en México* (pp. 3-32). Colima, Universidad de Colima, Dirección General de Culturas Populares.

2000. *Les salines préhispaniques du Bassin de Sayula (Occident du Mexique). Milieu et techniques*, Oxford, Bar International Series.

2002. “Briquetage” et production de sels par lessivage de terres salées au Mexique. En O. Weller (ed.), *Archaeologie du sel. Techniques et sociétés dans la Pre- et Protohistoire européenne* pp. 81-98). Rahden/Westf, Verlag Marie Leidorf gmbH.

• Machuca, Laura

2007. *Comercio de sal y redes de poder en Tehuantepec durante la época colonial*. México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores de Antropología Social.

• Mata Alpuche, Alberto

1999. *Los salineros de San Miguel Ixtapan: Una historia tradicional de hoy*. Toluca, Instituto Mexiquense de Cultura.

• Mateos-Vega, Mónica

2013. Xihuacán desmiente que las culturas de esa zona de Guerrero eran “menores”. *La Jornada*, 13 de febrero. Recuperado de <http://www.jornada.unam.mx/2013/02/11/cultura/a08n1cul>

• Mayer-Oaks, William

1959. A Stratigraphic Excavation at El Risco, Mexico. Philadelphia. *Proceedings of the American Philosophical Society*, 103(3): 332-372.

• McKillop, Heather

2002. *Salt. White Gold of the Ancient Maya*. Gainesville, University Press of Florida.

• McVicker, Donald E.

1974. Variation in Protohistoric Maya Settlement Pattern. *American Antiquity*, 39(4): 546-556.

• Millhauser, John K.

2012. *Saltmaking, Craft, and Community at Late Postclassic and Early Colonial San Bartolome Salinas*. Tesis de doctorado. Department of Anthropology, Northwestern University, Evanston.

• Minc, Leah

1999. The Aztec salt trade: Insights from the INAA of Texcoco fabric-marked pottery. Ponencia en el *64th Annual Meeting of the Society for American Archaeology*, Chicago.

• Noguera, Eduardo

1943. Excavaciones en El Tepalcate, Chimalhuacán, México. *American Antiquity*, 9(1): 33-43.

1975. Identificación de una saladera. *Anales de Antropología*, 12: 117-151.
- Nunley, Parker
1967. A hypothesis concerning the relationship between Texcoco fabric-marked pottery, Tlaxcala, and chinampa agriculture. *American Antiquity*, 32(4): 515-522.
 - Osorio, Víctor
2000. La sal en la época prehispánica. En Rosaura Hernández R. (coord.), *Ixtapan de la Sal* (pp. 11-30). Zinacantepec, El Colegio Mexiquense (Cuadernos municipales, 16).
2008. El recinto de las esculturas y su posible vínculo con el ritual salinero. *Diario de Campo*, suplemento 51: 51-48.
- Othón de Mendizábal, Miguel
1928. *La influencia de la sal en la distribución geográfica de los grupos indígenas de México*. México, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía.
- 1946a. La distribución geográfica de la sal. *México prehispánico* (pp. 742-753). México, Emma Hurtado Editorial.
- 1946b. *Obras Completas* (vol. 2, pp. 175-340). Carmen H. Vda. De Mendizábal (ed). México, Talleres Gráficos de la Nación.
- Parsons, Jeffrey R.
1989. Una etnografía arqueológica de la producción tradicional de sal en Nexquipayac, Estado de México. *Arqueología*, 2ª época, 2: 69-80. México, INAH.
1994. Late Postclassic salt production and consumption in the Basin of Mexico: Some insights from Nexquipayac. En M Hodge y M. Smith (eds.), *Economies and Politics in the Aztec Realm, Studies on Culture and Society* (pp. 257-290). Nueva York, Institute for Mesoamerican Studies-State University of New York.
1996. Tequesquite and Ahuauhtle: Rethinking the Prehispanic Productivity of Lake Texcoco-Xaltocan-Zumpango. En A. G. Mastache, J. R. Parsons, R. S. Santley, y M. C. Serra (eds.), *Arqueología Mesoamericana: homenaje a William T. Sanders* (pp. 439-459). México, INAH.
2001. *The Last Saltmakers of Nexquipayac, Mexico. An Archaeological Ethnography*. Ann Arbor, University of Michigan (Museum of Anthropology, Anthropological Papers, 92).
2006. *The Last pescadores of Chimalhuacán, Mexico: An Archaeological Ethnography*. Ann Arbor, University of Michigan (Museum of Anthropology).
2008. Los últimos salineros de Nexquipayac, Estado de México: el encuentro de un arqueólogo con los vínculos vivos de un pasado prehispánico. *Diario de Campo*, suplemento 51: 69-79.
2010. The pastoral niche in Prehispanic Mesoamerica. En J. E. Staller y M. D. Carrasco (eds.), *Pre-Columbian Foodways: Interdisciplinary Approaches to Food, Culture, and Markets in Ancient Mesoamerica* (pp. 109-113). Nueva York, Springer.
- Peterson, David Andrews
1976. *Ancient Commerce*. Tesis de doctorado. State University of New York, Nueva York.
 - Quijada, César
1984. *El salitre, una salina prehispánica en Tonatico, Estado de México*. Tesis de licenciatura. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
 - Quiroz Malca, Haydée
2008. *Las mujeres y los hombres de la sal de la Costa Chica de Guerrero*. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
 - Reyes Garza, Juan Carlos (ed.)
1995. *La sal en México*. Colima, Universidad de Colima/Dirección General de Culturas Populares.
1996. El pozo de tapextle de Colima, México. Breve historia de un ingenio tecnológico para la producción de sal. *Journal of Salt History*, 4: 117-135.
1998. (Ed.) *La sal en México II*. Colima, Gobierno del Estado de Colima/Universidad de Colima/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
2001. Este es el arte y modo de hacer sal. Tecnología salinera novohispana en las relaciones geográficas del siglo XVI. En C. Litchfield, R. Palme y M. Piasesecky (eds.), *Le monde du sel. Melanges offerts à*

Jean-Claude Hocquet. Innsbruck, Berenkamp. pp. 219-244.

2004a. El tapextle salinero: notas sobre su origen, distribución y variantes. En E. Williams (ed.), *Bienes estratégicos del antiguo Occidente de México. Producción e intercambio 183-206*. Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 183-206.

2004b. *Sal. El oro blanco de Colima. La industria salinera colimense durante el virreinato*, Colima, Gobierno del Estado de Colima. Secretaría de Cultura.

2007. La innovación tecnológica y el fin de una era. El caso de Colima, México. En Nuria Morére Molinero (ed.), *Las salinas y la sal de interior en la historia: economía, medio ambiente y sociedad*. Vol. 2 (pp. 857-876). Madrid, Universidad Rey Juan Carlos.

2008. Los estudios de la sal. *Diario de Campo*, suplemento 51, *Sal y salinas: Un gusto ancestral*, B. Castellón (coord.): pp. 13-17. México, INAH.

• Rinaldini, Luca

2016. Fotografía recuperada de <http://www.luca-rinaldini.com/wp/project/sale/>

• Robertson, Ian G., y Gorenflo, Larry J.

2008. A Seminar: Assessing Current Understanding and Charting Future Research in Basin of México Archaeology. Conference held at San Miguel Ometusco, FAMSI. 2-7 de septiembre. Recuperado de <http://www.famsi.org/reports/07040/07040Robertson01.pdf>

• Ruiz Cancino, Daniel

2008. *Nonoalco-Tlatelolco: Productor de sal en el Posclásico temprano*. Tesis. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

• Sánchez Vázquez, María de Jesús

1984. *Zacatenco: una unidad productiva de sal en la ribera noroccidental del lago de Texcoco*. Tesis. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.

• Santley, Robert S.

2004. Prehistoric salt production at El Salado, Veracruz, México. *Latin American Antiquity*, 15(2): 199-221.

• Secretaría de Economía

2014. *Perfil del mercado de la sal*. México, Dirección General de Desarrollo Minero/Secretaría de Economía.

• Séjourné, Laurette

1970. *Arqueología del valle de México. Culhuacán*. México, INAH.

1983. *Arqueología del valle de México. De Xochimilco a Amecameca*. México, Siglo XXI.

• Sierra, Thelma

1999. Xcambó: Codiciado enclave económico del Clásico maya. *Arqueología Mexicana*, 37: 40-47.

• Stoner, Wesley, Millhauser, John K., Rodríguez-Alegría, Enrique, Overholtzer, Lisa, y Glascock, Michael D.

2014. Taken with a grain of salt: Experimentation and chemistry of archaeological ceramics from Xaltocan, Mexico. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 21: 862-898.

• Talavera Barnard, Elena

1979. *Las salinas de la cuenca de México y la cerámica de impresión textil*. Tesis. Escuela Nacional de Antropología e Historia-INAH, México.

• Tolstoy, Paul

1958. Surface survey of the northern Valley of Mexico: The Classic and Postclassic periods. *Transactions of the American Philosophical Society*, 48(5): 1-142.

• Vázquez Salguero, David

2008a. Testimonios salinos en el semidesierto potosino. El archivo histórico de Salinas del Peñón Blanco, del siglo XVIII al XX. *Diario de Campo*, suplemento 51: 81-91.

2008b. *Guía del Archivo Histórico de Salinas del Peñón Blanco, 1713-1945*. San Luis Potosí, El Colegio de San Luis Potosí.

2008c. *Rastros de sal*. México, Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de San Luis Potosí/Conaculta.

• Vogt, Evon Z.

1969. *Zinacantan: A Maya Community in the Highlands of Chiapas*. Cambridge, Harvard University Press.

• Williams, Eduardo

1999. The ethnoarchaeology of salt production at Lake Cuitzeo, Michoacan, Mexico. *Latin American Antiquity*, 10(4): 400-41.

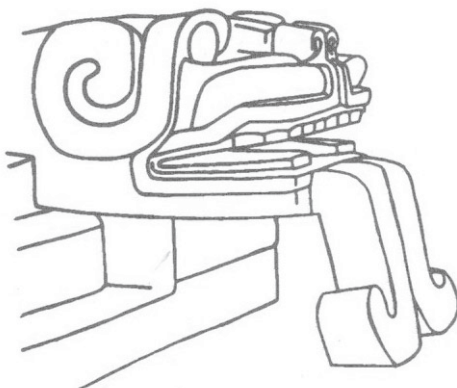
2002. Salt production in the coastal Area of Michoacan, Mexico: An ethnoarchaeological study. *Ancient Mesoamerica*, 13(2): 237-253.

2003. *La sal de la tierra: etnoarqueología de la producción salinera en el Occidente de México.*

Zamora, El Colegio de Michoacán/Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco.

2008. Producción y comercio de la sal en Michoacán antiguo. *Diario de Campo*, suplemento 51: 41-49.

2014. *La gente del agua: etnoarqueología del modo de vida lacustre en Michoacán.* Zamora, El Colegio de Michoacán.



Sandra Balanzario*, Rafael Fierro**

Implicaciones rituales del temazcal en el sur de Quintana Roo

Al doctor Enrique Nalda, in memoriam

Resumen: Hallazgos recientes (2009) en Dzibanché, permiten analizar la relación de las estructuras tipo temazcal, “baño de vapor”, con templos dinásticos, en asociación con plazas de carácter cívico-ceremonial. Nuevas hipótesis permiten avanzar en la interpretación de contextos arqueológicos asociados al temazcal en Dzibanché, asentamiento de la dinastía Kanu’l durante el Clásico.

Palabras clave: Dzibanché, dinastía Kanu’l, temazcal.

Abstract: Recent finds (2009) in Dzibanché allow us to analyze the relationship of *temazcal*-type (steam bath) structures with dynastic temples, in association with civic-ceremonial plazas. New hypotheses make it possible to advance interpretations of the archaeological contexts associated with the *temazcal* in Dzibanché, a settlement under the Kanu’l dynasty during the Classic period.

Keywords: Dzibanché, Kanu’l dynasty, *temazcal*.

Los primeros trabajos que se realizaron en Dzibanché se iniciaron a finales de la década de 1990, desde entonces se han desarrollado en el sitio investigaciones de forma constante y con una intensidad variable. El proyecto dirigido por Enrique Nalda[†] se enfocó a un programa de mapeo, intervención y exploración de los principales edificios; junto con labores de excavación intensiva en las estructuras periféricas situadas alrededor del patrón de asentamiento.

Ubicado en el sur de Quintana Roo (fig. 1), el asentamiento de Dzibanché está integrado por espacios cívicos ceremoniales y áreas residenciales concentradas en cuatro grupos de arquitectura monumental: Dzibanché Central, Kinichná, Tutil y el Complejo Lamay, todos ellos conectados por una extensa red de *sacbeob*. La secuencia de ocupación para el asentamiento comprende una temporalidad que va del Preclásico medio al Posclásico tardío (300 a.C.-1400 d.C.), los cuatro grupos de arquitectura monumental se encuentran integrados entre sí, cada uno con funciones particulares.

* Centro INAH Quintana Roo. Deseamos expresar nuestro más profundo agradecimiento al doctor Enrique Nalda Hernández, por la oportunidad de colaborar en su proyecto, además de que la mayor parte de las ideas aquí plasmadas fueron discutidas con él cuando aún estaba entre nosotros. También queremos dar las gracias a los arqueólogos Rosalba Nieto y Luis Alberto Martos, por invitarnos a participar en el Coloquio de Simbología y Religión en el México Antiguo.

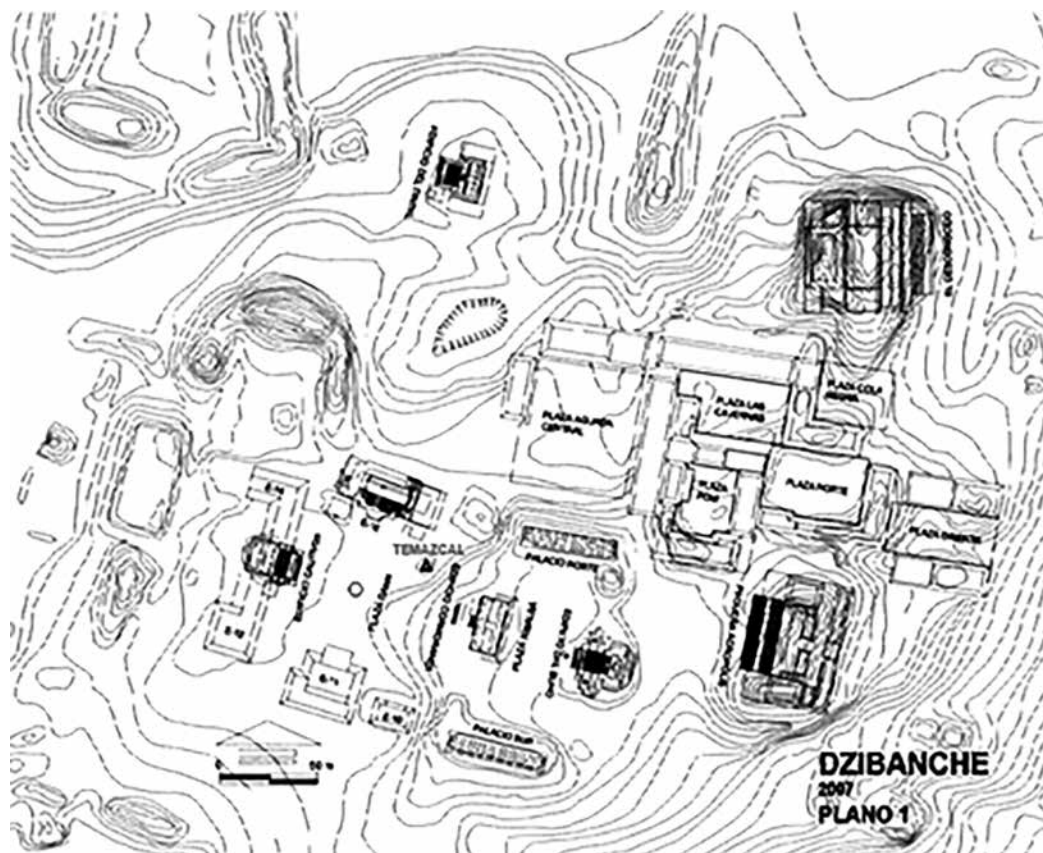
** Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH.



© Fig. 1 Ubicación de Dzibanché en Quintana Roo.

Dzibanché central está integrado por conjuntos arquitectónicos localizados alrededor de varias plazas, entre ellas destacan la Plaza Gann, Plaza Xibalba, Plaza Pom y el complejo de la Pequeña Acrópolis. En este grupo se localizan los edificios de gran monumentalidad, juegos de pelota y unidades habitacionales de élite. La Plaza Gann deriva su nombre de Thomas Gann, quien visitó el grupo central de Dzibanché en 1927. En el edificio E-6 dicho arqueólogo registró dos dinteles de madera *in situ*, uno de los cuales mostraba una ins-

cripción calendárica (554 d.C.) y por ello dio nombre al sitio: “escritura en madera”. La Plaza Gann tenía funciones cívico ceremoniales y agrupa siete edificios; entre ellos destaca el edificio E-2 “Templo de los Cormoranes” (fig. 2), denominación que obedece a los vasos policromos recuperados en ofrendas asociadas a cuatro cámaras abovedadas de su basamento. Esas cámaras están fechadas en el Clásico medio-tardío y sin duda es el edificio más importante de esta plaza, ya que en ese lugar fueron inhumados durante el Clásico



● Fig. 2 Planta general de la Plaza Gann de Dzibanché, donde se ubica el temazcal.



● Fig. 3 Edificio E-2.

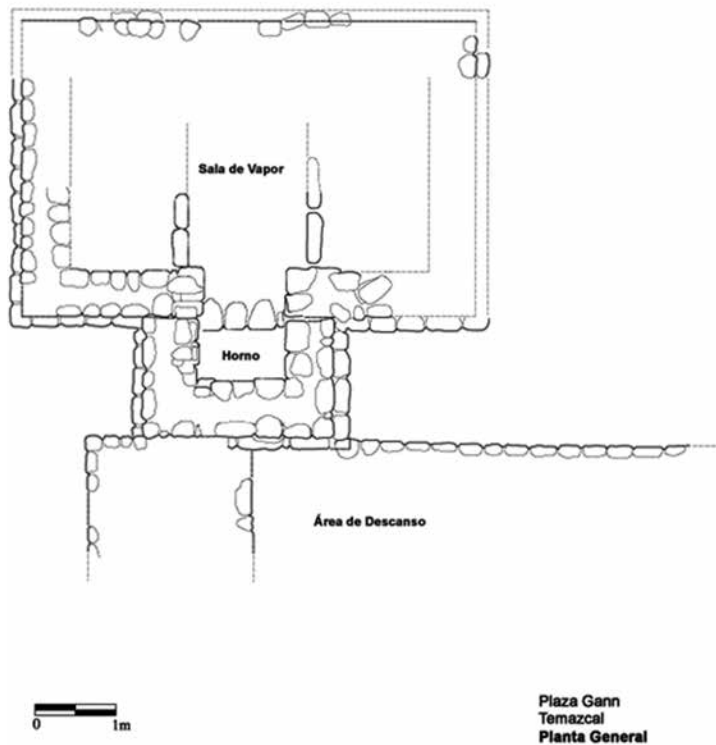


● Fig. 4 Estructura Poniente antes de ser intervenida.

los gobernantes de la dinastía Kanu'1 (Nalda y Balanzario, 2008b). (fig. 3).

Durante las exploraciones realizadas en la Plaza Gann (2009) se logró intervenir la estructura Poniente, ubicada al noroeste del Edificio E-2 —sólo se exploró en 60%, debido a la existencia

Dzibanche 2009



© Fig. 5 Planta general de la Estructura Poniente.

de varios árboles ramón que hemos preferido conservar—. Es una estructura de forma rectangular (6 × 4 m) formada por una crujía (fig. 4), equipada con dos banquetas estucadas de 20 cm de altura en cada extremo (fig. 5). La altura máxima *in situ* de los muros es 1.20 m; sin embargo, entre el material de derrumbe recuperado dentro de la crujía y a sus alrededores se localizaron varios sillares con restos de aplanados de estuco y lajas provenientes de la bóveda, elementos que justifican una altura mayor. En el umbral del vano oriente se recuperaron los restos de un cajete y una olla mediana del tipo Tinaja rojo, variedad no especificada —éste fue establecido por Smith y Gifford (1966) en Uaxactún (fig. 6).

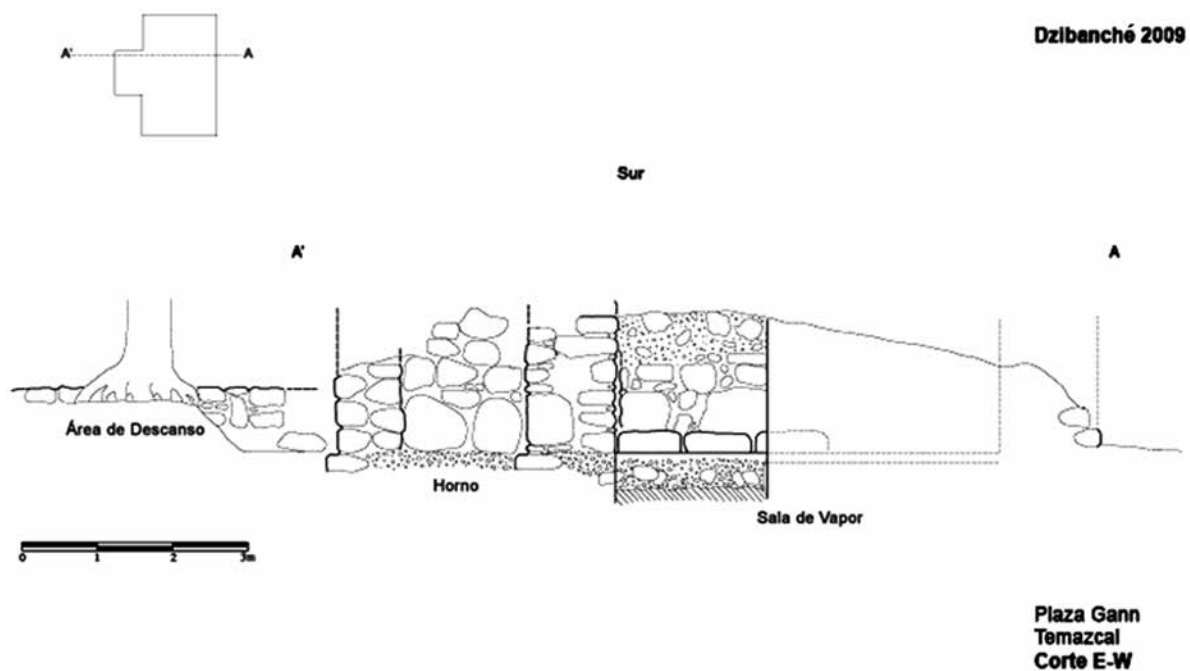
En la fachada oriente los mayas adosaron una estructura rectangular (2.70 × 1.30 m), en cuyo interior se recuperó gran cantidad de piedras calcinadas y ceniza. Este adosamiento estaba cubierto de lajas careadas provenientes de la tapa de la bóveda, en tanto las paredes internas de sus muros mostraron huellas de exposición al fuego (fig. 7).

En relación con la Estructura Poniente se localiza una plataforma en forma de L, de baja altura (8 × 12 m) y equipada con una banqueta (2 × 6 m) construida en el extremo sur, misma que tal vez tuvo una construcción de mampostería o material perecedero.¹ La evidencia ya señalada sugiere que la estructura Poniente cumplió funciones de un temazcal.

La cámara de combustión localizada en la fachada oriente debió ser el área donde se calentaban las piedras, y que al ser rociadas con agua generarían el vapor necesario para el baño (fig. 7). La existencia de banquetas al interior de la crujía confirma el lugar donde los usuarios debieron situarse para el baño, en tanto el escurrimiento del agua utilizada debió fluir —por gravedad— hacia el patio de la Plaza Gann, ya que no se encontró drenaje alguno. Los sondeos hechos dentro de cada banqueta permitieron

localizar un relleno de lajas careadas, dispuestas a manera de un piso —enlajado sobre un firme de gravilla— colocado sobre la roca basal. Los materiales cerámicos recuperados en el firme pertenecen a los tipos cerámicos: Águila naranja, variedad Águila; San Blas rojo/naranja, variedad San Blas; y Triunfo estriado, variedad Triunfo; en tanto que los materiales recuperados en el derrumbe, al interior de la crujía, son de los tipos: Asote naranja, variedad Asote; Máquina café, variedad Máquina; Tinaja rojo, variedad No especificada; Langostino rojo, variedad Langostino; Becanchen café, variedad Becanchen; y Encanto estriado variedad Encanto, todos ellos correspondientes los periodos del Clásico temprano y

¹ En varios de los edificios que conforman el área monumental de Dzibanché se han descubierto paramentos desmantelados, áreas en la que los mayas del periodo Posclásico retiraron los sillares para conformar nuevas construcciones (Nalda y Balanzario, 2007).



© Fig. 6 Corte transversal de la Estructura Poniente.



© Fig. 7 Cámara de combustión antes de intervenir.



© Fig. 8 Vista general de la Estructura Poniente.

Tardío, respectivamente.² Además, en el relleno constructivo de la banqueta (plataforma), se recuperaron fragmentos de materiales cerámicos, asociados a los tipos: Muna pizarra, variedad Muna;

² Todos los tipos cerámicos fueron identificados y definidos por primera vez en Uaxactún (Smith y Gifford, 1966.); sólo los tipos Langostino rojo, variedad Langostino, y Becanchen café, variedad Becanchen; fueron definidos por Joseph W. Ball (1977) en Becán.

Asote naranja, variedad Asote; y Encanto estriado, variedad Encanto, éstos ubicados para el Clásico tardío y terminal.

La secuencia cerámica y las características arquitectónicas de la estructura Poniente denotan una secuencia de ocupación durante el periodo comprendido entre 500-900 d.C. Presenta dos etapas constructivas: la primera corresponde a una habitación rectangular y abovedada de 24 m², de



Códice Magliabecchiano. Folio 77r



Códice Vaticano B.



Códice Cozcatzin.

● Fig. 9 Imágenes de temazcales en códices.

mampostería labrada con superficies estucadas, equipada con banquetas y piso de estuco, acceso reducido (65 cm) localizado en la fachada poniente y cámara de combustión. En la segunda etapa, al oriente se edificó una segunda habitación sobre una plataforma elaborada con sillares careados, espacio que complementaría el área para la preparación del baño (antecámara), o bien, como área de reposo para los usuarios. Ambas habitaciones, así como la cámara de combustión, fueron revestidas con la misma calidad constructiva, sillares de buena factura colocados con junta fina y cubiertos por aplanados de estuco (fig. 8).

El temazcal en la historia y la arqueología

La denominación con que se conoce al baño de vapor en Mesoamérica es temazcal, del náhuatl: *temas*: vapor, *calli*: casa. Gracias a las fuentes históricas disponemos de información sobre sus características y funciones terapéuticas, auxiliares en el tratamiento de diversos padecimientos, incluso durante el parto. En los códices *Magliabecchiano*, *Nutall*, *Tudela*, *Vaticano B*, *Borgia*, *Aubin* y *Cozcatzin* (fig. 9) se muestran láminas ilustrati-

vas: una construcción cuadrada o rectangular compuesta por dos estructuras; la cámara donde se produce el vapor presenta orificios para regular la circulación del aire en el interior, con banquetas para sentarse o acostarse; el horno es una pequeña edificación adosada y necesaria para calentar el recinto, la cual con ventilación para la salida del humo.

En torno a las funciones del temazcal, en el *Códice Nutall*, una ilustración exhibe el significado simbólico del baño de vapor como lugar del parto y de la purificación (Lillo, 2007: 59); en el *Códice Cozcatzin* se manifiestan las propiedades curativas del temazcal, ya que

se representa su uso para atender a heridos en batalla. Un ejemplo más puede verse en el *Códice Magliabecchiano*, donde se muestran no sólo sus características formales —la estructura con su acceso y el horno—, también se ilustran sus propiedades curativas y se resalta el carácter religioso del recinto, pues sobre el umbral del vano se representa la imagen de Temazcalteci o Temazcaltoci, “nuestra abuela de la Casa de los Baños”, advocación de Tonacacítuatl, deidad que vigilaba, patrocinaba y protegía los baños de vapor, a quienes ahí se bañaban y, aún más, daba alivio y salud a los dolientes por diversas causas o afecciones (Mateos, 1998: 201). En los documentos de cronistas coloniales como fray Diego Durán (2002), Francisco Hernández (1959), fray Bernardino de Sahagún (2003) y Francisco Javier Clavijero (1844) se halla información acerca de las funciones que cumplía el baño de vapor en la época prehispánica. Un pasaje que ilustra este punto se encuentra en la obra de Sahagún; el fraile franciscano refiere que:

Usan en esta tierra de los baños para muchas cosas. Y para que aproveche a los enfermos hace de calentar muy bien el baño que ellos llaman temazcalli. Y hace de calentar con buena leña que no haga

humo. Aprovecha primeramente a los convalecientes de algunas enfermedades para que más presto acaben de sanar. También aprovechan a las preñadas que están cerca de parto, porque allí las parteras las hacen ciertos beneficios para que mejor paran. También aprovechan para las recién paridas, para que sanen y para purificar la leche. Todos los enfermos resciben beneficios de estos baños, especialmente los que tienen niervos encogidos y también los que se purgan, después de purgados. También para los que cayen de su pie o de alto, o fueron apeados o mal tratados y se les encogieron los niervos, aprovéchaes el baño. También aprovecha a los sarnosos y bubosos; ahí los lavan y después de lavados, las ponen medicinas conformes a aquellas enfermedades. Para éstos es menester que esté muy caliente el baño (Sahagún, 2003: 1016-1017).

Por otro lado, la evidencia arqueológica recuperada en diversas regiones de Mesoamérica³ complementa el conocimiento sobre los temazcales: investigadores como Pierre Agrinier (1966), José Alcina Franch, Andrés Ciudad Ruíz y Josefa Iglesias (1980), Ildaura Girón (1985), Kevin Groark (1997), Margarita Gaxiola (2001) y Vincenza Lillo (2007) han señalado que esa clase de estructuras pueden asociarse a tres tipos de contextos: juegos de pelota, áreas habitacionales (de élite y rurales) y centros ceremoniales.

La relación entre el temazcal y el juego de pelota se explica a partir de dos de sus principales funciones: su papel ritual como purificador del cuerpo (Agrinier, 1966; Alcina *et al.* 1980; Girón, 1985: 51; Groark, 1997: 11; Gaxiola, 2001: 51) y su papel terapéutico en la que los usuarios podían curar sus lesiones después del juego.

En el caso de la relación entre el temazcal, las residencias de la élite y los espacios ceremoniales (Gaxiola, 2001; Agrinier, 1966; Ichon, 1977), en ambos casos se ha considerado que esta edifica-

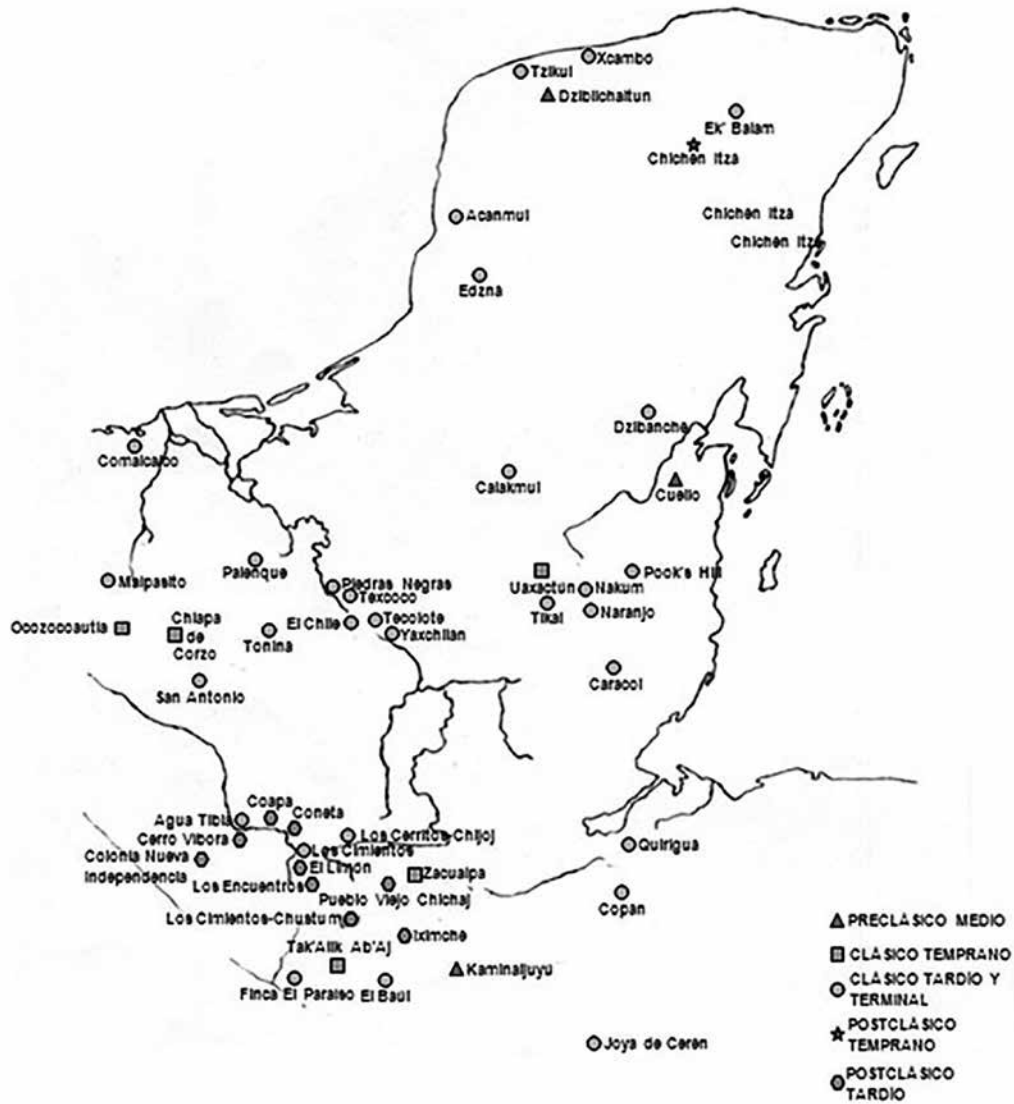
ción cumplía con funciones terapéuticas para los residentes; no sólo las unidades habitacionales de la élite tuvieron un temazcal, pues al parecer las comunidades también rurales tuvieron el suyo; pero se habrían diferenciado por su calidad constructiva (Mateos, 1998).

Por último, habría que agregar la relación entre el temazcal y los cenotes, localizados en la península de Yucatán. Román Piña Chan (1970), Eric Taladoire (1974) y Frédérique Servain (1986) consideran que su asociación responde a la purificación de las víctimas previa al sacrificio. Es en esta última asociación en la que diversos investigadores —basados en la arqueología, la historia y la etnografía— han hecho énfasis sobre diversos usos del temazcal: su utilidad higiénico-sanitaria (Noriega, 2004; Groark, 1997: 15, 2005; Lam *et al.*, 2011: 2173); sus propiedades curativas (Girón, 1985: 66, 68; Alcina, 1994; Groark, 1997: 15, 2005: 788-789; Romero, 2001; Morón y Trujillo, 2007; Lillo, 2007; Lam *et al.*, 2011); su importancia durante el parto (Alcina, 1991: 64; Silva, 1984; Girón, 1985: 66-67; Groark, 1997: 10; Mateos, 1998; Lillo, 2007.); su utilidad en el cuidado prenatal y posnatal (Girón, 1985: 68-69; Groark, 1997); sus dimensiones religiosas (Moedano, 1977; Groark, 1997: 17; Mateos, 1998; Lillo, 2007; González, 2007; McCafferty y McCafferty, 2008); su uso como espacio de sociabilización (Noriega, 2004; González, 2007), e incluso su uso como dormitorio ante los descensos de la temperatura (Carrasco, 1946; Moedano, 1961: 50; Alcina, 1991: 61).

El temazcal en el área maya

En el área maya las inscripciones jeroglíficas del periodo Clásico se refieren al baño de vapor con el glifo T177.585:4:12 (Thompson, 1962), que se lee *pib' naj* o *pib (il) nah* y significa “casa de baños” o “baño de vapor” (Graña-Behrens y Grube, 2006: 429; Montgomery, 2002; Velásquez, 2009). En el diccionario maya de Motul, escrito a finales del siglo xvi y atribuido al fraile franciscano fray Antonio de Ciudad Real, la palabra *zumpulcheé*, se refiere al “baño hecho de tal manera, en el cual entra la mujer recién parida y otras

³ Entre los lugares donde se han encontrado temazcales se encuentran Tlatelolco y Bellas Artes en la Ciudad de México; Teotenango y Teotihuacán en el Estado de México; Tula y Huapalcalco en el estado de Hidalgo; Xochicalco en el estado de Morelos; Xochipala en el estado de Guerrero; Filobobos y Tajín en el estado de Veracruz, y Lambityeco en el estado de Oaxaca.



● Fig. 10 Ubicación espacial y cronológica de temazcales arqueológicos en el área maya.

personas enfermas para expulsar el frío que tienen en el cuerpo”. En épocas recientes las comunidades del altiplano de Guatemala y Chiapas lo denominan como *chuj* en mam; *tuj* en quiché y *pus* en tzeltal (Virkki, 1962).

Las evidencias arqueológicas de temazcales en el área maya comprenden entre el Preclásico medio y el Posclásico tardío, aun cuando se dispone de mayor evidencia para el periodo Clásico tardío (fig. 10). Los sitios arqueológicos donde se ha encontrado evidencia de baños de vapor pueden verse en la tabla 1. Al revisar la información per-

tinente para los temazcales del área maya se establecieron las siguientes consideraciones:

- Su presencia en área maya se remonta al periodo del Preclásico medio (ca. 900 a.C.); en Cuello y Dzibilchaltún se han encontrado temazcales de planta semicircular, asociados a pequeños asentamientos.
- Para el periodo del Clásico temprano hay seis sitios arqueológicos asociados con temazcales, siendo Chiapa de Corzo el sitio donde se han localizado en mayor cantidad.

Tabla 1 Sitios arqueológicos con evidencia de haber tenido temazcales.

Periodo	Sitio arqueológico	Referencias
Preclásico medio	Cuello	Hammon y Bauer, 2001; Foster, 2002: 237
	Dzibichaltún	Andrews, 1959
	Kaminaljuyú	Chinchilla, 1978; Girón, 1975: 35
Clásico temprano	Chiapa de Corzo	Lowe y Agrinier, 1960; Mason, 1960
	Ocozocoautla	Agrinier, 1992: 243
	Tak'Alík Ab'Aj	Crasborn y Marroquín, 2006: 52
	Uaxactún	Ichon, 1977; Smith, 1950: 20, 30
	Zacualpa	Wauchope, 1938: 137
Clásico tardío	Acanmul	Benavides, 2005: 16
	Agua Tibia	Alcina <i>et al.</i> , 1980: 93-102
	Calakmul	Folan <i>et al.</i> , 1995; Braswell <i>et al.</i> , 2005
	Caracol	Chase y Chase, 2011
	Comalcalco	Armijo y Gallegos, 2006: 26
	Copán	Cheek y Spink, 1986; Miller, 2008
	Edzná	Gálvez, 1959; Benavides, 1997: 44
	Ek' Balam	Vargas y Castillo, 1999a, 1999b.
	El Baúl	Chinchilla, 2006
	El Chile	Satterthwaite, 2005a: 266; Pollock, 1965: 424
	Finca el Paraíso	Borhegyi, 1965: 35; Kidder y Shook, 1959
	Joya de Cerén	McKee, 1990, 1997
	Los Cerritos-Chijoj	Girón, 1985: 35-36
	Los Cimientos	Rivero, 1977, 1987
	Malpasito	Benavides, 2006: 31
	Nakum	Quintana y Noriega, 2006: 338; Aquino <i>et al.</i> , 2009: 73-74
	Naranjo	Aquino, 2006: 72
	Oxkintok	Vidal, 1989: 18; Ojeda, 2010: 217-218
	Palenque	Ruz, 1952: 56; López, 2000: 39-40
	Piedras Negras	Satterthwaite, 2005a, 2005b, 2005c, 2005d; Child y Child, 2001a
	Pook's Hill	Helmke, 2006
	Quiriguá	Morley, 1935
	San Antonio	Agrinier, 1992: 29-30, 1969: 18-28
Texcoco	Golden <i>et al.</i> , 2004: 243-244	
Tikal	Jones, 1982; Coe, 1967: 72-73; Laporte, 1999; Taladoire, 1981.	
Toniná	Taladoire, 1974: 262, 266; Girón, 1985: 37	
Tzikul	Robles y Andrews, 2001: 23-24, 2004: 53	
Xcambó	Sierra, 1999	
Yaxchilán	García Moll, 2003: 99; Juárez, 1990: 158	
Posclásico	Chichen Itzá	Ruppert, 1935: 270, 1952: 56-83; Piña Chan, 1970
	Cerro Víbora	Thomas y Bryant, 1996.
	Coapa y Coneta	Lee y Markman, 1977; Lee, 1979; Lee y Bryant, 1988
	Colonia Nueva Independencia	Navarrete, 1978: 48
	El Limón	Rivero, 1990: 154
	Iximché	Ichon, 1975
	Los Cimientos-Chustum	Ichon, 1975: 200-204
	Los Encuentros	Lee y Bryant, 1988.
Pueblo Viejo Chichaj	Ichon, 1975: 73-79	

A diferencia de los registrados en el Preclásico, estos baños de vapor son de planta rectangular o cuadrada, y son propios de contextos habitacionales de élite.

- La mayor parte de los temazcales en el área maya corresponden a los periodos del Clásico tardío y Clásico terminal, con 44 baños de vapor: cinco en sitios de las Tierras Bajas del Norte (Acanmul, Edzná, Ek' Balam, Tzikul y Xcambó); 26 en sitios de las Tierras Bajas del Sur (Calakmul, Caracol, Comalcalco, El Chile, Nakum, Naranjo, Palenque, Piedras Negras, Pook's Hill, Tecolote, Texcoco, Tikal y Yaxchilán); cuatro en sitios de las Tierras Altas (Agua Tibia, Cerritos Chijoj, San Gregorio y Toniná); dos en sitios zoques del occidente de Chiapas (San Antonio) y Tabasco (Malpasito); dos en la región de la costa del Pacífico (El Baúl y Finca El Paraíso); cuatro en la región sureste del área maya (Copán y Quiriguá) y uno en la periferia salvadoreña (Joya de Cerén).
- Es notoria la abundancia de temazcales en la región del río Usumacinta (catorce), pues constituyen más de la mitad de los 25 baños encontrados en Tierras Bajas del Sur para los periodos del Clásico tardío y terminal. Al respecto destacan ocho temazcales del sitio de Piedras Negras, además del localizado dentro de una cueva.
- Durante esos mismos periodos culturales la mayoría de baños de vapor en el área maya son de planta rectangular, de los cuales se han encontrado 38. Los temazcales de planta circular son escasos para este periodo y sólo se han descubierto dos: uno en la región de la planicie norteña y el otro en la costa del Pacífico en Guatemala.
- La mayoría de temazcales para los periodos del Clásico tardío y terminal se encuentran en áreas de élite, corresponden a grandes plazas con templos y conjuntos habitacionales. Dos temazcales se asocian a conjuntos con funciones ceremoniales (Edzná y Xcambó). Pero también existen baños de vapor asociados a unidades habitacionales ajenos a la élite, ubicados en 1 Agua Tibia, Los Cimientos y Joya de Cerén.

- Se han localizado siete baños de vapor asociados a juegos de pelota, si bien resultan cuestionables los casos de Tikal y Toniná.
- Para el periodo Posclásico se han descubierto baños de vapor en el sitio de Chichen Itzá, en la zona sur de Chiapas y en la región de los Altos de Guatemala.
- En el área maya es notoria la presencia de baños de vapor de planta rectangular para los periodos Clásico y Posclásico; sin embargo, los circulares o semicirculares son más antiguos y están datados para el Preclásico Medio, y si bien no son tan abundantes como los rectangulares, coexisten a lo largo de todos los periodos. En relación con el contexto, la mayoría de temazcales se asocian a funciones habitacionales y, en menor medida, a usos ceremoniales. La relación con los juegos de pelota sólo se restringe a los periodos Clásico tardío y Posclásico, aun cuando son pocos los casos representativos. En lo que respecta a su asociación con los cenotes, es necesario una mayor investigación, pues tan sólo se cuenta con un ejemplo.

La información etnográfica coincide con tales consideraciones antes presentadas; así, en el trabajo de Niilo Virkki (1962) entre los pueblos mames, cakchiqueles, tzutujiles y quichés de Guatemala se menciona que el baño de vapor se asocia al área habitacional, lo cual se confirma con los tzetzales (Villa Rojas, 1969; Blom y La Farge, 1986; Groark, 1997).

En lo que respecta a la forma de los baños de vapor, sus características responden a cuestiones culturales; así, por ejemplo, los temazcales de los tzetzales de Chiapas son cuadrangulares, de pequeñas dimensiones y por lo general bajos (Cresson, 1938: 101; Groark, 1997: 31-32), caso que se repite con el de los quichés (Thompson *et al.*, 2001); en cambio, los temazcales de los mames suelen ser pequeños y de forma circular (Virkki, 1962: 74-75). En cuanto a la techumbre, la información etnográfica señala que puede ser de dos aguas o en forma abovedada (Alcina, Ciudad e Iglesias, 1980: 112), construidos con materiales perecederos como barro, madera y paja (Navarrete, 1978).



© Fig. 11 Temazcal y edificio E-2.

El temazcal de Dzibanché y sus implicaciones rituales

El baño de vapor se localiza hacia la esquina noroeste del edificio E-2, “Templo de los Cormoranes” (fig. 11). El edificio E2 es un monumento funerario, en cuyo basamento se construyeron seis cámaras abovedadas y una cista (Nalda y Balanzario, 2008a: 308). En cuatro de esas cámaras se hallaron cuerpos de hombres adultos (30-40 años), asociados a ofrendas formadas por una o dos máscaras de teselas de jadeíta, vasos y platos policromos, con numerosos adornos de jade: collares, pulseras, orejeras y valvas *Spondylus* que sirvieron para contener cuentas de jade y coral (Nalda, 2004). En tres casos los cuerpos fueron amortajados con una piel de jaguar, símbolo de poder, liderazgo y linaje. Sólo en dos inhumaciones fueron localizados sendos vasos decorados con cormoranes, y en otra se descubrió un punzón sangrador con inscripciones glificas.

La uniformidad entre el sistema de enterramiento, el contenido de las ofrendas y la existencia de monumentos con representaciones de cautivos permite postular la presencia de un grupo dinástico durante el Clásico en Dzibanché. Los personajes inhumados en el edificio E2 tuvieron un estatus equivalente; uno de ellos fue “Testigo del Cielo”, gobernante de la dinastía Kanu’l que habría conquistado Tikal en 562 d.C. —en alianza con la entidad política de Caracol—, suceso

que marcó el inicio del famoso *hiatus* de Tikal durante 130 años (Jones y Satterwaite, 1982; Martin y Grube, 2002; Proskouriakoff, 2007; Schele y Freidel, 2011).

Es probable que los demás personajes depositados en las cámaras hayan sido gobernantes elegibles al cargo y título de *ajaw* o *k’uhul ajaw*, lo cual sugiere que el E-2 fue el lugar de enterramiento y culto a los miembros de la dinastía Kaan mientras permanecieron asentados en Dzibanché (Nalda y Balanzario, 2008b).

Esta clase de edificios han sido denominados “templos dinásticos” por Claude-François Baudez (2004); se trata de edificios con acceso restringido, construcciones monumentales, con habitaciones angostas y de posible función residencial o de tipo administrativo. Los monumentos asociados fueron erigidos en honor a los soberanos y a su dinastía, por ello es común encontrar importantes personajes inhumados en su interior (Baudez, 2004: 84-94). El mismo autor señala que en esos edificios la élite realizó rituales destinados a los ancestros, como puede verse en la iconografía de los dinteles de los edificios 20, 23 y 33 de Yaxchilán (Baudez, 2004: 91-92), entre los que destaca la representación de la “visión serpentina”.

Las “visiones serpentina” plasmadas en estelas, dinteles y vasos de diversas partes del área maya han sido consideradas el testimonio simbólico de los rituales de sacrificio, mediante los cuales los soberanos conseguían contactar a sus ancestros y a los dioses, reafirmando su linaje y la consolidación del poder político (Schele y Miller, 1986: 183; Mathews, 1997; Baudez, 2004: 194-195; Miller, 2009: 16-117). Cabe pensar que los ceremoniales buscaban tender un puente comunicativo entre los soberanos mayas y sus ancestros, y por ello tenían lugar en los “templos dinásticos”, edificios donde yacían los restos de sus antepasados. La celebración de esos rituales fue de vital importancia para la élite maya, los ancestros “validaban el poder político, el estatus y el acceso a los recursos” (McAnany, 1998: 272). Así, el lugar donde era inhumado uno de estos personajes se convertía en “un lugar históricamente contingente y se establecía un sentido de residencia. La construcción de viviendas, santuarios y grandes templos en esos espacios proveyeron el

lugar para el ritual posterior y la conmemoración” (McAnany, 1998: 292).

Ahora bien, para llevar a cabo los rituales relacionados con los ancestros probablemente se contó con una preparación especial previa, misma que —entre otras actividades— debería incluir la purificación física y espiritual para acceder a los lugares sagrados, siendo necesario durante este proceso el uso del temazcal.⁴ Esta hipótesis se fundamenta en la relación espacial y cronológica, entre el baño de vapor y el Templo de los Cormoranes (E2) que fungió como “templo dinástico” —con base en el análisis de materiales, ambas estructuras estuvieron en uso a finales del Clásico temprano y principios del Clásico tardío

El baño de vapor se ubica cerca del acceso a la Plaza Xibalbá, una de las más restringidas de Dzibanché, en la que domina el edificio E1, “Templo del Búho”. En ese inmueble se depositaron los restos de una mujer de la élite del periodo Clásico temprano (Campana, 1995). Es de funciones similares a las del edificio E2, que seguramente habría sido objeto de ceremonias equiparables, lo cual implicaría que los encargados de realizar el ceremonial estarían obligados a realizar rituales de purificación, acto para el cual fue necesario el uso del temazcal.

De acuerdo con lo anterior, es claro que la ubicación del temazcal en la Plaza Gann, lejos de ser casual, resulta ineludible como punto estratégico. Una situación similar se observa en ciudades mayas como Edzná, donde el baño de vapor se localiza en la Plaza de la Gran Acrópolis, en el acceso al edificio de los Cinco Pisos. El caso de Dzibanché ilustra con claridad que los temazcales no sólo estaban relacionados con las ceremonias previas a los juegos de pelota, la higiene o los cuidados psicoterapéuticos en las áreas habitacionales de la élite y del común de los habitantes; también muestra que este tipo de construcción tenía estrecha relación con los rituales llevados a cabo en los templos dinásticos. Es muy probable que una de las funciones del temazcal se relacione con la preparación de los rituales de puri-

ficación, con lo cual tendrían un simbolismo religioso.

Bibliografía

- Alcina Franch, José
1991. Procreación, amor y sexo entre los mexica. *Estudios de Cultura Náhuatl*, 21: 59-82.
- 1994. Plantas medicinales para el “temazcal” mexicano. *Estudios de Cultura Náhuatl*, 24: 15-26.
- Alcina Franch, José, Ciudad Ruiz, Andrés, e Iglesias, María Josefa
1980. El temazcal en Mesoamérica: evolución, forma y función. *Revista Española de Antropología Americana*, 10: 93-132.
- Agrinier, Pierre
1966. La casa de los baños de vapor de San Antonio, Chiapas. *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, ép. 1, 25: 29-32.
- 1969. Excavations at San Antonio, Chiapas, Mexico. En *Papers of the New World Archaeological Foundation*, 24. Provo, Brigham Young University.
- 1992. El Montículo 1 de Ocozocoautla, Chiapas. En V. M. Esponda, S. Pincemin y M. Rosas (comps.), *Antropología mesoamericana, Homenaje a Alfonso Villa Rojas* (pp. 237-251). Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/Instituto Chiapaneco de Cultura.
- Andrews, E. Wyllys
1959. Dzibilchaltun: Lost City of the Maya. *National Geographic Magazine*, 15(1): 90-109, núm. 1, Nueva York, National Geographic.
- Aquino, Daniel
2006. *El Cuadrángulo A19 y su relación con las élites de Naranja, Petén*. Tesis de licenciatura. Escuela de Historia, Universidad de San Carlos de Guatemala, Guatemala.
- Aquino, Daniel, Barrios, Edy A., Ríos, María Victoria, y Espigares, Carlos A.
2009. *Crecimiento y distribución de organismos vegetales menores en la arquitectura prehispánica y su relación con el deterioro del patrimonio cultural*

⁴ Martha Nájera (2002: 118) menciona la importancia del baño de vapor como purificador del cuerpo para llevar a cabo la celebración de las grandes ceremonias (véase también Alcina, Ciudad e Iglesias, 1980; Katz, 1993).

edificado: Propuesta técnica para su control, sitio arqueológico Nakum. Guatemala, Escuela de Historia, Dirección General de Investigación-Universidad de San Carlos de Guatemala.

- Armijo, Ricardo, y Gallegos, Míriam J.
2006. Comalcalco. En *Olmecs, Mayas, and Other Cultures. Tabasco and the Archaeological Site of Palenque* (pp. 20-30). México, INAH/Grupo Azabache.
- Ball, Joseph W.
1977. *The Archaeological Ceramics of Becan, Campeche. Mexico.* Nueva Orleans, Middle American Research Institute.
- Baudez, Claude-François
2004. *Una historia de la religión de los antiguos mayas.* México, IIA-UNAM/CEMCA.
- Benavides, Antonio
1997. *Edzná: Una ciudad prehispánica de Campeche.* México, INAH/University of Pittsburgh.

2005. Campeche Archaeology at the Turn of the Century. *Anthropological Notebooks*, 11:(13-30), Ljubljana, Slove Anthropological Society.

2006. Malpasito. En *Olmecs, Mayas, and Other Cultures. Tabasco and the Archaeological Site of Palenque* (pp. 31). México, INAH/Grupo Azabache.
- Blom, Franz, y La Farge, Oliver
1986. *Tribus y templos.* México, INI.
- Borhegyi, Stephan F.
1965. Archaeological Synthesis of the Guatemalan Highlands. En G. R. Willey (ed.), *Handbook of Middle American Indians, Vol. II: Archaeology of Southern Mesoamerica.* Austin, University of Texas Press, pp. 3-58.
- Braswell, Geoffrey E., Gunn, Joel D., Domínguez, Ma. del Rosario, Folan, William J., Fletcher, Laraine A., Morales, Abel, y Glascock, Michael D.
2005. Defining the Terminal Classic at Calakmul, Campeche. En A. A. Demarest, P. M. Rice y D. S. Rice (eds.), *The Terminal Classic in the Maya Lowlands: Collapse, Transition, and Transformation*, (pp. 162-194). Boulder, University Press of Colorado.

- Campaña, Luz Evelia
1995. Dzibanché, una tumba en el Templo del Búho. *Arqueología Mexicana*, 14: 28-31.
- Carrasco, Pedro
1946. El temazcal. En J. A. Viro (ed.), *México prehispánico.* (pp. 737-741) México, Emma Hurtado Editorial.
- Clavijero, Francisco J.
1844. *Historia antigua de México y de su conquista: Sacada de los mejores historiadores españoles.* México. Recuperado de Impresiones de Lara. <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080023605/1080023605.html>
- Chase Arlen F., y Chase, Diane Z.
2011. *Caracol Archaeological Project 2008.* Recuperado de <http://www.caracol.net/ancient/pyramid-structure>
- Cheek, Charles D., y Spink, Mary L.
1986. Excavaciones en el Grupo 3, Estructura 223 (Operación VII). En W. T. Sanders (ed.), *Excavaciones en el área urbana de Copán, Tomo I. Proyecto arqueológico Copán* (segunda fase). Tegucigalpa, Instituto Hondureño de Antropología e Historia.
- Child, Mark B., y Child, Jessica C.
2001a. La historia del baño de vapor P-7 en Piedras Negras, Guatemala. En J. P. Laporte, A. C. Suasnívar y B. Arroyo (eds.), *XIV Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 2000* (pp. 449-464), Guatemala, Museo Nacional de Arqueología y Etnología.

2001b. RS 27B: Excavaciones en un baño de vapor en una cueva de la periferia. En H. Escobedo y S. Houston (eds.), *Proyecto Arqueológico Piedras Negras. Informe Preliminar No. 4. Cuarta Temporada, 2000, Informe entregado al Instituto de Antropología e Historia de Guatemala* (pp. 465-469), Guatemala, Universidad de Brigham Young/Universidad del Valle de Guatemala.
- Chinchilla, Oswaldo
2006. Análisis de artefactos arqueológicos de Cotzumalhuapa, Guatemala. Informe entregado a FAMSI. Recuperado de <http://www.famsi.org/reports/02023es/section03.htm>

- Chinchilla Aguilar, Ernesto
1978. *Los jades y las sementeras*, Guatemala, Seminario de Integración Social Guatemalteca.
- Ciudad Real, fray Antonio de
1930. *Diccionario de Motul, Maya-Español*. Mérida, Talleres de la Compañía Tipográfica Yucateca.
- Ciudad Ruiz, Andrés
1984. *Arqueología de Agua Tibia, Totoncapán (Guatemala)*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica.
- 2000. Después del fuego: El uso del espacio en una unidad habitacional del Clásico Tardío en Guatemala. *Mayab*, 13:34-45, Madrid, Universidad Complutense de Madrid.
- *Códice Aubin. Historia de la nación mexicana*
1963. Reproducción a todo color del Códice de 1576 (*Códice Aubin*), Charles E. Dibble (ed.). Madrid, Ediciones José Porrúa Turanzas.
- *Códice Borgia*
1993. Facsimilar. México, FCE.
- *Códice Cozcatzin*
1994. Ana Rita Valero (ed.). México, INAH-UAP.
- *Códice Magliabechiano. The Codex Magliabechiano and the Lost Prototype of the Magliabechiano Group*
1983. Elizabeth H. Boone (ed.). Berkeley, University of California Press.
- *Códice Nutall. The Codex Nutall: A Picture Manuscript from Ancient Mexico (ed. de Zelia Nutall)*.
1975. Arthur Miller (ed.). Nueva York, Dover Publications.
- *Códice Tudela*
1980. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica/Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- *Códice Vaticano B*
1972. Ferdinand Anders (ed.), Viena/Graz ADEVA.
- Coe, William R.
1967. *Tikal. Guía de las antiguas ruinas mayas*, Philadelphia, The University Museum/University of Pennsylvania.
- Crasborn, José, y Marroquín, Elizabeth
2006. Los patrones constructivos de Tak' Alik Ab'aj. En J. P. Laporte, B. Arroyo y H. Mejía (eds.), *XIX Simposio de investigaciones arqueológicas en Guatemala, 2005* (pp. 45-55). Guatemala, Museo Nacional de Arqueología y Etnología.
- Cresson, Frank M. Jr.
1938. Maya and Mexican Sweat Houses. *American Anthropologist*, XL(1): 88-104.
- Cuevas, Francisco
2000. "Informe de la Temporada de campo 1999, Proyecto Arqueológico Malpasito, Tabasco." Informe entregado al Consejo de Arqueología del INAH. México, D. F.
- Durán, fray Diego
2002. *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*. México, Conaculta (Cien de México).
- Folan, William S., Marcus, Joyce, Pincemin, Sophia, Domínguez, Ma. del Rosario, Fletcher, Loraine, y Moreles, Aberl
1995. Calakmul: New Data from an Ancient Maya Capitol in Campeche, Mexico. *Latin American Antiquity*, 6(4): 310-334. Washington, D. C., Society for American Archaeology.
- Foster, Lynn V.
2002. *Handbook to Life in the Ancient Maya World*. Nueva York, Oxford University Press.
- García Moll, Roberto
2003. *La arquitectura de Yaxchilán*. México, Plaza y Valdés/INAH.
- Gaxiola, Margarita
2001. Un temazcal terapéutico en el barrio de talladores de obsidiana de Huapalcalco, Hidalgo. *Arqueología*, 26: 49-70, México, INAH.
- Girón, Ildaura
1985. *El temazcal: un estudio arqueológico y su trascendencia contemporánea*. Tesis de licenciatura. Escuela de Historia, Universidad de San Carlos de Guatemala, Guatemala.

- Golden, Charles, Zamora, Marcelo, Muñoz, Arturo René, Johnson, Kristofer, Román, Edwin, Scherer, Andrew, y Scatena, Fred N.
2004. Noticias de la frontera: Nuevas investigaciones en el Parque Nacional Sierra del Lacandón. En J. P. Laporte, H. Escobedo y A. C. de Suasnívar (ed.), *XVII Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala* (pp. 240-249). Guatemala, Museo Nacional de Arqueología y Etnología.
- González, Jesús M.
2007. *Temazcal: instrumento de armonización. El ejemplo del grupo de temazcaleros de Celaya*. Tesis de maestría. Departamento de Antropología, Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades, Universidad de las Américas, México.
- Graña-Behrens, Daniel, y Grube, Nikolai
2006. Glosario. En Nikolai Grube (ed.), *Los mayas, una civilización milenaria* (pp. 428-439). Colonia, H. F. Fullmann-Könemann.
- Groark, Kevin P.
1997. To warm the blood, to warm the flesh: The role of the Steambath in Highland Maya (Tzeltal-Tzotzil) Ethnomedicine. *Journal of Latin American Lore*, 20(1): 3-96.
- Groark, Kevin P.
2005. Vitar warmth and well-being: Steambathing as household therapy among the Tzeltal and Tzotzil Maya of Highland Chiapas, Mexico. *Social Science & Medicine*, 61: 789-795.
- Hammond, Norman, y Bauer, Jeremy R.
2001. A Preclassic Maya Sweatbath at Cuello, Belize. *Antiquity*, 75(290): 683-684. Durham University, Durham.
- Helmke, Christophe G. B.
2006. Recent Investigations into Ancient maya Domestic and Ritual Activities at Pook's Hill, Belize. En *Papers from the Institute of Archaeology*, 17: 77-85. Londres, University College London.
- Hernández, Francisco
1959. *Historia natural de la Nueva España*. México, UNAM.
- Houston, Stephen
1996. Symbolic Sweatbaths of the Maya: Architectural Meaning in the Cross Group at Palenque, Mexico. *Latin American Antiquity*, 7(2): 132-151. Washington, D. C., Society for American Archaeology.
- Houston, Stephen, Escobedo, Héctor, Child, Marck, Golden, Charles, Muñoz, René, y Urquizó, Mónica
1999. Monumental Architecture at Piedras Negras, Guatemala: Time, History, and Meaning. *Mayab*, 11: 40-56. Madrid, Universidad Complutense de Madrid.
- Ichon, Alain
1975. *Pueblo Viejo Chichaj*. Guatemala, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
1977. A late Postclassic sweathouse in the Highlands of Guatemala. *American Antiquity*, 42(2): 203-209.
- Jones, Christopher, y Satterwaite Jr., Linton
1982. *The Monuments and Inscriptions of Tikal: The Carved Monuments*. Philadelphia, University of Pennsylvania (Tikal Reports, 33).
- Juárez, Daniel
1990. Los mayas, su espacio y su tiempo. En *La exposición de la civilización maya, catálogo de la exposición "La civilización maya: El esplendor de Yaxchilan"* (pp. 155-160). Tokio.
- Katz, Esther
1993. Temazcal: entre religión y medicina. En B. Dahlgren (ed.), *III Coloquio de historia de la Religión en Mesoamérica y Áreas Afines* (pp. 175-185). México, IIA-UNAM.
- Kidder, Alfred V., y Shook, Edwin M.
1959. A Unique Ancient Maya Sweathouse, Guatemala. En W. Bierhenke, W. Haberland, V. Johansen y G. Zimmerman (eds.), *Amerikanistische Miscellen, Festband Frnz Termer. Mitteilungen aus dem Museum für Völklerkunde in Hamburg*, 25 (pp. 70-74). Hamburgo, Sonderdruc.
- Lam, Nick, Nicas, Mark, Ruiz-Mercado, Ilse, Thompson, Lisa M., Romero, Carolina, y Smith, Kirk R.
2011. Non-invasive measurement of carbon monoxide burden in Guatemalan children and adults following wood-fired temazcal (sauna-bath) use. *Journal of Environmental Monitoring*, 13: 2172-2181.

- Laporte, Juan Pedro
1999. Trabajos no divulgados del Proyecto Nacional Tikal, parte 1: Palacio de los Cinco Pisos, Grupo F, Grupo 6B-II, Plaza de los Siete Templos. En J. P. Laporte y H. L. Escobedo (eds.), *XII Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 1998* (pp. 147-156). Guatemala, Museo Nacional de Arqueología y Etnología.
- Lee, Thomas A.
1979. Coapa, Chiapas: a Sixteenth-Century Coxoh Maya Village on the Camino Real. En N. Hammond y G.R. Willey (coords.), *Maya Archaeology and Ethnohistory* (pp. 208-222). Austin, University Texas Press.
- Lee, Thomas A., y Markman, Sidney D.
1977. The Coxoh Colonial Project and Coneta, Chiapas, Mexico: A Provincial Maya Village Under the Spanish Conquest. *Historical Archaeology, 11*: 56-66. Germantown, Society for Historical Archaeology.
- Lee, Thomas A., y Bryant, Douglas D.
1988. The Colonial Coxoh Maya. En T. A. Lee y B. Hayden (eds.), *Ethnoarchaeology among the Highland Maya of Chiapas, Mexico. Papers of the New World Archaeological Foundation 56* (pp. 5-20). Provo, New World Arqueological Foundation/Provo Brigham Young University.
- 1996. Patrones domésticos del periodo Postclásico tardío de la cuenca superior del río Grijalva. En *Quinto Foro de Arqueología de Chiapas* (pp. 53-68). Tuxtla Gutiérrez, Gobierno del Estado de Chiapas/Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas/Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica.
- Lillo, Vincenza
2007. *El temazcalli mexicano. Su significación simbólica y su uso psicoterapéutico pasado y presente*. México, Plaza y Valdés.
- López, Roberto
2000. La veneración de los ancestros en Palenque. *Arqueología Mexicana, 45*: 38-43. México, Raíces.
- Lowe, Gareth W., y Agrinier, Pierre
1960. *Mound 1, Chiapa de Corzo, Chiapas, Mexico*. Provo, Brigham Young University (Papers of the New World Archaeological Foundation, 8).
- Maler, Teobert
1903. *Researches in the Central Portion of the Usumatsintla Valley*. Cambridge, Harvard University/Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology.
- Martin, Simon, y Grube, Nikolai
2002. *Crónica de los reyes y reinas mayas. La primera historia de las dinastías mayas*. México, Planeta.
- Mason, J. Alden
1960. The Terrace to North of Mound 13, Chiapa de Corzo, Chiapas, Mexico. En *Papers of the New World Archaeological Foundation, 11*. Provo, New World Arqueological Foundation/Brigham Young University.
- Mateos, Salvador
1998. *Enciclopedia gráfica del México antiguo I. Los dioses supremos*. México, SHCP.
- Mathews, Peter L.
1997. *La escultura de Yaxchilán*. México, INAH.
- McAnany, Patricia A.
1998. Ancestors and the Classic Maya built environment. En S. Houston (ed.), *Function and Meaning in Classic Maya Architecture* (pp. 271-298). Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
- McCafferty, Sharisse D., y McCafferty, Geoffrey G.
2008. Back to the womb: Caves, sweatbaths and sacred water in Ancient Mesoamerica. En L. Steinbrenner, B. Cripps, M. Georgopoulos y J. Carr (eds.), *Flowing through Time: Exploring Archaeology through Humans and their Aquatic Environment* (pp. 26-33). Proceedings of the 36th Annual Chacmool Conference. Calgary, The Archaeological Association of the University of Calgary.
- McKee, Brian R.
1990. Excavations at Structure 9. En P. D. Sheets y B. R. McKee (eds.), *Archaeological Investigations at the Cerén Site, El Salvador: A Preliminary Report* (pp. 90-107). Boulder, Department of Anthropology, University of Colorado.
- 1997. La Estructura 9 de Joya de Cerén: Un temazcal del periodo Clásico". En J. P. Laporte y H. L. Escobedo (eds.), *X Simposio de Investigaciones*

Arqueológicas en Guatemala, 1996 (pp. 243-255). Guatemala, Museo Nacional de Arqueología y Etnología.

• Miller, Julia C.

2008. *Excavation and Interpretation in the Northeastern Acropolis, Copán, Honduras*. Tesis de doctorado. University of Pennsylvania, Filadelfia.

• Miller, Mary Ellen

2009. *Arte y arquitectura maya*, México, FCE.

• Moedano, Gabriel

1961. El temazcal, baño indígena tradicional. *Tlatoani*, 15(1): 40-51.

1977. El temazcal y su deidad protectora en la tradición oral. *Boletín del Departamento de Investigaciones de las Tradiciones Populares*, 4: 5-32.

• Montgomery, John.

2002. *Dictionary of Maya Hieroglyphs*. Nueva York, Hippocrene Books. Recuperado de http://research.famsi.org/montgomery_dictionary/mt_entry.php?id=741&lsearch=p&search

• Morley, Sylvanus G.

1935. Guide to the Ruins of Quirigua. *Carnegie Institution of Washington Publication Supplement*, 16. Washington, Carnegie Institution.

• Morley, Sylvanus G., y Brainerd, George W.

1983. *The Ancient Maya*, revisado por Robert J. Sharer, California, Stanford University Press.

• Morón, Carlos E., y Trujillo, Verónica

2007. Temaskali: La casa del calor. *Ra Ximhai*, 3(2): 551-564. Sinaloa, Universidad Autónoma Indígena de México.

• Nájera, Martha Iliá

2002. Rituales y hombres religiosos. En M. de la Garza y M. I. Nájera (eds.), *Enciclopedia Iberoamericana de Religiones*. 2. *Religión maya* (pp. 115-138). Madrid, Trotta.

• Nalda, Enrique

2004. Prácticas funerarias en Dzibanché: los entierros en el Edificio de Los Cormoranes. *Arqueología*, 31: 25-37. México, INAH.

• Nalda, Enrique, y Balanzario, Sandra

2008a. Un estilo arquitectónico peculiar en Dzibanché y su posible correlato territorial. En R. Liendo (coord.), *El territorio maya. Memoria de la Quinta Mesa Redonda de Palenque* (pp. 303-321). México, INAH.

2008b. El Edificio E-2, la dinastía Kaan y el *kalo'mte* del Edificio E-6. Ponencia en la *VI Mesa Redonda de Palenque: Arqueología, Imagen y Texto*. 16-21 de noviembre (en prensa).

• Navarrete, Carlos

1978. *Un reconocimiento de la Sierra Madre de Chiapas. Apuntes de un diario de campo*. México, UNAM (Centro de Estudios Mayas, Cuaderno 13).

• Noriega, Joana C.

2004. *El baño temascal novohispano, de Moctezuma a Revillagigedo. Reflexiones sobre prácticas de higiene y expresiones de sociabilidad*. Tesis de licenciatura. UAM-I, México.

• Ojeda, Heber

2010. Vestigios de arquitectura y asentamiento en el sitio arqueológico maya de Acanmul. En A. Benavides y L. Vargas (eds.), *La Península de Yucatán: investigaciones recientes y cronologías alternativas* (pp. 217-248). Campeche, Universidad Autónoma de Campeche.

• Piña Chan, Román

1970. *Informe preliminar de la reciente exploración del cenote sagrado de Chichen Itzá*, México, INAH.

• Pollock, Harry E. D.

1965. Architecture of the Maya Lowlands. En G. R. Willey (ed.), *Handbook of Middle American Indians*, Vol. II: *Archaeology of Southern Mesoamerica* (pp. 378-440). Austin, University of Texas Press.

• Prokouriakoff, Tatiana

2007. *Historia maya*. México, Siglo XXI.

• Quintana, Oscar, y Noriega, Raúl

2006. Tikal y sus vecinos: Complejidad cultural en el triángulo Yaxha-Nakum-Naranjo. En J. P. Laporte, B. Arroyo y H. Mejía (eds.), *XIX Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala 2005* (pp. 333-339). Guatemala, Museo Nacional de Arqueología y Etnología.

- Rivero, Sonia
1977. *Los Cimientos: Análisis del patrón de asentamiento*. Tesis de licenciatura. México, ENAH.

- 1987. Los Cimientos, Chiapas, Mexico: A Late Classic Maya Community. *Papers of the New Archaeological Foundation*, 51. Provo, New World Archaeological Foundation, Brigham Young University.

- 1990. *Patrón de asentamiento rural en la región de San Gregorio, Chiapas, para el Clásico Tardío*, México, INAH.

- Robles, Fernando, y Andrews, Anthony P.
2001. "Proyecto costa maya: La interacción costa-interior entre los mayas de Yucatán. Reporte interior, Temporada 2001: Reconocimiento arqueológico de la esquina noroeste de la península de Yucatán". Informe para el Consejo Nacional de Arqueología de México y Propuesta de Actividades para la Temporada 2002, Mérida, Centro INAH Yucatán.

- 2004. Proyecto costa maya: Reconocimiento arqueológico de la esquina noroeste de la península de Yucatán. En J. P. Laporte, B. Arroyo, H. Escobedo y H. Mejía (eds.), *XVII Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 2003* (pp. 41-60). Guatemala, Museo Nacional de Arqueología y Etnología.

- Romero, Alejandro T.
2001. Visiones sobre el temazcal mesoamericano: un elemento cultural polifacético. *Ciencia Ergo Sum*, 8(2): 133-144.

- Ruppert, Karl
1935. The Caracol at Chichen Itza, Yucatan, Mexico. *Carnegie Institution of Washington, Publication*, 454. Washington, D. C., Carnegie Institution.

- 1952. Chichen Itza: Architectural Notes and Plans. *Carnegie Institution of Washington, Publication*, 595. Washington, D. C., Carnegie Institution.

- Ruz Lhuillier, Alberto
1952. Exploraciones en Palenque: 1950. *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, 5: 47-66. México, INAH.

- Sahagún, fray Bernardino de
2003. *Historia general de las cosas de la Nueva España*. 2 vols., Juan Carlos Tempango (ed.). Madrid, Dastin (Crónicas de América).

- Satterthwaite, Linton
2005a. Recognition of Sweathoses at Piedras Negras: Diagnostic Traits and Terminology. En J. M. Weeks, J. A. Hill y C. W. Golden (eds.), *Piedras Negras Archaeology: 1931-1939* (pp. 241-266). Philadelphia, The University of Pennsylvania Museum Press.

- 2005b. Structure N-1. En J. M. Weeks, J. A. Hill y C. W. Golden (eds.), *Piedras Negras Archaeology: 1931-1939* (pp. 267-280). Philadelphia, The University of Pennsylvania Museum Press.

- 2005c. Six Partially Excavated Sweathoses: (Structures S-19, J-17, O-4, S-2, and R-13). En J. M. Weeks, J. A. Hill y C. W. Golden (eds.), *Piedras Negras Archaeology: 1931-1939* (pp. 281-292). Filadelfia, The University of Pennsylvania Museum Press.

- 2005d. Structure P-7. En J. M. Weeks, J. A. Hill y C. W. Golden (eds.), *Piedras Negras Archaeology: 1931-1939* (pp.293-317). Filadelfia, The University of Pennsylvania Museum Press.

- Schele, Linda, y Miller, Mary Ellen
1986. *The Blood of Kings. Dynasty and Ritual in Maya Art*. Nueva York, George Brazillier/Kimbell Art Museum.

- Schele, Linda, y Freidel, David
2011. *Una selva de reyes. La asombrosa historia de los antiguos mayas*. México, FCE.

- Servain, Frédérique
1986. Tentative de classification des bains de vapeur en Mésomérique. *Trace*, 9: 39-50.

- Sierra, Thelma N.
1999. Xcambó, codiciado enclave económico del Clásico maya. *Arqueología Mexicana*, 37: 40-47.

- Silva, Librado
1984. El temascal. *Estudios de Cultura Náhuatl*, 17: 9-13.

- Smith, A. Ledyard
1950. Uaxactun, Guatemala: Excavations of 1931-1937. *Carnegie Institution of Washington, Publication*, 588. Washington, D. C., Carnegie Institution.
- Smith, Robert E., y Gifford, James C.
1966. *Maya Ceramic Varieties, Types, and Wares at Uaxactun: Supplement to "Ceramic Sequence at Uaxactun, Guatemala"*. Nueva Orleans, Middle American Research Institute (Publication 28).
- Taladoire, Eric
1974. Les Bains de Vapeur et les Systèmes d'eau dans leur Rapport avec les Terraines de eu de Balle. En *Actas del XLI Congreso Internacional de Americanistas I* (pp. 262-269). México, INAH.

1981. *Les Terrains de Jeu de Ball (Mésomérique et Sud-Oues des Etats-Unis)*. México, Mission Archéologique et Ethnologique Française au Mexique (*Etudes Mesoaméricaines*, series II:4).
- Thompson, J. Eric S.
1962. *A Catalog of Maya Hieroglyphs*. Norman, University of Oklahoma Press.
- Thompson, Lisa M., Clark, Michael, Cadman, Brie, Canú, Eduardo, y Smith, Kirk R.
2001. Exposures to high levels of carbon monoxide from wood-fired temazcal (steam bath) use in Highland Guatemala. *International Journal of Occupational and Environment Health*, 17 (2): 103-112.
- Vargas, Leticia, y Castillo, Víctor
1999a. Ek' Balam, un sitio arqueológico que no se parece a otro. *I'inaj: Semilla de Maíz*, 10.

Mérida, Centro INAH-Yucatán. Recuperado de <http://www.mayas.uady.mx/articulos/ekbalam.html>
- 1999b. Ek' Balam, ciudad que empieza a revelar sus secretos. *Arqueología Mexicana*, 37: 24-31. México, Raíces.
- Velásquez, Erik
2009. Terminología arquitectónica en los textos jeroglíficos mayas y nahuas. En M. T. Uriarte (ed.), *La arquitectura precolombina* (pp. 265-288). México, Jaca Book/INAH.
- Vidal, Maria Cristina
1989 Estructura CA-6 (Palacio de la Serie Inicial). *Oxkintok*, 2: 18-29. Madrid, Misión Arqueológica de España en México.
- Villa Rojas, Alfonso
1969. The Tzeltal. En *Handbook of Middle American Indians*. Vol. 7 (pp. 195-225). Austin, The University of Texas Press.
- Virkki, Niilo
1962. Comentarios sobre el baño de vapor entre los indígenas de Guatemala. *Guatemala Indígena*, II(2): pp. 71-85.
- Wauchope, Robert
1938. Modern Maya Houses: A Study of their Archaeological Significance. *Carnegie Institution of Washington, Publication*, 502. Washington D. C., Carnegie Institution.



María Teresa Muñoz Espinosa,* José Carlos Castañeda Reyes**

“Que deseando cumplir en parte con los deberes que como mexicano tengo para con la Patria y legar a la posteridad un algo que signifique mi paso por la vida...” Ignacio Urbiola Reyna y los inicios de la arqueología en la Sierra Gorda queretana

*Al profesor José Augusto Ygnacio Posselt Urbiola (1944-2013),
nieto de Ignacio Urbiola Reyna, in memoriam.*

Resumen: El estudio de la historia de la arqueología en México se ha desarrollado, en los últimos años, a partir del trabajo de Bernal, seguido por los de Matos, López Luján y colaboradores, así como por los de Velasco y Martínez. Empero, aún no se había destacado el trabajo pionero de Ignacio Urbiola Reyna, quien en 1925 fue nombrado “comisionado, guardián, conserje y conservador de monumentos arqueológicos” de Landa de Matamoros, Querétaro. De su obra derivó el conocimiento inicial sobre los sitios arqueológicos de esa región del noreste queretano, y en particular, los relativos a Lan-Ha'. El trabajo de Urbiola es parte del proceso de desarrollo e institucionalización de la arqueología mexicana impulsado por Manuel Gamio.

Palabras clave: Ignacio Urbiola Reyna, Manuel Gamio, Sierra Gorda, conservación del patrimonio arqueológico, arqueología científica en México.

Abstract: Studies of the history of Mexican Archaeology have proliferated in recent years. After the pioneering work of Ignacio Bernal, new advances have been made by authors such as Matos, López Luján and others, as well as Velasco and Martínez. However, these studies have largely overlooked the importance of Ignacio Urbiola Reyna, particularly in his archaeological work in the Sierra Gorda. In 1925 he was appointed “commissioner, keeper, caretaker and conservator of archaeological monuments” from Landa de Matamoros, Querétaro. His work served as the foundation for knowledge of archaeological settlements in northeastern Querétaro, particularly concerning Lan-Ha', the most important archaeological site in the zone. His work is related with the efforts of Manuel Gamio to develop and institutionalize Mexican archaeology.

Keywords: Ignacio Urbiola Reyna, Manuel Gamio, Sierra Gorda, preservation of archaeological patrimony, scientific archaeology in Mexico.

Nota previa

El presente artículo busca rescatar el desarrollo inicial de la arqueología serranogordense a partir del estudio de la obra de Ignacio Urbiola Reyna en el proceso de investigación y renovación de los estudios arqueológicos en México que encabezaba Manuel Gamio a principios del siglo xx. En tal proceso, al trabajo

* Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH.

** Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

de profesionales de la disciplina arqueológica se unió la participación de personajes como Urbiola Reyna, sin formación académica formal, pero a quienes sus ideas progresistas impulsaban a buscar el cambio social que la Revolución mexicana había generado y aún estaba por crearse. Ante ello, tanto la difusión y la defensa del patrimonio arqueológico nacional como el interés de nuestro personaje por incidir en la mejora de sus coterráneos en la Sierra Gorda, son un buen ejemplo de una “microhistoria”¹ que refleja el desarrollo de una familia mexicana en esa región queretana. Su trascendencia la explica el propio personaje en relación con una microhistoria que se proyecta a escala regional y nacional: “pues si bien es cierto que estos factores son localmente en pequeña escala, no por eso dejarían de entrar a la vida activa, desarrollándose en su esfera de acción”.²

Su vida es también un ejemplo de “historia desde abajo”, aquella que nos permite “restituir a ciertos grupos sociales una historia que podría haberse dado por perdida o de cuya existencia no eran conscientes” sus actores históricos, que son, sin embargo, plenos creadores de aquélla (Sharpe, 1999: 55-56). El estudio de estos aspectos y su interrelación con el aporte propiamente arqueológico de Urbiola Reyna es el segundo objetivo de estas páginas. Con base en ello, el impulso para el incipiente conocimiento arqueológico de la Sierra Gorda es producto de la acción social de nuestro personaje, y por ello ambos aspectos se apoyan e iluminan uno a otro.

El estudio de la historia de la arqueología en México se ha desarrollado en los últimos años a partir del trabajo de Bernal (1979), seguido por los de Matos (1992), López Luján y colaboradores (2001-2003), o los de Meade (1951), Velasco (1988) y Martínez (2006); los tres últimos para el estudio específico de la arqueología queretana. Pero no se ha destacado el trabajo pionero de Ignacio Urbiola Reyna, de quien derivó el inicial conocimiento

sobre los sitios arqueológicos septentrión oriental de la Sierra Gorda de Querétaro, entre ellos Lan-Ha’, quizá la zona arqueológica más notable de esa región. Su labor es, también, uno de los primeros acercamientos a la historia antigua del noroeste de Querétaro

El trabajo de Urbiola en la región serrana se relaciona con el mismo proceso de desarrollo e institucionalización de la arqueología en México, donde el nombre de Manuel Gamio (1883-1960) es fundamental.³ Quizá como resultado del impulso de Gamio, en 1925 se nombró a Ignacio Urbiola Reyna como comisionado, guardián, conserje y conservador de monumentos arqueológicos de Landa de Matamoros, Querétaro, nombrado por “el C. Secretario de Agricultura y Fomento, adscrito a la Dirección de Antropología y dependiente del Departamento de Población Precolonial y Colonial”.⁴

Un poco de historia: Gamio y su impulso a la investigación arqueológica

Este nombramiento no era algo nuevo. De hecho, la figura se hereda desde la época de Leopoldo Batres (1852-1926), “inspector y conservador de Monumentos Arqueológicos de la República, con la gratificación mensual de \$150.00”. La Inspección dependía de la Secretaría de Justicia, a cargo de Joaquín Baranda en 1885. Las obligaciones del inspector eran cuidar la conservación de todos los monumentos y ruinas del país; evitar las excava-

¹ Acerca de este concepto clásico en los estudios históricos, véase Ginzburg (1976).

² Carta de Ignacio Urbiola Reyna al presidente de la República para establecer una escuela nocturna para adultos y un periódico regional agropecuario. Landa de Matamoros, 15 de agosto de 1920, AGN, Instrucción Pública y Bellas Artes, 1ª. serie, caja 298, exp. 12, f. 7.

³ La vida y la obra de Manuel Gamio, el padre de la arqueología científica en México, han sido estudiadas por autores como Comas (1975), Matos (1979 y 1983) y González Gamio (2003), fundamentalmente.

⁴ Aviso de remisión del nombramiento de Ignacio Urbiola Reyna como Conserje de Monumentos Arqueológicos de Landa de Matamoros, Querétaro, México, D.F., 30 de enero de 1925, ATCNA, INAH, Documentos sobre Estado de Querétaro. Zonas Arqueológicas del Departamento de Monumentos Prehispánicos, exp. B/311[72-45] (02)/1, 1972, núm. 2. Este expediente contiene diversos comunicados entre Urbiola y la Dirección de Antropología, a cargo del ingeniero José Reygadas Vértiz en ese momento, a decir de Ignacio Marquina (1944:36), en torno a las exploraciones realizadas por Urbiola en el área de la Sierra Gorda, concretamente en los actuales municipios de Jalpan de Serra y Landa de Matamoros.

ciones sin autorización, o el movimiento no controlado de piezas arqueológicas. Las que entrasen al Museo Nacional de Arqueología serían supervisadas por él, así como los decomisos en aduanas.⁵

El trabajo del inspector se reforzaría con el apoyo de “vigilantes y conserjes” como cargos honoríficos, sin sueldo. De hecho, en el Decreto de 1897 del presidente Porfirio Díaz, en el artículo 7º se establece: “El Ejecutivo Federal hará el nombramiento de los guardianes que fueren necesarios para la vigilancia inmediata y especial cuidado de los monumentos arqueológicos”.⁶ Tal es el fundamento jurídico del puesto que habría de desempeñar Urbiola en la Sierra Gorda.

A la caída de Batres, depuesto de su cargo al mes de la renuncia de don Porfirio, el 25 de mayo de 1911, se nombró como sucesor al ingeniero Francisco M. Rodríguez el 30 de junio de 1911.⁷ En ese momento se registraban como zonas arqueológicas abiertas —o protegidas por los respectivos conserjes y peones— las siguientes: Chichén Itzá, Uxmal, Labná, Chacnuktum, Kabah, Kihuic, Kichmouc, Dzúlá, Zayí, Chacboray, Tzitzí, Palenque, Casas Grandes, La Quemada, Valle de Mitla, Palacios de Mitla, Papantla, Quioitepec, Monte Albán, Xoxo, Teotihuacán, “Sempoallam” [*sic*, por Zempoala], Maltrata, Xochicalco, Tepozteco, Huexotla, Pátzcuaro, Tescutzingo, Chalchihuites, Isla de Sacrificios, Tlalixcoyan, Tepetitlan y Texcoco.

Al tomar el cargo Rodríguez, comunica que encontró un cierto desorden en la administración de Batres: exceso o falta de personal; el registro de zonas arqueológicas no era muy preciso. Por ejemplo, las ruinas de Hidalgo “no existen”, al igual que las de Pátzcuaro; en las ruinas de Oaxaca y del Estado de México faltaban conserjes.⁸

De esta documentación se desprende la estructura de la Inspección, en uno de cuyos cargos laboraría Urbiola. Del inspector general de Monumentos Arqueológicos dependían dos subinspectores y conservadores de monumentos en los estados de Chiapas y Yucatán. En el resto del país aparece el “Conserje de las Ruinas” y, a sus órdenes, “los Peones de las Ruinas”.⁹ Tal estructura se mantiene hasta cierto punto en la época de Urbiola como Conserje (1925-1926).

Para 1913 se incorpora la Inspección a la estructura del Museo Nacional,¹⁰ dependiente a su vez de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, y se establecen tres regiones arqueológicas en el país:

1. Yucatán, Campeche, Tabasco, Chiapas y el Territorio de Quintana Roo.
2. Oaxaca, Veracruz y Guerrero.

General de Conservación de Monumentos Arqueológicos, firmada por el ingeniero F. M. Rodríguez. México, 2 de julio de 1912. AGN, Instrucción Pública y Bellas Artes, 1ª. serie, caja 112, exp. 115, f. 1.

⁹ Comunicado al personal de la Inspección General..., *loc. cit.*, f. 3. Más información al respecto de esta estructura organizativa de la Inspección, en el “Expediente relativo a Responsabilidades contra algunos empleados de esta Inspección por el cobro de sueldos indebidamente. Año de 1913”. AGN, Instrucción Pública y Bellas Artes, 1ª. serie, caja 113, exp. 14, 7 fs.

¹⁰ Marquina (1994:24-26) narra las vicisitudes de Gamio para mantener la independencia de la Inspección de las autoridades del Museo Nacional, quienes “no velan con buenos ojos que esta oficina fuera independiente del museo, y desde entonces comenzó una lucha continua entre Gamio por conservar independiente su oficina y los directores del museo por conseguir que fuera una de sus dependencias”. Tal pugna concluiría en julio de 1917, cuando Gamio consiguió que la Dirección de Monumentos Arqueológicos, con el nombre de Dirección de Antropología, se incorporara a la Secretaría de Fomento. Empero, nosotros podemos añadir que este episodio, que no podemos detallar aquí, le costó a Gamio su puesto como profesor de arqueología en el Museo y una acre disputa pública con los investigadores de aquél, que además de representar la antropología “preboasiana”, parece que nunca le perdonaron a Gamio su prestigio y su incipiente y valiosa obra en el campo de una arqueología renovada por él. Las bases documentales de nuestro aserto las presentaremos en un trabajo futuro. Sobre el impacto de Franz Boas (1858-1942) en el desarrollo de la antropología, mentor de Gamio en esos años formativos de la arqueología científica en México, véase Harris (1997: 218-275), una de las visiones más equilibradas al respecto de la obra de Boas.

⁵ “Comunicación de la Secretaría de Justicia. Atribuciones del Inspector de Monumentos Arqueológicos”. México, 17 de octubre de 1885, AGN, Instrucción Pública y Bellas Artes, 1ª. serie, caja 151, exp. 36, fs. 8-9.

⁶ Decreto de Díaz para la protección de monumentos arqueológicos. México, 11 de mayo de 1897, AHMAPP, Manuel Gamio, caja 1, exp. 1, 1 f, rollo 1.

⁷ Comunicado al personal de la Inspección General de Monumentos del nombramiento del ingeniero Francisco M. Rodríguez en lugar de L. Batres. México, 1 de julio de 1911. AGN, Instrucción Pública y Bellas Artes, 1ª. serie, caja 11, exp. 9, f. 3. Al Sr. Leopoldo Batres “se le darán las gracias por los servicios que ha prestado en el desempeño de ese cargo”.

⁸ Propuesta de nombramiento de personal de la Inspección



● Fig. 1 Manuel Gamio (1883-1960), considerado el padre de la arqueología científica mexicana (fuente: Gamio, 1993: 36).

3. Michoacán, Colima, Jalisco, Sonora, Sinaloa, Durango, Coahuila, Chihuahua, Tamaulipas, Nuevo León, Zacatecas, Aguascalientes, San Luis Potosí, Querétaro, Guanajuato y el Territorio de Tepic.¹¹

Es en ese contexto que se nombra a Gamio como “Inspector y Conservador interino de Monumentos Arqueológicos”, desde el 1 de julio de 1913.¹² Se le asciende a inspector de la Zona Central en 1914, con un sueldo de \$8.25 diarios, considerando sus méritos académicos y laborales en el campo de la arqueología (Acuerdo. Nombramiento de Manuel Gamio, 1 de julio de 1914). Al fundarse la Dirección de Antropología, en 1917, dependiente en principio de la Secretaría de

Agricultura y Fomento (Gamio, 1982: 18), Gamio se convirtió en director de la misma (fig. 1).

Desde 1914, entre sus primeras labores estuvo la de resolver el problema de la falta de pago a los conserjes y guardianes de monumentos, lo que en su opinión afectaría las zonas arqueológicas, sobre todo con el clima de inseguridad imperante (Expediente que registra la problemática, diciembre de 1914).¹³ Con ello se ve que la inicial organización de la época de Batres, con personal “honorario” a cargo de aquéllas, fue impropia e impráctica.

En cambio, Gamio resalta la labor de los vigilantes de las zonas arqueológicas del país, tareas y responsabilidades que realizaría el propio Ignacio Urbiola. En un escrito de *ca.* 1919 señala:

De aquellos lugares de las República que revisten mayor interés arqueológico, la dirección tiene empleados que procuran conservarlos por todos los medios que están a su alcance. Estos empleados informan mensualmente del estado que guardan dichos lugares y de los trabajos de exploración y conservación que en ellos se emprenden. De tales informes resulta que, los Monumentos y Ruinas [*sic.*] que están bajo su directa vigilancia, no han sufrido menoscabo alguno (Funcionamiento de la Dirección de Antropología de 1919).

Debe decirse que el acceso al nombramiento de conserje no era fácil. Se seguía un procedimiento de revisión de los antecedentes del candidato, quien debía llenar un cuestionario que lo mostrase apto para ocupar el puesto (Oficio del 6 de abril de 1923). En el proceso de evaluación de candidatos se podría dar el veto por diversas causas:

Me permito hacer del conocimiento de usted, que la proposición de los CC. MOCOROA CASTILLO y ESCALANTE ROSADO [*sic.*] se hace por haberlo así solicitado el C. Eduardo Martínez Cantón, inspector de 1/a de esa Dirección a su respetable cargo; pero según el parecer del suscrito no son competentes para el desempeño de dicho empleo, pues son

¹¹ Oficio de Cecilio Robelo, director del Museo Nacional, donde se establecen tres zonas de monumentos arqueológicos en el país, bajo la supervisión del Museo. México, 26 de junio de 1913. AGN, Instrucción Pública y Bellas Artes, 1ª. serie, caja 113, exp. 3, fs. 1-2.

¹² Sin embargo, su nombramiento oficial tiene fecha de diez días después de Véase, Minuta. Nombramiento de Manuel Gamio como Inspector y Conservador interino de Monumentos Arqueológicos de la República. México, 10 de julio de 1913. AGN, Instrucción Pública y Bellas Artes, 1ª. serie, caja 113, exp. 39, f. 2.

¹³ Como ejemplo de la inseguridad de la época y sus afectaciones arqueológicas, véase Expediente Conserje de Xochicalco (diciembre de 1912).

gentes [sic.] acostumbradas a las comodidades de ciudad y difícilmente se habituarían a vivir en las regiones deshabitadas donde se encuentran las ruinas [...] El Agente General (Asunto. Se proponen Conserjes, 12 de junio de 1925).

El propio Gamio podía vetar los nombramientos en otros casos. Este documento también es útil, en tanto permite conocer algunas de las condiciones de trabajo y de las labores de los conserjes, mismas que habría desempeñado Urbiola:

Debo manifestar a Ud. con respecto a los cuatro solicitantes que no me parecen personas apropósito [sic.] para el puesto de conserjes, pues deben de tener presente los sueldos que percibirían sin ninguna clase de viáticos, tienen obligación de vivir en las ruinas constantemente y aún dedicarse cuando sea necesario a la labor de limpia de los monumentos, ayudando a los conserjes de segunda y a los peones [...] El Director General [Manuel Gamio] (Se hacen algunas observaciones..., 19 de junio de 1923).

Por las fechas del documento, es factible que el propio Gamio haya conocido del caso de la incorporación de Urbiola como conserje, lo cual debió haber sido significativo por la región de que se trataba, muy poco conocida en ese momento, pero puerta de entrada a la Huasteca, bien valorada por la obra de Seler.

En cuanto a los salarios del personal de la Dirección de Antropología, presentamos algunos ejemplos ilustrativos (Relación de personal y sueldos, 8 de enero de 1922):

<i>Puesto</i>	<i>Salario diario en pesos (1922-1925)</i>
Jefe de Sección de Propaganda Etnográfica	\$15.00
Profesor [misma sección]	\$12.00
Inspector de 1ª	\$9.00
Fotógrafo	\$7.00
Almacenista	\$5.50
Pintor	\$4.00
Maestro herrero	\$3.50
Conserje	\$3.00
Peones	\$2.50 y \$2.00

Otro punto de preocupación para Gamio era el registro preciso de las zonas arqueológicas del país. Cabe mencionar que en el informe sobre la situación de la Dirección de Antropología (Funcionamiento de la Dirección de Antropología, ca. 1919), Gamio recuerda que el impulso inicial de los trabajos para la elaboración de una carta arqueológica fue el “Decreto de 11 de mayo de 1897”, marco jurídico para que la Inspección de Monumentos Arqueológicos lo emprendiese. En efecto, el decreto de Díaz de tal fecha para la protección de los monumentos arqueológicos señalaba en su artículo 4º: “A fin de identificar los monumentos arqueológicos, el Ejecutivo de la Unión mandará formar la Carta arqueológica de la República” (Decreto de Díaz, 11 de mayo de 1897).

Por tanto, los primeros esfuerzos al respecto fueron los de Batres, quien hizo “un primer intento para formar una Carta Arqueológica de la República, en la que aparecen las principales ruinas de que tuvo conocimiento” (Marquina, 1939: 4). López Camacho (1988: 217) amplía esta información al señalar que ese proyecto surgió desde 1897, cuando se le ordenó a Batres su formación. La publicación de la carta se logró hasta 1910, Batres registró 110 sitios, con una descripción mínima de cada uno (Gaxiola, 2009: 107).

Puede referirse otro antecedente del proyecto para registrar en forma minuciosa los monumentos arqueológicos nacionales. La idea operativa fue de Gamio, en sus años de estudiante de arqueología en el Museo, en 1906, y ya refleja su futura preocupación por desarrollar una antropología integral, amén de la necesidad de un registro apropiado. En efecto, en ese año propuso (Comunicado de Manuel Gamio y Ramón Gámez, 24 de noviembre de 1906) a la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes la redacción de un “Directorio General de Arqueología de la República Mexicana”, con un apéndice que podía incluir “curiosidades naturales” del país, como la Pesquería Chica y el “Puente de Dios” en Nuevo León, como ejemplos. Resalta que el “Directorio” contendría “cuanto monumento arqueológico exista diseminado por el territorio de la República, así sea de escasa como de suma importancia”, pues su “objeto principal será presentar, en un solo

cuerpo, metódicamente ordenado, todo lo que supieron legarnos nuestros antepasados”. Así, cada monumento contenido en el “Directorio” se ilustraría con un grabado, acompañado de su descripción, el estudio arqueológico a la par del estudio etnológico, que permitiría conocer la “tribu o raza autora del monumento”, así como datos prácticos —los medios de comunicación para llegar a él y situación geográfica precisa—. En suma, la descripción arqueológica debía comprender “los perfiles étnicos de la raza constructora, los acontecimientos que allí se desarrollaron, la naturaleza de la arquitectura y, por último, la distribución de sus compartimientos, a cuyo efecto se adjuntarían láminas y croquis.” Gamio consideraba que el conocimiento del pasado prehispánico se lograría en el futuro con “vastos estudios arqueológicos, étnicos e históricos” (Carta de M. Gamio, 20 de noviembre de 1906), antecedente claro de su obra profesional futura. Desde luego, no recibió apoyo financiero para el proyecto.

En 1909 (Expediente donde Gamio propone, 5-7 de julio de 1909), Gamio presentó un nuevo plan de la ahora llamada “Guía arqueológica de la República Mexicana”. Su objetivo es “inventariar los monumentos arqueológicos existentes en la República”, conocidos pero no descritos ni estudiados y los recién descubiertos. Se incluirían fotografías, planos y un estudio arqueológico o “arqueográfico”. El “Directorio” facilitaría también la visita al monumento y haría más cómoda la estancia en la zona, por lo que debería incluir datos prácticos para ello. Presentaría la descripción del monumento por estado, por lo que incluiría un índice alfabético por entidades federativas y zonas arqueológicas, y su clasificación arqueológico-etnográfica. Considera posible publicar la obra por entregas, como era común en la época, y el primer opúsculo se obsequiaría a los asistentes al Congreso de Americanistas de 1910. Calculaba dos años y medio para concluir la obra.

Gamio solicitaba un pago de \$100.00 mensuales como honorarios por su labor, y un número de ejemplares impresos “a determinar por el Director del Museo”. De hecho, el proyecto despertó interés en la institución, que solicitó apoyo a la Secretaría, la cual, a pesar de la bonanza porfirista,

contestó: “Le manifiesto que en virtud de la actual situación económica del Erario no es posible por ahora acordar el gasto de que se trata. Libertad y Constitución. México, 7 de julio de 1909” (Expediente donde Gamio propone, 5-7 de julio 1909). Pasarían treinta años para que los proyectos de Gamio al final se realizasen.

Así, ya como profesional de la arqueología, en 1913 (Ensayo de Clasificación Cultural, 26 de junio de 1913) Gamio escribió un interesante “Ensayo de clasificación cultural de los monumentos arqueológicos de la República Mexicana”, a partir de la cual consideró imperfecta la clasificación en tres regiones o zonas arqueológicas, planteó cuatro áreas y resaltó la cultura más importante de cada una de ellas. Así, la “1ª. Zona. Peninsular” abarca Yucatán, Campeche, Tabasco, Chiapas y Quintana Roo, hogar de la cultura maya; la “2ª. Zona Ístmica”, se extiende por Veracruz, Oaxaca y Guerrero. Incluye la cultura mixteca-zapoteca como la de mayor unidad y extensión. En cambio, la cultura totonaca es “muy reducida” según sus vestigios, por lo que impera la primera. La “3ª. Zona del Centro” comprende el Distrito Federal, el Estado de México, Puebla, Hidalgo, Tlaxcala y Morelos. En ella imperaron las culturas teotihuacana y azteca. Finalmente, la “4ª. Zona del Norte” abarca el resto de la República, Querétaro incluido. Considera a la cultura tarasca predominante en dicha zona, y la explica como una transición entre las culturas del norte y del sur, de ahí su importancia.

A partir de esta clasificación resurge el proyecto de establecer la “Carta arqueológica de la República”, para lo cual se inicia la contratación de personal para la Inspección de Monumentos, como se indica en el expediente respectivo (Expediente que recoge documentos, 1913-1928). Se consideraba que la “Carta” debía establecerse mediante trabajo de campo, con base en “el terreno de las mismas ruinas”, por lo que se requería personal especializado en ingeniería para una adecuada realización. Así, luego del despido de una persona no capacitada (Isabel Ramírez laboró tan sólo entre julio y septiembre de 1913), y del fugaz paso del ingeniero Eduardo de la Portilla (septiembre de 1913-junio de 1914), el ingeniero José Reygadas Vertiz llegó a colaborar con Gamio

a partir de 1914; sería su hombre de confianza y apoyo para proyectos futuros: él se haría cargo del proyecto de la "Carta" luego de las vicisitudes de Gamio en su breve paso por la Secretaría de Educación Pública.

En ese mismo año Gamio publicó su *Metodología sobre investigación, exploración y conservación de monumentos arqueológicos*, en la cual propuso un método de investigación integral (Matos, 1983: 7) que, según López Camacho (1988: 219), implicaba también la realización de dos tipos de cartas de registro de monumentos arqueológicos: una denominada "Carta arqueológica general", de divulgación, y la "Carta geográfica arqueológica", destinada a especialistas y que ubicaría en forma precisa los sitios arqueológicos en función de los detalles del relieve nacional y con base en los trabajos de la Comisión Geográfico Exploradora. A partir de estas ideas, Gamio y Reygadas continuarían con el proyecto.

Ya como cabeza de la Dirección de Antropología, Gamio procuró emprender un estudio integral de la realidad antigua de México, similar a la que él mismo realizaría y publicaría en *La población del Valle de Teotihuacan* (1922). Para ello dividió el territorio mexicano en diversas regiones, considerando "las principales áreas en que habitan grupos sociales representativos de esas poblaciones, haciéndose, con tal objeto, la siguiente clasificación de zonas, en las que [...] se fijarán las regiones típicas por investigar". De diez áreas, la octava de ellas quedó integrada por Querétaro y Guanajuato (Gamio, 1922: I, XI). Como se ve, la preocupación de Gamio por establecer las bases de una organización arqueológico-geográfica coherente del territorio nacional fue una constante a lo largo de su obra en esos años.

En el "Informe" de hacia 1919, ya citado, Gamio dijo que la Carta arqueológica "ha sido concluida" y contiene "mas [de] seiscientos lugares". Como trabajo anexo a la misma se formó un catálogo "en el que constan los datos más importantes sobre los lugares que aquélla registra y las vías de comunicación más cortas que a ellas conducen". De la importancia de este trabajo para la conformación del *Atlas...* de 1939 da cuenta clara el siguiente documento, que recoge la opinión de Moisés Herrera, "Oficial Primero" de la Direc-

ción de Antropología, quien "formó y corrigió cuidadosamente el Catálogo, registrando todos los datos disponibles" (Marquina, 1939: 6). Curiosamente, Marquina no es tan explícito en el prólogo de la publicación:

En la Dirección de Antropología de México, entonces dependiente de la Secretaría de Fomento, el Dr. Dn. Manuel Gamio, ayudado por los Sres. Arqueólogos, Don Eduardo Noguera, Don Roque J. Ceballos Novelo y algunas otras personas más, hace un magnífico cedulaario de puntos arqueológicos de la República que entresaca de notables y variadas obras impresas y manuscritas. **Este trabajo es el que ha servido de base principal para la confección del presente catálogo** (Sencillas sugerencias para la formación del prólogo, 10 de diciembre de 1938) [negritas nuestras].

Recuérdese que Reygadas sucedería a Gamio al frente de la Dirección de Antropología en 1925, ya en el organigrama de la Secretaría de Educación Pública. Desde luego, Reygadas desarrollaría también una importante labor propia en el proceso de avance de la arqueología mexicana (Hernández Pons, 1988: *passim*). El nombre de Ignacio Marquina aparece también aquí, pues entró ese mismo año al equipo de Gamio —invitado por Reygadas— al cambiarse la Dirección de Antropología de la Secretaría de Fomento a la de Educación (Marquina, 1994: 35-36). Marquina ya había colaborado con Gamio en su proyecto de antropología integral en Teotihuacan (Gamio, 1922), ya que había comenzado a ligarse al estudio de la arqueología mexicana con el propio Rodríguez al menos desde 1912 (Marquina, 1994: 23-24).

Por tanto, puede decirse que el proyecto del mapa arqueológico de Gamio, continuado por Reygadas a lo largo de diversas etapas de conformación,¹⁴ concluyó en 1939 —bajo la res-

¹⁴ En efecto, descontando la Carta de Batres de 1910, se conocen al menos tres ensayos previos de cartas arqueológicas: uno sin fecha y dos más en 1928 y 1935. El primero presenta cuatro datos: vestigios (nombre del sitio arqueológico), estados, coordenadas "convencionales" y tipo de resto ("estructuras, montículos, esculturas, sepulcros, grutas, fortificaciones, cerámica, petroglifos, pictógrafos"). No menciona los datos sobre las zonas arqueológicas de la Sierra Gorda que luego ofrecerá Urbiola (Catálogo de

ponsabilidad de Ignacio Marquina— con la publicación del *Atlas arqueológico de la República Mexicana*, que incorporó en la obra el fichero de sitios iniciado por Gamio en 1916, al formarse la Dirección de Antropología en la Secretaría de Fomento (Hernández Pons, 1988: 298). Esta publicación aparece ya con el crédito de autoría del naciente Instituto Nacional de Antropología e Historia en ese mismo año. Alfonso Caso, otro de los fundadores de la antropología mexicana, fue nombrado su director a principios de 1939 (Marquina, 1994: 52), año de la muerte de Reygadas Vértiz (Hernández Pons, 1988: 300).

Cabe mencionar que en el *Atlas* se registraron 2 106 sitios arqueológicos en el país (López Camacho, 1988: 220).¹⁵

El aporte de Ignacio Urbiola Reyna a la obra de Manuel Gamio

A partir de lo anterior puede inferirse, con cierto grado de probabilidad, que el principal promotor para catalogar las zonas arqueológicas del país, después de Batres, fue Manuel Gamio. Su abrupto cese como subsecretario de Educación Pública, por denunciar la corrupción del gobierno de la época (su despido se decidió en la oficina del presidente en turno, Plutarco Elías Calles, 1924-1928)¹⁶ le

impidió continuar al frente de la Dirección de Antropología y concluir su proyecto, que años después culminarían Reygadas y Marquina.

Es aquí donde la vida de Urbiola se enlaza con la de Gamio. Este último, ¿conoció personalmente a Urbiola? No es posible inferirlo de la documentación consultada. De hecho, no es claro cómo éste se incorpora a la Dirección de Antropología. Gamio mencionaba en el “Programa de la Dirección...” que, al fundarse aquélla en 1917, “no se contaba, exceptuando muy pocos empleados, con personal especializado en investigaciones sociológicas, antropológicas, etnológicas [...]”, por lo que consideraba necesario recurrir al apoyo de las hoy llamadas organizaciones no gubernamentales, “Asociaciones científicas, altruistas y laboristas; Prensa, Logias, Iglesias [...]”, para fomentar el desarrollo de los proyectos de la Dirección naciente para que impactasen en la población nacional (Gamio, 1922: I, X-XI). La referencia a las logias masónicas es un dato de interés, ya que Urbiola estaba ligado a la logia “Mariano Arista núm. 2”, de Río Verde, San Luis Potosí, fundada en 1891,¹⁷ y en la que alcanzó un grado importante (Amanda Urbiola Albino, 90 años, comunicación personal, 2015).¹⁸ ¿Accedió a través de este contacto al empleo de Conserje, o más bien la Dirección de Antropología solicitó personal

lugares arqueológicos, 1925-1929). Entre 1927 y 1928 se integró “un pequeño mapa arqueológico” a escala 1:6 500 000, “con nuevos y más copiosos datos”, para ilustrar la obra “Estado actual de los principales edificios arqueológicos de México, 1928”, inédita [Sencillas sugerencias para la formación del prólogo, 10 de diciembre de 1938]. Entonces se contaba con 1 098 zonas arqueológicas, 18 de ellas en Querétaro (Lista de lugares arqueológicos, 5 de julio de 1927; Especificación por Estados, 9 de noviembre de 1928). Finalmente, la Carta arqueológica de la República Mexicana de 1935 (AHMAPP, Archivo Técnico de la Dirección de Monumentos Prehispánicos, vol. 1, rollos 6 y 7) contiene la misma información del *Atlas*..., con las referencias de Urbiola que aparecerían publicadas en 1939. En el AHMAPP aparecen diversos documentos sobre la preparación de la edición definitiva del *Atlas*... entre 1935 y 1939.

¹⁵ En 2009 se tenían registradas 20793 zonas arqueológicas en todo México (Gaxiola, 2009: 113). En 2014 se cuenta con el registro de 46 810, sólo 187 abiertas a la visita pública (Zinden y Klamroth, 2014).

¹⁶ Al respecto, Marquina (1994: 36-37) dice: “Gamio tenía un concepto estricto de la honradez en el manejo de los

fondos que el gobierno dejaba a su cuidado, ya durante su permanencia en la universidad, y después en la Secretaría de Agricultura y Fomento, y aquí encontró algunos malos manejos en los fondos que se habían asignado a su dirección”. Noyola (1987: 146-148) considera, además de lo anterior, que Gamio renunció porque se estaba imponiendo una nueva visión de la antropología mexicana: “La corriente que desplazó a Gamio estaba encabezada por el profesor Moisés Sáenz, cuya labor en la elaboración de la política educativa tuvo mucha importancia”. Sin negar esa posibilidad, parece que este último autor minimiza las valientes y documentadas denuncias de Gamio sobre la corrupción en la SEP, que muestran un problema mayor del que dan cuenta varios documentos. Véase las cartas que Gamio le envió al presidente Calles entre abril y junio de 1925 (AHMAPP, Manuel Gamio, caja 2, exps. 22 y 27, rollo 1).

¹⁷ Pero el origen de la masonería en Río Verde es más temprano. Ya en 1828 se registraba una logia yorkina en esa ciudad (Mateos, 1884: 27).

¹⁸ Fueron infructuosos nuestros esfuerzos para corroborar esta información, sin duda relevante, aportada por la hija del señor Urbiola

de apoyo en la zona? No es posible saberlo con certeza.¹⁹

Su nombramiento, como vimos, es del 30 de enero de 1925, pero Urbiola ya se encontraba en funciones al menos desde mediados de ese mes, como se desprende de la respuesta a su pregunta sobre el particular (Asunto. Ya fue remitido nombramiento, 30 de enero de 1925), y de un documento que reporta uno de sus primeros hallazgos arqueológicos, el del sitio Tonatico, municipio de Jalpan. Al respecto, solicita la remisión urgente de su nombramiento, para iniciar con tal base jurídica su labor de vigilancia y protección de "ruinas indígenas antiguas" en el área (Oficio de Ignacio Urbiola Reyna, 15 de enero de 1925).

El documento revela el dinamismo y responsabilidad de Urbiola en su nueva labor, lo que sin duda superaba el trabajo cotidiano de los "conserjes de monumentos arqueológicos" del departamento. De hecho, el entonces jefe del Departamento de Antropología, Reygadas Vertiz, lo instruye de lo que debe y lo que no debe hacer: "Sírvese Ud. informar del resultado de sus trabajos [de exploración] y nó [sic.] emprender ninguna excavación en tanto no reciba las órdenes correspondientes, debiendo dirigir su correspondencia al C. Jefe del Departamento de Antropología.- Museo Nacional.- Moneda 13. México, D.F." (Oficio del jefe del Departamento de Antropología, 24 de marzo de 1925).

Los frutos de su ministerio se manifestaron a lo largo de ese mismo año: "Por el oficio de Ud. número 15 de fecha 21 de julio último, he quedado enterado de que en el pueblo indígena de Tilaco de esa zona arqueológica a su cargo existen en dos lugares distintas ruinas precolombinas. Sírvese Ud. dar mayores datos y si le es posible ilustrarlas con fotografías" (Oficio del jefe del Departamento de Antropología, 8 de agosto de 1925; Número 15.

¹⁹ Cabe mencionar que el origen de la masonería en México se remonta a 1806, cuando se estableció la primera logia, escocesa en la calle "de las Ratas" de la Ciudad de México. A ella pertenecieron Hidalgo y Allende, entre otros independentistas de 1810. El rito yorkino, por su parte, esperó para su formación hasta 1825 (Mateos, 1884: 8, 16). En general, se reconoce el año de 1717 como el del origen de la masonería en Europa, según Ferrer (2001: 186). Este libro es un estudio moderno y equilibrado sobre la historia de la masonería, sujeta siempre a polémica. Liagre (2014: 162) propone 1723 como el año del origen de la masonería.

Asunto: Comunica la existencia..., 21 de julio de 1925). Cabe señalar que uno de esos dos sitios es el PANQ-143 Los Bailes, importante centro ceremonial serrano (Muñoz y Castañeda, 2009) ubicado en el municipio de Landa de Matamoros, delegación de Tilaco (fig. 2).

De hecho, los importantes descubrimientos de Urbiola no iban aparejados con su exiguo sueldo de \$3.00 diarios, y que ni siquiera se le pagaba con regularidad.²⁰

Que Urbiola, a pesar de las limitaciones de su posición, procuraba muy en serio la protección del patrimonio arqueológico lo comprueba otro comunicado de Reygadas, en el que le remite un ejemplar de la ley vigente sobre monumentos arqueológicos, "en vigor desde 1896", diciéndole:

En cuanto a la circular que propone para declarar de propiedad nacional los monumentos arqueológicos, le adjunto a Ud. un ejemplar de la ley relativa, que como verá está en vigor desde 1896.²¹ Si hubiera algunas dificultades en este sentido, debe Ud. notificar a los propietarios de la existencia de esta ley, a fin de que se sepa que los monumentos arqueológicos son propiedad nacional (Oficio del jefe del Departamento de Antropología, 21 de septiembre de 1926).

Urbiola responde puntualmente a Reygadas: "Con el oficio de usted [...] se recibe un ejemplar del decreto que declara ser propiedad de la Nación los monumentos arqueológicos existentes en la misma; cuyo decreto normará mi actuación y me servirá de fundamento. Reitero a usted mi atención y respeto" (Respuesta de I. Urbiola, 7 de octubre de 1926).

Ese es el último documento que logramos localizar sobre el cargo de Urbiola como "comisionado, guardián, conserje y conservador de monumentos arqueológicos" de la Sierra Gorda. No conocemos la suerte de sus demás reportes, algunos acompañados de planos sobre los impor-

²⁰ En un nuevo comunicado a Reygadas señala que "Mi diario es de tres pesos y únicamente tengo pagados los meses de enero y febrero del correspondiente año" (Oficio de la Delegación de la SEP, 23 de julio de 1925).

²¹ De hecho, el decreto de Díaz lleva la fecha de 11 de mayo de 1897 (Decreto de Díaz, 11 de mayo de 1897).

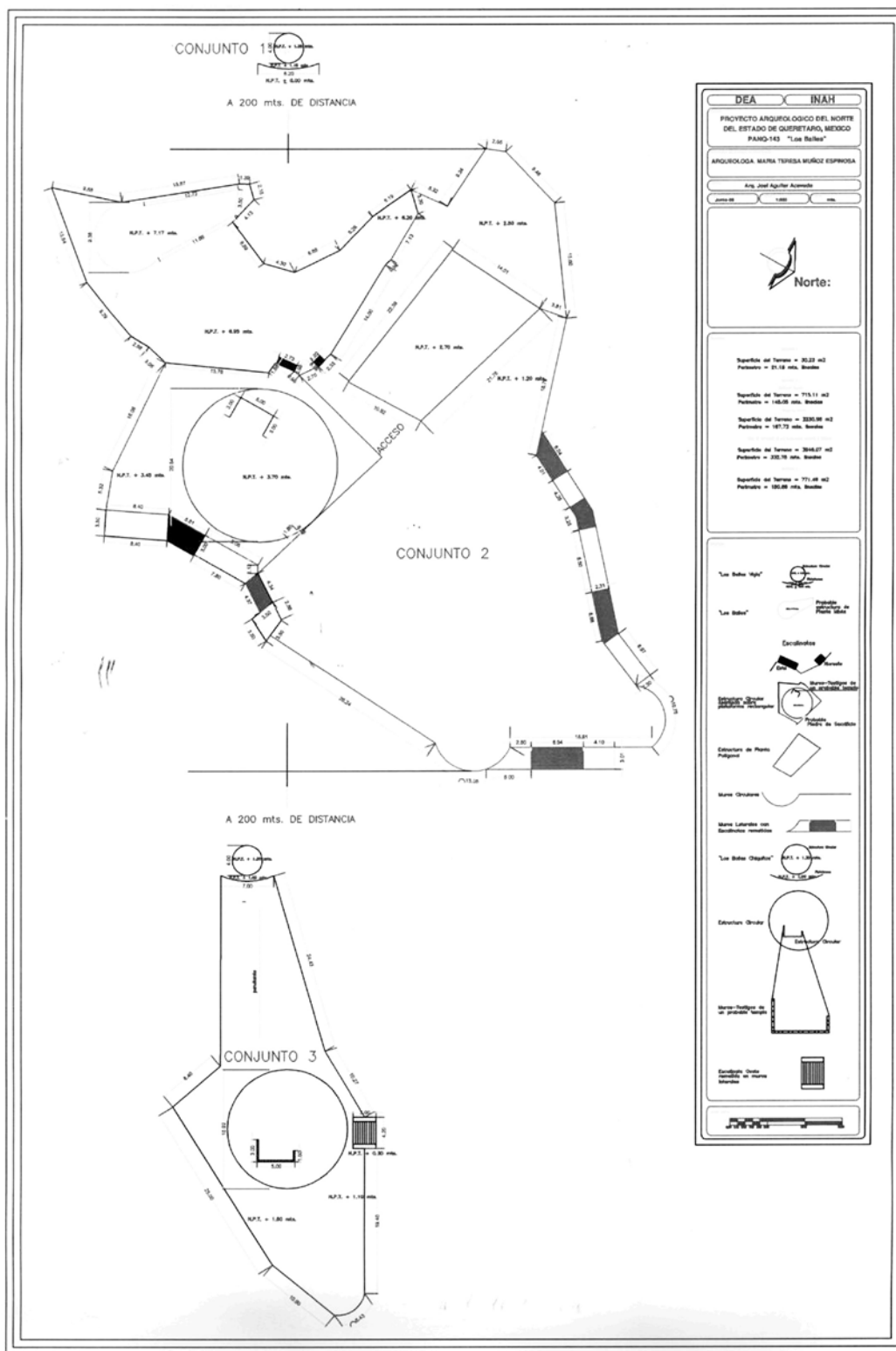


Fig. 2 Los tres conjuntos del PANQ-143 Los Bailes, importante centro ceremonial serrano (elaborado por María Teresa Muñoz Espinosa, DEA-INAH).

tantes sitios arqueológicos que descubrió. Vale la pena regresar a su primer reporte, único que se conserva, donde da noticia de la zona arqueológica de Tonicato, cercano a Jalpan (Informe rendido por el suscrito..., 15 de enero de 1925).

Luego de presentar la ubicación geográfica, realiza una observación que parece inspirada por Gamio: "Tonicato, nombre etimológico [...] cuyo significado ya me encargo de averiguar por estimarlo así necesario para saber cual fue la raza aborigen desaparecida". Pasa luego a referir el medio específico en que se localiza el sitio, donde se ubican varios "túmulos" o *cuisillos* —como hasta la fecha se les llama en la zona—, algunos en buen estado, otros muy destruidos por el uso de la piedra para edificaciones modernas. Retoma la tradición oral de los habitantes del lugar, quienes le informan del hallazgo de "objetos de piedra y barro", y sepulturas muy peculiares, "en forma perpendicular". Su reconocimiento fue breve, por el frío imperante, y espera regresar para efectuar una nueva exploración con el apoyo de los lugareños, que le hablan de "callecitas", "cimientos de algunas ruinas", lo cual hace pensar que "en ese lugar existió un centro de población aborigen que bien pudiera resultar de interés su exploración".

Como se ve, una información precisa y bien redactada, sin faltas de ortografía, lo que demuestra ser de una persona educada y observadora. Y si bien no hay más testimonios de su misión, el *Atlas...* (1939: 199-202) registra los siguientes sitios, con la indicación de haber sido reportados por el "Sr. Ignacio Urbiola Reyna" (fig. 3):

- Campana o C. de la Campana (en el mapa) "Montículos" (p. 199)
- Ecatitlán B-C-2 "Montículos" (p. 200)
- San Juan C-2 "Montículos" (p. 200)
- Landa de Matamoros C-2 "Montículos" (p. 200)
- El Lobo C-2 "Montículos" (p. 200)
- Neblinas C-2 "Montículos" (p. 201)
- El Sabino C-2 "Montículos" (p. 202)
- Cerro del Sapo C-2 "Montículos" (p. 202)
- Tilaco C-2 "Montículos" (p. 202)

En el "Mapa Arqueológico de Querétaro. Número 21", que aparece en la misma publicación (1939: frente a p. 200), se ubican otros sitios se-

rranos de los que no se da crédito a Urbiola como su descubridor. Son: "Conca, Rodesno [*sic*], Agua del Cuervo, Vigas, Arquitos, La Colonia". Uno de ellos es "Tonicato", que sí fue dado a conocer por Urbiola. Puede suponerse, entonces, que todos fueron descubiertos también por el conserje de Landa. Así, Urbiola habría descubierto algunos de los sitios más importantes de la Sierra Gorda en su sección noreste, incluidos Lan-Ha' ("Campana") (figura 4) y Los Bailes ("Cerro del Sapo"), de los que nos hemos ocupado en otras publicaciones.²²

Lo anterior destaca aún más la importancia de su trabajo pionero en la región, paraje casi inaccesible en esa época, e incluso hasta hace pocos años. En efecto, véase la descripción, redactada también por Urbiola, de cómo llegar a esta parte del norte de Querétaro:

Ruta: Por ferrocarril hasta la estación Bernal (Qro.), de ese lugar en auto a Cadereyta y luego a Jalpan (tres días a caballo), o bien por ferrocarril hasta la estación de San Bartolo, (S. Luis Potosí), transbordándose enseguida al tren de Río Verde para llegar a dicha Ciudad, luego en auto para Arroyo Seco (Qro.) y de ese lugar un día y medio a caballo hasta Jalpan. Dato: Sr. Ignacio Urbiola Reyna (*Atlas...*, 1939: 200).

Falta indicar que la llegada a Jalpan era el principio del viaje. Los sitios arqueológicos que descubrió están a horas o días de viaje, a caballo, de esa localidad. Las dificultades de acceso a la Sierra Gorda están bien descritas por Cuevas y Noguera en su recorrido por las ruinas de Ranas y Toluquilla, al otro extremo de la zona serrana explorada por Urbiola (Informe sobre la expedición arqueológica, febrero de 1931; Viaje de exploración a las ruinas..., febrero de 1931). Todo esto para resaltar las dificultades para el acceso a la comarca serranogordense, y para los desplazamientos en su interior. El contacto con el centro de México era muy limitado, de ahí que la salida "natural" de la sierra era hacia San Luis Potosí o hacia Tamaulipas, en el golfo de México (Carta del delegado municipal de Vizarrón, 26 de no-

²² Del PANO-143 los Bailes ya citamos la publicación respectiva (Muñoz y Castañeda, 2009). Sobre Lan-Ha' (PANO-147), véase Muñoz y Castañeda (2014a y 2014b).



● Fig. 3 El territorio de la Sierra Gorda explorado por Urbiola (1925-1926) (fuente: *Atlas arqueológico de la República Mexicana*, 1939: mapa frente a la p. 200).

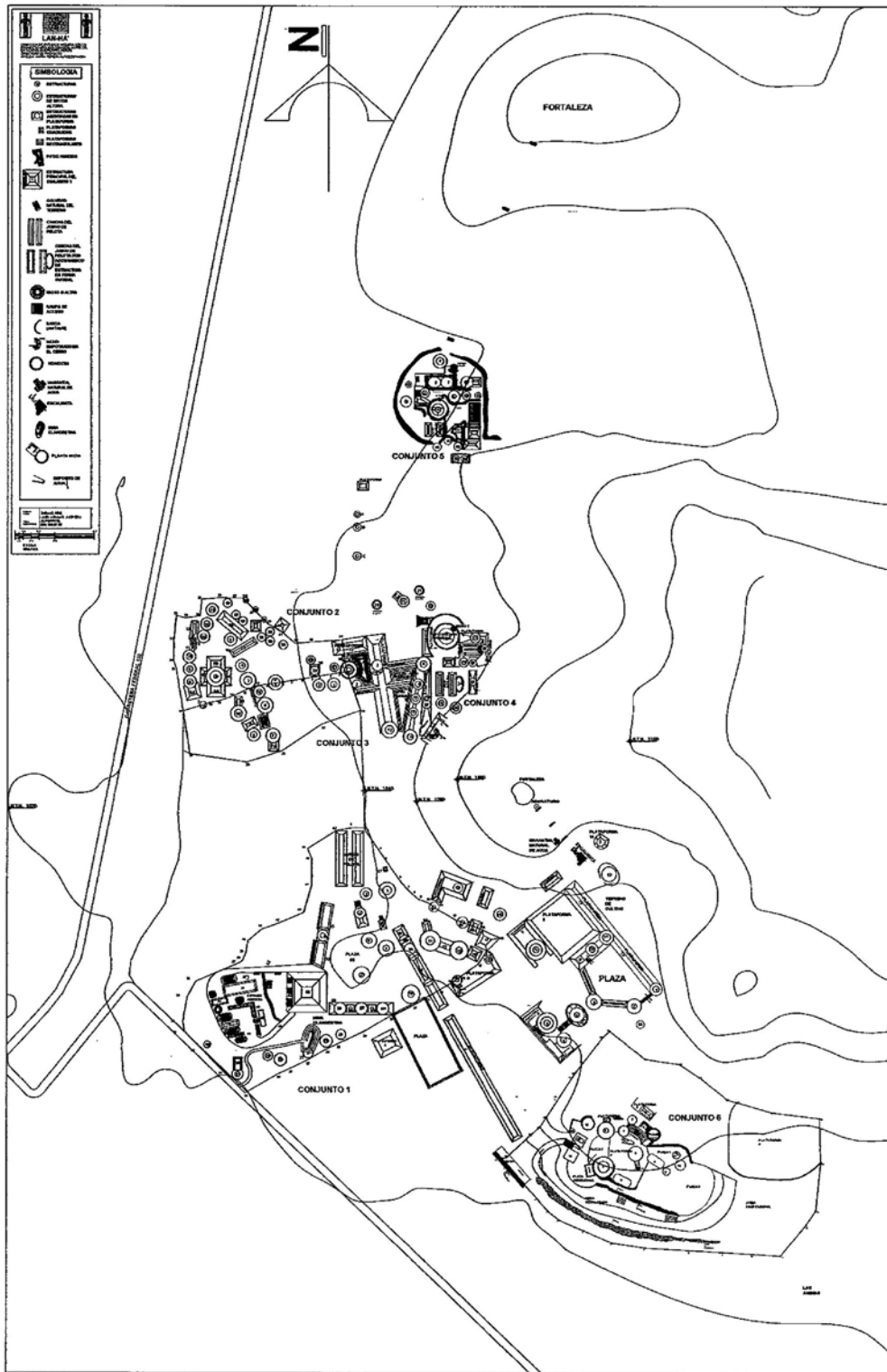
viembre de 1925).²³ No en balde, uno de los cronistas de la región escribe:

Un día de 1962 la Sierra Gorda empezó a ser nuevamente invadida por todas partes [...] Pero estos invasores no venían con el arma al hombro, sino

dotados de herramientas de trabajo, máquinas y material de toda clase en grandes cantidades. [Tras] cinco años de intenso trabajo: carreteras, puentes, todo el progreso del siglo xx [fue] derramado sobre los antiguos y abandonados poblados (Ramírez Cuéllar, 1966: 35).

²³ Como se ve, pasaron más de 30 años para que se construyera una carretera moderna que comunicase a la Sierra Gorda con el norte y el centro del país.

Imaginemos las dificultades para Ignacio Urbiola en su camino de exploración por las veredas serranas en 1925 y 1926 (fig. 5). En suma, de sus



● Fig. 4 El sitio PANQ-147 Lan-Ha', el más notable de la porción noreste de la Sierra Gorda (elaborado por María Teresa Muñoz Espinosa, DEA-INAH).



© Fig. 5 Paisaje serrano: por las veredas recorridas por Urbiola (fotografía de los autores, 2009).

reportes se tomó la información que consigna el *Atlas arqueológico de la República Mexicana* (1939: 199-202) sobre los sitios arqueológicos serranos, varios de ellos de los más notables.

¿Cuándo dejó Urbiola el puesto de conserje? Probablemente en 1926, si se considera un posible cambio de domicilio de los Urbiola, que se desplazaron a vivir a Río Verde, abandonando Landa de Matamoros desde 1925, según consta en el documento que citaremos luego. Quizá nuestro personaje se mantuvo en su puesto en tanto le fue posible, hasta que fue absorbido por sus ocupaciones en aquella localidad potosina.

¿Quién fue Ignacio Urbiola Reyna?

La tradición oral de los habitantes de Landa de Matamoros indica que las familias Urbiola²⁴ y

²⁴ El apellido Urbiola no se menciona en las listas de conquistadores que llegaron a México con Cortés o Narváez (Chavero, 1970: I, 839-842, 858-863). Tampoco fue registrado por Villar Villamil (1933) en su *Cedulario heráldico*; ni parece ser de origen nobiliario porque no aparece en la relación de los “grandes de España” o de títulos nobiliarios españoles (Cadenas, 2006). Según la tradición familiar recogida por Fernando Urbiola Ledezma (54 años, comunicación personal, enero 2015), originario de Cadereyta, Querétaro y vecindado en la ciudad de Querétaro, el origen de la familia en España es una localidad cercana a Pamplona, en Navarra, del mismo nombre, el pueblo de Urbiola. Se ubica en el Valle de Santesteban de la Solana, a decir de Madoz (1849: XV, 221),

Reyna²⁵ tenían cierta importancia dentro de esa localidad, incluso con fama de haber sido personajes acomodados en el pueblo (comunicación personal, Sra. Aurora Bocanegra, 83 años.

quien agrega que el terreno del pueblo es “de buena calidad y secano”. En Urbiola se produce “trigo, cebada, avena, vino, aceite y legumbres; cría ganado lanas; cazada perdices”. En 1392 el rey Carlos III benefició a los habitantes de esta localidad con la entrega de tierras para su uso. A cambio, “los de Urbiola dieron al rey por esta gracia 180 florines, 100 los labradores y 80 los hidalgos. En Urbiola reinan los vientos N. y S. y se padecen afecciones del pecho. Tiene 47 casas...” (a mediados del siglo XIX). Volviendo a nuestro informante: en el siglo XVII llegaron a México los primeros Urbiola, los hermanos Feliciano y Felipe. Este último es conocido como fray Felipe de Urbiola, que hacia 1640, como tercer alferique, acabó de construir el templo de San Agustín en Querétaro. De ahí se diversificó la familia hacia Cadereyta, pero también hacia San José Iturbide, Guanajuato, “otro gran centro de los Urbiola” en México. De hecho, los miembros de la familia se encuentran sobre todo en Monterrey, Nuevo León; la Ciudad de México, San Luis Potosí y Guanajuato. Según el mismo informante, los Urbiola llegaron a la Sierra Gorda como resultado de la situación social de la época de la Reforma en México. De oficio ebanistas, se asentarían en Cadereyta y mucho más allá, en Landa de Matamoros, en plena Sierra Gorda. Por nuestra parte, encontramos en el Archivo General de Indias que la Casa de Contratación de Sevilla registró la documentación del que parece ser el primer Urbiola que llegó a la Nueva España. Se trata de Miguel de Urbiola (en la foja uno el escribano anotó “Gurbiola”), hijo de Juan de Urbiola y de Isabel Tafalla, natural y vecino de Madrid. Pasó a América junto con su mujer, Ana de Jesús, su hijo Miguel, su sobrino Domingo de Bargoya y un criado de nombre Juan Colchan. Se le autorizó el tránsito el 9 de abril de 1608 (fs. 1 y 20 v.) El escribiente lo describió como “de edad de veinte y seis años pequeño de cuerpo blanco de piel con poca barba y castaña” (f. 2). (Expediente de Información y Licencia de Pasajero, 16 de mayo de 1608). No encontramos otra referencia más temprana, a partir de la revisión de los catálogos del grupo Pasajeros a Indias disponibles en el AGI (Bermúdez Plata, 1940; Romera y Galbis, 1980; Galbis, 1986; AGI, 1995). Por lo demás, la información de este grupo documental se encuentra en línea en el Portal de Archivos Españoles [http://pares.mcu.es].

²⁵ La vida de nuestro personaje fue difícil de ser investigada. Recurrimos a diversos archivos estatales, municipales y parroquiales, así como a la información ofrecida por miembros de la familia Urbiola y otros habitantes de la Sierra Gorda, testimonio vivo de la rica tradición oral del área. Agradecemos el apoyo y colaboración de los miembros de las familias Urbiola Albino y Urbiola Menéndez, a quienes pudimos entrevistar en enero de 2015 en Ciudad Valles y en Río Verde; en especial a la señora Rosa Menéndez, viuda de Barón Urbiola (sobrino de Ignacio Urbiola), y sus hijos René y Héctor; y a la señora Amanda Urbiola Albino, hija de Ignacio Urbiola Reyna, entre otros familiares que citaremos en su oportunidad.



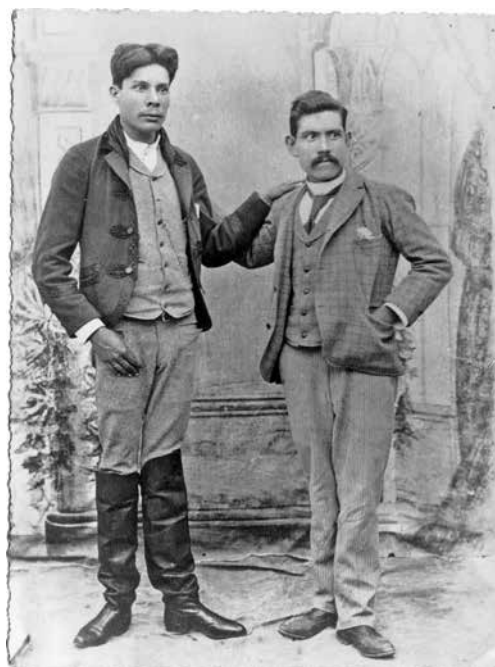
● Fig. 6 La casa de la familia Urbiola Reyna en el centro de Landa de Matamoros (fotografía de los autores, 2015).

diciembre de 2014). La casa de Ignacio Urbiola, según su hija Amanda Urbiola Albino (comunicación personal, enero 2015), se levanta hasta la fecha en la plaza principal de Landa. Si bien el inmueble está ya muy deteriorado, conserva un aire de distinción en el entorno de la localidad (fig. 6).

El padre de Ignacio Urbiola Reyna fue Ignacio Urbiola Hernández (Libro de Actas de Fallecimientos de 1902), quien nació en 1848 y fue originario de Cadereyta, Querétaro. Murió en Landa el 21 de marzo de 1902. Fue hijo de Modesto Urbiola y de la señora Silvestre Hernández, abuelos de nuestro personaje.

Ignacio padre fue “agricultor”, según señala su acta de defunción, pero también “agente” del Registro Civil de Landa entre 1874 y 1879, y de nuevo en 1884 (Libro de Actas de Nacimiento de 1884), como lo haría su hijo años después. Estas actividades le permitieron comenzar a formar un patrimonio personal de cierta importancia. Su nombre se incluye en una petición al “Supremo Gobierno del Estado” de Querétaro para “la devolución del templo de Nuestra Señora de Guadalupe”, afectado por la Reforma liberal de 1861 (*Representación...*, 1861: 6).

Ignacio padre se casó con María Dolores Reyna, originaria de Landa, y de esa unión nació nuestro personaje en 1873. Desafortunadamente, su acta de nacimiento no se conserva en la oficina del Registro Civil de Landa.



● Fig. 7 Ignacio Urbiola (izquierda) y su hermano Antonio (fuente: APSAUA).

Ignacio, quien fue el hijo mayor, tuvo siete hermanos: Zenaida e Isaura, Gonzalo, Antonio, Ezequiel, Carlos y Arnulfo (1891-1965) (fig. 7), el último de la dinastía.²⁶ De Arnulfo se puede decir que fue sastre (Libro de Nacimientos de 1919),²⁷ además de ser nombrado “inspector del trabajo en el municipio de Jalpan de Serra” el 11 de agosto de 1925, con un sueldo de \$5.00 pesos diarios a partir del 28 de agosto, pero renuncia a la misma el 23 de octubre del mismo año por ya no poder vivir en el municipio (Oficio de nombramiento de Arnulfo Urbiola, 11 de agosto 1925). Eran tiempos difíciles, había mucha oposición para impulsar la reforma agraria en el área, lo cual fue uno de los grandes logros de una Revolución mexicana que comenzaba su proceso de institucionalización.

²⁶ Los Urbiola Reyna cambiaron su residencia de Landa a Río Verde, S.L.P. ca. 1925, muy probablemente donde se asentaron; algunos de ellos son miembros prominentes de esa localidad. Según la hija de Ignacio Urbiola, Amanda (comunicación personal, enero 2015), lo hicieron con miras a ofrecer una vida mejor a sus hijos, sobre todo por las posibilidades de estudio.

²⁷ Como él declara en las actas de nacimiento de dos de sus hijos, Barón y María Dolores Urbiola Martínez.



● Fig. 8 Ignacio en su juventud, fotógrafo en Landa de Matamoros (fuente: APSAUA).

Las mismas autoridades se aliaban con los terratenientes para impedir el reparto de la tierra.²⁸ En suma, se presentía ya la rebelión cristera (1926-1929), que ensangrentaría de nuevo a México al poco tiempo. Los informes que remitió Arnulfo a la Secretaría de Fomento dan prueba de lo anterior.²⁹

Puede decirse que se conjugaron en los Urbiola Reyna la dedicación al trabajo, el espíritu emprendedor y la inteligencia de los habitantes de la Sierra Gorda, lo cual se reflejó en el desarrollo de estas familias a lo largo del tiempo. De lo que se sabe, Ignacio padre estudió música y canto, habilidades que desarrolló en el pueblo de Landa, donde tocaba el órgano de la iglesia y cantaba con su voz de tenor en las misas que oficiaba el padre

Luna, religioso muy recordado por los landenses (Sra. Rosa Menéndez Zamorano, 92 años, comunicación personal, enero de 2015, viuda de Barón Urbiola Martínez, sobrino de Ignacio Urbiola Reyna). Su cercanía con este personaje lo llevo también a intervenir en la construcción de la sacristía de la iglesia de Landa. Ahí conoció a María Dolores Reyna, la madre de nuestro personaje.

Es interesante observar que de esta primera generación de la familia Urbiola destacó su labor en provecho de la comunidad serrana. Ignacio habría estudiado su educación primaria en Landa, completando su formación de manera autodidacta. Fue buen mecanógrafo y llegó a tener un “escritorio público”, en el que ayudaba a los landenses que lo requerían en el arreglo de diversos asuntos (Armandina Urbiola Espinoza, 56 años, comunicación personal, enero de 2015). Cabe mencionar que nuestro personaje se declara fotógrafo de profesión (Libro de Nacimientos 1922) (fig. 8). En ese momento tenía 45 años de edad. También se desempeñó, al igual que su padre, como “agente” del Registro Civil de Landa, al menos desde el 19 de diciembre de 1896 hasta junio de 1899 (Libro de Actas de 1895 a 1896, AORCMLMQ, Acta núm. 64 del 19 de diciembre de 1896 y Libro de Actas de Nacimientos Registradas en esta oficina durante el año de 1899, AORCMLMQ: *passim*).

Ignacio contrajo nupcias con María Inés Albino, hacia 1911 o 1912, y de ella su hija Amanda dice que era de origen italiano (fig. 9). Ella era viuda, se conocieron en la localidad potosina de Xilitla, donde se casaron. Tuvieron siete hijos: Cointa, María Escolástica, María, María Dolores, Nicolás, Nicéforo y Amanda, esta última nacida en 1924 y única descendiente directa de Ignacio Urbiola todavía viva. La esposa de Urbiola murió en Ciudad Valles el 15 de junio de 1954. Amanda vive en la misma localidad hasta hoy (comunicación personal, enero 2015).

Del lado materno debe mencionarse que los Reyna fueron otra familia destacada en Landa. Dedicados al comercio, fueron dueños de una de las primeras tiendas en la localidad, “El Nuevo Mundo”, fundada en 1917 (fig. 10). Destaca Alberto Reyna Trejo, queretano de Zimapán y avecindado en Landa, primer presidente municipal

²⁸ De hecho, la documentación del Fondo Fomento, caja 1925, expediente 2501 S/F del AHEO presenta una documentación que ilustra lo anterior.

²⁹ Quizá por ello Arnulfo decidió emigrar a la comunidad de Río Verde, según opina su nieto, el Sr. René Urbiola Menéndez (68 años, comunicación personal, enero de 2015).



● Fig. 9 María Inés Albino, esposa de Ignacio Urbiola (fuente: APSAUA).



● Fig. 10 "El Nuevo Mundo", tienda de los Reyna en el centro de Landa (foto de los autores, 2015).

de esa localidad entre 1941 y 1943 (Rodríguez Márquez, 1996: 64). Además, Alberto Reyna ejercía como médico en esa localidad por haber tomado algunos cursos de enfermería que le permitieron cumplir tan importante labor en la pequeña comunidad (Aurea Reyna Vega, 87 años,

hija del Sr. Alberto Reyna y nacida en Landa de Matamoros, comunicación personal, enero de 2015). Logró adquirir diversas propiedades, terrenos y casas que todavía conservan sus descendientes, y que le dieron fama de ser un personaje acomodado en el pueblo (Aurora Bocanegra, comunicación personal, 1 de diciembre de 2014).

La tradición de ayuda comunitaria de la familia Reyna la continuó al menos una de sus hijas, Aurea Reyna Vega (nacida en 1927), quien actuaba como maestra con los niños y jóvenes del pueblo, organizando actividades culturales en las que participaba la comunidad (Aurora Bocanegra, comunicación personal, diciembre de 2014).

Pero Ignacio Urbiola no se dedicó a sobrellevar su vida en Landa. Sus ideas masónicas, liberales y progresistas habrían de manifestarse en ciertos episodios de su vida, aquéllos que fue posible rescatar, y que alumbran, como grandes pinceladas, sus preocupaciones sociales en bien de sus conciudadanos.

El primero de ellos es una carta que Urbiola escribe al presidente de México, Francisco I. Madero, a quien sin duda admiró a lo largo de su vida (Carta de Ignacio Urbiola Reyna, 22 de febrero de 1912). En ese documento, escrito junto con Vicente Zorrilla, otro vecino de Landa, le ofrecen su adhesión franca a Madero. Conscientes del peligroso momento que vive su gobierno a principios de 1912, señalan estar dispuestos a vigilar las actividades contrarrevolucionarias de los "malos gérmenes" que pudiesen poner en peligro los iniciales logros de la Revolución en un área muy amplia, desde Xilitla hasta Hidalgo y Querétaro. Se presentan como partidarios desde el inicio del movimiento insurreccional, ya que fueron de los primeros antirreleccionistas en el estado de San Luis Potosí, "puesto que el 'Club Melchor Ocampo' fue el primero que desafiando las iras depóticas se fundó en el mismo Estado Potosino. Cuna del PLAN [de San Luis] proclamado por usted". Muy importante, dicen acercarse a los "labriegos" del área, para informarlos de las bondades del nuevo gobierno, y censuran a los periódicos de la época, favorables a una intervención "americana" que, según tales medios era "irremediable." Critican "todos los infamantes artículos de esa prensa [que] deben estimarse como un ridículo arranque

de despecho”. Y concluyen: “He aquí, Señor Presidente, la prueba más verídica de nuestros sentimientos de civismo; sentimientos que nos entusiasmaron como á [sic.] los insurgentes de 1810 al escuchar reverentes la voz solemne de la Campana de Dolores.”

La carta muestra a un personaje bien enterado de la marcha de los acontecimientos en el país, conocedor de la prensa, con una posición progresista y cercana a la población rural con la cual convive todos los días. De forma más personal, parece tener tendencia a relacionarse con la sociedad potosina, en concreto con la de Xilitla, y luego con la de Río Verde, lo cual influirá en diversos acontecimientos de su vida futura.

El otro documento es aún más ilustrativo y trascendente, por lo que hubiese significado para el bienestar de Landa de haberse llevado a cabo. En efecto, en otra carta dirigida a la Presidencia de la República (Carta de Ignacio Urbiola, 15 de agosto de 1920), Reyna al presidente de la República, Urbiola delinea la necesidad de llevar la educación elemental a los adultos de su comunidad, como una vía fundamental para alcanzar el progreso social a escala local, y de ahí impactar al país entero. El documento es un legado de nuestro personaje para las generaciones futuras de su localidad de origen (Carta de Ignacio Urbiola, 15 de agosto de 1920, ff. 7-9).

A partir de sus mismas palabras, el presidente [Adolfo de la Huerta, 1 de junio-30 de noviembre de 1920] “ha demostrado por medio de la prensa, que no omitirá esfuerzo alguno, para hacer cuanto esté de su parte en bien del país”, que Urbiola toma como de buena fe, y no como la demagogia que la perspectiva histórica demuestra que contienen. Pero, en fin, nuestro personaje dice estar “dominado en mi sentir desde mi juventud [con] la idea de protección y mejoramiento de la raza indígena, así como la del proletariado de nuestro país”, por lo que pide el apoyo presidencial para su proyecto, “convencido de que laboro por el engrandecimiento de la Patria (*pro patria semper*); ideal que ha agigantándose bajo el pensante influjo del escritor hispano Emilio Castelar³⁰ en su tras-

cedental y humanitaria obra ‘La Fórmula del Progreso’ ”.³¹

Y entonces delinea un completo plan de organización de la Escuela Nocturna “Francisco I. Madero”. El establecimiento enseñaría lectura, escritura, el sistema métrico decimal, las reglas de la “aritmética, idioma nacional y educación

República (septiembre de 1873-enero de 1874), se significó por un claro gobierno conservador, contrario a los intereses populares (Artola, 1977: 386-387). Se le considera responsable de cancelar “toda la legislación social de la Primera República”. La “República ‘de derecha’ castelarina” carecía de base social, por lo que cayó pronto en la ola de luchas políticas de la época (Tuñón de Lara, 1986: 41). La perspectiva actual es ésta. Otra era en la época de Urbiola, cuando el prestigio de Castelar era mayúsculo en México (Hale, 1999).

³¹ Hace referencia a una de las obras donde Castelar muestra su ideología liberal. La publicó en 1858 y le dio una gran fama. Es un ejemplo clásico del pensamiento de la época, en donde se critica a las instituciones del “Antiguo Régimen” (“¡Derecho divino, el que dependía muchas veces de la indigestión de un rey, de la voluntad de una prostituta... ¡De derecho divino la codicia de Luis XII, la liviandad de Francisco I, la crueldad de Felipe II, la impureza de Luis XV, pasiones que fueron otros tantos númenes del gobierno de estos reyes!”. Castelar, 1858: 18). En cambio, “El progreso es nuestra creencia, nuestra fé”, y su historia es “la historia de la libertad del hombre” (Castelar, 1858: 44-45). Y, por tanto, “la fórmula del progreso, no hay que dudarlo, la fórmula del progreso es la Democracia” (Castelar, 1858: 51). Luego hace la apología de ésta y la defiende de sus críticos (la Democracia no es enemiga del cristianismo, ni del orden, ni de la familia, ni de la propiedad (Castelar, 1858: 55-57). Su complemento necesario es el derecho, fundamento de “la libertad con orden” (Castelar, 1858: 58, 64, 72). A partir de aquí establece una serie de corolarios, donde el derecho aparece como requisito fundamental de la convivencia humana (Castelar, 1858: 79-81). Y concluye la obra enumerando veinte preceptos, sustento de su ideología liberal: el derecho, base de la soberanía popular; igualdad de derechos políticos; libertad de imprenta, de asociación; sufragio universal, “integridad del municipio y de la provincia”; libertad de comercio y de crédito; “Consagración, en resumen, de la personalidad humana con todos sus derechos y con todas sus facultades” (Castelar, 1858: 140-141). Y luego de pasar revista a los logros de la ciencia y de la técnica del siglo XIX, concluye: “frente al Creador, al morir podré decir: ‘La débil inteligencia que me diste, más débil que la fosfórica luz de la luciérnaga, te la devuelvo después de haberla consagrado á los pobres, á los oprimidos, que serán los bienaventurados, según las promesas de tu misericordia’” (Castelar, 1858: 142-143). Filosofía que influyó sin duda en Urbiola, como vemos. Y de hecho, a decir de Hale (1999), en el México de la época, aún en Justo Sierra “y sus colegas ‘científicos’”, admiradores de Castelar. De ellos se apartó Urbiola, quien era seguidor de Madero.

³⁰ Emilio Castelar y Ripoll (1832-1899), escritor y político español, presidente de España durante la Primera

cívica” a los “agricultores y peones de campo” con clases gratuitas de dos horas diarias. “El método de enseñanza será intuitivo simultáneo o sea teórico-práctico”.³²

Además de la escuela para sus conciudadanos, propuso también la creación de un periódico quincenal, *El Progreso. Órgano Agrícola, Ganadero y Comercial*. A través de sus páginas se pretendía difundir entre la población campesina información sobre los avances de carácter agropecuario para incrementar la productividad agrícola, con nuevas técnicas y semillas mejoradas, entre otros aspectos. Propone la reforestación como una obligación del campesino, lo que redundaría en su propio bienestar. Además, insiste en el fomento a la ganadería de la zona, mejorándose las razas bovina, equina, ovina, animales que deberán ser atendidos por médicos veterinarios calificados. En suma, al mejorar su tecnología, agricultores y ganaderos optimizarían su producción económica, lográndose el bienestar de los landenses.

Para lograr su plan, Urbiola pedía la cesión de una prensa y los materiales necesarios para la impresión de la publicación, ofreciendo un espacio para la instalación de la escuela, dotándola “de su propio peculio”. A cambio pedía una subvención mensual de \$150.00. para desarrollar y mantener ambos proyectos.³³

La respuesta a la petición es fácil de imaginar: por acuerdo del “Director de la Sección Técnica”, con firma del rector de la Universidad Nacional de México, se le niega el apoyo a su proyecto, ya que los “profesores honorarios” tan sólo recibían un “diploma como profesor honorario de Educación Elemental”, con la firma del rector de la Universidad, en la campaña contra el analfabetismo. Así “armados”, tales “profesores honorarios” no

recibían paga; su trabajo era gratuito “y con los recursos que particularmente puedan arbitrarse” (Oficio de respuesta a Ignacio Urbiola, 23 de agosto de 1920).

Como se ve, la consecución de este plan habría impactado de manera muy positiva en la comunidad landense. Por lo que sabemos, nunca fue posible llevarlo a cabo, aun cuando vale la pena señalar que, en ese aspecto, los caminos de Gamio y de Urbiola también se intersectan de alguna manera.

En efecto, 14 años después del proyecto de Urbiola, Gamio impulsó la revista mensual *Agricultura* (1934), que parecería estar inspirada en la propuesta del primero. De manera sencilla y muy didáctica, buscaba mejorar la vida diaria del campesino, a través de los mismos temas propuestos por nuestro personaje, quien de ninguna manera estaba errado en sus apreciaciones. El mismo Gamio escribió:

Como en otros tiempos, el ideal religioso alzaba multitudes en cruzadas inverosímiles, hoy día el ideal de redención campesina mueve a esta Revista a desarrollar una intensa labor de información, de enseñanza, de acercamiento, de reconstrucción, de elevación y superación, que comprenderá a todas nuestras gentes [*sic.*] del campo, desde el agricultor de sabia técnica hasta el más retrasado indígena. Esta Revista espera la ayuda, la simpatía, y el impulso de todos los hombres de buena voluntad, pues sólo así podremos conseguir una transformación completa en el medio rural, cuya actuación futura tanto significará en los destinos nacionales (*Agricultura*, 1934: I, 2).

Lo anterior, en consonancia con la idea de Gamio de la importancia de la prensa cotidiana como “uno de los medios más eficaces y económicos con que puede procurarse el mejoramiento físico e intelectual de la población”, por el influjo que ejerce en todos los sectores sociales, aun los más bajos, “que encuentran en el periódico una diaria enciclopedia donde aprender a darse cuenta de sus verdaderas necesidades y de las actividades que pueden desarrollar para satisfacer directamente o procurar que le sean satisfechas” (La prensa como un medio, s/f).

³² Se refiere al método pedagógico, muy en boga durante el porfiriato, obra del pedagogo suizo Johan Pestalozzi. Es el método “objetivo o intuitivo” que pretendía educar al niño a través de la observación de los objetos materiales. Un ejemplo del mismo puede verse en Díaz de las Cuevas *et al.* (1887: 73-78).

³³ Tal remuneración es baja, según los parámetros de la época. Por ejemplo, la señora Isabel Ramírez Castañeda es contratada en 1913 para trabajar en el proyecto de integración de la “Carta Arqueológica de la República” en el Museo Nacional de Arqueología, con un sueldo anual de \$1825.00, o sea, \$152.00 mensuales (Acuerdo para nombrar a Isabel Ramírez Castañeda, 26 de julio de 1931).



© Fig. 11 Gamio con niños teotihuacanos: su obra antropológica y social todavía se recuerda en el valle de Teotihuacan (fuente: Gamio, 1993: 37).

Desde luego, son incontables las referencias de Gamio a la importancia de la educación en el medio campesino e indígena (*La Escuela, instrumento eficaz*, s/f).³⁴ Mejor que tales referencias, véase lo que recuerdan al respecto alguno de los sobrevivientes, o sus familiares, que conocieron a Gamio y su obra antropológica integral aplicada en el valle de San Juan Teotihuacan entre 1917 y 1922 (fig. 11):

No recuerdo bien si era el año 21, o 22, cuando el Sr. Gamio denunció el edificio y lo donó a la escuela, y Gracias a él [*sic*,] muchos trabajadores que ya no existen fueron beneficiados, porque muchos no sabían leer, había un jacalón largo donde después de que terminaban su turno de trabajo pasaban ahí a estudiar. La forma de que se hizo esa escuelita, fue para los trabajadores, entonces viendo que había un maestro que estaba trabajando [Gamio] preguntó que si su tiempo lo tenía en la mañana, él dijo que sí, entonces mandó a reunir a los trabajadores les dijo, tienen hijos, tienen escuela, unos sí, otros no, trabajadores no de aquí nada más [sino también] de varios pueblos de alrededor, los mandó traer

para que estudiaran y ya la escuela estaba llena, ya no cabían, pues el profesor daba clases de dos turnos, en la mañana y en la tarde. Y no cabían ahí entonces fue cuando [Gamio] preguntó por el edificio ese y gestionó de quien era el dueño, fue cuando lo denunció y se formó la escuela [...] (Entrevistas de Ángeles González Gamio, s/f).

Pero volvamos a Landa de Matamoros. Años después de su petición a la Presidencia de la República, Ignacio Urbiola Reyna cambió su residencia de manera definitiva a Río Verde. No abandonó la Sierra Gorda, pues conservó sus propiedades ahí hasta su muerte. Pero su labor en el campo de la arqueología mexicana ya había concluido.

De su vida en Río Verde quedan testimonios mínimos: al parecer atendía asuntos de carácter legal “al frente de un juzgado”, apoyando a las personas menos favorecidas de su nueva comunidad (Amanda Urbiola Albino, comunicación personal, enero de 2015). Además emprendería acciones diversas: lo mismo era amigo del general revolucionario Francisco de P. Mariel,³⁵ que se entrevistaba con el gobernador de Puebla para entregarle una carta en propia mano (Carta de Ignacio Urbiola Reyna, 5 de noviembre 1930) (fig. 12).

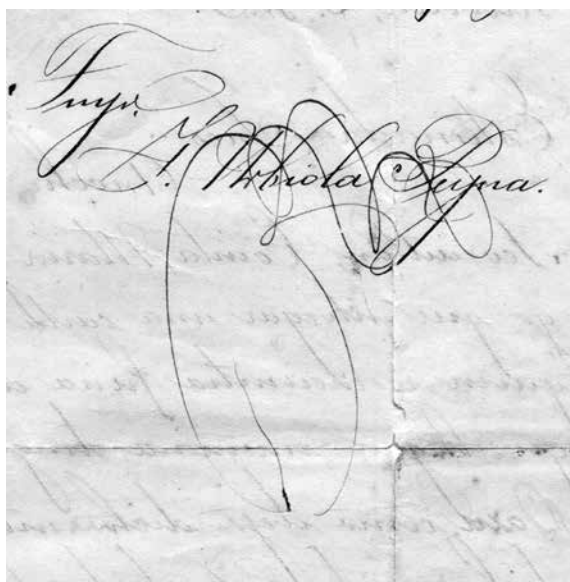
A manera de conclusión

¿Qué tuvieron en común las vidas del padre de la arqueología científica mexicana, Manuel Gamio, y el pionero de la arqueología en la Sierra Gorda, Ignacio Urbiola Reyna? Quizá la propia Sierra Gorda.

En efecto, llama la atención que un área de tan difícil acceso y con una comunicación muy restringida hacia el centro de México haya sido incorporada al incipiente conocimiento arqueológico nacional. Desde luego, otros sitios serranos,

³⁴ En otro documento (*Gamio agradece a la Presidencia de la República*, s/f) Gamio plantea nuevamente sus ideas sobre la mejora de la vida de la población indígena del país.

³⁵ En el archivo personal de la señora Amanda Urbiola Albino en Ciudad Valles existe una foto que este personaje de la Revolución mexicana en el área de la Huasteca dedica a “su amigo Ignacio Urbiola”.



● Fig. 12 Firma autógrafa de Ignacio Urbiole Reyna, en una carta dirigida a su esposa, fechada el 5 de noviembre de 1930 (fuente: APSAUA).

como Ranas y Toluquilla, situados a “80 kilómetros en línea recta de la capital” queretana (Marquina, 1990: 239) eran conocidos gracias a los trabajos de Ballesteros y Reyes, que publicó este último (1888), y por los recorridos de Eduardo Noguera y Emilio Cuevas en 1931 (Marquina, 1990: 239-242; Velasco, 1988: 234-236).³⁶ Empero, otra cosa era la región serrana recorrida por Urbiole, nativo de ella, en la que supo internarse para explorar y dar a conocer sus testimonios del pasado indígena.

La Sierra Gorda debía ser conocida de manera integral pues, —como escribió Gamio en su propuesta de “Directorio” de 1906, recordemos— debería registrarse “cuanto monumento arqueológico exista diseminado por el territorio de la República, así sea de escasa como de suma importancia” (Comunicado de Manuel Gamio y Ramón Gámez, 24 de noviembre de 1906), incluso en la lejana y mal comunicada Sierra Gorda —añadiríamos nosotros—. De ahí que esta zona haya sido objeto del interés de Gamio, Noguera,

Reygadas y Marquina para incorporarla al *Atlas...*, ya que es parte de la misma región Huasteca, como ahora se sabe (Muñoz y Castañeda, 2013), y concretamente de la llamada “Huasteca queretana” (Meade, 1951). No en balde el gran sabio alemán Eduard Seler había establecido esta subregión cultural como el lugar de culto inicial de algunos de los dioses principales del panteón mesoamericano, entre ellos el propio Quetzalcoatl (Seler 1980: I, 71-72).

Es entonces cuando los caminos de Gamio y de Urbiole se intersectan. Y se comprueba que los nombres menos conocidos han contribuido, también, al desarrollo del conocimiento arqueológico nacional. ¿No compartieron, acaso, su preocupación por mejorar la vida de sus compatriotas, y entre ellos los pueblos indígenas? Ya sea a nivel nacional o de microhistoria, la obra de uno y otro también se conectan.

Desde luego, Gamio era en ese entonces el académico que renovaba o impulsaba la creación —como se quiera ver— de la moderna arqueología científica nacional. Pero en una disciplina como la nuestra: ¿cuántas veces los hombres como Ignacio Urbiole Reyna, sin una preparación académica formal, han contribuido, con su inteligencia y su experiencia de vida, a enriquecer la obra del investigador?

En el caso de Gamio, una de las opiniones más certeras sobre la importancia de su obra —no continuada por la arqueología mexicana— es la de Enrique Nalda: fiel a la escuela de Boas, que resaltaba el carácter interdisciplinario de la antropología, y la necesidad de estudiar la cultura, la lengua, la constitución física y su pasado para entender cabalmente al hombre:

En Teotihuacan, Gamio no sólo investigó el pasado prehispánico, también estudió la población de la región, definió sus carencias y propuso una posibilidad de superación comunitaria a través de la producción artesanal, que él mismo organizó. La idea de servir a la comunidad estaba ya presente [en la época,] pero es Gamio quien la lleva al campo de la arqueología [...] la arqueología dejaba de ser la disciplina que glorificaba el pasado de una nación, para convertirse en la disciplina que fijaba el punto de estancamiento y de partida de un proceso

³⁶ “Informe sobre la expedición arqueológica, febrero 1931; “Viaje de exploración a las ruinas...”, febrero 1931. Los autores señalan que su viaje fue en 1931, no en 1930, como anota Noguera.



© Fig. 13 Ignacio Urbiola Reyna (1873-1931), pionero de la arqueología en la Sierra Gorda (Archivo personal de la señora Amanda Urbiola Albino, Ciudad Valles, SLP).

hacia una modernización inevitable y ansiada. Para muchos, Gamio dejó de ser arqueólogo hacia 1916, fecha de aparición de su texto pro nacionalista, *Forjando patria...* o hacia 1922, fecha de publicación de sus trabajos en Teotihuacan; y a partir de una u otra de esas fechas aparecería el Gamio indigenista. La división deja de lado, sin embargo, el reconocimiento de la posibilidad de una arqueología comprometida con las comunidades en el área de estudio, anula la existencia de una arqueología plenamente inserta en la antropología y echa abajo la posibilidad de entender este tipo de arqueología como *la* arqueología mexicana: si algo pudiera llamarse arqueología mexicana —que no fuese simplemente la que hacen los arqueólogos mexicanos o la que se hace en el país— sería precisamente la que hizo Gamio en Teotihuacan, la única claramente diferenciable de la que se hace y se ha hecho en Europa y los Estados Unidos (Nalda, 1998: 8-9).

Por su parte, Ignacio Urbiola Reyna fue el pionero de la arqueología en la Sierra Gorda al dar a conocer los principales sitios arqueológicos de esa

región. Y fue también, lo cual es inseparable y motivación para su aporte al conocimiento arqueológico, un landense distinguido, preocupado por el bienestar de los miembros de su pequeña comunidad serrana. En el fomento a la arqueología mexicana y en la mejora social de su “patria chica” encontró la razón de su trascendencia histórica, que de alguna manera entrevió (carta de Ignacio Urbiola, 15 de agosto 1920): “Que deseando cumplir en parte con los deberes que como mexicano tengo para con la Patria y legar a la posteridad un algo que signifique mi paso por la vida [...]” vivió y actuó, como demostramos en las presentes páginas.

Ignacio Urbiola Reyna enfermó repentinamente en Río Verde, por lo que fue llevado por su familia a la ciudad de San Luis Potosí, donde se le operó de urgencia para intentar salvar su vida. Murió a las 5 de la mañana del 1 de diciembre de 1931, a la edad de 58 años. Se le sepultó en el cementerio de El Saucito, en la misma ciudad de San Luis Potosí (Esquela fúnebre. 1 de diciembre de 1935). La ubicación exacta de su tumba se desconoce actualmente (Amanda Urbiola Albino, comunicación personal, enero de 2015)³⁷ (fig. 13).

Notas de archivo

AHEQ. Archivo Histórico del Estado, Querétaro.
AHMAPP. Archivo Histórico en Micropelícula Antonio Pompa y Pompa. INAH, México.

³⁷ En México se dice “abuelear”. Fue el caso del nieto de nuestro personaje, el profesor José Augusto Ygnacio Posselt Urbiola (1944-2013). Maestro de generaciones en Ciudad Valles, heredó de su abuelo su bonhomía y deseo por hacer el bien a los miembros de su comunidad. Profesor y músico, mantuvo una academia de iniciación artística para los niños y jóvenes de la ciudad potosina. Su labor en pro de la cultura local le valieron diversos reconocimientos y el recuerdo agradecido de su comunidad. De manera póstuma, recibió el Premio “Medallón Gerontológico” que le otorgó el gobierno de San Luis Potosí, en reconocimiento a su reconocida y destacada trayectoria, ejemplo de la transmisión de los valores fundamentales de la cultura estatal y nacional. La presea la recibió su madre, la hija de Ignacio Urbiola, Amanda, una de nuestros informantes (“Presea...”, 2014). Véase la semblanza de la vida del profesor Posselt Urbiola en “Orígenes...” (2015). José Augusto Ygnacio Posselt Urbiola fue un digno nieto del pionero de la arqueología en la Sierra Gorda.

- AGI. Archivo General de Indias, Sevilla.
- AGN. Archivo General de la Nación, México.
- AORCMLMQ. Archivo de la Oficina Núm. 1 del Registro Civil del Municipio de Landa de Matamoros, Querétaro.
- APSAUA. Archivo personal de la señora Amanda Urbiola Albino. Ciudad Valles, San Luis Potosí.
- ATCNA-INAH. Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología. INAH, México, D. F. (Carta de Ignacio Urbiola, 15 de agosto 1920). Carta de Ignacio Urbiola Reyna al Presidente de la República para establecer una escuela nocturna para adultos y un periódico regional agropecuario. Landa de Matamoros, 15 de agosto de 1920. AGN, Instrucción Pública y Bellas Artes, 1ª serie, caja 298, exp. 12, f. 7.
- (Nombramiento de Ignacio Urbiola, 30 de enero 1925). Aviso de remisión del nombramiento de Ignacio Urbiola Reyna como Conserje de Monumentos Arqueológicos de Landa de Matamoros, Querétaro. México, D. F., 30 de enero de 1925. ATCNA. INAH, Documentos sobre Estado de Querétaro. Zonas Arqueológicas del Departamento de Monumentos Prehispánicos, exp. B/311[72-45] (02)/1, 1972, núm. 2.
- (Atribuciones del Inspector de Monumentos, 17 de octubre de 1885). "Comunicación de la Secretaría de Justicia. Atribuciones del Inspector de Monumentos Arqueológicos". México, 17 de octubre de 1885, AGN, Instrucción Pública y Bellas Artes, 1ª serie, caja 151, exp. 36, ff. 8-9.
- (Decreto de Díaz para la protección de monumentos arqueológicos, 11 de mayo de 1897). Decreto de Díaz para la protección de monumentos arqueológicos. México, 11 de mayo de 1897. AHMAPP, Manuel Gamio, caja 1, exp. 1, 1 f, rollo 1.
- (Comunicado al personal de la Inspección, 1 de julio de 1911). Comunicado al personal de la Inspección General de Monumentos del nombramiento del ingeniero Francisco M. Rodríguez en lugar de L. Batres. México, 1 de julio de 1911. AGN, Instrucción Pública y Bellas Artes, 1ª serie, caja 111, exp. 9, f. 3.
- (Expediente relativo a Responsabilidades, 1913). "Expediente relativo a Responsabilidades contra algunos empleados de esta Inspección por el cobro de sueldos indebidamente. Año de 1913". AGN, Instrucción Pública y Bellas Artes, 1ª serie, caja 113, exp. 14, 7 ff.
- (Propuesta de nombramiento de personal, 2 de julio de 1912). Propuesta de nombramiento de personal de la Inspección General de Conservación de Monumentos Arqueológicos, firmada por el ingeniero F. M. Rodríguez. México, 2 de julio de 1912. AGN, Instrucción Pública y Bellas Artes, 1ª serie, caja 112, exp. 115, f. 1.
- (Oficio de Cecilio Robelo, 26 de junio 1913). Oficio de Cecilio Robelo, director del Museo Nacional, donde se establecen tres zonas de monumentos arqueológicos en el país, bajo la supervisión del Museo. México, 26 de junio de 1913. AGN, Instrucción Pública y Bellas Artes, 1ª serie, caja 113, exp. 3, ff. 1-2.
- (Minuta. Nombramiento de Manuel Gamio, 10 de julio de 1913). Minuta. Nombramiento de Manuel Gamio como Inspector y Conservador interino de Monumentos Arqueológicos de la República. México, 10 de julio de 1913. AGN, Instrucción Pública y Bellas Artes, 1ª serie, caja 113., exp. 39, f. 2.
- (Acuerdo. Nombramiento de Manuel Gamio, 1 de julio de 1914). Acuerdo. Nombramiento de Manuel Gamio como Jefe del Departamento de Inspección y Conservación de Monumentos Arqueológicos, Zona Central especialmente. México, 1 de julio de 1914. AGN, Instrucción Pública y Bellas Artes, 1ª serie, caja 374, exp. 12, f. 40.
- (Expediente que registra la problemática, diciembre de 1914). Expediente que registra la problemática de la falta de pago al personal del Departamento de la Inspección y Conservación de Monumentos Arqueológicos a cargo de M. Gamio, octubre-diciembre de 1914. AGN, Instrucción Pública y Bellas Artes, 1ª serie, caja 374, exp. 13, 13 ff.
- (Expediente Conserje de Xochicalco, diciembre de 1912). Expediente en el que el Conserje de Xochicalco informa del incendio intencional en la zona arqueológica. Xochicalco, Mor. y México, diciembre de 1912-marzo de 1913. AGN, Instrucción Pública y Bellas Artes, 1ª serie, caja 113, exp. 19, 12 ff.

- (Funcionamiento de la Dirección de Antropología de 1919). Funcionamiento de la Dirección de Antropología, escrito probablemente en México *ca.* 1919. AHMAPP, Manuel Gamio, caja 10, exp. 5, f. 3, rollo 2.
- (Oficio del 6 de abril de 1923). Oficio con el que “se adjunta cuestionario para que sea contestado. México, D.F., 6 de abril de 1923”. AHMAPP, Manuel Gamio, caja 1, exp. 2, f. 62, rollo 2.
- (Asunto. Se proponen Conserjes, 12 de junio de 1925). “Asunto. Se proponen Conserjes para los Monumentos Arqueológicos y se envían cuestionarios debidamente contestados. Mérida, Yuc., Méx., a 12 de junio de 1925”. AHMAPP, Manuel Gamio, caja 1, exp. 2, f. 60, rollo 2.
- (Se hacen algunas observaciones..., 19 de junio de 1923). “Se hacen algunas observaciones a las proposiciones de conserjes propuestos. México, 19 de junio de 1923”. AHMAPP, Manuel Gamio, caja 1, exp. 2, f. 61, rollo 2.
- (Relación de personal y sueldos, 8 de enero de 1922) Relación de personal y sueldos de la Dirección de Antropología. “México, 8 de enero de 1922”. AHMAPP, Manuel Gamio, caja 1, exp. 2, f. 62, rollo 2.
- (Relación de personal y sueldos, 30 de abril de 1924) Relación de personal y sueldos de la Dirección de Antropología, “México 30 de abril de 1924”. AHMAPP, Manuel Gamio, caja 1, exp. 2, f. 64, rollo 2.
- (Comunicado de Manuel Gamio y Ramón Gámez, 24 de noviembre de 1906). Comunicado de Manuel Gamio y Ramón Gámez al Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes proponiendo la creación de un “Directorio General de Arqueología de la República Mexicana”. México, 24 de noviembre de 1906. AGN, Instrucción Pública y Bellas Artes, 1ª serie, caja 152, exp. 1, ff. 1-1v.
- (Carta de M. Gamio, 20 de noviembre de 1906). Carta de M. Gamio al doctor Alfonso Pruneda detallando el proyecto del Álbum Arqueológico o Directorio. México, 20 de noviembre de 1906. AGN, Instrucción Pública y Bellas Artes, 1ª serie, caja 152, exp. 1, ff. 2-4.
- (Expediente donde Gamio propone, 5-7 de julio de 1909). Expediente donde Gamio propone la publicación de su “Guía Arqueológica de la República Mexicana”. México, 5-7 de julio de 1909. AGN, Instrucción Pública y Bellas Artes, 1ª serie, caja 155, exp. 1, 5 ff.
- (Ensayo de Clasificación Cultural, 26 de junio de 1913). “Ensayo de Clasificación Cultural de los Monumentos Arqueológicos de la República Mexicana, México, 26 de junio de 1913”. AGN, Instrucción Pública y Bellas Artes, 1ª serie, caja 113, exp. 3, ff. 5-7.
- (Expediente que recoge documentos, 1913-1928). Expediente que recoge documentos para la formación de la Carta Arqueológica de la República, México, 1913-1928. AGN, Instrucción Pública y Bellas Artes, 1ª serie, caja 113, exp. 29, 8 ff.
- (Catálogo de lugares arqueológicos de la República Mexicana). “Catálogo de lugares arqueológicos de la República Mexicana”. AHMAPP, Archivo Técnico de la Dirección de Monumentos Prehispánicos, vol. III, 1925-1929, 193 ff., “Querétaro” pp. 133-136, rollos 3 y 4.
- (Lista de lugares arqueológicos). “Lista de lugares arqueológicos de la República Mexicana hasta la fecha. México, 5 de julio de 1927”. AHMAPP, Archivo Técnico de la Dirección de Monumentos Prehispánicos, vol. III, 1925-1929, rollos 3 y 4.
- (Especificación por Estados del número de Ruinas). “Especificación por Estados del número de Ruinas Arqueológicas hasta la fecha conocidas en la República Mexicana. México, 9 de noviembre de 1928. AHMAPP, Archivo Técnico de la Dirección de Monumentos Prehispánicos, vol. III, 1925-1929, rollos 3 y 4.
- (Asunto. Ya fue remitido nombramiento, 30 de enero de 1925). “Asunto. Ya fue remitido nombramiento. México, 30 de enero de 1925”, ATCNA. INAH, Documentos sobre Estado de Querétaro. Zonas Arqueológicas del Departamento de Monumentos Prehispánicos, exp. B/311[72-45] (02)/ 1972, núm. 2, f. 020.12.103.
- (Oficio de Ignacio Urbiola Reyna, 15 de enero de 1925). Oficio de Ignacio Urbiola Reyna al Secretario de Agricultura y Fomento solicitando su nombramiento y reportando la zona arqueológica de Tonatico, Landa de Matamoros, Qro., 15 de enero de 1925. ATCNA. INAH, Documentos sobre Estado de Querétaro. Zonas

- Arqueológicas del Departamento de Monumentos Prehispánicos, exp. B/311[72-45] (02)/1972, núm. 2, f. 030.12.103.
- (Oficio del jefe del Departamento de Antropología, 24 de marzo de 1925). Oficio del Jefe del Departamento de Antropología dirigido a I. Urbiola, en torno a los trabajos que emprende, México, 24 de marzo de 1925. ATCNA. INAH, Documentos sobre Estado de Querétaro. Zonas Arqueológicas del Departamento de Monumentos Prehispánicos, exp. B/311[72-45] (02)/1972, núm. 2, f. 111.2.24.19.
- (Oficio del Jefe del Departamento de Antropología, 8 de agosto de 1925). Oficio del Jefe del Departamento de Antropología dirigido a I. Urbiola, en torno a sus descubrimientos en el área de Tilaco, México, 8 de agosto de 1925. ATCNA. INAH, Documentos sobre Estado de Querétaro. Zonas Arqueológicas del Departamento de Monumentos Prehispánicos, exp. B/311[72-45] (02)/1972, núm. 2., f. 217.1 (19) 2, 2.
- (Número 15. Asunto: Comunica la existencia..., 21 de julio de 1925). Número 15. Asunto: Comunica la existencia de ruinas de la época precolonial en esta zona y solicita órdenes para proceder a su exploración, Landa de Matamoros, Qro., Julio 21 de 1925. ATCNA. INAH, Documentos sobre Estado de Querétaro. Zonas Arqueológicas del Departamento de Monumentos Prehispánicos, exp. B/311[72-45] (02)/1972, núm. 2., f. 217.1 (19) 2, 1.
- (Oficio de la Delegación de la SEP, 23 de julio de 1925). Oficio de la Delegación de la SEP en Querétaro reportando el contenido del comunicado número 14 de Urbiola, del 23 de julio de 1925, dirigido al Departamento de Antropología. Querétaro, 7 de agosto de 1925. ATCNA. INAH, Documentos sobre Estado de Querétaro. Zonas Arqueológicas del Departamento de Monumentos Prehispánicos, exp. B/311[72-45] (02)/1972, núm. 2., f. 010.15.b 77 4.
- (Oficio del Jefe del Departamento de Antropología, 21 de septiembre de 1926). Oficio del Jefe del Departamento de Antropología dirigido a I. Urbiola, remitiéndole la Ley de Monumentos Arqueológicos de 1896 [sic]. México, 21 de septiembre de 1926. ATCNA. INAH, Documentos sobre Estado de Querétaro. Zonas Arqueológicas del Departamento de Monumentos Prehispánicos, exp. B/311[72-45] (02)/1972, núm. 2., f. 0.6/301.1.1.1 (19), 7.
- (Respuesta de I. Urbiola, 7 de octubre de 1926). Respuesta de I. Urbiola al oficio núm. 00112 de la Dirección de Antropología. Landa de Matamoros, Qro., 7 de octubre de 1926. ATCNA. INAH, Documentos sobre Estado de Querétaro. Zonas Arqueológicas del Departamento de Monumentos Prehispánicos, exp. B/311[72-45] (02)/1972, núm. 2., f. 0.6/301.1.1.1 (12), 8.
- (Informe rendido por el suscrito..., 15 de enero de 1925). Informe rendido por el suscrito al Departamento de Población Precolonial y Colonial, dependiente de la Dirección de Antropología de la Secretaría de Agricultura y Fomento, Landa de Matamoros, Qro., 15 de enero de 1925. ATCNA. INAH, Documentos sobre Estado de Querétaro. Zonas Arqueológicas del Departamento de Monumentos Prehispánicos, exp. B/311[72-45] (02)/1972, núm. 2., f. 8.030.12.103. 3.
- (Informe sobre la expedición arqueológica, febrero de 1931). "Informe sobre la expedición arqueológica efectuada por el Arq. Emilio Cuevas en compañía del Arqueólogo Sr. Eduardo Noguera, a las ruinas de Toluquilla, Ranas y Cerrito. Febrero de 1931". AHMAPP, Archivo Técnico de la Dirección de Monumentos Prehispánicos, 9 ff. + 7 lám., rollo 48.
- (Viaje de exploración a las ruinas..., febrero de 1931). "Viaje de exploración a las ruinas arqueológicas de Toluquilla y San Joaquín Ranas por Eduardo Noguera. Febrero de 1931". AHMAPP, Archivo Técnico de la Dirección de Monumentos Prehispánicos 3 ff + 4 lám., rollo 48.
- (Carta del Delegado Municipal de Vizarrón, 26 de noviembre de 1925). Carta del Delegado Municipal de Vizarrón de Montes al Gobierno del Estado de Querétaro para que la carretera Laredo-Méjico [sic] pase por la ruta Jalpan-Vizarrón y cruce por el Municipio de Cadereyta. Vizarrón de Montes, 26 de noviembre de 1925. AHEQ, Fomento, caja 3, exp. 25, f. 150.
- (Expediente de Información y Licencia de Pasajero, 16 de mayo de 1608). Expediente de

Información y Licencia de Pasajero a Indias de Miguel de Urbiola, Sevilla, 16 de mayo de 1608. AGI, Casa de la Contratación. Pasajeros a Indias, Igj. 5305, exp. 45, 20 ff. [digitalizado]. (Libro de Actas de Fallecimientos de 1902). “Libro de Actas de Fallecimientos registrados en esta oficina durante el año de 1902”. AORCMLMQ, Acta de defunción núm. 28. (Libro de Actas de Nacimiento de 1884). Libro de Actas de Nacimiento de 1884. AORCMLMQ.

Bibliografía

- Archivo General de Indias
1995. *Catálogo de Pasajeros a Indias*. Vol. 8, 1600-1607. Sevilla, AGI.
- Artola, Miguel
1977. *La burguesía revolucionaria (1808-1874)* (5ª ed.). Madrid, Alianza (Historia de España Alfaguara, 5).

1939. *Atlas arqueológico de la República Mexicana* (Presentación por Ignacio Marquina). México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia/SEP (Publicación 41).
- Bernal, Ignacio
1979. *Historia de la arqueología en México*. México, Porrúa.
- Bermúdez Plata, Cristóbal (dir.)
1940. *Catálogo de Pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII* (3 vols.). Sevilla, Imprenta Editorial de la Gavidia.
- Cadenas y López, A. Alonso y Cadenas, y Vicent, Vicente de
2006. *Elenco de grandezas y títulos nobiliarios españoles*. Madrid, Hidalguía.
- Castelar, Emilio
1858. *La fórmula del progreso*. Madrid, J. Casas y Díaz (Ideas democráticas).
- Chavero, Alfredo
1970. Historia antigua y de la conquista. En *México a través de los siglos* (5 vols.). Vicente Riva Palacio (dir.). México, Cumbre.
- Comas, Juan
1975. Estudio preliminar. En Manuel Gamio, *Antología* (pp. I-XLIV). México, Dirección General de Publicaciones-UNAM.
- Díaz de las Cuevas, Juan, Hinojosa, Gabriel, y Velasco, Manuel
1887. Método de enseñanza de las escuelas de los campos. En *Debate pedagógico durante el porfiriato* (pp. 73-78). México, SEP/El Caballito, 1985.
- Ferrer Benimeli, José Antonio
2001. *La masonería*, Madrid, Alianza (Materiales Historia y Geografía, 42).
- Galbis Díez, Ma. del Carmen
1986. *Catálogo de Pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII* (2 vols.). Madrid, Ministerio de Cultura.
- Gamio, Manuel
1922. *La población del Valle de Teotihuacan* (ed. facsimilar 1979, 5 vols.). México, INI.

1982. III. La dirección de Antropología. En *Forjando patria* (pp. 15-19, 3ª ed.). México, Porrúa (Sepan Cuántos, 368).
- 1993. ¿Tula o Teotihuacan? *Arqueología Mexicana*, I(1): 35-44.
- Gaxiola, Margarita
2009. Una reflexión sobre el Proyecto Atlas Arqueológico Nacional. En S. Mesa Dávila, M. T. Castillo Mangas, P.F. Sánchez Nava y M. Medina Jaén (coords.), *Memoria del registro arqueológico en México: treinta años* (pp. 107-117). México, INAH, (Científica, 548).
- Ginzburg, Carlo
1976. *Il formaggio e i vermi. Il cosmo di un mugnaio del '500*. Turín, Einaudi (Biblioteca Einaudi).
- González Gamio, Ángeles
2003. *Manuel Gamio: una lucha sin final* (2ª ed.). México, Coordinación de Humanidades-UNAM.
- Hale, Charles A.
1999. Emilio Castelar y México. *Letras Libres*. Recuperado de www.letraslibres.com/print/52198 el 24 de agosto de 2015.

- Harris, Marvin
1997. *El desarrollo de la teoría antropológica. Historia de las teorías de la cultura* (13ª ed.). México, Siglo XXI (Antropología).
- Hernández Pons, Elsa
1988. José Reygadas Vértiz. En Lina Odena Güemes y Carlos García Mora (coords.), *La antropología en México: panorama histórico, 11. Los protagonistas (Nájera-Yurchenco)* (pp. 294-310). México, INAH.
- Liagre, Guy
2014. Protestantism and Freemasonry. En Henrik Bogdan y Jan A.M. Snoek (eds.), *Handbook of Freemasonry* (pp. 162-187). Leiden, Brill.
- López Camacho, Javier
1988. El registro arqueológico. En Carlos García Mora y María de la Luz del Valle Berrocal (coords.), *La Antropología en México: panorama histórico, 6. El desarrollo técnico* (pp. 217-230). México, INAH.
- López Luján, Leonardo, Alcina Franch, José, Gándara, Manuel, García-Bárcena, Joaquín, León-Portilla, Miguel, Matos Moctezuma, Eduardo, y Rico Mansard, Luisa Fernanda
2001-2003. Historia de la Arqueología en México. *Arqueología Mexicana, IX-X: 52-59*.
- Madoz, Pascual
1849. *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar* (16 vols.). Madrid, s. e.
- Marquina, Ignacio
1939. Presentación. En *Atlas arqueológico de la República Mexicana* (pp. 3-6). México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia (Publicación 41).
1990. *Arquitectura prehispánica*. México, INAH.
- Martínez Ruiz, Héctor
2006. *Historia de la arqueología en Querétaro*. Querétaro, Gobierno del Estado de Querétaro/ Universidad Autónoma de Querétaro (Serie Humanidades).
- Mateos, José María
1884. *Historia de la masonería en México desde 1806 hasta 1884*. México, s. e.
- Matos Moctezuma, Eduardo
1979. Manuel Gamio. En Manuel Gamio, *La población del Valle de Teotihuacan* (ed. facsimilar, vol. I, pp. VII-XXIV). México, INI.
1983. *Manuel Gamio. La arqueología mexicana*. México, Dirección General de Difusión Cultural-UNAM (Argumentos).
1992. *Breve historia de la arqueología en México*, México, SRE.
- Meade, Joaquín
1951. La Huasteca queretana. En *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia, VI: 379-506*.
- Muñoz Espinosa, María Teresa, y Castañeda Reyes, José Carlos
2009. Los Bailes, un santuario para el culto a la fertilidad en la Sierra Gorda de Querétaro, México. *Arqueología, 2ª ép. 40: 153-177*. México, INAH.
2013. Discurriendo por la provincia de la Huasteca y de Pánuco: la presencia de la cultura huasteca en la Sierra Gorda queretana. *Arqueología, 2ª ép., 46: 58-75*. México, INAH.
2014a. Lan-Ha', un sitio arqueológico en la Sierra Gorda queretana: un llamado a favor de su protección para la investigación académica. *Arqueología, 2ª ép. 47: 51-66*. México, INAH.
2014b. El sitio de Lan-Ha' en la Sierra Gorda queretana y sus rasgos arqueológicos principales. *Arqueología, 2ª ép. 48: 77-95*. México, INAH.
- Noyola Rocha, Jaime
1987. La visión integral de la sociedad nacional (1920-1934). En Carlos García Mora y Mercedes Mejía S. (coords.), *La antropología en México: panorama histórico, 2. Los hechos y los dichos (1880-1986)* (pp. 133-222). México, INAH.
2015. Orígenes. Semblanza de la vida del Profr. Augusto Posselt Urbiola. Recuperado de es-es.facebook.com/origenescanal12 el 3 de abril de 2015.
2014. Presea gerontológica estatal recibió Augusto Posselt Urbiola. Recuperado de emsavalles.com/leer.php el 3 de abril de 2015.

- Ramírez Cuéllar, Mario
1966. *Apuntes para la historia de la Sierra Gorda de Jalpan*. Querétaro, Provincia.

- 1861. *Representación que hacen los vecinos de Querétaro al Supremo Gobierno del Estado para que sea devuelto el Templo de Ntra. Sra. Sta. María de Guadalupe*. Querétaro, Tipografía de Mariano Rodríguez Velázquez.

- Reyes, José María
1888. Breve reseña histórica de la emigración de los pueblos en el Continente Americano y especialmente en el territorio de la República Mexicana con la descripción de los monumentos de la Sierra Gorda del Estado de Querétaro, Distritos de Cadereyta, San Pedro Tolimán y Jalpan, y la extinción de la raza chichimeca. *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*, V, 3ª ép.: 385-490.

- Rodríguez Márquez, Adalberto
1996. *Municipio de Landa de Matamoros*. Santiago de Querétaro, Gobierno del Estado de Querétaro (Querétaro. Visión de sus Cronistas, 8).

- Romera Iruela, Luis, y Galbis Díez, Ma. del Carmen
1980. *Catálogo de Pasajeros a Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII* (3 vols.). Madrid, Ministerio de Cultura.

- Seler, Eduard
1980. *Comentarios al Códice Borgia* (3 vols.). México, FCE.

- Sharpe, Jim
1999. Historia desde abajo. En Peter Burke (ed.), *Formas de hacer historia* (pp. 38-58). Madrid, Alianza.

- Tuñón de Lara, Manuel
1986. La política social en el parlamento de la Primera República. En Manuel Tuñón de Lara (ed.), *Estudios de historia contemporánea* (pp. 19-42). Barcelona, Orbis.

- Velasco, Margarita
1988. La arqueología en Querétaro. En Carlos García Mora y Mercedes Mejía S. (coords.), *La Antropología en México: panorama histórico, XIII. La antropología en el Occidentes, el Bajío, La Huasteca y el Oriente de México* (pp. 231-252). México, INAH.

- Villar Villamil, Ignacio de
1933. *Cedulario heráldico de conquistadores de Nueva España*. México, Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía.

- Zinden Montalvo, Miguel, y Klamroth, Alejandro
2014. Arqueología de México. El pasado prehispánico (mapa). *National Geographic en español*, XXXV(3): *separata*.



Ernesto González Licón^{*(†)}, José Leonardo López Zárate^{**}, Ismael G. Vicente Cruz^{**}

El señor 10 Venado y la señora 8 Lagarto: efigies de dos miembros de la élite de Monte Albán

Resumen: Se reseñan algunas de las actividades del Proyecto La Élite de Monte Albán que busca entender el papel que jugaron las élites intermedias en el gobierno de la ciudad y cómo estaban distribuidas a lo largo de la misma. Se destaca el hallazgo, durante la primera temporada de excavaciones, de dos urnas antropomorfas que —creemos— representan una pareja fundacional asentada en una de las terrazas habitacionales hacia el norte de la Plaza Central de Monte Albán. Por el detalle y calidad con la que fueron elaboradas esas vasijas efígie, hemos podido identificar el sexo, la edad aproximada y los nombres calendáricos de esos personajes: señor 10 Venado y señora 8 Lagarto, ambas datadas para el periodo Clásico temprano, y en específico para la fase Pitao (350-500 d.C.). La casa en estudio tiene dos tumbas, excavadas durante las temporadas de Alfonso Caso y de las que no tenemos información alguna. Las urnas fueron encontradas bajo el piso de un cuarto sin relación con las tumbas o entierros.

Palabras clave: Monte Albán, élite, unidades domésticas, iconografía, vasijas efígie.

Abstract: In this paper we present some of the activities of The Elite of Monte Alban Project in an effort to understand the role played by intermediate elites in the city's government and their distribution in the system. From the first excavation season, the discovery of two anthropomorphic urns stands out. We believe they represent a founding couple in one of the domestic terraces north of the Central Plaza of Monte Albán. The details and quality of these effigy vessels have permitted the identification of their gender, approximate age, and their calendrical names: Lord 10 Deer and Lady 8 Lizard. Based on their stylistic attributes, both urns date to the Early Classic period, specifically the Pitao phase (A.D. 350—500). The household had two tombs, excavated during seasons directed by Alfonso Caso, of which no further information is available. The anthropomorphic urns were found under the floor of a room unrelated to the tombs and burials.

Keywords: Monte Albán, elite, domestic spaces, iconography, effigy.

Una de las características de las prácticas funerarias en Monte Albán y en otros sitios del valle de Oaxaca es la presencia de representaciones antropomorfas en cerámica, adosadas a vasos cilíndricos del mismo material y conocidas como urnas. Esas figuras tuvieron un proceso evolutivo desde la fundación de Monte Albán hasta su abandono; pasaron de insinuaciones tímidas sobre el vaso cilíndrico para crear verdaderas esculturas en cerámica con la figura humana en

* Posgrado en Arqueología de la ENAH-INAH.

** Centro INAH Oaxaca.

Queremos agradecer al doctor Javier Urcid y a los dictaminadores sus valiosos comentarios y oportunas opiniones para la elaboración de este escrito. Agradecemos los datos aportados amablemente por Ulises Ortiz Hernández, quien participó en el proceso de excavación de ambas urnas. Todos los dibujos fueron creados o modificados por Ismael Vicente Cruz y José Leonardo López Zárate.

posición sedente —con las piernas cruzadas, manos sobre las rodillas y grandes tocados—, que dejaban el vaso original muy reducido en la parte posterior. Hasta el final del Clásico temprano estas piezas fueron hechas a mano, modeladas, pero durante el Clásico tardío se usaron moldes para las partes más relevantes, como los tocados, los glifos y aún las caras. Todavía se aprecia en algunas urnas la presencia de color (varias tonalidades de rojo, además de blanco, negro, amarillo y verde (Caso y Bernal, 1952).

En principio las urnas fueron interpretadas como representaciones de deidades, pero ahora se piensa que son ancestros para los que se realizó una ceremonia funeraria con glifos y elementos en su tocado, vestido y cuerpo que están relacionados con algunas deidades (Marcus, 1983). Otros autores han buscado una concordancia entre el *alter ego* del individuo, el día en que habían nacido y las deidades que regían esa fecha. Esto podría estar relacionado con las deidades protectoras de cada linaje o antepasado divinizado (Whitecotton, 1985). Tal tipo de asociaciones se daba, sobre todo, entre individuos de la élite dirigente, quienes podían beneficiarse de la cercanía con el gobernante en turno. Tal vez así se explicaría que la mayoría de las urnas hayan sido descubiertas dentro de tumbas. Nuestros estudios han mostrado que en ellas sólo se acostumbraba enterrar al jefe o líder del grupo doméstico al margen de que fuese hombre o mujer, mientras el resto del grupo era enterrado bajo los pisos de los cuartos y patios de la casa que habitaban. Resulta interesante apuntar que los individuos enterrados en tumbas con urnas no necesariamente poseían las ofrendas más abundantes.

En algunas casas con urnas en las tumbas había otros individuos enterrados con ofrendas, lo cual podría sugerir que ser depositados en una tumba estaba más relacionado con privilegios de primogenitura y herencia —que pasaron a través de las generaciones dentro de grupos de parentesco—, sin importar la riqueza material que cierto individuo lograra acumular. Por lo demás, no todas las urnas encontradas procedían de tumbas: algunas fueron encontradas en entierros o, como en el caso que tratamos en este trabajo, bajo el piso de un cuarto. En este sentido, la mera presencia de una

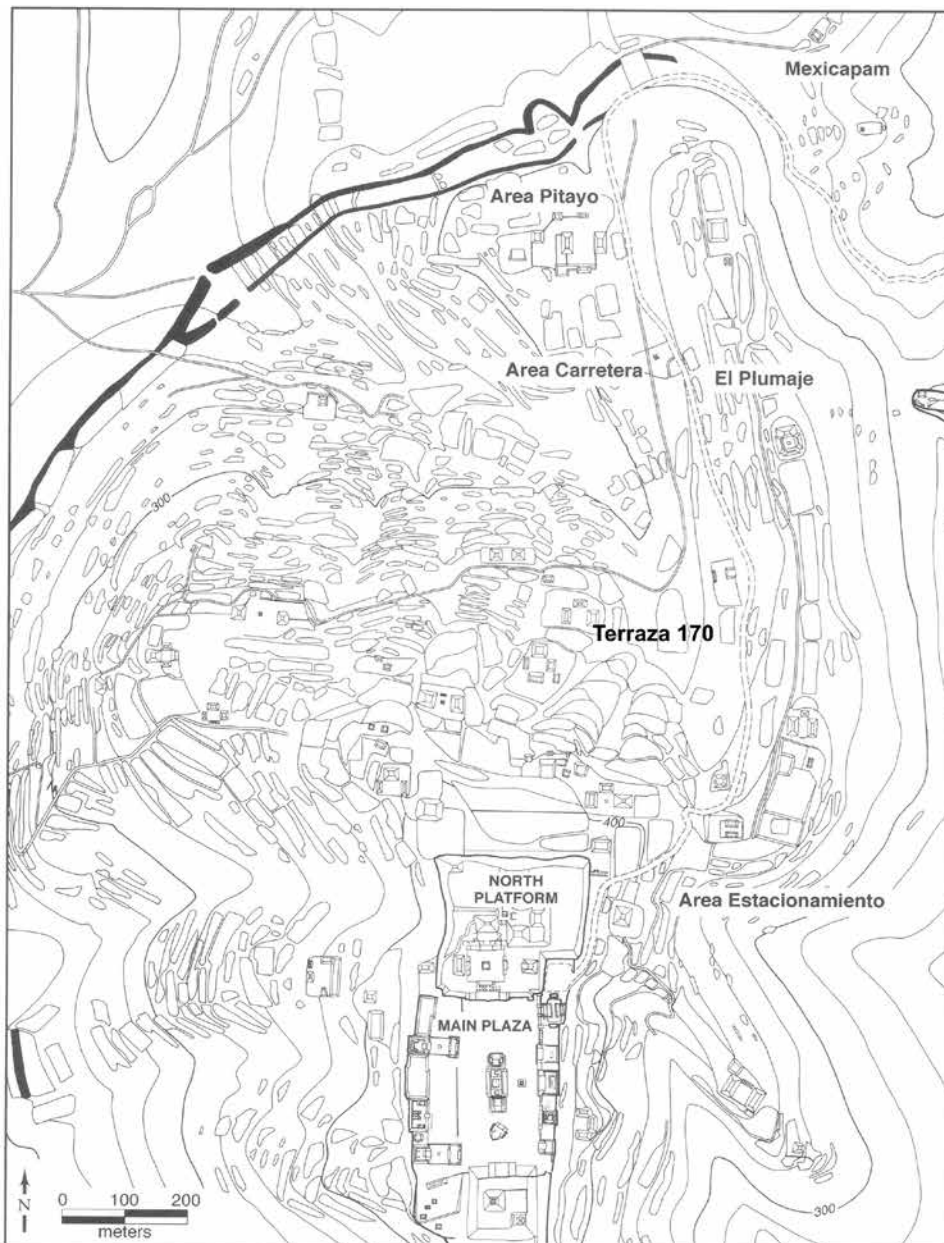
urna efigie puede ser indicativa de veneración o culto a los ancestros, y quizá esté asociada con algún miembro de la nobleza (González Licón, 2011).

El contexto arqueológico

Durante la primera temporada de excavación (2014) del Proyecto La élite de Monte Albán, el objetivo general era estudiar una residencia de la élite intermedia ocupada durante el periodo Clásico temprano y tardío (IIIA y IIIB), cuyos habitantes pudieran tener cierta participación en el gobierno de la capital zapoteca, o que tal vez se beneficiaron de su cercanía con la élite gobernante en la ciudad. Por ello se decidió excavar una residencia de este tipo, con miras a conocer y evaluar características arquitectónicas como extensión, sistema constructivo, elementos constitutivos, y periodo de ocupación, entre otros. Otro objetivo era conocer y evaluar el grado de riqueza alcanzado por sus habitantes a lo largo del tiempo. Primero como grupo doméstico y luego como individuos en lo particular, lo que nos permitió introducir las variables de género y edad mediante el estudio de sus prácticas funerarias.

En función de los parámetros anteriores se hicieron recorridos en diversas partes de la ciudad y al final se decidió excavar la terraza 170, de acuerdo con la clasificación de Blanton (1978). Esta terraza se encuentra en la pendiente norte de Monte Albán, donde se encuentran la mayoría de terrazas habitadas, a 500 metros de la Plataforma Norte (fig. 1).

La terraza 170 es de uso doméstico, de planta irregular, alargada, con su eje longitudinal orientado de este a oeste. Mide 60 m de largo y 30 m de ancho. Al norte está limitada por la terraza 165 —ocupada por un conjunto de tres montículos— y al sur por la terraza 174, que cuenta con otras cinco estructuras y muy seguramente tuvieron funciones de tipo ceremonial o administrativo (fig. 2). Ninguno de los dos grupos de montículos ha sido explorado y desconocemos su temporalidad; sin embargo, consideramos que podrían corresponder a la fase Xoo (650-850 d.C.) y por ello podrían estar asociados a la última etapa ocupa-

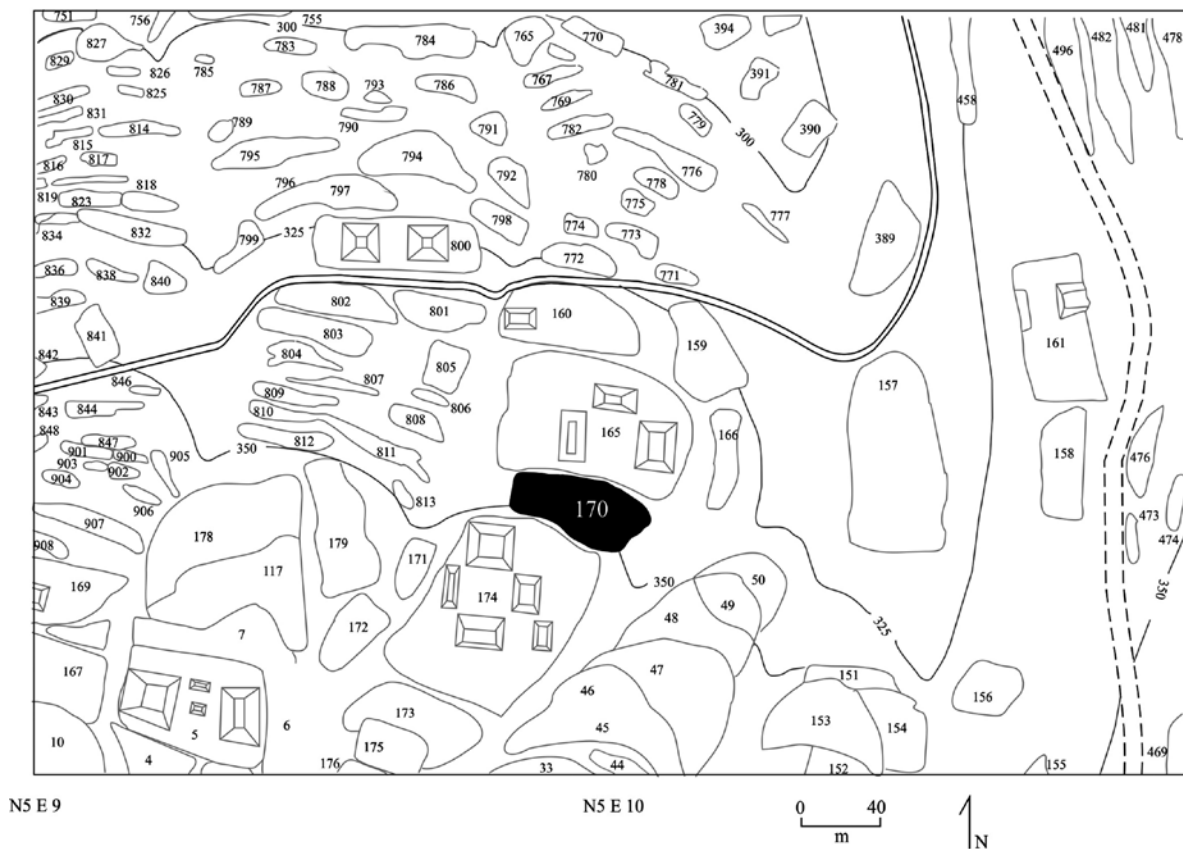


● Fig. 1 Ubicación de la terraza 170 con respecto a la plaza principal de Monte Albán (mapa modificado de Blanton, 1978).

cional de la residencia de la terraza 170. La ubicación entre ambos conjuntos permite suponer que sus habitantes podían haber estado involucrados en ciertas actividades ceremoniales en los conjuntos piramidales, lo cual está por probarse en temporadas posteriores.

Entre la gran cantidad de materiales recuperados destacan dos urnas o vasijas efigies bellamen-

te decoradas, una bastante más grande que la otra, en claro estilo correspondiente al periodo Clásico temprano, fase Pitao (350-500 d.C.). El nivel de maestría de sus creadores es tal, que por un lado evidencia la habilidad y destreza de los artesanos zapotecos, y por otro, su gran conocimiento de la iconografía y la cosmovisión de la época, lo cual nos lleva a considerar si eran elaboradas por ar-



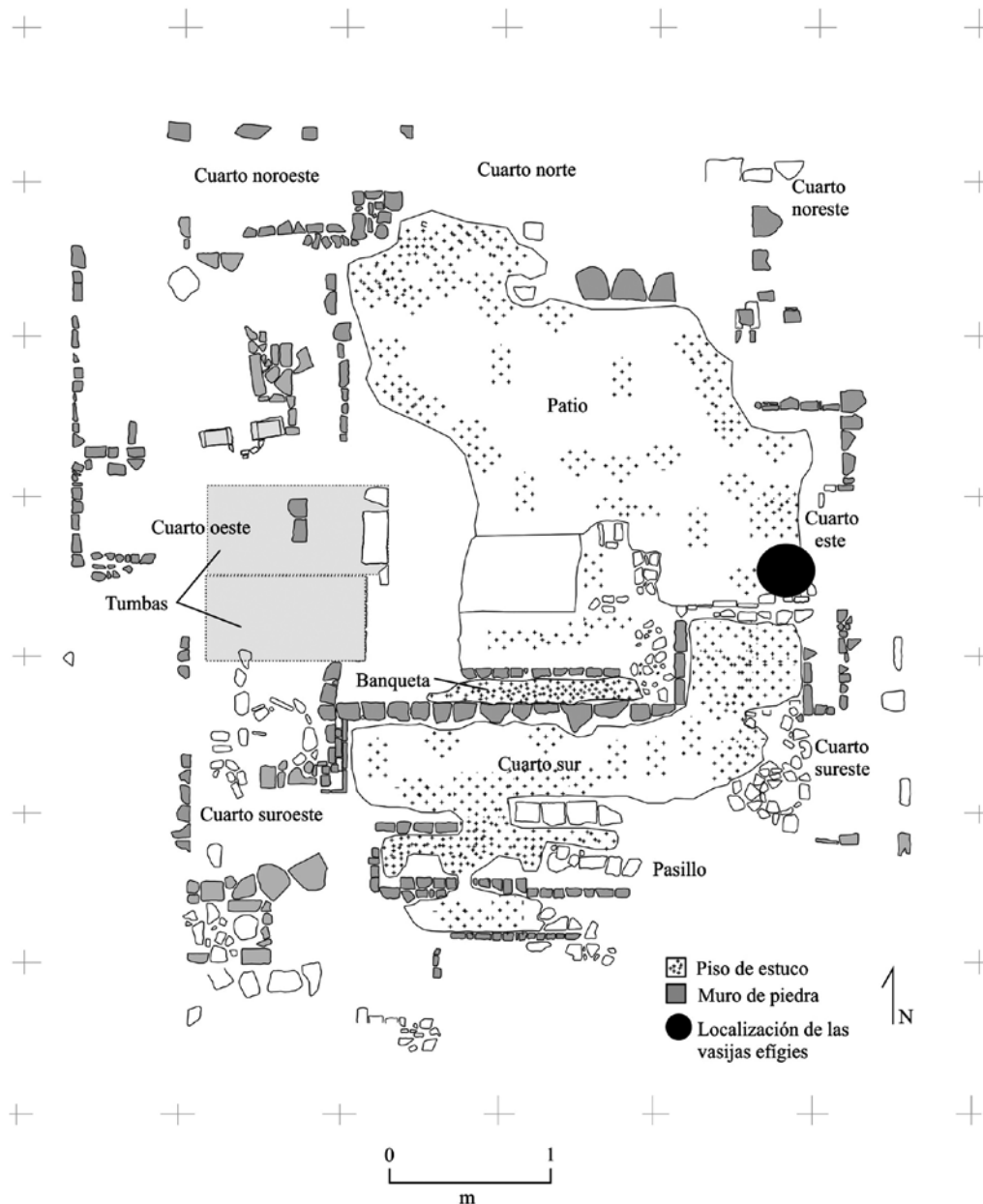
© Fig. 2 La terraza 170 y su entorno (mapa modificado de Blanton, 1978).

tesanos con cierto nivel de conocimiento, o en su manufactura participaban miembros de la élite.

Por su parte, la residencia ocupa el lado este de la terraza, el cual fue modificado para extender su amplitud y altura mediante un abundante relleno compuesto por tierra, piedras y material cultural, sobre todo tiestos cerámicos. Aunque muy afectada por distintas alteraciones antropogénicas, la residencia aún conserva buena parte de su planta arquitectónica, lo cual permite identificar algunos de los diferentes espacios que la componían a través de sus distintas etapas constructivas. La principal causa de deterioro fue una exploración realizada en el centro de la casa, así como en los lados oeste y sur, durante las temporadas de excavación de Alfonso Caso y sus colaboradores, de la cual no tenemos documentación. Dicha intervención fue similar a muchas otras de la época, cuando se solía dejar los elementos arquitectóni-

cos visibles y las calas sin rellenar, quedando los restos expuestos a la intemperie y el saqueo.

El área ocupada por la casa es de 168 m² y durante su última ocupación parece corresponder al tipo II de Monte Albán, según Winter (1986: 358) y los tipos 3 y 4 de Blanton (1978), pues resulta de tamaño medio entre las unidades habitacionales sencillas y los grandes palacios como los de la tumba 103 o 105. Por su ubicación y tamaño, y de acuerdo con nuestros estudios, la situaríamos en un grupo intermedio (González Licón, 2004, 2011: 26-28, 32). Tiene cuatro habitaciones en torno a un patio central, en cuyo lado sur destaca una banqueta estucada (fig. 3). Aunque el acceso a la residencia no es claro, suponemos que debió estar en el lado sur, pues al norte y al este está muy próxima la orilla de la terraza, en tanto al oeste el cuarto principal se levanta por encima del nivel del patio. En cambio, en el lado sur parece existir



© Fig. 3 Residencia de la terraza 170 de Monte Albán (modificado por Ismael Vicente Cruz con base en el dibujo de Ulises Ortiz).

un angosto vestíbulo o pasillo que se conecta con el cuarto sur y con el exterior de la terraza. Es posible que mediante este acceso los habitantes de la residencia hayan tenido comunicación con el conjunto monumental de la terraza 174.

El patio central de la casa ya había sido explorado por Alfonso Caso y colaboradores, en su búsqueda de una tumba similar a la número 7

descubierta en la primera temporada de excavaciones, y cuya abundante y variada ofrenda alcanzó renombre internacional (Caso, 1969). Lo que ellos encontraron al excavar el patio central de la casa fueron dos tumbas, una junto a la otra, bajo el piso del cuarto oeste y con acceso desde el patio al este. Una tumba (sur) con fachada sencilla, la otra (norte) sobresalía del alineamiento de la

primera, con una moldura formada con tres hileras de piedra y nichos en las tres paredes interiores. Ambas con piso y paredes de sillares de piedra muy bien cortada, todavía con evidencia de recubrimiento de estuco y techadas con losas de piedra, formando una bóveda sencilla en regular estado de conservación.

La presencia de dos tumbas en una misma casa no es común en Monte Albán. Por lo general se construye solo una y la tumba se vuelve el recinto donde se depositan los restos del líder o personaje relevante para el grupo doméstico al que pertenece; puede ser hombre o mujer y su estatus es independiente del nivel socioeconómico: es su prestigio ante el grupo lo que le permite recibir a su muerte un trato distinto del resto de integrantes del grupo doméstico que son enterrados bajo el piso de los cuartos (González Licón, 2011: 28; Martínez *et al.*, 2014: 322-324). Hay ejemplos muy conocidos de tumbas en Monte Albán, como la 105, cuya pintura mural debió modificarse en función de las necesidades de los descendientes de los personajes ahí enterrados (De la Fuente y Fahmel, 2005). Sin embargo, la presencia de dos tumbas puede indicar que algún descendiente del primer antepasado, fundador de la casa y constructor de la primera tumba, no quiso ser enterrado en el mismo lugar y tenía los recursos económicos para construirse otra. Esto no significa un rompimiento con sus ancestros, tan sólo el deseo de destacar su propia presencia y la de los sucesivos descendientes que serían enterrados en la nueva tumba. Prueba de ello es que la segunda tumba se hace adyacente a la primera (fig. 4).

Es muy probable que esas tumbas hayan sido los recintos funerarios de las parejas principales que ocuparon la residencia. Como no se dispone de algún objeto procedente del interior, tampoco podemos asegurar cuándo fueron erigidas; sin embargo, la ubicada al norte parece estar asociada en forma directa a la última etapa constructiva, y a partir del análisis cerámico (López *et al.*, 2015) hemos fechado hacia la fase Xoo. Aunque similar, la tumba sur es un poco más pequeña y atípica, pues se encuentra más allá de la porción central donde suelen hallarse las tumbas. Es posible que su ubicación y tamaño se deba a una



● Fig. 4 Tumbas expuestas, con acceso desde el patio bajo el cuarto oeste, ya restauradas.

construcción más temprana que la de su compañera —quizá durante la fase Peche (500-650 d.C.) o, aún más, durante la fase Pitao— y en ella se habrían ofrendado originalmente las urnas aquí estudiadas. Sobre esto tratamos más adelante.

El análisis cerámico reflejó una intensa ocupación del espacio de la residencia de la terraza 170 a lo largo de todo el periodo Clásico, y en especial durante las fases Pitao y Xoo. Aunque debajo de los cuartos se conservan evidencias de etapas constructivas superpuestas, es en el patio donde más claro se observan con la superposición de tres pisos de estuco, siendo el inferior el de mayor grosor (casi 40 cm). El inusual espesor del piso inferior, que no es homogéneo en toda su extensión, se debe a que no estaba destinado a ser el piso del patio, sino más bien fue la superficie estucada de un amplio espacio, quizá una placita, construida sobre la superficie irregular del terreno. Este piso más profundo está asociado en forma directa al material cerámico de la fase Pitao, el intermedio a las fases Peche y Xoo, y el tercer piso, el más superficial, a la fase Xoo.

El hallazgo

El descubrimiento tuvo lugar al identificarse una rotura y un notable hundimiento en la superficie del gran piso de estuco mencionado como el más profundo; la porción rota fue localizada por debajo del nivel del piso del cuarto este. Para sondear el espacio hundido se excavó un pozo de

Años	Periodo	Monte Albán	Valle de Oaxaca
1521	Posclásico	Monte Albán V	Chila
1400			Liobaa Tardío
1300			
1200			
1100			
1000	Clásico	Monte Albán IV	Liobaa Temprano
900			
800	Clásico	Monte Albán III B	Xoo
700			Peche
600			
500	Terminal	Monte Albán III A	Pitao/Complejo Dxu'
400			
300	Preclásico	Monte Albán II	Tani
200			Nisa
100			Pe
d.C. 0			
100a.C.			
200	Preclásico	Monte Albán I	
300		Monte Albán I	Danibaán
400			
500			

Blanton Martínez López *et al.*, 2014
et al., 1993

© Fig. 5 Tabla cronológica de Monte Albán y los Valles Centrales de Oaxaca (adaptada de Martínez López *et al.*, 2014).

1 × 1 m y apenas 60 cm de profundidad. Al remover los restos de estuco apareció una matriz de tierra café claro, debajo de la cual estaba la escultura más grande, cubierta con una espesa capa de pigmento rojo ya pulverizado, pero de tono tan intenso que destacaba entre la tierra que lo rodeaba. Las dos vasijas efigie fueron localizadas a escasos 20 cm por debajo del firme del piso (López *et al.*, 2015: 4; Ortiz, 2014: 80), pero no dentro del cuarto, entre 1.65 y 1.95 m por debajo del banco de nivel. Estaban apoyadas sobre su costado izquierdo, con la cara hacia el oeste, la porción inferior hacia el norte y la superior hacia el sur (figs. 6-8), directamente sobre la tierra. La urna más pequeña estaba colocada justo detrás de la grande, en actitud procesional o como acompañante. No fueron identificados otros elementos en su proximidad, excepto el entierro 4, que corresponde a un individuo infantil, cuyo cráneo

apareció a pocos centímetros de ambas urnas; sin embargo, no existe asociación directa porque ambos elementos forman parte de eventos distintos. Además, los restos del infante estaban orientados este-oeste y la porción del piso que le cubría no presentó huellas de haber sido alterado, como sí es notorio sobre las urnas.

Aunque completas, ambas piezas muestran desperfectos, sobre todo despostilladuras y agrietamientos, causados por el peso de la tierra y otros elementos que las cubrían. También muestran roturas y desprendimientos, pero los fragmentos fueron recuperados en su totalidad y es posible reintegrarlos. El pigmento rojo aún cubre con abundancia amplias porciones de las vasijas, indicativo de que se aplicó en grandes cantidades cuando aún estaba húmedo. Es sabido que el uso de pigmento rojo —quizá cinabrio— estaba asociado a eventos luctuosos entre los antiguos zapo-



● Fig. 6 Hallazgo de las vasijas efigies 1 y 2 (fotografía de Ulises Ortiz, 2014).



● Fig. 7 Liberación de las vasijas efigies 1 y 2 (fotografía de Ulises Ortiz, 2014).



● Fig. 8 Vasijas efigie después de la limpieza preliminar en laboratorio (fotografía de Ismael Vicente Cruz).

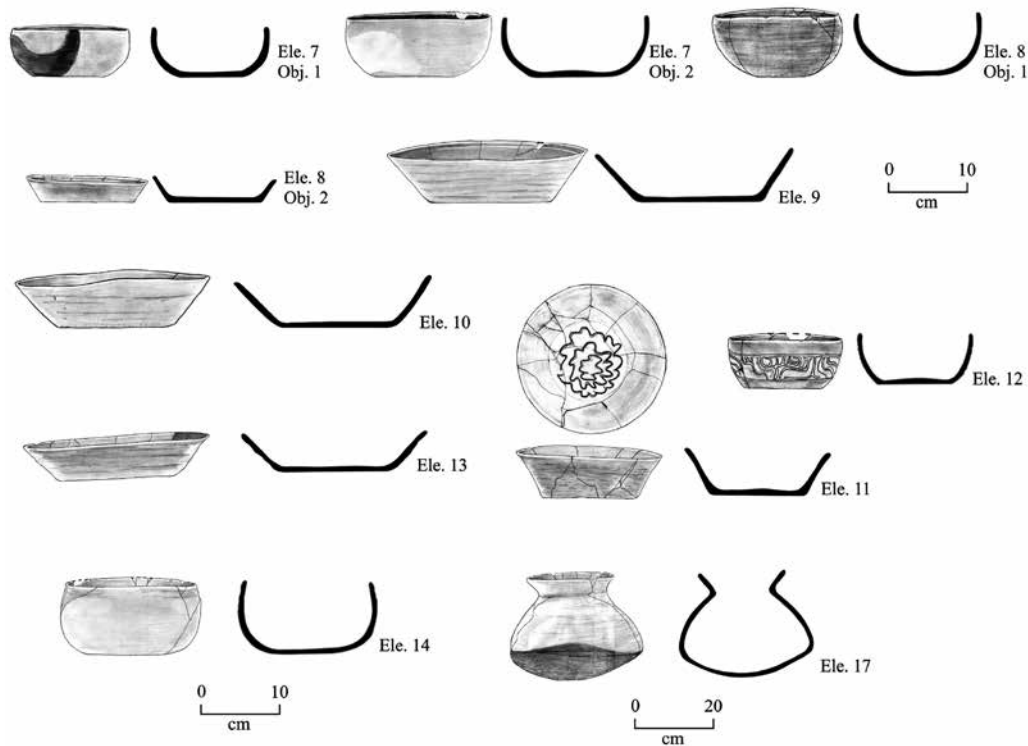
tecos, por ello es posible que las vasijas hayan formado parte de un ajuar funerario ofrendado en una de las dos tumbas localizadas en la residencia de la terraza 170, y que luego fueran extraídas para volver a ser sepultadas de manera ritual durante una de las distintas remodelaciones de la casa.

Las urnas fueron localizadas dentro de la capa IV, estrato que aparece de manera homogénea debajo del piso inferior ya mencionado. En ese mismo estrato se localizaron varios objetos completos (fig. 9) cuyas formas han sido consideradas propias de la fase Pitao (Caso *et al.*, 1967; Martínez, 2014; Martínez *et al.*, 2014). Aunque ninguno de esos objetos está asociado en forma directa a las urnas, sí resulta viable fecharlos como propias del Clásico temprano. Sin embargo, la rotura del piso indica que las efigies son intrusivas. Es interesante señalar que si bien las esculturas no fueron descubiertas en contexto primario, su estilo y técnica de manufactura correspondan a la fase Pitao, al igual que los objetos encontrados en el mismo estrato. Resulta muy curioso que cuando estas piezas fueron removidas de su lugar de origen, hayan terminado depositadas en el estrato al que correspondían de manera cronológica. Tal situación obliga a preguntar ¿cuándo, de dónde y por quién fueron removidas? Son cuestiones que abordaremos más adelante.

Descripción de las efigies de los señores 10 Venado y 8 Lagarto

Las dos urnas efigie localizadas debajo del nivel de arranque del cuarto este son antropomorfas y están profusamente ornamentadas. Como parte del atuendo destacan sendos glifos y numerales que dan fe de un nombre personal: 10 Venado corresponde a la urna principal, y 8 Lagarto a la de menores dimensiones. La forma en que fueron depositados hace suponer que entre ellos tal vez existió una estrecha relación de parentesco, tal vez matrimonial, pues debemos considerar la posibilidad de que 8 Lagarto sea la imagen de una mujer.

Otra vía interpretativa sería suponer que ambos personajes podrían tener una relación de antepasado-descendiente, en la que el descendiente es el



© Fig. 9 Objetos de la fase Pitao, provenientes de la capa IV de la residencia de la terraza 170 de Monte Albán.

ego, es decir, quien mandó elaborar las esculturas como una manera de señalar la línea de descendencia, al tiempo de conmemorar a su antepasado relevante. En la Estela de la Tumba 5 de Suchilquitongo se representa a un joven que ofrenda a su ancestro (De la Fuente y Fahmel, 2005; Urcid, 2005; 2008). Así, ¿8 Lagarto pudo haber sido un descendiente tan próximo al señor de la casa que mereció ser enterrado con él o en el mismo lugar que él? El hecho de que este “acompañante” tenga su nombre propio inscrito en la efigie, cosa que en ocasiones no ocurre ni en las efigies principales, indica que se trataba de alguien sumamente importante para el grupo doméstico y la comunidad circundante, al grado de que mereció el honor de pasar a la posteridad al lado de su amo. La relación amo-subalterno podría estar reflejada en la manera en que aparecieron durante la excavación: 8 Lagarto estaba detrás de 10 Venado. Sin embargo, no creemos que ése sea el caso. Ya Urcid (2008: 525) ha expuesto cómo durante el Clásico las tumbas solían contener restos óseos en propor-

ción y edad similar entre individuos masculinos y femeninos, lo cual reflejaría la presencia de parejas o cabezas de familia que conformaban una sucesión de varias generaciones asociadas a determinada residencia y, por supuesto, a su tumba. Por su parte, Martínez López *et al.* (2014: 320) aseguran que durante la fase Pitao algunas de las tumbas de Monte Albán resguardaban los restos de los jefes de la familia (hombre y mujer).

El descubrimiento de las tumbas de Zaachila fue todo un acontecimiento para la arqueología de Oaxaca; sin embargo, aquí no lo tomamos en cuenta por corresponder al periodo Posclásico y a otro contexto cultural. Además, la identificación ósea en ese contexto es discutible, debido al mal estado de conservación de los esqueletos en ambas tumbas (Gallegos Ruiz, 1978: 97).

Al igual que en Monte Albán, no es del todo inusual descubrir tumbas en otros sitios del valle central con algunas parejas, así como su constante reutilización. Recordemos el caso de la residencia o palacio del montículo 190 de Lambityeco,

que en el periodo Clásico tardío fue reutilizada hasta en siete ocasiones, durante las cuales depositaron los restos de tres mujeres, tres hombres y un individuo no identificado (Urcid, 2008: 525), lo cual indicaría cuatro generaciones sucesivas de parejas conyugales.

La idea de un matrimonio de individuos de la élite zapoteca, plasmada en vasijas efigie durante la fase Pitao, podría tener un antecedente directo en el par de urnas recientemente recuperado en la tumba 3 del edificio 6 de Atzompa (Robles *et al.*, 2014). Tal pareja de efigies está compuesta por las representaciones del señor 8 Temblor y la señora Agua y fue ofrendada a dos distintos esqueletos humanos, uno masculino y otro femenino. Ha sido muy discutida la costumbre de destinar las tumbas a las parejas o cabezas de familia (González Licón, 2009; Urcid, 2008: 525), dueñas de las residencias zapotecas bajo las cuales eran construidas, por lo que es posible pensar que la pareja de Atzompa eran consortes.

La apariencia de 10 Venado dista mucho de la de 8 Temblor, sobre todo porque el primero representa a un anciano y el segundo a un individuo joven, cada uno en una postura distinta; en cambio, 8 Lagarto y la señora Agua mantienen una postura similar y la porción inferior de sus atuendos es prácticamente idéntica. Las diferencias entre una y otra pareja pueden deberse a una cuestión jerárquica, pues si bien ambas parejas son de élite, la de Atzompa está asociada en forma directa a un palacio en pleno centro de la ciudad; a su vez, la pareja de Monte Albán fue recuperada de un posible barrio menor en la periferia. Uno de los objetivos del Proyecto La Élite de Monte Albán⁷ es entender la manera en que la nobleza se distribuía a lo largo de la ciudad, qué diferencias habría entre los dirigentes de los distintos barrios o sectores de la capital zapoteca, y entre ellos Atzompa como polo de desarrollo y crecimiento —un poco tardío en la historia de Monte Albán, pero no por ello menos importante.

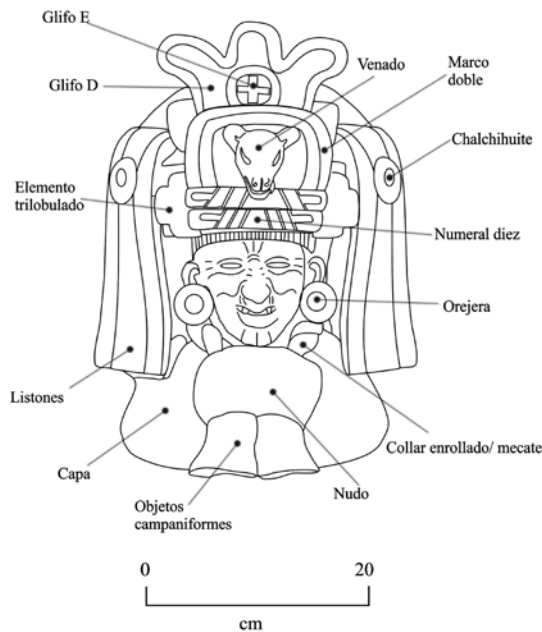
El señor 10 Venado

Esta vasija efigie mide 42 cm de altura máxima y 32 cm de ancho al frente por 30 cm a los lados.

La porción antropomorfa fue modelada con barro que, ya cocido, es de color anaranjado, misma materia prima utilizada para hacer las aplicaciones al pastillaje y el vaso adherido a su espalda. La superficie exterior está cubierta con una espesa capa de engobe rojo sobre el que fue aplicado el pigmento del mismo color. El vaso fue fabricado mediante la técnica del enrollado y su acabado es áspero, sobre todo en el interior. Es de forma cilíndrica, con base plana y a cada lado del borde muestra grandes escotaduras, posiblemente para facilitar su manejo al moverla de un lugar a otro y para disminuir su peso. La altura de la porción posterior del borde es mayor que la anterior, y está en contacto directo con la cabeza del personaje. El diámetro de la boca es de 25 cm. Al fondo del vaso se identificaron fragmentos minúsculos de carbón, mientras en la unión de la pared con el fondo se perciben áreas de un tono rojizo más oscuro y otras oscurecidas con hollín, señales inequívocas de que fue utilizado para quemar materia orgánica al momento de ser depositada en su emplazamiento original.

Se trata de un busto que representa el rostro de un individuo adulto mayor surcado por profundas arrugas, marcado prognatismo y boca abierta por la que se aprecia la ausencia de algunas piezas dentales; tales características fisonómicas no permiten inferir el género del personaje; sin embargo, el atuendo que porta es común en las representaciones de individuos reconocidos como masculinos (fig. 10).

El señor 10 Venado representa a un ancestro, pero no por las arrugas de la cara. La discusión sobre personificadores de ancestros y deidades ya ha sido trabajada por Adam Sellen (2007), por lo que no es necesario ampliarla aquí. Sin embargo, es necesario detenernos un poco sobre ese punto. En efecto, 10 Venado es un ancestro, pero también puede serlo 8 Lagarto, aun cuando carezca de arrugas surcando su rostro. Ahora, si representa un ancestro, el punto es ¿el ancestro de quién? La efigie podría corresponder al fundador de la residencia de la terraza 170 o de una versión previa. El hecho de que 8 Lagarto no tenga arrugas no la invalida como ancestro. Bien podría representar a una esposa joven de 10 Venado. Al menos durante el periodo colonial, los caciques zapotecos



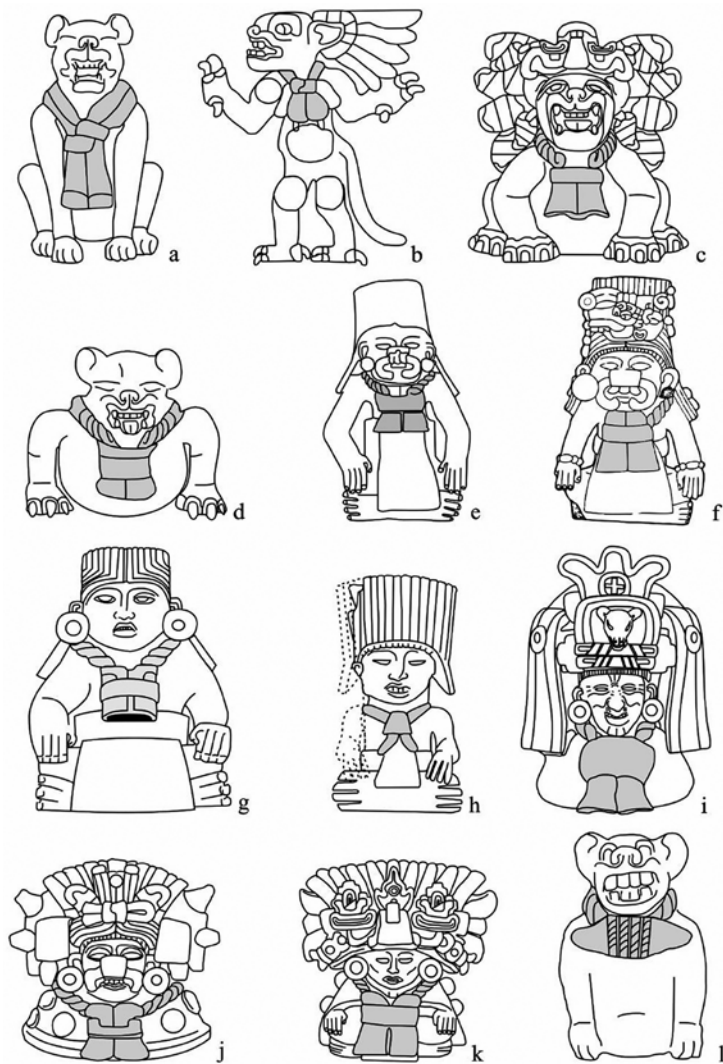
● Fig. 10 El busto del señor 10 Venado y su iconografía.

tenían la capacidad de desposar a una gran cantidad de mujeres, entre quince y veinte, como se refiere en la *Relación de Guaxilotitlan* (Acuña, 1984, I: 215), entre las que debía haber féminas de diversas edades.

El señor 10 Venado viste una capa amplia sin decoración, orejeras circulares concéntricas, un collar de tiras trenzadas rematadas en un objeto oblongo —quizá un nudo—, del que pende un par de apéndices campaniformes. Se podría pensar que esos “objetos campaniformes” son sólo las puntas del nudo que lleva al pecho el personaje, símbolo del inframundo, donde bailan los jaguares con las calaveras; sin embargo, creemos que en realidad sí alude a la capacidad que tiene el personaje como sacrificador. La capa que el personaje porta le asemeja a un sacerdote, mientras el collar de mecate y el nudo campaniforme que lleva colgando le confieren el carácter de sacrificador. ¿Por qué? En el corpus de vasijas efigies zapotecas abundan ejemplos de diversos personajes ataviados de esa manera ceremoniosa, ya sea como sacerdotes o como personificadores de grandes felinos —varios de ellos con seguridad fueron gobernantes— que portan gruesos collares

de mecate semejante al de 10 Venado, todos terminados en dos extremos que son los apéndices de un nudo. Este nudo, cómo puede verse en la figura 11, puede ser sustituido por un cuchillo de pedernal, un elemento sacrificial. El mismo traje de felino, quizá un jaguar, confiere ese elemento sacrificial al resto de los personajes representados. Por ello consideramos que 10 Venado pudo ser un hombre mucho muy importante dentro de la élite de Monte Albán, o al menos de una parte de la urbe, conocedor del protocolo ritual requerido para realizar sacrificios humanos. Además, porta un gran tocado compuesto por una banda ancha horizontal decorada con un par de elementos trilobulados, una placa con el nombre del individuo representado, así como tres tiras o listones colgando lateralmente, tres a cada lado de la cabeza del personaje. Estos listones están decorados con una figura circular concéntrica, quizá émulo de un chalchihuite (fig. 10). El conjunto de atavíos del personaje implica que pertenecía a la nobleza de Monte Albán, tal y como cabría esperar de un habitante de la terraza 170.

El nombre del personaje está formado por el glifo G y un par de barras numerales horizontales montadas sobre una placa plana de barro adherida al centro del tocado. Si consideramos que las barras tienen un valor numérico cinco (Caso, 1928: 15) y el glifo G representa la cabeza de un venado (Caso, 1928: 34; Urcid, 2001: 174), entonces debemos leer el nombre del personaje como 10 Venado. El glifo G de esta pieza está representado como una pequeña cabeza modelada carente de astas. Tiene ojos alargados y oblicuos, orejas cortas y nariz un poco abultada. La boca está abierta y de ella cuelga inerte la lengua. Caso (1928: 34) indicó que la lengua de fuera era una característica de los venados muertos. Por su parte, Urcid (2001: 174) propone que el glifo G ocupa el séptimo sitio en la lista de los días, además de ser uno de los cuatro portadores del año. La representación de venados sin cornamenta es común en la epigrafía zapoteca, y podría deberse a que ilustran ciervos o hembras, por ello es común confundirlos con otros mamíferos; sin embargo, su asociación a elementos calendáricos permite la correcta identificación, aun cuando carezca de los apéndices. En este caso, la doble barra (con valor

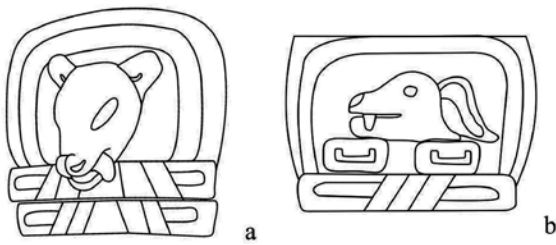


● Fig. 11 Ejemplos de personajes portando un mecate al cuello del que penden diversos objetos: a) vasija efigie procedente del Edificio M de Monte Albán (dibujo de Vicente Cruz); b) Piedra Md. II-1 de Monte Albán (redibujado de Urcid, 2005: figura 2.6); c) vasija efigie de la colección Frissell (dibujado sobre fotografía de Urcid, 2005: figura 4.6); d) vasija efigie en colección privada (modificado de Boos, 1966: 285); e) vasija efigie (modificado de Paddock *et al.*, 1966: 137); f) vasija efigie MCT 2 (Museo Cívico de Turín, modificado de Sellen, 2005); g) vasija efigie (modificado de Caso *et al.*, 1967: 126); h) vasija efigie (modificado de Caso *et al.*, 1967: 119); i) vasija efigie de 10 Venado procedente de la terraza 170 de Monte Albán (dibujo de Vicente Cruz); j) tapa efigie en el Museo Dolores Olmedo (modificado de Sellen, 2005: 176); k) vasija efigie de la colección Frissell (modificado de Sellen, 2005: 176); l) vasija efigie zoomorfa localizada dentro de la tumba 2 de Lambityeco (modificado de Paddock, 1968: figura 8c).

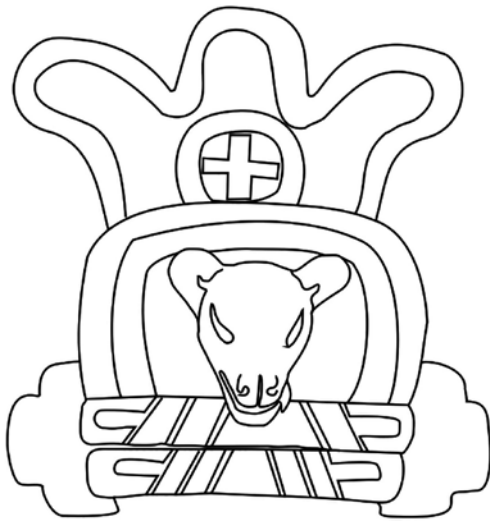
numérico “cinco” cada una) funge como el elemento calendárico necesario para relacionar la entidad zoomorfa de la vasija efigie con el venado.

De manera general, el conjunto nominal del señor 10 Venado recuerda a la famosa inscripción en el dintel que da nombre al complejo 7 Venado. En ambos casos la cabeza del cérvido, sin cornamenta y con la lengua de fuera, aparece representada sobre el numeral y enmarcada por una doble línea curva (fig. 12).

Fray Juan de Córdova (1987a: 16-17 y 202) asegura que durante el siglo XVI los zapotecos recibían su nombre según el calendario de 260 días o *piye*, para lo cual combinaban veinte signos conceptuales con coeficientes que van del uno al trece (Urcid, 2008: 19). El mismo autor indica que los zapotecos tenían otros nombres, aunque sólo enlista los que recibían hombres y mujeres de acuerdo con el orden de su nacimiento (Urcid 2008: 212-213). Es posible que algunos de esos otros nombres hayan sido en realidad aquellos obtenidos a través de sus características físicas, hazañas realizadas o, incluso, accidentes sufridos. Whitecotton (1985: 191) se refiere al *alter ego*, el nombre calendárico que cada individuo recibía al nacer, el cual podía adoptar la forma de un animal, una planta o fenómeno natural, y al que quedaban enlazados de por vida. Al menos en los códices mixtecos es común ver personajes mencionados con su nombre calendárico acompañado por un sobrenombre metafórico, destacando entre ellos el héroe cultural 8 Venado, Garra de Jaguar.



● Fig. 12 Comparación entre 10 Venado y 7 Venado.



● Fig. 13 Tocado de 10 Venado, Saeta Poderosa.

Durante el periodo Clásico también solían representarse los sobrenombres en la tradición escrita zapoteca (Urcid, 2008: 561, 580), principalmente en expresiones pictóricas funerarias, generalmente acompañando nombres calendáricos.

En el caso de la efigie de 10 Venado hay evidencia de un posible nombre personal. Justo detrás del nombre calendárico, pero aún al frente del tocado, aparecen los glifos D y E (considerados como “Caña” y “Temblor”, respectivamente) (Urcid, 2001: 165-170). De los dos, es el glifo D el de mayor tamaño; el glifo E está delimitado al centro del cuerpo del glifo D mediante dos líneas concéntricas y con la porción cuadripartita calada (fig. 12). De manera reciente se ha argumentado que el glifo D es la representación de alguna flor

o planta que se corresponde con la posición trece del calendario (Urcid, 2001: 170) y que una de sus variantes es el glifo Beta, que representa una flecha o saeta, llamada *quijlána* en zapoteco. Dado que la raíz *quij* significa carrizo o caña (Córdova 1987b: 74, 198), y los astiles de las flechas eran elaborados precisamente con estas cañas, entonces es posible decir que el glifo D corresponde al décimo tercer día del calendario. Respecto al glifo E, éste ha sido considerado la representación cuadripartita de la tierra y puede tener versiones calendáricas y no calendárica (Urcid 2001: 170), como en el presente caso. Córdova (1987b: 395) recopiló la voz *xoo* para indicar el temblor de tierra y advierte que tal fenómeno es un augurio de calamidades, en concreto pestilencias, hambres o guerra. En otro trabajo el mismo autor indica que la voz *xoo* también puede aludir a la furia, reciedumbre, coraje y diversas cosas nocivas (Córdova, 1987a: 114). Urcid (2005: 19) complementa al señalar que, por metonimia, *xoo* también debe significar “poderoso”. Por tanto, y en caso de que los glifos D y E estuvieran en contexto logográfico, es posible proponer que el nombre personal de 10 Venado era, literalmente, “Flecha o Saeta Poderosa”, mas no debe descartarse que, en conjunto, hayan tenido valor silábico independiente a la iconicidad de los signos (Urcid, 2015, comunicación personal) (fig. 13).

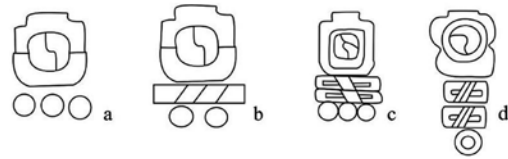
La señora 8 Lagarto

La efigie de 8 Lagarto es de menores dimensiones que la anterior, pues sólo mide 31 cm de altura máxima, 16 cm de ancho frontal y 12 cm lateral. Fue manufacturada mediante modelado y decorada con aplicaciones al pastillaje. Su superficie está bien pulida y cubierta con un pigmento rojo pulverulento idéntico al que cubre el busto del señor 10 Venado. Difiere de la otra vasija en el tamaño y en que el personaje ha sido representado de cuerpo completo, aunque sedente. Tiene las manos apoyadas sobre las rodillas y los pies ocultos bajo la ropa, tal vez porque estaban “echados hacia atrás”, con lo que el personaje estaría acullillado. Su atuendo está compuesto por un gran tocado, orejeras, collar de cuentas, un pectoral,

pulseras y un enredo largo atado mediante un ceñidor ancho anudado al frente y con los dos extremos decorados con cuentas esféricas y diseños entrecruzados a manera de red pendiente al frente (fig. 12). El vaso adherido a su porción posterior es cilíndrico, de pared recta, base plana, borde directo y labio homogéneo. Fue fabricado con la misma pasta anaranjada que la escultura. El diámetro de su boca es de sólo 6 cm y en su interior no se aprecian evidencias de combustión como en el vaso de 10 Venado, quizá por haber contenido distintas sustancias y tener distintas funciones o usos durante el ritual de deposición.

En el dibujo de esta vasija, donde identificamos sus componentes principales, se podría interpretar el ceñidor como el “glifo A” de Caso (1928: 27), lo cual en parte es cierto. El elemento central del ceñidor es un nudo y, por lo tanto, similar a lo que Caso (1928: 27) denominó glifo A o nudo, que —según la reconstrucción de la lista de los días del calendario zapoteco realizada por Urcid (2005: figura 1.20)— corresponde a la décima posición. Sin embargo, el glifo A puede tener o no valor calendárico. Según se aprecia en las ilustraciones de Caso y de Urcid, una de las condicionantes para que el glifo A sea considerado calendárico debe estar enmarcado por un elemento trilobulado, similar al que enmarca el lagarto de nuestra pieza y tener el numeral como base, tal y como se aprecia en la figura 14.

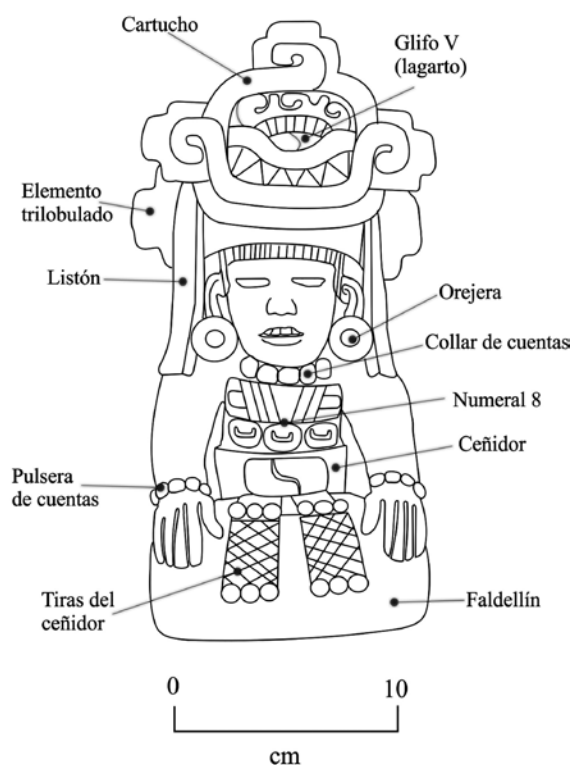
Por el contrario, en el caso de 8 Lagarto el numeral aparece por encima del nudo, mismo que carece del elemento trilobulado. Una observación somera basta para comprobar que se trata sólo del nudo del ceñidor, tal y como puede verse en otros ejemplares que datan de la fase Pitao e ilustramos en la figura 15. Si bien otra interpretación podría llevarnos a pensar que el nombre del personaje fuera 8 Nudo-Lagarto, la lectura de 8 Lagarto es más adecuada si se analiza el atuendo que porta el personaje: resulta evidente que lleva la cadera y las piernas cubiertas con un enredo. Para sujetarlo en su sitio es necesario atarlo por la cintura con una cinta, un ceñidor, anudado al frente. En el caso de 8 Lagarto el nudo es voluminoso y los extremos, que penden sobre el regazo, están ornamentados, lo que sugiere el alto estatus al que corresponde el portador.



● Fig. 14 Ejemplos calendáricos del glifo A: a) Monolito 2 procedente de la Plataforma Sur de Monte Albán (modificado de Urcid, 2005: Figura 2.5); b) Monolito 1 procedente de la Plataforma Sur de Monte Albán (modificado de Urcid, 2005: Figura 2.5); c) Losa 6-6059 del Museo Nacional de Antropología (modificado de Urcid, 2005: Figura 6.2); d) Lápida 5 del Cerro de la Campana (modificado de Urcid, 2005: figura 5.4).



● Fig. 15 Ejemplos no calendáricos del glifo A: a) vasija efigie 8 Lagarto procedente de la terraza 170 de Monte Albán (dibujo de Vicente Cruz); b) vasija efigie (modificada de Paddock *et al.*, 1966: figura 124c); c) vasija efigie del Museo de sitio de Monte Albán (modificado de Sellen, 2005); d) Vasija efigie, colección privada (modificado de Sellen, 2005); e) vasija efigie SOTH 1994.118 (modificada de Sellen, 2005); f) vasija efigie colección particular (modificado de Sellen, 2005); g) vasija efigie de Atzompa (modificada de Robles *et al.*, 2014: figura 4).



© Fig. 16 La señora 8 Lagarto y su iconografía.

El nombre del personaje aparece indicado parcialmente sobre el pecho, a manera de pectoral y al centro del tocado: la porción pectoral está formada por una barra horizontal anudada, bajo la cual destacan tres círculos que, en conjunto, alcanzan el valor numérico de ocho, coeficiente del nombre del personaje representado. El resto del nombre está indicado en la placa que decora el tocado y aparece como una variante del glifo V (en este caso como una abstracción compuesta por un ojo y dientes afilados, haciendo uso del concepto en que una parte representa al objeto o ente completo), por lo que sin duda el individuo fue conocido como 8 Lagarto. A diferencia del personaje representado en la efigie principal, no cuenta con nombre personal.

El resto del tocado, principal atributo distintivo en el atuendo del personaje, está compuesto de la siguiente manera: al centro exhibe un amplio cartucho formado por dos tiras planas superpuestas; la superficial, que es la más larga, cuenta con tres apéndices curvos orientados hacia arriba y hacia

los lados, dando al elemento un aspecto vegetal. Dicho aspecto se ve reforzado por tres elementos de forma trilobulada —uno de ellos, el derecho, desprendido— que simulan los jilotes del maíz tierno. Otros dos de estos jilotes aparecen adheridos al vaso, por detrás y a los lados de la cabeza. El centro del cartucho está ocupado por la esquematización de un lagarto, compuesto por un ojo con la pupila incisa y enmarcado por arriba con una tira ondulante que representa las escamas de la placa supra orbital, y por debajo por una hilera de dientes afilados. El conjunto iconográfico está “montado” sobre una banda proporcionalmente más ancha que la portada por el señor 10 Venado. A cada lado cuelga sólo un listón sencillo. Más allá de la referencia calendárica, tanto el lagarto como los jilotes de maíz aluden a la tierra y a la fertilidad.

Los rasgos faciales de 8 Lagarto corresponden a los de un individuo joven con la boca abierta, mostrando la hilera superior de dientes. También tiene los ojos abiertos, aunque no están representadas las pupilas. Un fleco de su cabello asoma por debajo del tocado, indicado mediante una serie de líneas incisas verticales. Las orejas están bien representadas, no así las uñas de las manos (fig. 16).

¿Quién era 8 Lagarto y cómo se relacionaba con 10 Venado? En función de la diferencia de tamaños entre una y otra efigie, de la riqueza de sus respectivos atuendos, de la posición en que fueron encontradas, y hasta de la edad representada, es posible afirmar que la importancia simbólica de 8 Lagarto era inferior a la de 10 Venado. En términos generales, la segunda pieza está menos detallada que la de 10 Venado, lo cual refuerza la categoría de uno y otro personaje. Caso y Bernal (1952: 130) consideraron efigies similares de postura y atuendos similares a 8 Lagarto como “acompañantes femeninas”. Recordemos que en Atzompa fue descubierta en fecha reciente la efigie de la señora Agua, quien viste un enredo similar a 8 Lagarto: anudado al frente y con tiras achuradas que penden al frente; sin embargo, viste un ostentoso *quechquemilt* parcialmente cubierto por un collar de abundantes cuentas esféricas, aun cuando carece de tocado. Como vimos, Robles *et al.* (2014: 120) mencionan que las urnas 8 Temblor y Agua de Atzompa estaban

asociadas a un par de entierros, de los cuales uno era masculino y otro femenino. Por tanto, cabría pensar que cada esqueleto estaba representado en una de las efigies, por lo que tenemos una pareja de hombre y mujer, muy posiblemente un matrimonio. Bajo ese mismo enfoque creemos que 10 Venado y 8 Lagarto fueron esposos y rigieron la residencia de la terraza 170 en algún momento de la fase Pitao.

Consideraciones finales

La cosmovisión de los habitantes del México antiguo implicaba un sistema dinámico con elementos en continua oposición. De esta manera se representaban el frío y el calor, lo bueno y lo malo, el día y la noche, el orden y el caos, el cielo y el inframundo, masculino y femenino, y el aspecto que más nos interesa en este trabajo: el de la vida y la muerte. En la iconografía mesoamericana hay abundantes ejemplos de este concepto dialéctico del pensamiento indígena, plasmados en la pintura mural, la cerámica y la escultura por mencionar algunos.

En el valle de Oaxaca, a Pitao Cozaana, se le asocia con los antepasados o “el origen de la vida”. Era el creador de hombres y animales; su contraparte femenina era Pitao Cochana o Nohuichana, la diosa del parto y los niños, la diosa de la creación. Se le identifica por el glifo 2J asociado con el telar y el algodón, elemento importante de la economía zapoteca (Sejourné, 1953: 111-115; Whitecotton, 1985: 185-186). Dentro de la cosmovisión zapoteca, y conforme a Spores y Caso, las deidades de la muerte y el inframundo en el valle de Oaxaca eran Xonaxi Quecuya y su marido Coqui Bixelao, mientras en pueblos como Mitla (*Lyobaa*, en zapoteco, que significa “lugar del inframundo”) eran conocidos como Coquechila y Xonaxi Huilia (Caso, 2002; Del Paso y Troncoso, 1905-1908:149; Spores, 1965: 973; Whitecotton, 1985: 179-180). La presencia de deidades masculinas y femeninas hace que los hombres tuvieran también la idea de representarse en parejas, y así emular el equilibrio que formaban.

La idea de la vida y la muerte es algo que afecta a todo organismo vivo y era parte de la preo-

cupación cotidiana de los seres humanos. Las fuerzas sagradas que radicaban en el cielo y el inframundo dominaban y acotaban los parámetros de vida y muerte. Ésos eran los extremos, los límites, los seres humanos estaban en medio, habitando la Tierra. Resulta notable ante tal hallazgo no sólo comprobar cómo los líderes o señores principales también tenían un ciclo de vida y muerte plasmado en las urnas descubiertas fuera de su contexto “original”, y en posición más inerte que con vida. Nos permite entender que al margen de plazos y parámetros, este ciclo vital se cumplía en forma inexorable. Las edades que representan estas dos urnas antropomorfas como pareja fundacional nos hablan también de la juventud y la vejez, parte de esos dos extremos entre los que nos movemos los seres humanos, pero manteniendo el lazo matrimonial o de pareja, tal como las deidades que veneraban.

El descubrimiento de estas dos magníficas urnas efigies viene a enriquecer el corpus epigráfico zapoteco, así como el acervo escultórico de Monte Albán. La identificación del nombre de ambos personajes representados incrementa la escasa lista de personas nobles conocidas para Monte Albán, no sólo durante el Clásico temprano sino para toda su historia. Saber quiénes eran o a qué se dedicaban sólo será posible al contrastar sus características con otros elementos iconográficos de la urbe, sobre todo con monumentos grabados o con los murales pintados en el interior de tumbas. Quizá conoceremos más sobre estos individuos en las siguientes temporadas de campo a realizarse en la terraza 170 o en áreas cercanas.

El oficio del personaje representado en la efigie principal podemos intuirlo de su atuendo, el cual, aunque escaso, es revelador. La capa que porta ha sido considerada una de las insignias del poder y sacerdocio (Sellen, 2007: 325-326, 337-340). Es posible que el anciano 10 Venado, Saeta Poderosa, haya sido un sacerdote asociado a uno de los complejos monumentales establecidos en las terrazas 165 y 174. Prueba de su importancia como conductor ritual es el grueso mecate o cordel anudado al cuello que le asemeja a los grandes jaguares-sacrificadores del Clásico.

De manera lamentable, desconocemos dónde y cómo fueron colocadas originalmente las dos

efigies. Los datos de excavación indican que el piso debajo del cuarto este se encontraba roto justo en el punto en que fueron encontradas ambas esculturas. La ruptura del piso revela claramente que las piezas son intrusivas, es decir, fueron introducidas en un lugar para el que no estaban destinadas. Entonces, ¿cuál era el lugar en que se había planeado que fueran ofrendadas en principio? No lo sabemos con exactitud, mas debemos considerar que este tipo de esculturas son localizadas en contextos funerarios, por lo general tumbas. En la residencia de la Terraza 170 existen dos tumbas de buena mampostería localizadas bajo el cuarto oeste —en el lado contrario de donde aparecieron las esculturas—, una junto a la otra, orientadas oeste-este y con acceso hacia el este, donde se ubica el patio. Pero estas tumbas, como buena parte de la residencia, fueron intervenidas sin dejar constancia escrita de tal intervención, por lo cual se desconoce qué tipo de objetos fueron localizados en su interior. Si se considera el alto nivel artístico de las vasijas efigies, y su relación mutua al ser depositadas una junto a la otra, es posible pensar que las otras piezas dentro de la tumba debieron ser de igual o mayor calidad estética. Sin embargo, si el equipo de Alfonso Caso hubiera encontrado tan extraordinarias esculturas, éstas ya habrían sido publicadas y, como hemos dicho, se desconoce el contenido de las tumbas o cualquier referencia a las exploraciones de la terraza 170. Es posible que cuando éstas fueron excavadas hayan estado vacías. Quizá durante el Clásico tardío (500-650 d.C.) o terminal (650-850 d.C.), o incluso en el mismo Clásico temprano, las urnas fueron retiradas de una de las dos tumbas, para ser ofrendadas como parte de un ritual de fundación de una nueva etapa constructiva o de un nuevo patriarca del grupo doméstico, quizá durante la última etapa de ocupación de la casa.

Otra evidencia para mostrar que no fueron creadas para estar recostadas es su morfología misma. En ambos casos la base es plana y gruesa, para equilibrar y soportar el peso de toda la vasija al mantenerla en posición vertical; función similar tuvo su cuerpo cilíndrico. Otra evidencia es el hecho de que en el interior del vaso de 10 Venado fueron identificados restos y huellas de la combustión de materia orgánica. Cuando fue en-

contrada la vasija no había restos de ceniza ni material quemado en los alrededores ni en la boca; tampoco en el interior, por lo cual cabría pensar que fue enterrada luego de haberse vaciado. Tal evento pudo ocurrir dentro de una de las dos tumbas localizadas debajo del cuarto oeste, al lado contrario de donde fueron recuperadas las urnas. La posición lateral en que se hallaron puede deberse a dos razones: la primera es una cuestión pragmática que implica que no fue necesario cavar un hoyo más grande; la segunda razón es simbólica y toma en cuenta la posibilidad de que las urnas estuvieran acostadas por representar individuos muertos (Urcid, 2015: comunicación personal).

Por el momento conocemos ya a dos individuos más: una pareja que muy probablemente fue parte de la élite de Monte Albán. Ahora nos falta conocer su historia y su legado.

Bibliografía

- Acuña, René
1984. *Relaciones geográficas del siglo XVI: Antequera*. México. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM.
- Blanton, Richard
1978. *Monte Albán: Settlement Patterns at the Ancient Zapotec Capital*. Nueva York, Academic Press.
- Caso, Alfonso
1928. *Las estelas zapotecas*. México. Talleres Gráficos de la Nación.
- 1969. *El tesoro de Monte Albán*. México, INAH (Memorias, 3).
- 2002. Los dioses zapotecas y mixtecas. En Rosa Campos de la Rosa (ed.), *Obras completas de Alfonso Caso. El México antiguo (mixtecas y zapotecas)* (pp. 211-216). México. El Colegio Nacional.
- Caso, Alfonso, y Bernal, Ignacio
1952. *Urnas de Oaxaca*. México, INAH (Memorias, 2).

- Caso, Alfonso, Bernal, Ignacio, y Acosta, Jorge R. 1967. *La cerámica de Monte Albán*. México, INAH (Memorias, 13).
- Córdova, fray Juan de 1987a. *Arte en Lengua Zapoteca* (ed. facsim.). México, Toledo, INAH.
- 1987b. *Vocabulario en Lengua Zapoteca*. México, INAH.
- Fuente, Beatriz de la, y Fahmel Beyer, Bernd 2005. *La pintura mural prehispánica en México III. Oaxaca*. México, IIE-UNAM.
- Gallegos Ruiz, Roberto 1978. *El señor 9 Flor en Zaachila*. México, UNAM.
- González Licón, Ernesto 2004. Royal palaces and painted tombs: State and society in the Valley of Oaxaca. En Susan Toby Evans y Joanne Pillsbury (coords.), *Palaces of the Ancient New World* (pp. 83-111). Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
- 2009. Ritual and social stratification at Monte Albán, Oaxaca. Strategies from a household perspective. En Linda Manzanilla y Claude Chapdelaine (coords.), *Domestic Life in Prehispanic Capitals. A Study of Specialization, Hierarchy, and Ethnicity* (pp. 7-20). Ann Arbor, University of Michigan (Memoirs of the Museum of Anthropology, 46).
- 2011. *Desigualdad social y condiciones de vida en Monte Albán, Oaxaca*. México, ENAH-INAH.
- López Zárate, José Leonardo, Vicente Cruz, Ismael G., y Ortiz Hernández, Ulises 2015. Análisis y clasificación del material cerámico de la Terraza 170 de Monte Albán (mecanoescrito). Centro INAH Oaxaca.
- Marcus, Joyce 1983. Rethinking the Zapotec urn. En Kent V. Flannery y Joyce Marcus (coords.), *The Cloud People: Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations* (pp. 144-147). Nueva York, Academic Press.
- Martínez López, Cira 2014. Informe de tipología cerámica del valle de Oaxaca (mecanoescrito). Centro INAH Oaxaca.
- Martínez López, Cira, Winter, Marcus, y Markens, Robert 2014. *Vida y muerte entre los zapotecos de Monte Albán*. Oaxaca, INAH/Seculta (Arqueología oaxaqueña, 5).
- Ortiz Hernández, Ulises 2014. Informe de actividades de excavación terraza 170, ladera norte, de la zona arqueológica de Monte Albán (mecanoescrito). Centro INAH Oaxaca.
- Paso y Troncoso, Francisco del 1905-1908. *Papeles de Nueva España*. Vol. 4. Madrid/México.
- Robles García, Nelly, Pacheco Arias, Leonardo, y Olvera Sánchez, Mireya 2014. El señor 8 Temblor y la señora Agua, dos urnas zapotecas de elite en Atzompa: iconografía y conservación. *Arqueología*, 49: 120-133. INAH, México.
- Sejourné, Laurette 1953. Identificación de una diosa zapoteca. *Anales del INAH*, 7: 111-115.
- Sellen, Adam T. 2007. *El cielo compartido: deidades y ancestros en las vasijas efigie zapotecas*. México, UNAM.
- Spores, Ronald 1965. The Zapotecs and Mixtec at Spanish contact. En *Handbook of Middle American Indians* (pp. 962-987). Houston, The University of Texas Press (Archaeology of Southern Mesoamerica, 39).
- Urcid, Javier 2001. *Zapotec Hieroglyphic Writing*. Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library and Collection (Studies in Pre-Columbian Art and Archaeology, 34).
- 2005. Zapotec writing. Knowledge, power and memory in Ancient Oaxaca. Recuperado de <http://www.famsi.org/zapotecwriting>

2008. El arte de pintar las tumbas: sociedad e ideología zapoteca (400-800 d.C.). En Beatriz de la Fuente (coord.), *La pintura mural prehispánica en México IV* (pp. 513-627). México, IIE-UNAM.

• Whitecotton, Joseph W.
1985. *Los zapotecos. príncipes, sacerdotes y campesinos*. México, FCE.

• Winter, Marcus
1986. Unidades habitacionales prehispánicas en Oaxaca. En Linda Manzanilla (coord.), *Unidades habitacionales mesoamericanas y sus áreas de actividad* (pp. 325-374). México, UNAM.



Fotogrametría y arte rupestre: el caso de la Cueva de los Músicos al sur del estado de Puebla

Omar García Zepeda*

Durante los meses de julio y diciembre de 2016 se visitó el sitio donde se encuentran las pinturas rupestres conocidas como Cueva de los Músicos, localizado en la presidencia auxiliar de San Luis Atolotitlan, municipio de Caltepec, al sur del estado de Puebla.¹

La finalidad era verificar el estado de conservación de las pinturas rupestres, además de hacer uso de algunas de las denominadas “nuevas tecnologías” en su registro, como la fotogrametría digital terrestre, para su mejor estudio mediante reales, el cual no resulta invasivo. En este texto pretendemos dar cuenta de la metodología seguida para el registro fotogramétrico, dejando los resultados para un escrito posterior más amplio.

La Cueva de los Músicos

Se localiza en la ladera media de un acantilado cuya entrada mira hacia el sur, a una altitud de 1 280 msnm, con coordenadas UTM Datum WGS84 680133 E, 2009226 N. En la parte baja de dicho acantilado corre el río Calapa a una altitud de 1 240 msnm aproximadamente, lo que quiere decir que la Cueva de los Músicos está a 40 m sobre el nivel del río (fig. 1). Se trata de un

abrigo rocoso de 19 m de largo, con una profundidad máxima de 8 m, aunque la profundidad promedio es de 7 m y la altura sobre la línea de goteo es de 3.3 m, aproximadamente; altura que disminuye conforme nos adentramos en el abrigo rocoso (fig. 2).

Visto en planta, el abrigo tiene una forma de semicírculo, y en corte la forma de una semielipse. En su entrada hay gran cantidad de rocas pequeñas, al parecer desprendidas del techo y otras caídas desde la parte más alta del acantilado.

La cueva se caracteriza por estar constituida por estratos de lajas dispuestas de manera horizontal (fig. 3), por lo que las manifestaciones gráfico-rupestres se ubican en el techo del abrigo rocoso, en las superficies planas de los estratos. Un primer análisis *in situ* en el abrigo rocoso nos indica que está compuesto por ocho conjuntos o paneles de pinturas, y dentro de cada uno de ellos se identificaron los motivos de manera individual a los que se les nombraron “elementos”.

Entre los elementos que se pueden encontrar están los de tipo zoomorfo (posiblemente perros y serpientes) (fig. 4); abstracto y geométrico (puntos, manchas, líneas); antropomorfo (como manos al positivo y negativo), y dentro de éstos los más llamativos que son conjuntos de guerreros que llevan escudos, lanzas y flechas, ataviados con ropajes en rojo y negro, además de llevar algunos elementos en la cabeza, posiblemente sombreros o cascos adornados con lo que podría pensarse se

* Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH.

¹ Agradezco profundamente a los arqueólogos Mauricio Gálvez Rosales, Israel Fuentes Martínez y Luis A. Guerrero Jordán su apoyo para realizar el registro de las pinturas.

CUEVA DE LOS MÚSICOS

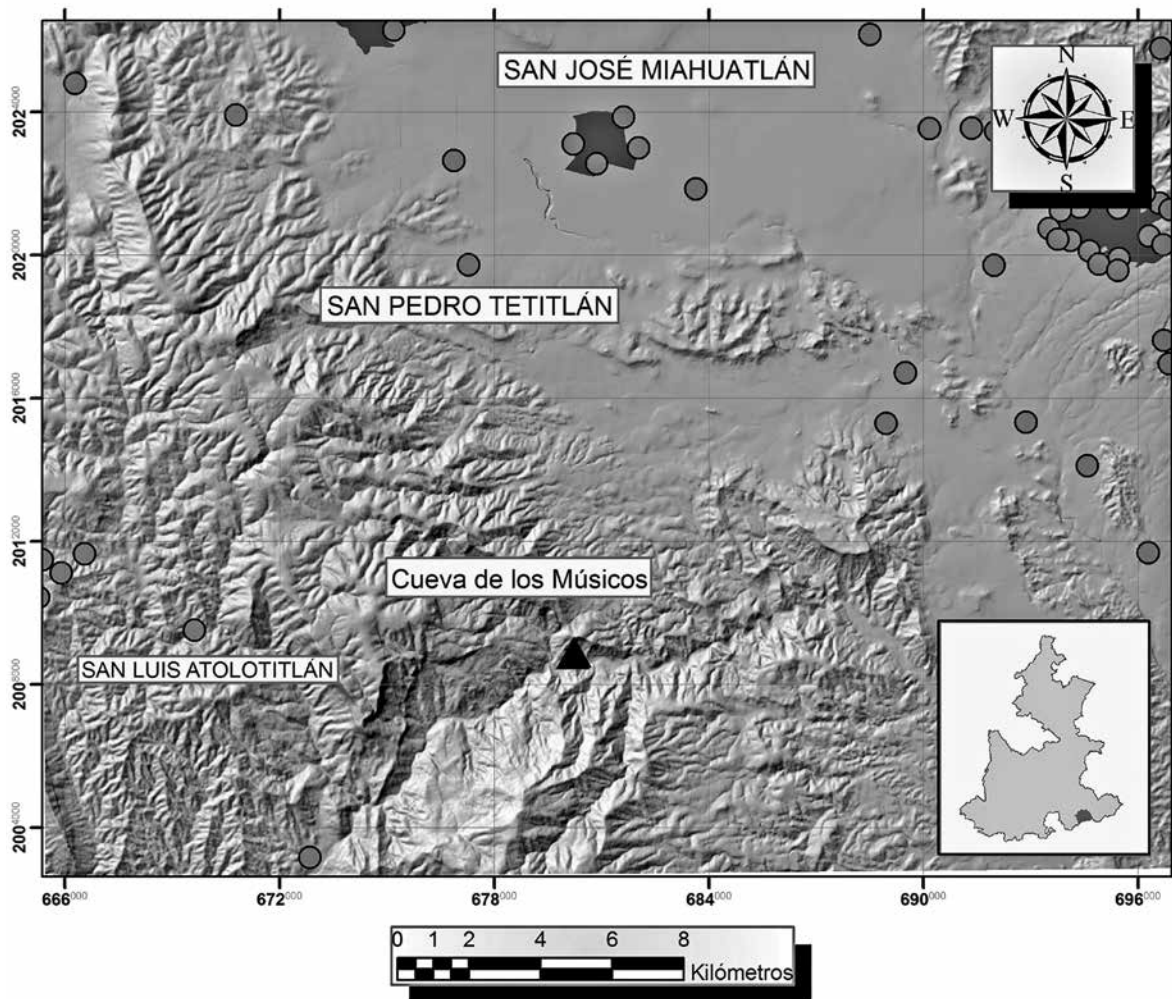


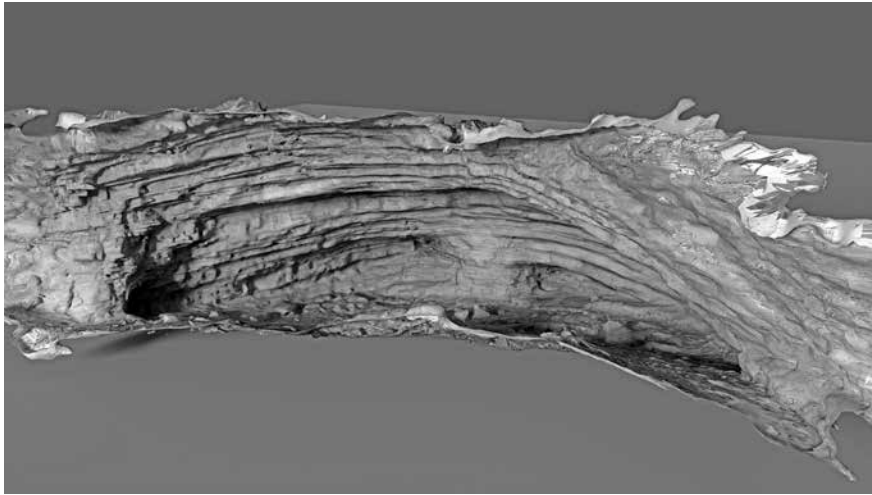
Fig. 1 Ubicación de la Cueva de los Músicos.

trata de plumas. La mayoría de los guerreros están plasmados mediante la técnica de tinta plana sobre la roca, pero algunos otros están solamente delineados, de tal manera que parecen estar formados o dispuestos en distintos planos de forma aleatoria, pero es interesante anotar que se observan como dos ejércitos enfrentándose entre sí (fig. 5).

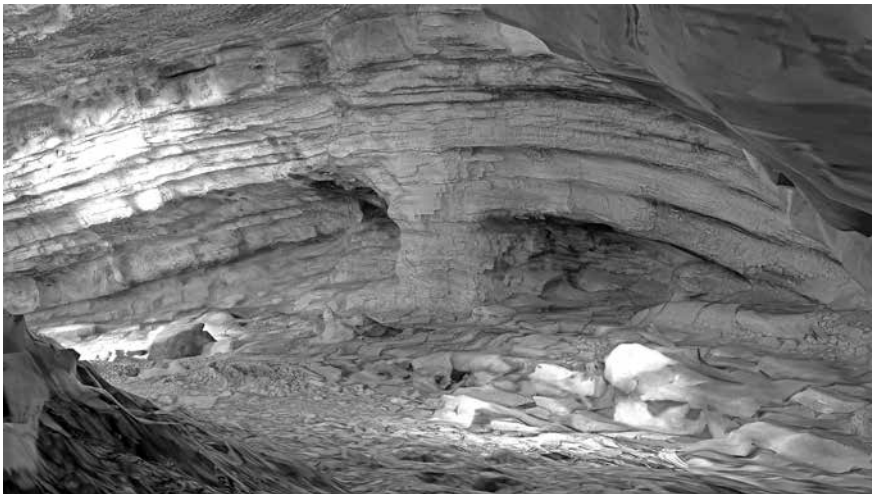
Los colores usados en las pinturas son el negro, rojo, naranja y blanco, pero la mayoría de los motivos está en negro. A continuación se describe la metodología de registro.

Levantamiento fotogramétrico

La fotogrametría terrestre se realizó con una cámara Fujifilm Finepix S4800, colocada en un tripie. Se ubicó la cámara en cuatro distintos puntos sobre la línea de goteo del abrigo rocoso, se tomaron fotografías divergentes en cada uno de los puntos, barriendo de forma horizontal, siempre cuidando que hubiera un traslape entre cada fotografía y entre los cuatro puntos en los que se colocó la cámara. Para el interior de la cueva la estrategia consistió en tomar fotografías en



◉ Fig. 2 Modelo fotogramétrico de la Cueva de los Músicos, con simulación de luces al interior de la misma.



◉ Fig. 3 Modelo fotogramétrico de la Cueva de los Músicos, que muestra las lajas que la componen.

el plano contrapicado y nadir, mediante líneas traslapadas entre sí para la parte superior de la cueva.

La toma de fotografías para cada panel al igual que para cada elemento se realizó formando líneas paralelas traslapadas entre sí en posición de contrapicado y de nadir, todas las fotografías fueron tomadas con una escala como referencia de 10 cm, y para el caso de la cueva completa se colocó una flecha norte de 25 cm.

Realización del modelo fotogramétrico

Una vez tomadas las fotografías en campo, se procedió a clasificarlas en la computadora, creando una carpeta para las registradas en la cueva, otras para cada panel y para cada elemento de manera individual.

Posteriormente, mediante el software Agisoft Photoscan, se creó un proyecto denominado Cue-



© Fig. 4 Panel 1, elementos zoomorfos y geométricos.



© Fig. 5 Panel 7, elementos antropomorfos.

vaMusicos con extensión *.PSX, dentro del cual se crearon varios grupos de fotografías (*chunks*), perteneciendo cada uno de ellos a una carpeta creada. Dentro de cada carpeta se colocaron las fotografías por panel y de la cueva. Para cada *chunk* se siguió el siguiente proceso:

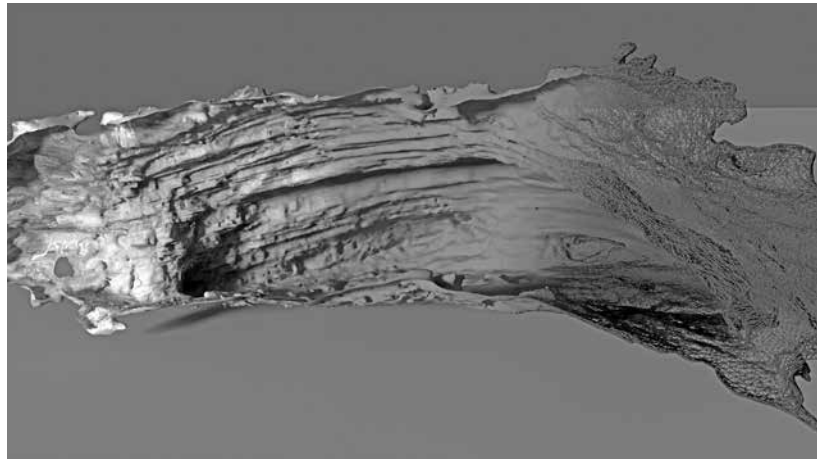
- Generación de la nube dispersa y orientación de cámaras.
- Calibración de las cámaras
- Ajuste de la orientación del objeto y del área a reconstruir de manera tridimensional.
- Generación de la nube densa.
- Clasificación de la nube densa.
- Generación de la malla.
- Generación de la textura.

Con la realización de estos procesos se obtiene al final un modelo tridimensional, sobre el cual pueden obtenerse medidas de cada objeto en la escena, además de poder apreciar sus características físicas; pero esto es sólo una parte de la metodología, pues a partir de este modelo se obtienen otros productos (fig. 6).

Postproceso del modelo fotogramétrico

Una vez realizado el modelo fotogramétrico de la cueva, paneles y elementos, éstos se exportan en formato *.OBJ, creándose tres tipos de archivos:

- *.Obj propiamente, que es la geometría del objeto en 3D
- *.MTL es el archivo que contiene la información de color, textura y la reflexión de la luz sobre cada vértice del objeto en código ASCII.



● Fig. 6 Composición del modelo fotogramétrico, de derecha a izquierda: malla, modelo coloreado y modelo texturizado.

- *.JPG es la imagen de la textura que se sobrepone en la geometría 3D.

También se exportó el modelo fotogramétrico de la cueva, paneles y elementos como un Modelo Digital de Elevación (MDE) en formato GeoTIFF Elevation Data (*.TIFF). Sin embargo, en esta opción existe la posibilidad de exportarlo en otro tipo de formato, como lo son *.ASC, *.BIL, *.XYZ o *.KMZ (este último permite su visualización en Google Earth).

De igual manera se exportó el ortomosaico en formato *.GEOTIFF, para conservar los metadatos de la referencia geográfica de la imagen.

Los archivos del tipo *.OBJ se importan dentro del software Blender, a partir del cual se realizó la orientación del modelo y su texturización con el archivo *.JPG, generado al crear el *.OBJ.

Cabe aclarar que una de las características de este software es que dentro de la escena observada en la PC se cuenta con otros dos elementos además del modelo 3D: un objeto que representa una cámara fotográfica o de video, y otro más que representa una fuente de emisión de luz. De ambos objetos se puede modificar su posición dentro de la escena, dependiendo de la zona que quiera fotografiarse y desde dónde se quiere la fuente de luz, así como la intensidad de la misma.

Una vez colocados la cámara, la luz y el objeto, se pueden obtener *renders* o imágenes en las

cuales se ha calculado la posición de la luz y los rebotes de la misma, dependiendo de la geometría (malla), el color del pixel en la caras de la malla y de su posición con respecto a la fuente de luz, además de las características ambientales —si existe un ambiente oscuro, iluminado u otros objetos dentro de la escena.

Finalmente, una vez realizado este procedimiento, se llevaron a cabo los *renders* deseados tanto de la cueva, paneles, elementos, cortes y plantas arquitectónicas.

Comentarios finales

Durante la visita a la Cueva de los Músicos se verificó su estado de conservación, observándose que algunas rocas donde había pinturas se encuentran rotas, muy probablemente por actividades de saqueo, por lo que el registro fotogramétrico

—tanto de la cueva como de los paneles y elementos— constituye una herramienta de monitoreo para futuras investigaciones, puesto que si se llegan a presentar otros episodios de saqueo o incluso de deterioro natural, el registro tridimensional nos permitirá conocer cual fue el cambio que se suscitó.

Además, con el registro tridimensional se pueden plantear futuros estudios a las pinturas, que nos permitan determinar si ha habido superposición de imágenes, los tipos de pigmentos utilizados, realizar estudios de realce de imágenes, etcétera.

En la última visita se constató que la comunidad tiene la intención de proteger las pinturas, puesto que se ha colocado una malla ciclónica, lo que resulta encomiable. Sin embargo, la investigación arqueológica apenas comienza y los resultados de las fotogrametrías y de otros estudios serán presentados en otro escrito.



Los caminos de Lorenzo Ochoa. Semblanza

Eladio Terreros Espinosa*

Arqueólogo de profesión, Lorenzo Ochoa ha sido reconocido siempre no sólo por sus aportes en el estudio de la Huasteca, los mayas y los olmecas de Tabasco, sino también como una de las voces más agudas y críticas de la antropología mexicana.

Universitario de corazón y espíritu, siempre estuvo profundamente comprometido con el quehacer antropológico, con sus convicciones, con el trabajo de investigación y con su vocación por la docencia.

Nació en Tuxpan, el 25 de mayo de 1943, población de la Huasteca veracruzana, por la que siempre mantuvo un cálido y perdurable apego. Cursó la carrera de Arqueología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, donde obtuvo en 1972 el título de arqueólogo y el grado de maestro en antropología con la tesis *Historia prehispánica de la Huasteca*. En esta obra sintetizó los resultados, obtenidos durante dos temporadas de campo realizadas, una en 1968, por la costa y llanura costera de la Huasteca veracruzana, así como por el sur de la costa tamaulipeca, y otra en 1970, por la llanura costera potosina y veracruzana, así como por las estribaciones de los estados de Veracruz e Hidalgo. Su tesis fue publicada en 1979 por la Universidad Nacional Autónoma de

México (UNAM), y en 1984 se hizo una segunda edición. Hoy constituye un trabajo de consulta obligada para quien desea conocer acerca de la historia precolombina de la Huasteca. Es oportuno mencionar que el doctor Ignacio Bernal, en la presentación de la misma, ya como libro, refiere: “En conjunto el libro es sobrio y bien balanceado; no cae en excesos como ahora se usa con demasiada frecuencia. Ello es muy notable en autor tan joven que mucho promete”.

En razón de lo anterior, es conveniente destacar que todos los trabajos publicados por el maestro Ochoa siempre se caracterizaron por su magnífica redacción, sin eufemismos y con una gran claridad. Virtud que en el medio antropológico pocos cultivamos. Por ese mérito, académicos de prestigio reconocido, colegas y estudiantes siempre se acercaron a él. Cuando un trabajo carecía de sintaxis y redacción, decía que estaba “escrito con los cuartos traseros”, expresión que no pocas veces le escuché pronunciar. Por ello, a sus alumnos (entre los que me cuento) siempre nos sugería leer novelas en voz alta, ejercicio con el cual nos instruiríamos para no redactar tan mal. Una recomendación que indudablemente da buenos resultados. Gracias a sus acertados consejos, el último trabajo que me hizo favor de leer sólo lo revisé dos veces, dándole el visto bueno con su expresión “orejas de pichón cuacho”, es decir, estoy de acuerdo con lo que has escrito. Y para que lo dijera, en verdad le sudaba a uno el coco, y a otros, un poco más que la masa encefálica.

* Profesor Investigador Titular “C” en el Museo del Templo Mayor-INAH. Alumno, colega y amigo del maestro Lorenzo Ochoa Salas, desde 1983.

Se formó con distinguidos maestros de la antropología mexicana, entre otros: Ignacio Bernal, Alberto Ruz, Eduardo Noguera, José Luis Lorenzo, Wigberto Jiménez Moreno, Carlos Martínez Marín, Luis Fuentes, William Sanders, Barbara Dalghren, Román Piña Chán, Jaime Litvak y Arturo Romano, quien recordaba a Lorenzo como un estudiante notable, alegre como buen costeño, además de que escribía muy bien. Con ellos, su preparación académica fue sólida, algo que más tarde comunicaría en el salón de clase, dejando claras huellas y fuerte influencia en la instrucción de sus alumnos, con los que también compartió su experiencia en el campo.

En el periodo 1976-1979 realizó sus estudios de doctorado en arqueología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

Desde 1975 fue catedrático titular del Curso de Mesoamérica: Área de México Antiguo, que impartía con rigurosa disciplina, en el turno vespertino, en el Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Dada la extensión del programa, éste se dividía en dos semestres: el primero abarcaba desde “los primeros habitantes del territorio mexicano hasta el Posclásico. Definición, periodización y cronología”, mientras el segundo comprendía a partir de “los toltecas y los chichimecas hasta los totonacos y los huastecos”. Como se puede apreciar, era un curso bastante completo.

Estudiar la materia con el maestro Lorenzo consistía en asistir religiosa y puntualmente, entregar controles de lectura y tareas, participar en clase y durante las prácticas de campo que se organizaba a diferentes monumentos históricos, museos, zonas y sitios arqueológicos del país, y exponer algún tema de interés del alumno, relacionado con los lugares visitados. Al concluir el curso, presentar un examen final, en el cual había que escribir con claridad las respuestas y sin faltas de ortografía. La calificación fue resultado del promedio de los citados rubros. Por todo lo anterior, contados fueron los que obtuvieron una excelente calificación.

Es de elogiar que, como aspecto importante del curso de Mesoamérica, los profesores Lorenzo y Alfredo López Austin (este último impartía el

mismo curso en el turno matutino), siempre se preocuparon por realizar prácticas de campo (que no días de campo) con el propósito de que los alumnos no sólo conocieran los lugares visitados, sino también expusieran ante sus compañeros los temas que habían escogido y que con ello lograsen adquirir bases más amplias en su instrucción académica.

En el aula, las clases del maestro Ochoa siempre fueron didácticas, claras, y con análisis objetivo y crítico, fundamentadas en el amplio conocimiento que adquirió en el trabajo de campo y gabinete, además de ilustrarlas con una buena cantidad de imágenes. Cuando por alguna razón fallaba la electricidad, el pizarrón, el gis y los buenos dibujos suplían ese pormenor. Debido a su personalidad, siempre fue temido como profesor y además tenía fama de “reprobador”, pues quien no cumplía con los lineamientos del curso, automáticamente se descalificaba.

También impartió diversos cursos de Historia de México y seminarios de investigación en la ENAH, y en la de Conservación, Restauración y Museografía; impartió arqueología general y arquitectura y urbanismo de Mesoamérica, a más de participar con temas sobre culturas prehispánicas en diplomados, seminarios y en programas de licenciatura y posgrado, tanto en instituciones de México como del extranjero.

Dirigió y asesoró acuciosamente tesis de licenciatura, de maestría y doctorado; sin faltar su participación como sinodal en numerosos exámenes profesionales. Muchos de los alumnos que realizaron tesis de arqueología y de historia (varias de ellas merecedoras de mención honorífica), fueron inspirados por las enseñanzas que el maestro Ochoa brillantemente expuso en el aula.

Su biblioteca personal siempre estuvo abierta a la consulta de sus colegas, estudiantes y amigos, y ¿por qué no decirlo? no faltó el olvidadizo que nunca regresó algún libro, muchas veces difícil de reponer.

Invariablemente generoso con quienquiera que solicitara su asesoría, brindó su apoyo a quien así lo requirió (entre los que me cuento). Supo escuchar con atención y también reprender a uno que otro necio (entre ellos no me cuento).

En virtud de sus prominentes conocimientos y cabal disciplina en el quehacer antropológico, en diversas ocasiones fue convocado para evaluar y dictaminar, proyectos de investigación, tesis, libros, artículos y ponencias. Lo cual siempre realizó con sentido objetivo-crítico y sin perder la honestidad.

Participó y colaboró en una notable cantidad de reuniones académicas nacionales e internacionales, además de haber organizado y coordinado diversos coloquios, mesas redondas y simposios. En esos encuentros destacó por su observación crítica a los planteamientos sin fundamento; apuntaba: “Si se ignora, exagera o tergiversa la evidencia, se recrea un mundo fantástico que rebasa el dato y la imaginación”. Su rigurosa manera de conducir las mesas académicas, así como sus comentarios a los temas presentados, no fueron del agrado de muchos de sus colegas, así que a menudo causó polémica entre los más destacados estudiosos de la antropología.

Miembro de varios consejos editoriales en México y el extranjero, fue editor de las revistas *Estudios de Cultura Maya*, *Anales de Antropología*, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, además de editor y fundador de *Tierra y Agua. La antropología en Tabasco*.

Fue integrante del Comité de Conservación para los proyectos especiales de Arqueología del INAH, 1993-1994.

Cabe destacar que desde 1998 organizó el seminario de la Huasteca, realizando en forma ininterrumpida reuniones mensuales en el IIA-UNAM. Pertenecía al Sistema Nacional de Investigadores (nivel II) y se hizo merecedor, en el rango más alto, del Programa de Estímulos a la Productividad y el Rendimiento del Personal Académico (PRIDE, nivel “D”) de UNAM.

Como los arqueólogos de antaño, en razón de los objetivos planteados y de acuerdo con las características del terreno, sus recorridos los realizó en vehículo de doble tracción, a pie (en incontables ocasiones con el agua hasta la cintura), a caballo, en canoa, en lancha con motor fuera de borda y, de vez en vez, en avioneta. Durante sus estudios de prospección nunca se detuvo ante los peligros propios de la naturaleza, mismos que con habilidad supo sortear.

Como investigador no sólo concentró sus pesquisas en la región de la Huasteca, ya que también condujo con igual dedicación el proyecto Tierras Bajas Noroccidentales del Área Maya y otro más en la Sierra Alta de Hidalgo. El producto de estas investigaciones se dio a conocer en más de 200 escritos publicados entre libros, capítulos de libros, artículos, prólogos, guías arqueológicas y reseñas.

En mi opinión, lo más respetable de algunos de sus escritos es que forman parte de la bibliografía indispensable del Curso de Mesoamérica que impartió por más de tres décadas en el Colegio de Historia. Otros son de consulta inevitable para los interesados en el estudio de las regiones que el maestro Ochoa trabajó, aunque no falta el plaguario que los lee y no los cita.

No dejan de ser estimables sus artículos de difusión para el público en general. Y para los turistas y estudiosos interesados en temas prehispánicos son recomendables las guías del Museo de Jonuta y la del Parque Museo de La Venta, Tabasco, esta última publicada en inglés, francés y alemán.

Vale la pena resaltar que sus trabajos de investigación en Tabasco iniciaron:

En los setenta-ocho, con el apoyo del Centro de Estudios Mayas de la UNAM, dirigí un proyecto de investigación arqueológica en las Tierras Bajas Noroccidentales del Área Maya. En éste cubrí una superficie que va desde la cuenca del San Pedro Mártir hasta la Península de Xicalango, y de las llanuras intermedias y el pie de la sierra a la costa. En estas investigaciones, la relación ecología-cultura, el estudio de la distribución de los asentamientos prehispánicos en el paisaje y sus interrelaciones, el reconocimiento de las rutas de comunicación y comercio, y el análisis de los materiales, especialmente de las cerámicas con el propósito de obtener cronologías relativas, han sido los tópicos más relevantes. Resultado de aquellas investigaciones son varias tesis, artículos y libros que no voy a enumerar, pero que han visto la luz entre 1979 y 1997. Entre otros varios miembros del proyecto, los trabajos que se han dado a conocer son de Carlos Álvarez, Luis Casasola, Martha I. Hernández, Elsa Hernández, Gloria Jiménez, Lorenzo

Ochoa, Ernesto Vargas. En esos escritos, de una manera u otra, nos hemos ocupado de la historia de Tabasco al momento del contacto europeo (Ochoa, 1999: 47-48).

Como galardón a todas sus aportaciones a la arqueología del estado de Tabasco, el gobierno de esa entidad le otorgó en agosto de 2008 el Premio en Ciencias Juchimán de Plata, y obtuvo diversas distinciones por parte de los estados de Veracruz, Tabasco, Hidalgo y San Luis Potosí. Justa recompensa por su labor.

Lorenzo Ochoa fue uno de los pocos arqueólogos que en todas sus obras puso puntual atención a la descripción del paisaje:

En el planeta, pocas áreas de un tamaño similar a la de Mesoamérica presentan la variedad fisiográfica y la complejidad geológica de ésta. En este territorio se levanta una serie de cadenas montañosas flanqueadas por llanuras costeras del Atlántico y el Pacífico, dilatadas altiplanicies, amplias zonas semiáridas, así como innumerables valles y llanuras costeras irrigadas por una amplia red hidrológica conformada por ríos, lagunas, arroyos, esteros y pantanos. Paisajes que es importante describir y entender en su relación con el hombre ya que jugaron un papel sobresaliente no sólo en la económica de los pueblos sino en sus sistemas de creencias religiosas (Ochoa, 2002: 25).

De lo citado se desprende que para él, el paisaje fue un tema que le entusiasmó, además de que lo caminó y lo gozó. Entre su extensa obra sólo mencionaré los títulos relacionados con la Huasteca:

1970. Una representación solar en un plato de la Huasteca. *Boletín INAH*, 42: 3-8.

1972. Influencias de algunas costumbres funerarias y étnicas del área maya en la Huasteca. En *Religión en Mesoamérica. XII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología* (pp. 349-355). México, SMA.

1972. *Los huastecos a través de las crónicas: el tipo físico y sus costumbres funerarias y étnicas.*

San Luis Potosí, Biblioteca de Historia Potosina (Cuaderno 21).

1979. Atavío, costumbres, hechicería y religión de los huastecos. En *Memorias del XLII Congreso Internacional de Americanistas, IX-B*: 67-76.

1983, agosto. A propósito de la fundación de Tuxpan. *La Voz de la Huasteca Diario de Tuxpan, Veracruz* (5 números).

1984. Medicina prehispánica de la Huasteca. En *Historia general de la medicina en México: México Antiguo*. Vol. I (pp. 329-331). México, Academia Nacional de Medicina/UNAM.

1984. *Historia prehispánica de la Huasteca* (2ª ed.). México, IIA-UNAM (Serie Antropológica, 26).

1989. El origen de los huastecos según las fuentes históricas. En Lorenzo Ochoa (ed.), *Huastecos y totonacos. Una antología histórico-cultural*. México, Conaculta-INAH (Regiones).

1990. La investigación arqueológica en la Huasteca: hilvanes para su historia. *La Cultura*, 7: 15-21.

1990. *Huastecos y totonacos. Una antología histórico-cultural* (selección, edición y arreglo bibliográfico). México, Conaculta-INAH (Regiones).

1991. Tres esculturas posclásicas del sur de la Huasteca. *Anales de Antropología, XXVIII*: 205-240.

1992. Notas para la historia de una lápida funeraria de Tuxpan y de cuatro esculturas de la Huasteca meridional. *La Opinión (suplemento dominical)*. t. 191: 5-8. Poza Rica.

1994. Un documento del siglo XVIII para el estudio de la Huasteca. En Jesús Ruvalcaba y Graciela Alcalá (coords.), *Huasteca espacio y tiempo. Mujer y trabajo* (pp. 73-76). México, CIESAS.

2001. La zona del Golfo en el Postclásico. En Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (eds.), *Historia antigua de México*. Vol. III (pp.13-56). México, INAH/ UNAM/ Miguel Ángel Porrúa.

1998. Qué hemos hecho para poder hablar de la Huasteca hacia el tercer milenio. *Fronteras*, 3(9): 71-72.

1999. *Frente al espejo de la memoria. La costa del Golfo al momento del contacto*. San Luis Potosí, Instituto de Cultura de San Luis Potosí/Conaculta.

2000, mayo. De la costa a la sierra: las huastecas, 1750-1900. *Humanidades*, 191.

2000. Las investigaciones de la historia antigua de la Huasteca. *SOCIOTAM, Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades*, X(1): 139-161.

2000. Aproximaciones a la religión de los huastecos. Una diosa de la salud. *Tierra Adentro*, 106: 76-79.

2000. La civilización huasteca. *Arqueología Mexicana*, VIII(43): 58-63.

2001. Huastec. En *The Oxford Encyclopedia of Mesoamerican Cultures. The Civilizations of Mexico and Central America*. Vol. 2 (pp. 13-15). David Carrasco (ed.), Oxford, Oxford University Press.

2002. La Huasteca in Time and Space. *Voices of Mexico*, 60: 73-78.

2002. Noticias relativas a los pioneros en la arqueología de la Huasteca. *Boletín Itinerario*, 8: 3-4.

2002. Paisaje y cultura en Mesoamérica. En *Gran historia de México ilustrada*. Vol. 1 (pp. 21-40). Lorenzo Ochoa (coord.), México, Planeta DeAgostini/Conaculta.

2004. Las conquistas mexicanas en el sur de la Huasteca. En *Memoria del XXVI Convegno Internazionale di Americanistica* (pp. 569-574), Perugia, Circolo Amerindiano.

2005. En balsa de mangle y de bejuco por la historia de la arqueología huasteca. En *IV Coloquio Pedro Bosch Gimpera*. Vol. II (pp. 549-584). México, IIA-UNAM.

2007. La Triple Alianza en la conquista de la Huasteca (trad. al japonés de Yukitaka Inoue y Yuko Koga). *América Antigua*, 10: 1-21. Osaka, Sociedad Japonesa de Estudios sobre la América Antigua.

2007. Una aproximación a la historia de la lengua y cultura huastecas. En Lorenzo Ochoa (coord.), *Cinco miradas en torno a la Huasteca* (pp. 13-24). Xalapa, Consejo Veracruzano de Arte Popular/Programa de Investigación de las Artes Populares.

2007. Dioses de la salud y la muerte. Dioses de ayer y hoy entre los huastecos: notas para su estudio. En Ana Bella Pérez Castro (coord.), *Equilibrio, intercambio y reciprocidad: principios de vida y sentidos de muerte en la Huasteca* (pp. 17-32). Xalapa, Consejo Veracruzano de Arte Popular, Programa de Investigación de las Artes Populares.

2008. La vara, el abanico y el tiburón. Denotación del poder político-religioso en la Costa del Golfo. En Guilhem Olivier (ed.), *Símbolos de poder en Mesoamérica* (pp. 133-161). México, IIH-UNAM.

2009. Una aproximación a la historia del origen lingüístico de los huastecos o teenek. En Mario Humberto Ruz, Joan García Targa y Andrés Ciudad Ruiz (eds.), *Díasporas, migraciones y exilios en el mundo maya* (pp. 151-170). México, UNAM/Sociedad Española de Estudios Mayas.

2009. Antropología y topofilia en el estudio de la cocina de la laguna de Tamiahua. *Cuadernos de Nutrición*, 32(4): 147-152.

2009. Topophilia: A tool for the demarcation of cultural microregions: The case of the Huasteca. En John Edward Staller y Michael Carrasco (eds.), *Pre-Columbian Foodways: Interdisciplinary Approaches to Food, Culture, and Markets in Mesoamerica* (pp. 535-552). Nueva York, Springer. [Desafortunadamente este artículo ya no pudo verlo publicado.]

Textos escritos en colaboración sobre el mismo tema

- Ochoa, Lorenzo, y Graulich, Michel
2003. La lápida de La Calzada. *Anales de Antropología*, 37: 93-116.
- Ochoa, Lorenzo, y Gutiérrez, Gerardo
1996-1999. Notas en torno a la cosmogonía y religión de los huastecos. *Anales de Antropología*, 33: 91-163.
- 1999. El cosmos y los dioses de la religión huasteca. En *Antropología e historia en Veracruz* (pp. 125-160). Xalapa, Gobierno del Estado de Veracruz-Llave/Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana.
- 2000. Espacio y territorialidad en el sur de la Huasteca. En Jaime Litvak y Lorena Mirambell (coords.), *Arqueología, historia y antropología. In memoriam: José Luis Lorenzo Bautista* (pp. 261-300). México, INAH.
- 2007. The cultural borders of the Huastec region. En Lynne S. Lowe y Mary E. Pye (eds.), *Archaeology, Art, and Ethnogenesis in Mesoamerican Prehistory: Papers in Honor of Gareth W. Lowe* (pp. 337-355). Provo, Brigham Young University (Papers of the New World Archaeological Foundation, 68).
- Ochoa, Lorenzo, y Pérez Castro, Ana Bella
2006. The huasteca's weekly markets. *Voices of Mexico*, 74: pp. 87-92.
- Ochoa, Lorenzo, y Riverón, Olaf Jaime
2005. The cultural mosaic of the Gulf Coast during the Pre-Hispanic period. En Alan R. Sandstrom y E. Hugo García Valencia (eds.), *Native Peoples of the Gulf Coast of Mexico* (pp. 22-44). Tucson, The University of Arizona Press.
- Ochoa, Lorenzo, Ruvalcaba, Jesús, y Pérez Zevallos, Juan Manuel
2004. Antropología e historia de la Huasteca en las investigaciones de Guy Stresser-Péan. En Jesús Ruvalcaba, Juan Manuel Pérez Zevallos y Octavio Herrera (eds.), *La Huasteca, un recorri-*

do por su diversidad (pp. 53-62). México, CIESAS/El Colegio de San Luis/El Colegio de Tamaulipas.

De muchos es conocido el gusto que el maestro Lorenzo tenía por los platillos de la cocina huasteca, y en especial los mariscos de la Laguna de Tamiahua. Y si por fortuna eran preparados por él, ¡huy! que atracón. Desde luego que no podía faltar una cerveza Coronita. Un rasgo de su personalidad que habla por sí sólo. Pues bien, las delicias de la gastronomía Huasteca, tampoco escaparon a su pluma, lo cual dejó ampliamente relatado en los dos últimos artículos publicados. Amerita la ocasión citar dos párrafos.

[...] Sin ser los únicos, anotaré el huatape, la hueva de liza con enchiladas de semilla de pipán. Y el tocón, este último es el más claro ejemplo para caracterizar una microrregión. El huatape es el nombre que recibe un atole salado cuyos principales ingredientes son masa de maíz, tomate, chile, epazote, al cual se le agrega camarón o pescado. La distribución de este último guiso, si bien se encuentra circunscrito dentro de la Huasteca misma y se le identifica más con un paisaje lagunar y de costa con olor a manglares que con paisajes de tierradentro, es factible encontrarlo en algunos restaurantes ajenos a dicha área.

El último platillo de la Huasteca se conoce como tocon, es de nivel local y se le asocia con la percepción del paisaje de la laguna y los manglares con olor a pantano. Éste, como el huatape, tiene raíces prehispánicas y se confecciona con tortillas secas (tochón) y camarón seco, principales ingredientes que se guisan con epazote, cebolla, chile ancho y tomate. Este platillo, que casi se ha perdido, tiene tanto en su distribución como en su consumo un territorio restringido a la laguna de Tamiahua, pues se desconoce más allá de sus límites (Ochoa, 2009: 151-152).

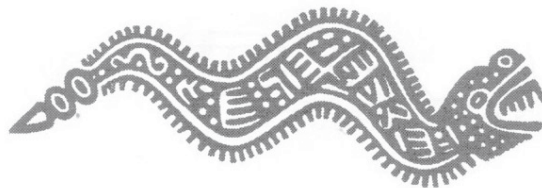
Después de haber realizado el que sería su último recorrido de campo en el sitio arqueológico que localizó en el cerro Tenantitlan, ejido El Brasilar, municipio de Temapache, Veracruz, el maestro Lorenzo Ochoa Salas, murió el 7 de diciembre de 2009, de una inesperada enfermedad pulmonar

que ahí contrajo, y contra la que luchó hasta sus últimos instantes, pues aún tenía muchas cosas que escribir. Así terminó sus días, llenos de obras y buenos amigos.

Décima a Lorenzo Ochoa
Melania Jiménez Reyes (8 de julio, 2010)

Perdió un hijo la Huasteca,
uno que hurgaba en su historia

cuya labor meritoria
enriquece biblioteca.
siempre viva, nunca seca.
Que tiene aroma de incienso
y con sentir en ascenso,
voces en teenek y en maya
hoy traspasan toda valla
diciendo adiós a Lorenzo.



Raúl Ávila López (1954-2016). Semblanza

*Gabriela Mejía Appel**

Raúl Ávila López nació el 17 de marzo de 1954 en la Ciudad de México, cursó su educación básica y de bachillerato también en esta ciudad e ingresó a los 21 años a la ENAH para iniciar los estudios en Arqueología, cuando ésta se encontraba todavía en el Paseo de la Reforma.

A fines de la década de 1970 participó en los trabajos de la llamada “cala más grande del mundo”, el gasoducto Cactus-Los Ramones, y a principios de la siguiente participó también en el Proyecto Arqueológico Huasteca a cargo del Mtro. Ángel García Cook, teniendo a su cargo durante estos años recorridos y excavaciones en los estados de Tamaulipas, Veracruz y San Luis Potosí.

Ingresó como personal de base al entonces Departamento de Salvamento Arqueológico en 1981 y a partir de ahí los caminos del trabajo arqueológico lo llevarían a investigar lo que en adelante sería el tema fundamental de su carrera: el origen y desarrollo de las chinampas como medio de subsistencia a lo largo de la época prehispánica, iniciando con su tesis de licenciatura titulada *Las chinampas de Iztapalapa: investigación de una comunidad agrícola mexicana al sur de la Cuenca de México*, presentada en 1983 y que es resultado de su trabajo en el Proyecto Central de Abasto.

Si bien tuvo otros intereses académicos que lo llevaron a cursar los estudios de maestría en Restauración Arquitectónica y a laborar por un tiempo en la Sección de Arqueología del Museo Na-

cional de Antropología, las investigaciones que realizó en Iztapalapa, Xochimilco y Tláhuac son fundamentales para entender el desarrollo de las sociedades agrícolas en la Cuenca.

De 1990 a 1995 su trabajo en el Proyecto Arqueológico Xochimilco, con intervenciones de salvamento arqueológico en la zona de ampliación del Periférico Sur, en el sitio El Japón y en las obras del Distrito de Riego de San Gregorio Atlapulco y San Lorenzo Tezonco, por mencionar algunos, permitió identificar y registrar conjuntos de viviendas de los agricultores de la zona para el periodo Posclásico. Posteriormente, en 1995 inició el Proyecto Arqueológico San Luis Tlaxiataltemalco, en el que además de adentrarse en la temática, recuperó una aldea del Posclásico temprano, y el material ahí encontrado lo llevó a proponer una tipología para el Azteca I.

Después, y sin alejarse de la zona chinampera, dirigió el Proyecto Arqueológico Xico, participó en los trabajos de remodelación del Parque Los Olivos en San Juan Ixtayopan y en la construcción de la Universidad Marista y de la Preparatoria No. 2 Fray Bernardino de Sahagún, entre otros, realizando los trabajos de salvamento correspondientes.

En 2002 ganó el Premio Alfonso Caso a mejor investigación en el área de arqueología por el proyecto “Mexicaltzingo, D.F.: arqueología de un reino Culhua-Mexica”, que tuvo su origen en el registro de una residencia noble cercana al centro de la antigua ciudad prehispánica y que fue

* Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH.

complementado con estudio de fuentes coloniales, mapas y fotografías aéreas antiguas y con las aportaciones de otros proyectos realizados previamente, además del exhaustivo análisis de los materiales cerámicos, líticos, arqueozoológicos y arqueobotánicos.

Durante los años recientes, se ocupó de la protección y mantenimiento del sitio y de las manifestaciones gráfico-rupestres de Santa Cruz Alcapixca a fin de preservarlas de la mejor manera posible dados los embates del crecimiento urbano.

Desafortunadamente, Raúl Ávila falleció el lunes 3 de octubre de 2016 en la Ciudad de México. Dejó una obra en proceso, la cual parecía

tener la intención de redondear el trabajo académico de más de 30 años y que había titulado “Origen y desarrollo de las sociedades agrícolas desde los primeros asentamientos hasta el surgimiento de los estados agrícolas”.

Como legado nos deja una gran cantidad de producción académica en libros, artículos, capítulos, informes técnicos, y además, gracias a su perseverancia, existe el Laboratorio Arqueológico Xochimilco, mismo que, en sus propias palabras, tenía la intención de convertir en un espacio de trabajo para los interesados en estudiar el sur de la cuenca de México, un proyecto que ojalá no caiga en el olvido.



Comentarios al informe del ingeniero Daniel Castañeda sobre los trabajos de exploración arqueológica en el rancho de Anzaldo

Janis Rojas Gaytán

Para entender el valor que hoy significa un texto, en apariencia simple y carente de metodología científica, como lo puede parecer a primera vista el “Informe de los trabajos de exploración arqueológica en los terrenos del rancho de Anzaldo, llevados a cabo por el Ing. Daniel Castañeda por cuenta del Instituto Panamericano”, es fundamental trasladarnos en el tiempo hasta un punto tan lejano como el siglo XIX, momento en que las manifestaciones materiales de culturas antiguas o de la *antéhistorique*¹ comienzan a despertar el interés por conocer el origen de las culturas que las crearon y la antigüedad de las mismas (Grahame, 1939: VII).

Es así como surge la arqueología prehistórica y exploradores como Heinrich Schilemann, quien excava en sitios del denominado Oriente helénico, como Troya, Micenas, Tirinto y Orcómeno, y empiezan a aplicar métodos analíticos y comparativos en que la estratigrafía desempeña un factor importante para el registro y mejor entendimiento interpretativo (Gran-Aymerich, 2001: 347-349). Para la segunda mitad del siglo XIX la arqueología europea, inserta en el positivismo

clásico, se auxilia de otras disciplinas, sobre todo de la geología y la biología, ciencias de las cuales se toman formulaciones teórico-nomotécnicas con el fin de establecer hechos y explicarlos mediante leyes que se alcanzan por inferencias inductivas, realizando generalizaciones a partir de hechos singulares (Rodanés, 1988: 49, en Graham, Grahame, 1939: 1-12).

En ese momento el desarrollo del pensamiento científico y el diseño de nuevos modelos metodológicos en las investigaciones arqueológicas aplicados en excavaciones en Europa y Oriente Medio llegan, junto con el positivismo, a fundamentar con técnicas más precisas los trabajos que se efectuaban en el país de manera incipiente y poco ortodoxa, centrada ante todo en la recuperación de antigüedades y la reconstrucción de los grandes monumentos arquitectónicos, aunque empleando recursos metodológicos con clara influencia del americanismo francés (Schávelzon, 1994).

Aunque la arqueología en México había surgido en un principio como un medio para resaltar el nacionalismo y la identidad colectiva apoyada en la revalorización de la época prehispánica, las nuevas corrientes científicas europeas de principios del siglo XX (Florescano, 2005: 153-187) encuentran suelo fértil en la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americana y en los

¹ Término empleado por Paul Tournal de Narbona, en el año de 1833 como una propuesta de definir la edad del hombre en dos periodos: *prehistórico*, antes del descubrimiento de la escritura y el *histórico*, posterior a ella.

institutos que se avocan a realizar investigaciones científicas.

Durante el devenir de la arqueología en México debemos mencionar que ésta pasó por una transformación constante que obedecía a intereses políticos de cada momento histórico. Lo anterior se manifiesta en los altos y bajos que se presentan en la primer mitad del siglo xx, donde la intención primera, impulsada por el positivismo y apoyada por Maximiliano de Habsburgo —para generar ciencia a través del conocimiento antropológico— da un paso atrás; así, en la primera década de 1900 se deja de lado el referente teórico-metodológico y convertir las exploraciones efectuadas con técnicas deficientes y agresivas, de grandes monumentos como Teotihuacán, Monte Albán y Mitla, entre otros, en un medio para atraer al turismo extranjero con la sola y única finalidad de percibir divisas.

En ese momento crucial, la conformación de la historia mexicana se construye a través de la exaltación de lo antiguo ajustado a un esquema de evolución unilineal asentado en patrones funcionalistas y difusionistas, dando un paso atrás en el avance científico logrado antes de 1900, ya que ahora:

La construcción de la historia cultural, llena de enigmas, se conforma en base al análisis de los rasgos de los materiales arqueológicos, principalmente a los derivados de estudios cerámicos, a partir de los cuales establecen series cronológicas basándose en supuestas “evoluciones” de formas o diseños que comparan con materiales de otros lugares [...] Son trabajos generalmente carentes de referencia teórica de definición, de unidades de estudio, sin una relación de sus métodos de trabajo (Caso, 1968: 16).

Es en este marco histórico donde se inserta el informe del ingeniero Daniel Castañeda, cuyo valor, sin embargo, radica en ser uno de los pocos y más antiguos referentes de las primeras exploraciones efectuadas en la cuenca de México y cuya lectura nos ha obligado a investigar, analizar, entender y revalorar los altibajos del acontecer histórico de la arqueología mexicana que ha sido eje y principal actor en la estructura de nuestra evolución social.

Bibliografía

- Caso, Alfonso
1979[1968]. A un joven arqueólogo mexicano. México, Empresas Editoriales. En Matos Moctezuma, Eduardo, Las corrientes arqueológicas en México. *Nueva Antropología*, III(12): 7-25[16].
- Grahame, Clark
1939. *Archaeology and Society*. Londres, Methuen & Co.
- Gran-Aymerich, Eve
2001. *El nacimiento de la arqueología moderna*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Schávelzon, Daniel
1994. La arqueología del imperialismo: la invasión francesa a México (1864-1867). *Mesoamérica*, 15(28).
- Florescano, Enrique
2005. Patria y nación en la época de Porfirio Díaz. *Signos Históricos*, 13: 153-187.

Informe de los trabajos de exploración arqueológica en los terrenos del rancho de Anzaldo, llevados a cabo por el Ing. Daniel Castañeda por cuenta del Instituto Panamericano

A reserva de precisar y describir con detalle en la memoria descriptiva y en el folleto que como resultado de estos trabajos de exploración publique el Instituto Panamericano, me limitaré a describir someramente las exploraciones efectuadas y los resultados obtenidos, con el fin de dar cumplimiento a las cláusulas 9ª y 10ª del Contrato-Concesión celebrado con la Secretaría de Educación Pública.

La zona arqueológica de Anzaldo, descubierta a mediados del año en curso por los trabajos que la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas realizó para la construcción de la Presa Anzaldo —en cuya zona está la exploración—, por cuenta

del Instituto Panamericano, se encuentra ubicada aguas debajo de la cortina de Anzaldo, aproximadamente a unos 600 metros del camino carretero de México a Contreras y al iniciarse el último tercio del kilómetro 18-19. La fotografía marcada con el número 1, que anexo a este informe, es una panorámica de la zona en cuestión: al fondo se ve en curva, el vertedor de la presa de Anzaldo, que se prolonga hacia la derecha, hasta unirse con la cortina de la presa; aguas debajo de estas obras, y hacia el vertedor de demasías, está la zona arqueológica que estudia el Instituto; se ven a la derecha las excavaciones durante las tres primeras semanas de la pirámide de Anzaldo y algunas de las catas efectuadas para la localización de la cerámica. Conviene advertir que también en la parte interior del paso se han practicado excavaciones y catas.

En la fotografía número 2 puede verse la excavación que designo con el número 1 y que está ubicada en el interior del vaso. En esta excavación, que aproximadamente tiene 150 metros cuadrados de superficie, por una profundidad media de 1.50 m, se encontraron restos de esqueletos humanos y gran cantidad de cerámica que clasificó a la siguiente forma para iniciar su estudio detallado con posterioridad:

A. Dieciocho piezas de cerámica que he logrado reconstruir casi en su totalidad.

B. Doce objetos diferentes en barro cocido, que aún no he tenido tiempo de estudiar ni de clasificar

C. Una gran cantidad de fragmento de cerámica y piezas en barro cocido que actualmente clasificó y estudio y que ocupan un volumen de 1/8 de metro cúbico.

Toda la cerámica, objetos de barro cocido y "tepalcate" obtenidos de esta excavación acusan un origen tolteca.

En las fotografías números 3, 4 y 5 aparecen tres catas y excavaciones efectuadas en la zona arqueológica de aguas debajo de la presa de Anzaldo.

En la fotografía número 3 se puede ver la excavación y cata que designo con el número 2. Hacia el fondo se distingue la cresta del vertedor y en la excavación se ve, hacia su fondo, la existencia de roca firme, y hacia su frente tierra suel-

ta y vegetal. De esta excavación se obtuvo gran cantidad de tepalcate, que ya estudio y clasifiqué, y cuya procedencia me parece que es indudablemente azteca.

En la fotografía número 4 se ve la excavación y cata que designo con el número 3. En ella, como en la anterior, se ve hacia el fondo la parte de roca firme, y hacia el frente la que corresponde a la tierra vegetal. De esta excavación obtuve gran cantidad de tepalcate que ya clasifiqué y estudio, pero cuya procedencia me parece completamente azteca.

En la fotografía número 5 se puede ver la excavación y cata que designo con un número 4, y que es la más grande de todas las que practiqué aguas abajo de la presa. Tiene un extensión aproximadamente de 70 m², por una profundidad que varían 1.0 y 2.50 m. De esta excavación he obtenido gran cantidad de tepalcate y cuatro fragmentos de idolillos de barro cocido (0.15 m aproximadamente de altura).

La zona arqueológica de Anzaldo queda localizada precisamente en las estribaciones del pedregal de San Ángel, de suerte que los objetos encontrados en las excavaciones que practiqué, así como el tepalcate, se encuentran entre la tierra vegetal cercana a las rocas del pedregal, es decir a las estribaciones del mismo, lo que me hizo suponer que tal vez se utilizarán las "cuevas" y "fallas" rocosas para arrojar la cerámica en fragmentos según los he encontrado. Por esta razón en la excavación número 4 traté de seguir una de estas cuevas, lo que logré en parte, pero durante el curso de la excavación tuve que volar con dinamita un pequeño banco de rocas, que se puede ver hacia la izquierda de la fotografía. Al fondo de la misma fotografía, y en el lugar donde aparece de pie, se ve la roca firme en donde probablemente se inicia la "cueva", y hacia el frente toda la parte que comprende la tierra vegetal y cuya tierra reposa sobre roca firme.

A más de las excavaciones y catas a que me he referido practiqué otras cuatro, completamente en terreno vegetal y fuera de la zona que limitan las estribaciones del pedregal. Estas excavaciones, de las que no presenté fotografías por carecer de importancia, no produjeron ningún resultado práctico y solamente las realicé con el fin de con-

vencerme de que la zona arqueológica quedaba realmente localizada entre el fin del pedregal y el principio de la tierra vegetal.

Limitada la zona arqueológica como queda dicho y por otras pequeñas catas que practiqué en ella, he llegado al convencimiento de que todo ese lugar estaba destinado a guardar cerámica, ya sea entera[o] en fragmentos. Si a lo anterior se agrega que, según los recuerdos de los vecinos del pueblo de San Jerónimo, en el lugar en que practiqué las excavaciones estuvo localizado, hace muchos años, el primitivo pueblo de San Jerónimo y ahí tuvo su asiento la población precortesiana que dio origen a este pueblo, es casi seguro que la cerámica y los fragmentos de alfarería encontrados procede de los pobladores precortesianos de este antiguo pueblo. Dos hechos convienen apuntar:

1. La zona donde se encuentran los fragmentos de cerámica y el tepalcate es precisamente la que se localiza en las estribaciones del pedregal de San Ángel.

2. La cerámica encontrada en esta zona tiene procedencia azteca.

Aguas abajo de la presa de Anzaldo, y precisamente muy cerca de la unión de la parte final de la presa y el vertedor de demasías (véase fotografía número 10), encontré una pirámide de construcción característicamente azteca. En la visita panorámica de la zona puede verse la pirámide a que me refiero. Esta fue localizada en su talud sur al construirse la cortina de la presa y descubierta por las excavaciones practicadas por el Instituto.

A reserva de dar una descripción detallada de la ubicación, formas y restauración de este monumento, presento las fotografías siguientes con los trabajos tal como estaban el día 8 del actual:

La fotografía número 6 muestra el lado poniente del monumento con su escalera de típica forma azteca y con una evidente superposición de estructuras.

La fotografía número 7 muestra el detalle de las escaleras del lado poniente, ya restauradas.

La fotografía número 8 muestra el lado oriente de la pirámide inmediatamente después de po-

nerlo al descubierto. Al fondo de la fotografía se distingue el muro de piedra de la parte final de la presa.

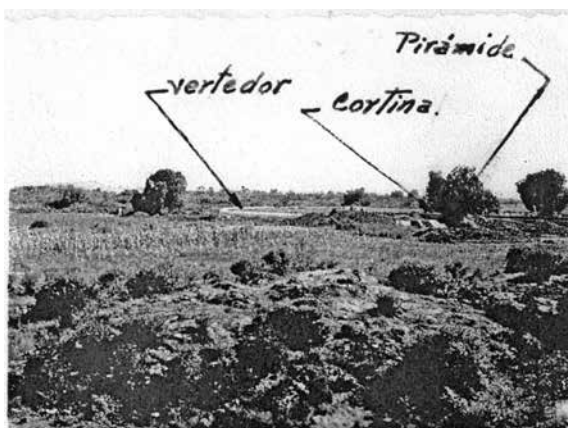
En la fotografía número 9 se ve el lado norte de la pirámide tomada de oriente a poniente inmediatamente después de su total descubrimiento y antes de su restauración.

En la fotografía número 10 se ve parte del lado sur de la pirámide, tomado de poniente a oriente, hasta su intersección con el muro de la presa; al fondo de la fotografía, y muy aproximadamente donde estoy de pie, debe encontrarse en la intersección de los lados este y sur de la pirámide. Esta parte no la he puesto al descubierto ni creo prudente que se haga porque es precisamente lo que queda dentro de la presa de Anzaldo y a inmediaciones del vertedor de demasías, que se ve con toda claridad en la parte superior derecha de la fotografía.

En la fotografía número 11, y ya hacia su parte central, se encuentran montículo anexo a la pirámide que designo con la letra "A" y del que me ocuparé en mi próximo informe. La pirámide de que se trata está construida de tierra suelta y roca tomada directamente de las inmediaciones del pedregal y está formada de una primera estructura, con superposición que indudablemente le es posterior. Tiene un revestimiento del que aún quedan partes muy considerables, en forma de una capa de 0.08 a 0.10 m de espesor de una mezcla de lodo y tepetate, que le da a una aceptable consistencia exterior. La restauración la he llevado a efecto, completando la estructura primaria y la superestructura superior y posterior con lodo y piedra tomada directamente del pedregal y de las mismas ruinas y protegiéndola con un recubrimiento de tepetate, que se encuentra de muy buena calidad a inmediaciones de la región.

México, D. F., a 18 de diciembre de 1934.

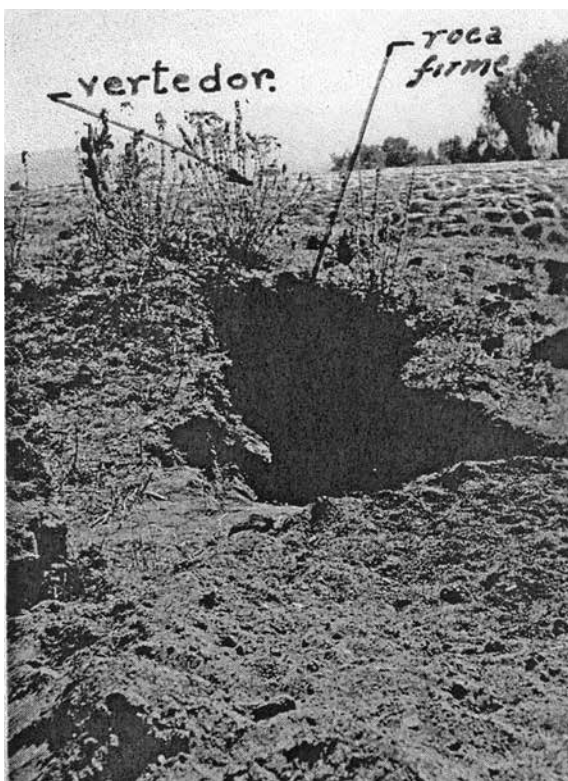
Ingeniero Daniel Castañeda



● Fig. 1 Panorámica de la región arqueológica de Anzaldo.



● Fig. 2 Excavación número 1 de la que se obtuvo cerámica de procedencia tolteca.



● Fig. 3 Excavación y cata número 2.



● Fig. 4 Excavación y cata número 3.



● Fig. 5 Excavación y cata número 4.



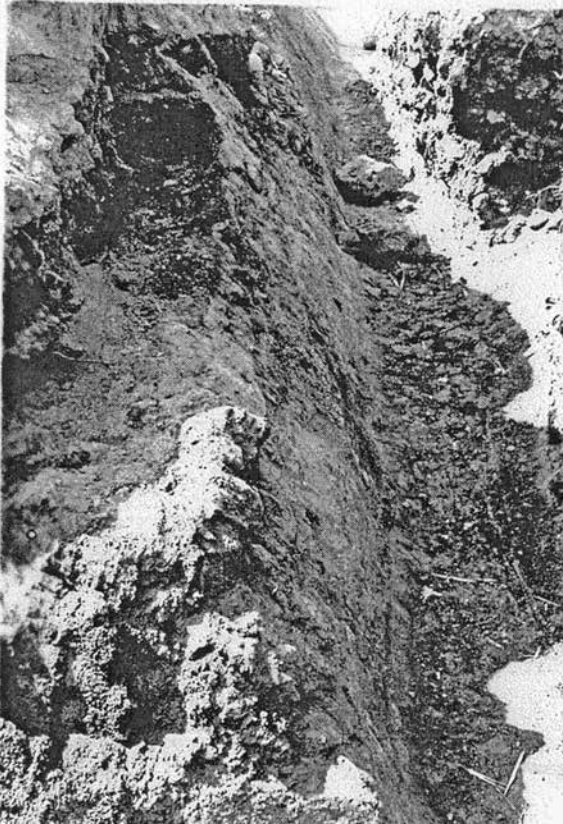
● Fig. 6 Lado poniente de la pirámide.



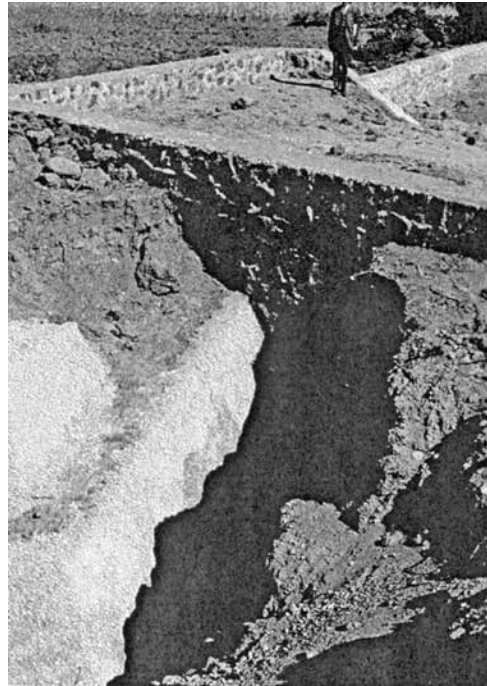
● Fig. 7 Detalle de la escalera del lado poniente de la pirámide.



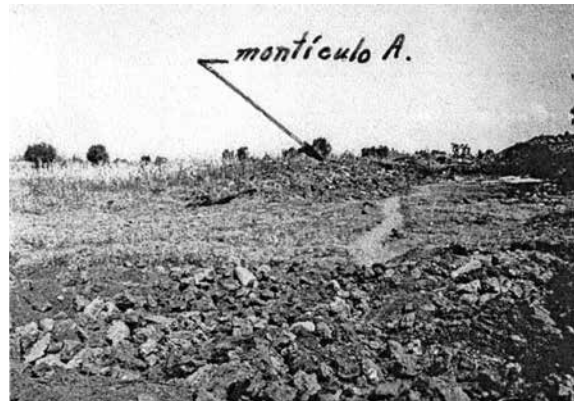
● Fig. 8 Lado oriente de la pirámide tomado de norte a sur.



⊙ Fig. 9 Lado norte de la pirámide, tomado de oriente a poniente.



⊙ Fig. 10 Parte del lado sur de la pirámide tomado de poniente a oriente.



⊙ Fig. 11 Vista del montículo anexo a la pirámide.

Orientaciones astronómicas en la arquitectura maya de las tierras bajas*

Pedro Francisco Sánchez Nava e Iván Šprajc. México, INAH, 2015.



Se trata de una importante publicación escrita por dos especialistas de la arqueología mesoamericana: Pedro Francisco Sánchez Nava e Iván Šprajc, quienes a lo largo de varias décadas de su vida han ido abriendo ventanas que hoy permiten asomarnos a ese ámbito desconocido de la relación entre las construcciones monumentales y diversos fenómenos celestes.

La estructura de la obra es sencilla y está organizada en forma pragmática: una introducción, un

apartado de metodología, el análisis de los datos, el uso práctico y el significado simbólico de las orientaciones, comentarios sobre sitios y orientaciones específicas, y conclusiones. Por último, en el trabajo de campo y de gabinete se hace referencia a una nutrida bibliografía sobre el tema.

En todas las civilizaciones la astronomía ha tenido un papel de primer orden, no sólo por vincular al hombre con los astros, sino especialmente por su utilidad práctica. Y los mayas de ayer no fueron la excepción. Los rumbos marcados por el sol y la luna permitieron a los mesoamericanos antiguos orientarse en el espacio. Entre los mayas fue entonces importante diferenciar esas orientaciones mediante deidades, aves, árboles y colores específicos. El rojo para el oriente, por el diario renacer del sol. El negro para el oeste, porque allá inicia la oscuridad de cada día. El blanco para el norte y el amarillo para el sur. El centro fue asociado con un color verde-azuloso o azul-verdoso, *yaax*, pues los mayas le llamaban de igual manera a ambas gamas cromáticas.

Pero la observación de los astros también llevó a entender que existen ciclos específicos y ello permitió a los mayas orientarse en el tiempo. A su vez, esos cambios cíclicos visibles en el firma-

* Texto leído en la presentación de la publicación en la 37 FERIA INTERNACIONAL DEL LIBRO DEL PALACIO DE MINERÍA, CIUDAD DE MÉXICO, el 27 de febrero de 2016.

mento coinciden con cambios estacionales en la naturaleza. Por ello los registros astronómicos fueron particularmente necesarios al surgir la agricultura. Con el tiempo esos conocimientos conformaron un corpus de datos exactos y útiles en términos prácticos, generándose así los calendarios.

En el apartado relacionado con la metodología los autores señalan que es importante disponer de una gran cantidad de datos confiables o precisos y, al mismo tiempo, homogéneos, lo cual permitirá efectuar análisis serios e interpretaciones convincentes.

Se tomó información de estructuras asociadas a prácticas religiosas y con actividades públicas, mismas que sobresalen en el paisaje por su monumentalidad. Por supuesto, ese tipo de construcciones fue relevante por su funcionalidad y por haber concentrado el trabajo colectivo de muchos individuos organizados por un poder político y religioso.

Las mediciones se tomaron con brújulas de precisión, con teodolito y referencia solar empleando técnicas especializadas establecidas en el trabajo arqueo-astronómico. La corrección de los azimuts magnéticos se efectuó mediante la calculadora en línea del National Geophysical Data Center, National Oceanic and Atmospheric Administration (NOAA) de Estados Unidos. Cuando fue posible, las alturas del horizonte a lo largo de los alineamientos se obtuvieron mediante el modelo digital de relieve de la Península de Yucatán, también disponible en línea (SRTM NASA: <http://www2.jpl.nasa.gov/rstm/>) mediante el *software* Horizon 0.07c. Cabe comentar que la declinación del sol varía continuamente en el transcurso del año trópico y para mayor precisión se usó también el apoyo de otro programa accesible en línea elaborado por el Solar System Dynamics Group, Jet Propulsion Laboratory, de la NASA.

El tercer apartado del libro que hoy nos reúne contiene el análisis de los datos recopilados. Aquí se incluyen, entre otros elementos, el tipo de estructura, el rumbo hacia el cual mira la fachada, la temporalidad del edificio, la latitud norte, el azimut norte y su error estimado, la declinación correspondiente al azimut, el azimut hacia el este y su error estimado, la altura del horizonte este u oeste

y su declinación, las fechas de salida y puesta del sol, los intervalos en días de dichas fechas, etcétera.

Nos presentan así una tabla con la información obtenida en 271 construcciones de 83 asentamientos distribuidos en las cinco entidades mexicanas del sureste y cuatro sitios más localizados en el Petén guatemalteco.

Una primera observación es la preponderancia de las orientaciones este-oeste en los edificios estudiados. Por demás interesante resulta que dicha situación existente en las tierras bajas mayas sea muy similar a la de las orientaciones arquitectónicas registradas en el centro de México. En ambas regiones, aunque distantes, es claro que se usaron los cuerpos celestes como puntos de referencia en el horizonte.

Algunas de esas orientaciones están vinculadas con los extremos del sol, registrando así el solsticio de diciembre y el de junio; oriente y poniente, respectivamente. Los solsticios son fácilmente perceptibles porque el sol se detiene en los extremos de su desplazamiento anual sobre el horizonte y esa referencia fue fundamental para ubicarse en el año de las estaciones.

En cuanto a los equinoccios, más se ha publicado en torno a ellos que lo que en realidad ocurrió en tiempos antiguos. Los equinoccios sólo pueden determinarse con métodos relativamente sofisticados. Los registros de Sánchez Nava y Šprajc muestran que las orientaciones equinociales son muy escasas. En su lugar detectaron puestas de sol en los llamados días de cuarto del año, es decir, fechas que ocurren dos días después del equinoccio de primavera (23 de marzo \pm 1 día) y dos días antes del equinoccio de otoño (21 de septiembre \pm 1 día). Esas fechas, junto con los solsticios, dividen el año en cuatro partes de casi igual duración (un promedio de 90 días). Esta situación en la que prácticamente no se registraron equinoccios, pero sí se consideraban cuartos del año coincide, nuevamente, con lo observado en el centro de México.

Respecto del planeta Venus, cuyo brillo nos ha hecho llamarlo lucero de la mañana y del atardecer. Los extremos de salida y ocaso de Venus sobre el horizonte presentan patrones de ocho años. Ello se debe a que cinco revoluciones sinódicas de Venus equivalen a casi 8 años trópicos

(5×583.92 días = 2919.6 días; mientras 8×365.2422 días = 2921.9376 días), tal como lo registraron los mayas antiguos en el *Códice de Dresde*.

Cuando Venus es visible como estrella vespertina siempre alcanza su declinación extrema antes de que ocurran los solsticios; entre abril y junio (extremos norte) y entre octubre y diciembre (extremos sur). En otras palabras, los extremos de Venus vespertino casi delimitan la época de lluvias y, en consecuencia, el ciclo agrícola mesoamericano. Algunos de los sitios en que registraron orientaciones muy posiblemente vinculadas con los extremos máximos de Venus son Izamal, Nuevo Chetumal, Oxtankah, San Claudio, Tancah y Uxmal.

Por lo que corresponde a la luna, ésta también es un llamativo cuerpo celeste cuyos movimientos en el horizonte se registran desde tiempos inmemoriales. Aunque —como bien señalan Sánchez Nava y Šprajc— el movimiento aparente de nuestro satélite natural es muy complicado. Si bien recorre el horizonte a lo largo del mes, también hay que considerar que tiene un ciclo de 18.6 años, abarcando ángulos distintos.

De la información recopilada se desprende que los edificios orientados con paradas o extremos lunares mayores se concentran en la costa noreste de la península yucateca; algunos en la isla de Cozumel (San Gervasio, Buenavista y La Expedición) y otros en el litoral oriental (Xelhá, Tancah, Tulum y Paalmul, además de Cobá). Los autores nos recuerdan que seguramente ello no es fortuito, al menos durante el periodo Posclásico, pues sabemos que en esa región había un fuerte culto a la diosa lunar Ixchel. Otros inmuebles con orientaciones lunares han sido registrados en sitios como Izamal, Palenque, Sabana Piletas, Xcalumkín y Yaxchilán.

Los extremos lunares menores también fueron registrados y, en este caso, la documentación lograda por Sánchez Nava y Šprajc es mayor. Aquí se incluyen construcciones de sitios como Acanmul, Calica, Chakanbakán, Chichén Itzá, Dzibanché, Dzibilchaltún, Edzná, La Blanca, Palenque, Sayil, Toniná y Xlapak.

Además del sol, Venus y la luna, alguien podría preguntar si los mayas orientaron estructuras ha-

cia alguna estrella. Pues ello es probable, aunque el problema principal es demostrar la intencionalidad de dicha orientación. Teorizando en ese sentido, los autores señalan que existen posibilidades para haber considerado a la estrella Fomalhaut. Tal sería el caso de registros de orientaciones tomadas en lugares como Akumal, Arrecife, Calica, Cobá, Lacanhá, Plan de Ayutla, San Gervasio, Xcaret y Xelhá.

El cuarto apartado del libro contiene la interpretación; es decir, el uso práctico y el significado simbólico de las orientaciones. En esas páginas los autores explican por qué los mayas de ayer decidieron orientar algunos edificios acordes con determinados fenómenos astronómicos.

Las orientaciones asociadas a las salidas y puestas solares, especialmente en los solsticios, marcaron momentos críticos que inician nuevos ciclos de vida. Ello no solamente está documentado entre los mayas prehispánicos; también ocurrió en otros tiempos y latitudes del planeta. El conocimiento de los momentos idóneos para facilitar la coincidencia de las actividades agrícolas con el ciclo de lluvias y sequía de la naturaleza permitió adquirir no sólo alimentación para la sociedad, sino incluso excedentes que pudieron intercambiarse o invertirse en labores especializadas.

El manejo de esa información adquirió también un gran significado simbólico y generó diversos rituales que enriquecieron la cosmovisión al tiempo que alimentaron y reforzaron el ámbito religioso. Ello fue trastocado con la Conquista y la introducción de nuevos parámetros europeos. No obstante, muchos ejemplos etnográficos ilustran todavía acerca de una estrecha relación entre la observación del cielo y las prácticas agrícolas.

En otras palabras, las orientaciones solares facilitaban la debida programación de las labores agrícolas y de los rituales y ceremonias correspondientes. Es posible que la relativa diversidad de las fechas que marcan las orientaciones sea un reflejo de las variaciones regionales y locales en las actividades rituales, similares a las que se practican en nuestros días.

El cuarto apartado habla de las orientaciones venusinas. La relevancia de ese planeta seguramente se debe a su luminosidad, únicamente superada por el sol y la luna. Como se ha comen-

tado, los extremos o paradas de Venus son fenómenos que anuncian, o bien coinciden con, el inicio y el fin de la época de lluvias y del ciclo agrícola. Por ello ese planeta, en especial como estrella vespertina, era asociado con la lluvia, el maíz y la fertilidad. De ahí se desprende su relevancia en la religión, así como en la ideología política.

En cuanto a la importancia de las observaciones lunares en tiempos precolombinos, existe bastante evidencia no sólo de carácter religioso sino también en registros detallados, los cuales permitieron precisar el cómputo del tiempo y la predicción de eclipses. De manera similar a otras culturas del mundo, entre los mayas la luna está asociada con el agua, la tierra y la fertilidad. En las comunidades mayas tradicionales las fases lunares aún representan un factor relevante en la programación de las labores agrícolas.

El quinto apartado de la obra contiene comentarios sobre sitios arqueológicos y orientaciones específicas. Se presenta cada uno de los 87 asentamientos prehispánicos en los que se registraron observaciones para uno o más edificios, discutiendo el significado de las orientaciones, los datos contextuales que apoyan la interpretación propuesta y las referencias bibliográficas pertinentes. Los sitios son presentados en orden alfabético y para algunos inmuebles se agrega una fotografía donde claramente detalla la observación astronómica.

En el apartado de conclusiones del libro encontramos seis páginas y media que intentaremos resumir en diez puntos.

1. La información analizada muestra que las orientaciones registradas en la arquitectura monumental maya se explican por consideraciones astronómicas, sobre todo por la posición de cuerpos celestes en el horizonte.
2. Las orientaciones tuvieron lugar casi exclusivamente en dirección este-oeste.
3. Los cuerpos celestes más observados fueron los extremos de Venus en el horizonte poniente; las paradas o extremos de la luna y, en muchos casos, las salidas y puestas del sol en fechas específicas.
4. Los fenómenos antes indicados son comprensibles no sólo en función de la cosmovisión maya, sino también por la importancia de dichos sucesos, al marcar la periodicidad de ciertos cambios climáticos como el inicio y el fin de las lluvias.
5. Además de las épocas más relevantes del ciclo agrícola, es evidente que las fechas registradas tienden a separarse por múltiplos de 13 y de 20 días.
6. Ello indica el uso de calendarios observacionales o complementarios que permitían monitorear el deslizamiento del calendario formal respecto al año trópico y útiles para programar las labores agrícolas en cada ciclo anual.
7. El registro de los extremos de Venus y de la luna en el horizonte nos habla de la relevancia de esos cuerpos celestes en el pensamiento y la vida cotidiana de los mayas de ayer.
8. Además, no todos los edificios fueron orientados a partir de criterios astronómicos. Ello puede explicarse como variaciones regionales basadas en aspectos culturales.
9. Las orientaciones solares existieron en las tierras bajas mayas desde varios siglos antes de nuestra era, lo que llamamos el Preclásico, hasta la Conquista. Evidentemente ocurrieron antes que en Teotihuacán, muchas veces considerado como lugar de origen.
10. Las exploraciones de los últimos años para conocer las épocas tempranas de la Pirámide de la Luna y la información cerámica asociada, amén de otros elementos hallados en diversos sitios mayas requieren una reconsideración de las presuntas influencias teotihuacanas en el área maya.

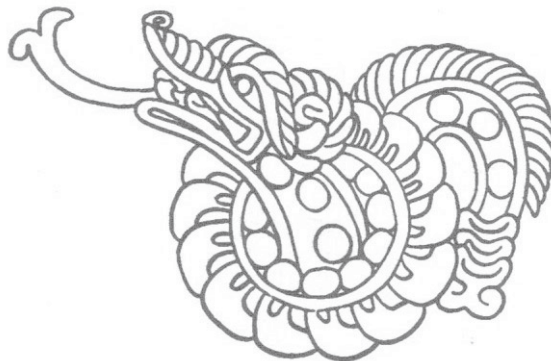
Hoy podemos leer, disfrutar, comparar, criticar o comentar toda la información previa. Pero también debemos decir que para lograrla fueron necesarias muchas horas de trabajo. Recuérdese que fue necesario esperar a que saliera el sol y aguardar a que luego se ocultara. Lo mismo con la luna y con Venus en fechas específicas; esperando que

no hubiera nubes en el horizonte. Ello parece fácil, pero no olvidemos que esas actividades se realizaron en medio de la selva que rodea a los edificios precolombinos. Y allá no hay mucha luz en esos momentos especiales, pero sí hay muchos moscos e insectos, además de garrapatas y, ocasionalmente, una que otra serpiente.

El libro *Orientaciones astronómicas en la arquitectura maya de las Tierras Bajas* tiene, además,

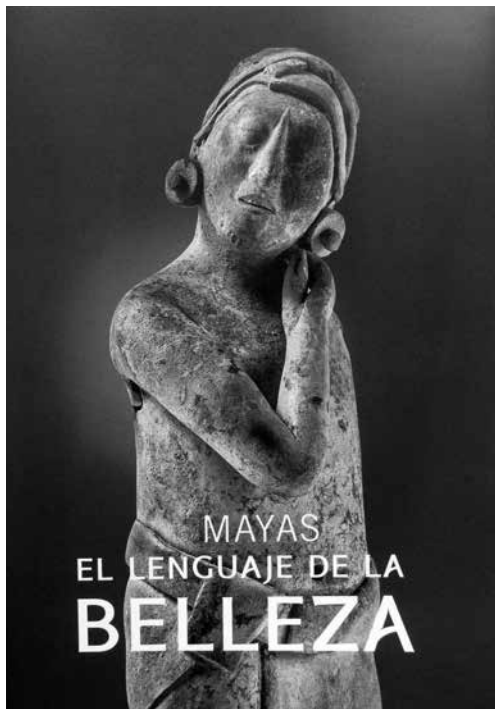
una amplia bibliografía que respalda el discurso y las contribuciones que integran a la obra. ¡Felicidades, Pedro; felicidades, Iván! por esta nueva aportación al mundo maya y a Mesoamérica.

ANTONIO BENAVIDES CASTILLO
Centro INAH Campeche



Mayas. El lenguaje de la belleza

México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2015



Mayas. El lenguaje de la belleza es el catálogo de la exposición de piezas prehispánicas que lleva el mismo nombre. Es una publicación de 224 bellas páginas no sólo por sus buenas fotografías, sino también porque contiene tres contribuciones académicas que nos hablan de la temática desarrollada a través de la exposición y de piezas específicas contenidas en la muestra.

Karina Romero Blanco, curadora de la exhibición, logró crear un hilo conductor para presentar

en forma adecuada cada una de las 274 piezas procedentes de 16 museos del INAH y del Museo Carlos Pellicer Cámara del Instituto de Cultura de Tabasco.

La exposición ha sido presentada en ciudades como Cancún y Villahermosa. Después fue a Beijing, China, y luego estuvo en la blanca Mérida. La magnífica muestra llegó a Berlín en 2016.

La primera parte del libro contiene las aportaciones de tres especialistas con vasta experiencia en el mundo maya: Adriana Velázquez Morlet, del Centro INAH Quintana Roo; Miriam Judith Gallegos Gómora, del Centro INAH Tabasco; y el suscrito, del Centro INAH Campeche.

Velázquez Morlet nos habla del cuerpo humano visto desde cuatro perspectivas a partir de la mirada maya. Reflexiona sobre el arte maya y la iconografía de los objetos presentados, mostrando que las creaciones estéticas de diversos asentamientos y distintos periodos de la civilización maya han sido el resultado de procesos sociales y políticos. Muchos de los elementos de la muestra evidencian la clara intención de transmitir un mensaje religioso e ideológico a la sociedad que los creó. La exposición también nos habla de la evolución de las ideas del pueblo maya acerca del cuerpo.

Por su parte, Gallegos Gómora aborda el tema de la identidad de la mujer maya en función de su atuendo. Nos habla de sus adornos y modificaciones corporales, según se advierte en el análisis de múltiples figurillas de sitios tabasqueños como

Jonuta y Comalcalco, donde ha desarrollado varias temporadas de campo.

Además, Judith Gallegos resalta, y con razón, el importante papel desempeñado por las mujeres en la sociedad maya precolombina; no sólo en las cortes reales como poderosas consortes o gobernantes, sino también como eje de la vida cotidiana en todos los estamentos sociales. El atuendo femenino —al igual que el masculino—, hacía las veces de una “piel social” que identificaba no sólo etnia sino muchos otros rasgos como edad, jerarquía, estado civil, ocupación, etcétera.

La contribución sobre figurillas de la costa campechana es de mi autoría y en ella trato de elaborar un apretado resumen de los varios tipos de piezas que han sido reportados hasta la fecha. Anoto, además, que la tradición de sepultar a los muertos con figurillas es un fenómeno que tiene profundas raíces precolombinas en comunidades del centro y del sur de Veracruz, al igual que en la costa campechana, sobre todo en sitios como Los Guarixés, Villa Madero, Champotón, Jaina, Isla Piedras e incluso Xcambó, en la costa noroeste de Yucatán.

Curiosamente, no hay reportes de enterramientos humanos acompañados de figurillas en sitios de tierra adentro en las inmediaciones de Jaina como Oxkintok, Uxmal, Kabah, Xcalumkín o Edzná. Cabe agregar que muchas de las terracotas sirvieron también como sonajas, o bien, como silbatos.

La gran calidad estética de esas imágenes portátiles de hombres, mujeres, animales y seres fantásticos facilita entender las escenas palaciegas de tableros como los de Palenque, las representaciones de altos dignatarios talladas en estelas, tableros y dinteles de Yaxchilán o Pomoná; o bien las historias narradas en las vasijas policromas del Petén y de la región de los Chenes, en el noreste campechano.

El segundo apartado de la obra contiene una selección de piezas por secciones; es decir, el cuerpo humano tratado como un lienzo; el cuerpo revestido; la contraparte animal y los cuerpos de la divinidad. Se nos recuerdan así las modificaciones temporales, como el peinado o la pintura corporal, o bien, los cambios permanentes, como la deformación craneana, la mutilación e incrus-

tación dentaria o las perforaciones practicadas para alojar bezotes, narigueras u orejeras.

En las páginas que hablan sobre “El cuerpo como lienzo” vemos figurillas campechanas, tabasqueñas o chiapanecas que llevan la piel pintada de blanco, de ocre o de azul; cuerpos maniatados y con orejera de papel, como el guerrero vencido de Toniná, o rostros hieráticos, serios o sonrientes, como los de Comalcalco, Balancán y Ek Balam, logrados en estuco, piedra o cerámica. En esa sección del libro también vemos máscaras quintanarroenses de mosaico de jadeíta, exhumadas en Noh Kah y en Dzibanché.

En el apartado “El cuerpo revestido” admiramos la exquisita variedad de tocados, indumentaria y accesorios de las élites mayas, pero también del pueblo común. En este caso nuestros guías son esculturas de Chichén Itzá, terracotas de Jaina, Palenque o Tenam Rosario, así como platos policromos del Museo Regional de Antropología de Yucatán. Algunos ejemplos de accesorios son objetos de jadeíta como orejeras de Kinichná, Chichén Itzá y Kohunlich; o bien, collares de concha, jadeíta y obsidiana procedentes de Muyil, El Naranjal y Dzibanché.

Más adelante se habla de la relevancia que tuvieron los animales en la vida cotidiana maya, tanto en relación con el aprovechamiento de la fauna como respecto del papel sobrenatural que desempeñaba, en ocasiones formando seres de naturaleza fantástica. Las piezas que ilustran ese aspecto incluyen aves pintadas en vasos y cuencos; figurillas de loros y palomas excavadas en Jaina; monos de vasijas procedentes de la región del Usumacinta, de La Trinitaria, de Toniná o de Calakmul; jaguares de Comitán; un coatí de Tenam Rosario; serpientes de jadeíta, de cerámica y de caliza recuperados en Chichén Itzá, Jaina y Oxkintok.

En la sección denominada “Los cuerpos de la divinidad” se nos obsequia una amplia mirada al complejo mundo mítico de los mayas de ayer. Ahí podemos ver la fusión de seres humanos con animales o vegetales, o la sorprendente concepción de deidades según imaginaron maestros alfareros, pintores, talladores de piedra y artistas del estuco modelado.

Esas páginas ofrecen astros humanizados, como aquellos rostros solares de Tapijulapa y de

Palenque, con ojos en espiral; o la figurilla de la luna con cuerpo de joven mujer. No faltan los monstruos de la tierra con grandes fauces abiertas; los atlantes míticos tallados en caliza, que sostenían las cuatro esquinas del mundo; las aves fantásticas de Calakmul con cabeza humana, a veces rodeadas de escolopendras, como en los platos funerarios de los Chenes. Allá vemos a las tortugas azules de Mayapán montadas por Itzamná; o incensarios policromos de barro cocido, algunos con larga nariz curvilínea que antecede a Pinocho. También están aquí los enanos de Jaina, con cuerpos regordetes y extremidades cortas; seres que formaban parte de las cortes reales y cuyas peculiaridades les vinculaban con lo sagrado.

Por último, la publicación contiene una “Lista de obra”, en la que se muestran 274 piezas de la colección reunida para esta exposición. Para cada pieza se elaboró una fotografía específica y junto a ella se anotan una breve descripción, su pro-

cedencia, cronología, material de manufactura, acervo del cual proviene y número de inventario. Tarea ardua y de conjunto (tediosa, diríamos coloquialmente), pero que facilita la rápida consulta para quien se interese en tales detalles.

En las páginas de este bello libro se ofrecen varias ventanas al pasado. A través de ellas podemos atisbar y entender un poco algunos aspectos de la compleja cosmovisión de una cultura milenaria de profundas raíces. Aún hoy, a pesar de los cambios sufridos durante el periodo virreinal y resistiendo los embates de la modernidad, la cultura maya tiene importantes ramas en que florecen buen número de comunidades tradicionales; orgullosamente peninsulares en nuestra cercanía, de cara al futuro y con un renovado lenguaje de la belleza.

ANTONIO BENAVIDES CASTILLO
Centro INAH Campeche

Fe de erratas: Por un error involuntario, en la portada de *Arqueología* núm. 52 aparece el título del texto “La cueva mortuoria subterránea: metáfora del vientre materno y del camino hacia los ancestros”, que en realidad no forma parte de los contenidos de ese número. Una disculpa a nuestros lectores. (N. del E.)

CONOCE LAS REVISTAS DEL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

ALQUIMIA

Publicación cuatrimestral del Sistema Nacional de Fototecas del INAH. Se edita desde finales de 1997 buscando llegar al público interesado en la fotografía histórica y contemporánea, mediante la edición de números monográficos que dan a conocer investigaciones inéditas y relevantes de especialistas en torno a los acervos fotográficos y fotógrafos notables dentro del territorio nacional, contribuyendo con ello a la construcción de la historia de la fotografía en México.
revistas.inah.gob.mx/index.php/alquimia



ANTROPOLOGÍA. Revista interdisciplinaria del INAH

Revista de la Coordinación Nacional de Difusión del INAH, que desde 1984 se mantuvo como *Boletín Oficial del INAH*, con la edición de 101 números. En 2017 inicia una nueva etapa con periodicidad semestral. Publica investigaciones recientes, de carácter teórico o empírico, partiendo del principio de la interdisciplinariedad, entendida ésta como la necesaria vinculación entre los saberes histórico, antropológico, arqueológico o lingüístico.
revistas.inah.gob.mx/index.php/antropologia/issue/archive



ARQUEOLOGÍA

Revista científica de periodicidad cuatrimestral de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH, fundada en 1987. Publica artículos originales de investigación arqueológica, enviados o propuestos, en los temas de exploración y ensayo sobre la arqueología mexicana. Su contenido va dirigido a un público de especialistas e interesados en la investigación arqueológica reciente en nuestro país.
revistas.inah.gob.mx/index.php/arqueologia



ARQUEOLOGÍA MEXICANA

Revista bimestral fundada en 1993, copatrocinada con Editorial Raíces. Su propósito es difundir entre un público muy amplio y por los más diversos medios los trabajos de exploración arqueológica realizados en diversas regiones de México. Publica números monográficos a partir de las colaboraciones de un sinnúmero de especialistas.
arqueologia.mexicana.inah



BOLETÍN DE MONUMENTOS HISTÓRICOS

Publicación cuatrimestral de la Coordinación Nacional de Monumentos Históricos del INAH, en la que distintos especialistas, entre arquitectos, historiadores, arqueólogos, difunden sus investigaciones más recientes, con el propósito de aportar al conocimiento del patrimonio histórico edificado de nuestro país.
boletin.inah.inah.gob.mx



CON-TEMPORÁNEA. Toda la historia en el presente

Revista digital de periodicidad semestral de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, dirigida a investigadores de diversas disciplinas, estudiantes y público en general, interesados en la historia contemporánea en sus diversas vertientes temáticas (política, violencia, migración, ciencia, movimientos sociales, urbanización, etc.). Promueve variadas tramas narrativas, captura acontecimientos fundadores, amplía el tiempo-espacio con nuevos sujetos y temas, acoge la riqueza de miradas y métodos históricos.
con-temporanea.inah.gob.mx



CONVERSACIONES... CON

Publicación de la Coordinación Nacional de Conservación del Patrimonio Cultural del INAH, que da a conocer textos fundamentales del campo de la conservación del patrimonio cultural que han influenciado el desarrollo teórico y conceptual de la disciplina y que no han sido publicados en español. Incluye los textos en su versión original, acompañados de su traducción al español, además de otros ensayos de autores invitados nacionales e internacionales que retoman, discuten y debaten los temas planteados en el texto principal.
conversaciones.inah.gob.mx/publicaciones



CUICUILCO. Revista de Ciencias Antropológicas

Revista cuatrimestral de la Escuela Nacional de Antropología e Historia del INAH, dedicada a difundir avances de investigación en el ámbito de temas concernientes a las ciencias sociales como la antropología social, la etnología, la arqueología, la historia, la etnohistoria, la lingüística y la antropología física. Incluye con frecuencia artículos provenientes de los campos de la filosofía, el psicoanálisis, la sociología y la psicología. Forma parte del índice de Revistas Mexicanas de Investigación Científica y Tecnológica del Conacyt.
revistas.inah.gob.mx/index.php/cuicuilco



DIARIO DE CAMPO

Publicación cuatrimestral de difusión y extensión académica de la Coordinación Nacional de Antropología del INAH, que da a conocer resultados de investigaciones sobre temas de antropología, historia, lingüística y ciencias sociales afines, con el propósito de contribuir al conocimiento sobre las ciencias antropológicas y la historia en nuestro país. En la actualidad se encuentra en su cuarta época y en camino de integrarse en diversos índices de producción académica.
diariodecampo.mx



DIMENSIÓN ANTROPOLÓGICA

Revista cuatrimestral de la Coordinación Nacional de Antropología del INAH, dedicada a la difusión científica de las diversas disciplinas antropológicas —antropología física (<http://arqueologiamexicana.inah.mx/>), lingüística, arqueología, etnohistoria, etnología, antropología social— y a la historia, desde una perspectiva integral. Busca destacar el valor de la investigación antropológica en sus muy diversas corrientes y tendencias, y estimular el debate sobre libros especializados de publicación reciente. También difunde hallazgos y acervos sobre la fotografía histórica.
dimensionantropologica.inah.gob.mx



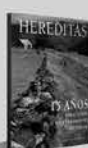
GACETA DE MUSEOS

Publicación cuatrimestral de la Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones del INAH, dedicada al intercambio, reflexión y libre opinión sobre museología, curaduría, museografía, políticas culturales relativas a los museos, comunicación educativa, estudios de públicos y otros temas afines en los ámbitos nacional e internacional. Pretende ser un espacio abierto para compartir experiencias, reflexionar, aportar herramientas y tender puentes entre los trabajadores de los museos, con especial énfasis en los pertenecientes a la red de museos del INAH.
boletinesocial.inah.gob.mx/museos-y-exposiciones/gaceta-de-museos



HEREDITAS

Revista de divulgación de la Dirección de Patrimonio Mundial del INAH, que desde el 2001 mantiene el firme interés en abrir un espacio de información sobre el patrimonio mundial a la comunidad cultural de nuestro país, de la región latinoamericana y de otras regiones. Aborda diversidad de temas, desde una visión contemporánea de los conceptos del patrimonio, que ha hecho suyos la Convención de Patrimonio Mundial Cultural y Natural (1972).
pgh.inah.inah.gob.mx/index.php



HISTORIAS

Revista cuatrimestral de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, que publica y discute —abierto, diversa, pluralmente— algunas aperturas de producción histórica y de los diversos aspectos del acontecer humano principalmente en México, aunque no exclusivamente. Se inscribe en la dimensión contemporánea de la historiografía, sin agotar con ello las posibilidades de comprender la realidad y sin pretender una veracidad definitiva. Aborda diversos aspectos del acontecer histórico, apelando a diversas disciplinas, fuentes, enfoques, metodologías e interrogantes.
estudioshistoricos.inah.gob.mx/revista/historias/



INTERVENCIÓN. Revista Internacional de Conservación, Restauración y Museología

Publicación semestral de la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía del INAH. Busca contribuir al avance del conocimiento en materia de conservación, restauración, museología, gestión y disciplinas afines al estudio del patrimonio cultural. Forma parte del índice de Revistas Mexicanas de Investigación Científica y Tecnológica del Conacyt y está dirigida a los profesionales en activo o en formación, profesores e investigadores de instituciones nacionales e internacionales.
proym.inah.mx/index.php/revista-intervencion



NUOVA ANTROPOLOGÍA

Revista semestral coeditada con el apoyo de otras instituciones académicas como el Colegio de México, el Centro de Estudios Superiores en Antropología Social y la Universidad Autónoma Metropolitana, entre otras. Forma parte del índice de Revistas Mexicanas de Investigación Científica y Tecnológica del Conacyt. Recibe colaboraciones de investigadores en ciencias sociales, nacionales y extranjeras. Sus artículos son originales, resultado de investigaciones teóricas o empíricas, que abordan temas de ciencias sociales, en particular de la antropología.
revistas-colaboracion.juridicas.unam.mx/index.php/nuova-antropologia



REVISTA DE ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA SEXUAL

Publicación anual coeditada por la Dirección de Antropología Física y la Escuela Nacional de Antropología e Historia, ambas instituciones del INAH. Publica trabajos de investigación reciente en los temas de sexualidad en relación con diferentes tópicos como cuerpo, corporeidad, género, embrión, reproducción, vinculación afectiva, identidades, expresiones de comportamiento sexual, y desde la perspectiva de diversas disciplinas afines a los estudios antropológicos como la historia, la sociología, el psicoanálisis, la ciencia política, la filosofía, las ciencias de la salud, el arte y el derecho.
revistas.inah.gob.mx/index.php/antropologia/sexual



RUTAS DE CAMPO

Revista semestral de divulgación y extensión académica de la Coordinación Nacional de Antropología del INAH, que da a conocer textos resultantes del trabajo de campo (fuentes, historias, reflexiones, relatos, experiencias, anécdotas, etc.), portátiles, resultados de eventos académicos (seminarios, encuentros, coloquios, etc.) que son producto de la praxis de las disciplinas antropológicas en nuestro país.
revistas.inah.gob.mx/index.php/rutasdecampo



VITA BREVIS. Revista electrónica de estudios de la muerte

Publicación electrónica semestral de la Dirección de Antropología Física del INAH, que da a conocer artículos originales sobre el tema de la muerte, desde los enfoques de la antropología, la historia y las ciencias sociales, siendo un foro abierto para debatir y enriquecer, desde una pluralidad de perspectivas y posiciones teóricas y empíricas, el estudio de la muerte. Su edición está a cargo del proyecto "Antropología de la Muerte" de la OAH.
revistas.inah.gob.mx/index.php/vitabrevis



ADQUIERA ÉSTAS Y OTRAS PUBLICACIONES EN LAS LIBRERÍAS DEL INAH Y EDUCAL

Libros INAH @ saber de nosotros

Este programa es público, ajeno a cualquier partido político. Queda prohibido el uso para fines distintos a los establecidos en el programa.